



RAFAEL AVENDAÑO - JUAN GALLARDO

**TODO LO QUE
NUNCA HICISTE
POR MÍ**

Lectulandia

Las redes sociales han cambiado el modo en el que nos divertimos, compramos, nos informamos, nos relacionamos y nos asesinamos en serie.

Eso es lo que empieza a pensar Carla, una informática en paro que se da a conocer con una llamativa investigación sobre los peligros de internet, cuando acepta colaborar en la búsqueda de un misterioso ciber acosador. Alguien está sembrado el odio entre algunos chicos para enfrentarlos a sus padres con resultados trágicos: suicidios, muertes, familias rotas. Mientras tanto, la policía no encuentra explicación para la desaparición de Irena Aksyonov, hija de un millonario ruso afincado en Marbella. Un rastro de sangre en la habitación de la joven hace temer lo peor.

Una extraña frase: «caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí», llevará a Carla a relacionar los casos de ciberacoso con la misteriosa desaparición de Irena Aksyonov.

Para evitar una nueva tragedia, Carla deberá desenmascarar a la mente maestra que se esconde entre millones de falsos perfiles de internet. Contará con la ayuda inesperada de Eva Luna, una joven víctima de abusos sexuales con la capacidad para vislumbrar el lado oscuro de las personas; y de Max, a quien un accidente dejó sin recuerdos y que hará gala de unas extraordinarias e inquietantes habilidades.

Carla, que vive abrumada por la culpabilidad de la muerte de su hijo, descubrirá demasiado tarde que ella misma encaja a la perfección con el perfil típico de todas las víctimas y que se ha convertido en el próximo objetivo del cruel juego del ciberacosador entre padres e hijos.

Lectulandia

Rafael Avendaño & Juan Gallardo

Todo lo que nunca hiciste por mí

ePub r1.0

Mangeloso 26.07.14

Título original: *Todo lo que nunca hiciste por mí*

Rafael Avendaño & Juan Gallardo, 2013

Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

1

Carla

Carla esperaba, pero su hijo nunca saldría.

Muchas madres y algunos padres estaban apiñados cerca de la puerta de la escuela esperando a que sonara la campana de salida. Carla prefería mantener la distancia desde el otro lado de la calle.

Era una maravillosa tarde de otoño: el cielo blanquísimo —la refracción de la luz apenas permitía que se produjeran sombras—, la caída constante y cadenciosa de las hojas de los árboles que yacían desparramadas sobre la acera, bajo los coches, o se quedaban enganchadas en la verja de la escuela o en los parabrisas...

Aún faltaban cinco minutos.

Criar a su hijo Aarón ella sola no había sido tarea fácil. Cuando estás en la situación de Carla muchos se apresuran a compadecerte, o celebran tu coraje, hablan bondades de ti. Carla imaginaba a sus amigos y familiares hacer comentarios como: «Pobrecita Carla, se ha vuelto a quedar en paro, a ver cómo se las arregla ahora...».

Todo el mundo te admira, todos te animan, te sonríen al pasar..., pero cuando cae la noche no hay nadie para ayudarte, solo estás tú y un bebé que no sabes cómo cuidar.

Sí. Aquel hubiera sido un momento perfecto, esperando a la puerta de la escuela. Era lo que más le repetía su psicoterapeuta: que había que disfrutar el presente, que no había que esperar a después para recordar el momento pasado y disfrutarlo. Mejor vivir el momento cuando estaba teniendo lugar.

No vivir en el pasado, no vivir en el futuro.

El pasado es inalterable, no puedes hacer nada para cambiar lo malo; y lo bueno, si es que lo hubo, es ya inalcanzable.

¿El futuro?

El futuro de Carla Barceló, una licenciada en tecnología de la información con media licenciatura de periodismo superada «en sus ratos libres», era realmente incierto. Carla tenía, en sus propias palabras, «más carreras que Ben-Hur», pero, como era la norma en España, eso no le aseguraba un trabajo decente. De hecho, volvía a estar en paro.

No sabía cuál iba a ser su próximo trabajo, si otra vez iba a tener que servir copas por la noche o si acabaría pidiendo auxilio a su hermano. Cuando Carla miraba al futuro no tenía respuesta al cómo ni al cuándo ni al dónde; por no saber, ni sabía el porqué.

Su hijo Aarón era lo mejor de su vida. Cariñoso y comprensivo, le daba una razón cada día para seguir siempre adelante.

Sí, había algo que sí sabía sobre su futuro después de todo, y era que amaría a su hijo Aarón por encima de todas las cosas.

Estaba sumida en esos pensamientos cuando se topó con la mirada desconfiada de una de las otras madres. Fue como el típico corte humorístico en las películas: suena una bella melodía de violín y, de repente, se escucha el chasquido de un disco de vinilo que se detiene.

No era la primera vez que la miraban de aquella manera medio desconcertada, de hiriente curiosidad... ¿o se trataba de lástima? Era imposible saberlo y carecía de importancia.

La campana sonó por fin y pocos segundos después, como si explotara una olla de palomitas de maíz, empezaron a aflorar niños de la puerta de la escuela. Los niños corrían con sus carteras a la espalda, todos uniformados, felices.

Carla pudo reconocer a Julio, a Valentina y a otros muchos compañeros de Aarón. Los siguió con la mirada mientras corrían y abrazaban a sus madres, a sus padres.

¿Dónde se había metido su hijo?

Pasaron un par de minutos. El flujo de niños que salía por la puerta del colegio disminuía por momentos.

Y seguía sin ver a Aarón.

Podría llamarle al móvil. Aarón tenía móvil desde los nueve años. Ahora era más normal que un niño pequeño llevase móvil, pero, dos años antes, cuando Carla se lo compró a su hijo, no estaba tan bien visto.

Aarón era uno de esos pocos niños que lograba ser encantador sin volverse tiránico. Al cumplir los cuatro años era tan guapo que incluso los desconocidos se paraban por la calle para dedicarle algún piropo. «¡Qué niño tan rico!». Los amigos de Carla decían que tendría que presentarlo a un casting de televisión; seguro que lo seleccionaban para anuncios o para una serie. Un psicólogo infantil del colegio comentó una vez que Aarón, a los cinco años, ya daba muestras de una gran inteligencia además de una clara empatía hacia los demás, que se reflejaba en su compasión y el respeto que sentía por los otros niños, por los que eran como él y, aun más, por los que eran diferentes.

A pesar de esas virtudes, Aarón no era lo que se dice perfecto. A los seis años llenó de dibujos las paredes del salón con el juego de pinturas que su madre le acababa de regalar; a los ocho rompió su hucha para darle el dinero a un pobre que solía pedir en la esquina del colegio y, no contento con eso, vació el joyero de Carla y le entregó al mendigo todos sus pendientes, anillos y pulseras de oro.

Por supuesto, al mendigo no se le volvió a ver por allí.

Carla le compró el móvil después del accidente en la fatídica excursión del colegio. Llevaron a todos los niños de su clase al campo para que conociesen cómo era una granja de animales. Llegada la hora de irse, Aarón, igual que ahora, no

aparecía por ningún lado. Los profesores lo buscaron por todas partes y acabaron llamando a la policía. Cinco horas después encontraron a Aarón atrapado en una tubería de un colector de aguas de una acequia cercana. Cuando lo rescataron, el niño explicó que había escuchado los maullidos de un gatito atrapado y se había metido en la tubería para salvarlo. La tubería iba descendiendo según se adentraba en la tierra y cuando se dio cuenta se había quedado atrapado en el fondo. En el momento en que lograron sacarlo se había hecho de noche y el pobre niño estaba muerto de frío y empapado hasta los huesos.

Llamaron a Carla cuando todavía estaba en el trabajo. Salió a toda prisa y condujo saltándose todos los semáforos durante treinta kilómetros hasta la granja de las afueras. Aarón sufría hipotermia, tenía los labios morados y no paraba de temblar. No había querido soltar el gatito ni cuando lo metieron en la ambulancia. Lo sujetaba con fuerza contra su pecho, queriendo darle el poco calor que le quedaba. Aunque casi no podía hablar, al ver a su madre tuvo fuerzas para sonreír y decir:

—Mira, mamá, ¡lo he salvado! Lo voy a llamar *Simba*...

De vuelta al presente, a la puerta de aquella escuela, mientras los primeros padres comenzaban a caminar en dirección a sus casas o a sus coches, Carla se decidió a cruzar la calle y acercarse a la verja del colegio.

Vio entonces salir a Mayela, la primera noviecita de su hijo, que pasó a menos de dos metros, pero no se atrevió a preguntarle por Aarón.

Otras madres la miraban de soslayo.

«Qué se ha creído», alcanzó a escuchar... Seguramente no hablaban de ella, ¿o sí?

Un par de críos la golpearon accidentalmente mientras corrían y se le cayó al suelo la carpeta en la que llevaba los currículum. Uno de ellos fue a parar a un charco. Por un instante pensó en dejarlo ahí, pero acabó cogiendo aquel papel chorreante, doblemente inútil, y lo arrojó dentro de una papelera que le quedaba justo al lado.

Ya no salían niños de la escuela. Y Aarón no aparecía.

A Carla Barceló, que tenía ambas manos atenazadas a los barrotes de la verja, le invadió la angustia.

Por supuesto que su hijo no saldría. ¡Qué idiota había sido!

Se llevó la mano a la boca intentando ocultar una mueca de horror.

Algunas de las pocas madres que quedaban frente a la escuela, abrazadas a sus hijos, la estaban mirando fijamente.

Miró el reloj, aunque ya sabía qué hora era.

Soltó la verja y cruzó la calle despacio, reprimiendo los espasmos de llanto que le sacudían el cuerpo. Cuando llegó al otro lado de la calle se sentó en un banco sin perder de vista la puerta de la escuela.

Los espasmos cesaron, pero las lágrimas seguían surcando sus mejillas.

Pasaron unos minutos y el eco de los gritos alegres de los niños se desvaneció entre los bloques de apartamentos.

Ya no quedaba nadie.

Seguían cayendo hojas, pero caían más tristes, más lentas. Carla imaginó su propio cadáver en mitad del bosque, sobre el que las hojas se iban depositando despacio hasta que lo empezaban a cubrir y ocultar del mundo.

Las hojas cubrieron sus piernas, su vientre, sus manos, y empezaban a cubrir su cara.

En un momento dado solo quedaba un pedazo de la cara al descubierto, su ojo izquierdo.

Una hoja dorada y seca descendió entonces desde las alturas. Era la última hoja que le quedaba a ese árbol. Una hoja que desnudaba y desvelaba los secretos del bosque, pero que traía a Carla la oscuridad y el olvido.

Solo cuando morimos entendemos el mundo, pensó.

Vio entonces que empezaban a salir los profesores del colegio. Había pasado al menos una hora sentada en la soledad de aquel banco húmedo.

Reconoció entre ellos a la maestra de Aarón. Era una chica de su edad, una chica mona, sin hijos y con el futuro asegurado de por vida.

Carla pasó otras tres horas sentada en aquel banco esperando a su hijo Aarón. Tres horas en las que recordó los detalles más hermosos de su vida junto a él.

Su venida al mundo.

La primera vez que le dio el pecho y sintió que su hijo se alimentaba de ella misma, que con su cuerpo le daba la vida, que no podía haber nada más íntimo ni más hermoso que amamantar a su hijo.

Su primer diente.

Sus primeros pasos.

Su primer día de colegio.

Quisiera poder adelantarme a cada uno de tus deseos y ponértelo en las manos, ser capaz de sanar cada una de tus heridas y protegerte de cada amenaza que el mundo te cruce, cubrir tu pecho de la brisa, que ni una hoja pudiera tocarte, que no hubiera mal que se te acercase.

Cuando comenzaba a oscurecer, sacó un pañuelo de su bolso y se limpió la cara, aunque todas las lágrimas se habían secado hacía horas.

Era hora de irse a casa.

Primera Parte

Tras la máscara digital

Serguei Aksyonov

A pesar de ser un duro hombre de negocios temido y respetado, el millonario ruso afincado en España Serguei Aksyonov estaba a punto de sentirse extremadamente vulnerable, una debilidad que trataría de ocultar a todos.

Sobre todo a sí mismo.

El mensaje sorprendió a Serguei en el lujoso despacho privado de su mansión marbellí. Desvió la mirada hacia la pantalla de su iPhone cuando este emitió un suave zumbido de aviso. Se quedó paralizado al leer el texto que decía así: «Me llevaré a tu hija esta noche, cuando el ridículo reloj Bangalore de tu escritorio señale las nueve en punto. Allí estaré. Sangre con sangre. Haz todo lo posible por evitarlo. No será suficiente. Firmado: doctor Telmo Vargas».

Serguei leyó otra vez el mensaje, despacio, palabra por palabra, para asegurarse de que había leído bien.

Cada sílaba aumentaba el ritmo de su corazón e incendiaba su rabia con mayor intensidad.

Sus dientes estaban apretados como los de un lobo que atenaza con ellos a su presa.

Lo sorprendente no era tanto la amenaza, sino el hecho de que el mensaje hubiese llegado a su cuenta de correo electrónico privada, una dirección de email que solo conocían un puñado de personas en todo el mundo. Personas de su máxima confianza.

Cogió el teléfono entre sus manos y leyó aquel mensaje por tercera vez.

«Me llevaré a tu hija esta noche...»

Al principio pensó que se trataba de una broma. Uno de esos correos basura que había logrado pasar el filtro anti-spam de su correo electrónico. Pero mencionaba el reloj Bangalore de su escritorio. Aquel reloj era una pieza de museo que su prometida, lady Brandson, le había regalado por su cumpleaños solo unos días antes. La carcasa, en madera de nogal y cerezo, reproducía con todo detalle la intrincada arquitectura de un templo indio. Pocos conocían la existencia de aquel reloj sobre el escritorio de su despacho.

Serguei cerró los ojos mientras trataba de recordar quién había pasado por su despacho de Marbella en los últimos días. No habían sido muchos y todos eran personas de su máxima confianza. Ninguno se atrevería a amenazarle de modo alguno y mucho menos se atreverían a amenazar a su hija.

«... cuando el ridículo reloj Bangalore de tu escritorio señale las nueve en punto. Allí estaré. Sangre con sangre. Haz todo lo posible por evitarlo. No será suficiente. Firmado: doctor Telmo Vargas».

¿Doctor Telmo Vargas? ¿Qué clase de broma era aquella? ¿Quién podía ser tan idiota de amenazar al mismísimo Serguei Aksyonov?

Con el teléfono en la mano fuertemente apretado, se volvió con inquietud hacia los ventanales a su espalda. Una débil niebla marina comenzaba a cubrir el paisaje del atardecer. Su mirada recorrió la extensión de césped y árboles en el terreno de su mansión y se detuvo en el muro de hormigón que la rodeaba. Aguzó la vista intentando imaginar a alguien encaramado al muro, escudriñando el interior de su despacho con unos prismáticos. La idea le pareció ridícula, además de imposible. Había cámaras de seguridad. Cualquiera que osara trepar el muro sería detectado en el acto.

Entonces ¿quién diablos había enviado aquello?

No le cabía duda de que la mención al reloj de su escritorio había sido intencionada. Fuera quien fuese quería dejar claro que conocía el interior de la casa y que, además, lo conocía porque había estado allí recientemente.

Serguei apretó un puño. Los músculos de su mandíbula se tensaron. Se quitó la chaqueta y se sentó en el sillón tras su escritorio. Vestía un traje negro de Armani y camisa de seda con gemelos de oro. Abrió el primer cajón y sacó una pistola que depositó sobre la mesa. Encendió un habano. Mientras chupaba y exhalaba el humo pulsó un botón del teléfono de su escritorio para comunicarse con el responsable de la seguridad de su residencia.

La mansión marbellí de Serguei Aksyonov se asentaba sobre un terreno de nueve mil metros cuadrados. La casa contaba con más de veinte habitaciones, así como de una pista de hielo, un museo privado de relojes, cine, piscinas y cabañas, e incluso su propio complejo deportivo.

La seguridad estaba a cargo de media docena de guardias que vigilaban noche y día. Los terrenos que circundaban la casa estaban rodeados de un muro de hormigón de tres metros de alto. En el muro, a lo largo de todo el perímetro, había cámaras de vigilancia. Todas las puertas de acceso a la casa eran blindadas y estaban equipadas con cerraduras electrónicas que solo se abrían con la huella dactilar del propio Serguei Aksyonov y de su hija Irena.

Irena Aksyonov tenía dieciséis años y siempre iba acompañada a todas partes por su propio guardaespaldas personal.

Serguei se sentía bastante protegido. Aun así, no quería correr riesgos.

—Esto te va a parecer increíble —dijo cuando el responsable de la seguridad respondió al otro lado del teléfono. Serguei leyó en voz alta el contenido del mensaje que amenazaba con secuestrar a su hija.

—No tienes de qué preocuparte —respondió el jefe de seguridad—. Nadie puede poner un pie aquí dentro sin que lo sepamos. Será alguien que ha dado con tu dirección de email por casualidad. Te habrá enviado el mensaje solo para joder. Hay

mentes retorcidas que se divierten así —dijo—. Esta casa es una fortaleza y tu hija está vigilada las veinticuatro horas del día.

—Sea quien sea, me conoce —dijo Serguei negando con la cabeza. Tenía los puños fuertemente cerrados—. No bajas la guardia. Si es necesario, trae más hombres.

—Está bien. Pondré en alerta a los chicos. Puedes estar tranquilo.

Serguei pensó que quien le había amenazado ya había ganado una batalla consiguiendo simplemente que le prestara atención.

Ahora había conseguido, además, que alertara a su gente de seguridad. Ya eran dos bofetadas.

Fuese quien fuese iba a pagar muy cara su osadía.

Después de colgar el teléfono, Serguei se dirigió hacia el piso superior, donde se encontraban las habitaciones de su hija Irena.

Cada uno de sus pasos sobre la moqueta de las escaleras emitía un suave sonido esponjoso que, por alguna razón, no había advertido con anterioridad, y eso le irritó dolorosamente.

Sabía que su hija estaba segura en el interior de la casa, pero eso no evitaba que se sintiera inquieto.

«... cuando el ridículo reloj Bangalore de tu escritorio señale las nueve en punto. Allí estaré. Sangre con sangre. Haz todo lo posible por evitarlo. No será suficiente. Firmado: doctor Telmo Vargas».

Las palabras del mensaje resonaban en su cabeza. ¿Por qué a las nueve? ¿Cuántas personas conocían la existencia de aquel reloj?

¿Quién era aquel doctor Telmo Vargas que se atrevía a amenazarle *a él*? El nombre le resultaba vagamente familiar. Tenía la impresión de que lo había escuchado antes, en alguna ocasión, pero no lograba recordar cuándo.

Podría ser alguien muy cercano, se dijo a sí mismo valorando las posibilidades, o alguien muy cercano le estaba traicionando pasando información a otro. Existía una tercera posibilidad: que aquel hombre se hubiese colado ya en su casa anteriormente. Pero eso era, sencillamente, imposible.

Abrió la puerta del dormitorio de su hija Irena. La joven estaba tumbada en la cama mirando hacia la ventana con unos auriculares puestos y su teléfono móvil entre las manos. Sus dedos se movían con rapidez escribiendo en el teléfono. Irena no advirtió que su padre la observaba desde el umbral.

Serguei y su esposa habían disfrutado de la vida aun antes del nacimiento de su hija, pero Irena había llevado las cosas a la perfección. Serguei solía pensar con nostalgia que los primeros años de vida de Irena habían sido los más felices de su vida. Recordaba cómo de noche, cuando la niña dormía, solía entrar de puntillas en la habitación para mirar al bebé. A menudo se encontraba allí con su joven esposa y

ambos contemplaban, cogidos del brazo, el milagro de una recién nacida durmiendo de bruces, el trasero al aire, la cabeza hundida en la cuna acolchada.

Aquella felicidad se había esfumado como por arte de magia. Su esposa había muerto en un desafortunado accidente de tráfico. El bebé había crecido hasta convertirse en una guapa adolescente y, simultáneamente, en una perfecta desconocida para él. De pronto, el sencillo mundo de la niña que escuchaba un cuento infantil sobre sus rodillas y abrazaba su muñeca se había complicado enormemente. Su hija era una criatura extraña ante sus ojos. Serguei sintió una punzada de culpabilidad. Se habían distanciado por su culpa, por no haber dedicado el tiempo suficiente a su hija.

Quizá, pensó, podría ponerle remedio a eso a partir de ahora.

—¿Pasa algo, papá? —preguntó Irena, que por fin reparó en la presencia de su padre observándola desde el umbral—. No me gusta que entres sin llamar —frunció los labios con disgusto.

Irena era la viva imagen de su madre. Era muy alta y delgada; a sus dieciséis años ya tenía cuerpo de modelo. Tenía una bonita melena de pelo negro, la boca ancha y sensual y unos ojos grandes y azules capaces de derretir a un hombre con la mirada.

—Esta noche te quedarás en casa —dijo Serguei—. Prohibida cualquier salida.

—¡Pero papá! Ya he quedado con mis amigas... —protestó Irena.

—Hoy no saldrás —negó Serguei tajante.

—Mierda, papá.

—Vendrá Holly a cenar.

—No quiero ver a esa puta.

—No hables así de mi prometida.

—Déjame en paz. Lárgate —dijo la joven con voz de hielo mirándole directamente a los ojos.

Serguei dudó sobre qué hacer. Quería decir algo, pero finalmente cerró la puerta y regresó a su despacho.

La hostilidad que existía entre su hija y su prometida se estaba haciendo insostenible. Hasta ahora había mirado para otro lado, como si esperase que la situación se arreglase por sí sola. Pero las cosas entre ellos estaban cada vez peor.

Tenía que hablar con Irena. No podía permitir que su vida sentimental se interpusiera entre su hija y él.

Más tarde, mientras cenaba con su prometida como tenía previsto, Serguei no podía dejar de consultar su reloj de pulsera. Quedaban pocos minutos para las nueve y, aunque sabía que no pasaría nada, no podía evitar sentirse inquieto.

Su prometida, Holly Brandson, era en realidad lady Brandson, la bellísima hija del conde Spencer, una rica heredera británica veinte años más joven que Serguei. Se habían conocido poco después de morir su esposa y se habían prometido solo dos

meses atrás.

—Pareces preocupado esta noche —observó lady Brandon.

La mujer se levantó de su asiento, se colocó detrás de la silla de Serguei y le acarició el cuello y los hombros con dedos largos y suaves.

—He tenido un día duro —reconoció Serguei.

—Vamos al jacuzzi. Yo haré que te olvides de todos los problemas —susurró la mujer a su oído.

—No, esta noche no. —Serguei la apartó con brusquedad.

Se puso en pie y arrojó la servilleta con furia. Estaba nervioso y esa sensación le hacía enfurecerse aún más, lo cual le ponía más nervioso todavía. Ni siquiera advirtió el enfado de su prometida, que lo miraba con el ceño fruncido.

Consultó su reloj de muñeca por enésima vez. Eran las nueve en punto.

No había ocurrido nada. ¿Qué esperaba? ¿Que aquel doctor Telmo Vargas, fuese quien fuese, irrumpiese allí por las buenas? ¿Que se materializase en el interior de la casa como un fantasma? Eso era ridículo. Había una veintena de hombres vigilando los alrededores. «Nadie puede entrar aquí», dijo en voz alta para tranquilizarse.

Con un extraño presentimiento fue hasta su despacho para mirar el reloj Bangalore de su escritorio. Descubrió que estaba atrasado. En aquel reloj aún faltaban tres minutos para las nueve.

«... cuando el ridículo reloj Bangalore de tu escritorio señale las nueve en punto. Allí estaré».

Serguei se sirvió un whisky del mueble bar del despacho. En el exterior reinaba la oscuridad. Por algún motivo, el tráfico estaba detenido en la autopista que discurría paralela a los límites de su propiedad. Un atasco provocado por algún accidente. Las luces de los automóviles formaban dos hileras serpenteantes, una blanca y una roja, que se fundían en una sola línea en el horizonte.

Se volvió para observar el reloj, sin poder apartar la vista de las manecillas que avanzaban hacia las nueve en punto, como si esperase que se rompiese algún hechizo. A su mente acudieron viejos fantasmas, traiciones y promesas de venganza susurradas entre dientes.

Justo en el instante en el que las manecillas del maldito reloj alcanzaron las nueve, recibió una llamada del jefe de seguridad.

—Alguien ha saltado el muro.

Serguei no pudo evitar una bronca carcajada histérica. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—No te preocupes —dijo el jefe de seguridad—. Tengo a todos mis hombres en alerta. También hemos avisado a la policía, por si se trata de un vulgar ladrón. No tengo que decirte que nadie tiene que salir de la casa hasta que lo hayamos cogido. ¿De acuerdo? Dentro estáis seguros.

Serguei iba a replicar que no iba a esconderse como un niño asustado por un fantasma, cuando una voz le llamó a sus espaldas.

—Serguei, ¿pasa algo? —preguntó su prometida, lady Brandson.

—Quédate aquí —respondió Serguei con brusquedad. Abrió el cajón de su escritorio y sacó una pistola que guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Serguei! —exclamó asustada—. ¿Qué está ocurriendo?

—Alguien ha entrado en la propiedad. Mis hombres darán con él.

—Entonces ¿por qué esa pistola?

—Porque nadie amenaza a mi familia y sale impune.

Abandonó el despacho y corrió hasta la habitación de su hija. Irena estaba tumbada boca arriba en la cama. Hablaba con alguien por teléfono. Soltó una risita. En cuanto vio a su padre alejó el teléfono de su oreja. Serguei pensó que aquel maldito teléfono parecía una parte más de su propio cuerpo; su hija nunca se separaba de él.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó Irena.

—No te muevas de tu habitación, ¿está claro?

—¿Por qué, qué pasa?

—Hay un intruso en la propiedad —respondió Serguei—. Puede ser peligroso.

Irena se giró dándole la espalda. Murmuró algo que su padre no pudo escuchar.

Serguei se aproximó a la cama y se inclinó sobre ella para darle un beso; su hija apartó la cara bruscamente.

—Está bien. No te muevas de tu habitación.

Irena no dijo nada. Serguei respiró hondo. Tenía que hablar con su hija y arreglar las cosas entre ellos. Pero la conversación tendría que esperar. Cerró la puerta y regresó a la planta de abajo, donde se encontró con el jefe de seguridad. El hombre tenía el rostro congestionado y las pupilas dilatadas.

—Creo que lo tenemos.

Salieron al exterior. La noche era fría y el cielo estaba cubierto de una bruma gris y pegajosa. Cruzaron el jardín del ala oeste dejando atrás la zona deportiva donde se encontraban las piscinas y las pistas de tenis hasta llegar a un pequeño bosque de pinos y álamos que crecía en el extremo oeste de la propiedad. El olor a yerba y a tierra mojada se mezclaba con la brisa marina.

—Al revisar la grabación de las cámaras del muro me dio la impresión de que quien lo había saltado se movía demasiado rápido —explicó el jefe de seguridad mientras caminaban—. Me hizo pensar que podría ser alguna clase de animal grande y no una persona. Mis chicos inspeccionaron el perímetro con visores nocturnos de infrarrojos y lo siguieron hasta aquí.

—Entonces ¿es solo un animal salvaje? —preguntó Serguei aliviado.

—Eso parece. Pero no es un animal de los que uno espera encontrar vagando por

el campo.

Se detuvieron en el centro del pequeño bosque. Varios vigilantes de seguridad enfocaban sus linternas hacia arriba mientras otros apuntaban con sus rifles a la copa de un árbol.

—¿Está ahí arriba? —preguntó Serguei.

El jefe de seguridad le tendió unos prismáticos equipados con infrarrojos. Serguei inspeccionó el árbol.

—¡Es un mono! —exclamó al reconocer una silueta simiesca.

—Un chimpancé —puntualizó el jefe de seguridad—. Y de un tamaño considerable. Algunas mansiones de por aquí tienen zoos privados. Se habrá escapado. ¿Nos da su permiso para disparar?

Serguei asintió. El jefe de seguridad hizo una seña a uno de sus hombres. Un disparo percutió en la noche estrellada. Se escuchó un chillido que les puso los pelos de punta. Un bulto oscuro se desplomó desde diez metros de altura. El impacto del pesado cuerpo contra el suelo resonó con fuerza en la oscuridad.

—Cuidado —advirtió el jefe de seguridad—. Si no está muerto todavía es peligroso.

Dio un paso hacia el animal tendido en el suelo. Sacó su pistola de la funda del cinturón y le disparó en la cabeza. El simio se estremeció con un espasmo y después se quedó inmóvil. Todos se acercaron a contemplarlo. Todos menos Serguei Aksyonov, que ya regresaba a la casa.

—No bajen la guardia en toda la noche —ordenó antes de alejarse.

—No se preocupe, jefe. Hemos revisado a conciencia los alrededores y todo está tranquilo. Ninguna cámara ha dado una alerta. Puede estar seguro de que nadie más ha entrado aquí esta noche.

«Un maldito mono», se dijo Serguei Aksyonov con rabia. Apoyó el dedo sobre el lector de huellas digitales de la puerta de entrada. La cerradura electrónica se abrió con un chasquido metálico. Fue directo hasta las habitaciones de la planta superior ignorando las preguntas de su prometida, que revoloteaba nerviosa a su alrededor.

Tenía que ver a su hija.

Abrió la puerta del dormitorio. La habitación estaba vacía. No había ni rastro de Irena, solo su teléfono móvil sobre la cama, como un mal presagio. Irena nunca se separaba ni un instante de su teléfono.

Con movimientos lentos y pesados, como si avanzase por el lecho marino, Serguei se aproximó al aparato y lo miró con un estremecimiento. El corazón le latía con fuerza. Había una llamada en curso. Los altavoces del teléfono emitieron un sonido apagado semejante a una risa ahogada.

Escuchó la voz de su hija.

«¡Papá, ayúdame, por favor! ¡Este hombre me está haciendo daño! ¡Papá, tengo

mucho miedo!»

—¡Irena! ¿Dónde estás, hija? ¡Irena! —gritó Serguei al teléfono.

La llamada se interrumpió. Serguei Aksyonov cogió el teléfono con ambas manos y se lo quedó mirando fijamente, como si a través del aparato pudiese alcanzar a ver dónde se encontraba su hija.

En ese momento el teléfono recibió un mensaje de texto:

Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí.

Fue entonces cuando Serguei vio la gota de sangre sobre la moqueta. Roja, oscura, todavía húmeda.

Cuando lady Brandson se aproximó a su prometido no pudo evitar un grito al ver el horror y la desesperación más absolutos reflejados en los ojos de su futuro esposo.

3

Carla

—Nunca nadie me informó de las consecuencias psicológicas que iba a sufrir tras abortar —dijo Carla.

—No todas las mujeres viven un aborto del mismo modo —respondió la psicoterapeuta—. En mi opinión, creo que intentas desplazar tu responsabilidad por lo sucedido y culpar a los demás.

—¡De eso nada! —exclamó Carla—. Te voy a explicar por qué soy víctima. Yo era joven y estaba sola. No tenía nadie a quien acudir. Tienes un problema importante, estás sola, llena de miedo, y como te ofrecen esta posibilidad te lo empiezas a plantear. El tiempo aprieta cada día que pasa y tú sigues sola. Así que llamé por teléfono a esa clínica, creo que fue una compañera de trabajo la que me dio el número. Yo estaba de tres meses y me dieron cita para el día siguiente, como con prisa, lo cual es normal porque cuanto más tiempo tengas para pensar, para reflexionar, menos les conviene a ellos. No en vano los abortistas viven, y muy bien, del drama de estas mujeres.

—Estamos hablando de médicos, de profesionales.

—Sí, claro. Mira, al día siguiente fui a la clínica. Es algo extraño porque tú no quieres ir, la soledad te lleva, no te queda otra, es lo único que te ofrecen. Yo esperaba algo de información y lo que me encontré fue una situación surrealista. Allí no hay una mirada amable por ningún sitio, hay mucha frialdad. En la gente, en el ambiente. Ni una sonrisa. Te pasan a una sala de espera en la que solo se oyen murmullos y lo que ves es tétrico. Las caras de las mujeres que estaban allí. Esas caras no se me olvidan nunca.

—A lo mejor no era tan tétrico —dijo la psicoterapeuta—. Es posible que tu propia angustia te hiciese verlo así, te hiciese ver que los demás también lo estaban viviendo del mismo modo, ¿no crees?

—Te aseguro que allí todo el mundo tenía cara de funeral. Nadie hablaba. Era como si una tragedia planease sobre todas nosotras. Nadie decía nada. El médico tampoco te dice absolutamente nada. Mientras te examina, por supuesto, tú no ves la pantalla del ecógrafo. El médico verifica una serie de cosas y te manda de vuelta a la sala. Tú miras las caras. Las chicas más jóvenes recuerdo que lloraban bajito, sin hacer ruido. Nadie comentaba nada con nadie y reinaba el silencio, cuando en tu interior gritabas muy fuerte ¡no quiero! Son gritos ahogados, que no escucha ni quien tienes al lado, solo los oyes tú.

—Tuviste una charla con un psicólogo, ¿no es cierto? —La psicoterapeuta gesticuló mostrando las palmas de las manos.

—Sí, claro, el psicólogo. Esperas que te diga algo y no te dice nada. Quieres que

te diga que no lo hagas. Pero al revés, te dice que no pasa nada, que es algo muy sencillo, muy fácil, y que cuando acabes te vas a casa como si nada, mientras que la realidad llega después. La cosa es que el psicólogo te descuadra todo porque esperas una mínima explicación y allí no te dan ninguna. Aquel tío solo parecía preocupado de que yo pasara al quirófano para poder cobrar. No le importaba mi situación, ni las consecuencias, ni nada. Recuerdo que me dijo que qué tal estaba, que con la cara que llevaba no hacía falta ni que contestase. Y me dice que tengo que firmar un consentimiento informado.

—Y en ese documento, ¿no se explicaba lo que iba a pasar?

—Era el típico documento que firmas cuando te sometes a una intervención. No te explican nada sobre las consecuencias psicológicas que se pueden dar. Al revés, se da por hecho que tú quieres abortar, que no vas a sufrir consecuencias negativas. Ni se preocupan por eso. En el documento escrito que te dan no dice nada de las consecuencias psicológicas o de los posibles traumas, ni siquiera lo menciona como posibilidad. Te dicen que no pasa nada, que es muy rápido y que en cuanto acabe te vas a casa como si nada. No te preguntan por qué puede suponer un mal para ti el seguir adelante con tu embarazo, que se supone que es el supuesto al que te acoges. Te informan menos que cuando te vas a sacar una muela. Te lo hacen y se olvidan de ti. Y tú apáñatelas como puedas.

—El momento más traumático para ti fue el de la intervención —dijo la psicoterapeuta.

—Después de hablar con el psicólogo te vuelven a pasar a la sala —respondió Carla—. Estás desorientada. Al rato te vuelven a llamar y te dicen que te desnudes, sin pudor alguno. No te dan una bata ni nada y vas desnuda hasta la camilla, y una vez que te colocas igual que si fueses a dar a luz, entra el médico. Recuerdo que tras ponerme una anestesia local, me dijo que como no me tranquilizase íbamos a estar hasta mañana y me iba a doler más. Entonces lo hizo. Fue rápido y muy molesto. Yo estaba mirando al techo gritando sin gritar. Quería salir corriendo de allí, pero no puedes. Es tan duro asumir lo que está pasando como la manera en que está pasando. A la vez que el médico hace su trabajo, las enfermeras tenían una conversación paralela sobre sus cosas.

—Hacen varias intervenciones al día. Para ellos es algo rutinario.

—¿Rutinario? ¿Te parece rutinario ver los restos de tu hijo metidos en un bote? Lo echan en un recipiente de cristal y se queda ahí, apartado en un lado. Tú lo ves. Es curioso como antes del aborto no te dejan ver la pantalla del ecógrafo por si te arrepientes, pero una vez que estás en la camilla les das igual. Lo dejan allí apartado, lo ves. Si estás de tres meses, no ves solo líquido. Yo vi trocitos de carne.

Carla tuvo que hacer un esfuerzo para no romper a llorar. Sentía la garganta llena de algodones.

—Bebe un poco de agua —dijo la psicoterapeuta. Frunció los labios y entornó los ojos mientras le ofrecía el vaso.

Carla tomó un sorbo y siguió hablando.

—Luego una enfermera se lleva el bote. Y se lo llevan como el que vacía una papelera. Esa imagen no se te borra de la mente en la vida. Luego te vistes como puedes, sola, nadie te ayuda, y pasas a una salita diferente a la anterior porque no permiten que las chicas que están esperando vean cómo te sacan de allí. Al final aparece una enfermera, te pregunta si te mareas y si le dices que no, te contesta «Pues hala, ya puedes irte a casa». Quieres salir a ver si te da el aire, pero dentro te has dejado algo, no estás entera, y se te cae el mundo. No sé ni cómo llegué a casa. Era viernes y estuve los tres días metida en la cama, sin levantarme ni para comer ni para ir al baño. Llega el lunes. Así que te levantas, te vistes y te vas a trabajar. Sientes que eres otra, que algo ha cambiado irreversiblemente, pero la gente no lo sabe.

Carla bebió otro poco de agua. Se limpió las lágrimas con un pañuelo de papel. Había rememorado aquello montones de veces, pero no podía evitar llorar cada vez que lo hacía.

—Me estoy volviendo loca —sollozó.

—Tu problema es que no puedes perdonarte por lo sucedido —explicó la psicoterapeuta—. Tu mente ha creado un mecanismo psicológico de defensa. Lo que tenemos que trabajar es el sentimiento de culpa.

—Aquí estás para ayudarme, para ayudarme a superar esto, a mí... Yo soy el objetivo de lo que haces, pero ¿quién ayuda a mi hijo? Todo esto es sobre mí, yo, yo, yo; y entonces él ¿qué? ¿Entiendes ahora que no pueda aceptar lo que pasó?

—Cuéntame qué es lo que sientes exactamente ahora respecto a tu hijo.

—Al principio me dio por imaginarme cómo serían las cosas si el embarazo hubiese seguido adelante. Si mi hijo hubiese nacido. Lo llamé Aarón. Me imaginaba cómo sería en cada momento, qué edad tendría. Poco a poco se fue dibujando una imagen en mi mente. Una imagen que en vez de desvanecerse o enturbiarse se iba definiendo cada vez más con el paso de los años. Veía su carita de niño y veía cómo cambiaba esa carita conforme crecía. Empecé a imaginar cómo hubiese afectado a mi vida tener un hijo. Tendría que llevarlo a una guardería, tendría que contratar a una niñera. Me gustaba imaginar lo que haría Aarón si estuviese a mi lado. Entonces empecé a imaginarme lo que Aarón diría o haría en tal o cual situación. Al principio esos momentos de locura me asustaban un poco. Pero también me hacían sentir mejor. Hasta que sin darme cuenta la idea de lo que Aarón estaría haciendo en cada momento comenzó a transformarse. Ya no era lo que Aarón estaría haciendo, era lo que Aarón estaba haciendo. Poco a poco pasé de imaginar cómo sería vivir con un hijo a vivir como si realmente tuviera un hijo. Por ejemplo, tengo que llevarlo a la escuela por las mañanas y recogerlo por las tardes. Cuido de él. A veces vamos al

parque, o al cine, o a patinar.

—Comprendo. Para ti es real.

—¡No! ¡Por supuesto que no es real! Sé que Aarón «no» es real. Pero eso no hace que deje de pensar con todo detalle en cómo serían las cosas si fuera real. ¿Entiendes? No puedo evitarlo. Cada cosa que vivo la vivo por los dos. Cuando escucho una vieja canción pienso cómo sonará en sus oídos. Cuando reponen una película de mi niñez imagino cómo la verá él. Cada cosa que para mí es familiar puede ser nueva y excitante para Aarón.

Carla, que se encontraba tumbada en un diván de la consulta de la psicoterapeuta, se incorporó para sentarse. Se alisó la falda con un gesto mecánico y entonces miró a la terapeuta directamente a los ojos.

—Todo atraviesa dos prismas en mi vida. Y eso resulta tan inevitable como agotador.

—¿Y Aarón está aquí ahora, en la consulta, a tu lado?

—¡No! Por el amor de Dios, ¿cómo iba a dejar que escuchara esto? Tiene once años, casi doce, ¿qué pensaría si supiera que su madre lo dejó morir antes de nacer?

4

Carla

Grooming: problema relativo a la seguridad de los menores en internet, consistente en acciones deliberadas por parte de un adulto de cara a establecer lazos de amistad con un niño o niña en una red social, con el objetivo de obtener una satisfacción sexual mediante imágenes eróticas o pornográficas del menor o incluso como preparación para un encuentro sexual, posiblemente por medio del chantaje a los niños.

El adulto procede a elaborar lazos emocionales (de amistad) con el menor, normalmente simulando ser otro niño o niña.

El adulto va obteniendo datos personales y de contacto del menor.

Utilizando tácticas como la seducción, la provocación, el envío de imágenes de contenido pornográfico, consigue finalmente que el menor se desnude o realice actos de naturaleza sexual frente a la webcam o envíe fotografías de igual tipo.

Entonces se inicia el ciberacoso, chantajeando a la víctima para obtener cada vez más material pornográfico e incluso tener un encuentro físico con el menor para abusar sexualmente de él.

Fuente: Wikipedia: La enciclopedia libre

Cuando Carla llegó a la fiesta poco podía imaginar que la diversión acabaría con ella tirada en el suelo y un hombre intentando violarla.

Era la celebración del cóctel navideño en la sede madrileña del periódico *El Mundo*, en cuya redacción de sucesos trabajaba su hermano Isaac. Las oficinas del periódico estaban atestadas de gente. Carla se adentró entre la multitud esquivando a camareros con bandejas que iban de un lado a otro ofreciendo bebidas y canapés. En el ambiente sonaba una melodía de algo parecido al jazz, apenas audible bajo la cacofonía de las conversaciones. Cuando un camarero pasó por su lado, Carla agarró un canapé con una mano y una copa de vino con la otra y se llenó la boca masticando mientras buscaba a su hermano.

Estaba muerta de hambre y muy cansada. Las sesiones con su psicoterapeuta la dejaban agotada. Por no hablar de la desastrosa entrevista de trabajo que había tenido por la mañana. Si es que a aquello se le podía llamar *entrevista*. Más bien había sido una especie de competición. La habían metido en una sala con otras veinte personas y

la habían puesto a rellenar test de personalidad y montones de psicotécnicos difícilísimos. ¡Ni que la entrevista de trabajo fuese para pilotar un avión!

Después la habían pasado a un despacho para una prueba de inglés. «Cuéntame algo acerca de ti», le dijo un tío con cara de pocos amigos. No es que tuviese demasiados problemas para hablar en inglés. Podía defenderse y mantener una conversación informal. Pero después de unas cuantas frases se había quedado en blanco, sin saber qué más decir.

«Tengo treinta y cinco años..., vivo en Madrid, mis padres murieron cuando yo era una niña, tengo un hermano periodista, soy informática, me gusta el cine... me gusta leer... me gusta pasear...»

¡Y se quedó en blanco! El tío anotó algo en un cuaderno; por si decía algo más se quedó esperando unos segundos, que a Carla se le hicieron interminables, y entonces le dijo que ya habían acabado. Carla salió de allí sintiéndose como una tonta. Después de otra hora esperando en el hall de la empresa, la recepcionista la llamó y le dijo que podía marcharse, que gracias por todo, pero que su perfil no encajaba con lo que buscaban. ¡Su perfil! ¡Pero si no le habían hecho una sola pregunta sobre su experiencia profesional!

Carla se acabó la copa de vino y alcanzó otra de la bandeja de un camarero. La redacción del periódico estaba atestada de gente y parecía que cada vez entraba más. No veía por ningún lado a su hermano. Estaba incomodísima con aquellos tacones tan altos y el vestido satinado de fiesta. Atisbando entre la multitud reconoció algunas caras de famosos, políticos, actores, presentadores de televisión, aunque no le venía a la mente el nombre de ninguno de ellos. Siempre se acordaba de las caras, pero tenía muy mala memoria para los nombres.

No le gustaba demasiado acudir a aquel tipo de fiestas. Su hermano Isaac sí que se lo pasaba en grande. Isaac era muy extrovertido, siempre tenía un chiste a punto y una conversación inagotable. A su hermano le encantaba ser el centro de atención. Pero ella no se desenvolvía nada bien entre extraños. No conseguía relajarse. Quería ser simpática y enrollada y se pasaba todo el tiempo con una sonrisa puesta que acababa agotándola.

Aquella noche había decidido prescindir de la sonrisa. Estaba demasiado cabreada con el mundo como para intentar caerle bien.

«Cuéntame algo acerca de ti».

Soltó un bufido. Desde que salió de la entrevista de trabajo no habían parado de ocurrírsele cosas sobre sí misma, ninguna buena. Y es que siempre le pasaba lo mismo. Cuando tenía que describirse a sí misma se quedaba en blanco. Como cuando conocía a un hombre interesante y le decían aquello de «cuéntame algo sobre ti, quiero conocerte más». Alguien tendría que prohibir esa frase. Y es que se consideraba una mujer muy normal, con los gustos de cualquiera. Con las cosas de

cualquiera.

«Vivo en un piso de cincuenta metros en el barrio de Moratalaz y estoy en paro».

No le parecía el tipo de información que pudiera hacerla interesante a los ojos de un hombre.

«Ah, por cierto. Una vez aborté y tengo un hijo imaginario que se llama Aarón».

No, eso tampoco ayudaría.

Si no hubiese abortado, su hijo Aarón tendría ahora once años, casi doce. Ya casi sería lo suficientemente mayor para no tener que dejarlo con la niñera cada vez que ella saliera. Estaría hecho todo un hombrecito. Ahora tendría que llamar a casa para saber que todo iba bien. Confirmar con la niñera que ya estaba en la cama.

Al menos, un hijo imaginario no le suponía ningún gasto. No tenía que pagar el colegio, ni los libros ni el uniforme como las demás madres. Llevaba seis meses buscando trabajo, y nada. A lo mejor tendría que irse a Inglaterra una temporada a aprender inglés. A lo mejor tendría que inventarse una biografía más interesante para las entrevistas de trabajo.

«Acabo de regresar de Nueva Zelanda, donde estuve casada cinco años con un maorí líder de un movimiento revolucionario. He visto tantas cosas y he vivido tanto que no sabría ni por dónde empezar, querido».

Su hermano no aparecía por ningún lado. Fue hasta una de las mesas de catering y agarró un sándwich de jamón. Estaba muerta de hambre y tenía la impresión de que el vestido le apretaba más de lo normal. Genial. Lo que le hacía falta ahora era coger unos kilos de más.

Por fin divisó a su hermano. Isaac se había convertido en el centro de atención de un pequeño grupo que reía a su alrededor con sonoras carcajadas. Todos se lo estaban pasando en grande. Se fijó que en el grupo que rodeaba a su hermano había una mujer muy guapa, alta, tanto que sobresalía entre todos los hombres, de piernas largas y firmes, enfundadas en una falda de tubo y tacones de aguja muy elegantes. Lucía una larga cabellera rubia y tenía la piel del rostro blanca y sedosa. Aquella mujer tan guapa no le quitaba los ojos de encima a Isaac.

Su hermano siempre se convertía en el centro de diversión de todas las reuniones. Era dos años mayor que Carla y era la única familia que le quedaba. Sus padres habían muerto en un accidente de tráfico cuando eran unos niños y se habían criado con los abuelos, que habían fallecido hacía años, siendo ella todavía una adolescente.

Su hermano Isaac era un hombre atractivo con una eterna disposición al buen humor. Tenía el rostro afilado y el pelo negro y abundante con reflejos castaños, que le caía a ambos lados de la cara en un largo flequillo. Compartía con su hermana los ojos claros y las pestañas largas y rizadas, así como la boca ancha, de labios finos y perfilados. Su expresión solía ser la mayoría de ocasiones socarrona, pícaro o irónica, según las circunstancias. Era muy difícil sorprenderle con semblante serio. Isaac

miraba el mundo de un modo especial, como si encontrase algo divertido en todo aquello en lo que depositase su vista.

Carla solía pensar que si su hijo Aarón hubiese vivido, se parecería mucho a su tío Isaac. Sería un niño simpático, adorable, ingenioso y muy guapo. Su tío adoraría a Aarón tanto como ella lo adoraba.

Vació la copa de vino de un trago y cogió otra. Se disponía a unirse al grupo cuando alguien se interpuso en su camino.

—Hola, me llamo Alberto López de Prada, me has recordado a alguien y he pensado que me gustaría conocerte —dijo con marcado acento andaluz. ¿Sevillano?

Era un hombre joven, alto, muy guapo. Vestía un traje de lana marrón y jersey negro de cuello alto. Tenía la piel bronceada, el pelo castaño y unos ojos azules poderosamente llamativos. La boca era amplia, de labios gruesos, el mentón firme cubierto por una atractiva barba de tres días.

—Hola. Yo soy Carla —contestó nerviosa.

El hombre le estrechó la mano con fuerza. Por unos instantes, Carla se sintió abrumada al notar aquellos ojos azules clavados en ella.

—Soy delegado de la Consejería de Urbanismo de la Junta de Andalucía —dijo el hombre—. Mi padre es el director general. También es un alto cargo dirigente del partido socialista. Mi padre está en la carrera por la presidencia de la Comisión Ejecutiva Federal.

Lo soltó todo de carrerilla, como un niño que recita una lección aprendida. Tenía los ojos, la cara y el cuerpo entero dirigido hacia el de Carla, la mano izquierda sostenía una copa y la otra descansaba sobre su cadera derecha. Sonreía con un lado de la cara.

—Oh, eso es estupendo —respondió Carla, ligeramente perpleja.

—Mi padre es íntimo amigo del director del periódico. ¿A quién conoces tú aquí?

—Mi hermano. Trabaja en la redacción de sucesos. —Carla señaló hacia donde se encontraba Isaac, que seguía provocando risas entre el grupo que lo rodeaba.

—¿Y tú, a qué te dedicas?

—Bueno... yo soy informática. —Carla tomó aire—. Aunque ahora estoy en paro —dijo incómoda. El hombre no apartaba los ojos de ella, aunque Carla tenía la molesta sensación de que más bien el centro de su atención era su escote—. Llevo un tiempo en paro, pero he trabajado varios años programando páginas web para internet. Me especialicé en publicidad y marketing online.

—¡Internet! —exclamó Alberto con alegría—. ¡Yo me paso la vida conectado a Facebook! Creo que tengo una especie de adicción, no sabría qué hacer sin mi teléfono móvil. Mira mi iPhone, es de última generación.

Puso el teléfono ante sus ojos, como esperando que Carla lo admirase.

—¿Alguna vez te has grabado en un vídeo erótico con tu teléfono? —la espetó.

El hombre se inclinaba demasiado sobre ella al hablar, demasiado cerca. Carla dio un paso atrás. Alberto dio un paso adelante.

—Podemos intercambiar unos vídeos. Yo te envío uno de los míos y tú uno de los tuyos...

Carla cruzó los brazos y se puso de lado. Alberto formó una pantalla entre ella y el resto de la fiesta. Carla no podía retroceder porque tenía la mesa de canapés detrás. Empezó a entender por qué aquel hombre tan atractivo la había abordado a ella. A aquellas alturas lo habría intentado ya con todas las otras mujeres de la fiesta, mucho más guapas que ella, y todas lo habrían rechazado.

—Lo siento, aún no he saludado a mi hermano —dijo tratando de escabullirse a un lado.

Alberto la siguió con una sonrisa en los labios y los ojos azules y muy abiertos clavados en ella, como tratando de hacer sucumbir su voluntad con la mirada.

—Cuéntame algo de ti, quiero conocerte —dijo.

Carla soltó un bufido.

—Mi vida es muy aburrida —contestó.

—Eso de internet, ¿qué es lo que haces exactamente? —insistió.

—Marketing online —respondió Carla sin mirarle. Eso ya se lo había dicho antes, aunque de pronto tuvo la sospecha de que aquel tío no tenía ni idea de qué era eso. Sintió como el calor le subía al rostro—. Diseño programas que muestran anuncios, publicidad, en internet —aclaró.

—Ah, claro, ya entiendo —exclamó Alberto—. Tú haces esos dibujitos tan divertidos que te piden hacer clic. Ja, ja. Me encanta.

Carla quiso captar la atención de su hermano. El grupo se había disuelto y ahora se había quedado a solas con la mujer rubia. Tenía que llegar hasta él como fuese.

—Lo siento Alberto, ha sido un placer, pero tengo que hablar con mi hermano —dijo cortante.

Carla se hizo a un lado, pero Alberto no pareció darse por aludido.

—Eso de los anuncios... —siguió diciendo el hombre—. Tengo una idea muy buena. Verás, todos esos anuncios que parpadean y que siempre te están pidiendo hacer clic aquí: «haz clic aquí», te repiten sin parar. Y tú vas y no haces clic porque no te gusta hacer lo que te dicen, por llevar la contraria, ¿OK?, ¿me sigues? Entonces podrías poner un recuadro que diga «NO hagas clic aquí», ¿comprendes? «NO hagas clic aquí». —Alberto abrió mucho la boca para pronunciar aquel sonoro *no*—. ¿Qué harías entonces si ves ese mensaje? ¡Pues hacer clic!, ¿no te parece? Por seguir llevando la contraria. Te dice «NO hagas clic aquí» y entonces todo el mundo va y hace clic. ¿A que es una idea genial?

—Es interesante —respondió Carla tratando de alejarse de él, pero el pesado seguía a su lado sin separarse ni un centímetro de ella—. Aunque verás: lo que yo

hago es un poco más sutil. La idea es encontrar a la gente interesada en un determinado producto para mostrarles esa publicidad en concreto. ¿Comprendes? Por ejemplo, lo que quiere una marca de coches es que sus anuncios los vean quienes están pensando en cambiar de coche. Si pones publicidad engañosa para que la gente haga clic prometiendo una cosa cuando en realidad te encuentras otra, estaríamos perdiendo el tiempo. —Carla avanzaba dando un rodeo entre los presentes con la esperanza de que alguien obstruyese el paso de Alberto y quedase atrás.

—Creo que eres tú quien no lo ha entendido —dijo Alberto, que parecía realmente entusiasmado con su idea—. Si lo piensas, mi anuncio es perfecto, ¡porque sirve para anunciar cualquier cosa!

—Sí, claro —resopló Carla.

Se fue directa hacia su hermano mientras el joven la seguía, parlotando a su lado. Se daba cuenta de que aquel tío era tan guapo como idiota. Y no veía la forma de quitárselo de encima. Se preguntó qué tipo de cargo de delegado desempeñaría en la Consejería de Urbanismo. Delegado del servicio de café.

—¡Carla! ¿Dónde te habías metido? —saludó su hermano cuando la vio. Le dio un caluroso abrazo y dos besos—. Mira, te presento a Elsa Sjöberg, ¿se pronuncia así, verdad? Ella es mi hermana Carla.

Carla estrechó la mano de la mujer rubia. A su lado, Alberto la rozaba con el hombro. Parecía que había decidido unirse al grupo.

—Encantada, Elsa —saludó Carla—. Eh, bueno, él es Alberto... alguien a quien acabo de conocer.

—Ya nos conocemos —anunció la acompañante de su hermano con frialdad. Tenía un leve acento nórdico.

Con la mirada, Carla lanzó a su hermano una petición de ayuda para quitarse de encima a aquel idiota.

—Elsa es la directora en España de la editorial Temas de Hoy —explicó su hermano después de las presentaciones—. Tenía muchas ganas de que os conocieseis. Le estaba hablando de tu libro.

—Oh, bueno, solo es algo que he estado haciendo mientras buscaba trabajo —se justificó Carla.

—Isaac me ha explicado que has escrito un ensayo sobre los peligros a los que se exponen los adolescentes en las redes sociales —se interesó Elsa.

Sentir la mirada de aquella mujer tan sofisticada hizo que Carla se ruborizase. Por algún motivo la intimidaban las mujeres muy guapas y muy elegantes. Curiosamente, era algo que no le pasaba con los hombres, por muy atractivos que fuesen.

—Sí, en realidad creo que hay varios temas que se mezclan —dijo—. Está el anonimato en internet. Es una locura que cualquiera pueda crearse una identidad falsa y llenarlo todo de mentiras sin ningún control... Y precisamente ese anonimato

favorece que los adultos se aprovechen de los menores fingiendo y engañando.

—El acoso en las redes sociales es un tema que le interesa mucho a la editorial — confesó Elsa, asintiendo repetidamente.

—Ni te imaginas los peligros. Cualquiera puede hacerse pasar por un menor y engañar a todos esos niños. Acoso, pederastia..., es terrible lo fácil que resulta ganarse la confianza de un menor y manipularlo.

Carla evitó mencionar que su interés en las redes sociales comenzó cuando cayó en la cuenta de que su hijo Aarón, de estar vivo, ya tendría edad para tener su propio perfil y acceder a una red social. Ella misma había creado el perfil de un niño de once años llamado Aarón y había comenzado a «hacer amigos» en Tuenti (una de las redes sociales para menores más activas). Su sorpresa vino cuando comenzaron a llegarle propuestas de amistad de perfiles que eran claramente falsos menores. Adultos haciéndose pasar por niños que no tardaban en hablarle de sexo y hacerle propuestas obscenas más o menos encubiertas. Para ella era muy fácil identificar a esos falsos menores, pero pensó que un niño de once años podría sentir curiosidad o incluso creer que aquello era lo normal en internet. Pensó en todos los niños que estaban accediendo a las redes sociales sin supervisión de adultos y decidió ponerse manos a la obra y escribir un ensayo denunciando todo aquello. Hasta el momento no había pensado seriamente en qué haría cuando el libro estuviese acabado.

—El problema es que los padres no tienen ni idea de lo que hacen sus hijos en internet —explicó Carla—. Muchos creen que no hay ningún peligro, que es como un juego, que navegar por internet es como si jugasen con la consola. Entonces pensé que sería una buena idea escribir una especie de guía para padres, explicando los riesgos que corren sus hijos y lo que deberían hacer para evitarlo.

—Te va a interesar, en serio —prometió Isaac—. Yo lo he leído y es un material estupendo. Carla ha recopilado ejemplos reales que te ponen los pelos de punta.

—Suenan muy bien —dijo Elsa—. Me gustaría mucho leer el borrador. Estamos buscando material para una colección sobre los peligros que esconden las nuevas tecnologías de internet. Personalmente, creo que Google, Apple y Facebook se están convirtiendo en los nuevos dictadores del siglo XXI...

—Me encanta Facebook —interrumpió Alberto metiendo la cabeza entre ellos—. Me pasaría la vida conectado. Lo haría si no fuera por mis *importantes* obligaciones en la Consejería. Mi padre es el director general de la Consejería de Urbanismo de la Junta de Andalucía. Por cierto, mi padre es íntimo amigo del *dueño* de este periódico.

Elsa le lanzó una mirada de hielo. Carla volvió la cabeza, pretendiendo no haber escuchado nada. Alberto, por su parte, dio un paso adelante para interponerse entre ella y su hermano.

—¿Por qué no nos vamos a otro sitio tú y yo? —preguntó inclinándose sobre Carla—. Ya estoy cansado de tanta conversación intelectual.

—Tienes razón con los intelectuales —dijo Isaac sin borrar la sonrisa—. La mayoría no dejarían de hablar, aunque nadie les estuviese escuchando. Les gusta escucharse a sí mismos. Es uno de sus mayores placeres. A menudo incluso mantienen largas conversaciones consigo mismos y son tan inteligentes que a veces no entienden ni una palabra de lo que dicen.

Alberto torció la boca hacia un lado y sus cejas se elevaron durante un instante. No había entendido nada.

—Precisamente le estaba dando a tu hermana algunas ideas muy valiosas sobre la publicidad en internet —replicó elevando la barbilla—. Puedes utilizarlas. —Se volvió hacia Carla—. Te doy mi permiso.

Elsa se cruzó de brazos. Carla, con los brazos cruzados a cal y canto y casi dando la espalda a Alberto, hizo un gesto con las cejas a su hermano. Alberto volvió a inclinarse para hablarle al oído. Aunque tenía la boca pegada a la oreja de Carla, su tono de voz era tan estridente que todos pudieron escuchar lo que decía.

—Venga, vámonos tú y yo a pasar un buen rato. Mi padre es íntimo amigo del director. ¿No querrás que le hable mal de tu hermano, verdad?

Carla notó que la sangre se le agolpaba en las sienes. Se volvió airada. Iba a decir algo, pero, por la expresión de Isaac, supo que su hermano lo había escuchado todo. El gesto sombrío le duró a su hermano solo un instante; enseguida recuperó una expresión risueña. Antes de que Carla pudiese decir nada, Isaac agarró una cucharilla de postre y una copa y comenzó a golpearla para llamar la atención de los presentes.

—¡Atención, atención! —llamó en voz alta—. Ruego nos presten unos minutos de su atención.

Todos se volvieron para mirarles. «No, por favor, no lo hagas», quiso decirle Carla con los ojos, pero ya era tarde. Sabía que su hermano no iba a dejar que aquel idiota tratase de intimidarla y saliese indemne del encuentro.

—Por favor, silencio —pidió Isaac.

Todos se volvieron a mirar. Quienes lo conocían tenían ya una sonrisa en los labios, sabedores de que se avecinaba algo divertido.

—Un minuto de su atención. Quiero anunciarles que tenemos el honor de contar en esta reunión con el señor Alberto López de Prada.

Isaac dejó transcurrir unos segundos mientras señalaba teatralmente al joven, quien miraba a su alrededor con desconcierto. Alguien detuvo la música. Las conversaciones fueron bajando de volumen hasta que se hizo el silencio. Todos les miraban con expectación.

—El señor Alberto López de Prada es delegado de la Consejería de Urbanismo en Sevilla. Su padre es el director general. Pero, por favor, que nadie piense que el señor López de Prada logró el puesto por enchufe y no por méritos propios —dijo Isaac con expresión severa.

Hubo alguna carcajada entre los presentes.

—El honorable padre de Alberto es, por otro lado, íntimo amigo del dueño de este periódico y, sin duda, lamenta no haber podido asistir a este evento. En su representación, ha enviado a su hijo, quien desea transmitirnos unas palabras a todos en su nombre.

Isaac hizo un gesto para ceder la palabra al joven. Carla vio como Alberto enrojecía hasta la raíz del cabello. El silencio era absoluto. Todos aguardaban sus palabras.

—Yo... eh... Bueno, yo... —balbuceó—. Mi padre... bueno..., mi padre... En fin, mi padre hubiese querido que yo... que yo...

Isaac asentía con gesto serio a todo lo que decía, como si estuviese escuchando un solemne discurso. Alberto le miraba, miraba a su alrededor.

—Lo que mi padre valora es... Lo que mi padre..., la prensa es... libertad de expresión, es... Bueno, yo estoy aquí...

Alberto tenía la cara roja como un tomate. Un murmullo comenzó a recorrer a los presentes. El joven tenía aspecto de haberse atragantado: cada vez más rojo, sometido a todas las miradas, abría la boca como queriendo expulsar las palabras que le impedían respirar.

Estuvo boqueando unos instantes más, como un pez fuera del agua, hasta que, cuando por fin parecía que iba a decir algo más, Isaac le interrumpió.

—Excelente discurso —exclamó a viva voz—. Sin duda tu padre estará orgulloso de ti. —Brotaron algunas risas.

Alberto miraba a Isaac con los ojos muy abiertos, como si le hubiesen derramado un cubo de agua helada en la cabeza.

—Bien, ahora sabemos que algún día podrás ganarte la vida escribiendo discursos. —Las risas continuaron—. Un aplauso para nuestro amigo —pidió Isaac.

Todos comenzaron a aplaudir y Alberto se escabulló apretando los puños y murmurando maldiciones entre los presentes, que reían a su paso.

—¡No tenías que haber hecho eso! —le recriminó Carla cuando todo el mundo regresó a sus conversaciones.

—No iba a dejar que un idiota como ese intimide a mi hermana —dijo. La miró con ternura. Sus ojos claros refulgían bajo las largas pestañas rizadas.

—Bien hecho, ese imbécil se lo merecía —asintió Elsa. La guapa mujer miraba a Isaac con renovada admiración.

—Ya me lo hubiese quitado yo de encima —dijo Carla—. No hacía falta montar un espectáculo.

—Olvídalo. No dejemos que ese idiota nos arruine la noche. —Isaac recuperó su habitual semblante alegre—. Bueno, entonces ¿cuándo le vas a enviar a Elsa el borrador de tu libro?

Retomaron la conversación y pronto se olvidaron del incidente con el joven andaluz. Amigos de Isaac se unieron al grupo. Se pusieron a relatar anécdotas del periódico y un par de horas más tarde a Carla le dolía el estómago de tanto reír. Al final se lo estaba pasando muy bien. El vino se le había subido a la cabeza, sentía un agradable mareo. Fue al baño y, cuando regresaba, pasó junto a una pequeña terraza abierta. Salió para respirar un poco de aire fresco nocturno.

Estaba nevando. Aquellas estaban siendo unas navidades particularmente gélidas en Madrid. La nieve caía suavemente, incorpórea, llenando el aire como una fiesta de confeti o como si algo se hubiese roto en millones de trozos diminutos. Carla se abrazó a sí misma. Hacía mucho frío, pero el frío era estimulante. Consultó el reloj de muñeca. Eran las tres de la mañana. Aarón estaría durmiendo plácidamente en su cama.

Respiró hondo. El aire nocturno le estaba sentando bien. Se quitó los tacones. El suelo estaba helado, pero la sensación de estar despierta cuando no debería, en mitad de la noche, le provocó una agradable sensación de libertad. Debería experimentar más a menudo aquellas sensaciones. Se vio asaltada por la punzante impresión de que se estaba perdiendo algo importante e irrecuperable. Expulsó con fuerza el aire de los pulmones, como si a la vez quisiera expulsar algo de su interior.

A lo mejor tendría que coger un avión y viajar muy lejos. Conocer el mundo. Tenía treinta y cinco años y todavía no había salido de España. ¿Qué le impedía marcharse? Tenía algo de dinero ahorrado. Podría irse a la India, era un sitio que siempre había querido visitar. A Aarón le encantaría. Los dos se lo pasarían en grande. Solo tenía que comprar un billete, reservar un hotel y hacerlo. ¿Qué se lo impedía? ¿Por qué nunca se atrevía a hacer lo que realmente le apetecía?

Sintió una presencia a sus espaldas. Se volvió, sobresaltada. Era Alberto. No había vuelto a ver a aquel idiota en toda la noche. Suponía que se habría marchado de la fiesta después del «discurso», pero, al parecer, seguía por allí.

Carla recogió los tacones del suelo y, con ellos en la mano, trató de regresar al interior, pero el hombre se plantó frente a ella cortándole la salida. El aliento le apestaba a alcohol. No le gustó el modo en que la miraba: la mandíbula apretada y los puños cerrados, sus ojos azules tenían una expresión gélida, tan fría y oscura como el cielo de Madrid aquella noche.

—Eres muy guapa —dijo con voz pastosa de borracho—. Me gustas mucho.

—Lo siento, no me apetece hablar contigo —respondió Carla, tratando de escabullirse.

Se dio cuenta de que el hombre había cerrado la puerta y bloqueaba el paso. Se vio obligada a retroceder cuando se aproximó a ella, hasta sentirse arrinconada contra la barandilla de la terraza. Tuvo miedo. Aquel tío estaba muy borracho y allí nadie podía verles desde el interior.

Sin venir a cuento, Alberto soltó una carcajada grotesca. Carla apartó la cara para evitar el aliento que apestaba a alcohol.

—Eres un imbécil repugnante —le espetó arrugando la nariz como quien huele pescado podrido.

—Os creéis muy listos, tú y tu hermano. Escúchame bien. Voy a hacer que despidan a tu hermano del periódico. Mi padre es amigo del director. A no ser que tú y yo...

Carla trató de escabullirse, pero el hombre la agarró por los hombros. Sus manos eran más fuertes de lo que parecían. Le hizo daño.

—Me ponéis a cien las tías como tú que vais de listas —dijo—. Venga, sé que te gusta. Si lo vas a pasar bien. Chúpamela y no despedirán a tu hermano.

La presionó por los hombros para que se arrodillase. Carla lo empujó a un lado. El hombre resbaló en el suelo húmedo y el peso de su cuerpo cayó sobre ella. Ambos se desplomaron. En la caída, Carla se golpeó la cabeza contra el borde de la barandilla. Sintió algo ardiente en la base del cráneo y la visión se le enturbió. Soltó un grito, pero no estaba segura de que ningún sonido saliese de su garganta. Las manos de aquel desgraciado hurgaron debajo del vestido. Le tiraba de las bragas.

Estaba a punto de perder la consciencia y aquel hijo de puta la iba a violar.

Cuando ya sentía que iba a desmayarse vio a su hijo Aarón, que tanto apoyo le había dado siempre, agarrado a la barandilla con una mueca de horror en la cara.

Serguei Aksyonov

Pese a ser conocido por sus nervios de acero, Serguei Aksyonov apenas podía contener la cólera. Apretaba los puños y los dientes mientras respondía a las preguntas que le formulaban los dos agentes de policía que lo interrogaban en las dependencias judiciales de Marbella.

Llevaban dos horas de interrogatorio y hacía mucho tiempo que Serguei había perdido la paciencia.

—¿Me estáis acusando de hacer desaparecer a mi propia hija? —gritó el empresario ruso golpeando con los puños la mesa.

—Veamos, señor Aksyonov. Hemos repasado los hechos una y otra vez. Las cámaras de seguridad no han detectado ninguna presencia de intrusos en su residencia, salvo el incidente con el simio. Ninguna cerradura ha sido forzada. No hay huellas ni rastro de presencia extraña en toda la casa. ¿No le parece un secuestro un poco raro? ¿Qué tenemos que pensar?

—Tenéis que pensar cómo ha podido desaparecer mi hija —respondió apretando los dientes.

—Eso es precisamente lo que estamos haciendo, señor Aksyonov —dijo el policía judicial—. Aparentemente nadie ha entrado o salido de los límites de su propiedad esta noche. ¿No le parece eso extraño?

—No me parece extraño, me parece incorrecto. ¡Claro que alguien ha salido de mi propiedad! ¡Mi hija!

Serguei dio un puñetazo en la mesa y quedó en silencio. Los músculos de su mandíbula se tensaron como amarres de un navío.

—Lo que nosotros pensamos —dijo el policía después de tensar el silencio unos segundos— es que algo ocurrió entre usted y su hija. ¿Qué puede decirnos de la sangre en su habitación?

Serguei clavó una mirada enrojecida en el policía.

—¿Creéis que yo le haría daño a mi hija? Vosotros no me conocéis. No conocéis a los Aksyonov. Mi hija es sangre de mi sangre, daría mi vida por ella sin dudarlo. Vosotros los españoles no le dais importancia a la sangre. No habéis vivido lo que nosotros, el pueblo ucraniano. No tenéis ni idea de los sacrificios que mi padre tuvo que hacer por mí, ni los que tuvo que hacer el padre de mi padre.

Serguei miró a los policías con los ojos convertidos en dos ranuras.

—En mi familia los lazos de sangre son sagrados. Mi hija lo es todo para mí. Nunca le haría daño. No soportaría que le ocurriese nada.

Serguei apoyó los codos en la mesa y sostuvo la cabeza con las manos.

—Dios mío, me estoy volviendo loco. Mi hija. Si le ha pasado algo... —Meneó

la cabeza—. Ella es lo que más quiero. Tenéis que entenderlo.

—Lo entendemos. Por eso tiene que colaborar con nosotros. Tiene que contarnos lo que ha ocurrido esta noche en su casa.

—No me creéis, ¿verdad? —Serguei los miró con los ojos inyectados en sangre—. Os diré una cosa. Si no encontráis a mi hija, lo vais a pagar muy caro. Todos vosotros. Os lo juro.

6

Carla

Carla, semiinconsciente e inmovilizada sobre el frío suelo de la terraza, ya ni siquiera trataba de liberarse del hombre que intentaba violarla.

Una mano le hurgaba en la entrepierna tirando de sus bragas. Carla apenas notaba su propio cuerpo ni el peso de aquel hombre. Solo sentía un dolor punzante en la cabeza, pero incluso el dolor se alejaba mientras ella se hundía cada vez más en la oscuridad.

Una última fibra de consciencia se le escapaba cuando escuchó un grito de su hijo Aarón.

—¡Mamá!

Fue como salir de un pozo y sentir que la luz inunda tus sentidos. Una inyección de adrenalina recorrió su cuerpo de los pies a la cabeza. Giró las caderas con violencia, levantó la rodilla y le golpeó en la entrepierna. El hombre soltó un aullido de dolor. Carla se escabulló a un lado y se puso en pie.

Alberto López de Prada, de rodillas, quiso sujetarla por el brazo. Afortunadamente estaba muy borracho y sus movimientos eran torpes y lentos. Carla lo empujó con todas sus fuerzas y el hombre se desplomó hacia atrás.

—¡Hijo de puta, tengo todo lo que ha pasado grabado en mi teléfono!

Carla abrió la puerta corredera y cruzó la gruesa cortina de regreso a la fiesta. Nadie parecía haber advertido lo que acababa de ocurrir en la terraza.

Temblaba de miedo y de rabia. Buscó a su hermano, pero no lo vio entre la multitud que todavía se agolpaba en la redacción del periódico. Habían subido el volumen de la música y el alcohol hacía que todos bailasen y gritasen a carcajadas.

Temblorosa, se metió en un despacho vacío. Cerró la puerta y se dejó caer en el suelo, la espalda apoyada contra la pared. Entonces rompió a llorar mientras escuchaba voces y risas al otro lado de la puerta. Tenía la respiración agitada y el corazón latía con fuerza.

Nunca había sentido tanta rabia.

Lo que le había dicho a Alberto era mentira. Cuando había empezado a acosarla en la terraza no le había dado tiempo de accionar la grabación en su iPhone. No tenía ninguna prueba de lo ocurrido. No podía hacer nada.

Tenía miedo de la reacción de su hermano. La reacción de Isaac era imprevisible si se enteraba de lo ocurrido. Si se enfrentaba con aquel desgraciado podría acabar perdiendo el trabajo.

Pero no podía dejar que las cosas quedasen así. Tenía que hacer algo.

Como si obedeciese a un impulso invisible, espoleada por una lanza de rabia, se puso en pie y encendió el ordenador que había en el despacho. Se conectó a internet y

entró en la página web de la Consejería de Urbanismo de la Junta de Andalucía.

No supo lo que buscaba, ni siquiera era plenamente consciente de lo que estaba haciendo, hasta que encontró el listado oficial de miembros de la Consejería donde aparecía el nombre de Alberto López de Prada y, lo más importante, su teléfono de contacto. Carla estaba segura de que aquel número de teléfono pertenecía al iPhone que el desgraciado le había enseñado unas horas antes. Lo más seguro era que Alberto utilizase un solo teléfono, el oficial, y cargase todas sus llamadas privadas a la Consejería.

Para Carla aquel teléfono era una llave que abría otras puertas, solo había que saber utilizarla y ella sabía cómo.

Los teléfonos, al contrario que las redes de ordenadores, apenas contaban todavía con medidas de seguridad. Sonoros eran los casos de fotografías comprometedoras de personajes famosos robadas de sus teléfonos móviles. Con los conocimientos informáticos adecuados no era difícil piratear un teléfono si uno se lo proponía.

Carla entró en su cuenta de Dropbox, un espacio de almacenamiento de datos en internet conocido como «la nube». Desde allí todavía tenía acceso a algunos programas que había utilizado habitualmente en su trabajo antes de que la despidiesen. Tener los programas accesibles desde una carpeta de la nube le permitía seguir trabajando desde casa sin necesidad de estar copiando continuamente en una memoria los ficheros del ordenador del trabajo al de casa.

Desde el ordenador del periódico ejecutó una aplicación capaz de recopilar las páginas web que habían sido vistas desde cualquier dispositivo móvil. Era un programa sencillo que muchas empresas que se dedican a insertar publicidad en internet utilizan para conocer las preferencias de los usuarios. Aunque a Carla le importaban una mierda las páginas web que Alberto hubiese visto, conocer su historial de navegación era el primer paso para lograr lo que realmente perseguía: averiguar la contraseña de su correo personal.

Los sitios como Google, Amazon o Facebook protegían bien sus contraseñas. Utilizaban conexiones cifradas. Si no se instalaba previamente un virus o un programa espía, resultaba casi imposible interceptar las contraseñas que los usuarios introducían para acceder a esas páginas.

Pero había otras páginas web que no se preocupaban tanto de la seguridad. En esas páginas las contraseñas se transmitían sin cifrar y se guardaban temporalmente en la memoria del teléfono para no tener que teclearlas cada vez que se entraba en ellas.

Como había esperado, Carla descubrió que Alberto visitaba regularmente varias páginas de baja seguridad. Todas ellas eran sitios de pornografía de pago en las que había que registrarse mediante contraseña. Analizando los datos del historial de navegación, no tuvo ningún problema para ver la contraseña que Alberto había

utilizado en una de esas páginas:

madonna230978

A continuación, Carla entró en el perfil público de Alberto en Facebook.

Música favorita: Coldplay, Madonna, Alejandro Sanz, Lady Gaga.

Fecha de nacimiento: 23-09-1978.

Contacta conmigo: Alberto.prada@gmail.com.

Que hubiese utilizado uno de sus artistas favoritos —Madonna— en su contraseña le indicó que iba en la dirección correcta. Por otro lado, los números se correspondían con su fecha de nacimiento.

Como programadora, Carla conocía lo suficiente de las medidas de seguridad informáticas para saber que los *hackers* —como se llama a los expertos en programación que entran ilegalmente en las redes privadas de las empresas—, no hacen precisamente uso de complejas técnicas para romper las protecciones de seguridad. Los sistemas de encriptación de contraseñas han evolucionado tanto que es prácticamente imposible acceder a un sitio web con los métodos que funcionaban unos pocos años antes. Los *hackers* ya no perdían el tiempo tratando de engañar a un Firewall, una muralla informática de seguridad prácticamente inexpugnable. En cambio, se seguían colando fácilmente en las redes de empresas y organismos públicos aprovechando el punto más débil del sistema: el humano.

El espionaje industrial es un negocio muy lucrativo. El noventa y nueve por ciento de los accesos ilegales a las bases de datos de empresas se lleva a cabo gracias a la negligencia de las personas que las utilizan.

Y es que para todo el mundo supone un quebradero de cabeza recordar las contraseñas del ordenador de su trabajo y además las de cada página web que obliga a registrarse: Gmail, Facebook, Apple... Que te obliguen a que esas contraseñas sean cada vez más complejas, con números, signos de puntuación y mayúsculas, no hace sino facilitar la tarea de los *hackers* porque la mayoría de usuarios las acaba apuntando en un pedazo de papel para no olvidarlas.

Los espías burlan sistemas de seguridad que cuestan millones de dólares simplemente robando el pólit donde alguien ha apuntado la contraseña de acceso.

Las personas algo más precavidas que no apuntan su contraseña en un pedazo de papel suelen inventarlas basándose en datos fáciles de recordar: el nombre de un familiar, un actor o su músico favorito; palabras combinadas con números sencillos de recordar, como una fecha significativa, el cumpleaños del hijo o el aniversario.

Carla examinó la contraseña que Alberto había utilizado para registrarse en la página de pornografía: madonna230978. Estaba construida de un modo muy obvio. Madonna, según su perfil de Facebook, era uno de sus artistas favoritos. Los números

se correspondían con su fecha de nacimiento.

Existía la posibilidad de que utilizase siempre la misma contraseña para registrarse en todas las páginas web. Si Alberto era lo suficientemente precavido para tener contraseñas diferentes, lo más probable es que emplease un método para construirlas que le permitiera recordarlas con facilidad.

Carla accedió a la página de registro del correo de Gmail. Introdujo la dirección de email de Alberto (Alberto.prada@gmail.com) y, a continuación, probó suerte con la contraseña que había sacado de su teléfono móvil.

El nombre de usuario o la contraseña introducidos no son correctos

Probó combinando otros de los artistas favoritos de Alberto que aparecían en su perfil de Facebook con su fecha de nacimiento:

alejandrosanz230978,

ladygaga230978,

coldplay230978.

La tercera contraseña fue aceptada y Carla tuvo acceso a su correo personal.

Comenzó a revisarlo sin una idea clara de lo que buscaba. Solo sentía que el corazón le latía muy deprisa en el pecho y la sangre se le agolpaba en la cabeza. Más allá de la agresión física, en sus oídos todavía resonaban las palabras de amenaza de Alberto.

«Voy a hacer que despidan a tu hermano».

No tardó en encontrar montones de emails con facturas por descargas de pornografía en internet. Los cobros se cargaban a una tarjeta Visa que estaba a nombre de la Junta de Andalucía. Alberto era tan estúpido que ni siquiera era capaz de descargar la pornografía gratuita que inundaba la red, tan estúpido que encima la pagaba con la tarjeta oficial.

Siguió revisando los emails. Aplicó un filtro para ordenarlos por destinatario y comprobó que había abundante intercambio de emails con su padre, un tal Francisco de Prada, el director general de la Consejería de Urbanismo, el alto cargo del partido socialista del que tanto presumía su hijo.

A lo mejor debería filtrar a los medios de comunicación las facturas de Alberto por descarga de pornografía a cuenta de la tarjeta oficial. Pero aquello no le parecía lo suficientemente contundente.

Carla leyó algunos de los mensajes que Alberto había intercambiado con su padre. La mayoría trataban de asuntos triviales. Carla dedujo que Alberto era algo así como el chico de los recados de su padre. Se preocupaba de que su coche estuviese listo, le ayudaba con la correspondencia o le llevaba los trajes a la tintorería. Todo a cambio de un ostentoso puesto en la Consejería y de un generoso salario. Le daba

náuseas.

Una cadena concreta de mensajes hizo que el corazón aletease en su pecho como un pez fuera del agua.

De: Alberto López de Prada

Para: Francisco de Prada

enviado el 12 octubre de 2012 a las 17:40

Me he reunido con Frutos esta noche. Ofrece el 10% y 30000 euros en efectivo por la recalificación del terreno.

De: Francisco de Prada

Para: Alberto López de Prada

enviado el 12 de octubre a las 17:58

Acepta. Recoge el dinero. Yo moveré los permisos.

De: Alberto López de Prada

Para: Francisco de Prada

enviado el 12 octubre de 2012 a las 18:05

Ya he hablado con él. Mañana me entregará el dinero. El 10% cuando empiecen las obras;)

¡Te tengo! gritó Carla levantando ambos brazos con los puños cerrados, como quien acaba de meter un gol. Aquello era pura dinamita. Estaban aceptando algún tipo de comisión ilegal por recalificar unos terrenos para algún constructor. ¿Es que en España no quedaba ni un solo político o empresario que no fuera corrupto?

Tenía que andarse con cuidado. Le temblaban las manos. No podía simplemente reenviar aquel email a un periódico. Los correos electrónicos podían manipularse fácilmente. Cualquiera podría cambiar el texto de un mensaje y reenviarlo. Ningún periódico tomaría en serio un correo acusatorio, y menos si el acusado era un «respetable» político.

Cosa diferente sería si alguien entrase directamente en aquel buzón y encontrase la información por sí mismo. Alguien con la libertad y la capacidad de difundirla adecuadamente.

Carla entró en la web de Wikileaks.

Wikileaks era un portal que publicaba filtraciones de cualquier documento que desvelase comportamientos poco éticos de Gobiernos, organizaciones o personajes relevantes. Aquello les iba a encantar.

Carla fue hasta el formulario de contacto y escribió un simple mensaje:

Esto les puede interesar.

HYPERLINK "mailto: Alberto@Prada.com" Alberto@Prada.com

password: coldplay230978

Alto cargo socialista. Corrupción urbanística.

Envió el mensaje y respiró hondo. Cerró los ojos con fuerza. Tuvo la impresión de que algo la abandonaba, como si una sombra invisible escapase por los poros de su piel. Fue una sensación extraña que hizo que se sintiera mucho mejor.

La puerta del despacho se abrió en ese momento. El bullicio de la fiesta la sacudió como un golpe de mar.

—¿Dónde te habías metido? —exclamó su hermano mientras se acariciaba el cuello y la cara se le estremecía en un espasmo de alivio—. Te he estado buscando por todos lados. ¿Te encuentras bien? Estás temblando...

Carla intentó sonreír como si nada hubiese pasado, pero las fuerzas le fallaron. Cuando su hermano se acercó hasta ella escondió el rostro y se abrazó a él con fuerza.

—Carla, ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras?

Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando. No quería ser débil. No quería parecer débil delante de su hermano. Quería ser tan fuerte como él. Quería demostrarle que no tenía miedo. Pero no podía dejar de temblar. Ahora que era adulta se había creído a salvo de cualquier peligro, pero había bastado la fuerza bruta de un hombre para sentirse de nuevo vulnerable y aterrorizada como una niña.

—Dime, ¿qué te ha pasado?, ¿por qué tiembles? —preguntó Isaac. Le puso la palma de las manos en las mejillas.

Carla encontró las fuerzas para relatarle su encuentro con Alberto en la terraza exterior.

—Qué hijo de puta —masculló Isaac apretando los puños con fuerza.

Frunció el ceño. Su mirada se endureció de un modo extraño. Su rostro parecía esculpido en piedra. Fue como si todo rastro de humanidad le abandonase por un instante. El rictus risueño de sus labios se volvió frío y despiadado. Carla nunca había visto aquella expresión en los ojos de su hermano. Era como mirar a un desconocido. Tuvo miedo de que hiciese algo de lo que pudiera arrepentirse.

—Estoy bien —dijo con un escalofrío—. En realidad no llego a tocarme. Solo me dio un buen susto.

—Mierda, Carla. Ese tío es un gilipollas. No voy a dejar que esto quede así.

—Olvídalo, de verdad. Yo estoy bien.

—Carla, todavía estás temblando. ¿Te crees que voy a dejar que ese desgraciado se quede tan campante?

—Su padre es un político importante. Tienen poder. No quiero que hagas nada.

—Ya me andaré con cuidado. Por muy político que sea no va a poder con nosotros. Tú y yo somos más fuertes. —Sonrió con ternura—. Recuerda la fuerza que vive en nuestro interior.

—Ya no soy una niña a la que puedas consolar con historias —dijo Carla enjugándose las lágrimas.

De niña, poco después de que muriesen sus padres, cuando tenía pesadillas o la

asustaba la oscuridad, Isaac solía hablarle de una fuerza misteriosa que, según él, ambos tenían en su interior. Carla todavía recordaba sus palabras de niño: «Está aquí dentro, cerca del corazón —decía Isaac poniendo su mano en el pecho de su hermana pequeña—. Yo puedo sentirla. Cuando algo me asusta o necesito valor recurro a ella, nunca me falla. Tú también la sientes, ¿a que sí?».

Con nueve años, Carla decía que sí para no defraudar a su hermano. Ella también quería ser valiente como él. Su hermano nunca tenía miedo, nunca lloraba. Carla quería dejar de sentirse sola. Quería dejar de echar de menos a sus padres. La realidad era que nunca había sentido aquella fuerza de la que le hablaba Isaac. Le mentía cuando le decía que sí. En realidad, su verdadero apoyo había sido su hermano, él siempre encontraba la solución para cualquier problema. De niños, su hermano siempre había sido un muro sólido en el que apoyarse para protegerse de las inclemencias del mundo.

—¿Sabes una cosa? —confesó Carla—. Yo nunca he sido valiente. —Se sentía como si tuviese otra vez nueve años, llorando en el hombro de su hermano mayor—. Siempre estaba muerta de miedo.

Isaac sonrió de un modo que hacía aflorar en su rostro el niño que había sido. Carla pensó que su hijo Aarón se le hubiese parecido mucho.

—Te contaré un secreto —dijo Isaac hablándole al oído—. Yo también estaba muy asustado cuando murieron nuestros padres. Entonces, un día me pregunté por qué los adultos iban por el mundo sin miedo, sin dudas. Por qué tenían respuestas para todo. Supuse que cuando eres mayor te haces muy fuerte. Imaginé que yo también tenía esa fuerza de los adultos, aunque fuese todavía un niño. Por mucho que quería ser fuerte seguía teniendo miedo. Cuando crecíamos siempre tuve la impresión de que podría haber hecho las cosas mejor, que mi vida estaba llena de errores. Y, a pesar de eso, nunca dejé que la tristeza se adueñase de mi carácter. Siempre encontré un motivo para sonreír. ¿Y sabes por qué? Porque te tenía a ti. Tú tenías la fortaleza suficiente para ambos.

Carla le miró a los ojos y supo que decía la verdad. Por primera vez su hermano parecía desorientado y frágil. Carla vio en sus ojos el rescaldo de un dolor que creía olvidado.

—Yo siempre tenía miedo —reconoció Carla con un hilo de voz—. Solo fingía que era valiente para no defraudarte.

—Y eso es lo que hizo que los dos saliésemos adelante. No importa lo asustados que estuviésemos. Lo importante era el amor y la confianza mutua que nos teníamos. La fuerza de la que siempre te hablé existe de verdad. ¿Te das cuenta? Es la capacidad de amar y de confiar el uno en el otro. Esa es la verdadera fuerza que reside en nuestro interior. Y esa fuerza, Carla, no nos va a abandonar nunca.

Alguien entró en el despacho en ese momento. Carla reconoció a uno de los

compañeros de Isaac de la redacción del periódico.

—Siento interrumpir, Isaac, pero el jefe nos busca. Ha surgido algo.

—¿Qué pasa?

—Quiere que nos larguemos ahora mismo a Marbella para cubrir un suceso sobre el terreno.

—¿Ahora? ¿Estás loco?

—Díselo al jefe. Tenemos que estar allí antes de que amanezca. Hay una noticia que va a saltar mañana y quiere que tengamos una crónica lista a primera hora para la edición digital.

—¿Qué ha pasado?

—Ha desaparecido la hija de un empresario. Un tal Serguei Aksyonov. Es un magnate ruso afincado en Marbella. El asunto no huele bien. Por lo que se ha filtrado, la policía sospecha que no ha sido un secuestro, sino que el propio padre hizo desaparecer a su hija. Han encontrado sangre en la habitación y también en el jardín, pero todavía ni rastro de la joven.

—Joder —masculló Isaac.

—Sí, joder. Ese tío, Aksyonov, tiene contactos arriba. —Hizo un gesto con el pulgar—. Ha estado haciendo llamadas a los dueños de algunos periódicos. Incluido el nuestro. Dice que la policía se equivoca en acusarle y quiere que se aireen los trapos sucios de la policía de Marbella.

—Mierda. ¿Y qué se supone que tenemos que hacer nosotros?

—El jefe quiere que averigüemos la verdad y que la publiquemos. No importa si deja en buen o en mal lugar a ese tío. Siempre que sea la verdad.

—Está bien, voy enseguida.

—No te preocupes por mí —dijo Carla—. Ya estoy bien. Ve a hacer tu trabajo.

—Te llamaré mañana —soltó su hermano saliendo apresurado.

Carla volvió a quedarse sola en el despacho. El barullo de la fiesta había disminuido. De vez en cuando resonaba una carcajada discordante, lejana. Se abrazó a sí misma. A veces, pensó, el mundo era un lugar extraño y frío. A veces tenía ganas de que el mundo se detuviese para poder tomarse un respiro.

No tenía más remedio que seguir adelante. Con un suspiro se encaminó hacia la salida. Tenía que hacer algo con su vida. No podía seguir así, como perdida. Su psicoterapeuta tenía razón. Estaba utilizando a su hijo imaginario para llenar un vacío. Tendría que hablar seriamente con su psicoterapeuta. Que le pusiera un plan de choque o algo así. Quitarle de la cabeza como fuera la idea de Aarón. No podía seguir viviendo encadenada a un error.

La idea de desprenderse de Aarón la llenó de angustia. Tal vez podría esperar un poquito más. Al fin y al cabo, su hijo era un gran apoyo. A lo mejor tendría que esperar hasta que su vida se estabilizase un poco.

—Tu hijo que no existe está llenando un vacío en tu vida. Lo primero que debes hacer es llenar ese vacío con algo real.

—¿Como qué?

—Eso depende de ti. Define tus objetivos. Piensa qué quieres hacer con tu vida.

—Pienso que quiero hacer algo importante. Algo grande. ¿He dicho una tontería?

—No, no es ninguna tontería, si así lo piensas de verdad. ¿Qué significa para ti algo grande?

—No sé, algo que deje una huella en el mundo, en los demás. De niña solía pensar que cuando me hiciese mayor haría cosas para ayudar a la gente, quería ser misionera o algo así; no sé dónde se quedaron todas esas ideas.

—Puede que ahora sea el momento de recuperarlas, ¿no crees?

—Tienes razón. Quizás es el momento. Me gustaría ayudar a la gente. Me gustaría ayudar a que el mundo fuese un lugar mejor.

—Ese es un buen pensamiento, Carla.

«Sí, pero ¿cómo vas a hacerlo real?»

Alicia

Cyberbullying: uso de información electrónica y medios de comunicación tales como correo electrónico, redes sociales, blogs, mensajería instantánea, Twitter, mensajes de texto y teléfonos móviles por parte de uno o varios menores de edad para acosar a otro menor de edad, atormentarle, amenazarle, hostigarle, chantajearle o humillarle. En el cyberbullying el o los acosadores tienen una edad similar al acosado.

Fuente: Wikipedia: La enciclopedia libre

A pesar de que la vida estaba a punto de complicársele muchísimo, Alicia, una adolescente de dieciséis años, no se olvidaría nunca de la impresión que le causó entrar por primera vez en la maldita Casa de las Ruedas.

Lo peor era que aquel lugar tan horrible no era una atracción de feria; aquella casa polvorienta y cochambrosa era nada menos que su nuevo hogar. Cuando se encontró dentro de la cocina, junto a su madre y su hermano pequeño, no dijo nada porque en su mente no encontró palabra capaz de describir la sensación de angustia que la invadió.

—No me mires así, Alicia —dijo su madre—, ya sabes quién tiene la culpa de que estemos aquí.

La casa parecía a punto de caerse y estaba, según sus propias palabras, «en la periferia de un barrio periférico de una ciudad de tercera en un país de cuarta», una manera muy poco ortodoxa de referirse a las afueras de La Cañada de San Urbano, una barriada de la capital almeriense.

Efectivamente, algunas cosas habían cambiado para Alicia: casa nueva (por no decir vieja) e instituto nuevo, pero lo peor eran las cosas que no habían cambiado: su padre seguía «desaparecido», su hermano pequeño seguía teniendo parálisis cerebral y los kilos que le sobraban se negaban a abandonarla.

Si los padres y los buenos amigos fueran tan fieles como aquellos malditos kilos de más.

El banco les había quitado el piso de Almería al no poder hacerse cargo su madre sola del gasto de la hipoteca. Su madre había alquilado aquella casa barata en una zona a medio urbanizar, rodeada de solares e invernaderos, y, según ella, todavía «tendría que dar gracias por tener un sitio donde vivir».

En el patio delantero, además de escombros y matorrales, había una montaña de neumáticos viejos que nadie se había molestado en quitar. Los niños del barrio conocían aquella casa como la Casa de las Ruedas.

Era para morirse de la vergüenza.

Alicia se pasaba las horas de instituto vagando de clase en clase, prestando la atención justa, hablando las palabras exactas, deprimida al saber que, después del instituto, le esperaba aquella maldita casa que contenía a su madre con sus copas de más, su madre y su cansancio después de trabajar «como una mula de carga», su madre y su odio hacia el cobarde del padre de Alicia.

No nos olvidemos de los gritos incontrolables del hijo minusválido.

Ni de la enorme distancia que se abría como una herida sangrante entre su madre y ella.

Era todo muy deprimente. Y el instituto no era mucho mejor que digamos.

Lo que más odiaba del nuevo instituto era precisamente lo que más le recordaba a su instituto anterior: la hipocresía de los profesores. Le reventaban sus falsas sonrisas y su pretendida amabilidad cuando era obvio que a ninguno le importaba lo más mínimo el futuro de los alumnos ni lo que pudieran aprender.

Tenía a todos los tipos de profesor, una clase tras otra.

La de informática, que siempre llegaba veinte minutos tarde a clase y les dejaba la puerta abierta con toda la cara del mundo para que se sentaran frente a los ordenadores y navegaran en internet o hicieran lo que les viniera en gana. Curiosamente, muchos aprendieron más de informática en esos veinte minutos diarios que en los restantes en los que la profesora les «enseñaba» cuatro idioteces que ya sabían.

—Queridos estudiantes, hoy voy a enseñaros a usar el buscador más potente de toda la red, se llama Google.

Luego estaba el profesor de arte, que una vez confesó en clase que fumaba marihuana, que era «colega» de todos los alumnos, vegetariano y nudista. Se pasaba las clases adoctrinándolos sobre la maldad del capitalismo y las bondades del comunismo, en lugar de enseñarles realmente arte.

La de ciencias, a la que nadie respetaba y ni ella misma se mostraba respeto. Según ella, subyugada por la tragedia de no haber podido jubilarse pasados los sesenta, «tener que aguantar esto, alguien como yo».

El que daba matemáticas, cuyas notas, curiosamente, eran directamente proporcionales a la belleza física de la alumna en cuestión. Alicia siempre aprobaba por los pelos.

La excepción era el profesor de inglés, un irlandés de unos cuarenta años llamado Tomás que había llegado a Almería a los veinte y ya no se había movido de allí (vivía en una casita junto a la playa, en el cabo de Gata, y hablaba español con un acento

almeriense la mar de cómico), que daba la última clase de cada día.

El señor T. (que era como el profesor había pedido a sus alumnos que le llamasen) decía las cosas como son, no montaba un espectáculo por una idiotez. Cuando algo era difícil lo decía, cuando era fácil no le daba más vueltas, y siempre estaba disponible por si alguien tenía alguna duda. Llamaba a los padres de los vagos para advertirles que sus hijos llevaban camino de suspender y les ofrecía alternativas, y no olvidaba llamar a los padres de los mejores estudiantes para felicitarles por el rendimiento de sus hijos.

Los estudiantes de aquella clase de inglés, sin embargo, dejaban mucho que desear. Casi nadie prestaba atención, en parte por culpa de un grupo insoportable de maleducados que se pasaban el día colocados de yerba. A Alicia solo le caía bien Nelson Castillo, un grandullón pelirrojo que pasaba de los cien kilos, un chavalote bonachón que tenía pinta de no haber roto un plato en su vida, precisamente porque jamás había roto un plato. Nelson tenía una cara redonda y mofletuda, como un oso de peluche grande y bobalicón; daban ganas de abrazarlo.

Cuando terminaba los ejercicios, Nelson se pasaba el resto de la clase dibujando. Los suyos eran dibujos casi infantiles pero encantadores; dibujos de animales, de paisajes, una mezcla de los típicos dibujos de Mariscal y los paisajes montañosos pintados en las paredes de cualquier restaurante chino. Esas dos cosas y un claro tercer elemento que solo se podía definir como Nelson.

Alicia sospechaba que el chico tenía alguna clase de minusvalía intelectual, algo tal vez leve pero cierto e innegable. Y es que Nelson decía lo que pensaba siempre y en todo momento, sin sopesar las consecuencias de sus palabras. Alicia ya había intercambiado alguna que otra mirada de complicidad con el profesor de inglés, el señor T., después de que Nelson soltara alguna de sus sentencias a toda la clase.

«Señor T., ¿es cierto que los ingleses nunca se duchan?»

«Me encantan los Doritos, ADORO los Doritos; cuando sea mayor, voy a tener siempre la despensa llena de bolsas de Doritos».

«He estado malo de la barriga este fin de semana, no paraba de tirarme pedos e ir al baño».

Cuando Nelson soltaba una de las suyas todos los estudiantes de la clase se morían de la risa, incluso el señor T., pero había un grupito de tres, liderado por el imbécil, el chulito de Borja Granero, que solía responder a Nelson hirientemente.

«Nelson, ya sé dónde vives; yo pensaba que el olor era de un vertedero o algo así».

Y todos se morían de la risa.

«Nelson, ¿por qué no te pierdes como la rusa esa?»

«Tranquilo, Nelson, que con lo gordo que estás a ti no te va a querer secuestrar nadie».

El desgraciado de Borja sabía cómo ser hiriente. En las noticias no se hablaba de otra cosa que de la desaparición de aquella pobre chica rusa, Irena Aksyonov. Se especulaba sobre si podría estar viva o muerta y al imbécil de Borja no se le ocurría otra cosa que hacer bromas a su costa.

Lo bueno era que Nelson no captaba ningún tipo de indirectas, pero Alicia se ofendía por los dos. Le reventaba que el chulito de Borja se burlase del bueno de Nelson y encima todos le riesen las gracias.

Unos días antes, Alicia no había podido aguantar más las burlas y se quejó al profesor al acabar la clase.

—Señor T., debe usted haberse dado cuenta de lo que pasa con Nelson, esos idiotas siempre están metiéndose con él.

El señor T. cruzó los brazos y se llevó la mano izquierda a la cara, el pulgar bajo la barbilla, el resto de la mano cubriendo parte de su boca.

—Lo sé, Alicia, y no sé qué hacer, ya he hablado con ellos y siempre se las apañan para quedarse justo en el límite de lo permisible, no les puedo echar de clase o intentar que los echen de la escuela sin motivos más serios, como que actúen violentamente o le ofendan sin paliativos.

El señor T. permaneció pensativo unos instantes, apretando levemente la mandíbula.

—Mira, Alicia, te habrás dado cuenta de que a Nelson no parece importarle demasiado...

—A mí sí me importa. Cuando le insultan a él es como si me insultasen a mí.

—Pero es que no puedo abrirles un expediente hasta que no contravengan alguna de las normas del centro.

—Señor T., es un asco tener que seguir siempre las normas y dejar de lado el sentido común —dijo Alicia.

El señor T. la miró fijamente. Alicia se fijó en que era un hombre guapo a pesar de lo mayor que era. Tenía unos ojos azules de lo más profundo.

—Alicia, no te dejes nunca abducir...

—¿Abducir?

—Sí, por esta cultura tan vacía que está inundando el mundo, que es todo imagen y apariencia, pero detrás de la fachada de diamantes hay un solar vacío y polvoriento.

Jo, el señor T. lo había vuelto a hacer, solo él podía soltar frases así a traición, exagerando su acento inglés, como si recitara a Shakespeare, desplegando una expresión tan solemne y teatral que la dejaba siempre con la duda de si estaba actuando en serio o en broma.

—Alicia, no te preocupes por Nelson —dijo el profesor recuperando el tono de voz normal—, si esos cabroncetes se pasan de la raya, me ocuparé personalmente del tema.

Algo que no tardaría en suceder.

En un grupo de treinta adolescentes que se ven cada día hay un incontable número de relaciones interpersonales, recuerdos compartidos, recelos, anhelos, y las conversaciones surgen siempre de un punto indefinido, un pensamiento fugaz que provoca un comentario al que un compañero responde y la conversación se expande de una mesa a otra, se entrelaza con otras, hasta que, de repente, la clase se ha convertido en una asamblea. Ninguno de los presentes pudo recordar jamás cuál fue la génesis de aquella conversación compartida que pudo haber acabado en desgracia.

Poco podía imaginar Alicia que, ironías de la vida, había sido ella la chispa que dio lugar al incendio.

El profesor de inglés estaba explicando el uso de los artículos (*the, a, an*) y entonces hizo un comentario sobre la suerte que tenían los alumnos porque los artículos en inglés eran muy fáciles, y lo difícil que le había resultado a él aprender a usar los artículos en español. ¿Por qué en español cada palabra tenía que ser masculina o femenina? ¿Qué tiene una serpiente que la haga femenina?, ¿es que no hay serpientes macho en España? ¿Y una rana?, ¿y una mesa? ¿Cómo es que si las palabras *habitación* y *cuarto* son sinónimos, una es masculina y otra femenina?

Alicia bromeó en voz baja con Samanta, su compañera de pupitre, que eso debía de ser porque los hombres españoles eran unos dementes y «veían el sexo en todas las cosas». El comentario susurrado fue escuchado dos filas atrás por Andrea, que comentó a sus amigas que no entendía la obsesión que tenían los chicos con la pornografía. Héctor Méndez comentó en voz alta que eso no era cierto, cosa que escuchó toda la clase, a lo que Fran replicó que no fuera tan hipócrita, que seguro que él veía pornografía cuando tenía oportunidad. Jesica, abiertamente lesbiana, replicó que tal vez no era cosa del sexo de cada uno, sino de su inclinación sexual, ya que ella era chica, pero le gustaban las chicas y la pornografía igual que a los chicos.

Alicia miró a su profesor, el señor T., y vio la palabra *INCOMODIDAD* escrita en la cara. Estaba claro que el profesor no quería meterse en semejante conversación y tampoco sabía cómo cortarla. Hasta el momento todos estaban sentados, trabajando en la tarea, nadie estaba gritando, nadie había ofendido a nadie y nadie había soltado una palabrota. Alicia imaginó que el señor T. estaría repasando mentalmente la larga lista de normas del colegio, buscando alguna que le permitiese parar aquello, en lugar de simplemente actuar y pararlo.

Fue entonces y solo entonces, cuando el grandullón de Nelson habló, de nuevo, más de la cuenta.

—¿Y yo qué, entonces? ¿Si eres bisexual, te debe gustar la pornografía o no?

Toda la clase se quedó en silencio. El señor T. giró la cabeza. Estaba blanco como el papel.

El imbécil de Borja y sus secuaces no decían palabra, solo intercambiaban

miradas de complicidad. Alicia, aterrorizada. Jessica, que no estaba impresionada, se limitó a preguntar.

—Nelson, ¿eres bisexual?

—Sí —contestó Nelson como si le hubieran preguntado si le gustaba el chocolate con almendras.

—¿Alguna vez te has enrollado con un tío?

—Todavía no...

Borja y sus amigos ya reían a carcajada limpia. Nelson parecía no entender las reacciones que su diálogo con Jessica provocaba en el resto de los presentes. Jessica siguió con su interrogatorio.

—¿Y cómo sabes que eres bisexual si nunca te has enrollado con un tío?

—Porque me gusta ver porno gay.

En ese momento el señor T. ordenó enérgicamente a la clase que cambiaran de tema porque no era «apropiado para una clase» o, mejor, que se dedicaran a completar en silencio las actividades del día.

Alicia le lanzó una mirada de agradecimiento.

Nelson se afanaba en completar aquellas actividades de inglés, ajeno a la trascendencia de su inocente salida del armario.

Al día siguiente Alicia volvió a la clase de inglés muerta de miedo, pensando en los comentarios malévolos contra el bueno de Nelson, en la tensión de la cara del señor T., en la posible reacción de Nelson cuando comprendiera que se estaban burlando de él.

Borja Granero era el tío más gilipollas del universo. ¿Es que nadie iba a hacer nada para callarle la boca? ¿Y qué haría ella? ¿Podía acusar a sus compañeros de no hacer nada cuando ella misma tampoco era capaz de enfrentarse a ese imbécil?

La clase comenzó y ni Borja ni sus amigotes hicieron ningún tipo de comentario al respecto, dentro o fuera de clase.

Tampoco pasó nada al día siguiente, ni al otro, ni una semana después.

Todos parecían haberse olvidado del asunto.

Tal vez el mundo estaba cobrando un poquito de cordura, tal vez había una pequeña esperanza, un destello de madurez. Si Borja Granero era capaz de respetar la sexualidad de Nelson, tal vez había una posibilidad de que, en un futuro, se acabaran las guerras en el mundo.

Aunque algo estaba cambiando, lenta pero gravemente.

Nelson.

Nadie había comentado nada respecto a la salida del armario del inocente Nelson, pero algo estaba cambiando en él. Llegaba cada vez con peor aspecto a clase, más cansado, más triste, sobre todo más discreto; ni rastro de sus famosas sentencias.

Cuando Alicia intentaba entablar conversación con él, respondía con

monosílabos.

—No te preocupes, Alicia —dijo el señor T. al final de la clase—. Tal vez se haya dado cuenta de que es mejor tener el pico cerrado. En boca cerrada jamás entró mosca alguna.

Pero no era eso, no podía ser.

Un lunes por la noche, mientras navegaba por internet mirando chorradas antes de acostarse, se le ocurrió buscar a Nelson en Facebook. Para entrar en la red social, Alicia utilizó uno de sus muchos perfiles falsos: una foto de la actriz Helena Bonhan Carter y el nombre de Marla Player.

25 años

soltera

filosofía budista

estado mental déjame en paz

Tecleó «Nelson Castillo» en el buscador y obtuvo siete posibles personas; ninguna de ellas era el bueno de Nelson.

Mierda.

Tal vez Nelson, igual que ella misma, se había registrado con otro nombre en Facebook.

Ni de coña, Nelson no era capaz de hacer algo así. Si se llamaba Nelson Castillo, eso era exactamente lo que pondría al registrarse en Facebook o en cualquier parte.

Quizá Nelson seguía en la red social que casi todos habían abandonado ya: Tuenti.

Hacía por lo menos un año que Alicia no entraba en Tuenti, ni siquiera recordaba el usuario y mucho menos la contraseña con la que se dio de alta. Se puso a rellenar la solicitud de registro: usó la misma foto de Helena Bonhan Carter, Marla Player otra vez, soltera...

Nelson Castillo

Buscar

Esta vez obtuvo cuatro resultados. Su compañero Nelson era el segundo de ellos.

La foto de su perfil parecía habérsela tomado a sí mismo en su cuarto de baño, sonreía como hacía días no le había visto sonreír en persona.

El fondo de la página era verde manzana. (Oh, Nelson.) Había una selección de canciones infantiles como favoritas en su perfil, que estaba abierto a que lo visitara cualquiera.

Tenía fotos en su habitación, leyendo un libro, jugando a videojuegos con otros amigos que Alicia no conocía. Una foto de su séptimo cumpleaños, una foto de cuando era un bebé y varios de sus maravillosos dibujos.

Todo tan tierno, y todo tan Nelson, nada fuera de lugar, hasta que a Alicia se le ocurrió empezar a leer los comentarios al pie de cada foto.

Vaya cara de gilipollas que tienes en esta foto, Nelsoncito, parece que acabas de comerte una polla

Debes de estar así de gordo de tanto semen como tragas, maricón de mierda

Yo creo que aquí en pañales ya eras maricón, seguro que tus padres te tenían que estar sacando siempre el chupete del culo

Alicia dio un respingo en la silla. Estaba horrorizada.

Nelson tenía exactamente veintitrés «amigos» y, a excepción de tres, los primeros, que compartían apellido y parecían ser sus primos, el resto eran claramente perfiles falsos y todos habían empezado a hacer comentarios en su perfil y en sus fotos desde hacía menos de una semana.

Justo después de aquella famosa clase que parecía haber quedado en nada.

Hijos de puta.

Había comentarios diarios, constantes. Alicia empezó a leerlos cronológicamente y descubrió, para mayor espanto, que todos habían comenzado siendo amables, se presentaban como chavales homosexuales y bisexuales. El inocente Nelson había aceptado el ofrecimiento de amistad de todos y les preguntaba que cómo habían dado con él.

LUCAS OCT 12 2013 3:05 PM

He visto tu foto por casualidad, y me pareces un chico muy guapo

CHICO AMOR Z OCT 12 2012 5:05 PM

Si quieres podemos hablar de cómo masturbarse o cómo hacerle el amor a otro chico

Nelson les contestaba con inocencia.

NELSON CASTILLO OCT 12 2012 9:40 PM

Me da miedo que me metan nada en el trasero, eso duele mucho

LUCAS OCT 12 2012 9:45 AM

Claro que no, hombre, prueba a meterte un plátano primero y relájate, luego ve intentando con cosas cada vez más y más grandes, aunque te duela un poco; es bueno que vayas adaptando el esfínter

NELSON CASTILLO OCT 13 2012 6:40 PM

Ayer me metí medio plátano, pero al sacarlo se chafó y me manché todo

LUCAS OCT 13 2012 6:48 PM

Supongo que te comerías el plátano después, dame tu teléfono

NELSON CASTILLO OCT 13 2012 7:40 PM

Mi teléfono 9502711121; por qué me iba a comer el plátano?

LUCAS OCT 13 2012 7:42 PM

Siempre que te metas algo, luego tienes que comértelo, no lo sabías?

NELSON CASTILLO OCT 13 2012 7:47 PM

Eso no tiene sentido

GAY ROBOT OCT 13 2012 7:48 PM

Vamos a ver, Nelsoncito: ¿eres o NO eres un BISEXUAL AUTÉNTICO? Si te decimos que tienes que comerte el plátano, te lo tienes que comer, te voy a llamar ahora mismo

Alicia no podía seguir leyendo de la angustia. Había cientos y cientos de comentarios y leyó lo que Nelson respondía a algunos de ellos.

NELSON CASTILLO OCT 14 2012 3:15 AM

DEJAD DE LLAMARME, POR FAVOR. AL MENOS NO LLAMÉIS DESPUÉS DE LA MEDIANOCHE, MI PAPÁ ESTÁ MUY ENFADADO

Alicia se propuso descubrir quién era quién entre los «amigos» de Nelson en Tuenti. Hizo de tripas corazón y se dispuso a leer todos y cada uno de los comentarios o, mejor dicho, los perfiles de los autores de cada uno de ellos. Descubrió que de los veinte falsos amigos, catorce no habían hecho jamás un comentario, debían ser meros espectadores, amigotes de Borja y compañía que se lo estaban pasando en grande con aquello (seguramente habría muchos más espectadores que no se hicieron perfiles falsos en cuanto descubrieron que el perfil de Nelson estaba en abierto), y descubrió que de los seis que habían intervenido había sobre todo dos que comentaban continuamente.

LUCAS, que era sin duda Borja.

GAY ROBOT, que podía ser Jairo o Saúl.

Estaba siendo una gilipollas, ¿para qué demonios quería identificar a todos esos tarados? Todos le lamían el culo a Borja, el niño chulito hijo de puta. Borja era todo lo que necesitaba. Si terminaba con él, todo el maldito grupo se desmantelaría.

Lo primero era terminar con el tema de Tuenti. Dio con la contraseña de Nelson en el cuarto intento. De entre todas las posibles, la contraseña era «contraseñatuenti», típico de Nelson, pensó aliviada porque a ninguno de esos desgraciados se le hubiera ocurrido.

Guardó todas las fotos de Nelson en el disco duro de su ordenador y después canceló la cuenta de Tuenti. Entonces creó una nueva cuenta en la que volvió a subir las fotos. Desde esa nueva cuenta envió peticiones de amistad a los primos de Nelson. Por último, le escribió un email a Nelson desde una cuenta falsa, haciéndose pasar

por un ejecutivo de Tuenti.

Estimado Nelson:

Me comunico contigo para informarte de que hemos eliminado tu cuenta en Tuenti debido al contenido ofensivo que contenía. Hemos vuelto a crear una cuenta con el nombre de Nelson Artist. La contraseña es «contra99seña».

Te aconsejamos que en el futuro no aceptes peticiones de amistad de personas que no conozcas realmente y que te comuniques con Tuenti en cuanto te sientas ofendido por algún comentario.

Atentamente.

John Boss

P. D.: Estamos muy impresionados con tus dibujos, tienes mucho talento.

Alicia sonrió satisfecha. El estómago le hizo un ruidito. Jo, estaba muerta de hambre: si es que apenas había cenado una loncha de jamón de york. Se miró las piernas y se juró a sí misma que no iba a sucumbir a la tentación de bajar a la cocina a comer. Consultó el reloj de su ordenador y vio que pasaba de la medianoche. Tendría que aguantar hasta el desayuno.

El problema era que el culo y las piernas no paraban de engordar. No entendía de dónde salía toda aquella grasa, ¡si casi no comía! Cuando se ponía unos vaqueros le apretaban tanto que parecía que iba a explotar con solo coger aliento. Para colmo, tenía los pechos grandes y era como un mal chiste: muchas chicas pagarían una fortuna por tener aquellas tetas, pero con su culo y sus piernas el conjunto no tenía ningún valor.

Era terrible. «¿Quién se va a enamorar de mí con este cuerpo?», pensaba todo el rato.

Tenía dieciséis años, casi diecisiete, y lo peor era que todavía no se había acostado con ningún chico. Todo era bastante deprimente. Con sus compañeras de clase rehuía cualquier conversación que tuviese que ver con el sexo. Todas hablaban con desparpajo de sus relaciones sexuales, todas sus compañeras de clase se habían acostado como con cien chicos cada una. Alicia guardaba silencio. ¡Lo que se iban a reír si supieran que ella no se había acostado aún con nadie! Por el amor de Dios, ¡ni siquiera había besado a un chico!

A veces pensaba que jamás conocería el sexo. La idea de quedarse desnuda frente a alguien era deprimente. ¿Cómo iba a quedarse desnuda con aquellos muslos?

Ya lo había intentado todo: dietas hipocalóricas, dietas de proteínas, dietas vegetarianas, dietas milagro, dieta de líquidos. Se había matado haciendo ejercicio: jogging, aeróbic, spinning, pilates... Y nada. Incluso había intentado, sencillamente, dejar de comer. ¡Pero si es que no comía casi nada!

Su cuerpo se negaba a perder un maldito gramo. Su cuerpo se aferraba a la grasa como una montaña se aferra a las rocas.

Lo malo es que no tenía fuerza de voluntad. Se lanzaba a cada nueva dieta llena de energía y esperanza. El primer día cumplía la prescripción a rajatabla: seleccionaba cuidadosamente los alimentos, los pesaba y los medía. Un puñado de días después no podía ni con su alma, no había perdido ni un gramo y se moría de hambre. Entonces se convencía de que jamás podría adelgazar y lo mandaba todo a la mierda. Era todo muy deprimente. Lo malo era el sentimiento de culpa. Cuando abandonaba una dieta, el sentimiento de culpa iba creciendo durante semanas, persiguiéndola como un millón de ojos llenos de reproche, como un ejército de dedos acusadores. El sentimiento de culpa la asediaba hasta que se decidía a intentar una nueva dieta, otra dieta que apenas aguantaba unos días, para volver a dejarla y volver a sentirse culpable.

No era fácil vivir cargando con un montón de kilos de más y un perpetuo sentimiento de culpabilidad.

Ignorando la sensación de vacío en el estómago, empezó a registrarse en páginas de contactos eróticos. Se pasó dos horas buscando hasta que por fin encontró lo que necesitaba: una chica joven, morena y muy guapa, con pinta de adolescente, que había colgado algunas fotografías eróticas vestida con chaquetas y corbatas de hombre. Alicia enrojeció de alegría cuando comprobó que había incluso fotos de la chica caminando por Madrid.

Acto seguido creó un perfil falso en Facebook utilizando algunas de las fotos de aquella chica y un nombre inventado: Aurora.

Miró el reloj y supo que no le quedaban más de seis horas de sueño. Lo malo es que antes de irse a la cama tenía que encontrar el verdadero perfil de Borja Granero en Tuenti o, mejor aún, en Facebook.

Su amiga Julia apareció entonces en el Messenger.

Julia: qué horas son estas?

Alicia: estoy ayudando a Nelson

Julia: Nelson es el grandote ese medio tonto?

Alicia: no seas idiota, Nelson es mi amigo

Julia: y qué le pasa?

Alicia: el idiota de Borja y sus amigos no paran de meterse con él

Julia: y tú qué puedes hacer?

Alicia: voy a acabar con esto. Voy a darle una lección al imbécil de Borja.

Julia: tú? Una lección a Borja? Te has vuelto loca? Qué vas a hacer tú?

Alicia suspiró. Julia era su mejor amiga, aunque a veces parecía no entender nada. Aun así la quería mucho. Las dos habían crecido en el mismo barrio, habían ido al mismo colegio, habían hecho muchas cosas juntas. Incluso habían tenido una extraña experiencia lésbica una vez que Alicia se quedó a dormir en su casa cuando tenían

quince años. Compartieron la habitación y durmieron en la misma cama, y ninguna de ellas estaba pensando ni remotamente en el sexo hasta que ocurrió: se abrazaron bajo las sábanas y, casi de mutuo acuerdo, comenzaron a acariciarse y a apretarse la una contra la otra. No podría decirse que fuese una experiencia sexual completa. La cosa no pasó de las caricias y los abrazos. No quería decir que fueran lesbianas. Simplemente se dejaron llevar por un impulso. Aquella noche Alicia sintió un fuego en su interior que tardó muchos días en extinguirse. Fue entonces cuando se le ocurrió pensar que no le había importado quedarse desnuda delante de Julia, a pesar de que su amiga era delgada y tenía un bonito cuerpo. Y, aunque su amiga Julia no le dio ninguna importancia a lo sucedido, el episodio se quedó grabado en la mente de Alicia como un nudo no resuelto, algo sobre lo que pensaba a menudo y que era como un gran misterio en su vida que algún día tendría que resolver.

Julia: entonces, qué vas a hacer??

Alicia: ya lo verás, dentro de unos días mira en la página de informática del instituto

Julia: Uuuuuh, misterio, misterio...

Era extraño: Alicia se daba cuenta de que en el mundo virtual de internet era mucho más valiente que en el mundo real. Allí se atrevía a hacer lo que nunca soñaría en el mundo real.

Fue justo entonces cuando su hermano pequeño, David, comenzó a gritar desde la habitación contigua. Fue un grito desgarrador que se prolongó en el silencio de la noche con la urgencia de una tragedia. Un grito de pánico, de angustia.

Su hermanito David tenía cuatro años y sufría parálisis cerebral de nacimiento.

Alicia escuchó a su madre correr escaleras arriba desde su dormitorio.

Alicia: me tengo que ir, mi hermano tiene otra crisis

Julia: lo siento chica, espero que no sea grave

Alicia: siempre es grave

Su hermano David no podía hablar ni moverse, pero era capaz de gritar con una fuerza estremecedora.

Julia: bueno, avísame cuando hayas hecho lo que sea que vayas a hacer con el idiota de Borja. ¡No quiero perdérmelo!

Alicia: tranquila, te enterarás

Su madre la estaba llamando a gritos para que acudiese. David no se calmaba.

—Mierda —pensó Alicia—, y yo preocupada por joder a Borja. Espero que esta noche no volvamos a terminar en el hospital.

8

Carla

Sexting: envío de contenidos eróticos o pornográficos propios por medio de teléfonos móviles. Es una práctica común entre jóvenes y cada vez más entre adolescentes. Algunos adolescentes piden a sus parejas fotografías o vídeos de contenido erótico. Cuando rompen, el chico empieza a reenviar esas fotos y difundirlas por internet, propiciando un grave daño y perjuicio a su expareja.

Fuente: Wikipedia: La enciclopedia libre

Cuando uno logra publicar un libro y presentarlo en público quizá sueñe con la fama y la notoriedad. De haber sabido Carla que aquello la conduciría a involucrarse en la persecución de un peligroso ciberacosador, con las trágicas consecuencias que eso tendría en su vida, jamás hubiese aceptado el contrato editorial, ni por toda la fama y el dinero del mundo.

Pero allí estaba, frente a un nutrido grupo de periodistas en los salones del hotel Intercontinental de Madrid, ilusionada con la publicación de su libro y muerta de los nervios porque en breve le tocaría hablar a ella, cuando su editora acabase de presentarla.

—Carla Barceló es licenciada en Tecnología de la Información por la Universidad Politécnica de Madrid. Comenzó a trabajar como programadora en la división de marketing digital de Accenture, donde participó en diferentes proyectos relacionados con la publicidad en internet. En 2008 fue contratada por la filial de Yahoo en España, donde trabajó en el análisis de las tendencias de los consumidores basados en sus movimientos en las redes sociales. En los últimos tiempos, Carla se ha especializado en el estudio de las redes sociales de adolescentes y menores de edad. Ella, como muchos de nosotros, se ha hecho una pregunta. ¿Son seguras las redes sociales para los menores? Los niños y adolescentes pasan parte de su vida en mundos paralelos como Tuenti y Facebook. Es una realidad imparable y parece que irreversible. Y lo hacen cada vez antes, pese a que ambas redes sociales requieren de una edad mínima de catorce años o de autorización paterna. Más de un diez por ciento de niños de entre solo nueve y diez años tienen un perfil en una red social. Porcentaje que sube hasta un cuarenta por ciento entre los once y doce años. Crear un perfil si eres menor de catorce años es tan fácil como falsear el año de nacimiento. ¿Les suenan términos como *ciberbullying*, *sexting* o *grooming*? Pues más vale que

vayan familiarizándose con ellos porque si no hacemos nada por evitarlo, va a ser el mayor problema al que se enfrenten nuestros hijos. Y la mayoría de los padres ni siquiera saben que esos peligros existen...

Carla respiró hondo mientras Elsa Sjöberg, la directora de la editorial que había publicado su libro, llevaba a cabo la presentación. Carla evitaba mirar de frente al grupo de periodistas que tenía delante. Estaba muerta de los nervios. No había imaginado que su libro despertase tanto interés. Tanta expectación, sin duda, se debía al trabajo de la editorial. La presentación había congregado a más de medio centenar de periodistas especializados del sector tecnológico. El salón del hotel estaba atestado. Incluso una cámara de televisión de Telemadrid se había instalado al fondo.

«Bueno, ¿y si el libro se vende y me soluciona la vida?», pensó. Nunca se sabía. A veces los libros más tontos se convertían en bestsellers, como ese de las dietas que estaba en todos los escaparates, o aquel del ratón y el queso sobre gestión de empresas, que te lo leías y te quedabas igual, pero que no paraba de venderse. Había invertido mucho tiempo en aquel libro y había recopilado mucha información útil para los padres. Había tenido mucha suerte, desde luego, de que una editorial se interesase en publicarlo. Aunque, en realidad, tenía que agradecersele a su hermano por haber hablado de ella a la editora.

Carla trató de controlar los nervios que le provocaban todas las miradas sobre ella, por no hablar del hecho de estar siendo grabada e incluso retransmitida en directo. Era la primera vez que tenía que hablar en público delante de tanta gente y no lo estaba llevando nada bien. Le sudaban las manos y no había pegado ojo en toda la noche.

Buscó apoyo en su hermano Isaac, sentado en las primeras filas. Isaac la sonrió ampliamente, le guiñó un ojo y lanzó una cómica dentellada al aire en un gesto que significaba «cómételes a todos». Isaac, vestido con un impecable traje negro y corbata, se puso a hacerle muecas y caras allí, entre todos aquellos periodistas tan serios. Carla sintió que se le aflojaba la risa y apartó la mirada. Isaac sabía cómo hacerla reír y ella sabía seguirle las bromas. Cuando les entraba la risa floja no podían parar. Pero no era cuestión de que le diera un ataque de risa en aquel momento. Mejor pensar en otra cosa. Respiró hondo.

—Y ahora Carla les brindará unas palabras sobre este magnífico trabajo de investigación —dijo la directora de la editorial Temas de Hoy—. Después de la presentación del libro tendrán un turno de preguntas —añadió la editora cediéndole la palabra.

¡Era su turno! Carla inspiró una profunda bocanada de aire. Sintió vértigo, como si estuviese a punto de zambullirse en el mar desde un acantilado. Todo el mundo tenía la vista clavada en ella. Las luces de las cámaras de televisión la deslumbraban cuando miraba al frente.

«Está bien, vamos allá». Tragó saliva y carraspeó ligeramente.

—Los adolescentes de entre doce y dieciocho años pasan una media de cuatro horas diarias conectados a las redes sociales —comenzó a decir. Enseguida se le secó la boca, pero tenía que seguir—. ¿Se han preguntado alguna vez con quién hablan sus hijos cuando están conectados a internet? Cuando sus hijos se encierran en su habitación durante horas con su ordenador, ¿les gustaría poder colarse y espiar la pantalla por encima de su hombro sin ser vistos? ¿Qué creen que encontrarían? Tal vez algo así.

Tras ella había una gran pantalla de proyección conectada a un ordenador portátil. Carla apretó una tecla del ordenador y en el proyector aparecieron unas líneas de texto. Para hacer más efectiva su presentación, la editorial había contratado a una pareja de actores de doblaje para que grabasen los diálogos que Carla quería mostrar. De ese modo evitaban que los presentes tuviesen que leer el texto en la pantalla. Carla activó el audio.

—Presten atención a este diálogo —dijo—. Se trata de una chica de trece años que ha recibido un correo electrónico invitándola a entrar en un chat de chicos de su edad.

En los altavoces del salón de conferencias del hotel brotaron una pareja de voces, masculina y femenina, recitando el diálogo que apareció en la pantalla de proyecciones.

Carlos_25. No tienes msn [Messenger]??

Lucia13. No se lo voy a dar a un desconocido.

Carlos_25. Te gusta hablar de sexo?

Lucia13. No sé de sexo.

Carlos_25. Yo te enseño.

Lucia13. No sé, me da miedo.

Carlos_25. Es algo normal.

Lucia13. Por qué no quieres hablar de otra cosa?

Carlos_25. Es que estoy solo. Quiero calentarme.

Lucia13. No quiero seguir hablando.

Carlos_25. A ti ya te salieron pelitos en tu vagina?

—No se estremezcan —dijo Carla—. Lucia13 no es una adolescente real. Se trata de un alias, una falsa identidad creada por mí. Si entras en un chat con un nombre de chica y en tu perfil se indica que eres menor de edad, al instante te aparecen decenas de ventanitas de otros usuarios pidiéndote conversación. Muchos aseguran ser menores. Pero se los reconoce por la forma de hablar. O, mejor dicho, un adulto puede reconocerlos fácilmente. En cambio, para un niño ya no es tan evidente descubrir el engaño. Un niño no tiene motivos para sospechar que quien está al otro

lado no es quien dice ser. Es fácil comprobar lo que le puede llegar a suceder a un menor cuando se conecta a internet. Ustedes pueden hacer la prueba. Uno solo tiene que crear una cuenta de correo electrónico simulando ser alguien que no es. No encontrarán ningún impedimento. Háganse pasar por menores de edad. Tampoco tendrán ninguna dificultad. Yo lo he hecho. He pasado algún tiempo navegando por internet con algunas de esas identidades falsas y la experiencia no ha sido demasiado agradable. Han querido engañarme para que me desnude delante de mi webcam. Me han hecho todo tipo de propuestas obscenas. Piensen que las redes sociales las emplean diariamente millones de jóvenes en todo el mundo. Millones de jóvenes inocentes e inexpertos que son el blanco perfecto de acosadores y pedófilos.

Carla pulsó una tecla del ordenador y cambió el contenido proyectado en la pantalla. Estaba lanzada. Había perdido el miedo y empezaba a sentir que controlaba la situación.

—La primera incursión de Lucia13 en un chat de adolescentes tuvo el resultado que pueden ver en la imagen —explicó—. Al instante, un usuario desconocido llamado Universitario me abrió un cuadro de diálogo privado.

Universitario: Ola wapa.

Lucia13: Ola!!!

Universitario: te gusta follar?

El eco de las voces grabadas que recitaban el diálogo quedó suspendido en la sala durante unos instantes.

—Directo al grano —dijo Carla—. Lucia13 se movió por varios chats con canales específicos para adolescentes. En todos tuvo que soportar barbaridades similares. —Carla apretó una tecla y el texto de la presentación cambió de nuevo.

Hola wapa, te gusta el morbo?

Te interesa la moda? Mándame fotos y te digo si tienes posibilidades

Te gusta masturbarte?

Te gustaría chupármela?

Me dejarías besar tus pies?

Ya se notan tus tetas?

¿Quieres aprender a follar?

—Lo que para un adulto resulta ofensivo puede despertar la curiosidad de muchos niños —explicó Carla—. Piensen en sus hijos y en el tipo de información que pueden estar recibiendo de internet.

Carla se dio cuenta de que algo iba mal. El público parecía mudo. Esperaba alguna reacción, expresiones de asombro, pero todos parecían vacas sagradas mirándola fijamente. Había cierta tensión en el ambiente, aunque no alcanzaba a

entender a qué se debía.

En ese momento, uno de los cámaras de Telemadrid se subió a la tarima de oradores y se aproximó a donde estaba ella, caminando un poco encorvado, con pasos cortos y rápidos. El cámara era un chico joven de veintitantos años.

Fue entonces cuando escuchó por primera vez ciertos murmullos provenientes de los espectadores.

El chico cubrió el micrófono de Carla y la habló al oído.

—Oiga, tiene usted que cambiar el tono de su presentación, no puede seguir usando palabras como las que está usando.

Los murmullos del público crecían en intensidad. Carla se dio cuenta de que la conversación se estaba filtrando por el micrófono que tenía frente a ella. Sintió que se ruborizaba.

—Yo... yo no... yo no estoy usando malas palabras, solo las muestro... en conversaciones reales... —respondió, también susurrando, mirando hacia el suelo con el ceño fruncido.

—¿De qué habla? —dijo la editora airada—. No sabía que estábamos haciendo un programa infantil.

—Tiene que dejar de usar esas palabras malsonantes. —El cámara la observó con los ojos entornados.

—Oye, no vamos a cambiar nada. —La editora lo fulminó con la mirada—. ¿Qué te has creído? No puedes interrumpirnos así.

—Deberían haberse preparado, haber censurado ciertas palabras.

Aquello sí que era increíble, se dijo Carla. Estaba intentando explicar lo que los niños se encontraban cada vez que entraban en las redes sociales y aquel individuo le estaba diciendo que no podía mostrarlo a un grupo de periodistas adultos porque resultaba ofensivo. ¡Era absurdo!

—Nadie me dijo nada de esto —dijo Carla, con los ojos muy abiertos mirando a los zapatos del joven—. No puedo, no voy a cambiar nada ahora, esto es muy embarazoso, haga el favor de marcharse.

A pesar de que hablaban en susurros y el micrófono estaba cubierto por la mano del cámara, el público fue capaz de escuchar las últimas palabras de Carla. El malestar y las quejas ya eran sonoras.

—Vamos a tener que cortar la retransmisión por radio y cuando emitamos extractos en televisión tendremos que editar todas esas partes, no nos hacemos responsables del resultado.

—Hagan lo que tengan que hacer —dijo la editora con voz de hielo—. Ahora váyase y déjenos hacer nuestro trabajo.

El cámara se marchó haciendo aspavientos. Carla miró al público, que seguía murmurando.

Miró a su hermano Isaac, que le dibujaba círculos en el aire con el dedo: «sigue como si nada hubiera pasado».

Isaac improvisaría uno de sus chistes en el acto para quitarle hierro al asunto. Pero ella no era Isaac. Estaba como bloqueada. No sabía ni por dónde iba.

Apretó una tecla del ordenador, lo cual hizo que la imagen de la gran pantalla volviese a cambiar. La voz del actor de doblaje, sincronizada con el texto de la presentación, resonó en la sala.

Quiero chuparte el chichi

Yo te enseño a follar duro

Se escucharon algunas risas. Mierda, aquello no era lo que quería mostrar a continuación. Carla interpretó las risas como una señal de apoyo. Tal y como le había indicado su hermano, tenía que seguir adelante como si nada.

—Como les decía antes de la interrupción, quienes hacen este tipo de propuestas obscenas responden a un perfil marcado y, por lo general, poco peligroso porque sus intenciones obscenas son demasiado evidentes y espantan a la mayoría de los jóvenes.

Bien. Había recuperado el control. No se le daba mal aquello de hablar en público.

—Hay otro perfil de acosador —continuó explicando—, uno mucho más peligroso. Son los pedófilos seductores. Son mucho más peligrosos porque escriben como menores, usan emoticonos, símbolos sonrientes con los que adornan sus mensajes, tiñen su texto de rosa u otros colores, como muchos menores. Pero no lo son. La falsa adolescente Lucia13 también se topó con ellos. Alguien con el alias Nekane se presenta a Lucia13. Nekane dice que es sevillana, que tiene 14 años y es novata en el mundillo del chat. «Esto de q va?», pregunta. Enseguida propone algo de intimidad entre chicas.

Carla pulsó una tecla. Una serie de mensajes aparecieron en el proyector.

Vamos al msn [Messenger]??? Es que esto e muy frio

—Lucia13 duda. Nekane insiste. Le da una dirección de correo electrónico para conectarse con ella. Lucia13 accede. Ya en el Messenger, Nekane le pide a Lucia13 que conecte su cámara web. Lucia13 responde que no tiene. «Y foto?», insiste.

Venga pon una foto q me gustaria ver como eres

—La conversación continúa sin que Lucia13 ponga su foto —explica Carla—. Nekane, en cambio, sí coloca una foto supuestamente suya, una chica rubia con sudadera de una universidad americana sentada en un sofá. Entonces empieza a subir

el tono de la conversación.

Tu ya has echo algo con xicos? Yo pokiiiiisimo

Una vez estabamos tres xicas y un xico en una acampada y nos tocamos los 4

No te has tocado con tus amigas? Pero tu sola sí, alguna vez? No te has masturbado?

Yo es k soy un poko gamberra. Kieres ver mas fotos mias? Hay gente contigo?

—Nekane pasa una secuencia de imágenes, supuestamente ella en sujetador, tumbada en el suelo, desnuda de cintura para arriba. Le pide a Lucia13 si tiene fotografías similares y que, si no, que se las haga con la webcam. Insiste que es divertido. Lucia13 corta la conversación. En otra conexión, días después, la situación se repite con una chica llamada Sara. También insiste en pasar al Messenger para intimar. Curiosamente su correo electrónico es el mismo que el de Nekane. La conversación se desarrolla de forma prácticamente idéntica.

Ni me enseñas una foto ni pones la cam; sin saber komo eres, esto es mu frio hija
Has besao algun xico?

Atención pregunta... has tocado o te han tocado?

Bueno una vez q se quedaron a dormir laura y cris. Me lo pase muy bien kon las dos; me xupo el xixi laura y yo se lo xupe a cris y fue genial

—La supuesta joven —prosiguió Carla— pasa en ese instante una secuencia de imágenes: una chica en sujetador, después unos pechos en primer plano y tensa la conversación hasta donde puede.

Eres un pko reprimida no? Kiero k te relajjes y me describas lo k vas sintiendo, pero tienes q obedecerme esclava, jijijiji, a ver k ropa llevas dime... enseñamela x la cam un segundo, no pongas la cara si no kieres, liberate un poco tia...

—Aquí corté la conversación —señaló Carla—. Mi falso alias Lucia13 no cayó en la trampa, pero algunos adolescentes sí han picado. Según la Brigada de Investigación Tecnológica de la policía, una conversación como la que han visto puede ser el origen de algo más serio, el *grooming*, un término que desgraciadamente empieza a extenderse. Consiste en el engaño de una persona adulta a un menor a través de programas de conversación tipo Messenger. Lo que busca son imágenes con desnudos del menor que después utilizará para coaccionarle, bajo amenaza de enviar esas imágenes a amigos y familiares y evitar así que la relación se corte. Es decir, abuso sexual virtual.

Carla hizo una pausa para manipular su ordenador. En la pantalla de proyecciones comenzó a fluir el texto de otro diálogo.

—La siguiente conversación de Messenger —explicó— no la mantuvo la falsa

adolescente Lucia13. Es real. La presentó un padre a la policía y dio lugar a la detención de uno de los pedófilos más activos de la red. El individuo había desarrollado un sistema muy elaborado para engañar a las jóvenes. Primero entraba en contacto con las menores en algún chat fingiendo ser una chica de catorce años llamada Lucy. Les pedía su cuenta de Messenger, las agregaba como contacto y les enviaba una postal simpática de un corazón, de amor, o un gatito. Haz clic aquí si quieres ver el gatito, decía el mensaje. Si la niña picaba, automáticamente se descargaba un virus en su ordenador. Cuando la chica tecleaba la clave de acceso a su correo electrónico el virus se la estaría enviando también al acosador.

Carla activó el audio de la conversación que mostraba el proyector. Pensó que el actor de doblaje había hecho un buen trabajo. Había algo en aquella voz metálica que le ponía el vello de punta.

Lucy: Te he robado tu msn, te lo devolveré. Solo quiero q me hagas un favor.

(pausa)

Lucy: Contesta o me meto en tu msn.

Bea: Oyyyye como sabes mi clave?

Lucy: Tu pregunta secreta era muy facil. Me podrias hacer el favor que te pedi?

Bea: X favor me puedes devolver el msn.

Lucy: Primero ponte la cam para conocerte, ok?

Bea: Ok.

Lucy: Primero quiero q sepas q soy les [lesbiana], no te molesta?

Bea: Yo soy bi.

Lucy: Solo tienes que enseñarme las tetas.

Carla detuvo la conversación en ese punto.

—Después de un intercambio de mensajes similar —dijo—, la chica llamada Bea accede a mostrar los pechos unos segundos delante de la cámara web. Recuerden que ella cree estar hablando con una chica de su edad. A partir de ese momento Bea está atrapada. La falsa adolescente le muestra el vídeo que ha grabado mostrando sus pechos.

Carla reanudó la conversación:

Lucy: Viste el video?

Bea: Si, por favor lo puedes borrar?

Lucy: Es un recuerdo para mi, ¿te molesta?

Bea: Mucho, por favor lo puedes borrar?

Lucy: Sabes que he copiado a todos tus contactos? Que harias si se lo mando a todos?

Bea: Me moriria de vergüenza. Por favor no lo hagas.

Lucy: Qué te parece si se lo envío a tus amigos?

Bea: Que me voy a poner a llorar. Estoy temblando.

Lucy: Cierra la puerta para que nadie nos moleste. No quiero que te vean llorando.

Bea: Esta cerrada.

Lucy: Y no hables con nadie.

Bea: Por favor.

Lucy: Soy les [lesbiana], ya te lo dije y quiero hacerme un dedo viendote. Si haces lo que te pido no pasara nada, ok?

Bea: No me pidas nada mas, por favor.

Lucy: Quiero hacerme un dedo viendote. Si no, te juro que mando el video.

Bea: Noooooo. Por favooooor.

Lucy: Tu dime, lo haras o no?

Bea: Que tengo que hacer?

Lucy: Cierra las ventanas y la puerta para que no nos molesten, ok?

Bea: Ya esta.

Lucy: Sera algo rapido. Mientras mejor lo hagas sera mejor.

Bea: Que es???

Lucy: Primero quítate eso negro que llevas arriba. Date prisa.

(pausa)

Bea: Tengo miedo, por favor no me lo hagas hacer.

Lucy: De que tienes miedo?

Bea: De ti.

Lucy: No tengas miedo. Solo haz lo que te pido y me piro.

Bea: Es que no puedo.

Lucy: Entonces lo siento. Te dije que solo seria un momento. Me voy.

Bea: Donde vas?

Lucy: A enviar tu video a tus amigos!!!!

—En mayo, gracias a la denuncia de Bea y otras de sus víctimas —relató Carla—, detuvieron a la persona que actuaba tras el alias Lucy. Resultó ser un hombre de nacionalidad argentina de treinta y dos años al que se acusa de robo de contraseñas, coacciones y abusos sexuales. Según la policía, el acosador guardaba más de setecientas direcciones de correo electrónico y sus respectivas contraseñas, todas ellas de chicas de entre ocho y catorce años. Todas organizadas por nacionalidades: argentinas, canadienses, chinas, colombianas, ecuatorianas, mexicanas... El hombre había conseguido grabar al menos ochenta vídeos de adolescentes en actitudes eróticas. Para aumentar el realismo de su personaje sincronizaba sus conversaciones con un vídeo en el que se veía a una menor escribiendo ante el ordenador como si estuviese delante de una webcam. Hacía creer a las niñas que estaban hablando con otra chica de su edad. Y bajaban la guardia.

Carla recorrió a los presentes con la mirada. Se sentía estupendamente hablando en público. ¡Con lo asustada que había estado! Dominaba el tema y estaba cada vez más animada. Le gustaba que todos estuviesen pendientes de ella. Le produjo una extraña excitación nerviosa en la base del estómago.

—A los ojos de un adulto —dijo— puede sorprender lo fácil que resulta engañar a un menor. Daniela, una niña de trece años de origen colombiano, ocultó a su familia durante casi un año que estaba siendo víctima de un chantaje similar al que acabamos de ver. Fue su hermana mayor quien la sorprendió delante de la webcam posando a las órdenes de alguien al otro lado del Messenger. Todo comenzó porque alguien le había enviado un correo electrónico simpático con virus incorporado. El virus le permitió a alguien tomar el control de la webcam y captar imágenes de la niña. Las primeras imágenes de Daniela ni siquiera eran comprometedoras, pero le bastaron. Con Photoshop unió el rostro de Daniela al cuerpo de una niña desnuda y la amenazó con difundirla entre sus amigas. De ese modo obtuvo los favores de la menor.

Carla paseó la mirada entre los presentes. Prácticamente todos los periodistas se tocaban la cara con la mano de alguna manera, o con el bolígrafo, muchos de ellos se sostenían la barbilla mientras mantenían un gesto de pretendida neutralidad.

—Se trata de un problema difícil de cuantificar —continuó—. Los chavales no acuden a los padres por vergüenza. El año pasado se suicidaron más de una docena de menores por acosos en internet. La vergüenza que sienten los adolescentes es un elemento clave en este grave problema. Algunos de ellos prefieren acudir a la policía antes que a sus propios padres. Lo que les voy a leer a continuación es el mensaje real de auxilio que recibió la policía de Eva, una joven acosada.

Carla leyó textualmente de su libro en una página previamente marcada.

Hola. Soy una menor de 15 años que está siendo abusada por una persona a través de internet. [...] Hace unos seis meses alguien me agregó al Messenger y sin decirme nada entró en mi cuenta, me eliminó todos mis contactos y puso un nombre grosero que al volver a entrar en mi cuenta me dejó sin palabras. Si no recuerdo mal, ponía: «me afeitó el coño con cera». Yo en mi PC tenía alguna foto mía semidesnuda, no sé cómo la consiguió, desde entonces me amenaza para que le pase fotos desnuda, él me dice cómo las quiere y si no le hago caso, me amenaza con mandar todas mis fotos a mis contactos del Messenger. [...] He cambiado cinco veces de Messenger, no sé cómo lo hace pero me vuelve a encontrar. [...] Me siento controlada y me da miedo conectarme a internet por miedo de que me encuentre. [...] Estoy segura que no solo me lo está haciendo a mí, sino a más chicas. No sé de dónde es ni cómo se llama, ni su edad, ni si es varón o mujer... Aunque imagino que sea un varón. Espero respuestas.

—Hay una frase que me llama poderosamente la atención —apuntó Carla—: «Me siento controlada». Piénsenlo. Nos da una idea de cómo viven los menores este tipo de acoso. «Me siento controlada» —repitió—. Nos da una idea de lo peligrosamente real que es el problema.

Hizo una pausa para tomar aliento. Todos la observaban en silencio, expectantes, inclinados hacia delante. Casi nadie tenía la espalda en contacto con el respaldo de su asiento. Carla se sentía cada vez mejor. ¡Qué sensación que todos estén pendientes de lo que dices!

—Puede que lo siguiente que se estén preguntando es si podemos hacer algo para combatir todo esto. Yo, al menos, me lo he preguntado. ¿La respuesta? Imaginen qué ocurriría si de repente se aboliese el Código Penal, si se derogase el Código Civil y todas las ordenanzas municipales. Imaginen qué ocurriría si se suprimiese el Cuerpo Nacional de Policía, la Guardia Civil y el Ejército. En definitiva, si cada uno de nosotros pudiera hacer lo que le viniese en gana sin temor al castigo, sin normas que regulasen nuestra convivencia, sin una autoridad que pueda disuadirnos de cometer delitos. Y lo más grave: imaginen, si pueden, qué pasaría si no existiese ningún registro de nuestra identidad. Ni pasaporte, ni carnet de conducir, ni ficha dental, ni ADN, ni registro de huellas dactilares. Solo nuestra palabra para demostrar quiénes somos. Piénsenlo por un momento. ¿Conciben la vida en una sociedad así? ¿Creen que las ciudades serían habitables? ¿Creen que podríamos andar tranquilamente por la calle, conducir nuestro coche, salir de nuestras casas? ¿Creen que sus hijos estarían a salvo? ¿Qué tipo de lugar sería ese? ¿Pueden imaginarlo?

Se detuvo brevemente para tomar aliento. Estaba lanzada. El silencio en la sala era absoluto, apenas el zumbido eléctrico de las luces en el techo y el ronroneo difuso de las máquinas de aire acondicionado.

—Sé que resulta difícil imaginar un mundo así, pero existe. Lo tenemos delante. Vivimos inmersos en él cada día. En ese mundo realizamos nuestras compras, leemos el periódico y educamos a nuestros hijos. Ese mundo sin ley se llama internet.

Un murmullo se extendió en la sala. Se escucharon susurros y carraspeos. Bien, a lo mejor se había pasado un poco, pero no había duda de que los tenía a todos atrapados. Por un instante se vio a sí misma recorriendo el mundo dando conferencias y firmando libros. «La controvertida ensayista Carla Barceló...» ¿Por qué no?

—Si alguien está pensando que las leyes de nuestro mundo real también rigen de alguna forma en internet, se equivoca —dijo con voz experta—. En internet nadie vela por la ética o la moral, no hay normas ni control alguno. No es una afirmación gratuita. Conozco muy bien de lo que hablo. La sola idea de pensar que nuestros hijos se están educando en ese mundo debería darnos mucho que pensar. He escrito este libro porque creo que alguien tenía que alzar la voz, alguien tenía que hablar y decir que no todo vale, que con nuestra complicidad e indiferencia, amparados en el desconocimiento de la tecnología y la dificultad para entender cómo funciona, está creciendo a nuestro alrededor un auténtico mundo de tinieblas, un territorio sin ley que, como mínimo, debería empezar a preocuparnos.

Carla tomó aire. Los rostros que tenía frente a sí parecían desconcertados, quizá

no se estaba explicando con tanta claridad como pensaba. Decidió continuar, ignorando una vocecita interior que le decía que algo iba mal.

—Mi opinión es que la mayoría de los peligros que encontramos en internet tienen que ver con el anonimato —explicó—. Lo que los Gobiernos y los reguladores deberían empezar a plantearse son los mecanismos que garanticen la identidad de las personas que acceden a internet. Tenemos derecho a saber con quién hablan nuestros hijos. Algunos se escudan detrás del derecho a la libertad para delinquir impunemente. Hay quienes no quieren oír hablar de nada que tenga que ver con un sistema para luchar contra el anonimato en internet. No hay que olvidar que nuestra libertad acaba donde empieza la de los demás. Y creo que todos deberían poder saber con quién están hablando sus hijos.

Bueno, allí acababa su presentación. Se quedó callada. La sala estaba en completo silencio. A lo mejor había sido un final un poco brusco. ¿Era su imaginación o todo el mundo estaba en tensión? A lo mejor tendría que haber acabado con un chiste o algo así. A lo mejor no se había explicado tan bien como pensaba. Ya estaba hecho, no había vuelta atrás.

Buscó con la mirada a su hermano, que la obsequió con una amplia sonrisa. Cuando sus ojos se cruzaron, Isaac agitó las palmas de las manos en un aplauso silencioso.

—Gracias Carla, una estupenda exposición —intervino Elsa, su editora—. Les aseguro que en este libro encontrarán muchos más ejemplos de acoso a menores que les pondrán la piel de gallina. Y ahora es el turno de sus preguntas.

Varias manos se levantaron a la vez. La editora hizo un gesto hacia uno de los periodistas que había pedido el turno.

—Usted critica duramente el anonimato en la red —dijo el periodista apuntándola con un bolígrafo—. Defiende que internet necesita un mecanismo para que cualquiera pueda ser identificado en cualquier momento. Sin embargo, para muchos, internet representa el triunfo máximo de la libertad, de la libre circulación de ideas y personas más allá de las fronteras físicas de los países. Sin el anonimato no hubiesen sido posibles las revoluciones de Túnez, de Egipto o de Libia. ¿Cómo encaja eso con los mecanismos de censura y control de corte dictatorial a los usuarios de internet que usted defiende?

Carla le miró horrorizada. ¿Censura dictatorial? ¿De dónde se había sacado eso? ¿Tan mal se había explicado para que sus palabras fuesen malinterpretadas de aquella manera?

—¿Censura? No, por supuesto que no, ¡qué estupidez! —dijo con un tono de voz demasiado elevado y demasiado agudo—. De lo que yo hablo es de controlar...

—Censura y control suenan para mí muy parecidos —interrumpió el periodista, que seguía apuntándola con el bolígrafo. Tenía la barbilla alzada y sacaba pecho

como un pavo real—. ¿Quién dice qué es lo que hay que controlar? ¿Y quién controla al controlador? Perdóneme: su discurso me trae a la mente las palabras «fascismo» y «dictadura».

El periodista le dirigió una sonrisa con las cejas levantadas, manteniendo los ojos entornados.

—No, no. —Carla movió la cabeza. Notaba una fuente de calor en las sienes y se sentía aturdida. De pronto tuvo la sensación de que la luz del foco que iluminaba para la cámara de Telemadrid se intensificaba y la deslumbraba—. Lo que yo quiero decir, lo que intento explicar... (hay muchos ejemplos) es que no todo vale en internet. Sobre todo cuando hay involucrados menores de edad. Fuera de la red existen carnets de conducir, pasaportes, actas notariales, partidas de nacimiento, registradores de la propiedad. Vivimos en un mundo saturado de burocracia donde apenas podemos dar un paso sin rellenar un impreso con nuestro nombre. ¿No les parece absurdo que en internet no exista ningún tipo de control? —alzó la voz, airada—. No se trata de controlarlo todo, ¡pero tampoco de no controlar nada!

—Nuestros padres lucharon duramente para que en España pudiésemos tener democracia —dijo otro de los presentes. Su voz sonaba enojada e iba subiendo de volumen y tono una palabra tras otra—. Algunos seguimos defendiendo la democracia, aunque al parecer hay otros que están empeñados en cargársela. Gracias a Dios, control y sanción no son términos que se estén aplicando a internet en este país. Su opinión me parece retrógrada. ¿De dónde ha sacado sus ideas? ¿De los dirigentes comunistas chinos? —Sonrió malévolamente.

—No... no creo que lo que estoy diciendo tenga que interpretarse de esa forma —replicó Carla. Tuvo la sensación de que todos la odiaban por algún motivo que no alcanzaba a comprender.

—Bueno, usted ha dicho en su libro —el hombre blandió su ejemplar por encima de la cabeza como si se tratase de algún arma arrojadiza—, ha dicho, y cito *literalmente*, «aquí tenemos un claro ejemplo de una página web que debería ser controlada con mecanismos de identidad más severos o cerrada para evitar males mayores». —En ese punto empezó a negar con la cabeza mientras asestaba dos preguntas con manifiesto desprecio—. ¿Cómo quiere que interpretemos sus palabras entonces? ¿Cree que es interpretable su idea de cerrar páginas que a usted no le gustan?

Carla no podía creer lo que estaba escuchando. La frase que había citado el periodista, absolutamente sacada de contexto, se refería a un caso sangrante que estaba provocando decenas de acosos a menores. La culpable era una red social para adolescentes llamada MyLife, una web de preguntas y respuestas que estaba haciendo saltar muchas alarmas. La red permitía comentarios anónimos, lo que fomentaba los comentarios insultantes, el acoso y la intimidación en el ámbito escolar.

—Controlar una página web no es censura —dijo Carla con todo el aplomo que fue capaz de reunir—. Si una página web es dañina, tiene que ser cerrada, igual que se retiran productos defectuosos del mercado.

¡Bien por el argumento! El tío se había quedado con la boca abierta, sin saber qué responder. Tenía que aprovechar la ventaja y poner en contexto la frase que había mencionado de su libro.

—Le voy a explicar qué es lo que está pasando en esa página web que usted defiende —dijo.

El periodista alzó las cejas y meneó la cabeza. Carla no le dejó replicar. Tenía el cuerpo girado hacia el periodista, con el brazo derecho cubriendo su abdomen como si necesitara rascarse el costado izquierdo ante un picor inexistente, el brazo izquierdo descansando sobre su cadera, con ese puño cerrado y el pie derecho un poco más adelantado que el izquierdo, la espalda mínimamente curvada, como un corredor esperando el pistoletazo de salida.

—El funcionamiento de la red social MyLife es muy sencillo —explicó—. Sirve para hacer preguntas y recibir respuestas. Nada peligroso aparentemente. El sitio invita a los jóvenes a abrir una cuenta y hacer preguntas a sus conocidos, normalmente los compañeros de clase. MyLife explota el deseo natural de todos los adolescentes por saber lo que se opina de ellos. Quieren saber si les queda bien un peinado, la ropa que llevan o cómo les luce un tatuaje... El intercambio de opiniones se realiza de forma consentida. Te registras para tener tu propia cuenta y luego invitas a otros a que te envíen sus opiniones *sinceras*. —Al pronunciar la palabra *sinceras* Carla hizo un gesto de comillas doblando los dedos de ambas manos—. Sus creadores dicen que se trata de una iniciativa interesante que invita a la sinceridad. ¿Cuál es el problema entonces? Que para responder no es necesario identificarse. Uno puede opinar de forma anónima. ¿El resultado? Los mensajes que reciben los jóvenes son de una brutal honestidad. ¿O habría que decir de una brutal crueldad?

Carla buscó en su libro el capítulo donde hablaba de la red MyLife. Leyó en voz alta:

Todos piensan que eres una idiota creída, escribe un chico.

Tienes pinta de putilla, opina otro.

Te crees muy guapa, pero eres gorda.

—Solo son ejemplos de los mensajes que cualquier chico o chica puede recibir, tomados al azar de entre los miles que se producen diariamente —explicó—. La mayoría actúa como si no les importara lo que se dice de ellos. Pero sí les importa. Como el intercambio de mensajes es de mutuo acuerdo, ya no parece acoso en absoluto. En muchas ocasiones los jóvenes piensan que esas críticas son fundadas. Estoy gorda, soy fea, no tengo gracia... Los adolescentes ven confirmados sus

mayores temores. Quienes les insultan no sienten el menor pudor, amparados en el anonimato.

Carla leyó otro de los mensajes:

Jamey es estúpido, gordo, feo y gay. Los homosexuales van directamente al infierno.

—Jamey es un chico americano que se suicidó hace unos meses —explicó—. Después de una charla online en la que hablaba acerca de su confusión sobre si era homosexual o no, comenzó a recibir mensajes homófobos. Cuando respondió a algunos comentarios explicando que le estaban haciendo sentirse muy infeliz, los insultos se intensificaron. En un mensaje poco antes de morir, el chico dio a entender que estaba pensando en quitarse la vida por lo mal que lo estaba pasando. Este es solo uno de los cientos de mensajes que recibió a continuación:

No me importa si te mueres. A nadie le importará, así que hazlo, haznos un día feliz a todos.

Carla clavó su mirada en el periodista que había mencionado el asunto. La adrenalina corría por sus venas.

—¿Hay algún valor positivo en un sitio como MyLife respecto a otras redes sociales no anónimas como Facebook? En mi opinión, la respuesta es un rotundo no. MyLife legitima la crueldad al permitir comentarios anónimos. Supone una invitación para ser cruel con los demás sin asumir ninguna responsabilidad. ¿Qué pensaría si es su hijo quien recibe ese tipo de comentarios? —preguntó airada—. Mi opinión es que MyLife debería ser sometida a un riguroso control. Debería existir una legislación que regulase el funcionamiento de este tipo de redes sociales. Y, puesto que estamos hablando de menores de edad, la empresa responsable del funcionamiento de esa red debería ser obligada a tomar medidas, so pena de ser cerrada cautelarmente. Si no se toman medidas, se estará haciendo un daño irreparable a nuestra juventud. Espero que ahora se entienda el sentido de la frase que usted ha comentado.

¡Trágate esa!, se dijo a sí misma triunfal, mirando al periodista. Carla se dio cuenta de que tenía los brazos cruzados y no pudo recordar cómo había llegado a adoptar aquella postura tan poco amigable sobre el escenario. Las mejillas le ardían.

—Bien, esa fue la última pregunta. No hay tiempo para más —dijo Elsa, la editora, dando por concluida la presentación.

Carla estaba abochornada. Tenía la impresión de que el acto se suspendía antes de tiempo por su culpa.

—Tranquila —dijo la editora en un susurro cuando todos se ponían en pie—. Lo has hecho muy bien. No te preocupes. —La editora tenía las palmas de las manos abiertas y asentía levemente.

Los periodistas se fueron levantando para abandonar la sala. Las voces subieron de tono, comenzaron a sonar teléfonos móviles y el barullo creció en intensidad como el rumor del oleaje que arrecia con la tempestad. Su hermano Isaac subió de un salto al estrado donde se encontraba.

—Bravo, hermana —dijo obsequiándola con una de sus encantadoras sonrisas—. Los has dejado sin argumentos.

—He sido horrible —respondió Carla—. No me esperaba un ataque tan directo. No estaba preparada.

—Te acostumbrarás a las críticas —dijo la editora, que sonreía despreocupada—. Toda esta polémica nos ayudará a vender el libro. Lo que importa es que se hable de él, créeme, esos idiotas nos están haciendo un favor al atacarte.

Carla se relajó un poco al comprobar la tranquilidad con la que su editora afrontaba la situación. Elsa Sjöberg, tan guapa y elegante, desbordaba energía y confianza en sí misma. Se notaba que estaba acostumbrada a tratar con ese tipo de situaciones. Su línea editorial no eludía el conflicto y abordaba los temas más polémicos: la guerra de Irak, el cambio climático, la corrupción política, la crisis económica... Ni siquiera parecía nerviosa ni preocupada.

«Y yo casi me echo a llorar por una crítica», se dijo Carla. Se sentía como una niña pequeña a la que regañan injustamente. Cuando era una adolescente siempre había pensado que al hacerse mayor y madurar se convertiría en una mujer fuerte y segura de sí misma. Según pasaban los años tenía la sensación de que eso llegaría más adelante. El problema era que ya tenía treinta y cinco y por dentro se sentía todavía como si tuviera trece. Y allí estaba Elsa, tan sofisticada y tan segura de sí misma. ¡Y encima era más joven que ella! No pudo evitar torcer el gesto.

—No deberías tomarte tan en serio lo que opinen todos esos —terció su hermano Isaac—. Los periodistas se creen que sus opiniones valen más que las de cualquiera. En realidad solo se escuchan a sí mismos. Creo que fue Forges quien dijo que los periódicos en España se hacen para que los lean los periodistas, luego los banqueros, después para hacer temblar a los políticos y, por último, y en despreciable cantidad, para que los hojee el público.

Carla sonrió sin ganas. La editora la tomó del brazo.

—No te preocupes, lo has hecho muy bien —dijo queriendo consolarla.

Carla se separó de ella fingiendo que recogía su ordenador. Estaba de mal humor y no entendía por qué. Si todos le decían que lo había hecho tan bien, ¿por qué no se lo acababa de creer? A lo mejor estaba de mal humor porque Elsa, que era más joven que ella, la trataba con condescendencia. La miró de reojo mientras enrollaba el cable del ordenador. Tan guapa, tan rubia y tan elegante. Tan segura de sí misma. Se la veía tan fresca y descansada como si acabara de levantarse. Ella en cambio estaba sudada, le picaban las medias un horror y la presentación la había dejado agotada. Parecía que

acababa de salir de un combate de lucha libre.

«Mira que fantasear con dar conferencias por el mundo... ¡y ni siquiera sabes encajar una crítica!»

—Me muero de hambre —dijo su hermano—. ¿Te vienes a cenar con nosotros? —preguntó a Elsa.

—Me encantaría, pero esta noche prometí a mi madre que la llevaría a la ópera. Tengo entradas para el *Parsifal* de Wagner.

Carla soltó un bufido. ¿Quién llevaba a su madre a la ópera? Ella había planeado pasar la noche viendo algún programa de Telecinco. O mejor aún, vería una película de Disney con Aarón —a su hijo le hubiesen encantado las películas de Disney— y se acostaría temprano. Estaba muerta de cansancio.

—Podemos vernos otro día —propuso la editora a su hermano—. ¿Qué tal mañana?

—Mañana despejaré mi agenda y seré todo tuyo —respondió Isaac. Cuando sonreía, sus ojos se iluminaban con dulzura.

—Genial. Prepárate porque soy muy exigente —dijo la editora devolviéndole la sonrisa. Tenía unos ojos azules, intensos.

—Lo tendré muy en cuenta. Lo resisto todo, menos la tentación.

—Eso espero. En realidad tengo gustos simples... Solo me satisface lo mejor.

Isaac soltó una carcajada. Carla tenía que reconocer que, además de guapa, Elsa era una mujer inteligente que no carecía de sentido del humor. Era capaz de llevarle la réplica a Isaac sin inmutarse. Carla sabía que lo que su hermano apreciaba más en una mujer era el sentido del humor. Como solía decir, «la risa no era un mal comienzo para el amor y estaba lejos de ser un mal final».

Elsa, por su parte, se comía a Isaac con los ojos. Lo cierto es que las mujeres adoraban a su hermano. Isaac era una de esas personas cuya compañía es muy apreciada en cualquier lugar y circunstancia. No solo porque era un hombre atractivo o por su sentido del humor y su ingenio desbordante. Había algo en la forma en la que sus ojos se detenían en la gente que le hacía ganarse el aprecio de aquellos en los que recaía su mirada. En lugar de mirar, Isaac parecía admirar. Como si sus ojos apreciaran todo aquello que observaban y le diesen un valor incalculable, único. Cuando hablabas con Isaac tenías la impresión de convertirte en el centro del mundo.

Algunos lo llamaban «carisma». Para Carla el atractivo de su hermano se debía a la energía tranquila que parecía desprender. Viéndole, uno tenía la impresión de que Isaac vivía el momento presente con una intensidad real, que gozaba y disfrutaba de cada segundo, que cada instante era para él una oportunidad única que merecía ser apreciada. Los pensamientos de Isaac eran como un río de aguas tranquilas que nunca permanecen quietas, siempre fluyendo, siempre adaptándose al presente y evitando los pensamientos negativos, al igual que la corriente se desliza entre las rocas.

Carla envidiaba la capacidad de su hermano para disfrutar del presente. Era consciente de que su gran problema era, precisamente, su dificultad para dejar atrás el pasado. Carla no podía evitar revivir sus errores una y otra vez. Analizaba lo que había hecho mal. Se empeñaba en encontrar cuál hubiera sido el modo correcto de actuar, aunque sabía que ya era tarde.

La mancha, la terrible mancha estaba allí, un nódulo oscuro enquistado en su corazón que le pesaba en el alma. Esa mancha se llamaba Aarón, su hijo.

El pasado ya no podía cambiarse. Sabía que era inútil atormentarse. Los problemas nunca se presentaban dos veces del mismo modo, así que de nada servía resolver un problema que ya quedó atrás. Porque los problemas del presente serían diferentes y ella también lo sería, así que el único modo de superarlos con éxito era vivir intensamente el presente, vivir conectada al momento actual.

—Tus pensamientos de antes ya no están. No hay nada que puedas hacer con ellos, como no sea agotarte reviviendo las experiencias que te causaron. Tus pensamientos futuros aún no se han formado, no sabes cuáles serán. Tu pensamiento actual, lo que estás pensando en este mismo momento, es lo único que está totalmente bajo tu control.

Para su psicoterapeuta era fácil decirlo. Pero Carla no podía evitar pensar una y otra vez en lo que jamás debería haber hecho, en cómo y por qué lo hizo. En lo diferentes que podrían haber sido las cosas.

Aarón, su hijo perdido, el dulce Aarón al que cantaba una nana cada noche... Aarón pertenecía a una dimensión aparte, no era real, por más que se empeñara en entrelazarse con sus pensamientos.

Carla, sin quererlo, lo mantenía vivo, y ese era su mayor secreto, un secreto que no revelaba ni a su propio hermano. Aarón estaba presente en cada suceso de su vida. La risa de Aarón, el llanto de Aarón... Aarón había estado llorando en la sala de conferencias mientras acosaban a su mamá con injustos comentarios. Aarón estaba bebiendo una Coca-Cola junto a ella. Aarón adoraba a su tío Isaac.

Pero Aarón ni siquiera había llegado a nacer. Y su hermano Isaac no podía imaginarse su existencia, ni siquiera su posibilidad.

Cada cosa que Carla vivía la vivía por los dos. Cuando escuchaba una vieja canción, pensaba cómo sonaría a sus oídos. Cuando reponían una película de su niñez, imaginaba cómo la vería él. Cada cosa que para ella resultaba familiar podía ser nueva y excitante para Aarón.

Toda imagen atravesaba dos prismas. Y eso resultaba tan inevitable como agotador.

Hizo un esfuerzo para sacudirse esos pensamientos de la cabeza. La editora ya había recogido sus cosas y se disponía a marcharse.

—Hablamos mañana —dijo dándole dos besos.

Se despidió cariñosamente de Isaac, cogió su bolso de mano y se encaminó hacia la salida. En la sala quedaban apenas una docena de periodistas atareados en sus ordenadores portátiles, probablemente escribiendo allí mismo la crónica de la presentación del libro para enviarla a sus periódicos.

—Vamos, hermanita, ánimo —dijo Isaac dándose cuenta de su turbación—. Parece que acabas de asistir a un funeral. Deberías estar contenta. Mañana todos estarán hablando de ti.

—A lo mejor no me gustará oír lo que digan. —Carla sonrió con desgana.

—Ya sabes que si los que hablan mal de mí supieran lo que opino de ellos, hablarían peor.

Carla esbozó una sonrisa amarga.

—La semana pasada descubrí un restaurante en el centro que te va a gustar —dijo su hermano—. La dueña es muy guapa; se llama igual que la mujer de Bin Laden: Estrella Torres.

—¡Eres un idiota! —rio Carla. Cuando Isaac bromeaba sabía ponerse muy serio.

—Lo soy, pero lo del restaurante va en serio. Te va a encantar la comida. Por cierto, tengo un par de nuevas fotografías para nuestra colección.

Isaac sacó su iPhone del bolsillo de la chaqueta y se lo mostró a Carla. En la pantalla aparecía un grafiti pintado en una pared con una frase que decía así: «En las próximas elecciones, vote a la putas, porque los hijos ya nos han defraudado».

Isaac miraba la fotografía con ojos de niño. Aquella era una pequeña afición con la que su hermano disfrutaba mucho: fotografiar con su teléfono móvil cualquier cosa divertida que encontrase por la calle. Subía todas las capturas a Instagram, una red social de fotografía donde contaba ya con miles de seguidores. Según él, aquello era una especie de archivo de todo lo divertido que uno podía encontrarse simplemente paseando por el mundo.

—Tengo otro par que también te gustarán —dijo. Pasó la imagen con un movimiento del pulgar—. Ayer me tropecé con estas dos mientras hacía unas compras...

En la primera fotografía aparecía un casco de motorista embalado en una caja marcada con la etiqueta «Muy frágil».

—Es para desconfiar, ¿no crees?... Esta es la mejor. Había quedado con una amiga, y bueno...

La siguiente fotografía mostraba una caja de preservativos sobre una estantería. En la caja podía leerse una etiqueta con la advertencia: «manténgase en un lugar fresco y seco».

—Pues el sitio donde yo tenía pensado usarlos es más bien todo lo contrario de fresco y seco. —Isaac la miró con expresión inocente, los ojos claros enmarcados en largas pestañas.

La tensión cedió y Carla sintió que se le aflojaba la risa. Su hermano siguió con las bromas, encadenaba un chiste tras otro. Isaac siempre la hacía reír, podía hacerla reír durante horas. Estar a su lado era como estar en una fiesta permanente. Era tan fácil olvidarse de los problemas. Isaac jamás perdía su sentido del humor, en ninguna circunstancia.

«La vida se compone de dolor y alegría en proporciones iguales —solía decir—; el mundo ya se encarga de proveernos de sobra del primer ingrediente, así que yo tengo que esforzarme en poner la alegría para igualar las cosas».

A pesar de la trágica muerte de sus padres en un accidente de tráfico, si algo les había sobrado cuando eran niños, gracias a la energía de Isaac, había sido la alegría de vivir. Carla hubiese querido transmitir esa misma alegría de vivir a su hijo Aarón, pero a veces le faltaban las fuerzas. Era como si algo dentro de ella se agotase sin previo aviso, dejándola totalmente vacía.

Metió su ordenador portátil en su maletín y acabó de recoger sus notas.

—Está bien, vamos —dijo echándose el maletín del ordenador al hombro.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que alguien se había acercado hasta el estrado donde se encontraban. Era un hombre bajo y robusto, aunque no llegaba al extremo de ser gordo. Debía tener alrededor de cincuenta años, estaba calvo y lucía un bigotillo grisáceo. Vestía traje negro sin corbata y llevaba un grueso abrigo de paño doblado sobre un brazo y un maletín de documentos en la mano. Tenía unos ojos pequeños y azules que miraban con interés a Carla tras los cristales de unas gafas sin montura.

—He seguido atentamente su charla —manifestó el desconocido dirigiéndose a ella. Tenía una voz grave ligeramente ronca—. He tenido la oportunidad de leer su libro. Me gustaría hablar con usted.

—Lo siento, el turno de preguntas ya ha acabado —respondió Carla. Lo último que necesitaba era enfrentarse a las preguntas de otro periodista.

—No soy periodista. Soy funcionario del Ministerio de Asuntos Sociales. Trabajo en la Oficina de Protección del Menor. Mi nombre es Héctor Rojas.

El hombre estiró la mano derecha y Carla se la estrechó con desgana.

—Lo siento, si quiere más información puede hablar con mi editora —dijo Carla—. Le daré su teléfono.

—No. Es usted con quien tengo que hablar. Por favor, le ruego que me dedique unos minutos. Tiene que ayudarme.

—¿Ayudarle? —Carla miró al hombre con mayor detenimiento. En la cabeza calva lucía una mancha de nacimiento, ligeramente más oscura que el resto de la piel, del tamaño de la palma de una mano, de forma irregular y que recordaba a la célebre mancha del presidente ruso Gorbachov—. ¿Qué tipo de ayuda? —preguntó.

—¿Ha oído hablar del secuestro de Irena Aksyonov?

Carla intercambió una mirada con su hermano.

—¿La hija del millonario ruso? —Carla asintió con un movimiento de cabeza—. Sí, claro. Estos días no se habla de otra cosa en las noticias. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Quien la secuestró se mueve en las redes sociales para adolescentes. Usted puede ayudarme a averiguar cómo la hizo desaparecer.

9

Alicia

Borja Granero estaba que no cabía en sí de la emoción. Hacía una semana había conocido a Aurora, una tía buenísima, a través de Facebook. La tía era de Madrid, pero su familia estaba a punto de mudarse a Almería por motivos de trabajo. Su padre era funcionario o algo así, por eso había estado buscando a estudiantes de su instituto porque sabía que la iban a trasladar allí y quería tener amigos cuanto antes.

Después de conectar con ella y hacerse amigos en Facebook, no tardaron en comenzar los mensajes privados primero y los emails después.

Al principio Aurora le mostraba su miedo a no poder adaptarse a la vida en una ciudad tan pequeña como Almería porque estaba claro que «no se puede comparar con Madrid», y Borja le aseguraba que en Almería se lo podía pasar muy bien «si sabía escoger a sus amigos».

En el segundo email, Aurora comentó que «lo peor del traslado va a ser tener que dejarlo con mi novio porque no puedo estar más de tres días sin tener relaciones sexuales, no sabes lo horrible que es tener una adicción así. Tengo que ocultarlo para no crearme fama de putilla en mi nuevo instituto».

A Borja se le ponía dura cada vez que leía cosas como aquella y no tardó en decirle que él la encontraba «*súper sexy*», y Aurora respondió que «tú no estás nada mal, pero cuando me conozcas no vas a querer acostarte conmigo».

por qué dices eso?

me gusta tener juegos extraños

y a mí también

me pone a cien vestirme de hombre y que el chico se vista de mujer

Aurora le envió entonces fotos en las que iba vestida de hombre y le dijo que a ver si él era capaz de enviarle fotos vestido de mujer.

Borja se negó en redondo y Aurora dejó de escribirle.

Borja no podía creerlo: se le iba a escapar la tía más buena que iba a haber en el maldito instituto por una gilipollez. Eso no podía ser.

Dos días después, Borja envió un email con dos fotos en las que aparecía con un vestido de su madre, con cara sensual. Aurora le respondió emocionada que si le enviaba dos o tres «con los labios pintados y con gestos aún más sensuales», le iba a hacer «la mamada más gloriosa que puedas imaginar».

Borja no dudó un instante, sobre todo tras recibir la noticia de que Aurora ya estaba en Almería y que iba a comenzar en su instituto «mañana mismo». Le escribió incluso su horario completo en un email; tenían un profesor común, a última hora, en

la clase de inglés.

Mi niña, qué ganas tengo de tenerte en mis brazos, mañana me conocerás. Estamos juntos en la clase de inglés del señor T., que por cierto es un gilipollas de cuidado. En pocos minutos te mando las fotos.

Volvió a colarse en el dormitorio de sus padres, esta vez no se conformó con un vestido y se cogió sujetadores, bragas, medias...

Y, por supuesto, barra de labios.

Se hizo fotos sobre la cama, con las piernas abiertas, haciendo todo tipo de gestos obscenos, corriéndose el lápiz de labios, lanzando besos a la cámara, siempre imaginando la mamada que le iban a hacer «mañana».

«Mañana» llegó por fin, tras una noche *laaarga* en la que Borja tuvo casi que amarrarse para no masturbarse, de tanta excitación acumulada.

Se levantó, se vistió, se cepilló los dientes, desayunó y se metió en el autobús como un autómatas; una cosa tras otra, rítmicamente, haciendo lo imposible por no pensar, manteniendo la mente en blanco, metiéndole prisa a las manecillas de todos los relojes.

¿Sería capaz de aguantar hasta la última hora del día para conocerla? Seguro que se la encontraba por los pasillos o en la hora de la comida.

Había conseguido (una heroicidad comparable a la de no masturbarse en toda la noche) no decir nada de la situación a los colegas: quería darse el gustazo de que le vieran ligándose a la chica buenísima nueva «nada más conocerla». Se estaba imaginando la cara de admiración que iba a poner Jairo cuando le viera agarrándole el culo a Aurora. Dios mío, aquello iba a ser legendario. Se hablaría de eso durante años.

Intentando mantener la calma entró en el instituto, caminando entre la multitud y el estruendo de la primera campana, el primer aviso, mirando para todos lados, buscándola.

Mientras los estudiantes empezaban a dispersarse de camino a sus respectivas clases, decidió darse una vuelta rápida por los pasillos por si había suerte. No le preocupaba llegar tarde a la clase: la de informática siempre llegaba tarde con su pestilente café en la mano.

Había sido tan idiota. Podría haberse fijado en qué clase tenía Aurora a primera hora del día.

No hubo suerte: los pasillos se acabaron quedando desiertos y se dirigió, finalmente, al aula de informática.

No le vio ningún administrador y no se metió en problemas. En su mente, solo cuatro palabras: «Hoy me la chupan».

Cuando cruzó el umbral de la clase de informática ocurrió algo extrañísimo. Todos los estudiantes, sentados ya frente a sus ordenadores, soltaron una especie de

grito asombrado al verle.

Luego empezaron las risitas nerviosas.

«¿Qué coño estaba pasando?», pensó mientras dejaba caer su mochila y se sentaba frente a su ordenador.

Ahí estaba la respuesta, frente a sus ojos: una página web que se llamaba «Borja Granero Fuera del Armario», nutrida de interesantes citas y, por supuesto, sensuales fotografías.

Cuando Borja se cayó de la silla horrorizado, las risas de sus compañeros se podían escuchar desde el patio.

Borja no advirtió que Alicia Roca, tres filas atrás, era la única estudiante que, además de reprimir las risas, no podía disimular una satisfacción más profunda ante la situación.

* * *

Aunque se moría de las ganas, Alicia no pudo compartir lo que había hecho con ninguno de sus compañeros de clase. Ni siquiera se lo había dicho a su amiga Julia, por si las cosas se torcían. Pero ahora que todo había salido bien estaba deseando contarle a su amiga la cara que había puesto el imbécil de Borja cuando vio colgadas en internet sus fotos de travestido. Se había llevado su merecido. Alicia estaba superorgullosa de lo que había hecho, aunque no pudiera colgarse el mérito ante nadie. Bueno, sí, ante su amiga Julia.

Alicia se encontraba en su habitación tumbada sobre la cama, con el ordenador portátil abierto frente a ella y los auriculares conectados escuchando música. Julia no estaba conectada.

Le envió un texto a través de Whatsapp.

Conéctate tía

Julia no se conectaba. Y aquello no lo quería poner por escrito en un email.

En los pequeños altavoces incrustados en sus oídos estaba sonando una canción de David Bowie, su cantante favorito. La canción era *Space Oddity*, una *Odisea espacial*. La letra de la canción iba de una conversación entre un astronauta y el control de Tierra. Algo falla y el astronauta acaba perdido en mitad del espacio. En el control de Tierra todos saben ya que la nave no va a regresar, que el astronauta está condenado, pero nadie se atreve a decírselo. Alicia imaginaba a aquel pobre astronauta perdido en el espacio, admirando las estrellas sin saber que iba a morir. Era tan triste y tan maravilloso a la vez.

Cada vez que escuchaba una de las estrofas se estremecía de la emoción:

*Y creo que mi nave espacial sabe hacia dónde ir.
Díganle a mi esposa que la amo mucho, ella lo sabe.*

Le daban ganas de ponerse a llorar.

Ojalá alguien le dijese a ella alguna vez que la amaba mucho por lo menos con la mitad de emoción con la que el astronauta de la canción se lo decía a su esposa. La mujer del astronauta tenía mucha suerte. El pensamiento de su esposo, mientras flotaba en mitad del espacio rodeado de maravillas, era para ella y nadie más.

Alicia se moría por la música. No era por presumir, pero tenía una bonita voz, buen oído y facilidad para componer melodías.

La verdad es que la voz era la única parte de su cuerpo de la que podía presumir, ¡y ni siquiera era una parte de su cuerpo! Del resto no le gustaban sus muslos ni sus caderas. Digámoslo claramente: estaba gorda. Siempre había sido «la chica gordita», y eso le reventaba.

De lo que estaba orgullosísima era de su voz. Sabía tocar la guitarra y se volvía loca por la música. Podría pasarse la vida tocando la guitarra. Los sonidos que la embelesaban siempre sonaban a inglés, a consonantes que chocan entre sí como chasquidos eléctricos, el sonido de la *z* inglesa, que zumbaba como una mosca y le daba mágicos matices a las palabras, la suavidad de la *h* que acariciaba sus oídos sin llegar a tocarlos.

Si pudiese utilizar la voz para el sexo, estaba segura de que le saldría mejor que a cualquiera de sus compañeras de clase. En una ocasión contactó con un chico en un chat de amistad. El chico era realmente interesante: le gustaba David Bowie y P. J. Harvey, y hasta tocaba la guitarra y no cantaba mal. Después de unos intercambios de mensajes y unas cuantas conversaciones en el chat, el chico le pidió lo que Alicia más temía: que hablasen por la webcam. Alicia accedió, pero desconectó la cámara fingiendo que estaba rota.

Cuando el chico escuchó su voz quedó impresionado.

Debes estar buenísima. ¡Dios mío, tu voz me pone a cien!

Después de aquello Alicia no volvió a contactar con él.

Aquel chico había sido lo más parecido a un novio que había tenido y ni siquiera había dejado que le viese la cara. Era muy deprimente.

Julia seguía sin conectarse. Sin saber qué más hacer, se metió en Google y le dio a la sección de noticias. La noticia del día seguía siendo el tema de Irena Aksyonov, la joven millonaria desaparecida en Marbella.

En la web había una fotografía de la chica. Era guapísima, alta, rubia y delgada, con unos ojos preciosos. El padre era una especie de empresario ruso o algo parecido

y vivían en una casa lujosísima en Marbella con las mejores medidas de seguridad posibles, y a pesar de todo se las habían arreglado para meterse en la casa y llevarse a la pobre chica sin que nadie pudiese evitarlo.

—Pobre —pensó avergonzándose de sus propios problemas.

Lo que al parecer volvía locos a los policías era que los secuestradores no habían dejado ni una sola pista. No había rastro de que hubiesen forzado las puertas ni nada de eso. La mansión tenía guardias y cámaras y todas esas medidas de seguridad de millonarios, y aun así la chica había desaparecido. Como por arte de magia.

De lo que no había ninguna duda era de que a Irena Aksyonov le había ocurrido algo malo. Habían encontrado sangre en su habitación y también en el jardín.

La investigación se había desviado precisamente hacia el propio padre, que parecía ser ahora el principal sospechoso.

Alicia recordaba haber visto al padre hablando en televisión completamente sobrecogido por el dolor. Era un tío con un aspecto durísimo, parecía de hierro, y sin embargo no podía contener las lágrimas ante la desaparición de su hija. El tío tenía que ser falsísimo.

Alicia pensó en su propio padre, que había dejado tirada a su madre con dos hijos, uno de ellos con una grave enfermedad. El espíritu humano está podrido.

Se había puesto a llover. Las gotas de agua repiqueteaban en el cristal de la ventana y el ulular del viento contra las paredes producía la impresión de que aquella vieja casa entera se desplazaba hacia algún lugar. Alicia fantaseó con la idea de que su habitación estaba desconectada del mundo. Su habitación era una cápsula espacial que avanzaba a la deriva, adentrándose en la oscuridad del espacio exterior. Miró a su alrededor, como si quisiera escanear las paredes de su cuarto, sus pósteres de grupos musicales, intentando confirmar que su habitación estaba desconectada del resto de la casa, que su vida estaba desconectada de la vida de su madre, y le vino a la mente Irena Aksyonov secuestrada en un cuarto oscuro, sin ventanas, deseando volver a conectarse con su familia, con su vida de antes de lujo y riqueza, la vida que Alicia deseaba tener. ¡Qué injusto era todo!

Recibió un mensaje en el móvil por Whatsapp. ¡Era Julia!

Alicia escribió emocionada. Por fin podía contarle cómo había ayudado a Nelson y lo que había pasado con el idiota de Borja.

Alicia: por fin te conectas tía

Julia: Alicia! ALICIA ALICIA

Alicia: xq gritas??

Julia: TIA, TENGO NOTICIAS

Alicia: ¿?

Cuando Julia escribió la siguiente línea, Alicia sintió que el mundo se le venía

encima.

Julia: Tengo NOVIO!!!

Alicia se quedó muda con la vista clavada en esas dos palabras seguidas de tres signos de admiración. En solo dos segundos fue capaz de procesar una serie de pensamientos humillantes. Deseó ser Irena Aksyonov, deseó que la hubiesen secuestrado, desaparecer, y se lamentó de que, posiblemente, solo podría tener relaciones sexuales si la violaban. Se horrorizó y se despreció, pero sobre todo supo que tenía que responder al comentario de Julia, inmediatamente.

Alicia: Tía, qué alegría!

(Julia está escribiendo...)

Fue entonces cuando se le encendió una pequeña luz de esperanza: tal vez Julia estaba bromeando.

(Julia está escribiendo...)

Eso era, seguro, todo quedaría claro en la próxima frase, la frase que le estaba escribiendo en ese momento.

Julia: Es un tío buenísimo!!! Lo conocí el fin de semana en una fiesta en casa de una amiga. ¡Estoy súper feliz!

Alicia sintió como un aldabonazo en el alma. No quedaba esperanza. Solo tenía una amiga, y, aunque cada vez se veían menos, aunque era como tener media amiga, incluso eso lo iba a perder. Cuando Julia tuviese novio se olvidaría de ella, de la triste y gorda amiga de infancia a la que nadie amaría jamás.

Alicia: Eso es genial!!! Cuéntamelo todo!!!

Afortunadamente, Julia no podía verle la cara mientras escribía aquello. No era genial, ni quería que le contase nada de nada. Solo quería llorar y desaparecer, salir de aquel estúpido cuerpo.

Julia: Y ya nos hemos acostado!!! –continuó su amiga.

Alicia: Oooh, no me lo puedo creer!!!

Julia: Pues créetelo, y fue maravilloso!!! Me voy a acordar toda la vida. Fue como un sueño hecho realidad!!! yiuuuuuu

La línea de mensajes se llenó de corazones y Alicia llenó su mensaje de caras sonrientes mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Alicia, que no podía soportar la hipocresía, estaba siendo la persona más hipócrita

del universo.

En internet era muy fácil pretender ser algo que no eres.

Y no es que no se alegrase por su amiga. Lo que provocó que tuviese ganas de morirse era la sensación de que se estaba perdiendo algo irrecuperable, que la vida era como un tren que pasaba muy despacio ante sus ojos mientras ella era incapaz de dar un paso para subirse en marcha, ni siquiera al último vagón de cola.

Cuando Julia se puso a contar todos los detalles de cómo había hecho el amor por primera vez, Alicia fingió que se quedaba sin batería y apagó el teléfono. Aquello era más de lo que podía soportar.

Se dejó caer en la cama con la cabeza hundida en la almohada.

«Soy una persona horrible. Debería estar contenta por mi amiga».

Tenía que admitirlo: tener una amiga en su misma situación, sin novio, le hacía sentirse bien, por horrible que aquello sonara, por inadmisibile que aquello fuera.

«Yo no tengo novio, pero Julia tampoco», era un triste consuelo con el que ya no contaba.

¿Por qué se iba a enamorar alguien de Alicia Roca? ¿Había algo en su interior que mereciese la pena?

¿Qué tipo de persona era en realidad?

Tumbada sobre su cama, con los ecos de los gritos de la última crisis de su hermano aún atrapados en las paredes, en los pósteres de grupos musicales como Silversun Pickups o Grizzly Bear, de David Bowie o de su diosa particular, P. J. Harvey, Alicia intentaba verse a sí misma, encontrar algo bueno.

¿Qué define mejor a una persona? ¿Son sus acciones, lo que piensan sus amigos, su entorno, sus gustos, sus objetos, su ordenador, su sexualidad?

¿Las miles de canciones ilegales que guardaba en su portátil?

¿Qué palabras tendría que introducir en Google para que el resultado de la búsqueda fuese Alicia Roca?

Adolescente, pobre, hermano enfermo, padre desaparecido, sobrepeso, ¿bisexual?

Por no saber, no sabía siquiera si prefería a los hombres o a las mujeres.

¿Qué pensarían de ella sus compañeros de clase? Se vio a sí misma a través de los ojos de los demás como esa chica rara vestida de negro, acomplexada y gordita que casi no hablaba con nadie. Esa no era ella. No se identificaba con esa imagen, no era así como se veía a sí misma en su interior. En su interior estaba llena de poesía, de música, de emociones y de cosas bonitas...

Jo, estaba la mar de deprimida. Se incorporó y agarró su guitarra. En la ventana, en la penumbra del exterior, se adivinaba la montaña de neumáticos apilados en la puerta de su casa, aquel monstruo de goma negra. Era por esa montaña de neumáticos por lo que todos los niños del vecindario conocían su casa como la Casa de las Ruedas. Más allá la vista se perdía entre plásticos de invernaderos y descampados

polvorientos.

¿Por qué habían tenido que dejar el piso de Almería? Cómo odiaba aquella casa perdida en mitad de la nada, ribeteada por invernaderos abandonados y almacenes de chatarra, de locales sin techo delimitados por láminas metálicas oxidadas, unas azules, otras grises, que parecían estar mal clavadas en el suelo polvoriento.

Con la mirada aún empañada por las lágrimas empezó a tocar suavemente la guitarra. Lo que nadie podía negarle era su voz. Era grave y profunda, potente y llena de matices, y podía moldearla a su antojo, reverberando con los acordes de guitarra, creando melodías que jugaban con las palabras.

Tocaba lo más suavemente posible para no despertar a su madre ni a su hermano pequeño, no en balde eran más de la una de la mañana.

Menuda putada es pasarse el día muerta de sueño y cuando llega la noche no ser capaz de pegar ojo. Sus manos se movían instintivamente, marcando un acorde tras otro, dejándose llevar por la melodía apagada, sin una idea de cuál sería el acorde que vendría a continuación, pero sin perder nunca el ritmo.

Mientras la lluvia golpeaba el cristal de la ventana, intentó recuperar la idea de que su habitación estaba desconectada del mundo, su habitación era una cápsula espacial que avanzaba a la deriva, adentrándose en la oscuridad del espacio exterior, dando vueltas y vueltas alrededor de la Tierra, alejándose en lugar de caer, en órbitas cada vez más amplias, hasta que tardase años en completar una vuelta.

Con esa idea en mente consiguió encadenar dos parejas de acordes que sonaban bien y una melodía vocal surgió en su mente como enviada desde el espacio.

Oh, mi mundo está cayendo en el olvido

Era algo muy simple, muy bonito, muy enigmático y absolutamente cíclico, «como una lavadora estelar». La música brotó de sus dedos y una melodía improvisada de su garganta:

*Invento mi mundo porque me dijeron que escalara
Me dieron cuerdas, agua y todo lo necesario
Pero no encontraba las montañas
También querían que bailara sin música y nadara sin agua
Tal como hacen ellos, tal como hacen todos
Como payasos, como zombis girando en curvas imaginarias
Cruzando a nado lagos secos y desiertos
Volando sin aire
Viendo luz en la oscura noche y poemas en hojas blancas
Por eso invento mi mundo*

¡Guau! Eso sonaba muy bien. En la página web de la revista musical Q había visto un anuncio de un concurso de talentos. Podría enviar aquella canción. Se metió en internet y buscó el anuncio. Había que enviar tres canciones originales. Un jurado seleccionaría al mejor artista y el ganador lograba un contrato discográfico para grabar y promocionar un disco. Jo, ganar ese concurso sería como un sueño hecho realidad.

Pero sería imposible grabar canciones con su viejo portátil, que se quedaba colgado cada dos por tres. Para colmo, tocaba solo las cinco cuerdas de arriba de la guitarra, la primera se le había partido y no tenía de recambio.

Le tenía cariño a su guitarra, el mismo cariño que le tienes a una mascota que está a punto de morir.

Si no grababa aquella melodía de alguna manera, caería en el olvido, tal como rezaba la letra que acababa de imaginarse.

Put a pobreza, pensó, si tuviera su propio dinero se compraría una guitarra en condiciones, un portátil Mac con Garageband.

Le parecía tan injusto que algunos de sus compañeros de clase tuvieran Mac en casa, sin saber siquiera que con Garageband tenían todo un completísimo estudio de grabación dentro de su propio ordenador.

Decidió que de todos modos ensayaría unos días y grabaría tres o cuatro de sus canciones usando el micrófono interno del portátil. Luego intentaría mejorar el sonido de alguna manera. Tenía que ganar aquel concurso. Tenía que cambiar su vida. Por lo menos tenía que intentarlo.

Put a miseria.

De nada valía lamentarse, así que dejó la triste guitarra sobre la cama y abrió el deprimente portátil.

La visión de desconocidos haciéndose todo tipo de guarrerías le solía producir un efecto a medio camino entre la fascinación y el horror, excitación y rechazo, o sea que decidió meterse en páginas pornográficas gratuitas.

Había en la pornografía un elemento de violencia, de desprecio tal vez, que no lograba conciliar con su idea del sexo.

Estaba claro, el amor era una cosa y el sexo otra muy diferente.

¿Cómo le haría el amor a ella el David Bowie de sus pósteres?

Sería dulce y sensual, como un alienígena, besaría sus pechos, atraparía su lengua mientras le echaba el pelo hacia atrás y le acariciaba las orejas.

¿Y cómo le haría el amor el señor T., el profesor de español? Aunque era un tío bueno, la idea de estar entre sus brazos no le produjo ningún sentimiento especial. Y eso era extraño.

Fue entonces cuando se le ocurrió, por vez primera, ver los vídeos de lesbianas.

No lo había hecho hasta entonces por el asco que el tema levantaba en sus

compañeras de clase.

Preparada y mentalizada para horrorizarse en cuanto viera las primeras escenas del primer vídeo, hizo clic en el enlace de la sección de lesbianas. Eligió un vídeo al azar.

«Porno gay —pensó—. Supongo que, siguiendo la lógica de Nelson, estar haciendo esto me convierte oficialmente en bisexual».

El título del clip era: *Se cierra una puerta para que se abra otra.*

—Joder, qué literario...

Dos mujeres, una de unos treinta años y otra de unos veinte están hablando, vestidas, sentadas en una cama.

Alicia tenía el volumen del ordenador bajado para que su madre no escuchara gemidos ni cosas raras, pero decidió ponerse los auriculares ante el entusiasmo que mostraban las dos mujeres en su conversación, sin hacer ningún tipo de gestos sensuales.

Empezó a escuchar la conversación en este punto:

Mujer de 30: ¿No es esa la manera en la que debería trabajarse desde las posiciones de poder, trabajando duro para que los ciudadanos dieran lo mejor de sí mismos?

Mujer de 20: Sin duda es en la realización personal donde se halla la verdadera felicidad del individuo, lo demás son zarandajas.

Mujer de 30: Y siguiendo con ese punto, si nos animáramos a intervenir nosotras en asuntos de política, por ejemplo en temas urbanísticos, ¿no deberíamos asegurarnos primero de que teníamos las habilidades y aptitudes necesarias para realizar tales labores de la mejor manera posible?

Mujer de 20: Sin duda alguna, querida. —Le lleva una mano a una teta—. Me admiran tu sabiduría y tus buenas razones.

«¿Qué mierda es esto?», pensó Alicia, y se fijó en la marca de agua que seguramente se refería a la página original.

«Porno Link SL».

Se metió en Google y solo encontró una pequeña entrada en *Wikipedia*: «Porno Link SL: Distribuidora pornográfica operativa a principios de los 2000 que se caracterizaba por los guiones con contenido filosófico que mantenían los actores antes de iniciar las relaciones sexuales ante la cámara».

«Dios, qué interesante», pensó.

Entonces su hermano gritó desde la otra habitación y todo ese mundo pornográfico-filosófico, con todas las ideas asociadas a tan extraño concepto, se disiparon como el humo en la mente de Alicia.

Escuchó los pasos cansados de su madre. Los gritos de su hermano cada vez eran más fuertes, con más urgencia. Los gritos de su hermano pequeño enfermo eran como pegamento que la mantenían atada a aquella vida, a aquella realidad.

Se dejó caer en la cama. No se iba a dar por vencida. No iba a renunciar a sus sueños. Empezaría una nueva dieta y esta vez no se rendiría. Grabaría sus canciones como fuese y las enviaría al concurso de talentos. Se haría famosa. Alguien se enamoraría de ella.

Iba a cambiar su vida y el cambio empezaba aquí y ahora.

Sí, claro. Lo mismo se decía cada noche, antes de quedarse dormida. El problema era que al día siguiente todo volvía a ser como siempre, una vez más.

Su hermano seguía gritando. Alicia se tapó la cabeza con la almohada. «Por favor, que no tengamos que acabar en el hospital una noche más».

«No. Esta vez voy en serio. Esta vez mi vida va a cambiar», no paraba de repetirse una y otra vez mientras corría hacia la habitación de su hermano pequeño.

* * *

Un tornado que te atrapa de repente, te eleva por los aires, te zarandea, te pone cabeza abajo y, cuando quieres acordar, acabas en un lugar extraño a kilómetros de donde estabas, exhausto y medio muerto: así irrumpió Erica Dueñas en la vida de Alicia.

Erica, la «chica nueva», entró en escena con todo el misterio y fascinación que acompañan siempre a esos estudiantes que llegan cuando nadie se lo espera, añadidos a su maquillaje púrpura, sus pendientes en la nariz y en los labios (en las orejas ni uno solo) y sus movimientos de gata.

Verla por primera vez mientras entraba tarde en la clase de arte, pidiendo perdón al profesor entornando los ojos con cierta burla sutil y disimulada, fue un impacto tremendo para Alicia. Era enigmática, suave, dulce, misteriosa.

Erica se deslizaba entre los bustos de cerámica mirando los lienzos y la decoración de las paredes con altivez como si ella fuese la única obra de arte que había en la habitación. Los objetos, al menos, recibían alguna atención de su parte; los estudiantes parecían no existir para ella, a pesar de que todos la estaban mirando.

Se plantó finalmente en mitad de la clase, donde los distintos focos de luz que el profesor de arte tenía estratégicamente colocados confluían de manera que Erica parecía no tener sombras, como un ángel que flota sobre un lago en el centro del paraíso. Su torso parecía elástico bajo aquel jersey negro ajustado.

Erica paseó la mirada entre sus compañeros como buscando algo, hasta que Alicia sintió que sus ojos se detenían en ella.

Alicia tragó saliva. Sus pupilas se dilataron.

Erica volvió a sortear aquellos insignificantes lienzos, se aproximó hasta la mesa de trabajo en la que se encontraba Alicia y se sentó a su lado.

Alicia sentía que el corazón se le quería salir del pecho. Aspiró un perfume fuerte, sus fosas nasales se inundaron de algo ácido y dulce a un tiempo. Erica llevaba una minifalda muy apretada que apenas cubría el arranque de los muslos, medias transparentes y unos botines de piel teñidos de color púrpura.

—Ese tío es marica —dijo a Alicia en voz baja después de abrir el libro de arte sobre el pupitre.

—¿Te refieres al profesor? ¿Cómo lo sabes?

—Cuando he entrado en clase ni siquiera me ha mirado las piernas. Todos los tíos se vuelven locos con mis piernas. ¿A ti qué te parecen?

Erica elevó la pantorrilla de la pierna izquierda cruzada sobre la derecha. Estiró la mano y se pasó la yema de los dedos con suavidad, desde el empeine del pie hasta los muslos.

Alicia se ruborizó al ver cómo la miraba Erica.

—Tienes unos ojos muy bonitos, ¿sabes? —espetó Erica—. No deberías taparlos con el pelo.

Le apartó el flequillo. Alicia se estremeció con el roce de sus dedos en las mejillas. Miró a su alrededor: nadie las miraba. El profesor estaba explicando algo acerca de retablos medievales y campesinos atemorizados por la religión católica. Jessica, sentada frente a ellas, masticaba chicle y leía una revista de moda. Algunos alumnos escuchaban al profesor. Otros dormían recostados en las mesas o escuchaban música con la mirada perdida en el techo.

—¿Quieres venir a mi casa al acabar las clases? —preguntó Erica—. Tengo maría.

Alicia aceptó como quien acepta compartir un cigarrillo, con la mayor indiferencia que supo mostrar.

Se pasó el resto de las clases en un estado de ansiedad que no había sentido hasta entonces, mirando los relojes de cada clase como si quisiera acelerarlos con la vista.

La clase de inglés del señor T., la última de cada día, terminó por fin y Alicia se apresuró a salir a los pasillos para llamar a su madre. Le dijo que iba a trabajar en un proyecto de clase con una compañera, que llegaría a casa «unas dos horas más tarde que de costumbre». Acto seguido, se subió al coche de Erica. ¡Erica tenía coche! Un Mini Coupé pequeño, precioso, de color púrpura.

De camino a su casa, mientras hacía rugir el motor, Erica le contó que acababa de cumplir los dieciocho y que aquel era su regalo de cumpleaños.

Increíble.

Erica condujo con dirección sur desde La Cañada hasta toparse con la Universidad de Almería. Cogió la carretera que bordeaba la costa, pasándose de sobra la velocidad máxima, con el mar a ambos lados; a la izquierda el Mediterráneo, agitado, víctima del viento, enfadado pero bellissimo; a la derecha un mar de plástico

de invernaderos grisáceo-amarillentos, mucho menos estimulante, que parecía extenderse hasta las montañas difusas que recortaban la línea del horizonte. Alicia pensó que, estéticamente hablando, Dios superaba con mucho a los hombres y que era la mar de raro eso de no creer en Dios pero sí en su sentido estético.

Erica conducía con su brazo interminable estirado, la mano izquierda relajada, apoyada sobre el volante, mientras mantenía la derecha sobre el cambio de marchas.

Erica era guay hasta en su manera conducir.

Ninguna de las dos decía una palabra. Erica llevaba la ventanilla bajada y se podía escuchar el motor y el sonido de las olas grises. Alicia estaba embelesada con el perfil a contraluz de Erica, con su nariz recta y levemente respingona, sus labios carnosos.

Llegaron a Nueva Almería, una de las urbanizaciones más lujosas de la ciudad. Alicia no podía dejar de avergonzarse al comparar mentalmente su casa, la tristemente famosa Casa de las Ruedas, con aquellos chalets tan bonitos, algunos adosados, otros independientes, la gran mayoría con su pequeño jardín.

El de Erica no parecía llevar construido ni cinco minutos; de dos plantas y un ático. Alicia imaginó qué pensarían los padres de Erica cuando la vieran. La mirarían de arriba abajo, juzgando sus ropas baratas de color negro y su exceso de peso.

Para su alivio, Erica le explicó que sus padres eran médicos y que no llegarían hasta bien entrada la noche. Cruzaron un portón de entrada y Erica detuvo el coche junto a la puerta del garaje. Era una casa preciosa, con un jardín muy cuidado, una piscina cubierta e incluso un invernadero de cristal. Erica debió de darse cuenta de la cara de sorpresa que ponía Alicia.

—Cuando tenga mi propia casa va a ser entera de color púrpura, pienso pintar hasta el césped.

El interior de la casa era como una revista de decoración de interiores. Muebles de diseño, alfombras a juego, enormes sofás de piel, cuadros y esculturas con pinta de ser muy caros, una gigantesca televisión de alta definición.

Erica se dejó caer en uno de los sillones, rebuscó en su mochila y sacó una cajita de madera.

—Ponte cómoda —le dijo mientras sacaba un porro y lo encendía. Dio dos caladas profundas y se dejó caer hacia atrás, con los pies sobre la mesita de té. Alargó el brazo ofreciendo el porro.

Alicia lo cogió y dio una calada temerosa, esforzándose en no toser. ¡Jo! ¡Qué nerviosa estaba! Sintió que algo se le removía en el estómago y después un agradable mareo.

—Un día le voy a meter fuego a esta casa —soltó Erica ante el desconcierto de su invitada.

Erica se puso en pie de un salto y fue hasta un reproductor de música con pinta de

nave espacial que había junto a la chimenea. Lo encendió y giró la rueda del volumen al máximo. Dos altavoces tan altos como ella comenzaron a rugir con un ritmo atronador.

—¿Te gusta Lady Gaga? —gritó Erica para hacerse oír por encima de la música—. ¡Es mi diosa!

Con la música a tope se puso a bailar como movimientos provocativos, poses exageradas y sexis. Se acercó a Alicia, la agarró de las manos, tiró de ella y se pusieron a bailar sobre la alfombra, danzando cada vez de forma más loca mientras se pasaban el porro y reían. Daban saltos y no paraban de reír. Alicia se olvidó de sus caderas anchas y de sus muslos gruesos. Se sentía ligera, como flotando sobre la música, como si la música la empujase hacia arriba.

«¿Dónde te habías metido hasta ahora, Erica?»

—¡Vamos a mi habitación! ¡Necesito amor! —gritó Erica.

Agarró a Alicia de la mano y tiró de ella escaleras arriba. Erica tenía una habitación enorme, con las paredes pintadas de púrpura y una gran cama en forma de corazón. Estaba claro que Erica, igual que ella, quería establecer una separación entre su habitación y el resto de su casa, el resto del mundo. La diferencia es que Erica lo había conseguido.

Erica se quitó los botines y se tiró encima de la cama de un salto. Alicia se tumbó a su lado boca arriba. La música retumbaba desde el piso inferior haciendo vibrar el suelo. Erica encendió otro porro. Durante unos instantes fumaron en silencio, mirando el techo con los ojos entrecerrados, soñadores. El humo flotó sobre ellas, serpenteando y enroscándose sobre sí mismo como un ser vivo.

—¿Tus padres no van a notar el olor? —preguntó Alicia.

—Mis padres están tan metidos en lo suyo que no se enteran de nada. Casi nunca les veo. Si me preguntan por el olor les digo que he encendido incienso. Y si no se lo creen... ¡que les jodan! —Soltó una risita descontrolada—. Mis padres son unos capullos.

—¿Cómo puedes decir eso de tus padres? ¡Mira todas las cosas que tienes! —replicó Alicia, que enseguida se arrepintió por el comentario.

—Yayayayaya... mis padres tienen pasta, vale. Mira esa tía, la rusa que han secuestrado: sus padres sí que tienen pasta.

—Se llama Irena... Bueno, esa es millonaria, claro.

—Sí, la tía rusa esa... ¿de qué les ha servido el dinero? La han secuestrado igual. Ahora dicen que ha sido el padre el que la ha matado. Gilipolleces. Seguro que se ha secuestrado ella sola, harta de que la estén jodiendo todo el día, seguro que está escondida por ahí, en una casa de okupas y se pasa el día follando y fumando porros. ¡Cómo la envidio!

Alicia no sabía qué responder. Era fascinante que Erica envidiase a Irena

Aksyonov, era fascinante que tuviese su propio coche. Era igual de fascinante que dijera que iba a quemar su propia casa. Era fascinante que tuviera un puñetero MacBook Pro en el escritorio de su habitación.

La música de Lady Gaga seguía atronando desde el salón de la primera planta.

Sin venir a cuento, Erica soltó una carcajada y reanudó la conversación.

—Mis padres son un asco. ¿Cómo son los tuyos?

—Mi padre abandonó a mi madre cuando yo tenía once años, poco después de que naciera mi hermano. Desde entonces no he vuelto a verlo; tampoco es que pasara mucho tiempo conmigo cuando vivía con nosotros, se pasaba el día fuera. Cuando se largó, mi madre quemó todas sus fotos y ya no me acuerdo ni de qué cara tenía.

—Ojalá mis padres se divorciasen. Seguro que entonces me dejarían tranquila. Seguro que tu madre no está todo el día metiéndose en tu vida como la mía.

—Mi madre... me deja en paz, y eso es lo mejor que puedo decir de ella. Está muy ocupada con mi hermano pequeño. El pobrecito está muy enfermo.

—¿Qué le pasa?

—Tiene parálisis cerebral. —Alicia tragó saliva.

—¡Joder! Eso es muy grave, ¿no?

—Mucho, es de nacimiento. No se puede mover. Tampoco habla. Se pone a gritar sin control de noche. Creo que por eso mi padre nos ha abandonado, el muy cobarde de mierda. Mi padre se ha ido y mi madre se lio a beber por lo mismo. Ella no quiere reconocerlo, pero creo que tiene problemas de alcoholismo.

—¿Ves lo que te digo? Los padres son un asco. ¡Todos, sin una puta excepción! En cuanto pueda me largo de casa. ¿Sabes que en internet un tío me ofreció mil euros por acostarme con él? ¡Imagínate! ¡Mil euros por un polvo! ¡Si sabes utilizar bien tu cuerpo puedes tener todo lo que quieras!

—¿Te acostarías con alguien por dinero?

—¡Claro! ¿Qué hay de malo en el sexo? Tú no serás una estrecha o algo así, ¿eh?

—No, no, claro que no...

—¿Cómo fue tu primera vez?

—Bueno... pues... normal —contestó atropelladamente, mordiéndose el labio inferior.

Erica ni siquiera la estaba mirando. Un tren se le escapaba a Alicia, tenía que decir algo inmediatamente, pero no podía decir nada sobre su primera vez porque no la había tenido jamás y se moría de vergüenza si tenía que reconocer que nunca se había acostado con nadie.

—¿Cómo fue la tuya? —preguntó para salir del paso.

Erica tenía la vista clavada en uno de sus pósteres. Echó una bocanada de humo.

—Total. Yo tenía catorce, me lo hice con un compañero de clase. Follamos aquí mismo, bueno en esta misma cama quiero decir, pero en la casa de Madrid, antes de

la mudanza. Yo estaba ciega de yerba, muy mareada, intenté que no se notara que era mi primera vez. Al final el sexo es como un deporte complicado. —Erica flexionó las piernas llevándose las rodillas al pecho, después las volvió a estirar. La falda se le arrugó hasta la cintura, dejando al descubierto las bragas que eran, cómo no, de color púrpura—. Te hace falta coordinación muscular, hay que practicar mucho para hacerlo bien. La primera vez no lo hice nada bien, pero no hay que avergonzarse. Tampoco pasa nada si al principio no estás a la altura, es solo cuestión de práctica.

Erica se incorporó y se sentó sobre la cama con las piernas cruzadas bajo los glúteos. Alicia se incorporó con dificultad. Estaba muy mareada por la yerba.

—¿Y tú, cómo te lo hiciste la primera vez? —insistió Erica.

—Pues... me ocurrió más o menos como a ti —mintió Alicia enrojeciendo. Era incapaz de confesar que nunca lo había hecho.

—¿Sabes que me gustan mucho tus ojos? —dijo Erica. Le apartó el flequillo de la cara y le acarició las mejillas—. Tus ojos dicen algo, aunque hay que adivinarlo.

Entonces Erica atrapó su cara con ambas manos y se la llevó a la suya. Los labios de Erica tocaron los de Alicia y pareció que la arrastraba un remolino. Alicia sintió la lengua de Erica en el interior de su boca buscando la suya con avidez. La cabeza le daba vueltas y se sentía como si estuviera cayendo y cayendo. Sintió mucho calor y a la vez un escalofrío. Recuperó brevemente el sentido y se dio cuenta de que Erica le había quitado la camiseta y le estaba acariciando los pechos. Erica buscaba sus pezones con los labios y su lengua los lamió suavemente. Alicia arqueó la espalda y estuvo a punto de gritar por lo maravilloso de aquella sensación.

Erica le bajó los pantalones y las bragas. Alicia se resistió unos segundos a abrir las piernas, aunque acabó cediendo ante los avances de Erica.

Cuando Erica llevaba segundos besándola en sus partes íntimas, Alicia decidió dejarse llevar por completo, dejarse llevar hasta donde aquello tuviera que llegar.

No tardaría en arrepentirse.

Erica se incorporó sobre la cama y sacó de la nada un pene de plástico de color negro, enorme. Lo agitó con aire circense, como si fuese una varita mágica, y lo llevó hacia el sexo de Alicia con determinación. Alicia cerró las piernas y se incorporó violentamente.

—¡No!

Carla

Carla y su hermano Isaac ocuparon una mesa en la cafetería del hotel acompañados por el hombre que les había abordado tras la presentación del libro.

Mientras se acomodaban, Carla estudió con disimulo al desconocido. Era un hombre de mediana edad, de apariencia afable y complexión robusta, aunque no llegaba al extremo de ser gordo. Debía tener alrededor de cincuenta años. Estaba calvo y lucía un bigotillo grisáceo. Llevaba gafas que le resbalaban por la nariz de modo que miraba todo el tiempo por encima de ellas. Carla se fijó en que tenía una especie de mancha de nacimiento en la calva, en la parte superior izquierda de la cabeza. Era una mancha grande, del tamaño de la palma de una mano, con una forma intrincada y simétrica, semejante a una de esas manchas que utilizan los psiquiatras en los test de personalidad. Su psicoterapeuta le había hecho uno de esos test en una ocasión, en una de las primeras visitas, pero nunca le había comentado los resultados. Carla había hecho después el test en internet por su cuenta y le había salido que era gay con ansiedad de castración y fijación vulvar... Se juró que nunca más haría un test por internet.

Si no recordaba mal algunas de las interpretaciones que había leído, la mancha de aquel hombre parecía una mariposa (¿hostilidad?), o un murciélago (¿miedo?), o una máscara (¿rechazo?). Carla apartó la mirada, no era cuestión de psicoanalizarse a sí misma con la mancha en la piel de un desconocido.

La cafetería estaba en silencio, ocupada por algunos ejecutivos trajeados que bebían whisky con aire cansado y consultaban sus teléfonos móviles con desgana. Carla se sentó junto a su hermano Isaac y el hombre de la mancha se acomodó frente a ellos. Pidieron unos cafés.

—Disculpe que la haya abordado de este modo —dijo el desconocido. Tenía un tono de voz pausado, muy educado—. No quería perder la oportunidad de hablar con usted. Sepa que he leído su libro con mucha atención y me parece un trabajo excelente. Es usted una gran conocedora de las redes sociales.

—Bueno... gracias —respondió Carla impaciente—. ¿Qué es lo que quiere exactamente de mí?

Carla tenía las piernas muy juntas y las puntas de los pies apuntando hacia la salida. Notaba una desagradable humedad bajo las axilas y las medias le picaban una barbaridad. Estaba agotada. Había perdido el apetito y ya ni siquiera le apetecía salir a cenar. Lo único que quería era darse una ducha, ponerse un pijama y sentarse en su sillón a ver una película de dibujos animados. A su hijo Aarón le hubiesen encantado las películas de Disney. Los dos se lo pasarían en grande con las películas de dibujos.

—¿Por qué ha dicho que mi hermana podría ayudar en la investigación de Irena

Aksyonov? —preguntó Isaac inclinándose hacia delante.

—Se lo explicaré en unos instantes. Antes permítanme presentarme como es debido. —El hombre les miró con expresión afable por encima de sus gafas. Tenía unos ojos pequeños y azules muy expresivos—. Mi nombre es Héctor Rojas. Trabajo en la Oficina de Protección del Menor.

Sacó una tarjeta de visita del bolsillo interior de la americana y la depositó sobre la mesa. En la tarjeta podía leerse su nombre —Héctor Rojas—, su cargo —funcionario del Ministerio de Asuntos Sociales—, un teléfono móvil y la dirección de una oficina de Madrid en el paseo de la Castellana.

—La Oficina de Protección del Menor es un organismo que depende del Ministerio de Asuntos Sociales —explicó—. Analizamos las situaciones de riesgo de los menores. Una especie de centro de datos, para entendernos. Cada vez que hay un incidente relacionado con un menor, un maltrato o una muerte, la policía tiene la obligación de enviarnos una copia del informe. En la Oficina estudiamos cada suceso. Establecemos un perfil sociológico de la víctima. Analizamos las causas del incidente y proponemos medidas de prevención. Cada año elaboramos una memoria anual que se presenta al director general. El informe va luego a los políticos, que se supone que utilizan esa información para elaborar planes de prevención.

Carla asentía despacio. Su hermano escuchaba con atención.

—Pero no he venido a explicarles el funcionamiento de la Oficina. Verán, quiero hablarles de un suceso que ocurrió hace un año. Todo empezó cuando trabajaba en el expediente de la muerte de un joven. Tenía dieciséis años y se había suicidado. Su padre encontró al chico muerto en la bañera. Se había cortado las venas. La policía hizo la habitual investigación rutinaria. Se hicieron fotos del cadáver. Se tomó declaración al padre y a algunos amigos del joven. Aparentemente, el caso no tenía nada de extraordinario, más allá de la propia tragedia, claro está. El perfil sociológico puso de manifiesto que el chico que se quitó la vida era homosexual, educado en una familia de clase alta, muy conservadora. Huérfano de madre, se crio con su padre, que era militar de alto rango y de convicciones muy rígidas. La relación con su padre empeoró mucho cuando el chico comenzó a manifestar su tendencia homosexual. Según su padre, unos meses antes de quitarse la vida el chico se había vuelto muy irascible y agresivo. Discutían con frecuencia. Una noche, después de una fuerte discusión, encontró a su hijo muerto en la bañera. Se había cortado las venas.

El funcionario miró a Carla por encima de sus gafas. Sus manos descansaban sobre la mesa de la cafetería con los dedos entrelazados. Acompañaba sus palabras con movimientos de los pulgares, separándolos y juntándolos.

—Hasta aquí, tristemente, nada extraordinario —prosiguió—. El suicidio de adolescentes homosexuales triplica la media de suicidios de adolescentes con tendencia heterosexual. Pero hubo un detalle que quedó grabado en mi mente, un

detalle al que no di demasiada importancia en aquel momento. En el expediente policial pude ver una fotografía del chico muerto. Estaba desnudo en la bañera. En el pecho tenía tatuadas unas palabras. Una frase, en realidad. «Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí», recitó.

Carla levantó una ceja. ¡Vaya frase para un tatuaje! Su hermano Isaac frunció el ceño, pensativo. Se inclinó hacia delante.

—Esas palabras me resultan familiares —dijo—. Juraría que ya las he escuchado antes. ¿Tiene por casualidad alguna relación con la desaparición de Irena Aksyonov?

El funcionario le observó con detenimiento.

—Así es. ¿Cómo lo ha sabido?

—Soy periodista. Trabajo en la redacción de sucesos del periódico *El Mundo*. Me encargaron la crónica del secuestro.

—Entonces habrá leído el informe de la policía.

Isaac asintió.

—Fue en el informe donde leyó esa misma frase. Supongo que no le prestaría mucha atención. ¿Recuerda dónde la vio?

—No, no estoy seguro. —Isaac cerró los ojos y se masajeó la frente como si quisiera succionar con la mano un recuerdo oculto en su mente—. Tendría que volver a leerlo. ¿Es importante?

—Esa misma frase era uno de los mensajes de texto que había en el teléfono móvil de Irena Aksyonov cuando desapareció.

—Sí, es verdad, ahora lo recuerdo —exclamó Isaac—. ¿Qué relación hay?

—Permítanme que continúe con mi historia —dijo el funcionario asintiendo—. Entonces entenderán. Tampoco yo, cuando vi esa frase por primera vez tatuada en el cuerpo del chico muerto, le di más importancia que la extravagancia de un adolescente... Casi un año después volví a encontrarme con esas palabras en otro expediente. La misma frase. En esta ocasión se trataba del informe sobre la muerte de un bebé de dos años de edad. Me acordé entonces del tatuaje de aquel joven. La coincidencia me resultó muy llamativa.

—¿Y dónde encontraron esa frase? —preguntó Isaac—. ¿También en el teléfono del padre?

—No exactamente. El bebé murió asfixiado dentro de un coche en unas circunstancias bastante extrañas —explicó el funcionario—. Su padre se quedó dormido durante horas en el interior del vehículo con su hijo dentro. El coche estaba estacionado a pleno sol, en verano; la temperatura subió tanto que el frágil organismo del pequeño no pudo resistir y murió.

—¡Qué horror! —exclamó Carla. Sintió un dolor sordo en la base del estómago—. ¿Cómo pudo pasar algo así?

Héctor Rojas se humedeció los labios y permaneció unos instantes pensativo

mientras dirigía sus pupilas hacia arriba y a su derecha, antes de proseguir:

—La policía lo investigó. El expediente llegó a mi oficina unos días después del terrible suceso. El padre del bebé era viudo. Trabajaba como analista de bolsa en una empresa de inversión de valores. Su esposa había muerto en un accidente de tráfico poco después de tener al bebé. El matrimonio tenía otra hija, una adolescente de catorce años. En un análisis toxicológico la policía descubrió que el padre del bebé muerto consumía habitualmente anfetaminas y barbitúricos...

—¿Por qué le hicieron un análisis toxicológico al padre? —interrumpió Isaac.

—Cuando se suicidó. Después de la muerte del bebé. Ahora llegaremos. Para entenderlo tiene que saber lo que sucedió. —El funcionario le miró por encima de las gafas—. Como les decía, ese hombre consumía anfetaminas para mantener el ritmo de trabajo durante el día, y los barbitúricos para relajarse y dormir por la noche. Una mañana, siguiendo su rutina diaria, instaló a su hijo pequeño en la silla del asiento trasero de su coche para llevarlo a la guardería donde el bebé pasaba el día. En el trayecto el hombre se quedó inexplicablemente dormido al volante. Él mismo lo relataría después a la policía. Empezó a sentirse mal, a sufrir mareos y una insoportable somnolencia. Fue incapaz de seguir conduciendo y tuvo que pararse unos momentos. Aparcó el coche. Entonces se quedó profundamente dormido en el mismo coche, sobre el volante. Su hijo pequeño estaba en su silla del asiento trasero. El hombre estuvo inconsciente durante más de diez horas. Era verano y el coche había quedado aparcado a pleno sol con las ventanillas subidas. Al apagar el motor, el aire acondicionado se interrumpió. A lo largo del día, el sol hizo que la temperatura en el interior alcanzase más de cincuenta grados. Aunque con problemas de deshidratación, el hombre sobrevivió. El bebé no tuvo tanta suerte. Su débil organismo no resistió el calor.

—¡Dios mío, eso es terrible! —exclamó Carla entornando los ojos y arrugando la nariz. Pensó en su hijo Aarón; si le ocurriera algo parecido... Eso no era posible. Ella hubiese sido extremadamente cuidadosa en lo que se refería a su hijo.

—Un suceso muy lamentable —asintió el funcionario. Apretó los labios y entornó los ojos—. Tanto que el pobre hombre no pudo soportar que su hijo hubiese muerto por su culpa. Se suicidó unos días más tarde. Se arrojó por una ventana.

Sus pupilas se movieron de un lado a otro, frunció los labios.

—Hasta aquí podemos pensar que se trata de otra sórdida historia de negligencia paterna —prosiguió—. La policía estableció que el hombre había confundido las pastillas para dormir con las anfetaminas. Él siempre lo negó. Aseguraba que era imposible confundir esas pastillas. Le acusaron de homicidio imprudente. Como les he dicho, se quitó la vida antes de que pudieran juzgarle.

—Es lógico que lo negara. Parece un caso claro de negligencia —manifestó Isaac.

—Es lo que cualquiera pensaría. —El funcionario movió levemente la cabeza de

izquierda a derecha—. Pero cuando inspeccioné el atestado policial encontré un detalle que me llamó poderosamente la atención. En el interior del coche, sobre el salpicadero, había un pedazo de papel con una nota. El padre del bebé aseguraba que esa nota no estaba allí cuando cayó inconsciente. El pobre hombre insistía en que alguien había tenido que abrir la puerta del coche para dejar ese papel mientras él estaba inconsciente. La policía no le dio demasiado crédito. Se limitaron a señalarlo en el informe sin concederle mayor importancia. ¿Por qué motivo alguien iba a abrir el coche y dejar una nota sin despertar a su ocupante? Máxime cuando en el coche había un bebé en peligro.

—No tiene mucho sentido —dijo Isaac—. ¿Y qué decía esa nota?

—Una sola frase: «Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí» —recitó Héctor Rojas con los ojos entrecerrados—. Cuando leí esas palabras me vino a la mente el tatuaje del chico muerto. Me pareció que podría tener alguna relación.

—¿La había? —preguntó Carla intrigada. La historia del bebé muerto la había estremecido hasta los huesos. Había olvidado el cansancio y el malestar.

—En mi opinión, sí —respondió el funcionario—. Creo que hay una relación. Verán. Después de aquello comencé a revisar todos los expedientes del último año, incluidos los que no habían pasado directamente por mis manos. Volví a encontrarme con esa misma frase una tercera vez, en el expediente de un joven fallecido en un accidente de tráfico. Aparentemente, el accidente había sido fortuito y no guardaba ninguna relación con los casos que acabo de relatarles, salvo por la aparición, otra vez, de esas mismas palabras.

Héctor Rojas hizo una pausa para ajustarse las gafas, que le resbalaban sobre la nariz.

—El chico que murió en el accidente se había fugado de casa. Su padre había denunciado su desaparición a la policía dos días antes. Al parecer, la relación entre ambos no era buena. El padre era viudo y el chico era su único hijo. Su padre dice que el chico había empezado a consumir drogas. Pastillas, anfetaminas, cocaína. El joven cada vez se mostraba más irascible y descontrolado. Discutían mucho. Después de una fuerte pelea, el muchacho le robó el coche y se fugó de casa. Unos días más tarde, el chico tuvo un accidente de tráfico en el que perdió la vida. De nuevo, aparentemente, nada extraordinario en el suceso, salvo que el joven también lucía un curioso tatuaje en uno de los brazos.

—¿Otra vez la misma frase? —preguntó Carla, cada vez más intrigada por la historia.

—Exacto. De nuevo las mismas palabras. —Héctor Rojas clavó la mirada en ella—. La coincidencia de esa frase me llevó a pensar que podía haber una conexión entre los tres sucesos. Las mismas palabras. No podía ser casualidad. Revisé con más detalle aquellos tres casos. Encontré elementos comunes... cuando menos

inquietantes. Elementos que tienen que ver con internet y con las redes sociales.

—¿Con las redes sociales? —preguntó Carla, que no veía la relación.

—Así es, lo entenderán cuando les cuente lo que descubrí —respondió el funcionario.

Héctor Rojas frunció el ceño. En su frente se formaron arrugas que se prolongaban hacia la piel desnuda de su cabeza. Carla tuvo la impresión de que la mancha que lucía en la piel del cráneo cambiaba de forma. Ya no parecía una mariposa o un murciélago, sino más bien una mujer arrodillada lamentándose.

—Volví a revisar con detenimiento el expediente del joven homosexual que se suicidó —explicó Héctor Rojas—. Descubrí que el muchacho tenía una relación con alguien en internet. Al parecer, se conocieron en un chat de encuentro para homosexuales. Pedí ayuda a la unidad tecnológica de la policía. Logré acceder a algunos fragmentos de las conversaciones del chat. Desconozco la identidad de la otra persona. Nunca reveló nada sobre sí mismo, pero, fuera quien fuese, se ganó la confianza del chico. Le aconsejó con una actitud que pretendía ser alentadora. En los mensajes le animaba a que venciese sus miedos y mostrase sus verdaderos sentimientos al mundo. Debió de ser muy persuasivo porque el chico salió de su cascarón y comenzó a frecuentar ambientes gays. Tuvo relaciones sexuales con otros jóvenes. También con hombres mayores que él. En esos ambientes todo se confunde, promiscuidad con libertad sexual; para un adolescente es fácil cometer muchos errores. Desafortunadamente, alguien le grabó en vídeo en una de esas relaciones sexuales con un hombre mayor. Después le envió una copia del vídeo a su padre. Pueden imaginar que el padre no se lo tomó demasiado bien. Tuvo una pelea terrible con su hijo. Fue poco después de esa discusión cuando el joven se suicidó.

—Parece un caso evidente de acoso —dijo Carla mirando fijamente al funcionario—. Alguien le tendió una trampa a ese pobre chico. Lo grabó en vídeo manteniendo relaciones sexuales y se lo envió a su padre.

—Así es. —Héctor Rojas asintió sin cambiar el semblante serio—. Mi impresión es que no es un simple caso de acoso. Todo fue una trampa premeditada desde el principio. Alguien quería crearle a ese chico un conflicto en su hogar. De otro modo no le hubiese enviado la grabación expresamente a su padre. Creo que alguien utilizó las redes sociales para captar a ese chico. Se ganó su confianza primero y después lo manipuló. Le tendió una trampa.

Héctor Rojas acompañó sus últimas palabras con un suave golpe en la mesa, como un juez que dicta sentencia.

—Quiere decir que le empujaron a que se quitase la vida —dijo Isaac.

—Así es. Alguien lo tenía todo planeado desde el principio. Conoció al chico homosexual, vio que era una víctima propicia, que tenía problemas con su padre, y llevó a cabo su plan. Al igual que planeó la muerte del bebé.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Isaac—. ¿Piensa que la muerte del bebé no fue un accidente?

Héctor Rojas negó con la cabeza mientras hablaba.

—Conseguí una muestra de las anfetaminas que se tomó el hombre el día que se quedó dormido en el coche con su hijo —explicó con gesto sombrío—. Las envié a analizar. No eran anfetaminas. En lugar de estimulantes contenían un potente somnífero. No había confundido las píldoras. Alguien le vendió unos fármacos manipulados a propósito.

—¡Eso es horrible! —exclamó Carla—. ¿Por qué iba alguien a hacer eso?

Héctor Rojas frunció los labios, manteniendo una seriedad solemne y pesada en los ojos.

—Porque quería matar al bebé y responsabilizar al padre.

Carla le observó con la boca abierta. No podía creer que alguien fuese capaz de planear algo semejante.

—Sé que cuesta creer —asintió el funcionario—. Cuesta creer que alguien pueda ser tan retorcido para hacer algo así. Pero estoy convencido de que eso era exactamente lo que pretendía.

—No estoy seguro de entenderle —intervino Isaac—. ¿Quiere decir que cuando alguien le vendió somníferos en lugar de anfetaminas ya tenía en mente matar al bebé?

Héctor Rojas asintió con los labios fruncidos.

—Cuesta creerlo —dijo Isaac—. ¿Cómo podía adivinar nadie que se quedaría dormido precisamente en el interior del coche con su hijo? Para planear algo tan perverso tendría que conocer con exactitud los hábitos y costumbres de ese hombre, saber que ingería los fármacos por la mañana, que llevaba a su hijo a la guardería, cada cosa y a qué hora...

—Tiene usted razón. Y esa es precisamente la clave del asunto —respondió el funcionario señalando con un dedo al pecho de Isaac—. ¿Recuerdan que les comenté que el hombre tenía otra hija adolescente de catorce años? Cuando hablé con ella descubrí que la relación entre ella y su padre no era precisamente buena. Según pude averiguar, hacía meses que no se hablaban.

—¿Cree que su hija tuvo algo que ver en lo ocurrido? —preguntó Carla abriendo mucho los ojos.

—No intencionadamente. —Héctor Rojas levantó el dedo índice y negó con la cabeza inclinada, haciéndose eco de la incredulidad de Carla—. Pero alguien la utilizó para sonsacarle información sobre los hábitos de su padre. Verán, pude entrevistarme con la joven. Cuando la conocí presentaba un cuadro grave de anorexia. Ya saben lo fácil que es manipular a ese tipo de adolescentes que tienen la

autoestima baja. Mi impresión es que estamos ante un sujeto que entiende muy bien la psicología de los jóvenes, sabe cómo ganárselos. La adolescencia es un periodo emocional muy inestable. ¿Tienen hijos?

Carla negó con la cabeza con un movimiento rígido. Sintió que se le acaloraban las mejillas.

—Mi hermana y yo todavía estamos solteros —dijo Isaac con una sonrisa—. Aunque espero que algún día Carla me dé un precioso sobrino.

—Yo tengo una hija de veinte años —dijo Héctor Rojas. Una sonrisa se abrió paso en su rostro—. Afortunadamente, mi hija ya dejó atrás la etapa de la adolescencia. Sé muy bien lo difícil que resulta esa fase para los padres. Los jóvenes atraviesan un periodo de afirmación de su personalidad. Buscan continuamente respaldo y apoyo para sus ideas. Los adolescentes tienen la sensación de que sus padres no les entienden. Así que cuando alguien se identifica con sus problemas depositan en ellos toda su confianza. Los depredadores sexuales lo saben muy bien. Por eso les resulta tan fácil manipular y engañar a los jóvenes. Solo tienen que hacerles creer que les entienden, que les apoyan, a diferencia de sus padres, que intentan corregir a sus hijos y conducirles por un camino que los adolescentes rechazan. Mi impresión al hablar con esa chica fue que alguien la había manipulado a distancia. En internet. Ella misma debió de hablarle de los hábitos de su padre. El individuo vio la oportunidad de provocar la tragedia. Le sonsacó información. Averiguó que el padre consumía drogas. Supo que llevaba a su hijo pequeño a la guardería cada mañana en coche. Vio la oportunidad y planeó la tragedia.

—Dios mío, eso es perverso —gimió Carla—: utilizar a la hija adolescente para provocar la muerte de un bebé.

Carla comenzaba a sentir una dolorosa presión en la base del estómago, una náusea del alma. Si aquello era cierto, aquel sujeto era mucho más retorcido que los vulgares acosadores sexuales con los que ella se había topado mientras investigaba para escribir su libro.

—Perverso y muy astuto —apuntó su hermano Isaac—. Entonces ¿cree que quien planeó la muerte de ese bebé es la misma persona que le tendió la trampa al joven homosexual?

—Estoy convencido de ello —respondió el funcionario—. Tenemos, en primer lugar, la coincidencia de la frase tatuada en el pecho del joven. Es la misma frase que alguien dejó en el interior del vehículo. Una especie de huella o señal. Y, aunque los casos son aparentemente diferentes, en ambos hay adolescentes implicados. El caso del chico que murió en un accidente de tráfico viene a confirmar lo anterior. Piénsenlo. Tenía la misma frase tatuada. Alguien tuvo que convencerle para que se hiciera ese tatuaje. Desconozco qué significado puede tener, pero sospecho que esa frase es una especie de marca o señal que ese individuo deja en sus víctimas.

—Si eso fuese así —dijo Isaac—, ese individuo se parece más a un asesino o a un psicópata que a un acosador sexual de menores. ¿Por qué no acude a la policía? Deberían investigarlo.

—Lo hice. —Héctor Rojas asintió levemente—. El problema, se darán cuenta, es que resulta muy difícil demostrar lo que les acabo de explicar. —Las manos de Héctor se movieron con inquietud—. Incluso asumiendo que alguien manipulase a esos chicos, es complicado demostrar que el responsable sea la misma persona. Es cierto que la policía está investigando cada suceso, pero por separado; no ha abierto una línea común de investigación. El caso del joven homosexual ha sido derivado a la unidad que se ocupa de la extorsión a menores. Está claro que hubo un delito porque alguien grabó al joven teniendo relaciones sexuales. Así que buscan a un acosador sexual que se mueva por los ambientes gays. Sin embargo, el asunto del bebé fallecido está siendo investigado por el Ministerio de Sanidad. La policía considera que podría haber un delito de venta de fármacos adulterados. No creen que nadie pretendiese deliberadamente provocar la muerte del pequeño. Y si hablamos del joven fallecido en el accidente de coche, la policía ni siquiera piensa que haya nada que investigar, cuando es evidente que alguien manipuló al chico y lo incitó a fugarse de su casa. ¿Se hacen una idea de lo difícil que resulta probar algo así?

—¿Y qué pasa con esa frase que usted encontró en los tres casos? —preguntó Carla—. ¿La policía no lo ve como una prueba para relacionar los casos?

Héctor Rojas alzó las cejas y suspiró en un gesto de frustración. Apretó el puño de su mano derecha.

—Para la policía esa frase no significa nada —dijo meneando la cabeza—. No les parece un indicio suficiente para abrir una línea de investigación común. Aducen que podría ser simple casualidad. Cada día hay accidentes mortales. Si uno analiza todos los sucesos, seguro que encuentra que algunas de esas personas compartían algo. Estaban leyendo el mismo libro, o veían la misma serie de televisión, o tenían la misma publicidad en sus buzones. Muchos chicos se hacen tatuajes con frases de moda que ni siquiera entendemos.

—Pero usted no cree que sea casualidad —dijo Carla negando con la cabeza. Intercambió una mirada con su hermano. No estaba muy segura sobre si tendría que creer lo que decía aquel hombre. Parecía serio. Por otro lado, la relación entre aquellos sucesos podría ser simple casualidad. A lo mejor Héctor Rojas había pasado demasiado tiempo revisando casos de muertes de menores y comenzaba a ver conspiraciones y vínculos donde no los había.

—No es casualidad —repitió el funcionario—. Creo que ese individuo sigue un modus operandi muy particular, por así decirlo. Creo que hay un responsable detrás de cada una de esas lamentables muertes. Alguien que contacta con jóvenes con problemas de autoestima. Con problemas en su hogar. Alguien que selecciona a sus

víctimas a través de las redes sociales de internet. Es sorprendente la cantidad de información que los chicos dejan en las redes sociales sin ser conscientes de todas las intimidades que están contando sobre sí mismos y sus familias.

—Entonces —dijo Isaac— usted cree que esa misma persona está detrás de la desaparición de Irena Aksyonov. Sin embargo, a pesar de la coincidencia de esa frase, me resulta difícil establecer una conexión.

La frente del funcionario se llenó de arrugas. Carla no pudo evitar observar que la mancha de su cráneo cambiaba de forma.

—Usted ha escrito sobre el caso. Lo conoce bien —dijo Héctor Rojas mirando fijamente a Isaac—. Dígame, en su opinión ¿qué cree que ha ocurrido con esa joven?

Isaac se encogió de hombros.

—Todavía hay muchos puntos oscuros. El padre, Serguei Aksyonov, asegura que alguien ha secuestrado a su hija. La policía, en cambio, le acusa de haberla matado y de hacer desaparecer el cuerpo. En realidad no hay pruebas que avalen una hipótesis u otra. Mi periódico mantiene una actitud neutra al respecto.

—Si fuese un secuestro, nadie ha pedido todavía un rescate, hasta donde yo sé —dijo Héctor Rojas.

Isaac asintió, confirmando.

—Coincidirán conmigo en que las circunstancias que rodean la desaparición son muy extrañas —dijo el funcionario—. En primer lugar, está el hecho de que su padre recibiese un mensaje de advertencia en su móvil. El mensaje especificaba la hora exacta a la que tendría lugar el secuestro. Y así sucedió. Tal como concretaba el mensaje. A las nueve en punto Irena Aksyonov desapareció. ¿Qué secuestrador avisaría de sus intenciones?

—La policía cree que ese mensaje es una especie de coartada —respondió Isaac—. Un burdo intento de reforzar la falsa teoría del secuestro. La casa de Marbella donde vivía con su hija tenía las medidas de seguridad más avanzadas. Alarmas, cámaras de vigilancia, cerraduras electrónicas... Tecnología punta. Además, había una docena de vigilantes armados. Esa mansión era una fortaleza. Se hubiese necesitado un pequeño ejército para entrar allí y llevarse a su hija por la fuerza.

—Evidentemente, la fuerza no fue el método que emplearon —dijo el funcionario.

—Así es. Pero tampoco hay pruebas de que nadie entrase allí de un modo sigiloso. La policía no ha encontrado ni una sola huella sospechosa en toda la propiedad. Ni indicios de que alguien haya forzado una entrada en la casa. Todas las puertas de acceso son blindadas. Tienen cerraduras electrónicas que solo se abren con la huella dactilar de Serguei Aksyonov y de su hija. Ni siquiera los guardias de seguridad pueden entrar si no están autorizados. Ninguna cerradura parecía haber sido forzada. Esa casa era como un búnker. Así que la policía no se explica cómo

demonios alguien podría haber sacado de allí a la joven por mucho que su padre se empeñe en que eso es lo que pasó. —Isaac arqueó las cejas—. Además, es imposible cruzar el muro que rodea la propiedad sin que las cámaras lo capten. Las cámaras tampoco registraron ningún movimiento inusual, salvo el simio que se coló en ese preciso momento.

—¿Un simio? —repitió Carla para asegurarse de que había escuchado bien. Las noticias no habían dicho nada de un simio.

—Un chimpancé común —respondió su hermano—. El animal estaba muy asustado. Los guardias de seguridad lo abatieron cuando se refugió en la copa de un árbol. Se escapó de un zoo privado de una de las mansiones cercanas. Cuando el animal cruzó el muro hizo saltar las alarmas. Todos pensaron entonces que podía tratarse de los secuestradores.

—¿Y no cree que la irrupción de ese simio fue un modo de distraer al personal de seguridad para que alguien más pudiese colarse allí? —preguntó Héctor Rojas.

—Podría ser, pero la mayoría de los guardias siguieron en sus puestos de vigilancia —rebató Isaac—. Además, que el animal fuese detectado en cuanto se aproximó al muro es una prueba de la eficacia de la seguridad. Las cámaras detectaron al animal y no detectaron que nadie más entrase o saliese. Ninguna cerradura forzada. Por eso la policía descartó desde un principio la hipótesis de un secuestro. Creen que algo ocurrió entre Serguei Aksyonov y su hija. Creen que él la mató y después hizo desaparecer el cuerpo. La sangre que apareció en su habitación y en el jardín apuntan a esa dirección.

—Pero el cuerpo no ha aparecido —dijo el funcionario.

—No. Todavía no. —Isaac negó con la cabeza—. La policía ha removido palmo a palmo los terrenos que circundan la mansión. Han buscado por todos lados, pero aparte de la sangre no han encontrado nada.

Isaac se encogió de hombros.

—Dígame una cosa. —El funcionario le miró a los ojos—. ¿Cree que Serguei Aksyonov es un hombre tan idiota como para hacer desaparecer a su hija y fingir un secuestro de un modo tan burdo? ¿Utilizando como coartada un simple mensaje en su móvil?

—Reconozco que hay algo que no acaba de encajar —dijo Isaac—. Entonces ¿qué es lo que pasó? ¿Qué piensa usted?

—Creo que el mensaje que recibió Serguei Aksyonov no era una coartada. Creo que era real. Era un desafío. —Héctor Rojas le dirigió una mirada penetrante.

—¿Un desafío? ¿De quién? ¿Por qué?

El funcionario frunció el ceño. Miró a Carla, quien le alentó a responder con un gesto de asentimiento. Estaba tan intrigada como debía de estarlo su hermano.

—Supongamos por un momento —prosiguió Héctor Rojas— que Serguei

Aksyonov no tuvo nada que ver con la desaparición de su hija. Supongamos que tal y como él mismo relató, la última vez que la vio fue poco después de que las cámaras detectasen un intruso, que resultó ser un animal. Según su propio relato, Serguei subió primero a la habitación de su hija y después abandonó la casa. Estuvo fuera solo unos minutos. Supervisó la seguridad. El mensaje de amenaza había despertado en él algunos temores. Comprobó que todo estaba en orden. Se sintió seguro. Cuando regresó a la casa su hija ya había desaparecido.

Carla se estremeció. Si era cierto que no tenía nada que ver, podía imaginar la angustia de aquel hombre. Tu hija está a tu lado y, momentos después, ya no está y no sabes si la volverás a ver, si está viva o muerta, si alguien le está haciendo daño...

—Serguei no encontró exactamente una habitación vacía —siguió diciendo el funcionario—. El teléfono de su hija estaba sobre la cama. En ese momento el teléfono recibió un SMS con un texto. La frase que ustedes ya conocen, «Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí» —recitó. Le tembló la voz. Cerró los ojos unos instantes, como si aquellas palabras le provocasen un fuerte dolor de cabeza.

—¿Así que usted piensa que quien le envió ese mensaje se las apañó para entrar allí y llevarse a la joven? —preguntó Isaac—. Y que fue el mismo individuo que preparó las otras muertes. Que esa frase es una especie de marca o señal de su presencia.

—Estoy convencido de ello —asintió Héctor Rojas.

—¿Por qué?, ¿con qué propósito? —preguntó Carla perpleja.

El funcionario descruzó las manos y se acarició el mentón, pensativo.

—Mi opinión —dijo— es que el mensaje que recibió Serguei Aksyonov fue un desafío. Alguien le retó a proteger a su hija y él falló. El sentimiento de culpa por haber fallado debe de estar consumiendo a ese pobre hombre. Lo cual es exactamente lo que pretendía quien se llevó a su hija.

Carla le miró con expectación. Héctor Rojas le devolvió una mirada vidriosa.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Isaac—. ¿Que trata de responsabilizar al padre de lo ocurrido?

—Miren, he pensado mucho sobre ello —respondió Héctor Rojas—. Sobre lo que realmente persigue. No son fines sexuales. Se sirve de internet para contactar con sus víctimas, pero no es un vulgar depredador sexual. Tampoco es un chantajista que busque dinero. No creo que el dinero o las relaciones sexuales sean su motivación. Creo que estamos ante un psicópata con una obsesión diferente.

Héctor Rojas apretó las manos entrelazadas. Los nudillos se pusieron blancos.

—Lo entenderían si piensan un instante en lo que les he relatado —dijo—. Si no busca sexo o dinero, ¿qué es lo que pretende? Tal vez, a primera vista, parece que solo quiere hacer daño a los chicos. Piensen en lo que ha ocurrido en cada caso. Ese individuo siempre ha manipulado la situación de un modo sutil, sin dejar rastro de su

presencia, salvo por esa extraña frase. Desde un punto de vista de psicología criminal, hay asesinos capaces de planear un crimen perfecto, individuos meticulosos ocultando sus huellas. Sin embargo, todos los psicópatas sienten el impulso de dejar algún rastro de su presencia, una señal o marca de su actuación. Una especie de mensaje. Quieren ser escuchados. El comportamiento de este sujeto responde a ese impulso. Lo que mueve a ese tipo de psicópatas es el afán de experimentar la sensación de poder y control sobre otro ser humano. La pregunta clave es ¿cuál es su víctima? ¿Sobre quién pretende ejercer el control? Yo creo que sus víctimas no son los menores que encuentra en las redes sociales. Los manipula y los utiliza, pero ellos no son su verdadero objetivo.

—Entonces ¿quién? —preguntó Carla intrigada.

—Los padres —respondió Héctor Rojas. La miró por encima de las gafas—. Sus víctimas son los padres.

Carla reprimió un escalofrío. ¡Aquello sí que era de lo más raro! Los acosadores que ella había investigado obtenían su perverso placer manipulando a los jóvenes con coacciones y chantajes. Pero que alguien quisiera llegar más lejos, hasta los mismos padres, era algo nuevo para ella.

—¿Qué quiere decir exactamente con que sus víctimas son los padres? —preguntó Isaac con el ceño fruncido.

—Ya sé que puede parecerles raro —respondió Héctor—. Yo creo que los menores de edad solo son un instrumento para enviar un perverso mensaje a los padres.

—¿Qué mensaje?

—Piénselo. ¿Qué ha pasado con los padres de los chicos? El joven homosexual se suicidó después de una discusión con su padre. Su padre no fue tolerante con él y eso provocó una situación que acabó con su hijo muerto. Si ese hombre hubiese actuado de un modo más comprensivo, el chico seguiría vivo. ¿No creen que eso debe de pesarle en la conciencia? Con toda seguridad, ese hombre no podrá evitar pensar que podría haber evitado la muerte de su hijo si hubiese sido más transigente, si hubiese tratado de entender su condición homosexual en lugar de imponer su criterio moral.

Héctor Rojas miró a Carla y a Isaac alternativamente. Ambos le escuchaban con atención.

—Es lo mismo con el chico que murió en el accidente de coche. Se fugó después de discutir con su padre. Si esa discusión no hubiese ocurrido, si las relaciones con su padre no hubiesen estado tan deterioradas, el muchacho tal vez seguiría vivo. Es inevitable que su padre lo piense una y otra vez. Imaginen cómo debe de sentirse. La idea de que si hubiese actuado de otro modo su hijo seguiría vivo le debe de estar consumiéndolo.

—Comprendo lo que dice —intervino Isaac pensativo.

—Imaginen lo que debió de sentir el padre del bebé muerto cuando descubrió que su hijo murió por su culpa. Por tomar esas pastillas.

—Intenta decir que si hay alguien detrás de esos sucesos, pretende que los padres se culpen a sí mismos de la muerte de sus hijos —afirmó Isaac.

—Veo que empiezan a comprender —asintió Héctor lúgubre—. Yo soy padre, tengo una hija de veinte años, y no puedo imaginar mayor horror que pensar que algo le pudiera pasar por mi culpa. No podría soportarlo. Y ese insoportable sentimiento de culpa es lo que ese monstruo intenta provocar. ¿Pueden imaginar algo más despiadado?

Desde luego Carla no podía imaginarlo. La mirada se le empañó. Parpadeó para disimular las lágrimas que amenazaban con brotar. Tenía la impresión de que algo caliente y frío a la vez le estaba presionando las sienes.

—Es una teoría interesante. ¿Cómo encaja eso con la desaparición de Irena Aksyonov? —preguntó Isaac.

—¿Cómo cree que se sentirá su padre? Fue incapaz de protegerla. No podrá dejar de pensar en todo lo que podría haber hecho y no hizo para salvar a su hija. Quizás piense que no hizo todo lo que estaba en su mano. Que podría haber hecho más. Que si hubiese hecho algo más, su hija seguiría todavía a su lado. Esa duda le estará consumiendo.

—Ya veo —dijo Isaac asintiendo con la cabeza.

—Podemos entender así el mensaje que recibió Serguei Aksyonov —prosiguió Héctor Rojas—. Ese sujeto le avisó de lo que pretendía. Le retó a que hiciese todo lo posible para proteger a su hija. Es de suponer que alguien con tanto dinero como Serguei Aksyonov debe de sentirse poderoso, y el poder te hace sentir invulnerable. Aksyonov debía de pensar que su hija estaba a salvo de cualquier amenaza. Así que le atacó donde más daño podía hacerle. El objetivo del mensaje era hacerle sentir culpable cuando fallase.

—Eso no explica cómo desapareció la joven —dijo Isaac.

—Tampoco la policía tiene una explicación. Ni siquiera tiene un motivo. Y pueden estar acusando a la persona equivocada.

Quedaron en silencio unos instantes. El sonido de entrechocar platos tras la barra de la cafetería llegó hasta ellos nítido y discordante, como un intruso que se cuela en una reunión donde no es bienvenido.

—¿Y por qué me dijo que yo podía ayudarle? —preguntó Carla.

Héctor Rojas la miró a los ojos.

—Usted es una experta en redes sociales. He leído su currículum. Ha trabajado en procesos de marketing online. Sabe cómo clasificar a los usuarios de internet según sus perfiles.

—Sí, pero no veo cómo eso...

—Los jóvenes a los que ese criminal busca: todos tienen un perfil similar. El elemento común es el odio de esos chicos a sus padres. Todos tienen problemas de autoestima. Lo que quiero pedirle es que use sus conocimientos para buscar en las redes sociales adolescentes con ese perfil. Si les encontramos a ellos, podremos encontrar al acosador.

Carla miró a su hermano, que parecía tan desconcertado como ella. La historia de aquel hombre era lo más raro que había escuchado nunca. ¿Y si no eran más que conjeturas? Observó al funcionario. Parecía un hombre serio. Se notaba que había estudiado a fondo los casos. No parecía el típico colgado de internet que encuentra conspiraciones en todas partes. A lo mejor tenía razón. ¿Y si alguien estaba manipulando a los jóvenes para provocarles la muerte y hacer sentirse culpables a sus padres?

Carla trató de acallar el dolor sordo de su hijo Aarón que punzaba en algún lugar de su interior. Si su hijo Aarón hubiese vivido tendría ahora once años, casi doce. Aarón tendría un perfil de Facebook, navegaría habitualmente por internet. Carla había comenzado a visitar chats y redes sociales porque había sentido curiosidad por lo que su hijo Aarón encontraría. Y se había quedado horrorizada por los peligros que internet encerraba para los menores de edad. Por eso había empezado a investigar a fondo y había acabado escribiendo un libro. Se había convertido en una experta en las redes sociales frecuentadas por los menores solo por proteger a un hijo que ni siquiera existía.

—Por favor —rogó el funcionario—. En algún lugar ese individuo está acechando a su próxima víctima. Alguien va a morir y usted puede evitarlo.

Carla le miró al fondo de los ojos. No pudo evitar que sus pupilas se desviasen hacia la mancha en la calva del hombre. Ya no le parecía una mariposa, ni un murciélago, ni una flor. Parecía una máscara sonriente, burlona, grotesca y cruel, una máscara tras la cual acechaba un peligro para su hijo Aarón, un peligro para todos los niños del mundo.

Entonces escuchó la voz infantil de Aarón y sintió un frescor que rellenaba su cuerpo, por el pecho, a través de los brazos y hasta las puntas de los dedos. Sintió que su respiración se regulaba. Aarón no era real, pero tal vez podría salvar a otros niños, tal vez podría redimirse hasta cierto punto por la pérdida de Aarón de la que ella misma era responsable.

—De acuerdo —concluyó—. Le ayudaré en esto.

11

Alicia

Alicia, tumbada desnuda sobre la cama en forma de corazón de Erica, que acababa de besarla en cada rincón de su cuerpo, estaba dispuesta a dejarse llevar hasta donde hiciese falta. Había llegado su momento de experimentar el placer verdadero a manos de una chica fascinante a la que no le importaban sus kilos de más. Si dejaba escapar esta oportunidad se arrepentiría durante el resto de su vida.

Fue entonces cuando Erica se incorporó y sacó de la nada un pene de plástico de color negro, enorme. Lo agitó con aire circense como si fuese una varita mágica y lo llevó hacia el sexo de Alicia con determinación. Alicia cerró las piernas y se incorporó violentamente.

—¡No!

—¿Por qué? Esto te va a gustar. —Erica, con el enorme pene negro en la mano, compuso una expresión inocente en el rostro, las cejas levantadas y la boca entreabierta.

—¡Soy virgen!

—¡Lo sabía! Va siendo hora de que dejes de serlo —dijo risueña mientras dirigía el consolador.

Erica forzó entonces las piernas de Alicia intentando separarlas. Alicia sintió las uñas de Erica clavándose en sus muslos y la golpeó en la cabeza con el puño. Erica soltó un grito y le dio un puñetazo en el estómago. Alicia, que no sintió dolor alguno, le contestó con una patada en la cara. Erica salió despedida de la cama y se quedó tumbada de espaldas en el suelo.

El labio le sangraba. Fruncía el ceño y enseñaba los dientes como un perro rabioso.

—¡Sal de mi casa, gorda de mierda!

«Gorda de mierda».

Fue como si hubieran cortado una película, como si se hubieran saltado una escena. En un momento estás besando a la persona más increíble que has conocido jamás, se corta el plano y esa persona te grita que eres una gorda de mierda. Otro corte y ahora estás vagando por las calles de regreso a tu casa con una sensación brutal de autodesprecio, de desconexión con el mundo, de odio, de desesperanza.

Alicia se preguntaba si cada una de las personas con las que se cruzaba sabría lo que acababa de pasarle, si cada uno de los habitantes de aquel barrio estaría de acuerdo con la decisión que había tomado de negarse a seguir adelante con los juegos sexuales de Erica.

Una cosa estaba clara: todos coincidirían en qué era ni más ni menos lo que Erica la había llamado: «gorda de mierda».

¿Qué pasaría cuando se volvieran a encontrar al día siguiente en clase?

A su amiga Julia no le diría nada. Era una de esas cosas que no podría compartir con nadie, apenas podía hacerlo consigo misma.

Encima tenía que volver a su casa caminando. Si iba por el paseo marítimo iba a tardar dos horas. Podía seguir la carretera, pero no quería parecer una loca de remate caminando sola por el arcén. Se decidió a ir atravesando el mar de invernaderos que separaba la lujosa urbanización de Erica del barrio de La Cañada de San Urbano, donde estaba su maldita casa, la Casa de las Ruedas.

Cruzó el puente sobre el río Andarax, que más que un río parecía una enorme escombrera.

«Andarax y Andarax, pero agua no verax» era un dicho muy conocido en Almería.

Tardó cuarenta minutos en cruzar aquellos caminos terregosos, todo lleno de escombros y basuras, plástico a derecha e izquierda, olor a productos químicos, a tomates, mezclados con la aridez gris y terrosa del suelo, cuarenta minutos en los que solo pudo escuchar el sonido de sus propios pasos, interrumpido un par de veces por el paso de agricultores en motocicleta.

Empezó a dolerle el estómago. El puñetazo de Erica se hacía sentir con efecto retardado.

Tuvo un par de momentos de pánico en los que temió haberse perdido y pasar el resto de su vida caminando entre invernaderos, hasta que finalmente reconoció unos bloques de pisos amarillos y el parque con columpios que tenían al lado.

Recordaba bien aquel parque, fue precisamente allí donde, meses atrás, unos críos se habían puesto a hacer comentarios sobre su hermanito.

«¿Qué le pasa a ese niño?», «¿Es que es subnormal?», «A lo mejor solo es gilipollas perdido, ¿no?»

Alicia no podía llegar a comprender ni de lejos que tal crueldad fuera posible, y mucho menos en niños de diez u once años.

El cielo gris que tendía al negro. Un paso tras otro. La mochila cargada de libros inútiles que pesaba más a cada paso que daba.

Cuando ya estaba llegando a su casa se encontró un gatito abandonado, era apenas una cría que no podía tener más de una semana de vida.

Tenía el pelo naranja y una pata rota. Alicia lo acarició y se embriagó de la ternura de su calor y su suavidad. El gato maulló como si, a su vez, tratase de consolarla a ella. Ahí estaba su pequeño milagro.

Comenzó a llorar, pero no tardó en calmarse.

Echó al gatito en su mochila arropado por un jersey. Siguió caminando.

La oscuridad creciente que anunciaba la caída de la noche hizo que empezaran a encenderse una tras otra las farolas, cuya luz amarillenta se mezclaba con el gris del

asfalto y el ocre de las fachadas y le daba un tono aún más opresivo a su trayecto.

No volvió a escuchar al gato hasta que llegó al patio de su casa. Ahí estaba el viejo Opel Corsa de su madre y la montaña de neumáticos que distinguía su casa entre todas las de aquella horrible calle de casas viejas. La suya la conocían los niños del barrio como la Casa de las Ruedas. Esos neumáticos parecían llevar años amontonados frente a la casa. No entendía por qué su madre todavía no había hecho nada por quitarlos de allí.

El gatito maulló a sus espaldas.

Aquellas ruedas parecían tener un poder maligno, como si emitieran una radiación nociva que no se les escapaba ni a los animales.

Respiró hondo y decidió que, una vez dentro, le contaría a su madre lo ocurrido. Necesitaba la perspectiva de alguien, aunque fuese su madre. No era tan mayor. Su madre todavía se acordaría de lo que era ser joven. Seguro que la entendería. Se abrazarían, hablaría con ella junto a su cama.

Todo el mundo sabe lo que pasa cuando las expectativas son tan idílicas.

Alicia entró en su casa y se encontró a su madre en el salón, con el uniforme de trabajo puesto, dando de comer a David.

La televisión estaba encendida. El telediario de la noche anunciaba crisis, recortes, quejas, culpas, independencias, manifestaciones y rescates.

Alguien debería venir y rescatar a su pobre familia.

Su hermanito estaba, como siempre, sujeto a su silla, sin hacer más movimiento para comer la papilla que el de abrir la boca, cerrarla y tragar con ciertas dificultades. Algo que no sería demasiado extraño si se tratara de un bebé de pocos meses de edad.

Pero David tenía cuatro años y medio, además de parálisis cerebral.

Una línea oscura descendía desde el ojo derecho de la madre de Alicia, una línea que delataba una lágrima que debía haber surgido de su triste corazón, se había mezclado con el rímel de ojos y había descendido trágicamente mejilla abajo, dejando una huella precisa de su recorrido.

Sobre la mesa, junto al cuenco de la papilla de David había una copa de coñac a medias.

—¿Estás bien, mamá?

—Hola hija, sí, estoy muy bien, ¿por qué lo preguntas? —respondió su madre con una leve sonrisa dibujada en la boca. Sus ojos solo reflejaban tristeza.

Alicia era muy consciente de cuánto se le había complicado la vida a su madre desde que nació David. La lista de los problemas de su madre era tan larga que Alicia encontraba dificultades para ponerlos por orden, para enumerarlos. Se podría comenzar mencionando a su hijo David, completamente estancado en su desarrollo, incapaz de realizar las actividades motoras más básicas como sostener un juguete con las manos. El niño se comportaba, casi a todos los efectos, igual que cuando tenía un

año de vida. Esos y otros problemas habían dado lugar a que su padre las abandonase. No había habido divorcio legal. Su padre las había abandonado y su madre no tenía ni idea de cuál era su paradero. No había pensión de mantenimiento y encontrar un trabajo decente era poco menos que imposible. El banco les había quitado el piso y habían tenido que irse a vivir a aquella casucha de las afueras.

Su madre se las había apañado para encontrar trabajo en una residencia de ancianos en El Ejido, a más de una hora de autobús de allí. Tenía que dejar a su hijo pequeño en un jardín de infancia, donde no paraba de pillar gripes, infecciones de estómago y de garganta y todas las enfermedades contagiosas imaginables.

A pesar del agotamiento que se reflejaba en su rostro, su madre consiguió forzar una sonrisa para preguntar a su hija cómo le había ido con su amiga.

Alicia sintió que le rompían los pedazos del corazón en pedazos aún más pequeños.

En la televisión hablaban ahora sobre la desaparición de Irena Aksyonov.

—Muy bien, mamá, ha ido muy bien. Voy arriba.

—Hija, hoy tengo turno de noche —dijo su madre—. Me voy dentro de un rato. Ya sabes lo que tienes que hacer si tu hermano empieza a gritar.

—Sí, mamá.

—En la agenda tienes el número de la ambulancia. Si no puedes tranquilizarlo...

—Sí, mamá, ya lo sé.

Cuando Alicia llegó a su cuarto se dio cuenta de que el gatito había desaparecido. Recordó entonces el maullido cuando pasó cerca de las ruedas. El gato debió saltar desde la mochila y salir despavorido al sentir aquella radiación diabólica.

—No te culpo, pequeño —pensó en voz alta, y comprendió entonces que no le había dado tiempo ni a ponerle un nombre.

Tal vez le hubiera puesto *Bowie*. Tal vez *Polly*.

—*Inteligente* sería tu nombre perfecto por haber sabido alejarte de esta maldita casa antes incluso de entrar.

Alicia se quitó las botas y se metió bajo las mantas con la ropa puesta. Estaba muy mareada y tenía escalofríos. No se había dado cuenta de lo mucho que la había afectado la yerba que había fumado con Erica. Tenía la piel fría y a la vez sudaba. Imágenes nítidas pasaron por su mente y desaparecieron. Como almas flotantes, como fantasmas. No quería mirarlas, no quería comprender lo que significaban. La vergüenza de verse a sí misma con las piernas abiertas, su sexo expuesto.

Estaba llorando. Quería morir. ¿Y si Erica contaba lo que había pasado? ¿Y si todo había sido una broma para burlarse de ella?

Escuchó cómo su hermano gritaba abajo; el sonido llegó amortiguado, como venido de muy lejos, como si solo fuese el eco atrapado en las paredes. Era un grito tan tenue y apagado que parecía venir de otro mundo. El sonido adquirió una cualidad

enigmática. Parecía que quería avisarla de algo, pero no podía adivinar el qué. El cuerpo le pesaba mientras se hundía en el vacío, en la oscuridad.

Se quedó dormida. Soñó que despertaba y que, al salir para la escuela, en la entrada de su casa se encontraba con una inmensa montaña de consoladores de color negro.

La noche no había hecho más que empezar.

La despertó el llanto de su hermano pequeño. Los gritos se clavaban en su cerebro como punzadas de hielo. Alicia se dio la vuelta en la cama y se tapó la cabeza con la almohada.

David, el hermano de Alicia, podía tener solo cuatro años, pero si abrías las ventanas, sus gritos se podían escuchar desde la otra punta de Almería.

Por eso estaban siempre cerradas.

Alicia esperó a que su madre acudiese para calmarlo como cada noche. Entonces se acordó de que su madre tenía turno de noche y que ya se habría ido a trabajar. Salió de la cama. El cuerpo le pesaba como una tonelada y tenía ganas de vomitar. Los aullidos de David se le clavaban en la cabeza como dardos.

Nueve de cada diez veces David gritaba sin ningún motivo aparente. Simplemente su cuerpecito comenzaba a sacudirse con espasmos que parecían transmitirse a su garganta. En ocasiones, los gritos le ocasionaban una tos incontrolable y entonces corría el riesgo de ahogarse con su propia saliva. Por eso era importante calmarlo, que dejase de gritar.

Alicia sacó a su hermano de su cuna y lo tomó en brazos. David lloraba y gritaba con todas sus fuerzas.

—¿Qué te pasa, mi chico? Ea, ea, tranquilo, no llores, no pasa nada...

Alicia lo acunó en sus brazos. Le besó en la frente y en las mejillas. Su hermanito era un niño muy guapo. De no ser por su problema hubiese sido la envidia de todas las madres en la guardería. Tenía unos ojos grandes y ovalados del color de la miel y una mirada dulce y angelical. El pelo negro era muy suave y le caía en un flequillo sobre la frente. Tenía una nariz respingona, de pícaro. El labio superior era grueso y carnoso, ligeramente alzado, dejando al descubierto los dientes de leche en lo que parecía una sonrisa perpetua.

El cuerpecito de David, sin embargo, parecía el de un muñeco de trapo. Cuando Alicia lo cogía en brazos la cabeza se le quedaba colgando inerte. Tenía que sujetársela para mantenerla erguida. Los brazos y piernas también colgaban flácidos. A veces sufría espasmos y entonces los brazos y las piernas se le ponían tan rígidos que era imposible doblárselos; la mayor parte del tiempo colgaban como si no tuviesen vida.

En realidad, hasta donde Alicia sabía, la parálisis cerebral que sufría su hermano no era una enfermedad ni era contagiosa.

Alicia recordaba lo ilusionada que había estado ante la llegada de su hermanito. Ella tenía once años. También recordaba la desilusión tan tremenda cuando no la dejaron verle inmediatamente. Lo lógico era que todos se mostraran felices ante el nacimiento de un bebé. Algo salió mal durante el parto. El nacimiento de David fue recibido como una tragedia. Ahora ya ni se acordaba de la cara de su padre, pero no se le había olvidado la expresión de angustia que tenía aquel día. Era algo que no se había borrado; no recordaba los detalles de la cara, pero sí la angustia en su rostro, como una máscara superpuesta. El único recuerdo que le quedaba de su padre.

Cuando se hizo mayor, Alicia fue capaz de comprender lo que había pasado. Al nacer, el bebé se había enrollado con el cordón umbilical y se quedó sin oxígeno durante unos segundos. Eso bastó para causarle lesiones a ciertas partes de su cerebro. Los médicos explicaron a sus padres que el cerebro de David había quedado dañado y que no podría enviar órdenes a sus músculos. También dijeron que nunca podría andar o controlar su cuerpo. Tampoco podría hablar.

Pese a no poder hablar ni andar ni jugar como cualquier otro niño de su edad, Alicia se consolaba con la idea de que David no era consciente de su desgracia: salvo cuando sufría aquellos ataques, su hermano siempre sonreía, siempre parecía contento.

La sonrisa de David, tenue y distante, podría parecerle a cualquiera una sonrisa de otro mundo, como la sonrisa que se esboza cuando estás soñando, una sonrisa que pertenece a otra realidad.

Alicia suponía que los gritos nocturnos del pequeño se debían a alguna clase de pesadilla, pero era incapaz de imaginar qué era lo que pasaba por su mente infantil para provocarle tanto terror.

David seguía gritando. Tenía la mirada ligeramente estrábica, pero cuando sufría una de aquellas crisis los ojos perdían completamente el control y era como si cada pupila quisiera estar lo más lejos posible de la otra.

—Hoy ha sido un día malo para los dos, ¿verdad mi chico? —musitó abrazándolo con fuerza, paseando arriba y abajo por la habitación—. No pasa nada, no pasa nada, no pasa nada...

Dio vueltas por la habitación con él en brazos, de un lado a otro, meciéndolo sin parar de hablarle palabras cariñosas al oído. David gritaba cada vez más fuerte. Alicia se dejó caer en la cama. Le dolían los brazos y se sentía muy cansada. El estómago le ardía y tenía ganas de vomitar. Pero no podía dejar a su hermano solo.

—¿Qué quieres, por Dios santo? —dijo exasperada—. ¡¿Qué quieres?! Tienes los pañales limpios..., ¿agua?, ¿comida?, ¿tienes frío?, ¿tienes calor?, ¿qué? Ahora no estás soñando, esta es la vida real. ¡Maldita sea!

David lloraba y se retorció, ajeno a la frustración creciente de su hermana. Estaba empezando a ponerse rojo. Alicia sabía que eso no era bueno. Si seguía así,

empezaría a tener problemas para respirar y entonces tendrían que irse corriendo al hospital.

Fue entonces, todavía aturdida por los gritos, cuando le llegó la inspiración. Bajó las escaleras con él en brazos, lo dejó con cuidado recostado sobre el sofá del salón y trajo un bote de helado de chocolate de la cocina, el preferido de su hermano.

David, recostado en el sillón, se quedó en silencio cuando vio el bote de helado. Seguía muy rojo, como si contuviese la respiración, pero al menos ya no gritaba. Alicia cogió una cuchara, la metió en el helado y se la llevó a la boca.

—¡Humm!, está buenísimo —dijo mirando fijamente a su hermano.

David soltó una risita. Cuando reía se formaban dos hoyuelos en sus mejillas.

—¿Así que lo que quieres es jugar, eh?

Alicia le puso la cuchara en la palma de su mano derecha, que descansaba sobre un cojín. Luego le hizo cerrarla alrededor de la cuchara. Alicia apartó su mano y los dedos de David se aflojaron inmediatamente. La cuchara se deslizó al suelo.

—Vamos, cariño, seguro que tú puedes, inténtalo por lo menos.

Volvió a ponerle la cuchara en la palma y a cerrarle la mano. David reía, pero era incapaz de sujetar la cuchara.

—No vas a poder conmigo, hermanito.

Sumergió la cuchara en el helado de chocolate.

—Vamos a volver a intentarlo.

David no era capaz de sostener la cuchara. La miraba y soltaba risas entrecortadas. Abría la boca como queriendo saborear el chocolate, pero su manita era incapaz de asir la cuchara. Por lo menos toda aquella operación parecía divertirle mucho.

Alicia acabó dándose por vencida. Se sentó a su lado y comenzó a darle de comer helado de chocolate a pequeñas cucharadas.

—Te lo has ganado, mi ángel. Has hecho lo que has podido.

Cuando entre los dos acabaron con el helado, Alicia lo llevó a su habitación, lo acostó en la cama y se tumbó a su lado. Cerró los ojos con fuerza, tratando de ahuyentar los pensamientos de lo ocurrido con Erica pocas horas antes. Lo que daría por que aquello no hubiese pasado. La abrasaba la vergüenza. Si solo pudiera retroceder unas horas en el tiempo... Claro que si retrocedía en el tiempo, volvería a hacer lo mismo que había hecho. ¡Cómo la había engañado Erica! Menuda gilipollas había sido.

Al final la venció el sueño. Cuando volvió a abrir los ojos tardó unos segundos en comprender que se había quedado dormida abrazada a su hermano. Por algún milagro David no se había vuelto a despertar. Dormía apaciblemente como un bebé.

«Mierda, ahora soy yo la que no puede volver a dormir».

Miró el reloj del despertador; eran las cuatro y media de la mañana. Su madre

todavía no había vuelto de trabajar. Hacía unas diez horas que se encontraba besando a Erica, faltaban dos para tener que ducharse e irse al instituto.

¿Cómo sería tener que encontrarse con ella al día siguiente?

Más que odio, sentía repugnancia por Erica.

Están, por un lado, las cosas que decimos a cualquiera, luego las que confesamos a nuestros amigos, quedan aún las que somos capaces de decir a nuestro mejor amigo o amiga, a nuestra madre; luego están las cosas que no decimos a nadie, que nos decimos a nosotros mismos.

Por último, están las cosas que no nos atrevemos a decirnos ni a nosotros mismos.

El mundo estaría mejor sin Erica, era uno de los pensamientos de Alicia que caían en la última categoría.

Encendió el ordenador una vez más.

Se dio cuenta entonces de que el ordenador llevaba en *standby* desde hacía varios días; ahí seguía el vídeo pornográfico-filosófico de Porno Link SL en una pestaña del navegador, la entrada de *Wikipedia* en la otra. Genial. Esas páginas habían estado abiertas en su ordenador durante días, esperando a que su madre simplemente abriera el portátil y descubriera que su hija era una lesbiana.

Se puso los auriculares y escuchó las canciones que había grabado hacía unos días. ¡Jo!, eran tan bonitas, tan emocionantes. Pero el sonido era una mierda. El sonido de la guitarra se entrecortaba y su voz parecía sacada de una línea telefónica. Alicia imaginaba cómo podían llegar a sonar si las grababa con un micrófono como Dios manda. Si las enviaba al concurso de talentos con aquel sonido tan malo, las descartarían a los diez segundos de escucha.

Se puso a buscar información sobre algún modo de grabar canciones con calidad aceptable, sin tener que pagar un estudio.

Se deprimió aún más en cuanto comenzó a indagar, tras confirmar lo que ya sabía: necesitaba una guitarra nueva, un MacBook Pro, un micrófono y una tarjeta de sonido externa para conectarlo todo. Con eso podría grabar las canciones más bonitas y tristes que nadie hubiese escuchado jamás. Los dejaría a todos con la boca abierta. Ganaría millones y sería capaz de salir de su miseria. Quitaría a su madre de trabajar y David tendría un asistente las veinticuatro horas del día.

Sí, claro. Sigue soñando.

Los malditos Mac no son precisamente baratos. La zorra de Erica tenía uno en su cuarto, seguro que ni sabía lo que era Garageband, igual que tantos pijos de mierda...

Había que ser prácticos, realistas. Su madre nunca iba a ganar como para darle a ella ningún lujo como aquel, y si pudiera no lo haría.

Solo quedaba una salida.

Alicia necesitaba su propio dinero y para eso tendría que trabajar.

Entró en una página de búsqueda de empleo local en Almería y se puso a leer las

ofertas. Estaba de suerte. Carrefour estaba buscando cajas para la campaña de Navidad. Edad mínima, dieciséis años. Sin experiencia.

Alicia rellenó el formulario con sus datos. Cuando pulsó el botón de enviar, estaba amaneciendo.

Se dejó caer en la cama y cerró los ojos con fuerza. Sintió que una profunda oscuridad caía sobre ella y que su cuerpo se hundía en un abismo sin fondo. Todo era oscuridad y silencio. La oscuridad y el silencio tenían una cualidad sólida, envolvente. Era una sensación agradable. Ojalá pudiera quedarse así para siempre.

Apenas quedaban dos horas para comenzar una nueva jornada de instituto y vérselas con Erica.

* * *

Cuando sonó el despertador una hora después, experimentó la extraña sensación de que algo había cambiado. Todo seguía aparentemente igual, pero todo era diferente.

El primer cambio lo encontró cuando corrió las cortinas de su habitación y se encontró con un coche aparcado en el patio delantero. Era un coche enorme, un Mercedes de lujo muy nuevo, negro, con los cristales tintados. ¿Qué hacía aquel coche aparcado precisamente en el patio de su casa?

Lo más alucinante era el contraste tan extremo que había entre aquel coche tan lujoso y el patio de su pobre casa, la montaña de neumáticos, los escombros por el suelo.

Cuando bajó a la cocina para desayunar se encontró con un hombre sentado junto a la mesa de la cocina, con una taza de café en la mano y el periódico en la otra. Tenía que ser el propietario de aquel coche. Vestía un traje elegante, tenía el pelo oscuro salpicado de abundantes canas y era muy corpulento, ancho de espaldas.

En una realidad alternativa, aquel hombre sentado en la cocina podría haber sido su padre, desayunando antes de ir al trabajo. Ella le daría un beso y charlarían sobre cualquier cosa antes de que él se marchase a su trabajo y ella a clase.

Pero aquel hombre no era su padre. Era un completo desconocido.

12

Carla

Todavía años después, sin previo aviso, aparecía el recuerdo nítido de la visita al hospital. El recuerdo llegaba de repente, cuando viajaba en coche, cuando trabajaba en un programa informático, cuando comía o cuando charlaba con alguien. Ni un presagio, ni una prórroga. Sin llamar a la puerta. Avanzaba arrasando todo, como un tsunami silencioso. Cuando se daba cuenta, el recuerdo ya se alzaba ante ella y los miembros se le dormían por completo. El cuerpo empezaba a temblarle ligeramente. Sus latidos eran más rápidos y fuertes. El tiempo se detenía durante un instante. El aire se enrarecía y le costaba respirar. Los ruidos que la rodeaban se iban alejando. Aunque sentía que el mundo se iba cerrando y quedando a oscuras, sus sentidos no se desvanecían. En parte, sus sentidos se volvían más agudos aún. Volvía a ver con nitidez los blancos azulejos de la sala de espera. Volvía a oler el desinfectante en el aire. Aparecían ante sí los rostros apesadumbrados y como fantasmales de las otras chicas. Carla buscaba desesperada una mirada de complicidad, de comprensión. Alguien que le dijese que estaba cometiendo un error. Todas las otras chicas también eran muy jóvenes y algunas lloraban bajito, sin hacer ruido. Nadie comentaba nada con nadie y reinaba el silencio. Carla hubiese dado cualquier cosa por tener a su madre a su lado. En su interior una voz gritaba muy fuerte: ¡no quiero! Eran gritos ahogados que solo ella podía escuchar.

Lo peor era volver a escuchar las conversaciones despreocupadas de las enfermeras mientras sentía las manos frías del doctor entre sus piernas...

* * *

Carla se despertó con un sobresalto. Estaba amaneciendo. En su cama, a su lado, dormía a pierna suelta Roberto, un excompañero de trabajo con el que tenía un lío, por llamar de algún modo a la relación que tenían desde hacía un año. Roberto era guapo, muy simpático, de cuarenta años, divorciado. Se mantenía en forma — después de su divorcio se había hecho adicto al gimnasio— y lo pasaban estupendamente en la cama.

Simba, el gato que había rescatado su hijo Aarón hacía años, les miraba desde la mecedora que tenía a los pies de la cama como si les hubiera juzgado a los dos y otorgado un veredicto de culpabilidad fulminante. Carla le miró fijamente y le arrugó la nariz. El gato agachó la cabeza.

«Haz lo que quieras, Carla, mientras me des de comer», parecía querer decirle. Al

gato le faltaba hablar.

El problema era que Carla tenía la impresión de que Roberto quería ir más en serio con ella. Roberto le gustaba como amigo y como amante, pero no para algo más serio. Y es que no podía imaginarse a sí misma viviendo con un hombre, compartiendo el día a día.

Cuando era más joven, Carla había sentido pánico ante la idea de acercarse a los cuarenta y seguir sola. Ahora que tenía treinta y cinco y se había acostumbrado a ser *madre* soltera, no acababa de verse a sí misma viviendo con un hombre. Le gustaba mantener el orden de su casa, *su* orden. No soportaba encontrarse las toallas del baño mal colocadas, o cacharros sucios en la cocina que no hubiesen sido utilizados por ella.

Le gustaba levantarse por las mañanas sola y pensar en su hijo Aarón sin que nadie más se entrometiese en sus pensamientos.

Había intentado cortar con Roberto en varias ocasiones. Nunca encontraba el momento adecuado. Así que se sentía culpable cada vez que ponía una excusa para rechazar una invitación y se sentía culpable cada vez que aceptaba. Y no podía tener una relación con alguien que la hacía sentir culpable hiciera lo que hiciese.

Tendría que hablar de aquello con su psicoterapeuta. De cara a su psicoterapeuta su relación con los hombres era perfectamente normal. Pero a lo mejor no era tan normal como ella pretendía aparentar.

El caso es que allí estaba Roberto, en su cama. Una vez más había acabado cediendo. Tenía que reconocer que lo habían pasado muy bien la noche anterior. No obstante, el primer deseo que sintió al despertar fue que se marchase de su casa. Lo zarandeó por el hombro.

—¿Qué pasa? —gruñó el hombre.

—Está amaneciendo. Tienes que irte.

—Por el amor de Dios, Carla —consultó su reloj de muñeca—, ¿son las seis de la mañana! Déjame dormir un poco más, anda...

Simba saltó en la cama y se acurrucó contra las pantorrillas de Carla.

Roberto intentó entonces rodear a Carla con un brazo. El gato brincó de la cama como un resorte y Carla lo imitó poniéndose en pie de un salto. A Carla se le había ido el sueño. Le gustaba madrugar. Tomarse un café cargado. Sentir cómo la cafeína excitaba sus nervios mientras contemplaba por la ventana la luz del amanecer derramándose sobre los tejados cuando todo estaba en silencio.

Descalza, abrigada con una bata, fue a la cocina y se preparó un café. Cuatro cucharadas de azúcar. Le gustaba fuerte y bien dulce. Con la taza en una mano cogió su ordenador portátil con la otra y se sentó en el sofá. Roberto se había vuelto a quedar dormido. Tampoco podía echarlo así por las buenas. Tenía que reconocer que Roberto se había esforzado por complacerla la noche anterior. La había llevado a

cenar al Thai Gardens, un restaurante tailandés con unos jardines preciosos. Después tomaron unas copas en una discoteca y acabaron en su cama. Carla se había dormido satisfecha, pero ahora la presencia de Roberto en su casa la incomodaba. ¿Cómo iba a poder convivir nunca con un hombre si no soportaba su presencia bajo su mismo techo? A lo mejor el problema era, sencillamente, que no estaba enamorada de Roberto. Una cosa era que le gustase y lo pasaran bien juntos y otra que sintiese algo más profundo. Por la mente de Carla cruzó el recuerdo de la última vez que había estado enamorada. Lo apartó como quien se aparta de un hierro candente. El recuerdo todavía seguía siendo demasiado doloroso.

Abrió el ordenador portátil sobre el regazo. Tenía trabajo pendiente. Le había prometido a Héctor Rojas (el funcionario de la Oficina de Protección del Menor que la había abordado tras la presentación de su libro) que le ayudaría a buscar perfiles de acosadores en las redes sociales.

Antes de ponerse manos a la obra, entró en la página web de InfoJobs y revisó las ofertas de empleo. Tenía un problema gordo. No es que faltasen las ofertas para informáticos. El de informática era uno de los sectores que menos estaba sufriendo la crisis. Su problema era que, profesionalmente, se había especializado en un área muy concreta y su perfil no encajaba ahora con las ofertas que se publicaban. La mayoría pedían programadores sin experiencia y su currículum estaba lleno de experiencia. Menuda mierda. Cuando empezó a buscar trabajo su problema había sido justo el contrario: todas las ofertas pedían experiencia cuando ella no tenía ninguna.

A lo mejor tendría que retocar un poco su currículum. Pero ¿cómo iba a fingir que no tenía experiencia después de diez años trabajando?

A lo mejor tendría que apuntarse a una de esas consultoras que te entrenan para afrontar entrevistas de trabajo. La última vez que había intentado explicar en qué había consistido su trabajo a la persona que la entrevistó (seguro que era un psicólogo que no tenía ni idea de informática) se había hecho un lío enorme: «Imagina que estás en un café —le había dicho Carla—, uno con wifi. En la mesa de al lado una joven manipula su teléfono inteligente. Giras la cabeza y ves su pantalla. La joven navega por internet y tú observas las páginas que visita. Pasan los minutos. Ella consulta un periódico de la red. Te das cuenta de que está leyendo un artículo sobre Francia. Se pone a buscar películas para ver online y consulta el alquiler de *Amélie* en versión original. Después busca cursos de francés. Más tarde consulta los vuelos a París en una agencia de viajes. Estás ahí sentada, tomando notas de las páginas que visita. Con cada minuto que pasa sabes más sobre ella. Sus gustos, sus intereses, sus necesidades. Imagina que pudieras seguir observando sus movimientos en internet durante horas, durante días. Con todo lo que vas aprendiendo tienes que establecer el perfil de consumidor de esa persona. Cómo se divierte, sus gustos, sus intereses, sus hábitos. Después utilizas toda esa información para colocarle la publicidad más adecuada

cuando navega por internet. Eso es, más o menos, lo que hacía en mi anterior trabajo, solo que con miles de personas a la vez».

Claro que, aunque lo había explicado lo más claro que era capaz, el tío de recursos humanos la miró como si no se hubiese enterado de nada.

Y es que era difícil de explicar. Carla se había especializado en el diseño de pequeños programas, llamados *cookies*, que registran los movimientos de los usuarios en internet. Una *cookie* es una especie de programa espía diminuto que el navegador descarga en la memoria del ordenador. Un programa que permite seguir el recorrido de los internautas de una página a otra. Gracias a las *cookies*, que son perfectamente legales, te puedes enterar de muchas cosas sobre la gente.

Si alguien visita la sección de coches de *segundamano.com* y después se va a una revista online de automóviles, la *cookie* decide que es muy probable que esa persona esté pensando en comprar un coche usado. De modo que, mientras sigue navegando por internet, en algún momento le aparece un anuncio de un concesionario de coches de segunda mano. Si el internauta hace clic en ese anuncio, el anunciante le paga una cantidad a la empresa que gestiona los anuncios.

Carla se había pasado años programando *cookies* para averiguar los hábitos de consumo de los usuarios de internet.

Ahora se proponía encontrar el perfil de un usuario con unos hábitos muy particulares: los de un psicópata asesino de menores.

Carla tenía muy presente la conversación con Héctor Rojas, el funcionario de la Oficina de Protección del Menor. A decir verdad, su historia le planteaba muchas dudas. Aquel hombre podía estar persiguiendo un fantasma. Puede que los sucesos que le había relatado no guardasen ninguna relación entre sí. Pero ¿y si tenía razón? Carla se estremeció ante la idea de que alguien estuviese provocando muertes y manipulando los hechos para que los padres se sintiesen responsables de la muerte de sus hijos.

Su propio hijo Aarón, de estar vivo, tendría ahora once años, casi doce. Estaría entrando en el difícil periodo de la adolescencia. Hubiese comenzado a frecuentar redes sociales para chicos de su edad. Carla no pudo evitar pensar que si su hijo Aarón estuviese vivo, estaría sin duda expuesto a los mismos peligros de internet que el resto de adolescentes.

Carla: te quiero mucho, Aarón

Aarón: mamá, por favor

Carla:□

Carla había sentido curiosidad por saber lo que su hijo encontraría en internet, así que ella misma había comenzado a entrar en foros y chats de jóvenes haciéndose pasar por una menor de edad.

Lo que descubrió la dejó horrorizada.

Los acosadores campaban a sus anchas. Se hacían pasar por menores, hacían propuestas indecentes, hablaban abiertamente de sexo, engañaban y manipulaban. Y, aunque todos usaban métodos similares para engañar (vídeos y fotos manipuladas, virus informáticos para controlar el ordenador de sus víctimas), muchos eran torpes o bruscos; a esos se les podía reconocer fácilmente. Otros sabían expresarse imitando el lenguaje de los adolescentes y esos eran los más peligrosos. Cabía suponer que el sujeto que buscaba debía pertenecer a la segunda categoría.

Pensó en su hijo Aarón volviéndose contra ella, reprochándole su aborto.

Se le ocurrió pensar que ella y su hijo Aarón serían unas víctimas muy propicias para aquel individuo.

—Te odio porque me negaste la vida.

—¿Cómo... cómo puedes decir eso?

—Alguien me lo ha contado todo. Alguien que he conocido en internet. Me ha explicado todo lo que hiciste, o mejor dicho, mamá, lo que nunca hiciste por mí. Nunca me permitiste nacer. Nunca me diste el pecho. Nunca me criaste...

Carla sacudió la cabeza para apartar aquellas ideas. Nadie podría volver a su hijo Aarón en su contra porque su hijo Aarón solo existía en su imaginación.

Si ahí afuera alguien estaba cometiendo actos tan horribles, haría lo que estuviese en su mano para llevarlo a la policía. Si ese individuo se movía por internet, sus movimientos debían de dejar un rastro. Y ese rastro debía cumplir un determinado patrón de comportamiento. Un patrón que ella podía analizar y seguir.

En realidad, el método para encontrar a aquel sujeto no se diferenciaba del empleado en saber quién estaba interesado en aprender un idioma nuevo o en comprar un coche usado. Tenía que identificar a alguien que se movía por las redes sociales buscando amistad con jóvenes con problemas de autoestima y conflictos familiares.

Para encontrar semejante pauta de comportamiento, lo primero que tenía que hacer era diseñar un patrón de búsqueda adecuado. Elegir las palabras clave que definiesen los intereses del acosador. Diseñar el patrón de búsqueda era la parte más difícil del trabajo.

Empezó por leer los informes que Héctor Rojas le había hecho llegar por correo electrónico. Abrió un archivo que contenía un resumen de cada expediente. Mientras leía, Carla tomó notas en un fichero de texto para elaborar su propio resumen.

«Andrés Martín, homosexual, quince años, familia conservadora, padre poco tolerante, de convicciones muy rígidas. Es grabado en vídeo manteniendo relaciones sexuales con hombres mayores. Alguien envió el vídeo a su padre. El chico se suicida días después. En su cuerpo aparece tatuada la frase “Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí”».

«Juan Torres, dieciséis años, homosexual, no se habla con su padre, pelean con frecuencia. Inicia una relación con alguien en internet, lo cual parece que empeora su carácter. Tiene una fuerte discusión con su padre y escapa de su casa. Muere en accidente de coche cuando estaba fugado. En su cuerpo aparece de nuevo tatuada la frase “Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí”».

«Lidia Marcos, quince años, presenta un trastorno anoréxico. Tiene un hermano pequeño de dos años. La joven es huérfana de madre, su padre es un ejecutivo de bolsa adicto a las anfetaminas. Lidia pasa información sobre su padre a alguien que conoce en una red social. Entre otras cosas, cuenta que su padre compra anfetaminas ilegales en una tienda de internet. Al parecer, uno de los envíos está manipulado. Han sustituido la droga por un somnífero. El hombre se queda inconsciente en su coche, bajo el sol, mientras llevaba a su hijo pequeño a la guardería. El pequeño muere deshidratado por el calor en el interior del vehículo. Alguien deja una nota en el coche en la que aparece escrita la frase “Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí”».

«Irena Aksyonov, dieciséis años, presenta un trastorno anoréxico. Su padre, un millonario de origen ucraniano, recibe un mensaje anónimo que amenaza con secuestrar a su hija. El mensaje menciona un detalle concreto del interior de su despacho y especifica la hora exacta a la que se producirá el secuestro. A pesar de todas las medidas de seguridad, Irena desaparece de su casa a la hora exacta que indicaba el mensaje. Actualmente se desconoce su paradero. La policía piensa que podría estar muerta. En su habitación había rastros de sangre y también en el jardín exterior. Sin embargo, el cuerpo no ha aparecido. En el teléfono móvil de Irena, que quedó en su habitación, apareció un mensaje con la frase “Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí”».

Carla volvió a leer las notas que había tomado. De todos aquellos terribles sucesos, la desaparición de la joven Irena Aksyonov era el único que había tenido gran repercusión en los medios de comunicación. De los cuatro casos, precisamente era el que más le intrigaba.

¿Sería el padre el culpable, como creía la policía? ¿O era cosa de alguien más, como sostenía el funcionario? Si había sido un secuestro, ¿cómo lo habían hecho? Había cámaras, alarmas, puertas blindadas, cerraduras con huella digital, guardias de seguridad... Era de lo más raro que alguien hubiese sacado de allí a la joven sin dejar rastro.

Sea como fuere, le había prometido a Héctor Rojas que le ayudaría a identificar al individuo que había contactado con los chicos en las redes sociales.

Además del resumen de los expedientes, Héctor Rojas le había enviado los fragmentos de conversaciones que la unidad tecnológica de la policía había podido

recuperar de los ordenadores de los jóvenes. Carla respiró hondo y se dispuso a leerlas.

3-noviembre-2012 10:59

Conversación entre Lidia Marcos (alias: Girlbitch) y Chico10 (alias: Chico10)

Chico10: como te llamas

Girlbitch: girlbitch

Chico10: que nombre tan raro

Girlbitch: ;))

Chico10: ese no es tu nombre, dime tu nombre verdadero

Girlbitch: me llamo Girlbitch. que edad tienes?

Chico10: 17 y tu

Girlbitch: 15

Chico10: que te gusta hacer

Girlbitch: ir de compras, y a ti?

Chico10: pienso que eres muy bonita

Girlbitch: como sabes

Chico10: por tu foto de perfil

Girlbitch: como sabes que la foto es verdadera

Chico10: esas cosas se notan, eres muy bonita, tu mirada es como una brisa suave

Girlbitch: que dulce eres;))

Chico10: donde vas a la escuela

Girlbitch: para que quieres saber

Chico10: por saber, yo voy a La Salle de Aravaca

Girlbitch: guau, tenéis el mejor equipo de basket de la zona

Chico10: no te creas, aunque yo soy uno de los jugadores

Girlbitch: en serio?, entonces te he visto

Chico10: o sea que eres del Liceo

Girlbitch: como lo sabes???

Chico10: porque jugamos contra ellos anoche

Girlbitch: podría haberte visto en otro partido

Chico10: no, me viste en ese

Girlbitch: me estas asustando, como sabes

Chico10: me lo he imaginado, porque anoche jugamos muy bien y has dicho que tenemos el mejor equipo de la zona...

Girlbitch: chico listo, me has pillado, quien eres de los jugadores

Chico10: me llamo Pablo, soy rubio, de ojos azules

Girlbitch: creo que se quien eres, guau, tienes un cuerpazo

Chico10: te mando una foto

Girlbitch: ok

Chico10: ahí la tienes

Girlbitch: guau, madre mía

Chico10: que quieres decir, que estoy buenísimo?

Girlbitch: creído

Chico10: que haces esta noche?

Girlbitch: me estas proponiendo una cita?

Chico10: claro que no, solo preguntaba

Girlbitch: pues ya lo ves, aquí en el ordenador, hablando contigo

Chico10: bien

Girlbitch: Lidia

Chico10: te llamas Lidia

Girlbitch: si, me llamo Lidia

Chico10: bueno Lidia me tengo que ir

Girlbitch: por que?

Chico10: te veo por aquí otro día, sueles venir siempre a este chat?

Girlbitch: si

Chico10: ok hasta pronto

Carla no estaba segura de si aquel individuo que se hacía llamar Chico10 era un adulto o un verdadero adolescente tratando de ligar. Pasó al siguiente fragmento de conversación.

3-noviembre-2012 18:35

Conversación entre Lidia Marcos (alias: Girlbitch) y Chico10 (alias: Chico10)

Girlbitch: has jugado hoy?

Chico10: si, hemos perdido

Girlbitch: lo se. lo he visto en la web de tu escuela, no te preocupes es solo un juego

Chico10: no es solo un juego, el basket no es solo un juego

Girlbitch: esta bien esta bien, pero no ganas nada con lamentarte

Chico10: supongo que no

Girlbitch: vamos hombre

Chico10: gracias, eres

(pausa)

Girlbitch: soy que?

Chico10: eres una chica dulce, tus ojos son tan bellos como el mar en el que duerme la luna

Girlbitch: :)), tu eres tan dulce, eres un tío especial

Chico10: gracias

[Girlbitch te envió un beso]

Chico10: gracias

[Chico10 te envió un beso]

Chico10: cuéntame mas de tu vida, tienes hermanos?

Girlbitch: tengo un hermanito pequeño, mi madre murió poco después de nacer

Chico10: lo siento

Girlbitch: fue muy difícil para mí

Chico10: puedo imaginarlo

Girlbitch: lo peor que me ha pasado en la vida

Chico10: te entiendo

Girlbitch: mi madre era mi mejor amiga, ahora estoy sola

Chico10: y tu padre?

Girlbitch: mi padre es un gilipollas, él no me entiende

Chico10: hay que ser especial para comprender a una chica especial como tú

Girlbitch: guau, eso está guay

(pausa)

Girlbitch: oye ¿como te llamas en realidad?

Chico10: Telmo, pero no me llames por mi nombre de pila, nunca, llámame siempre

Chico10

Girlbitch: por qué?

Chico10: porque odio mi nombre. Te lo he dicho para que veas que te tengo confianza

Girlbitch: por qué odias tu nombre? A mí me parece bonito

Chico10: lo odio porque así se llamaba mi padre

Girlbitch: odias a tu padre?

Chico10: con toda mi alma

Girlbitch: por qué??

Chico10: te lo contaré cuando nos conozcamos mejor

La conversación se interrumpía en ese punto. Carla la leyó por segunda vez. Aquel Chico10 comenzaba a comportarse de un modo extraño. Quizás era un acosador, después de todo. Siguió con el siguiente fragmento de conversación que la policía había recuperado del ordenador de la joven. Había transcurrido un lapso de un par de semanas.

15-noviembre-2012 22:05

Conversación entre Lidia Marcos (alias: Girlbitch) y Chico10 (alias: Chico10)

Chico10: hola, Lidia, niña de mis sueños

Lidia: hola mi dulce niño

Chico10: como te ha ido en el examen?

Lidia: bien, supongo

Chico10: y tu padre?

Lidia: mi padre?

Chico10: te ha felicitado por el proyecto, por el sobresaliente?

Lidia: no, ya está acostumbrado a que saque esas notas

Chico10: no, no debería

Lidia: que quieres decir

Chico10: un padre debe estar ahí para apoyar a su hija, sin dar nada por hecho, sin asumir que las cosas son de esta manera o la otra

Lidia: guau, hablas como si fueras alguien mayor

(pausa)

Chico10: ya te dije que era mayor de lo que creías, ¿eso importa en nuestra amistad?

Lidia: no, no tiene ninguna importancia

Chico10: me alegro, porque tu eres muy importante para mí

Lidia: gracias, tu también eres un gran amigo

Chico10: te decía que tu padre debería apoyarte, solo ignora tus éxitos y ni le interesa tu angustia

Lidia: mi angustia?

Chico10: si, Lidia, tu angustia, o crees que no me he dado cuenta, tu no eres una chica cualquiera, tu eres una incomprendida, una chica que esta por encima de las demás, con sentimientos que la mayoría de los chicos no podrían comprender, sé que estas muy sola, Lidia, y tu padre debería apoyarte más

(pasan 2 minutos)

Chico10: sigues ahí princesa?

Lidia: si, lo siento, estaba llorando

[Chico10 te envió un beso]

Carla notó un hormigueo en el estómago. Aquel Chico10 había reconocido ser mayor de lo que pretendía. Además, estaba conduciendo la conversación de un modo extraño, con alusiones al padre de la chica. Carla siguió leyendo los siguientes fragmentos con creciente interés.

30-noviembre-2012 22:05

Conversación entre Lidia Marcos (alias: Girlbitch) y Chico10 (alias: Chico10)

Chico10: hola, Lidia, niña de mis sueños

Lidia: hola mi dulce niño

Chico10: esta noche he soñado contigo, soñé que le daba a cada estrella un motivo por el cual te amo... y sabes qué?

Lidia: siiiii??

Chico10: me faltaron estrellas

Lidia: eso es muy bonito

Chico10: nunca había imaginado que pudiese existir alguien como tú

Lidia: oohhhh

Chico10: antes de conocerte creía que la vida no tenía sentido, que no había nada por lo que mereciese la pena vivir. Tengo mucha experiencia. He conocido a muchas chicas, ¿sabes? Tú eres diferente a todas, eres única, me haces sentir la persona más afortunada del mundo por haberte conocido

Lidia: gracias

Chico10: si pudieses leer mi corazón no tendría que pensar tanto en como hacerte escuchar mi amor

Lidia: tú también eres muy especial para mi, Telmo
(pausa)

Chico10: ¿recuerdas lo que te dije sobre mi nombre?

Lidia: lo siento

Chico10: NUNCA vuelvas a decir mi nombre, ¿está claro?

Lidia: sí, pero por favor no te enfades

Chico10: está bien, lo siento, no quería enfadarme, odio ese nombre, no vuelvas a escribirlo

Lidia: tú eres muy especial para mi, Chico10

Aquel era el último fragmento de conversación de Lidia Marcos, la hermana del bebé fallecido. Era una pena que la policía no hubiese podido recuperar más diálogos entre ella y aquel sujeto. De momento no había nada que pudiese utilizar para averiguar la identidad real de Chico10. Había mencionado un nombre, Telmo, aunque era posible que estuviese mintiendo y que tampoco fuese su nombre real.

El resto de conversaciones que Héctor Rojas le había enviado eran de Irena Aksyonov. Cuando empezó a leer se le encogió el estómago. ¡Allí estaba, de nuevo, Chico10! ¿Casualidad? Empezó a pensar que el funcionario podría tener razón al pensar que Irena había sido víctima de aquel individuo.

05-diciembre-2012 23:49

Conversación entre Irena Aksyonov (alias: Beautygirl) y Chico10 (alias: Chico10)

Chico10: hola, Irena, niña de mis sueños

Beautygirl: hola, mi amor

Chico10: como estas

Beautygirl: cabreada

Chico10: por?

Beautygirl: ya sabes

Chico10: venga mujer, acabas de conocerla

Beautygirl: hoy se ha pasado mucho de la raya, no se quien se ha creído que es, porque sea la novia de mi padre no tiene derecho de hablarme como me habla

Chico10: bueno, no es simplemente la novia

Beautygirl: ya, ya, es la prometida, peor todavía

(pausa)

[Chico10 te envió un beso]

Chico10: estas llorando?

Beautygirl: sí

Chico10: a ver cuéntame que ha pasado

Beautygirl: estábamos cenando, ya sabes que me obligan a estar delante de toda esa comida

Chico10: tu eres mas fuerte

Beautygirl: lo se, gracias a ti, me has ayudado mucho

Chico10: que paso entonces???

Beautygirl: entonces le pido a mi padre que me consiga entradas VIP para el pase de Crepúsculo para mí y para mis amigas, le digo que quiero conocer a Robert Pattinson en persona

Chico10: y?????

Beautygirl: la muy zorra de su novia me dice que con lo delgada que estoy lo voy a espantar

Chico10: no puedo creer que te haya dicho eso, tu eres tan hermosa

Beautygirl: después va y me dice que tengo que comer mas, que parezco un esqueleto

Chico10: te he dicho que la ignores, solo quiere verte gorda para que no compitas con ella, porque tú eres demasiado sexy

Beautygirl: lo se

Chico10: todavía te sobran unos gramos ¿comiste?

Beautygirl: si, no tuve mas remedio, después lo vomité

Chico10: bien hecho!

Beautygirl: todo eso me lo dijo delante de mi padre

Chico10: y tu padre que hizo???

Beautygirl: siguió comiendo, tan tranquilo, se le ha pasado el comentario como si no tuviera importancia

Chico10: tu padre es un hijo de puta

Beautygirl: la hija de puta es ella, mi padre tiene sus cosas en la cabeza, será por lo ocupado que anda siempre que no se ha dado cuenta de la clase de zorra con la que se ha liado

Chico10: bueno, debería al menos no descuidarse contigo, tiene que apoyarte, tengas razón o no

(pausa)

Beautygirl: menos mal que te tengo a ti, me has ayudado mucho

Chico10: con eso puedes contar amor mío

Beautygirl: a veces pienso que no te merezco, lo estaba comentando con Tatiana esta tarde

Chico10: Irena, sabes que no me gusta que hables de mi con tus amigas

Beautygirl: no te preocupes, solo le he dicho que eres un amigo online, no le he dicho que estamos juntos ni nada

Chico10: está bien, y qué le has dicho?

Beautygirl: le he dicho que no me puedo creer que exista gente tan comprensiva como tú, tan... pendiente siempre, cada vez que te necesito, tan sabia

Chico10: debemos tener cuidado, mi niña, ya sabes que no todo el mundo iba a entender un amor como el nuestro

Beautygirl: ya lo sé

Chico10: me apetece ver tu cuerpo desnudo

Carla sintió cómo se le removían las entrañas. Aquel individuo estaba manipulando a la chica sin que ella se diese cuenta. Irena solo veía a alguien que la escuchaba y la comprendía. Estaba claro que aquel sujeto no perseguía solo un fin sexual, tramaba algo mucho más perverso. Devoró con los ojos los últimos fragmentos de conversaciones de los que disponía:

07-enero-2013 22:07

Conversación entre Irena Aksyonov (alias: Beautygirl) y Chico10 (alias: Chico10)

Chico10: hola, Irena, niña de mis sueños

Beautygirl: hola, mi amor

Chico10: como estas esta noche

Beautygirl: no muy bien, ya sabes cuanto la odio

Chico10: claro que lo sé, que te ha hecho esta vez?

Beautygirl: esta tramando algo con mi padre, escuché una conversación

Chico10: que era???

Beautygirl: quiere internarme en una clínica, dice que estoy enferma, quiere que coma a la fuerza, quiere hacerme engordar

Chico10: ella no es la culpable

Beautygirl: no me digas eso

Chico10: claro que si, piensa en ella, a ver, quien no querría casarse con alguien como tu padre, con lo forrado que esta

Beautygirl: claro, que bonito

Chico10: pues si, Irena, despierta, tu eres mucho mas madura que lo que me estas demostrando, esta muy bien el amor, bla, bla, bla..., pero tu no sabes lo dura que es la pobreza

Beautygirl: que me quieres decir con eso, yo no tengo culpa de haber nacido rica

Chico10: claro que no, ni tienes nada de que arrepentirte, Irena, pero créeme, si estuvieras pasando dificultades y te propusiera matrimonio un tío como tu padre, tu también aceptarías

Beautygirl: la estas justificando entonces

Chico10: si, a ELLA si

Beautygirl: ¿???

Chico10: ella no ha hecho nada malo, Irena, además, es posible incluso que sienta algo por tu padre, tu padre es un tío guapo y lo sabes, seria diferente si se tratara de un viejo millonario de 90 años, eso hizo Nicole Kidman

Beautygirl: jajajaja

Chico10: por que te ríes

Beautygirl: No es Nicole Kidman, mi niño, la que hizo eso fue Anna Nicole Smith

Chico10: bueno me da igual, pero captas la idea

Beautygirl: a donde quieres ir a parar?

Chico10: no te lo quiero decir, quiero que seas tu la que llega a la misma conclusión, es algo tan obvio

Beautygirl: no te entiendo

Chico10: vamos a ver, quien se esta portando realmente mal, Irena, dímelo tu

Beautygirl: ya lo se, ya lo se

Chico10: simplemente escríbelo

(pausa)

(Chico10 te envió un beso)

Chico10: vamos, niña de mis sueños

Beautygirl: mi padre, MI PADRE, OK, ahí lo tienes

Chico10: exacto, es tu padre el que se aprovecha de ella, el que se aprovecha de todos, y no le importan tus sentimientos, los sentimientos de su propia hija

Beautygirl: ella también es una maldita hija de puta

Chico10: seguro que lo es, pero tu padre es mucho peor, mucho mas HIJO DE PUTA que ella

(pausa)

Chico10: lo siento Irena, no debía haberte dicho eso

(pausa)

Chico10: ok, ahora no me respondes, mira, Irena, pensaba que eras muchísimo mas madura, me parece que vamos a tener que dejar nuestra relación

Beautygirl: N0000000, por favor

Chico10: en serio, no merece la pena

Beautygirl: POR FAVOR, POR FAVOR, no cortes, POR FAVOR

(pausa)

Beautygirl: tienes razón, tienes toda la razón, lo siento mucho, mi padre es un hijo de puta de mierda

Chico10: lo dices en serio?

Beautygirl: muy en serio mi amor, lo siento mucho amor mío

Chico10: mira, ya sabes que soy mayor de lo que te dije cuando nos presentamos, tengo mucha experiencia y he estado con muchas mujeres, una persona de mi edad no tiene tiempo para perderlo con niñatadas

Beautygirl: HARE LO QUE SEA PERO NO ME DEJES

La última conversación registrada de Irena Aksyonov había tenido lugar solo dos semanas antes de su desaparición. Carla sintió un estremecimiento en la espina dorsal al querer imaginar cuál habría sido el destino de aquella pobre chica.

Desde luego, era una pena que solo tuviese acceso a aquellos fragmentos de conversaciones. Seguía teniendo muy poca información, aunque ahora ya podía hacerse una idea del modo de actuar de aquel individuo. Estaba claro que primero se ganaba la confianza de los jóvenes fingiendo entender sus problemas. En eso se parecía a los acosadores y pedófilos que ella misma se había encontrado en las redes sociales mientras se hacía pasar por una menor. En lo que no se parecía en nada a los otros acosadores era en que no perseguía abusar sexualmente de los jóvenes, sino aprovecharse de sus debilidades para volverlos en contra de sus padres. Era repugnante.

Era una pena que se hubiesen borrado el resto de conversaciones de Irena Aksyonov. A lo mejor hubiesen esclarecido algo sobre su desaparición. A lo mejor aquel individuo había descubierto un modo para entrar y salir de la mansión sin ser detectado por las cámaras de seguridad. Por eso había estado tan seguro de poder llevar a cabo el secuestro. Había desafiado al padre de la chica sabiendo que, a pesar de toda la seguridad, había un modo de entrar y salir sin ser visto. Pero si hubiese algo así, un túnel subterráneo, una galería oculta o algo parecido, la policía ya lo hubiese descubierto. Además, las casas modernas no tienen túneles ocultos. Eso solo pasaba en las películas...

Roberto apareció en ese momento en el salón. Carla casi saltó de su asiento del susto. Se había olvidado de él. Estaba tan concentrada que no le había oído levantarse.

—¿Salimos a desayunar? —preguntó el hombre. Llevaba la camisa a medio abrochar y el pelo revuelto. Bostezó sonoramente.

—No me apetece. Por favor, vete. Tengo cosas que hacer.

—¿Qué te pasa? ¿He hecho algo que te ha molestado? —preguntó el hombre frunciendo el ceño.

En ese momento, Carla vio a *Simba* restregarse a su paso contra las pantorrillas de Roberto, que no se inmutó lo más mínimo ante el contacto del felino. Carla espiró pesadamente y entornó los ojos ante el tono de reproche en la voz de Roberto. Le apetecía estar sola y no tenía por qué dar explicaciones.

—No estoy enfadada. No has hecho nada malo. No has dicho nada que me moleste... —dijo sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador, con un tono de voz tan tenue, monótono y despectivo que ella misma se estremeció ante lo insultante que se podía llegar a ser sin decir insulto alguno.

Roberto, con una mano apoyada en el marco de la puerta y la otra en la cintura, se la quedó mirando, muy quieto, como si le hubiesen echado un jarro de agua fría por encima. Carla hubiese querido poder tragarse sus propias palabras. Habían pasado la noche juntos y no era justo que le hablase de aquel modo, echándolo de su casa sin contemplaciones.

—Perdona. No quería hablarte así —dijo Carla con gesto avergonzado y mirándole por fin.

Roberto ya se había dado la vuelta. Acabó de vestirse apresuradamente y regresó al salón con el ceño fruncido.

—No te vayas —pidió Carla—. Podemos desayunar juntos. ¿Quieres un café?

Carla se dio cuenta de que ya era tarde para disculparse. Había herido el orgullo de Roberto y se le notaba que estaba haciendo esfuerzos para contener el enfado. No pudo evitar sentirse culpable. Definitivamente tenía un problema con los hombres. Lo que estaba claro es que tenía que cortar con Roberto. No podía seguir haciéndole daño de aquel modo.

—Espera, ¿podemos hablar? —le dijo.

—Mira, otro día. Tengo que irme, yo también tengo cosas que hacer —respondió Roberto cortante. Agarró su chaqueta, abrió la puerta y salió del piso sin despedirse siquiera.

Mierda. Menudo cabreo llevaba. Bueno, puede que fuese lo mejor. Roberto no querría volver a verla. Se acabó. No más sentimientos de culpabilidad. Seguiría sola, que al parecer era como iba a acabar. Un día su hijo Aarón crecería lo suficiente para independizarse y ella ya no tendría a nadie a quien cuidar. Una vieja solterona, sola y medio loca.

«Venga, no dramatices», se dijo a sí misma. Solo era cuestión de encontrar al hombre adecuado. Lo malo era que no le apetecía nada enamorarse de un hombre, aunque tampoco le gustaba la perspectiva de seguir sola para siempre. Menudo lío. Definitivamente, tendría que hablar del tema con su psicoterapeuta.

Para apartar aquellos pensamientos se obligó a regresar al trabajo que estaba haciendo. Se le había ocurrido un modo para intentar localizar al individuo que había estado manipulando a Irena Aksyonov y a los demás chicos.

Una de las herramientas que utilizaba habitualmente en su trabajo era lo que en la jerga de internet se conocía como *robots de búsqueda*: programas informáticos diseñados especialmente para navegar de modo automático por internet con el fin de encontrar el resultado para el que habían sido programados.

Por ejemplo, los robots de búsqueda más populares y que todos los informáticos conocían eran los de Google. Los robots de Google eran programas automáticos que recorrían sin descanso las páginas web, analizando el contenido y clasificando las palabras de cada página. Gracias al trabajo de los robots, Google podía devolver todas las páginas que contienen una palabra determinada. Así, cuando alguien busca «pizza a domicilio», el robot recorre todas las páginas donde ha encontrado juntas las palabras «pizza» y «domicilio» y devuelve los enlaces a esas páginas.

En su último trabajo, Carla había programado robots similares al de Google. La diferencia era que ella utilizaba la información de las páginas que visitaba la gente

para interpretar sus gustos y aficiones. Cuando una empresa (por ejemplo, una cadena hotelera de *resorts*) contrataba una campaña de publicidad en internet, Carla buscaba usuarios que hubiesen visitado últimamente páginas de viajes o guías turísticas para colocarles la publicidad del *resort*.

«Ocio. Vacaciones. Spa. Relax. Luna de miel».

«Asesino» «Psicópata» «Secuestro» «Chantaje»

Definir las palabras clave. Ese era el siguiente paso. ¿Qué palabras tendría que utilizar para encontrar a un psicópata acosador de menores?

Incluso cuando se trataba de publicidad, la parte más delicada del proceso era decidir las palabras clave que el robot tenía que asociar al producto que se quería vender. En esa tarea, el factor humano era fundamental. Eran los analistas como Carla quienes debían establecer relaciones entre las palabras y su significado. Y había que ser muy cuidadoso para evitar incómodos errores. A Volkswagen no le iba a hacer ninguna gracia que el anuncio de uno de sus coches apareciese en un periódico online junto a la noticia de un grave accidente de tráfico; los lectores relacionarían inevitablemente el accidente con la marca. Eso ocurriría si el criterio de selección del robot para insertar el anuncio se basase en buscar únicamente la palabra «coche» en la página web.

Especialmente embarazosos resultaban los errores derivados de palabras con más de un posible sentido cuando uno de ellos estaba relacionado con el erotismo o la violencia. En su trabajo, Carla había visto cómo un inocente anuncio por palabras de una academia de idiomas («clases de francés»), podía acabar junto a un anuncio de prostitución; o la publicidad de un balneario («el lugar perfecto para descansar») en la página web de una funeraria que promete «eterno descanso». Menos jocoso fue cuando el anuncio de una guardería infantil con una niña sonriente y el texto «¿quieres ver a tu hija así de feliz?» apareció junto a la noticia de la detención de una red de pedófilos.

Para evitar semejantes errores había que seleccionar cuidadosamente la combinación de palabras que se asociaban a un determinado anuncio.

Lo que Carla sabía hasta ahora era que todas las víctimas del acosador tenían una relación familiar conflictiva. Odiaban a sus padres. En todos los casos faltaba uno de los progenitores en el hogar. Por otro lado, todos aquellos chicos presentaban conflictos de índole sexual o alimentaria. El hecho de que tuviesen problemas de autoestima, anorexia o tendencia homosexual no era casualidad. Los adolescentes con conflictos de personalidad eran mucho más vulnerables a los ataques de un acosador. Era fácil utilizar sus emociones halagándolos o fingiendo entender sus problemas. Estaban deseosos de refugiarse en quien los comprendiera y los aceptase.

Con esa idea en mente, Carla comenzó a teclear palabras clave:

«padre, madre, hermano, hermana, sexo, genitales, orgasmo, vergüenza, odio,

amor, verdugo, daño, dolor, envidia, rabia, angustia, repugnancia, asco, repulsión, náusea, arcada, rencor, aversión, aborrecimiento, animadversión, abominación, antipatía, tirria, ojeriza, desprecio, fobia, inquina, rabia, celos».

Cuando pusiera en marcha el robot de búsqueda como si se tratase de una búsqueda en Google, el programa navegaría entre las redes sociales y los chats, analizaría las conversaciones y mensajes que encontrase a su paso y buscaría en ellos las palabras clave que Carla había configurado.

No bastaba con una sola lista de palabras. Había que clasificarlas y establecer relaciones entre ellas. Los términos relacionados con el sexo producirían un aluvión de resultados.

Después de reflexionar unos instantes, separó la lista de palabras en varios grupos:

—grupo 1: sexo, genitales, orgasmo, vergüenza, odio, amor, verdugo, daño, dolor, envidia, rabia, angustia, envidia, animadversión, abominación, antipatía, tirria, ojeriza, desprecio, fobia, inquina, rabia, celos

—grupo 2: padre, madre, hermano, hermana, papá, mamá

—grupo 3: repugnancia, odio, asco, repulsión, náusea, arcada, rencor, aversión, aborrecimiento, vomitar, vómito

—grupo 4: comida, alimentos, almuerzo, cena, bocado, plato, comer.

Carla ajustó los parámetros del robot para que identificase mensajes que contuvieran, al menos, palabras de dos o más grupos. Así se descartarían la mayoría de conversaciones relacionadas únicamente con el sexo.

Sintiéndose bastante satisfecha del trabajo que había hecho, hizo clic en el botón que activaba el robot y dejó que, metafóricamente, se perdiese en la red.

Ahora solo tenía que esperar a que encontrase algo. Dado el gigantesco volumen de información que se generaba en internet, podrían pasar horas hasta que el robot comenzase a ofrecer resultados relevantes.

Miró el reloj y vio que eran más de las diez de la mañana. ¡El tiempo se le había pasado volando! Se asomó a la ventana para relajar la mirada. Su piso era un quinto, el último, y la ventana del salón daba a un pequeño patio de manzana donde crecían algunos árboles. Desde allí divisaba las copas verdes y el cielo azul. Bueno, no tan azul, más bien gris contaminación, pero cielo al fin y al cabo. Apoyó la espalda contra el respaldo del sillón, cruzó las piernas y estiró los brazos. Bostezó. Todavía se sentía mal por cómo había tratado a Roberto. Lo mejor sería llamarlo y disculparse. Quedar con él para comer o algo. Lo malo era que si lo invitaba a comer, a lo mejor Roberto se lo tomaba como una reconciliación, cuando lo que ella quería era cortar definitivamente. Qué lío. Hiciese lo que hiciese parecía que iba a quedar fatal.

Tenía ya el teléfono en la mano, resuelta a llamarle, cuando sonó el timbre del telefonillo. Fue a abrir, aliviada de posponer la llamada, aunque fuera unos segundos.

A aquellas horas solo podía ser el cartero o propaganda.

—Carla, soy yo, abre.

Era su hermano Isaac. Se miró en el espejo del recibidor. Tenía el pelo horrible y ojeras. Tenía que darse una ducha y arreglarse un poco. No podía pasarse la mañana así, en bata y sin arreglar.

Cuando abrió la puerta su hermano aparecía ya en el último tramo de escaleras. Llevaba entre las manos un cucurucho de churros que rezumaba aceite.

—Te invito a desayunar —saludó Isaac—. Menuda pinta tienes. ¿Es que te acabas de levantar? ¿Sabes que son más de las diez?

Su hermano le dio dos besos cariñosos. Vestía un traje gris y una camisa celeste sin corbata que le sentaba muy bien. Sus ojos la miraron con ternura.

—¿Y tú no tendrías que estar trabajando? —preguntó Carla.

—Ya sabes lo que opino del trabajo. Siempre hay que dar el cien por cien... un veinte por ciento el lunes, un veinte por ciento el martes...

Carla esbozó una sonrisa.

—En realidad, estoy aquí por trabajo —dijo su hermano.

—¿Por trabajo?

—Te lo cuento mientras desayunamos. Estoy muerto de hambre.

Carla preparó café y se sentaron a la mesita de la cocina. Isaac colocó los churros en un plato. Cogió uno y lo sumergió en el café con verdadero entusiasmo. Carla miró el plato de churros con cierto distanciamiento. Se moría por comerse uno, aunque no le haría nada bien a su dieta. Miró a su hermano, aguardando que le explicase a qué se refería con eso de que había venido a verla por trabajo.

—Le he contado a mi redactor jefe nuestra conversación con Héctor Rojas —dijo Isaac masticando—. Mi jefe coincide conmigo en que podría ser una buena historia para el suplemento dominical.

—¿Ah, sí? —dijo Carla mientras cogía un churro con indiferencia, como si su intención no fuera comérselo.

—Será un reportaje de varias páginas. Hablaremos de los peligros de las redes sociales para los menores. Nos enfocaremos en los casos que nos relató Héctor Rojas. Le daremos un aire misterioso. Enigmático. Ya tengo pensado el título: «¿Quién se esconde tras la máscara digital?» —dijo masticando a dos carrillos—. ¿Qué te parece? Si le gusta al director del suplemento, el título podría ir en la portada.

—Demasiado sensacionalista para mi gusto, pero tiene gancho.

—Sabía que te gustaría. —Isaac sonreía como un niño mientras devoraba un churro tras otro. Daba gusto verlo comer. Era una de esas personas que podían comer todo lo que quisieran sin engordar un gramo—. Lo que quería pedirte es tu colaboración —dijo mirándola a los ojos—. Que me ayudes con los detalles más técnicos. También podríamos citar algunos pasajes de tu libro. Lo mencionaremos

como fuente del artículo. Sería una buena publicidad.

—¡Eso sería genial! —exclamó Carla. Se puso tan contenta que le dio un buen bocado al churro. Menuda publicidad para su libro aparecer en el suplemento dominical.

—Pues manos a la obra. Tienes que elegir tres o cuatro párrafos. Los destacaremos entre el texto del artículo. También vendrían bien algunos datos, estadísticas, cuánto tiempo pasan los jóvenes en las redes sociales y ese tipo de información, para poner en contexto lo que se cuenta.

—¡Eso está hecho! ¿Cuándo lo necesitas?

—Me vale con que me lo pases en una semana —respondió su hermano.

Carla estaba contentísima. Sería una publicidad fantástica para el libro. A lo mejor sí que acababa vendiéndose mucho. Se haría famosa. La llamarían para opinar en tertulias y conferencias...

«Vale, deja de soñar».

—Ya he hablado con Héctor Rojas —decía su hermano—. Le pedí permiso para publicar la historia que nos contó y le ha parecido bien. Mi jefe quiere que lo enfoquemos todo alrededor del caso de Irena Aksyonov. La policía sigue descartando la hipótesis de un secuestro. Mantiene la acusación sobre el padre. Mi jefe quiere que el periódico plantee otras teorías. Y eso es lo que voy a hacer.

Carla le dio un largo sorbo al café. Se limpió los labios con una servilleta de papel.

—Yo también he estado pensando sobre eso —dijo— y no acabo de entenderlo. Tampoco me cuadra que alguien haya secuestrado a esa pobre chica. La mansión donde vivía parece una fortaleza. Es imposible entrar o salir de allí sin que te pille alguna de las cámaras de seguridad. Por no hablar de los guardias que vigilaban y que no vieron nada sospechoso.

—Sí, ya sé que lo más probable es que fuese alguien desde dentro. —Isaac se recostó en la silla y se pasó una mano por la mejilla, pensativo—. El mensaje que el padre dice que recibió en su teléfono móvil parece más bien un intento de coartada que una amenaza real. Lo más lógico es pensar que esa noche tuvo algún tipo de discusión con su hija. A lo mejor la maltrataba, se le fue la mano y la mató con un golpe desafortunado. Eso explicaría la sangre. Esas cosas pasan, por desgracia. Entonces hizo desaparecer el cuerpo y se inventó lo del secuestro para justificar la desaparición.

—Eso tiene sentido —dijo Carla reprimiendo un escalofrío—. Aunque si intentaba fingir un secuestro, es el peor montaje de la historia.

—Los he visto peores, créeme. Pero tienes razón. Lo que no me encaja es que si el mensaje era una coartada, significa que actuó premeditadamente.

—¿Por qué premeditadamente?

—Porque el mensaje con la amenaza le llegó unas horas antes. Así consta en el registro telefónico. Si se lo envió a sí mismo como coartada, entonces es que tenía planeado lo que iba a hacer desde antes.

—Bueno, eso tampoco tiene sentido. —Carla movió la cabeza de izquierda a derecha—. Si ya lo tenía planeado, ¿por qué iba a hacer un montaje tan burdo? Lo lógico es que hubiese elegido otro momento. Cuando su hija no estuviera tan protegida. Cuando el secuestro fuese más creíble. Además, ¿por qué iba a planear matar a su propia hija?

—Nunca se sabe, aunque es verdad que la teoría de la policía tiene muchos agujeros. Además, lo que es seguro es que no tuvo ocasión de sacarla de allí. El cuerpo tendría que estar todavía en algún lugar dentro de los límites de la mansión, si bien la policía lo ha rastreado todo palmo a palmo y no ha encontrado nada. Han utilizado perros, han revisado los terrenos con georradar buscando un cuerpo bajo tierra. Hasta analizaron la casa con un sistema de ultrasonidos, como los que usan para estudiar las pirámides de Egipto, y no han encontrado ni recintos ocultos, ni sótanos, ni habitaciones secretas, ni dobles paredes. Nada.

—Si no aparece el cuerpo —reflexionó Carla—, volvemos al principio. Si es verdad que fue un secuestro, ¿cómo se las apañaron para evitar todas las medidas de seguridad y no dejar ni rastro?

Su hermano se encogió de hombros.

—Ni idea. El problema es que la hipótesis del secuestro tampoco se sostiene. Irena Aksyonov parece haberse volatilizado en el aire como un fantasma.

Carla sintió que un aliento de hielo le recorría la espalda.

—Tiene que haber una explicación. Nadie puede desaparecer sin más.

—Claro que tiene que haber una explicación —repitió su hermano negando con la cabeza—. El problema es que sin el cuerpo ni huellas incriminatorias, la policía no tiene nada a lo que agarrarse. Sé que han presionado al padre en los interrogatorios, pero Serguei Aksyonov no ha dado señales de culpabilidad. Se reafirma en su inocencia. Verás, en el periódico vamos a sembrar la duda razonable. No desmontaremos la teoría de la policía, aunque dejaremos la idea de que la amenaza que recibió Serguei Aksyonov era real. Y nos apoyaremos en la historia de Héctor Rojas. La coincidencia de la frase y todo lo demás. Podemos estar ante un psicópata en toda regla. Periodísticamente es un caso fascinante.

—Bueno, le prometí a ese hombre que investigaría en las redes sociales. He estado probando algunas cosas —dijo Carla.

Le explicó cómo había configurado un robot de búsqueda para localizar posibles víctimas del acosador en internet. Su hermano la escuchaba con arrugas en la frente.

—Es algo así como buscar en Google de un modo automático —resumió Carla simplificando—. La idea es identificar a chicos vulnerables con un perfil similar a las

otras víctimas y ver si ellos, a su vez, han contactado con alguien que resulte sospechoso.

Para explicárselo mejor, Carla cogió su ordenador portátil y lo abrió sobre la pequeña mesa de la cocina.

—Mira, el robot ya ha dado un resultado —dijo.

En la ventana del programa de búsqueda podía verse un texto de encabezado con la fecha y hora de la conversación, así como las personas que participaban:

20-diciembre-2012 10:05

Conversación entre María González (alias: Chica_Linda) y Chico10 (alias: Chico10)

La conversación había tenido lugar hacía solo unos minutos. Carla hizo clic en el encabezado. Debajo se desplegó el texto completo mostrando el contenido de la conversación. Isaac se inclinó sobre ella para leer:

Chica_Linda: ¿crees que soy bonita?

Chico10: eres preciosa, la criatura más maravillosa, mi dorada fiera adormecida

Chica_Linda: dices unas cosas tan bonitas

Chico10: ya sabes que te adoro, aunque...

Chica_Linda: sí, lo sé, estoy un poco gordita

Chico10: solo te sobran unos gramos, pero tienes que llegar a ser perfecta, vas a ser la envidia de todas

Chica_Linda: mi padre quiere llevarme a un psicólogo, cree que estoy enferma por no querer comer

Chico10: ya sabes lo que pienso, tu padre NO quiere que seas perfecta, él no tiene en cuenta tus sentimientos ni tus sueños, solo quiere utilizarte

Chica_Linda: lo sé, no hace falta que me lo repitas más, mi padre es un hijo de puta egoísta

Chico10: ya sabes lo que mi padre me hizo a mí, ¿crees que no te entiendo?

Chica_Linda: sé que me entiendes, si no fuera por ti no sabría ni que hacer

Chico10: tu padre solo piensa en sí mismo, ni por un segundo se preocupa de tus sentimientos

Chica_Linda: ¿qué hago?

Chico10: ¿sigues tomando las pastillas que te envié?

Chica_Linda: claro, pero mi padre me vigila todo el tiempo

Chico10: quiero verte desnuda ahora, quiero despertar tu cuerpo, mi dorada fiera

—Mierda, ¡ese modo de hablar! —exclamó Carla—. Juraría que es el mismo tío de las otras conversaciones.

Carla hizo clic en el icono del usuario llamado Chico10.

—Fíjate. El perfil dice que tiene dieciséis años. No hay fotografía. No me lo creo. Es un adulto fingiendo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó su hermano.

—Lámalo intuición si quieres: estoy segura de que ese tío es mayor de edad.

—¿Qué hay que hacer ahora? ¿Avisar a la policía?

—No. Todavía no tenemos ninguna prueba. Mentir sobre la edad en internet no es ningún delito. Para denunciarlo a la policía nos hacen falta pruebas de que está abusando de esa chica de algún modo. No podemos presentar esta conversación sin más. Aquí todavía no hay nada delictivo.

—¿Entonces?

—Lo que se hace en estos casos es suplantar la identidad de la chica y seguirle el juego a ese tío para pillarle —respondió Carla.

—¿No es peligroso? ¿Y si se da cuenta?

—Aunque descubra que ya no está hablando con una jovencita, es imposible que sepa quién soy en realidad. Utilizo una conexión protegida. De hecho, igual que él. Por eso tampoco podemos averiguar directamente quién es. Esta gente sabe cómo protegerse. Solo le podemos pillar siguiéndole el juego hasta que cometa algún error que lo delate. No es fácil. Un adulto puede fingir que es un menor frente a otro menor, pero es más difícil hacerse pasar por un menor frente a otro adulto. Una palabra fuera de tono, una expresión demasiado juiciosa, y el acosador se pone en alerta y desaparece. A estas alturas, la mayoría de los pedófilos de internet ya saben que hay expertos de la policía que frecuentan los chats haciéndose pasar por menores. Están sobre aviso. Hay que ser muy cuidadoso para no levantar sospechas.

—¿No te parece curioso? Acosadores y pedófilos haciéndose pasar por jóvenes que no saben que quien está al otro lado también es otro impostor —dijo Isaac. Esbozó una sonrisa malévola—. A lo mejor resulta que en esos foros ya no queda ningún verdadero adolescente. Que todos son pedófilos intentando engañarse unos a otros. Sería divertido, ¿no te parece? Como en aquella obra de teatro donde los policías se van infiltrando en una banda de ladrones hasta que ya no queda ningún ladrón y todos son policías, y aun así la banda sigue cometiendo delitos.

—Ojalá fuera así —suspiró Carla—. Entonces ningún niño estaría en peligro.

—¿Me dejas probar a mí? —preguntó Isaac.

—¿A qué te refieres?

—Me gustaría intentarlo —dijo con la mirada fija en la pantalla—. Seguirle el juego a ese tío. Me serviría para escribir mi artículo con más realismo, tener esa experiencia de primera mano. Igual que tú.

—¿Hacerte pasar por una chica? ¿Tú? Espantarías al acosador —dijo Carla bromeando en parte.

—Subestimas mi lado femenino —respondió Isaac fingiéndose herido en su orgullo—. Las mujeres no sois tan complicadas como os pensáis. Para hacerse pasar por una chica solo hay que tener en cuenta tres cosas. Una, que os morís por el sexo,

aunque nunca se lo confesaríais a ningún hombre. Dos, que jamás comprenderéis que lo que llamáis kilos de más no son de más, sino que son vuestros y que, si los perdierais, lo que tendríais serían kilos de menos. Y tres, que si dijeseis en voz alta lo que de verdad os gusta de un hombre os detendrían por conducta inapropiada.

—¡Eres un idiota! —dijo Carla riendo.

—Lo que digo es verdad. Tu risa nerviosa te delata —rio Isaac.

—Está bien. Tú lo has querido. Vamos a ver cómo lo haces. Voy a bloquear el perfil de esa chica y te crearé una cuenta de usuario para que te hagas pasar por ella. A partir de ahora, en internet te llamas Chica Linda y tienes catorce años.

—No se lo cuentes a mis amigas. Arruinarías mi reputación...

Los dedos de Carla aletearon sobre el teclado de su portátil. Bloquear una cuenta de usuario de un chat era algo muy fácil. Solo había que hacer más de tres intentos fallidos de registro y el usuario quedaba bloqueado. El siguiente paso era crear un perfil idéntico, con el mismo nombre de usuario, copiando todos los datos, incluido el nombre y la fotografía, si la había.

—Ya lo tienes. —Giró el ordenador para que su hermano pudiese ver—. Esta es la contraseña y aquí puedes registrarte para entrar.

El teléfono de Carla sonó en aquel momento.

—Sigue tú. Es Elsa, mi editora —dijo al ver el nombre en la pantalla.

¡Qué bien sonaba aquello de «mi editora»! Y lo contenta que se iba a poner Elsa cuando le dijese que iban a citar su libro como fuente en un artículo del periódico. Tendrían un montón de publicidad.

—Hola Carla. ¿Puedes hablar ahora?

La voz era tensa. Parecía preocupada.

—Sí, claro. ¿Qué pasa? —respondió Carla.

—La empresa propietaria de MyLife nos ha puesto una demanda.

Carla se quedó noqueada unos segundos. Sintió que le echaban un cubo de agua helada por encima. MyLife era una de las redes sociales para adolescentes de las que había hablado en su libro.

—¿Una demanda? ¿Por qué?

—Por infracción a su honor. Por las críticas de tu libro. Dicen que les ha perjudicado gravemente en su imagen.

—Pero... todo lo que cuento de esa red social es cierto.

—Lo sé. Esto es un pleito estratégico contra la participación pública.

—¿Un qué?

—Así lo ha llamado nuestro abogado. Pretenden dar un escarmiento a quienes se atreven a criticarles. Harán mucho ruido y mucha publicidad. Buscarán un castigo ejemplarizante. El objetivo que persiguen es que otros se lo piensen dos veces antes de opinar negativamente sobre su red.

—Desgraciados. Pues no van a asustarme...

—Me alegro que te lo tomes así, Carla, porque vas a tener que fundamentar muy bien lo que escribiste sobre ellos en el libro. Piden una compensación económica por daños a su imagen. Según ellos, les está ocasionando pérdidas.

—¿Una compensación económica?

—Diez millones de euros, Carla.

Aarón se había puesto a llorar. Podía escucharlo en el dormitorio. Estaba llamando a su mamá a gritos.

—Tengo... tengo que dejarte.

—Carla, ¿has escuchado lo que te he dicho? La demanda es por diez millones de euros.

Aarón lloraba cada vez más fuerte llamando a su mamá. Se había caído y se había hecho pupa. Tenía que ir a consolarlo.

—Carla, tienes que entender que si perdemos la demanda, la editorial no tiene tanto dinero. No podremos hacer frente. Podemos acabar en la cárcel.

Su hijo Aarón seguía llorando.

—Carla, ¿estás bien? —preguntó su hermano—. Te has puesto blanca. ¿Qué te pasa?

Carla no supo qué decir. Tenía la boca abierta de par en par como una idiota.

Se había quedado sin habla.

Francesca

A la madre de Alicia le pesaban las piernas, tenía la cabeza embotada y soñaba con irse a casa, meterse en la cama y dormir quince horas seguidas. Aunque todavía le quedaban cuatro para acabar la jornada de trabajo. Y a todo aquel cansancio había que sumarle ahora los nuevos dolores: en las plantas de los pies, en las manos y en la espalda.

Francesca se dijo que hacerse mayor significaba más que nada que los dolores ya no eran simples invitados que iban y venían por el territorio del cuerpo, sino que cuando llegaban lo hacían para quedarse definitivamente. Todavía recordaba cuando, en la juventud, un dolor de espalda desaparecía con una simple aspirina. Ahora, a punto de cumplir los cuarenta, el dolor de espalda era una pesada carga con la que debía luchar cada maldito día. Claro que cuando era joven tampoco había tenido que trabajar en aquella triste residencia de ancianos. No tenía que pasarse horas agachada haciendo camas o bañando y vistiendo a ancianos, limpiándoles el culo. Francesca odiaba aquel trabajo, pero tenía que tragar: era lo único que había encontrado para ganarse la vida y mantener a sus dos hijos.

Los pasillos de la residencia geriátrica estaban helados. El frío no era tan insoportable como la humedad. Los recortes en el presupuesto habían hecho que solo se encendiesen los radiadores de las habitaciones. Tenía los pies helados. La humedad se le metía en los huesos y no lograba entrar en calor.

Se metió en la habitación de doña Socorro, una anciana de ochenta años, gorda y grande como un toro. Sacarla de la cama, mover sus gruesas piernas primero, después incorporarla, lograr que se pusiese en pie y se sentase en la silla de ruedas, llevarla al baño y ducharla: el esfuerzo dejaba a Francesca agotada y dolorida.

Para sobrellevar la dura jornada de trabajo sacó la botellita de coñac del bolsillo del uniforme, la abrió y vertió un chorrito en el tapón. Se lo bebió de un trago.

Lo peor era que doña Socorro solo era la primera de una larga ronda de habitaciones y ancianos. Siempre la misma rutina: sacarlos de la cama, bañarlos, vestirlos, hacer la cama, limpiar la habitación, dejarlos de nuevo en la cama. A veces tenía la impresión de que cada uno de aquellos ancianos pensaba que recibía un trato especial, pero para ella era como trabajar en una cadena de montaje: las mismas repetitivas tareas un día tras otro. Hacía tiempo que sentimientos como la compasión habían quedado enterrados bajo toneladas de rutina y cansancio.

La mayoría de los viejos eran amables. Otros, instalados en su demencia senil, ni siquiera hablaban, bultos silenciosos a los que solo había que dedicarles unas palabras cariñosas para que te mirasen agradecidos. Algunos eran ariscos y resentidos con el mundo. No paraban de quejarse de cómo los había tratado la vida, de lo triste que era

haber acabado en aquella residencia, de su vejez.

Esa era, quizá, la peor parte del trabajo: aguantar todas aquellas quejas. Francesca se dio cuenta de que las voces quejumbrosas y los lamentos se quedaban dando vueltas en su cabeza como mariposas aturdidas, incluso horas después de abandonar la residencia. Cada día salía del trabajo con nuevos dolores y un murmullo de lamentos flotando en su cabeza.

Algunos de aquellos ancianos, como la obesa doña Socorro, eran sencillamente insoportables. Doña Socorro era de los pocos residentes que no solía quejarse de su vida; muy al contrario, aprovechaba todos los segundos que Francesca pasaba con ella para presumir de familia. Tenía dos hijos. Uno era, según ella, un prestigioso médico cirujano de Granada; el otro, profesor de universidad. Doña Socorro no se cansaba de dar cuenta de todo el dinero que ganaban sus hijos, de lo importantes y admirados que eran sus hijos, de lo guapas que eran las esposas de sus hijos, de la clase que tenían, de lo maravillosos y guapos y listos que eran sus nietos y de la vida tan estupenda que todos ellos llevaban.

Doña Socorro no se cansaba de decir cuánto la quería su familia, si bien lo cierto es que Francesca jamás había visto que viniese nadie a verla, ni sus hijos, ni sus maravillosas nueras, ni sus guapos nietos. Lo cierto es que doña Socorro se pasaba el día sola, nadie iba a visitarla y no podía limpiarse el culo sin la ayuda de unos asistentes que no eran tan guapos ni tenían tanta clase como sus nueras, pero que nunca le fallarían mientras el estado siguiera subvencionando residencias como aquella.

Por supuesto, Francesca no decía nada de lo que pensaba a doña Socorro.

Había días en los que la sensación de estar atrapada la sobrecogía. Los dolores de espalda, la rutina. No había escapatoria. Horas insoportables en las que lo único en lo que podía pensar era en salir de allí, dejar el trabajo, salir a la calle y respirar aire puro. Recuperar la sensación de libertad. Entonces entendía que eso era imposible porque sus dos hijos dependían de ella y de aquel trabajo miserable.

Los muros de la cárcel que la retenían eran invisibles porque la cárcel era su propia vida.

De modo que, aunque Francesca odiaba su trabajo hasta extremos insospechados, las rodillas le temblaron cuando la directora del centro la llamó a su despacho y comenzó a hablarle de recortes presupuestarios.

—La Junta nos ha recortado las subvenciones un treinta por ciento —dijo la directora, una mujer menuda y delgada, excesivamente maquillada—. La crisis nos ahoga, como a todo el mundo, supongo. No tengo más remedio que tomar medidas de ahorro.

Francesca pensó en Alicia, su hija mayor, pero sobre todo pensó en su hijo pequeño enfermo, en las facturas y en la cesta de la compra, y se preguntó cómo

saldrían adelante cuando la despidieran.

—Me veo obligada a prescindir de algunas empleadas de menor antigüedad —dijo la directora—. Pero tú tienes buen trato con los ancianos y quiero seguir contando contigo. Eso sí, hay que cubrir las vacantes haciendo horas extra. Vamos a ampliar la jornada en dos horas. Lamentablemente, el sueldo seguirá igual. Es lo único que podemos hacer para mantener la viabilidad económica de la residencia. Eso, o cerrar.

Francesca bajó la cabeza y asintió, sombría. Dos horas más de trabajo por el mismo dinero. Tenía que hacer cada día un trayecto de casi hora y media en autobús para llegar allí. Si al menos pudiese encontrar un trabajo más cerca de casa. A pesar de todo, tenía que estar contenta. Iba a mantener el trabajo. Entonces ¿por qué solo tenía ganas de llorar?

—Estos son los nuevos internos de los que tendrás que hacerte cargo a partir de hoy. —La directora le tendió una hoja con un casillero en el que aparecían números de habitaciones y una lista de nombres.

Francesca salió del despacho y se encaminó hacia la planta de residentes. Hizo un alto en el frío pasillo para beber un poco de coñac. Esta vez bebió directamente de la botellita. Un largo trago. Miró el reloj. Ahora tenía por delante cuatro horas de trabajo en lugar de dos, el cansancio iba en aumento y, encima, tenía cinco ancianos más que atender según aquella lista.

Se encaminó hacia la siguiente habitación que le tocaba. Según los datos, su ocupante era una señora de ochenta y nueve años, Bertha... Kalich. Le costó un poco leer el nombre. Tenía que ser extranjera. Ochenta y nueve años. Mientras giraba el pomo de la puerta, Francesca se preguntó si ella llegaría a esa edad. Con cuarenta años ya tenía la impresión de que estaba llegando al final de algo. Era difícil imaginar que uno pudiera soportar otros cuarenta más en las mismas condiciones: el trabajo, la angustia, los dolores que solo irían en aumento.

Bertha Kalich tenía el pelo blanco y largo, suelto sobre la almohada, y un rostro huesudo, casi cadavérico. Cuando Francesca se inclinó sobre ella la mujer la miró con unos ojos muy abiertos de color gris, muy claros. Aquellos ojos daban un poco de miedo. Francesca pensó que aquella señora no tardaría mucho en abandonar aquel mundo y esa idea la deprimió aún más.

—Bueno, doña Berta —dijo con voz esforzadamente animada—: es la hora del baño.

Francesca pensó que, de joven, doña Berta tenía que haber sido una mujer muy guapa. Tenía unos ojos bonitos y unas facciones simétricas que todavía conservaban cierta armonía. Cuando retiró las sábanas se sorprendió de lo extremadamente delgada que estaba. Bajo un pijama de paño se adivinaban los huesos de las caderas, las rodillas y la caja torácica.

—Doña Berta, tiene usted que comer más. Ya no es una jovencita que tenga que mirar por mantener la línea —bromeó.

La anciana sonrió débilmente. Sus dientes eran fuertes y estaban sanos, algo raro para una mujer de su edad.

—Mi madre siempre fue así, muy delgada, incluso de joven —dijo una voz masculina a su espalda.

Francesca se giró sobresaltada. En el umbral de la habitación había un hombre. Era muy alto, de espaldas anchas. Tenía una cabeza grande y una mandíbula prominente, acorde a su constitución. Guapo. Labios gruesos y firmes, piel morena, ojos claros enmarcados en pestañas largas y rizadas. Sus ojos eran los de doña Berta. Francesca calculó que el hombre tendría unos cincuenta años, a juzgar por las abundantes canas en el pelo. En cambio, la piel de su rostro era tersa y estaba bien cuidada.

—Lo siento, creo que te he asustado —se disculpó el desconocido. Tenía un ligero acento extranjero. Dio un paso al interior de la habitación—. Soy su hijo —aclaró mirando a la anciana con cariño—. Me llamo Mario. Mario Kalich.

Con gesto relajado y el cuerpo completamente dirigido a Francesca le extendió la mano. Francesca la estrechó mientras advertía la chapa verde prendida con una pinza en la solapa de la americana. En la chapa figuraba su nombre y una autorización para permanecer en el centro fuera del horario de visitas.

—No estoy acostumbrada a encontrarme con familiares —dijo Francesca—. Los hijos solo se acuerdan de que sus padres están aquí cuando les llaman para decirles que han muerto.

—Eso es muy triste, ¿no te parece? Que los hijos se olviden de sus padres después de todo lo que han hecho por ellos. Pero sigue con tu tarea, por favor, no quiero entretenerte.

Francesca incorporó a la anciana y la sentó en la silla de ruedas. Después la condujo hasta el cuarto de baño.

—Tengo que bañar a su madre —informó al hijo de doña Berta—. Tengo que pedirle que se quede aquí.

El hombre asintió con una sonrisa. Se sentó en la única silla que había en la habitación mientras Francesca se metía en el cuarto de baño. Desnudó a la anciana y, sin bajarla de la silla, la introdujo en una ducha especialmente adaptada. Francesca no recordaba haber visto a una anciana tan delgada. El cuerpo de doña Berta le recordaba a las imágenes de un documental sobre campos de concentración nazis que vio una vez en televisión.

Cuando se agachó para pasarle una esponja húmeda, sintió un pinchazo en la espalda. Dejó escapar un gemido de dolor.

—¿Estás bien? —preguntó el hijo de la señora desde la habitación—. ¿Necesitas

ayuda?

—No, no se preocupe —se apresuró a decir Francesca. Lo último que quería era que aquel hombre diese quejas de su trabajo a la directora del centro—. Me agarré un dedo con la silla, no es nada —mintió.

—No me has dicho cómo te llamas.

—Francesca.

—Encantado de conocerte, Francesca —respondió el hombre—. Y no me llames de usted, por favor. Llámame Mario. Verás, mi madre nunca pudo ganar peso, desde que era una niña. Supongo que fue por culpa del Holodomor. Ella fue una de las pocas supervivientes de toda la región donde se crio de niña.

—¿Por culpa de qué? —preguntó Francesca, que no había entendido la palabra que había pronunciado aquel hombre. Tampoco quería parecer una tonta. Se lamentó por no haberse maquillado; debía tener un aspecto horrible.

—Mi madre nació en Ucrania —explicó el hijo de la señora—. En los años treinta, cuando era una niña, Stalin cortó el suministro de alimentos a todo el país. La hambruna que provocó mató a más de siete millones de personas. Fue algo terrible. El ejército de Stalin confiscaba cualquier alimento que pudiesen almacenar los campesinos. Literalmente, los mató de hambre. Mi madre tuvo la suerte de sobrevivir. Solo Dios sabe los tormentos que sufrieron ella y su familia. Ha sido una gran mujer, luchadora. Su familia consiguió escapar de Ucrania y emigró a Alemania. Allí tuvo ocho hijos. Yo soy el menor, un embarazo inesperado. Mi madre dio a luz sin problemas. Siempre fue una mujer muy fuerte a pesar de su extrema delgadez. Lo cierto es que nunca pasó de los cuarenta kilos, ni siquiera cuando estaba embarazada. Ella solía decir que su cuerpo nunca había olvidado el hambre. Es horrible, ¿no te parece, Francesca?

Francesca miró los grandes ojos grises de la anciana y vio allí reflejado un cansancio infinito. Era difícil imaginar cuánto había luchado aquella mujer por sobrevivir, qué enormes sacrificios había hecho para salir adelante y criar a sus hijos. Y, sin embargo, ¿de qué le había servido tanto sufrimiento?, pensó con pesimismo. Allí estaba ahora: un cascarón vacío al borde de la muerte. Al final, todo se reducía a morir, de un modo u otro.

Se esforzó por apartar los pensamientos funestos y acabó de bañar a la anciana. Secó su cuerpo con una toalla, le puso un pijama y regresó con ella a la habitación. Su hijo la tomó en brazos sin esfuerzo y la depositó en la cama.

—No me vendría mal un ayudante como usted —bromeó Francesca—. Algunos internos no son tan livianos como su madre.

—Tutéame por favor. Estaré por aquí un tiempo, no me importaría echarle una mano.

—Solo estaba bromeando.

—Gracias por cuidar de ella —dijo Mario Kalich mirándola con intensidad.

—No las merezco. Es mi trabajo —respondió Francesca mirando al suelo.

—Gracias de todos modos. Me gustaría invitarte a un café al salir.

—Mi turno no acaba hasta las once.

—No me importa. Me quedaré por aquí hasta entonces.

—Lo siento, no puedo retrasarme —dijo Francesca—. Si pierdo el autobús, tendré que esperar otras dos horas al siguiente.

—Yo te llevaré en mi coche. Tomaremos ese café y estarás en tu casa antes de que llegue el autobús.

Francesca no supo qué responder. Estaba muy cansada. No podía ni imaginar hacer cualquier otra cosa que no fuese ir a su casa y meterse en la cama. Aunque, por otra parte, el hijo de doña Berta era un hombre atractivo y parecía agradable. Se fijó en el traje que vestía. Parecía cortado a medida, fácilmente costaba más de quinientos euros. No había nada malo en tomar un café con él.

—No quiero molestarte.

—No es ninguna molestia. Tomaremos un café y después te llevaré a tu casa, ¿de acuerdo?

Francesca se encogió de hombros y asintió con la cabeza. El hijo de doña Berta le dedicó una sonrisa encantadora. Francesca se despidió y salió de la habitación. Aún tenía por delante tres horas de trabajo y seis ancianas más. Tendría que darse un poco más de prisa si quería tomarse ese café.

14

Alicia

Era una sensación de lo más extraña. Como si se hubiese deslizado a una realidad paralela donde todo seguía siendo aparentemente igual, todo menos unas cuantas diferencias de lo más desconcertante.

La primera diferencia la encontró cuando corrió las cortinas de su habitación y vio un coche aparcado en el patio delantero de su casa. Era un Mercedes enorme, negro, con los cristales tintados. Con unas ruedas anchísimas. ¿Qué hacía aquel coche aparcado en el patio de su casa?

Menudo contraste había entre aquel coche tan lujoso y el patio delantero de su pobre casa, la montaña de neumáticos, los escombros por el suelo...

Cuando bajó a la cocina a desayunar se encontró con un hombre sentado junto a la mesa, con una taza de café en la mano y el periódico en la otra. Debía ser el propietario de aquel coche. Llevaba un traje elegante. Tenía el pelo oscuro salpicado de abundantes canas y era muy corpulento, ancho de espaldas.

En una realidad alternativa, aquel hombre sentado en la cocina podría haber sido su padre, desayunando antes de ir al trabajo. Ella le daría un beso y charlarían sobre cualquier cosa antes de que él se marchase a su trabajo y ella a clase.

Pero aquel hombre no era su padre. Era un completo desconocido.

A pesar de estar sentado se notaba que el tío medía como dos metros. Tenía las piernas abiertas y solo tocaba el suelo con los talones de sus zapatos, con las punteras apuntando al techo. Parecía estar desparramado sobre la silla, echado hacia atrás como si estuviera en su propia casa. Tenía unas espaldas anchísimas, como un armario abierto de par en par.

Alicia se limitó a mirarlo fijamente a los ojos.

—Hola, soy Mario —saludó—, y tú tienes que ser...

—Alicia.

—Por supuesto, Alicia. Soy amigo de tu madre, está arriba con...

—Se llama David.

—¡Jo, jo, jo!, ¡mierda!, ¡ja, ja, ja!, los nombres son...

Aquel tío tan bien trajeado, con el pelo engominado meticulosamente, no encajaba en aquella cocina tan humilde, pero lo que menos encajaba para Alicia era que se estaba tomando un café en la taza que ella misma había decorado para su padre cuando tenía diez años como regalo de cumpleaños. La taza era verde, con un mensaje en azul: *Para mi querido papi*.

En cursiva. Con lo que le había costado a ella escribir en cursiva. ¡Lo que fue escribir aquello con un pincel sobre una superficie cilíndrica!

El hombre sonrió y dejó ver la dentadura más blanca que Alicia había visto en su

vida. Fue entonces cuando apareció su madre.

—Hija mía, te presento a Mario Kalich, es un... buen... amigo... mío.

Aquel cretino ya no estaba desparramado sobre la silla, ahora estaba erguido, con las piernas juntas y los codos apoyados sobre la mesa.

El muy hijo de puta se sostenía la barbilla con la mano, dándoselas de interesante.

Alicia no cambió el gesto. Pensó en decir cualquier cosa, como «debes estar de broma», o gritar «¡por favor!», o entornar los ojos, pero se limitó a salir de la cocina y largarse al instituto.

Jo, menuda forma de empezar el día.

Las diferencias en aquella nueva realidad alternativa de Alicia siguieron haciéndose visibles cuando llegó al instituto. Nada había cambiado: los pasillos repletos de estudiantes, los gritos y alborotos, la campana que anunciaba el inicio de la clase.

No obstante, Alicia tenía la desagradable impresión de que todos la miraban a ella.

Las cabezas se volvían a su paso, había murmullos y risas nerviosas. Se metió en clase con la desagradable sensación de que era el centro de atención. ¡Ella el centro de atención! ¡Se estaba volviendo loca!

Sacó un pequeño espejo de maquillaje de la mochila para mirarse. Allí estaba su cara redonda, el flequillo sobre los ojos. Era la misma de siempre. ¿Entonces qué demonios estaba pasando?

Cuando Erica entró en clase, Alicia hizo lo que pudo para no mirarla, aunque al final acabaron cruzando una mirada. Alicia reprimió un escalofrío. La cara de Erica era todo odio, altivez y maldad. Sus labios, pintados de púrpura, dibujaron una mueca burlona.

La muy zorra de Erica no paraba de mirarla todo el rato mientras hablaba con otra chica, Amanda. Larguirucha y huesuda, Amanda era una de las chicas más feas de la escuela. También era una reconocida lesbiana. Mirando fijamente a Alicia, Erica le dijo algo a Amanda al oído y las dos se pusieron a reír como locas. Entonces Erica se puso a acariciar el pelo de Amanda. Como si fuese su gatito o algo parecido. Cuando por fin entró el profesor las dos se sentaron justo en el pupitre delante de ella.

Lo que le reventaba a Alicia era la cara de felicidad de Amanda. Se la veía tan orgullosa de recibir las atenciones de Erica... Jo, en dos días Erica llevaba camino de convertirse en la chica más popular del instituto.

Alicia enrojeció de vergüenza cuando pensó que, a lo mejor, el día anterior ella había llevado puesta la misma cara de orgullo idiota que Amanda. Alicia se moría de la vergüenza por las dos. ¿Es que no se daba cuenta de que Erica la había elegido porque era débil y fea? Así podría utilizarla para sus juegucitos como había intentado utilizarla a ella. A lo mejor con Amanda tenía más suerte, a lo mejor la muy

tontaina no se negaba a hacer todo lo que Erica le pidiese.

El profesor de historia estaba explicando algo en voz alta, pero Alicia solo tenía ojos para Erica, sentada frente a ella. Intentaba quitársela de la cabeza cuando Erica le pasó el brazo a Amanda por detrás de la espalda y se puso a acariciarle el pelo. Después le metió la mano debajo de la melena y se puso a acariciarle el cuello. Alicia casi pudo sentir cómo Amanda se estremecía de placer.

Fue entonces cuando Erica cerró el puño y sacó el dedo corazón señalando a Alicia.

¡Que te den a ti! Alicia se moría por darle una patada con las botas en el trasero. Pero no le iba a dar el gusto de montar un numerito y que la expulsaran de clase.

Aguantó como pudo aquella clase y las siguientes, tratando de pasar desapercibida, aunque lo que no podía evitar era la sensación de que todos estaban pendientes de ella. En el descanso del recreo se encerró en el baño y se pasó la media hora llorando. ¿Qué le estaba pasando? ¿Se estaba volviendo loca o algo parecido?

Fue en la clase de inglés cuando por fin lo entendió todo. Cuando se metió en la clase todo el mundo se puso a mirarla sin disimulo. Hablaban por lo bajo y se reían. Cuando entró el profesor de inglés, el señor T., un murmullo se extendió por el aula.

—No quiero oír hablar a nadie —dijo el profesor con una brusquedad poco habitual en él. Estaba enfadadísimo—. Si alguien abre la boca, le abro un expediente. ¿Está claro?

Alicia nunca había visto al señor T. tan enfadado. Estaba como loco. El profesor de inglés sabía imponer su autoridad a los alumnos sin necesidad de gritar o amenazar. Era uno de los pocos profesores que parecía entender de verdad a sus alumnos adolescentes.

El profesor dio la clase y Alicia se dio cuenta de que evitaba mirar hacia donde se encontraba ella. Al principio pensó que solo era su imaginación. Pero después de un rato ya no tenía duda de que el señor T. solo miraba a la parte izquierda de la clase. Si es que hasta cuando pasó a su lado repartiendo la tarea torció la cabeza para el lado opuesto. No es que evitara mirar a aquel lado de la clase, es que evitaba mirarla a ella.

Cuando acabó la clase, Alicia esperó a que todos saliesen y entonces se acercó a hablar con el profesor. La reacción del señor T. la dejó sin habla.

—¿Qué demonios pretendes, Alicia? —gritó airado sin mirarla. Tenía los ojos clavados sobre unos papeles que había sobre la mesa—. ¿Es que quieres que me despidan?

El profesor estaba rojo, parecía que le costaba respirar.

—Señor T., no sé de qué me está hablando. ¿Por qué me grita?

—Mira, Alicia, no sé lo que te traes ahora entre manos. —Con el enfado le salía más el acento inglés—. Sé que lo de Borja fue cosa tuya. Nadie más se había

preocupado de que se metiese con Nelson. Y fue muy cruel lo que le hiciste. No sé cómo te las apañaste para conseguir fotos tuyas vestido de mujer. Lo pasé por alto y miré para otro lado. Y ahora no sé lo que pretendes hacer conmigo.

—Profesor, de verdad, no sé de qué me habla. ¿Por qué se enfada? —Alicia tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no llorar.

—Si me ven aquí hablando contigo ahora, me pueden despedir, ¿es eso lo que pretendes?

—Pero profesor...

—¡Sal de mi clase! —gritaba como un poseso—. ¡No tengo nada más que hablar contigo!, ¡¿o es que quieres que me echen a la puta calle?!, ¡podría terminar hasta en la cárcel!, ¡vete de una vez, joder!

Lo más extraño es que no la había mirado en todo el rato. Tenía el brazo extendido, señalando la puerta de la clase. Los ojos seguían clavados en su mesa.

Alicia salió tapándose la boca y sin poder contener las lágrimas. Un grupo de alumnos en el pasillo se pusieron a reír en voz alta y a mirarla descaradamente. Los muy desgraciados se estaban riendo en sus narices. Alicia los fulminó con la mirada.

«Sé que lo de Borja fue cosa tuya». «No sé lo que pretendes hacer ahora conmigo».

Alicia empezó a comprender por fin. Una horrible sospecha se abrió paso.

Fue al aula de ordenadores y se conectó a internet. Lo primero que hizo fue mirar en su perfil de Facebook. Allí no había nada raro. Después en Tuenti. Todo estaba bien. Se le ocurrió entrar en MyLife, donde ni siquiera tenía cuenta. Aun así buscó su nombre. Allí sí que encontró un perfil con el nombre de Alicia Roca. Horrorizada, vio que tenía su foto, la misma que tenía puesta en Facebook. También estaba su dirección y hasta había un texto escrito en el apartado «gustos e intereses»:

ALICIA ROCA Mi padre es un mierda que abandonó a mi madre cuando yo tenía 11 años. Mi madre es alcohólica. Tengo un hermano retrasado que no puede ni hablar. Estoy bastante gorda, me sobran unos 20 kilos (o más). Y a pesar de todo soy feliz porque estoy ENAMORADA□□□. Es un hombre mayor que yo, pero no importa porque él también me quiere. Me acuesto con mi profesor de inglés, el señor T.

¡Qué hija de puta! Tenía que ser cosa de Erica. La muy zorra había creado un perfil falso con su nombre. Había montones de comentarios en su perfil comentando su supuesta relación con el profesor de inglés. Se puso a leerlos sintiendo que se adentraba en una pesadilla.

ERICA DUEÑAS

Has sido muy valiente por confesar tu relación, te felicito. No hay nada malo en el sexo con un hombre mayor, es algo natural. Ahora, el siguiente paso es que el señor T. también lo reconozca abiertamente.

ALICIA ROCA

¡Gracias por tu apoyo! No ha sido fácil contarlo, hace tiempo que quería compartirlo con todos. El sexo con el señor T. es lo mejor que me ha ocurrido en la vida. Ahora que he perdido el miedo, poco a poco iré contando los detalles de cómo lo hacemos.

ERICA DUEÑAS

¡Guau! Estoy impaciente por esos detalles. ¡Cuéntalo todo! ¡Seguro que el señor T. se lo monta muy bien en la cama!

¡La madre que la parió! ¡Aquello no podía estar pasando! La muy asquerosa había suplantado su identidad y encima fingía apoyarla. ¡Y todos se lo habían tragado! El resto de comentarios no eran tan amables.

USUARIO ANÓNIMO

me parece muy mal liarse con un profesor en clase. eres una zorra, ¡y parecías una mosquita muerta!

USUARIO ANÓNIMO

siempre la veía quedándose después de clase para hablar con el profesor. ¡Menudas conversaciones se traían esos dos!

USUARIO ANÓNIMO

El señor T. es un salido y un perverso. Me di cuenta de que siempre les mira el culo a las alumnas.

USUARIO ANÓNIMO

pues yo pienso igual que Erica, no hay nada malo en el sexo, ¿y qué si es con un hombre mayor? ¿y qué si es con un profesor? ¡Venga Alicia, cuéntenos cómo se lo monta el señor T.!

USUARIO ANÓNIMO

¿Te come el chichi?

La conversación seguía y seguía, con apoyos y detractores. Incluso el bueno de Nelson había intervenido:

NELSON CASTILLO

una vez me dijo que le gustaba como era el señor T. Yo creo que no está bien acostarse con profesores.

Lo peor fue cuando Borja y sus amigotes descubrieron el asunto y comenzaron a intervenir. Alicia no tuvo valor para leer sus comentarios. Tampoco era necesario. Se imaginaba los insultos y barbaridades que le habrían escrito.

Se dio cuenta de que llevaba varios minutos llorando en silencio. En el ordenador de al lado, un imbécil pelirrojo con dientes de ratón la miraba y se reía tapándose la boca con una mano mientras con la otra escribía en el teclado. Cuando el idiota pulsó la tecla *enter*, un nuevo mensaje apareció en el perfil de Alicia.

ANÓNIMO

Alicia está llorando, a lo mejor ha roto con su novio el profesor de inglés.

Enseguida aparecieron comentarios hirientes en respuesta al anterior. Alicia tenía ganas de darle un puñetazo a aquel imbécil que la miraba de reojo, si bien se limitó a apagar el ordenador y salir del aula con toda la dignidad que fue capaz de reunir.

Ya en la calle no pudo resistir más y se puso a llorar. No podía dejar que aquello quedase así. Tenía que hacer algo. Pero ¿qué?

Se enjugó las lágrimas. ¡Jo! No odiaba ni nada a Erica. Tenía claro que no iba a perder el tiempo lloriqueando. Pensaría fríamente en un plan de acción. Primero tendría que desmentir su relación con el profesor y después ya pensaría cómo vengarse de Erica. Se iba a enterar. No iba a dejar que se saliese con la suya.

Iba por la calle caminando sin rumbo fijo, pensando en lo que iba a hacer, cuando sonó el móvil. Era su madre.

—Alicia, necesito un favor enorme, hija.

—Te escucho, mamá.

—¿Puedes recoger a tu hermano de la guardería? Mi compañera se ha puesto enferma y tengo que cubrir su turno. No puedo negarme.

—¡Jo, mamá!

—Alicia, por favor.

—Dios santo, voy a tener que ir empujando la silla por toda la carretera.

—A tu hermano le divierten esas caminatas.

—Está bien, mamá, voy a por él.

—¿Te ocurre algo, hija?, te noto la voz algo rara, ¿estás resfriada?

—Puede ser mamá, me duele un poco la garganta —mintió.

La guardería de su hermano estaba en la otra punta de la barriada de La Cañada. Alicia se encaminó hacia allí. A pesar de la estrechez de las calles, el insistente viento almeriense se las arreglaba para colarse entre las casas arrastrando consigo montones de papeles y bolsas de plástico que revoloteaban a su alrededor en pequeños remolinos.

La guardería hacía esquina en una calle de casas adosadas de dos plantas. Estaba claro que la guardería misma había sido una de esas casas hasta que la remodelaron.

Era la primera vez que veían a Alicia en el jardín de infancia, por lo que le pidieron una autorización para recogerlo.

—Por amor de Dios, me has visto mil veces, La Cañada no es tan grande...

—Mira, guapa, tienes que entender que lo hacemos por seguridad. Hay unas normas que están establecidas para que nadie robe a un niño.

Alicia pensó que quién demonios se iba a querer llevar a un niño con parálisis cerebral y se avergonzó al momento de haber pensado tal cosa.

La encargada de la guardería era una mujer tan falsa como el resto de adultos. Le dirigió una sonrisa falsísima mientras discutía por teléfono con su madre que aquel no

era el procedimiento, que Alicia era una menor, que había normas que tenían que respetarse. Alicia se imaginaba las patéticas excusas que su madre debía estar dando desde el otro lado de la línea.

Finalmente, la dejaron pasar y pudo ver a su hermano en la zona de juegos a través de un cristal.

Todos los niños jugaban corriendo de un lado a otro dentro de la estancia repleta de juguetes, juegos y cuidadoras. Los niños se lo estaban pasando en grande. En un rincón, debajo de un árbol de plástico que parecía sacado de una ilustración del osito Winnie, una cuidadora leía un cuento a unos niños embelesados con la historia. Otro puñado veía dibujos animados en otro rincón. Otro grupo pintaba sobre enormes papeles de colores.

Dinosaurios de colores.

Arcoíris.

¿Y David? El pequeño David estaba completamente solo, sentado en su silla de ruedas de cara a una pared, ignorado por absolutamente todos los niños y las cuidadoras. Cosas del destino, tuvo que ser precisamente en ese momento en el que el pobre David recibió un pelotazo que por poco tumba la silla.

Alicia vio cómo una cuidadora, con la mayor parsimonia imaginable, se dirigía hacia David, daba un empujón sin miramientos a la silla para poder empezar a moverla y se llevaba al niño hacia la puerta de salida.

La carita de su hermano estaba cubierta de mocos y lágrimas ya secas. No había ni rastro de su sonrisa. Tenía la cara contraída por una mueca desencajada, como cuando gritaba por las noches, con la boca muy abierta pero en silencio.

Alicia estaba petrificada.

Cuando le pusieron a David delante se dio cuenta de que su hermano se había hecho sus necesidades y no le habían cambiado el pañal.

—¿Dónde hay un baño? —preguntó, intentando contener la rabia.

—Al fondo a la derecha; tienes pañales en la bolsa —respondió la monitora, con la barbilla hacia arriba, sin mirar a Alicia a los ojos.

«Tienes pañales en la bolsa», luego aquella maldita furcia sabía que su hermano se había cagado encima.

—Con los recortes han quitado al personal especializado que se encargaba de los niños con problemas. A esto hemos llegado —dijo la monitora con suficiencia como queriendo demostrar algo, como si otros tuviesen la culpa del estado lamentable de su hermano, como si ella, a pesar de estar allí, no hubiese podido hacer nada.

Una vez en el baño, cuando le limpió descubrió que tenía la piel irritada: se había hecho sus cosas hacía al menos una hora y nadie le había ayudado. Los muy hijos de puta. Para cambiarle los pañales a David no hacía falta ningún personal especializado. No hacía falta ningún personal especializado para prestarle un poco de

atención.

—David, ¿es que nadie te cuida, hermanito? —dijo con lágrimas en los ojos.

David había vuelto a recuperar la sonrisa y la miraba con sus grandes ojos de miel. Su cuerpecito se estremecía de placer cuando Alicia le pasaba la toalla húmeda para limpiarle. Le acarició las mejillas y le besó en la frente. De pronto supo de dónde salían las pesadillas nocturnas. El pobrecito estaba asustado. Le asustaba sentirse solo y desatendido.

Para las cuidadoras de aquella guardería, David no era un niño encantador con problemas que necesitaba atención especial. Era una carga incómoda y desagradable, algo que tenían que soportar.

Alicia salió del baño empujando la pesada silla de su hermano y comenzó a gritar a los cuatro vientos, hasta donde alcanzaban sus pulmones, a todas las cuidadoras, a la señorita de recepción, a los padres que venían a recoger a sus hijos. Gritó y gritó sin perder el paso mientras David se convulsionaba ante el estruendo.

Alicia no sabía a ciencia cierta ni cuáles eran las palabras que gritaba y no conseguía ver con claridad a causa de las lágrimas, aunque no se le escapaban las caras de espanto de todos los presentes.

Tampoco dejó de darse cuenta del hecho de que absolutamente nadie replicaba, nadie decía una maldita palabra.

Gritó y gritó hasta casi ahogarse, como si cada grito la empujara hacia delante, hacia la maldita salida.

Ya en la calle siguió gritando, aunque ya no había nadie que la escuchase. Ahí sí que registró una de las palabras que salía como una llamarada de fuego, destrozándole la garganta, una y otra vez.

Minutos después empujaba la silla de ruedas por la acera, calle arriba, con el corazón aún a mil por hora, mientras David reía y disfrutaba del aire y el movimiento. Para llegar antes a su casa se metió por una zona llena de obras abandonadas, con casas a medio hacer y el asfalto sin pavimentar, donde el viento levantaba nubes de polvo que se le metía en los ojos.

Cuando subía el bordillo de una acera, la rueda de la silla se metió en la rendija de un desagüe y se quedó atascada. ¡Mierda! Alicia se puso a dar tirones con fuerza y lo único que consiguió fue que la rueda se saliese de su eje. La silla se inclinó a un lado y David estuvo a punto de irse de cabeza al suelo. Alicia le quitó las correas que lo sujetaban al asiento y lo tomó en brazos. Entonces empezó a darle patadas a la silla hasta que acabó volcada, con la rueda suelta clavada en el desagüe. A la mierda, joder. Dejó allí la silla y completó el trayecto cargando con su hermano en brazos.

Cuando por fin llegó a su casa la idea de vengarse de Erica había quedado en segundo plano. Estaba demasiado cansada y rabiosa con el mundo entero.

Acrescentó su angustia la idea de que su madre se enfadaría mucho cuando se

enterase que había dejado la silla de David tirada en mitad de la calle. No tenía más remedio que regresar a por ella, aunque la maldita silla pesaba como una tonelada y encima se caía a pedazos. A lo mejor encontraba otra de segunda mano en internet. Una de aluminio, más ligera, algo que su madre pudiese comprar.

Primero desnudó a David, lo bañó y le puso un pijama limpio. Su hermanito reía y disfrutaba de las atenciones. Aunque era incapaz de mover voluntariamente ni un solo músculo de su cuerpo, sus ojos seguían con atención todos los movimientos de Alicia. Como David tenía la mirada ligeramente estrábica, la pupila izquierda parecía perseguir siempre a la derecha en lugar de mirar al frente.

Normalmente Alicia no pensaba demasiado en la enfermedad de su hermano porque si lo hacía la tristeza le paralizaba el corazón. Según le había explicado su madre, los doctores habían pronosticado que, por culpa de las lesiones que sufrió al nacer, su cerebro no evolucionaría más allá del de un niño de dos o tres años. Peor aún, su cerebro tampoco podría enviar mensajes a los músculos. Sería incapaz de mover los brazos o las piernas. David nunca aprendería a hablar ni podría andar.

La palabra que Alicia más había escuchado asociar al estado de su hermano era «vegetal». Y eso era, literalmente, lo que parecían considerarle las cuidadoras de la guardería. Un vegetal que podían dejar en un rincón y olvidarse de él. Las muy asquerosas. Su madre tendría que dar las quejas, no podía permitir que desatendiesen a David de aquel modo.

Alicia acomodó a David en el sofá del salón. Encendió la tele y buscó un canal donde estuviesen dando dibujos animados. Después se sentó a su lado con su ordenador en el regazo, lo abrió y tecleó:

`www.google.es`

`sillas parálisis cerebral`

`Buscar`

A lo mejor en internet encontraba una silla de segunda mano por un buen precio, algo que su madre pudiese comprar. Aparecieron varios resultados de tiendas de ortopedia. Hizo clic en una de ellas y encontró modelos de sillas que tenían un aspecto increíble. Aluminio reforzado. Titanio ultraligero. Asiento anatómico, regulable y desmontable. Adaptadores especiales para brazos y piernas. Reposacabezas.

Viendo aquellos modelos se dio cuenta de que la vieja silla de David no era más que una silla de ruedas de hospital adaptada con un asiento especial de plástico y unas correas de sujeción.

¡Incluso había sillas con motor eléctrico!

Todas aquellas sillas tenían el mismo problema: eran escandalosamente caras. ¡Los precios rondaban los tres mil euros! No creía que su madre tuviese ese dinero

disponible para gastar en una silla.

Maldito dinero. Si al menos su padre no se hubiera largado.

Tenía que encontrar algo más barato, de segunda mano. Volvió a la página principal de resultados. Iba a añadir las palabras «segunda mano» al cuadro de búsqueda de Google cuando algo le hizo fijarse en uno de los anuncios patrocinados:

Rehabilitación Parálisis Cerebral Infantil

Somos pioneros en España

www.neurocrecer.es

¡Siempre hay esperanza!

¿Rehabilitación? ¿Qué demonios era aquello? Alicia hizo clic en el enlace y se encontró con la página de bienvenida de una clínica hospitalaria.

Centro de Rehabilitación de Daño Cerebral

La experiencia y resultados nos avalan

Menú principal

Nuestra clínica

Programas de Rehabilitación

Evaluación del Daño Cerebral

Neurorehabilitación Infantil

En la página de inicio de la web había un vídeo en el que aparecía un hombre joven en una especie de despacho o consulta médica. El joven era bien parecido, vestía con traje y corbata. Debía tener unos veinte años de edad y hablaba directamente a la cámara. Parecía un médico hablando sobre la clínica, pero había algo raro. Tartamudeaba. Hablaba con un deje gangoso, como si acabase de salir del dentista, aunque se le entendía perfectamente. Estaba de pie junto a una mesa de escritorio. Al hablar agitaba un poco la cabeza y el cuerpo de un lado a otro, como si tuviese un tic que no pudiese controlar.

Era evidente que aquel hombre tenía alguna clase de problema, aunque, viéndole, Alicia no hubiese adivinado ni en un millón de años lo que le pasaba. Cuando subió el volumen del sonido y escuchó lo que estaba diciendo se quedó de piedra: «... soy el primero de los hijos y ya al nacer salí con mi problema de parálisis cerebral... Al nacer se me enrolló el cordón umbilical —el joven hizo un gesto con la mano alrededor del cuello— y entonces no llegaba oxígeno al cerebro, y me quedé así. Para mis padres, por ser el primer hijo que tenían, para ellos debió de ser un palo bastante fuerte. A mis padres los médicos les dijeron que no me iba a poder tener en pie en mi vida y que no iba a poder hacer nada, que iba a ser un vegetal, como un saco de patatas que lo dejas en el suelo, así les dijeron los propios médicos que me iba a quedar durante toda mi vida. Pero mis padres por su cabezonería y por las ganas de

salir adelante no se rindieron nunca, y por eso gracias a ellos y a Neurocrecer estoy así».

Alicia no podía creer lo que estaba oyendo. Se le cortó la respiración. No podía creer que aquel joven hubiese nacido con parálisis cerebral como su hermano David. De no ser porque hablaba como si tuviese la boca anestesiada y por el tic en el movimiento de la cabeza, nunca hubiese sospechado que le ocurría nada. Parecía inteligente. De hecho, parecía más inteligente que la mayoría de sus profesores, por no hablar de sus compañeros de clase, supuestamente «normales».

Miró a su hermanito David, sentado junto a ella en el sofá. David tenía los ojos muy abiertos, pendiente de los dibujos animados de la televisión. Sonreía como un niño normal.

La palabra «vegetal» acudió a su mente. Pero los vegetales no miran los dibujos animados.

Alicia se puso a leer toda la información que ofrecía la página web de la clínica Neurocrecer:

Neurorehabilitación Infantil

HAY MOTIVOS PARA LA ESPERANZA

La mayor tragedia de la parálisis cerebral es que los médicos te dicen que no hay solución para tu hijo, hagas lo que hagas. En Neurocrecer llevamos cincuenta años demostrando que SÍ PUEDE HABER SOLUCIÓN. No te prometemos un milagro, pero sí que, con mucho trabajo, siguiendo nuestros programas y terapias, tu hijo mejorará y notarás progresos casi diarios.

¿En qué se basan nuestras terapias?

Todo comenzó con los trabajos del doctor Glenn Doman, médico estadounidense, quien se dedicó al tratamiento de los niños con lesiones cerebrales en la década de los cincuenta. Utilizaba métodos basados en movimientos progresivos, muy eficaces tanto en áreas motrices como en áreas más intelectuales. Comenzó trabajando con los reflejos, fundamentalmente con niños con parálisis cerebral.

Al observar los progresos que se conseguían en estos niños, Doman decidió trasladar sus conocimientos al resto de los niños, de manera que se potenciara su capacidad de aprendizaje. De ese modo elaboró su teoría acerca del desarrollo cerebral, describiendo un Perfil del Desarrollo Neurológico y creando un método para una labor educativa, estructurada mediante programas secuenciados con métodos precisos y eficaces.

Los métodos del doctor Doman pretenden desarrollar cuanto sea posible las capacidades físicas, intelectuales y sociales de los niños desde su nacimiento hasta los 6 o 7 años. Estos métodos surgen hace más de 50 años a raíz de las investigaciones de un equipo de neurólogos y especialistas en lesiones cerebrales dirigidos por el doctor Glenn Doman en Filadelfia (Pensilvania, EE. UU.).

Por ejemplo, al trabajar de modo repetitivo movimientos oculares como seguir una luz con los ojos, lograban que los niños con parálisis cerebral dominasen el estrabismo de sus ojos. Los neurólogos observaron que esos ejercicios no solo mejoraban el control ocular, sino que también potenciaban las capacidades intelectuales. Los niños que trabajaban en los ejercicios oculares mostraban mejoras llamativas en el lenguaje y a la hora de entender lo que se les decía. Al

observar los progresos que se conseguían en estos niños, pronto se dieron cuenta de que si una parte del cerebro estaba dañada, podía forzarse a que otras zonas del cerebro asumiesen las funciones que se habían perdido. También observaron que la movilidad era la clave del desarrollo de la inteligencia en todas sus expresiones y que afectaba a las demás áreas, al igual que ocurrió en la evolución de las especies, cuando el movimiento más preciso de las extremidades o el manejo de los dedos de los primates influyó a su vez en funciones cerebrales más complejas y perfeccionadas.

Basándose en su experiencia de años, el doctor Doman elaboró una rutina de trabajo para niños con parálisis cerebral con resultados espectaculares. Los niños tratados comenzaban a hablar, a recuperar las capacidades de movimiento, gateando primero hasta lograr mantenerse erguidos. Después de varios años de terapia, los «vegetales» se integraban en la escuela con otros niños de su edad y muchos de ellos lograban incluso mejores resultados académicos que sus compañeros que no habían sufrido ningún tipo de lesión.

El doctor Doman fundó, a finales de los años 50, los Institutos para el Desarrollo del Potencial Humano en Filadelfia (EE. UU.), iniciando lo que Doman y sus discípulos han llamado, una «Revolución Pacífica».

Hasta entonces, a los niños con lesiones cerebrales se les consideraba incurables, puesto que sus incapacidades son consecuencia de la muerte de neuronas. El doctor Doman y su equipo sostienen que, si bien las neuronas muertas no pueden recuperarse, las vivas pueden desarrollarse y establecer conexiones entre ellas de tal forma que asuman las funciones que debían desempeñar las muertas. Así, niños con solo la mitad de la corteza cerebral viva han conseguido niveles de desarrollo físico e intelectual tales que superan con creces a los de los niños sanos.

TU HIJO PUEDE CURARSE

Cuando hay lesión cerebral, significa que algunas células nerviosas son destruidas y, por tanto, «silenciadas». El doctor Doman estableció la idea de que es necesario «despertarlas» para que puedan seguir la evolución. Para despertarlas es necesario mandarles informaciones prolongadas y repetidas. Para la ejecución del tratamiento se precisan varias personas y poderlo realizar varias veces al día, con una serie de ejercicios, muchas veces de carácter pasivo por parte del niño.

Parte del tratamiento consiste en modelar al niño en la etapa del «rastreo homolateral». Por ejemplo, el niño se arrastra volviendo la cabeza hacia un lado mientras se flexiona el brazo y la pierna del mismo lado y debe extender el brazo y la pierna del lado opuesto. Para los niños que son incapaces de ejecutar este ejercicio por sí mismos, se les mueve de esta manera por un adulto, alternando un lado y otro de una manera suave. Esto se debe repetir por lo menos cinco minutos, cuatro veces por día. El propósito de este ejercicio es imponer el «patrón» en el sistema nervioso central.

En el programa de tratamiento completo los ejercicios se combinan con la estimulación sensorial, ejercicios de respiración que aumentan el flujo de oxígeno al cerebro. El programa es muy intensivo y diseñado para ser utilizado por los padres a tiempo completo en casa, y esta es la característica principal de esta técnica, que hay que aplicar con rigor, en un horario específico, y de forma religiosa para que las lesiones cerebrales vayan mejorando.

TE PROPORCIONAMOS TODA LA INFORMACIÓN. ACUDE A NUESTROS CURSOS DE FORMACIÓN.

El desarrollo neurológico de tu hijo puede acelerarse. Proporcionamos a los padres una serie de libros y kits de educación que les preparan para acelerar el

desarrollo del bienestar de su hijo. SOLICITA INFORMACIÓN AQUÍ.

TESTIMONIOS DE LOS PADRES

Hemos pasado del diagnóstico inicial, que decía que nuestro hijo iba a ser un vegetal, ciego, sordo y paralítico, a que nuestro hijo ya ha empezado a hablar. Dice muchas cosas: lo primero fue «papi». Nuestro hijo entiende todo y te comunicas con él como con un niño normal. Ha comenzado a comer bien, porque estos niños tienen problemas masticando. El tamaño de la cabeza le ha crecido y se ha igualado con su edad. Aún no anda y esa es ahora la meta: ya se está arrastrando y está a punto de gatear, luego andará en cualquier momento...

Todo se ha conseguido con terapia y trabajo. Muchísimo esfuerzo y entre ocho y diez horas al día que le dedicamos a la terapia de nuestro hijo. Es muy sacrificado, pero los adelantos son brutales.

Confío absolutamente en la evolución de nuestro hijo porque antes no se movía y ahora hace todos los días casi cien metros arrastrándose, que lo tenemos que medir. Va a más y no se queja, le encanta y buscamos la manera de que se divierta porque tiene que hacer esos metros, hasta 300 al día. A raíz de eso, gateará y después se pondrá a andar... Es el proceso normal de esta terapia.

Alicia estaba alucinada. Leyó toda la información de cabo a rabo. Vio los vídeos que ofrecía la página web de la clínica. Muchos eran testimonios de los padres. Lágrimas de emoción, los rostros de los niños, tan parecidos a David. En la pantalla se sucedían imágenes que explotaban en la retina de Alicia como si se tratara de un sueño. Niños con parálisis cerebral que hablaban, que gateaban, que incluso comenzaban a andar. Terapias que hacían los padres en casa para ayudar a sus hijos, durante siete horas al día, ocho horas, o incluso más.

A Alicia le ardieron las entrañas cuando vio a todos esos matrimonios unidos por el problema, padres dedicados a ayudar a sus hijos, afectados, deprimidos, incluso desesperados, pero juntos, esperanzados, trabajando duro, dándolo todo.

Fue entonces cuando notó que tenía las mejillas arrasadas por las lágrimas.

Alicia siempre había creído que su hermanito nunca podría mejorar, que nunca podría caminar o sostenerse en pie, que nunca podría hablar, que no sería más que un vegetal o un «saco de patatas», como los mismos médicos le habían dicho al joven del vídeo. Eran términos crueles, pero así era como todos hablaban del futuro de quienes sufrían la parálisis cerebral.

«Vegetales».

Sin embargo, resultaba que eso se podía cambiar.

Entonces comprendió que nadie estaba haciendo nada por David. Se limitaban a cuidarlo, a alimentarlo, a bañarlo y a darle la dosis justa de cariño.

Su madre y ella hacían por David lo estrictamente necesario.

Como algo que hay que soportar. Como una cruz.

Esa era exactamente la actitud que todos tenían respecto a David. No eran solo las cuidadoras de la guardería. También era su madre. También era ella. Alicia empezaba a ser dolorosamente consciente. Se limitaban a mantener a David, a vivir con el

problema, cuando en realidad podrían hacer mucho por solucionar el problema. Fue una revelación que la sacudió de arriba abajo.

No había sido egoísta ni nada... Solo se había preocupado de ella misma. Estaba loca por adelgazar, por encontrar el amor, por abrirse camino como cantante. Pero no había hecho nada por quien realmente más lo necesitaba.

—Tú eres quien necesita una oportunidad —dijo a su hermano—. Yo me esforzaré todo lo que haga falta por ti.

Alicia decidió que trabajaría con su hermano en aquellos ejercicios de rehabilitación todo el tiempo que pudiera. Lo bueno era que, según había leído en la página web de la clínica, todo estaba pensado para trabajar en casa. Por lo que había podido apreciar en los vídeos y en los testimonios de los padres, los ejercicios eran relativamente sencillos. Tampoco hacía falta ser un experto en fisioterapia. Según se explicaba, solo se necesitaba una pequeña formación para poder ponerlos en práctica.

La esperanza comenzó a tornarse en desilusión cuando buscó la información de los programas específicos. En la página web de la clínica toda la información era muy genérica. Se mencionaban las rutinas para trabajar patrones del movimiento, que si patrón homolateral, que si patrón cruzado, técnicas de relajación de extremidades, ejercicios de arrastre y de gateo, ejercicios de braquiación y de marcha, métodos particulares de enseñanza de la lectura... ¡Pero en ningún sitio explicaban qué es lo que había que hacer exactamente!

El mundo se le vino encima cuando entró en un enlace llamado «INSCRIBIRSE EN EL PROGRAMA PARA PADRES». Los cursos de aprendizaje duraban dos semanas y costaban cinco mil euros. Había una clínica en Granada. Podría irse, aprovechando las vacaciones de navidad, pero no tenía el dinero.

Mierda. Cinco mil euros. ¿Tendría su madre ahorrado tanto dinero? Lo dudaba mucho.

Se le ocurrió que a lo mejor alguien había colgado en internet los vídeos con las descripciones de los ejercicios. En internet se podían encontrar tutoriales de cualquier cosa. Lo más seguro es que alguno de los padres hubiese grabado las sesiones de trabajo y las hubiese subido a YouTube.

Alicia tecleó una vez más:

Parálisis cerebral, método de rehabilitación Dr. Doman

Voy a tener suerte.

No tuvo suerte. Lo único que encontró fueron millones de cartas de padres con testimonios de agradecimiento al doctor Doman por los progresos de sus hijos. Nadie describía cómo eran los ejercicios concretos que habían hecho.

Alguien tenía que haber explicado esas malditas terapias en internet; por el amor de Dios, no había nada que no se pudiera encontrar en internet.

Navegando de un lugar a otro acabó encontrando un vídeo con un ejercicio ocular para controlar el estrabismo. En una habitación oscura se proyectaba la luz de una linterna para que el niño la siguiera con los ojos. El ejercicio, según se explicaba, además de corregir el estrabismo estimulaba el cerebro y mejoraba la capacidad vocal.

No se decía ni la frecuencia ni el tiempo que debía durar el ejercicio, aunque Alicia se quedó con la idea general de que cuanto más persistente se fuera, mejor. Si había algo que los padres repetían una y otra vez en sus cartas de agradecimiento era que la disciplina y el trabajo duro eran fundamentales.

Alicia cogió un pañuelo y le limpió a su hermano la baba que le corría por la comisura de la boca. El pequeño la miraba con los ojos muy abiertos. Daban ganas de comérselo a besos.

Bueno, si no encontraba otra cosa, al menos podría empezar con aquel ejercicio ocular.

Antes, entró en Yahoo Preguntas, una página web donde podías hacer preguntas y la gente te respondía. Escribió lo siguiente:

Hola, me llamo Alicia Roca, tengo dieciséis años y mi hermanito David sufre parálisis cerebral. He leído que existe una terapia que podría curarle. Son unos ejercicios diseñados por el doctor Doman. La formación para los padres cuesta dinero y yo no tengo ese dinero. ¿Alguien que haya hecho esos cursos puede ayudarme?

Alicia envió el mensaje. Esperaba que alguien le contestase. La gente era amable y siempre contestaba en Yahoo Preguntas. Alicia siempre encontraba allí las respuestas para los trabajos que le encargaban en clase.

Pensar en las tareas de clase le trajo a la mente al profesor de inglés y a Erica. ¡La muy desgraciada! Aún tenía que pensar cómo evitar que siguiese suplantándole la identidad en internet. Tenía que desmentir lo que había dicho sobre su relación con el profesor de inglés. Y, sobre todo, tenía que pensar cómo vengarse de ella.

Pero eso lo dejaría para después. Volvió a ver el vídeo donde trabajaban el movimiento de los ojos. El método era sencillo. Al menos podría empezar por eso.

Buscó un pedazo de cartulina y dibujó el contorno de una mariposa. Lo recortó con unas tijeras y lo pegó en una linterna. Después tomó a David en brazos y subieron a su dormitorio. Bajó la persiana, apagó todas las luces y sentó a David en la cama, apoyado sobre unas almohadas. Alicia se sentó a su lado. En la oscuridad, David empezó a llorar. Alicia lo abrazó y le susurró al oído palabras de consuelo hasta que se calmó. Después encendió la linterna y dirigió el haz de luz a la pared.

—Mira, David, mira la luz, qué bonita. Es una mariposa.

La mariposa proyectada por la linterna describía movimientos sencillos en la pared, hacia arriba y hacia abajo, a derecha e izquierda, círculos en la oscuridad.

David parecía seguir los movimientos con sus pupilas, en ocasiones, otras no. Alicia comprendió que un solo movimiento por día era más que suficiente y dejó de cambiar el movimiento de círculos a óvalos, de óvalos a cuadrados... nada más sencillo que, simplemente, mover el haz a derecha e izquierda, derecha e izquierda, derecha e izquierda.

David no rechistaba, ensimismado en la magia de aquella luz que no paraba de moverse de un extremo de su dormitorio al otro. Alicia miraba sus pupilas, que se movían sin orden ni concierto, a veces siguiendo la luz, pero eran demasiado pocas las ocasiones, hasta el punto de que podía tratarse de una casualidad.

Cuando pensaba que llevaba dos horas moviendo la linterna, miró el reloj y se dio cuenta de que no llevaba ni veinte minutos.

David seguía tranquilo. Alicia respiró hondo y supo que sería una noche larga.

Una hora de reloj más tarde, con calambres en el brazo y después de haber pensado en todo lo humano y lo divino, la luz había perdido intensidad, sin duda porque las pilas se estaban gastando. Alicia se dio cuenta de que había llegado a soñar despierta sumergida en la oscuridad, moviendo la linterna de derecha a izquierda... Comprobó entonces con mayúsculo desánimo que David estaba dormido.

Se le saltaron las lágrimas de rabia, de frustración, de cansancio, por no querer derrumbarse; era como aguantar colgando del alféizar de una ventana sobre el abismo con un solo dedo.

Un dedo que empezaba a deslizarse.

Si caía, su hermano caía con ella. No podía dejarse llevar por la desesperación, ella no, ella no abandonaría como había hecho su padre.

En ese momento se abrió la puerta y se encendió la luz. Su madre había llegado a casa.

—Alicia, ¿en qué piensas, niña tonta?

—¿Qué pasa? —preguntó Alicia parpadeando deslumbrada.

—¿Te crees que no me he enterado? Me han llamado de la guardería, me han contado lo que ha pasado. Han estado a punto de llamar a la policía, por lo visto les has dicho «putas» y «zorras» a todas las empleadas. ¡Gritando como una condenada! ¡Querían llamar a la policía por miedo a que le hicieras algo a tu hermano! ¿Te has vuelto loca, Alicia?

—Mamá, no te imaginas el trato que le dan a David...

—Déjame de historias, haz el favor, tengo que llamar para asegurarles que David está en casa y está bien.

—Eres una imbécil.

—¿Qué me has llamado, idiota?

—¡Me has escuchado perfectamente!

Fue la primera vez que Francesca abofeteó a su hija. Alicia decidió contener toda

su rabia, convertirla en energía para poder hacer algo productivo con ella. Su madre esperaba una lluvia de gritos, amenazas, algo que llevara a una catarsis, pero no se lo daría. Alicia se limitó a coger su abrigo y salir a la calle, donde se puso a caminar sin rumbo fijo intentando ahogar el infinito dolor que le provocaba tanta injusticia.

15

Carla

En los pasillos de los juzgados de plaza Castilla, Carla se mordía las uñas de los nervios. Estaba de pie, esperando junto a la puerta de la sala donde iba a tener lugar la vista previa por la demanda interpuesta contra ella. Había llegado muy temprano. Siempre era la primera en llegar a los sitios, en parte por su costumbre de madrugar. Pero es que aquella noche no había pegado ojo. Estaba muy nerviosa.

Los pasillos de los juzgados parecían un mercado en hora punta. Por todos lados había corrillos de abogados hablando con sus clientes, caras de preocupación, de angustia, gestos airados, gente corriendo de un lado para otro, cargando fajos de expedientes, hablando por el móvil, entrando y saliendo.

Carla se había pasado la noche en blanco y el café cargado que se había tomado antes de venir estaba haciendo que el corazón le fuese a mil por hora. Sentía los músculos rígidos, agarrotados, la garganta seca, tenía que llevarse la mano a la boca porque los dientes le habían empezado a chirriar.

«Vale, tranquilízate».

Se sentó en un banco de madera con la espalda muy tiesa y los brazos cruzados con fuerza. Se había puesto un traje de sastre de lana beige, con chaqueta cruzada y una blusa blanca, medias negras y zapatos de tacón alto.

Todavía le costaba creer que MyLife, la multinacional de internet, le hubiese puesto una demanda millonaria. Vale que había criticado en su libro lo que estaba pasando con su red social para adolescentes. Pero los peligros de MyLife eran demasiado patentes como para pasarlos por alto. La red social MyLife se basaba en la idea de animar a los jóvenes a hacerse preguntas con el propósito de resolver dudas personales.

«¿Qué opinas de mi nuevo peinado?»

«¿Creéis que Adrián me es fiel?»

«¿Qué dieta me recomendáis para bajar unos gramos de peso?»

El único problema era que la red social permitía registrarse como usuario anónimo. La idea era que si uno se mantenía en el anonimato, se era «más sincero» a la hora de expresar las opiniones sobre los demás. Los efectos reales, sin embargo, eran devastadores entre los adolescentes: se difamaban y se ofendían sin cortapisas, protegidos en su anonimato.

«Lo tuyo no tiene arreglo, pareces un espantapájaros».

«Adrián se acuesta con toda la clase, te pone los cuernos seguro».

«¿Unos gramos? ¡A ti te sobra una tonelada, vaca gorda asquerosa!»

La crueldad entre los jóvenes alcanzaba límites insospechados y eso daba lugar a problemas muy tangibles en el mundo real. Varios suicidios por acoso escolar habían

hecho saltar las alarmas. Las críticas le llovían a la red social.

Pero los ejecutivos de MyLife, en lugar de considerar las críticas como una llamada de atención sobre aspectos a mejorar en su aplicación, habían reaccionado atacando a quienes les criticaban. La demanda por daños de imagen había sido cifrada en diez millones de euros. La idea era delirante. Pero allí estaba, en el juzgado. No era ninguna broma. Si el juez admitía la querrela a trámite, la editorial y ella tendrían que enfrentarse a los abogados del gigante de internet en un juicio.

¿Y si perdía? Su editora había dicho que hasta podrían acabar en la cárcel...

Carla intentó apartar esos pensamientos y ser positiva. ¿Cómo iba a ir a la cárcel por decir la verdad? El juez tendría sentido común y desestimaría la demanda. Ella no había tenido ninguna intención de dañar la imagen de la empresa. Simplemente quería advertir a los padres, evitar que los chicos pudiesen hacerse daño. El juez lo entendería. Estaba claro que ni siquiera llegarían a un juicio.

Mientras esperaba se puso a mirar las noticias en su iPhone. Se llevó una alegría inesperada. El escándalo del caso Alberto López de Prada acababa de saltar a la primera página de todos los periódicos. Su padre, el director general de la Consejería de Urbanismo de la Junta de Andalucía, había sido imputado en un caso de corrupción. Aunque, como era habitual, lo negaba todo y se negaba a dimitir de sus cargos, la prensa se había hecho eco de los correos electrónicos filtrados en Wikileaks que le dejaban en evidencia.

Carla no pudo reprimir una sonrisa. Movi6 el brazo arriba y abajo con el puño cerrado como si bombease. El mundo estaría un poco mejor con aquel tío apartado de la política. El imbécil de su hijo lo tendría más difícil la próxima vez que quisiera abusar de alguien.

En ese momento sonó el teléfono. Era su hermano Isaac.

—Han pillado al idiota de Alberto López de Prada en un caso de corrupción — anunció su hermano—. Su padre está imputado por la Audiencia Provincial de Sevilla.

—Lo sé, acabo de verlo en internet —respondió Carla.

—Parece que hay algo de justicia en el mundo después de todo, ¿no crees?

—Eso parece. Aunque a veces a la justicia haya que echarle una mano.

—Mierda, Carla, ¿no tendrás tú algo que ver con la filtración a Wikileaks?

—Digamos que simplemente encontré un fallo en la seguridad de su teléfono móvil.

—Joder, eres un genio...

—No ha sido nada que un estudiante de primero de informática no pudiera haber hecho igual.

—Ese cabr6n se lo merecía, pero ten cuidado.

—No te preocupes. No hay forma de que me pueda relacionar con lo que le ha

pasado, entre otras cosas porque es un idiota rematado.

—Me alegro de que lo hayan pillado. Oye, siento no poder estar ahí en el juzgado. Tenemos mucho lío en el periódico. Llámame en cuanto acabe la vista con el juez.

—No te preocupes, todo saldrá bien.

—Así me gusta verte, optimista. Dales duro. Es a ellos a quienes habría que juzgar por esa mierda de red social que tienen en marcha. El juez se dará cuenta de que no tienen razón con la demanda.

—Eso espero —suspiró Carla.

—Hablando de redes sociales, le estoy siguiendo el juego a ese tío sospechoso que encontraste y creo que lo tengo prendado de mí.

—Yo que tú me preocuparía —bromeó Carla—. A lo mejor estás descubriendo tu lado femenino.

—En ese caso, soy lesbiana. Te aseguro que me siguen volviendo loco las mujeres. Pero, en serio, ese tío es muy raro. Le interesan mucho los hábitos del padre de la chica que estoy suplantando. Yo creo que podría ser el mismo de los casos de Héctor Rojas.

Carla no había tenido demasiado tiempo para ocuparse de aquel asunto. Hasta el momento la única ayuda que le había prometido al funcionario de la Oficina de Protección del Menor se había limitado a poner en marcha el robot de búsqueda en internet y a pasarle algunos perfiles a su hermano para que los investigase. Era Isaac quien se estaba encargando de suplantar la identidad de las adolescentes para tratar de desenmascarar a los individuos que se hacían pasar por menores.

—Creo que ese Chico10 podría ser el asesino de la máscara digital —siguió Isaac.

—¿El asesino de la máscara digital?

—Lo llamo así en el artículo que estoy escribiendo.

—Da miedo. Parece el título de una película de terror para adolescentes.

—Ya sabes que en periodismo hay que llamar la atención como sea.

En ese momento llegó Elsa Sjöberg, la directora de la editorial que había publicado el libro de Carla. La acompañaba un hombre que debía ser el abogado de la editorial.

—Tengo que dejarte —dijo Carla a su hermano—. Cuídate. Te quiero.

—Suerte, hermanita. Estoy a tu lado.

Carla se puso en pie para saludar. Las dos mujeres se dieron dos besos sin apenas rozarse las mejillas. Después la editora le presentó al abogado.

—Gonzalo Pombo. Es especialista en demandas por infracción del honor.

El abogado le ofreció la mano con la palma hacia abajo. Carla le estrechó la mano con su palma hacia arriba. Gonzalo Pombo aparentaba unos cincuenta años, serio y

circunspecto, tenía un aspecto anticuado y un poco ridículo. Lucía un gran bigote teñido de canas que se extendía de lado a lado de la cara. Vestía chaqueta de *tweed* de color verde oscuro, pantalón burdeos, chaleco granate con filigranas doradas, camisa amarilla y corbata negra de lazo. Parecía un hombre de otra época. Carla se preguntó si estaría preparado para resolver un asunto tan vinculado a las nuevas tecnologías como la demanda que le habían planteado.

—Gonzalo tiene mucha experiencia en casos similares —dijo la editora como si pudiese leer las dudas en su expresión.

—No tiene que preocuparse —terció el abogado con una sonrisa bajo su gran bigote gris—. He estudiado el caso con detalle. En el fondo todo se reduce a lo que hacen las personas con la tecnología, no a la tecnología en sí —tenía una voz ronca y hablaba pausadamente, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo—. Y las personas siguen siendo las mismas, siguen teniendo los mismos impulsos y deseos básicos desde hace miles de años, no importa si se comunican por teléfonos móviles de última generación o charlan alrededor de una hoguera en una caverna.

Carla asintió. Frunció los labios en una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—De todos modos, va a ser una batalla difícil —prosiguió el abogado mientras negaba con la cabeza y el dedo índice, que señalaba al techo—. Conozco al juez y creo que sé cómo enfocar el asunto, así que no se alarme por lo que escuche ahí dentro. —Señaló la puerta de la sala—. Una demanda por derecho al honor de este tipo no consiste en dilucidar quién tiene la razón o no. Tampoco se trata de dictar qué es lo justo o lo injusto. En realidad, la justicia tiene poco que ver en un proceso de demanda judicial. A sus ojos, le parecerá que todo el proceso carece del sentido común más elemental —dijo mirando a Carla—. Lo único que importa en una demanda judicial es si los hechos encajan o no en algún supuesto del Código Penal. Que el resultado sea justo o injusto para alguna de las partes no tiene la menor importancia para el juez. Todo eso de impartir justicia solo sirve para confundir. Es cosa de las películas. ¿Comprende eso?

Carla no estaba segura de comprenderlo. Lo último que había esperado oír de un abogado era que la justicia no tenía nada que ver en un proceso judicial. Para ella, la justicia consistía en darle a cada parte lo que se merecía: castigo o recompensa. Al menos eso era lo que siempre había pensado.

—Así que es mejor que no diga nada —recomendó el abogado apuntando a Carla con el dedo—. Si el juez le pregunta, acójase a su derecho a no declarar. Oiga lo que oiga, incluso de mi boca, no caiga en la tentación de entrar en la discusión o argumentar. ¿Lo comprende? Cualquier cosa que diga, aunque a usted le parezca lógica, aunque usted crea que sirve para su defensa, podría ser utilizada para todo lo contrario. Quiero que ambas lo tengan muy presente. —Dirigió la mirada a la editora—. Déjenme hablar a mí y todo saldrá bien.

Carla no tenía ni idea de cómo funcionaba una demanda judicial, pero igualmente estaba asustada. Diez millones de euros era una cifra de dinero mareante. La idea de que su futuro dependiese de la decisión, basada en alguna extraña lógica procesal, que se tomase en el interior de aquella sala era demencial.

En ese momento, Carla vio que se aproximaban a donde se encontraban ellos un hombre y una mujer. Carla conocía al hombre. Había leído sobre él en blogs de tecnología. Se llamaba Carlos Castellanos y era el presidente en España de MyLife. La mujer elegantemente vestida que iba con él, supuso, sería su abogada.

Carlos Castellanos tenía aspecto de ejecutivo aventajado, enérgico. Era alto y de complexión atlética, guapo. Tenía un rostro agraciado y juvenil. El pelo rubio peinado hacia atrás con gomina y traje caro. Caminaba con las manos semiabiertas y firmes, con seguridad, como un boxeador camino del ring que está a punto de disputar una pelea contra un adversario a quien considera muy inferior.

Su abogada era una mujer muy guapa, joven, de unos treinta años, vestida con una falda negra, una elegante blusa blanca sin mangas y un chaleco gris. Llevaba el pelo recogido hacia atrás en un cuidado moño y tenía una mirada astuta, fría y penetrante.

Se detuvieron a pocos metros. Carla sintió las miradas de ambos clavadas en ella. La abogada la miró de arriba abajo sin disimulo. Su postura parecía un reflejo exacto de la de su cliente. Carla bajó los ojos. Su corazón era un caballo desbocado. Escuchaba el latido tan fuerte que parecía que le había saltado del pecho y estaba flotando a la altura de sus oídos. Era ridículo que demandantes y demandados tuviesen que esperar juntos a que el juez les recibiese. Era de lo más desagradable.

Viendo a la abogada, una mujer tan fría y tan segura de sí misma, Carla no pudo evitar una revelación dolorosa: que ella carecía de la falta de escrúpulos necesaria para triunfar en la vida. Eso lo veía claro ahora que tenía delante a aquel ejecutivo y a su abogada, que eran la viva imagen del éxito.

Carla había leído algunas cosas sobre Carlos Castellanos, un directivo muy conocido en el mundillo de internet por sus éxitos al frente de algunas de las empresas más importantes. Antes de recalar en MyLife había trabajado en las filiales españolas de Yahoo y de Facebook.

Por lo que Carla sabía, el negocio de MyLife no se basaba únicamente en su red social para adolescentes. La empresa disponía de un software capaz de seguir el rastro por internet de millones de personas y recopilar información sobre ellos para ofrecerles después la publicidad más apropiada en cada momento. El software de la empresa capturaba datos de los internautas, los clasificaba en diferentes perfiles según sus gustos y preferencias y les colocaba la publicidad más acorde a sus intereses.

Carlos Castellanos era famoso en el sector por haber introducido algunas ideas

revolucionarias en el modo en que se gestionaba la publicidad. Suya era la idea de no limitarse a identificar los gustos y preferencias de los internautas, sino también sus cambios emocionales. Sus métodos de clasificación de información asignaban variables «emocionales» a las páginas web y a sus contenidos. Por ejemplo, si alguien escuchaba una canción romántica en iTunes, el software diseñado por Carlos Castellanos utilizaba ese dato, junto con otro centenar de variables, para decidir si esa persona estaba enamorada. Y si el programa decidía que lo estaba, entonces también sabía que esa persona sería más receptiva a la publicidad de ramos de flores o a una escapada romántica, necesidades que de otro modo hubiesen pasado por alto.

MyLife analizaba sin descanso los perfiles de millones de personas en todo el mundo.

A la navegación por internet había que sumar la información proporcionada por las aplicaciones instaladas en los teléfonos móviles, que indican la posición de los usuarios en cada momento. Mediante las aplicaciones móviles y las coordenadas GPS de los teléfonos, el movimiento de millones de personas quedaba registrado continuamente. Analizando la trayectoria de un teléfono y estudiando el tiempo que alguien pasa en cada lugar se puede saber dónde vive, dónde trabaja, en qué tiendas compra o cómo se divierte.

Con toda esa ingente cantidad de información MyLife elabora perfiles de consumo. Las personas se catalogan según sus gustos, su poder adquisitivo, sus preferencias de ocio e incluso su tendencia política.

El resultado es que las empresas encuentran a los compradores de sus productos mucho más rápido y están dispuestas a pagar por ello.

Si Google se convirtió en un gigante multimillonario por ayudar simplemente a encontrar la página de internet acertada, ¿cuán máspreciado será, en todas las industrias imaginables, hallar a la persona indicada?

El problema era que MyLife acaba conociendo demasiados detalles sobre la gente. La privacidad estaba amenazada y cada vez se alzaban más voces en contra del uso que se hacía de sus datos de navegación por internet.

Carla había leído que MyLife no solo utilizaba la información de los internautas para gestionar la publicidad. Había rumores que apuntaban a contratos millonarios con aseguradoras médicas. A las aseguradoras no les gusta contratar nuevas pólizas a personas que acaban de descubrir que tienen una grave enfermedad. Las aseguradoras prefieren clientes sanos que paguen su cuota y no hagan uso de los servicios médicos. Un cliente que contrata un seguro y oculta una enfermedad es un cliente deficitario, ya que incurrirá en gastos médicos muy superiores al importe de su póliza, algo que las aseguradoras tratan de evitar a toda costa.

Entonces alguien les hizo ver que todo el mundo, cuando sospecha que tiene una enfermedad, lo primero que hace es buscar información en internet sobre la misma.

Así que cuando alguien solicitaba la contratación de una póliza de salud, MyLife le decía a la aseguradora si ese alguien había visitado recientemente páginas web sobre enfermedades.

De pronto, miles de personas que acababan de descubrir que tenían una enfermedad grave no entendían por qué sus aseguradoras médicas les negaban la renovación del seguro o rechazaban la contratación de una póliza nueva.

Si eso era cierto, desde luego era repugnante. Carla miró de reojo al ejecutivo. Carlos Castellanos estaba diciendo algo a su abogada con una sonrisa a medias. Si para triunfar en los negocios había que dejar de lado la ética, se dijo Carla, ella prefería seguir siendo una humilde informática en paro.

Las puertas de la sala se abrieron por fin y alguien que debía ser el secretario judicial apareció al otro lado.

—Pueden pasar, el juez les recibirá ahora —anunció.

El despacho judicial era una estancia sobria, ocupada en su mayor parte por una gran mesa ovalada. El juez aguardaba sentado en un extremo de la mesa, parapetado tras una montaña de papeles y un ordenador portátil. Era un hombre entrado en años, con un aire antiguo, tal vez por su peinado con raya en medio y las gafas redondas. Parecía más acorde o en sintonía con su propio abogado que con la guapa letrada de MyLife. Carla no supo decidir si eso podía ser bueno o malo.

Carla se sentó junto al abogado de la editorial, a la izquierda de su editora. Al otro lado de la mesa se acomodaron Carlos Castellanos y la abogada. Carla tenía la impresión de que la abogada la miraba con una mueca burlona.

—Pueden realizar sus alegaciones —invitó el juez con voz autoritaria—. Los demandantes en primer lugar.

La abogada de Carlos Castellanos comenzó a hablar. Simultáneamente, un timbrazo salió del bolso de Carla. ¡Qué oportuno! Había olvidado silenciar su móvil. El juez la fulminó con la mirada. Carla se apresuró a silenciar el teléfono. Era un número desconocido. Se quedó con el teléfono en la mano en lugar de devolverlo al bolso, como si fuese un asidero al que agarrarse o para mantener las manos ocupadas. La agitación interna no cedía, sentía una desagradable humedad en las axilas. Estaba sentada con las piernas cruzadas y la espalda muy recta. La postura la incomodaba: la base de la silla estaba demasiado blanda y el respaldo demasiado inclinado hacia atrás; era como estar sentada en un tenso equilibrio al borde de una azotea.

Mientras tanto, la abogada de MyLife seguía hablando. Carla no entendía nada de lo que decía: una perorata de términos jurídicos que sonaba como un interminable preámbulo que parecía destinado únicamente a poner en contexto algo que iba a decir a continuación y que nunca llegaba. Miró de reojo al abogado de la editorial. Escuchaba con la cabeza ligeramente inclinada a un lado, asentía y tomaba notas ocasionalmente con una pluma en un cuaderno. Su editora también tomaba notas con

mucha diligencia, como un estudiante que toma apuntes en clase, como si comprendiese todo lo que allí se estaba hablando. Carla se preguntó si tendría que haber traído ella también una libreta para tomar apuntes. Se sentía como una idiota. El juez escuchaba atentamente con los labios ligeramente fruncidos, como si aquel galimatías jurídico le produjese alguna íntima satisfacción.

Miró de reojo a Carlos Castellanos. El ejecutivo estaba recostado en su silla observando a su abogada con la actitud relajada de un niño travieso que está disfrutando del espectáculo. Sin embargo, sus dedos tamborileaban sobre la mesa delatando impaciencia.

—En resumen, señoría, Carla Barceló y la editorial Temas de Hoy —dijo la abogada provocando que Carla recuperase el hilo de lo que estaba diciendo— han conspirado para difamar el buen nombre de mis representados, para dañar su imagen y para perjudicar sus legítimos intereses comerciales, vertiendo una serie de mentiras sobre la aplicación conocida bajo la denominación de red social y con nombre comercial MyLife, una página web, en definitiva, que permite el intercambio honesto y libre de preguntas y respuestas entre los jóvenes.

«¿Conspirado para difamar? ¿Pero de qué iba aquella tía?» Carla sintió que las mejillas se le acaloraban de indignación.

—Su turno —indicó el juez al abogado de la editorial.

—No existe tal conspiración ni difamación —rebatió el abogado con firmeza—. Mi cliente se ha limitado a relatar una serie de sucesos relacionados con el uso de la aplicación diseñada por el demandante. Es un hecho que tres jóvenes de edades comprendidas entre trece y quince años de edad se quitaron la vida. Queda acreditado por los estudios de los psiquiatras forenses que los suicidios se debieron a graves traumas provocados por el acoso que sufrieron los jóvenes en la red social que comercializa el demandante. Mi cliente también ha documentado varios casos de jóvenes que han necesitado tratamiento psiquiátrico para superar los traumas psicológicos. No creo que ninguno de esos hechos tenga ánimo de difamar. Simplemente constatan una realidad.

El juez miró a la abogada de MyLife indicando que podía rebatir.

—Señoría, en el libro se culpabiliza a mi representado directamente de las muertes —replicó la abogada—, lo que constituye una gravísima injuria, por no hablar del grave perjuicio para su imagen. Según palabras textuales —la abogada levantó teatralmente el libro de Carla a la altura de sus ojos para leer—: «La falta de control sobre la identidad de los menores de edad que utilizan la red social MyLife ha originado ya varias muertes y graves daños en la salud mental difíciles de cuantificar entre niños y adolescentes. La empresa responsable de su funcionamiento debería plantearse tomar medidas. De no ser así, las autoridades deberían tomar cartas en el asunto, cerrando cautelarmente la página web si fuese necesario». —La abogada

arrojó el libro sobre la mesa con desdén—. Señoría, lo que aquí tenemos es una acusación de negligencia hacia mi cliente —señaló—. Acusación que es totalmente ridícula. Tan ridícula como si acusamos al fabricante de los lápices con los que se ha escrito una nota de amenaza. Quien fabrica las herramientas y utensilios no puede ser responsable del uso que se hace de ellos. La aplicación de mi cliente solo es un vehículo para conversar. Lo que se dice no es de su incumbencia.

Carla estuvo a punto de saltar para enumerar a la abogada la lista de cosas que «su cliente» podría hacer para evitar más muertes: eliminar los perfiles anónimos, limitar las condiciones de uso para menores de edad, aplicar filtros para eliminar las palabras malsonantes o hirientes... Como su abogado le había advertido que era mejor no intervenir se mordió la lengua y guardó silencio.

—Permítame, señoría —intervino el abogado de la editorial—. Me gustaría mencionar el caso de jurisprudencia de mil novecientos noventa y ocho interpuesto contra el fabricante de automóviles MG Rover.

—Protesto —dijo la abogada de MyLife—. No veo qué relación puede guardar un caso de automóviles con una aplicación de redes sociales en internet.

El juez rechazó la protesta con un gesto de la mano y pidió al abogado que continuase.

—Sea breve —advirtió—. Le interrumpiré si no llega pronto a una conclusión relevante para el caso.

—Gracias, señoría. La demanda fue interpuesta por... —el abogado consultó sus notas— por don Carlos Carnicer. Su hijo falleció cuando circulaba por una autopista a ciento cuarenta kilómetros por hora —explicó—. Al interponerse un obstáculo imprevisto en la calzada, los frenos del coche no respondieron con la suficiente adherencia para detenerse a tiempo. El señor Carnicer acusó a la empresa MG Rover de negligencia en la fabricación de esos frenos. El fabricante de automóviles alegó que el uso que se había dado a su vehículo no cumplía la normativa, puesto que circulaba a mayor velocidad de la permitida y que, por tanto, la respuesta de los frenos no podía relacionarse en ningún caso con las circunstancias del accidente. —El abogado hizo una pausa para mirar a los presentes—. Una investigación pericial determinó que existía un fallo en el diseño de los frenos, un fallo que no se manifestaba a menores velocidades. El juez falló a favor de don Carlos Carnicer —prosiguió—, obligando al fabricante MG Rover a indemnizarle con doscientos mil euros. Además, la sentencia obligó al fabricante de automóviles a revisar el diseño del sistema de frenado de todos sus vehículos comercializados en España. La sentencia se basó en la idea de que un fabricante es responsable de hacer todo lo que esté en su mano para minimizar el riesgo para la salud que pueda causar el producto que fabrica, sea cual sea la circunstancia. En el caso del automóvil, el juez llegó a la conclusión de que MG Rover no había hecho todo lo que estaba en su mano para

garantizar la seguridad. En el caso de la página web que nos ocupa, es evidente que sus responsables tampoco lo están haciendo. Mi representada propone en su libro algunas medidas que podrían llevarse a cabo, como eliminar los perfiles anónimos, limitar las condiciones de uso para menores de edad o aplicar filtros para eliminar las palabras malsonantes o hirientes. Son solo algunos ejemplos. La lista es larga.

Carla tuvo la impresión de que aquel era un buen golpe. Al menos daba la impresión de que estaba obligando a reflexionar al juez. Admiró la inteligencia del abogado. Hablar de redes sociales y de aplicaciones en internet resultaba confuso. Para el juez podría ser difícil hacerse una verdadera idea del problema. Establecer la comparación con algo cotidiano como un coche se lo ponía más fácil. Ahora podía plantearse el problema en términos de si MyLife estaba revisando como debería los «frenos» de su aplicación.

Reforzó su confianza el hecho de que Castellanos y su abogada intercambiasen una breve mirada. El ejemplo del automóvil parecía haberles pillado por sorpresa.

—Es patente que el único objetivo de mi cliente —continuó el abogado de la editorial— es prevenir a los padres de los peligros a los que se exponen sus hijos al entrar en ciertas redes sociales. Ninguna intención de conspirar para difamar.

El juez miró a la abogada de MyLife.

—Permítame dudar de las buenas intenciones de la demandada, la señorita Carla Barceló. Mi duda se basa en la denuncia que hace unas horas mi cliente ha interpuesto contra ella en la Policía Nacional. —Entregó un papel al juez. Carla la miró con los ojos muy abiertos. ¿De qué denuncia estaba hablando?—. MyLife vela por el buen uso de internet —continuó la abogada—, y así lo establece en las políticas de uso que cualquier usuario debe aceptar al registrarse en sus aplicaciones. También tiene la obligación de denunciar cualquier infracción de esas políticas, como ha sido el caso. Para ello, periódicamente lleva a cabo auditorías. En una de esas auditorías, el señor Castellanos, aquí presente, ha detectado que Carla Barceló ha infringido las normas de uso de las redes sociales que gestiona su empresa. Concretamente, ha llevado a cabo una actividad ilegal conocida como *phishing*, o suplantación de la identidad. —El ejecutivo miró a Carla con una sonrisa maliciosa—. Señoría: Carla Barceló ha suplantado la identidad de varios menores de edad con fines sospechosos. Como es su obligación, mi cliente ha puesto la correspondiente denuncia.

—¡Eso es ridículo! —saltó Carla—. Suplanté la identidad de esas jóvenes porque estaban relacionándose con pedófilos. ¡Lo hice mientras investigaba!

—Como puede ver, señoría, ella misma acaba de reconocer su delito —dijo la abogada visiblemente satisfecha—. Pero no todo queda aquí. Mi cliente, el señor Castellanos, ha puesto a disposición de la policía toda la información cibernética disponible en sus bases de datos relacionada con Carla Barceló. Lo cual incluye su

teléfono móvil. —Carla sintió que toda la sangre del cuerpo se le agolpaba en la cabeza—. En la mencionada información requerida por la policía a instancias de la denuncia, queda manifiesto que Carla Barceló accede de modo habitual a redes sociales y chats para menores de edad con una falsa identidad; concretamente utiliza el usuario Aaron11. Por otro lado, y según se desprende de la traza de su teléfono móvil, la señorita Barceló acude con frecuencia a la puerta de colegios y a parques infantiles sin otro fin determinado que observar a los niños. Todo lo anterior ha llevado a la policía a investigar a la señorita Barceló por presunto acoso y pedofilia.

—¡Dios mío! —exclamó Carla—. ¡Eso es absurdo!

Tenía la boca abierta en lo que era mitad una sonrisa mitad una mueca de horror. La editora la miraba con el ceño fruncido. El juez revisaba con atención los papeles que le había entregado la abogada.

—¿Qué tiene usted que decir a esto? —la interpeló directamente el juez.

—Yo... eso pertenece a mi vida privada —chilló con voz hueca—. No tienen derecho a indagar en mi vida.

Carla negó con la cabeza. Estaba como aletargada, pero con los nervios a flor de piel. No podía creer que la estuviesen acusando de acoso a ella.

—Como puede ver, señoría —dijo la abogada de MyLife—, existen motivos más que suficientes para poner en duda las supuestas buenas intenciones de la demandada cuando difama la aplicación de mi cliente. Alguien bajo sospecha de acoso a menores no parece la persona más indicada para velar por los intereses de esos menores.

El juez miró al abogado de la editorial.

—No tenía conocimiento de esta información —dijo el abogado—. Solicito un receso para hablar con mi cliente.

—Está bien. Le concederé de plazo hasta mañana —asintió el juez.

Carla se puso en pie como un resorte y abandonó el despacho del juez como si la persiguiese el diablo. La cabeza le daba vueltas.

—¿De qué están hablando, Carla? —la recriminó la editora en cuanto salieron al pasillo del juzgado.

—Están mintiendo.

—Si son mentiras —dijo el abogado—, podremos rebatirlas fácilmente. Pero conozco a esa abogada y a su bufete. No les creo capaces de mentir ante un juez.

—Es verdad que he entrado en chats para menores y haciéndome pasar por un niño, lo hago para investigar —se defendió Carla—. Es ridículo pensar otra cosa, por favor.

Carlos Castellanos y su abogada salieron en ese momento del despacho del juez. El ejecutivo de MyLife miró a Carla con una sonrisa altiva. La abogada le dirigió una sonrisa desdeñosa. Carla reprimió las ganas de gritar. La sangre le hervía. El desgraciado había utilizado sus datos de internet y de su teléfono para acusarla de

algo que era mentira. Y ni siquiera podía defenderse.

—¿Y lo que han dicho de los colegios, Carla? —preguntó la editora—. Tú no tienes hijos.

Carla no sabía qué contestar. No podía decirle que lo hacía por su hijo Aarón. Un hijo que no existía.

—Han sembrado una duda en el juez —dijo el abogado—. El caso se nos ha complicado mucho.

Su teléfono empezó a vibrar en ese momento. De nuevo aquel número desconocido. Carla utilizó la llamada para evadir las preguntas del abogado y la editora.

—¿Sí, quién es? —dijo con los nervios a flor de piel.

—Buenas tardes —saludó la voz de un desconocido—. Le llamo de la comisaría de policía del distrito de Ciudad Lineal. ¿Es usted la hermana de Isaac Barceló?

—Sí, soy yo —respondió.

Algo en el tono de voz del policía hizo que las piernas le temblasen. Le sobrevino un vértigo que a punto estuvo de hacerla caer.

—Siento decirle que su hermano se ha visto involucrado en un incidente.

—¿Un incidente?

—Relacionado con el acoso sexual a una menor de edad.

¿Es que el mundo se estaba volviendo loco? ¿Por qué todos se empeñaban en acusarles a ellos? Aquello tenía que ser una especie de broma.

—Oiga, esto es una broma, ¿verdad?

—Le estoy hablando muy en serio. Su hermano ha sido denunciado por acoso. El padre de la joven que puso la denuncia quiso proteger a su hija y agredió a su hermano. Por eso la llamo.

—¿Qué?

—Su hermano recibió un fuerte golpe en la cabeza —dijo el policía—. Se encuentra en estado crítico. Le pediría que acuda lo antes posible al Ramón y Cajal. Es posible que no sobreviva a los próximos minutos.

Max N. N.

Las iniciales N. N. provienen de la expresión latina nomen nescio (literalmente, ‘desconozco el nombre’). Habitualmente se utilizan para referirse a alguien indeterminado, es decir, sin una identidad específica, ya sea porque se desconoce el nombre real de la persona o para ser usado en un caso hipotético.

En español suele interpretarse como Ningún Nombre y en inglés como No Name. En la antigua Roma se creía que era por Numa Nigerio, un soldado de las regiones más apartadas del imperio del que se desconocían sus datos. En el Decreto Nacht und Nebel de la Alemania nazi estaba incorporado en sus siglas el NN, y así se llamó a los desaparecidos por crímenes de estado en América Latina y el Caribe en los años 70.

Fuente: Wikipedia: La enciclopedia libre

Unidad de Salud Mental del Hospital Provincial de Almería. Área de Psiquiatría

Sesión dos (2) con el paciente no identificado N. N.

El paciente fue transferido a esta área hace una semana desde la Unidad de Daño Cerebral, donde se recuperó de un coma producido por una herida en la cabeza.

El paciente fue encontrado hace un año en el interior de una patera que arribó a las costas almerienses. Los ocupantes de la patera explicaron que lo encontraron flotando en el mar, inconsciente. Un chaleco salvavidas evitó que se hundiese y muriese ahogado.

El paciente presentaba una herida a medio cicatrizar en la cabeza. Se determinó que la herida fue causada por un disparo de arma de fuego. La bala, afortunadamente, entró y salió del cráneo del paciente sin dejar apenas residuos de plomo. La forma del cráneo ha quedado intacta y las facciones del paciente solo muestran una pequeña falta de simetría debido a una parálisis facial de la que el paciente está recuperado casi por completo. El paciente ha estado en coma durante varios meses, coma del que despertó con una grave amnesia de la que no se ha recuperado.

Cuando salió del coma el paciente mostraba serios problemas motores y era incapaz de hablar. Sorprendentemente, recuperó esas funciones al cien por cien en apenas unos meses. Desde el punto de vista neurológico es un caso fascinante. El paciente desconoce, a día de hoy, su identidad. A pesar de las investigaciones policiales, todavía no ha sido identificado. El paciente tiene aspecto de hombre blanco de aproximadamente 30 años de edad y su acento indica que es de nacionalidad española, posiblemente del norte.

El cerebro del paciente, a pesar de la terrible lesión sufrida por perforación de bala, no presenta derrames, tumores, ni otras anomalías provocadas por la lesión,

lo cual explica en parte su rápida recuperación. Es destacable que el cuerpo calloso del cerebro del paciente está dividido quirúrgicamente, muy probablemente a edad temprana, lo que sugiere que sufría de epilepsia y le practicaron una callosotomía parcial. El paciente permanecerá ingresado durante un tiempo en este centro psiquiátrico, donde está siendo evaluado.

—¿Ya has elegido un nombre para ti mismo?

—Todavía no.

—¿Sabes? Me alegro de que no te lo tomes a la ligera. Tu nombre es algo muy importante y cuando elijas uno ya no lo vas a poder cambiar.

El paciente mira el suelo de la consulta del doctor, concentrado en una losa que le queda a la izquierda de sus pies. Finalmente responde.

—Ya sabe que tengo ganas de tener un nombre, no me gustaba como me llamaban en el hospital. Pronto le diré algo al respecto, en nuestra próxima visita, espero.

—Bien, entonces, de momento, te voy a seguir llamando «Paciente», ¿te parece bien?

—Sí —responde sin mirar al doctor.

—Bien, pues tengo buenas noticias, Paciente, he revisado las últimas resonancias magnéticas que te hicimos ayer. Tu cerebro no muestra derrames de ningún tipo, todo funciona correctamente, es un milagro, teniendo en cuenta lo ocurrido.

—Una bala me atravesó el cerebro. —En el rostro del paciente se produce una mueca casi imperceptible de dolor.

—Nada menos. Y, aparte de la amnesia, no parece que perdure ningún daño neurológico. ¿Sigues sufriendo esos dolores de cabeza?

—Apenas. Desde que tomo su medicación han desaparecido casi por completo.

—¿Crees que debería dejar de recetártela?

—No, por favor. —Sus ojos se despegan del suelo y mira al doctor sacudiendo la cabeza a los lados.

—Te aconsejo que solo te tomes esa pastilla cuando sientas dolor, no dejes de tomarte el resto de la medicación, independientemente de cómo te sientas.

—¿Ha visto ya los primeros informes que me hicieron en el hospital?

—Sí. Aunque esta es solo nuestra segunda visita, créeme que he revisado todo tu caso a fondo. Por lo visto, después de salir del coma, recibiste muchas sesiones de logopedia, incluso tuvieron que volver a enseñarte a caminar y a comer. ¿Cómo recuerdas esos meses? ¿Cómo recuerdas la sensación de no saber expresarte?

—No recuerdo nada, nada en absoluto. Hasta donde puedo recordar, siempre he sabido hablar. Bueno, más o menos.

—¿Más o menos? ¿Qué quieres decir? —El doctor asiente con la cabeza un poco inclinada hacia la derecha.

—Comprendo el significado de casi todas las palabras que escucho, pero no tengo

ningún recuerdo de ellas.

—¿Me puedes poner un ejemplo?

—Alguien dice... no sé... «río». La primera vez que escuché esa palabra pensé en agua, en una línea de agua, vi en mi mente un río en mitad de la nada, no recordaba haber visto un río con mis propios ojos, pero la idea estaba ahí.

—Era un río sin ningún tipo de contexto, sin asociación.

—Así es. Recuerdo que el río que vi en mi mente atravesaba un espacio vacío, blanco, no había árboles, no había ni orillas.

—Interesante, me sugiere un modo de investigar datos de tu pasado.

—No le entiendo.

El psiquiatra tiene el pulgar apoyado en su barbilla.

—Pongamos, por ejemplo, que fuiste un mecánico de coches; entonces deberías tener los conceptos de palabras técnicas relacionadas con los coches, ¿comprendes?

—Tiene razón.

—¿Esas ideas vienen acompañadas de alguna emoción? Tal vez no estén totalmente descontextualizadas, a lo mejor no viste árboles ni orillas, pero la primera vez que escuchaste la palabra «río» ¿te sugirió alguna emoción, alguna sensación, como frío, calor...?

El paciente calla por un momento. Cierra los ojos y sus pupilas, detrás de los párpados, recorren el techo de derecha a izquierda. Finalmente abre los ojos y responde.

—Miedo, cuando escuché la palabra «río» sentí... miedo.

—Interesante una vez más. Tal vez en tu pasado tuviste alguna experiencia traumática relacionada con un río.

—Supongo que sí.

—Pero volviendo al inicio, dices que no recuerdas no saber hablar después de salir del coma.

—Así es, no recuerdo no ser capaz de comunicarme.

—En tus informes queda muy claro que durante casi ocho semanas no fuiste capaz de hablar, o sea que esas primeras semanas después de despertar del coma también se han borrado de tu mente. Eso me hace pensar que sufriste de amnesia anterógrada...

—¿Amnesia anterógrada?

—Sí, se trata de un tipo de amnesia que se caracteriza porque los nuevos acontecimientos no permanecen en la memoria a largo plazo. Todo se olvida en el acto. No se recuerda nada más allá de los últimos cinco minutos. Si estamos en lo cierto, durante un tiempo, después de que saliste del coma, tu cerebro fue incapaz de crear recuerdos nuevos, por eso también esas primeras semanas se han esfumado de tu mente. Por eso tus recuerdos no empiezan al despertar del coma, sino un poco

después. Se trata de algo frecuente en los casos de traumatismo cerebral. ¿Comprendes eso?

El paciente asiente, pensativo, observando fijamente al doctor.

—Lo que no entiendo es... —continúa el psiquiatra— los informes mencionan la amnesia, fue muy evidente en cuanto despertaste del coma, aunque no recuerdo haber leído en todos tus informes médicos que además sufieras amnesia anterógrada durante un tiempo. ¿Cómo es posible que pasaran algo así por alto?

—No me lo pregunte a mí, eso mismo quisiera saber yo.

—Vamos a ver, ¿qué es lo primero que recuerdas?

—Recuerdo... hummm... estar en una cama, en una habitación muy blanca, recuerdo que me dolía todo el cuerpo. Recuerdo las heridas y la sangre en el cuerpo.

—¿Heridas y sangre? ¿Quieres decir en la cabeza?

—No, heridas en el cuerpo, recuerdo que me dolían mucho aquellas heridas abiertas. Recuerdo la sangre supurando de esas heridas.

—Acabamos de ver que no recuerdas nada de los primeros meses, después de que despertaras del coma.

—Así es, doctor, supe ese mismo día que llevaba meses en el hospital, y le repito que tenía heridas por todo el cuerpo como si me hubieran golpeado, puede usted ver las cicatrices.

—Sí, las he visto. En el informe que leí en el hospital las describe como... —el doctor consulta unos papeles sobre su escritorio— semejantes a las producidas por latigazos, o golpes con algún objeto fino y flexible, como una porra telescópica o una vara —dice leyendo en el papel—. Pero tenía entendido que te hiciste esas heridas antes de ingresar en el hospital.

—Recuerdo que algunas heridas estaban todavía abiertas. Y recuerdo que cuando vi las heridas abiertas sabía hablar, comer, había pasado varios meses en el hospital y aquellas heridas eran recientes.

—Interesante. Si estás en lo cierto, eso significa que...

—... esas heridas se produjeron cuando yo ya estaba en el hospital.

—Durante ese lapso que se te ha borrado.

El paciente y el psiquiatra guardan silencio durante unos segundos. El psiquiatra vuelve a hablar.

—Tengo que investigar este tema... No tiene mucho sentido que te lesionaras estando bajo cuidados en el hospital. —El doctor reflexiona unos instantes—. En cualquier caso, los problemas neurológicos son muy complejos, los recuerdos se confunden con los sueños, con tu imaginación, muy probablemente todo esto se deba a que estás confundiendo cosas que te han ocurrido con cosas que te han contado, cosas que has deseado, soñado, cosas que les han pasado a otros...

—No es así, doctor, no estoy loco. —El paciente niega con la cabeza

enérgicamente.

—¡Por supuesto que no estás loco!

—Le digo que recuerdo eso muy bien y no es mi imaginación. Mire estas cicatrices. —El paciente se sube las mangas de la camisa y muestra los brazos—. Recuerdo que estaban abiertas. Estas mismas cicatrices. Y le aseguro que llevaba ya mucho tiempo en el hospital.

—Paciente, esto te va a costar entenderlo: es muy probable que esas imágenes que tienes de tus heridas abiertas, el recuerdo del dolor, no sean verdaderos recuerdos, por mucho que tú los consideres así. Te voy a poner un ejemplo. Cientos de personas, después de que ocurra una catástrofe o un atentado terrorista con docenas de víctimas, aseguran que soñaron con detalles lo ocurrido semanas antes de que sucediera. Recuerdan incluso haber hablado con sus amigos y familiares de la catástrofe antes de que se produjera, juran que dieron detalles sobre el número exacto de muertos, el lugar y otros datos. Pero después de que pasó el desastre, cuando le preguntan a sus amigos si recuerdan esas conversaciones, nadie recuerda nada. —El doctor hace una pausa antes de proseguir—. La explicación es muy sencilla. Después de enterarse de la catástrofe crean todos esos acontecimientos anteriores que nunca ocurrieron. Crean el recuerdo de haber soñado con el accidente y con el número exacto de muertos, el recuerdo de haber hablado con amigos y familiares sobre el accidente antes de que ocurriese, y recuerdan esas conversaciones como si fueran verdaderas y no hay manera de convencerles de otra cosa. Créeme, Paciente, eres una persona inteligente, más de lo normal, he visto tus tests de inteligencia. Así que te voy a pedir algo muy difícil: tienes que dejar de confiar en esos «recuerdos».

El paciente no contesta. Su mirada vuelve a recaer en las losas del suelo. El psiquiatra tensa los labios, ha hecho un puño con su mano izquierda y lo apoya en su boca y su nariz, mientras el codo descansa en la mesa. El paciente está sumido en una confusión que no le deja experimentar otros sentimientos.

* * *

Unidad de Salud Mental del Hospital Provincial de Almería. Área de Psiquiatría

Sesión cuatro (4) con el paciente no identificado N. N.

El paciente fue transferido a esta área hace una semana desde la Unidad de Daño Cerebral, donde se recuperó de un coma producido por una herida en la cabeza. El paciente fue encontrado hace un año en el interior de una patera que arribó a las costas almerienses. Los ocupantes de la patera explicaron que lo encontraron flotando en el mar, inconsciente. Un chaleco salvavidas evitó que se hundiese y muriese ahogado. El paciente presentaba una herida a medio cicatrizar en la cabeza. Se determinó que la herida fue causada por un disparo de arma de fuego. La bala, afortunadamente, entró y salió del cráneo del paciente sin dejar apenas

residuos de plomo. El paciente estuvo en coma durante varios meses, coma del que despertó sufriendo una severa amnesia de la que no se ha recuperado.

Actualmente se encuentra ingresado en esta unidad psiquiátrica, donde está siendo evaluado. El paciente sufre una amnesia profunda que le impide recordar cualquier dato sobre su vida anterior al coma.

—Max.

—¿Perdón?

—Max, quiero llamarme Max —dice el paciente, que tiene un pulgar levantado sobre el regazo.

—¿Tienes alguna idea de por qué has elegido ese nombre?

—Usted es el experto.

—No hay duda de que eras... eres una persona inteligente. —El psiquiatra sonrío abiertamente—. Y respondiendo a tu pregunta, creo que es muy posible que haya una o varias personas que se llamasen así en tu pasado. Veamos, Max no es un nombre muy habitual. No creo que lo hayas podido escuchar por aquí. Puede ser una forma reducida de Maximiliano, o de Máximo, nombres un poco pasados de moda últimamente. ¿Te dice algo alguno de ellos?

—Maximiliano. Por algún motivo me resulta... familiar. Podría ser incluso mi nombre real.

—Tendría sentido, en teoría, pero en los pocos casos de amnesia en la que la identidad del sujeto era desconocida anteriormente a la recuperación, nunca ha sido el caso.

—Nadie elige su propio nombre...

—Así es, aunque no sabemos por qué, sería algo muy lógico. La gente subestima la importancia de los nombres. Ni te imaginas las discusiones que tengo con mi esposa respecto al nombre de nuestra futura hija.

El doctor sonrío, animado. Max mantiene un gesto inexpresivo, aunque el pulgar ya no señala al techo. Max mira una foto que el psiquiatra tiene sobre su mesa, una foto que no estaba ahí antes. En ella aparece el doctor abrazando a una hermosa mujer. Max deduce que se trata de la esposa que acaba de mencionar.

—En cualquier caso —dice el doctor—, si has elegido ese nombre espontáneamente, tal vez tenga algún vínculo emocional con tu pasado, tal vez fue alguien importante para ti.

—¿Un vínculo emocional?

—Así es. La parte de nuestra mente que almacena recuerdos está muy relacionada con la parte que genera las emociones. Por eso es más fácil recordar un dato que asociamos con una emoción, ya sea feliz o triste, positiva o negativa, que un dato aislado. Por eso los niños solo recuerdan las asignaturas de los profesores a los que les cogieron cariño. Por eso esta charla será más o menos efectiva para ti en función

de lo mejor o peor que yo te caiga.

El doctor sonríe afable. El rostro de Max sigue sin desprender emoción alguna.

—Est a bien —dice el psiquiatra—, lo que quiero decir es que el nombre de Max probablemente tenga algún valor sentimental para ti. Tal vez fue tu padre, o tu hermano, o un amigo muy querido. Alguien a quien quisiste mucho.

—O alguien a quien odi  —responde Max elevando las cejas y apretando los labios.

—Vaya,  por qué has dicho eso?

—Es lo que me ha sugerido. —El paciente se encoge de hombros.

—Bueno, en ese caso,  est s seguro que quieres mantener ese nombre?

—S . Por algún motivo, sea cual sea, ese nombre es importante para mí.

—De acuerdo entonces. Se lo comunicará a la asistente social para que prepare tus papeles.

El doctor realiza unas anotaciones en un cuaderno. Cuando acaba dirige su atención de nuevo al paciente.

—Muy bien... Max, ahora que hemos resuelto el tema de tu nombre, me gustaría hacerte algunas preguntas.  C mo encuentras la vida en el pabellón psiquiátrico?  Has hecho amigos?,  tienes aficiones?

—Me mantengo alejado de la gente. No entiendo bien ciertas cosas.

— A qué te refieres?  Me puedes poner un ejemplo?

—Pues son... pequeñas cosas, la gente habla y no la entiendo, dicen cosas sin sentido. El otro día escuch  a alguien decir que «iba a matar dos pájaros de un tiro». Yo pens  que se trataba de un cazador. Luego descubrí que ni era cazador ni pensaba en matar pájaros; a partir de ese momento ya no pude entender nada.

—Se trata de expresiones hechas, Max. —El doctor no puede evitar una sonrisa condescendiente—. Cuando se dice que se van a matar dos pájaros de un tiro es que se pueden hacer dos cosas a la vez, obtener dos beneficios con un solo esfuerzo.

— Por qué no lo dicen directamente? —contesta Max con los ojos entornados.

—Es una manera de hablar, de darle dramatismo a lo que se dice, es una especie de dramatización consciente. Supongo que la primera persona que us  esa expresión era cazador y le pareció una buena manera de expresar esa idea de hacer dos cosas a la vez, obtener dos beneficios con una sola acción. Imagina que te apetece... no s , esquiar, por ejemplo, y recuerdas que precisamente en Granada tienes un buen amigo que hace mucho tiempo que no ves. Si vas a Granada, puedes ir a esquiar a Sierra Nevada y ver a tu amigo, «matas dos pájaros de un tiro»,  lo entiendes?

—Creo que s  —miente Max, que no ha llegado a comprender del todo.

—Bueno, cuéntame algo más,  participas en las actividades del centro?

—Como le he dicho, intento mantenerme al margen. La mayoría de los otros internos se pasan horas delante de la televisión. La verdad, no entiendo qué placer

encuentran. En la televisión todo me resulta muy falso, no entiendo cómo alguien puede creerse lo que pasa en una película.

El psiquiatra escribe algo en su cuaderno y frunce el ceño mientras sonrío levemente apretando los labios, indicándole a Max que se explique.

—En las películas noto enseguida que están actuando, que no son sentimientos reales. Y enseguida sé cuál es la intención del autor de la historia, puedo predecir lo que va a suceder. Quién va a morir, quién se va a salvar. No le veo sentido alguno.

—Vaya, entonces te pareces a mi mujer, Max: ella siempre me arruina las películas.

Max pone una cara parecida a la que acaba de poner el doctor, pero sin la sonrisa. Al psiquiatra se le borra la suya.

—Antes ha mencionado a la asistente social —dice Max—. ¿Sabe si ya ha averiguado algo sobre mí?

—He hablado con ella, Max, y no ha habido suerte, de momento. No encajas con la descripción de ninguna persona desaparecida en los últimos doce meses. Y tus huellas no están registradas en ningún lado.

—Ya veo.

—¿Cómo te hace sentir eso?, dime lo primero que te venga a la mente.

—Alivio.

—¿Alivio?

—Tal vez sea que no quiero recordar, aunque eso no tiene sentido, estoy deseando recordar, ¿qué es un hombre sin sus recuerdos?

—Max, déjame que sea yo el que saca las conclusiones. Y no te obsesiones con recordar. Tus recuerdos, si vuelven, volverán por sí solos, no hay manera de acelerar el proceso. Si fuerzas la máquina, te puedes encontrar con muchos problemas.

—¿Problemas?

—Tal y como comentamos en nuestra última visita, podrías acabar confundiendo recuerdos reales con sueños, con situaciones que serían solo un producto de tu imaginación. Si sigues empeñado en recordar lo que sea, conseguirás precisamente eso, «recordar» lo que sea, real o ficticio. Es como meterte en internet: siempre encuentras lo que quieres, eso no quiere decir que esa información sea de fiar.

Max no sabe lo que es internet, por eso agacha la cabeza.

—Además —prosigue el psiquiatra— me alegro mucho de que hayas elegido un nombre porque lo vas a necesitar; tenemos que proveerte de documentación cuanto antes. Verás, hay algo que sí me ha comentado la asistente social.

Max sigue guardando silencio y deja que el psiquiatra continúe.

—Max, considero que debes reincorporarte a la vida normal. No es bueno que permanezcas aquí, en un centro psiquiátrico, aislado del mundo. Relacionarte con otras personas y realizar una actividad será bueno para tu recuperación. Obligará a tu

cerebro a ponerse en marcha, si me permites la expresión. La actividad te ayudará a que puedan emerger recuerdos que están ocultos o bloqueados.

—La vida normal —repite Max como si se hubiese quedado en esa primera frase.

—Así es, la asistente social te proporcionará un lugar donde vivir en una vivienda social. Y también un trabajo. No te preocupes: la trabajadora social ha sugerido algo sencillo, en un supermercado. No es gran cosa... Si tú estás de acuerdo, voy a autorizarlo, no hay nada en tu perfil que represente ninguna amenaza o riesgo trabajando de mozo de almacén. Además, con esa corpulencia que tienes, es muy probable que antes tuvieras un trabajo que te demandara estar en forma.

—Estoy... hum... le quiero dar las gracias...

—No las merece, es mi deber. Por supuesto, tendrás que seguir visitándome para seguir tu caso. Con una vez al mes será suficiente. Me gustaría hacer algunas pruebas complementarias para averiguar qué es lo que sí recuerdas de tu vida anterior.

—No le entiendo. Ya le he dicho muchas veces que no recuerdo absolutamente nada de antes, ni siquiera sé quién soy.

—Me refiero a tus habilidades. No es cierto que no recuerdes absolutamente nada. Sabes comer usando los cubiertos, sabes hablar correctamente, incluso diría que con cierto acento culto, y eso no se debe a las sesiones de logopedia. ¿Crees que una persona puede aprender a hablar como tú lo haces en menos de un año? Son cosas que nadie te ha enseñado después de despertar del coma. Los recuerdos desaparecen, no las habilidades, las aptitudes. Intentaremos averiguar si sabías conducir, montar en bicicleta, a caballo. Si tienes alguna habilidad deportiva o destreza manual. Tal vez sabías tocar algún instrumento musical. Todo eso nos dará pistas sobre ti que nos ayudarán a progresar en tus recuerdos. Te ayudaré, Max. No voy a olvidarme de tu caso. Vamos a intentar resolver el misterio de tu identidad.

Max N. N.

Max N. N. no podía dormir. Max N. N. no quería dormir.

A Max N. N. le quedaban muchas cosas por hacer y la noche era un buen momento para dedicarse a ellas.

Lo habían alojado en un pequeño piso en un edificio destinado a viviendas sociales en las afueras de Almería, en una zona que llamaban la Vega de Acá. En aquella zona había varios edificios nuevos, dispersos en un terreno yermo y seco, conectados entre sí por calles a medio terminar a las que le faltaban las aceras, o calles con aceras a las que les faltaba el asfalto. Al sur podía divisarse la franja azul de la costa. Al oeste se abría el amplio cauce de un río por el que solo corría polvo y matorrales secos empujados por el viento. Aquel río seco, desde luego, no se parecía en nada al río que se dibujaba en la mente de Max cuando pensaba en la palabra «río».

La ciudad quedaba al oeste. Entre esta y el edificio donde habían alojado a Max se abría una franja de terreno inerte, un descampado salpicado de cañaverales secos.

Según le habían explicado, aquel iba a ser un barrio nuevo, si bien la crisis lo había paralizado todo. Max no entendía demasiado bien lo que era la crisis, aunque tenía la sensación de que aquel edificio se encontraba tan aislado de la ciudad como él mismo se sentía aislado del resto del mundo.

Uno de los principales defectos que cualquier persona le encontraría a aquel piso en el que Max N. N. pasaba sus noches y parte de sus días eran sus minúsculas dimensiones, pero esa desventaja no tenía importancia alguna para Max. Casi le sobraba espacio en aquella única habitación en la que confluían los conceptos de dormitorio, sala de estar y cocina. De hecho, si no tenemos en cuenta el minúsculo cuarto de baño con una ducha en la que Max tenía que encorvarse para no golpearse la cabeza, el piso se componía de aquella única estancia multiuso.

Otro de los defectos que cualquier persona encontraría a aquel piso eran los ruidos continuos y a todas horas de los vecinos. Una televisión al otro lado del tabique retumbaba la programación noche y día. Con frecuencia se escuchaban gritos, discusiones y peleas provenientes de diversos puntos: arriba, a la izquierda o a la derecha. A veces se adueñaba del ambiente una música atronadora, palmas y cantos que podían durar toda la noche.

Aquel barullo continuo sería, sin lugar a dudas, la principal desventaja que cualquier inquilino le encontraría al piso, una vez pasados los primeros instantes de sorpresa por sus insoportables estrecheces.

Una vez más, aquello no era problema para Max N. N. A Max todo aquel ruido le ayudaba a mantenerse despierto, le reconfortaba, le hacía sentirse conectado de algún

modo con el mundo. Le ayudaba a llenar su vacío interior.

El aterrador vacío interior.

Todos los pensamientos de Max N. N. tenían un mismo fin. Un único fin. Llenar su mundo.

Llenar el mundo de Max N. N.

Todo se desvanecía en el pasado. La vida de Max, hacia atrás, llegaba hasta una cama blanca en un hospital donde las imágenes perdían nitidez, el sol de la ventana se reflejaba sin contención en las paredes blancas, en las sábanas, cegando la visión e impregnando los sonidos, confundiendo las palabras y desordenando los acontecimientos.

Así era, pensaba Max. Puede que aquel sol blanco y cegador tuviera la culpa de todo.

Max luchaba para identificar su primer recuerdo, ese absoluto primer acontecimiento cuyos precedentes se habían evaporado.

Tras varios días llegó a la conclusión de que su vida, o lo que conocía de ella, comenzaba con un extraño enfermero que le traía la comida a la cama.

El enfermero era extraño porque miraba a Max con temor. Era extraño también porque tenía un artilugio en la barbilla, que parecía estar dislocada o rota.

Una naranja y un plato de pollo con verduras, acompañado de puré de patatas en salsa.

Una servilleta blanca, un objeto alargado de plástico blanco, un extraño invento que pretendía sin éxito combinar las funciones de las cucharas y los tenedores, al que todos llamaban *cuchador*.

Ahí comenzaba todo, con aquella bandeja y con dolores por todo el cuerpo, con heridas aún abiertas en el costado, en el abdomen. Manchas de sangre que esquivaban las gasas y las vendas y se depositaban en las sábanas.

En aquella época en el hospital, Max no se había preocupado aún de comprender sus emociones. En aquella época lo fascinante era comprender el lenguaje.

Max no tenía demasiados problemas para entender lo que querían o sentían los enfermeros (incluido el extraño). Estaban todos, simplemente, trabajando (realizando una labor para otros a cambio de una compensación económica) y reflejaban simplemente eso, personas que hacían cosas a cambio de otras, cosas en principio no demasiado desagradables.

El lenguaje, o mejor dicho, las palabras, era lo más sorprendente.

Max tenía a veces problemas para usarlas, para pronunciarlas, las entendía todas (salvo alguna que otra cosa rara como *cuchador*). Cuando las escuchaba por primera vez era como si cobraran vida porque sentía que, a pesar de conocerlas, era la primera vez que las experimentaba, la primera vez que podría asociar una emoción con ellas.

Si pensaba en la palabra *cafetera* la imaginaba con detalles, pero no en la cocina

de una casa agradable, ni depositada en una mesa de camilla o en una mesita de café. La cafetera de Max estaba aislada, ni caliente ni fría, sin nada alrededor, flotando en el deslumbrante vacío blanco como las paredes, como las sábanas...

Pero entonces llegaba un enfermero con una cafetera y el sol se apagaba, la cafetera se convertía en caliente, en agradable en contacto con la bandeja de hospital, que se balanceaba en su avance hacia su cama, al compás del paso del enfermero, humeando, dibujando figuras en el aire. A partir de ese momento, esa cafetera, esa primera cafetera, no abandonaría a Max y sería lo que imaginaba cada vez que alguien dijera la palabra «cafetera», y cada nueva cafetera tendría la poca o mucha fortuna de compararse con aquella primera cafetera magnífica, gris, caliente, agradable, aromática, metálica, brillante, contextualizada.

Los objetos seguían flotando en la mente desierta de Max N. N., suspendidos en un universo blanco. Flotaba un árbol hasta que Max vio uno a través de la ventana del hospital. Lo mismo pasó con los pájaros que pasaron del lienzo immaculado de la mente de Max a volar en cielos azules, blancos y grises, cortando los rayos del sol, posándose en los árboles que ya eran familiares y cercanos.

Ya había pasado mucho tiempo desde su estancia en el hospital y miles de palabras habían tenido la oportunidad de materializarse en la mente de Max N. N. Estaban casi todas, o al menos la inmensa mayoría de las palabras que cualquier persona usaría en el trascurso completo de su vida.

Pero seguían faltando algunas. De vez en cuando, una palabra nueva cobraba vida y eso le producía a Max un inmenso placer.

Max quería recordar, no solamente las palabras. Max quería saber quién era.

Recibía el apoyo de un psiquiatra y le habían buscado un trabajo en un centro comercial con el que no tenía quejas. Para cualquier persona el trabajo era una parte importante de la vida. ¿Cuántas veces no hemos escuchado a alguien decir «me paso la vida trabajando»? No era el caso de Max N. N., que a veces se angustiaba al comprobar las infinitas y enormes diferencias que lo separaban de la gente corriente. A pesar de que pasaba con creces las ocho horas reglamentarias, para Max trabajar era una parte ínfima del día. La tarea de Max en la vida era entender el mundo, su mundo, con o sin recuerdos.

Todo se desenvolvía a sus anchas en un mundo extraño, un mundo en el que las palabras volaban confundidas hasta que se posaban sobre algo tangible y se convertían en objetos. Y eso no le pasaba a nadie más. Solo a Max.

¿Era Max como ellos?

¿Pertenece Max a este mundo?

¿Por qué nadie había denunciado su desaparición?, ¿por qué no lo reconocía nadie por la calle?

¿Había sido tal vez una sombra, un hombre sin cara que no deja huellas?

La gente seguía con sus vidas sin darse cuenta de los días que pasaban, sin pararse a pensar que cada día era un día menos que les quedaba, sin apreciar el maravilloso contexto que tenía todo para ellos, el sueño inalcanzable de Max de tener un pasado, unos amigos, una historia, un porqué.

De todas las palabras, las que más fascinaban a Max eran las que describían emociones humanas.

Encontró una lista en un libro de autoayuda que ojeó en el supermercado.

Miedo, Tristeza, Amor, Placer, Sorpresa, Rabia, Odio, Envidia...

Max N. N. casi sufre un ataque de pánico cuando notó que conocía el significado de todas aquellas palabras, entendía lo que eran aquellas emociones, aunque él no sentía ninguna de ellas.

En su hora de almuerzo, con aquellas palabras que describían emociones flotando en su cabeza, comenzó a caminar por los pasillos del supermercado como poseído, como si cada uno de los clientes con los que se cruzaba supusiera una amenaza a su mismísima existencia, como si cada losa que cubría el suelo le fuera extraña e inaccesible, como si el universo mismo le rechazara.

Como un virus en un cuerpo que lucha por aniquilarlo.

Fue solo minutos después cuando comprendió la paradoja de su horror.

Obviamente, había una emoción que sí sentía. De hecho la estaba experimentando en ese mismo instante.

Miedo.

Se quedó petrificado en mitad del pasillo de la sección de zapatería.

Max N. N. sentía miedo de ser diferente, tenía miedo de no tener emociones, pero ese miedo le demostraba que no era diferente después de todo.

Max entendió entonces que sentía también placer, que, como todos, ¡sentía curiosidad!

Empezó a reír como un niño en mitad del supermercado, ante las miradas atónitas de los clientes.

Max sabía lo que era el hambre y la sed, Max sabía lo que era desear a una mujer, Max sabía lo que era la compasión.

Max supo que pertenecía a este mundo y esa idea tan básica, tan universal, le produjo un placer mucho mayor que la materialización de ninguna palabra.

* * *

El recuerdo más antiguo de Max N. N. se remontaba a casi un año y medio atrás, cuando despertó en una habitación de hospital con la mente en blanco.

Lo único que pudo averiguar por aquel entonces fue que lo encontraron medio

muerto, flotando en el mar con una herida reciente en la cabeza. Según le explicaron después, la herida había sido causada por un disparo de arma de fuego. Una bala le había atravesado el cerebro, pero no le mató. Los médicos que le atendieron no paraban de decirle la suerte que había tenido. La bala le atravesó la cabeza de lado a lado dañando algunas partes de su cerebro sin causar lesiones realmente graves. Pasó varios meses en coma y, cuando despertó, tuvo que someterse a una dura terapia de rehabilitación para volver a caminar y a hablar.

Max no recordaba nada de aquello. Su psiquiatra le había explicado que sus recuerdos de ese periodo también se habían borrado, como el resto de su memoria.

No pudo averiguar nada más, nadie supo decirle quién o por qué le habían disparado.

Nadie parecía tener ni la más remota idea de quién era.

Max N. N. Falso era el nombre y, aunque consciente de su falsedad, había aceptado aquel como propio, lo había interiorizado y asimilado como suyo.

Tenía que agarrarse a algo, a un nombre, a una identidad, aunque no fuese la verdadera. Se puede ir por el mundo desconociendo muchas cosas, se puede ir por el mundo desconociéndolo prácticamente todo, como un recién nacido o como un idiota, pero no se puede ir sin un nombre propio en el que reconocerse, sería como ir desnudo o indefenso.

Max N. N. era un cascarón vacío que se aferraba a su propio nombre como se aferra un naufrago a un tablón a la deriva para no hundirse en las oscuras aguas de la no existencia.

Los servicios sociales le habían dado aquel nombre —que él mismo había elegido—, le habían conseguido un trabajo de mozo de almacén y repartidor a domicilio en un centro comercial y le habían proporcionado un pequeño piso donde vivir.

Como si esos tres elementos fuesen suficientes para que un hombre pudiese reconstruir su vida desde la nada.

Max aparcó la furgoneta de reparto del supermercado frente a una fila de adosados unifamiliares. Aquella casa era la siguiente dirección anotada en la hoja de ruta de reparto que llevaba en el salpicadero. Tiró de la palanca del freno de mano para inmovilizar el vehículo. Conducir era una de esas cosas que su psiquiatra llamaba «habilidades inconscientes». Recursos aprendidos que no se veían afectados por la amnesia. A pesar de no conservar ningún recuerdo, sabía cómo poner en marcha la furgoneta y cómo manejar la palanca de cambios y los pedales. Lo hacía sin pensar, como caminar o como llevarse un tenedor a la boca.

Se bajó. Abrió el portón trasero y sacó una pesada caja de plástico que contenía diversas mercancías. Cargando la caja, cruzó un pequeño jardín y se dirigió hasta la puerta de entrada. Depositó la caja en el suelo y llamó al timbre.

En un rincón del patio de entrada había un solitario árbol de navidad, seco y de

color marrón. A su lado se amontonaban juguetes infantiles cubiertos de polvo: un triciclo, un juego de bolos, una pistola de plástico, una pelota de goma, un pequeño dinosaurio de juguete...

Max pensó en aquellos objetos como testigos mudos del pasado de sus propietarios. Para él no significaban nada, objetos inservibles, poco más que basura. Pero en algún lugar debía haber alguien a cuya mente, al ver aquellos objetos, acudiría el recuerdo de gloriosas tardes infantiles de juegos y diversión.

En la terraza había también unas sillas de jardín alrededor de una mesa de plástico. Aquellas sillas llevaban aparentemente meses sin usarse y estaban cubiertas de tierra. Encima de la mesa, hojas secas y putrefactas. Aquel rincón, vestigio de una vida y costumbres pasadas, le produjo un gran desasosiego. Imaginó que, en algún lugar, debía existir un espacio donde tal vez se apilaban los objetos de su vida, tal vez en un sucio montón tan polvoriento y olvidado como aquel.

Daría cualquier cosa por reencontrarse con esos objetos.

Max se giró para buscar los rayos del sol invernal en el rostro. Respiró de forma lenta y profunda. Le gustaba sentir el sol en la cara. Le reconfortaba. Tal vez era una costumbre adquirida en su pasado olvidado, o quizás el placer por el sol era algo que había comenzado a sentir después de pasar tanto tiempo recluido en una habitación de hospital. Era difícil de saber. Max analizaba cuidadosamente todos sus gustos y preferencias, sus actitudes y sus reacciones, tratando de adivinar si era algo del «antes» o del «después». Por ejemplo, le gustaba fumar, y eso era algo que debía de haber hecho antes, pues la primera vez que olió el tabaco sintió la necesidad de encender un cigarrillo. Así que el hombre que había sido antes fumaba. Pero la mayoría de las veces no era tan sencillo establecer las conexiones. Por ejemplo, no encontraba ningún placer en mirar un partido de fútbol, algo que entusiasmaba a todos sus compañeros de trabajo del supermercado. Max no sabía si su falta de interés se debía a que nunca le había gustado el fútbol, o a que había olvidado las reglas y los factores que necesitaba para apreciar el deporte.

De ese modo frustrante y limitado, Max había intentado hacerse una idea de cómo podría haber sido su vida anterior. Cuáles eran sus gustos, sus aficiones, a qué se había dedicado y a qué no.

El único vínculo real con su pasado consistía en un puñado de objetos que alguien había dejado junto a sus ropas cuando le dieron de alta en el hospital: un recorte de una fotografía donde aparecía el rostro de una mujer, un puñado de monedas y billetes y un teléfono móvil inservible. Al parecer, eran lo único que había quedado del hombre que había sido en el pasado.

La puerta se abrió a sus espaldas y una mujer apareció en el umbral. Debía tener unos cuarenta años —un poco mayor que él, calculó Max—. Esa era otra de sus incógnitas, qué edad tenía realmente. Para averiguarlo siempre se comparaba

mentalmente con la apariencia de los demás.

La mujer tenía el pelo rubio teñido y unas prominentes caderas. Vestía una bata de seda blanca, medias oscuras y zapatillas con borlas de algodón.

—Buenas tardes, doña Rosa —saludó Max.

Alzó la pesada caja con la mercancía del supermercado y pasó al interior. Fue derecho hasta la cocina. Conocía bien aquella casa donde repartía cada semana. Depositó la caja sobre la encimera. Abrió la tapa y fue sacando uno a uno los productos que contenía: un paquete de arroz, latas de conservas, salchichas, botellas de refrescos...

—¿Cómo está su marido? —preguntó Max educadamente.

—Bien. Hoy tiene turno de noche —respondió la mujer. Se arrodilló junto a Max.

Max sabía que el marido de doña Rosa era conductor de una línea de autobuses que cubría el trayecto entre Almería y El Ejido, y que tenía cincuenta años de edad. Max conocía la edad de casi todas las personas con las que se relacionaba. Si se comparaba con el marido de doña Rosa llegaba a la conclusión de que él debía ser al menos diez años más joven.

La mujer desabrochó el cinturón de Max y le bajó el pantalón.

—¿Y cómo están sus hijos? —preguntó cortésmente Max.

—Oh, muy bien. Esos gamberros están en la piscina. Llegarán dentro de una hora.

La palabra «piscina» comenzó a flotar en la mente de Max como una pompa de jabón que se escapa por una ventana y se eleva hacia el vacío. «Piscina» subía y subía zigzagueante hasta que otras ideas surgieron de la nada y comenzaron a bailar en círculos a su alrededor.

Agua.

Bañador.

Toalla.

Respiración.

Doña Rosa se introdujo el miembro de Max en la boca. Max pensó que le gustaba que se la chuparan tanto como le gustaba fumar un cigarrillo o beber una cerveza en el bar al acabar la jornada de trabajo. También sabía que todo eso era algo que le gustaba a la mayoría de los hombres, a juzgar por los frecuentes comentarios sobre «mamadas» que escuchaba. Así que aquello tampoco le decía gran cosa sobre sí mismo, salvo que era un hombre como los demás.

En realidad, por la insistencia con la que todos hablaban continuamente de ello, follar con todas las mujeres posibles parecía ser la principal meta en la vida de todos los hombres; así que en ese sentido Max había llegado a la conclusión de que él mismo debía de ser un tío muy normal: practicaba el sexo con, al menos, diez mujeres diferentes cada semana. Lo hacía en cada una de sus visitas a las casas donde repartía los productos del supermercado. Todas aquellas amas de casa solicitaban

entrega a domicilio de sus compras y pedían expresamente que fuese Max quien realizase la entrega.

Sin embargo, Max había observado dos diferencias fundamentales entre él y los otros trabajadores del supermercado.

La primera diferencia era que practicar el sexo, en realidad, no le entusiasmaba. Más bien sucedía todo lo contrario. El sexo le producía cierto placer superficial, pero siempre acompañado de una sensación inquietante, difícil de concretar. Era una inquietud que conectaba de algún modo con su pasado y que afloraba con fuerza cada vez que lo hacía con una mujer. Por más que se esforzaba no lograba extraer nada más de sus recuerdos. Era como atisbar una amenaza por el rabillo del ojo que nunca se llegaba a materializar.

Doña Rosa se tumbó sobre la mesa de la cocina. Max puso las palmas de sus manos sobre los muslos de la mujer y la embistió con energía.

La segunda diferencia que Max había observado entre él y el resto de trabajadores del supermercado era que todas las mujeres con las que hacía el amor decían que era el hombre más guapo que habían visto en su vida. Todas se lo repetían, una y otra vez, le decían que nunca habían conocido a un hombre tan guapo en persona.

Max desconocía tanto de los cánones de belleza masculinos como de cualquier otra cosa, y estaba claro que él no había vivido antes en aquella ciudad donde todo el mundo se conocía aunque solo fuera de vista.

Ciertamente medía un metro noventa y tenía una complexión atlética. Sus músculos parecían haberse desarrollado con alguna clase de ejercicio muy intenso. Tal vez había sido algún tipo de deportista profesional, pero no se le daba especialmente bien correr, ni tenía ninguna habilidad con un balón en los pies. Así que no tenía ni idea de cómo había llegado a desarrollar aquellos músculos.

Placer.

Vibración.

Semen.

Humedad.

Cuando acabó, Max recompuso sus ropas y salió de la casa.

—Nos vemos la semana que viene, cariño —se despidió la mujer desde el umbral.

Max se giró y le lanzó un beso con la palma de la mano. Silbando una melodía, se metió en la furgoneta de reparto y condujo hacia el supermercado. Aquella había sido la última entrega del día, por lo que su jornada de trabajo había acabado.

Mientras recorría Almería con su camioneta de reparto, escuchaba siempre las noticias con atención, ansioso por escuchar alguna sobre su desaparición, la desaparición de su antiguo yo. Cualquier noticia que le ayudara a descubrirse a sí mismo. Sin embargo, la única desaparición de la que se hablaba era la de una joven llamada Irena Aksyonov, hija de un magnate ucraniano. Max había visto a la chica en

la televisión, una adolescente de catorce años, casi una niña. Todas las televisiones habían difundido su fotografía con el objetivo de que alguien pudiese dar alguna pista sobre su paradero.

Max también recordaba al padre de la muchacha. Había aparecido en televisión con ojos enrojecidos, jurando venganza al secuestrador de su hija. La cara de aquel hombre era la viva representación del odio en estado puro.

Ahora estaban hablando precisamente de él, el pobre hombre.

—Buenas tardes, les habla Alfredo Casas; estas son las noticias de Cadena SER Almería, trayéndote los temas de la actualidad local y nacional que te interesa conocer. Hoy nos vuelve a ocupar la misteriosa desaparición de la joven Irena Aksyonov. En un nuevo y dramático giro en la investigación, el juez del caso ha procesado al padre de la joven, el empresario Serguei Aksyonov, como culpable de dicha desaparición.

Max negó con la cabeza mientras conducía. Aquel hombre era inocente de lo que le acusaban. Su expresión de dolor era sincera cuando lo vio en televisión, su rabia y desesperación eran genuinas. Max estaba seguro, aunque no sabía de dónde provenía esa seguridad.

—La policía —se quejaba ahora el abogado de Serguei Aksyonov— lleva décadas acosando a mi cliente y a su familia. Las acusaciones que se han vertido durante todos estos años sobre el buen nombre de los Aksyonov han sido siempre infundadas. Hay algo detrás de todo esto de lo que nadie habla; yo lo voy a hacer. En este país no se perdona que gente de origen extranjero haga una fortuna. A eso se le llama *xenofobia*. Amigos, les invito a todos ustedes a que hagan una reflexión profunda como ciudadanos acerca de su propia identidad, de las razones que les hacen ver a alguien como culpable o inocente...

Max apagó la radio. Aparcó la camioneta en el parking del centro comercial. Después fue andando hasta un bar que había al otro lado de la calle, donde solían reunirse algunos de los empleados para tomar una cerveza al acabar la jornada. El bar era estrecho y alargado,apestaba a cerveza y a fritura. Tres de sus compañeros se encontraban ya al fondo, mirando con desgana la repetición de un partido de fútbol en una televisión que colgaba del techo. Max les saludó con un movimiento de cabeza. El camarero, un hombre flaco y con cara de pocos amigos, restregaba un trapo húmedo contra el cristal de la barra.

Max se sentó en un taburete y pidió una cerveza.

José, el encargado de la carnicería del supermercado, se volvió hacia él. José tenía grandes brazos de oso y sus manos siempre parecían impregnadas en sangre, incluso después de lavarlas concienzudamente, incluso en la oscuridad. Probablemente la sangre había acabado metiéndosele bajo la piel, como un tatuaje, y no había forma de quitársela.

—¡Eh, Max! —gritó José con una sonrisa torcida en los labios—. ¿Qué tal te ha ido el reparto hoy?

Todos se volvieron para mirarle. Max sonrió con torpeza, sin saber qué responder. Se había dado cuenta de que todos le consideraban una especie de retrasado mental con una inmerecida suerte. La calificación de retrasado se debía, sin duda, a su amnesia. Max sabía que su mente funcionaba perfectamente, pero el hecho de no recordar nada y tener que preguntar continuamente sobre cualquier cosa le hacía parecer torpe e idiota la mayor parte del tiempo. Por eso Max se limitaba a hacer las tareas que había aprendido y a no hacer demasiadas preguntas.

Que tuviera, además, relaciones sexuales con varias de las clientas del supermercado era motivo de que todos le atribuyesen una inmerecida suerte. Max había acabado comprendiendo que su actividad sexual despertaba no pocas envidias entre sus compañeros de trabajo.

—¿Todavía se le moja el chocho a esa vieja que te follas? —insistió José, paseando una sonrisa socarrona entre los presentes—. ¿Se lo has chupado hoy con esa cara tuya de capullo? —Achicó los ojos, sacó la lengua y la agitó como si lamiese algo.

Todos estallaron en una carcajada.

—Venga, José, no te metas con el pobre Max —dijo Rodrigo, el responsable de la sección de alimentación, que tenía una barriga enorme y una nariz como un puño—. Sabes que el hombre hace una labor humanitaria...

Volvieron a reír a carcajadas.

—Dejadme en paz —gruñó Max dándoles la espalda.

—Venga, Max, no te cabrees, hombre —dijo José conciliador—. Vamos a echar una partida de póquer, nos falta uno, ¿te apuntas?

La palabra *póquer* se iluminó como una bombilla en la mente de Max. Estaba claro que era una palabra que conocía, aunque no podía asociarla con ningún recuerdo; no había ninguna conexión emocional asociada a la palabra, solo cartas que flotaban, corazones, diamantes, billetes de verdad y monedas de plástico que danzaban en círculos como si se tratara de un tornado. Minutos antes, *piscina* volaba pausadamente hacia el cielo azul; *póquer*, sin embargo, estaba encerrada en un cuarto oscuro cargado de humo.

Cuando *póquer* se posó en una mesa imaginaria, rodeada de todas sus palabras amigas, a Max le sobrevino una desagradable sensación de peligro...

Números.

Humo.

Rojo, negro, blanco.

Sangre.

—Eh, yo no voy a jugar con el tontaina ese —dijo Rodrigo por lo bajo.

Max pudo escucharle perfectamente.

—Por mí vale —aceptó Rolando, de la sección de charcutería, un sudamericano sin barbilla con aspecto de roedor—. Que vaya conmigo. Lo que sea por no ver la mierda esta de partido.

—Vamos, Max, no te hagas de rogar. Vente a jugar —llamó José.

Max se sentó a la mesa junto a sus compañeros. José empezó a explicarle las reglas del póquer. Hablaba muy despacio, como si se dirigiese a un idiota.

—Apostaremos dinero de verdad, ¿de acuerdo? —dijo José guiñando un ojo a los otros dos hombres—. La apuesta mínima es un euro, ¿lo has entendido Max?

Max asintió. El juego parecía muy simple. Se repartían cartas al azar entre los jugadores. En función del tipo de carta se podían formar diferentes combinaciones. Cada combinación tenía un valor diferente. Dos cartas iguales eran una pareja, tres un trío, cuatro un póquer. El póquer tenía más valor que un trío, y este, a su vez, más que una pareja.

—Vamos con la primera mano —dijo José—. ¿Estamos?

Max supuso que *mano* era lo mismo que *partida* y asintió con la cabeza. Había que apostar una cantidad de dinero. Quien lograra la combinación de cartas de mayor valor se llevaba el dinero apostado.

Sin embargo, cuando jugaron la primera mano, Max comprendió que la clave del juego no estaba en el simple azar de lograr las mejores cartas, sino más bien en aparentar que se tenían buenas cartas. José ganó la primera ronda al subir su apuesta, ante lo cual los demás se retiraron. Sin embargo, José tenía una simple pareja de doses.

Max comprendió que el verdadero juego consistía en amedrentar al contrario fingiendo tener buenas cartas, para que nadie se atreviese a igualar la apuesta y los demás acabasen perdiendo al retirarse sin confrontar siquiera las cartas.

Después de un puñado de manos, Max se dio cuenta de otra cosa: cada uno de los tres hombres llevaba a cabo un repertorio de pequeños gestos cada vez que fingían tener mejores cartas de las que llevaban en realidad. Los gestos le resultaban totalmente evidentes. Se sorprendió de que los demás no captaran todas aquellas muestras que anunciaban el engaño. José se tiraba del cuello de la camisa con un dedo y se rascaba. Rodrigo tragaba saliva; el movimiento de su nuez era inconfundible, como una señal de aviso de sus cartas. Rolando torcía la boca con los labios apretados. A veces, cuando José iba a rascarse, la mano se quedaba a mitad de camino, interrumpiendo su periplo hasta el cuello con un gesto sin sentido como levantar el pulgar o balancear el dedo índice como si estuviera sacudiendo la ceniza de un cigarrillo. Pero sin cigarrillo.

Al principio, Max pensó que estaban tomándole el pelo otra vez. Era como si todos quisieran hacerle ver con señales cuándo estaban mintiendo. Pero, después de

jugar varias manos, comprendió que solo él parecía fijarse en aquel repertorio de gestos.

Entonces comenzó a dirigir sus apuestas en función de las señales que hacían los demás y de ese modo ganó la mayor parte de las manos. Solo se echaba atrás y no subía la apuesta cuando sabía que alguien llevaba realmente buenas cartas porque su cara producía una rápida y leve sonrisa. Otra señal de que alguien llevaba buenas cartas era tamborilear los dedos suavemente contra la mesa, dando muestras de impaciencia por terminar esa mano que creía ganada.

Después de unas cuantas rondas, José empezó a girar la cabeza y a mirar por encima de su hombro como esperando encontrar alguien detrás.

—Estás haciendo trampas —gruñó el carnicero con el ceño fruncido. Tiró sus cartas sobre la mesa. Apretó la boca, elevando el labio inferior—. Llevas diez manos seguidas ganando.

—Yo no hago trampas —dijo Max.

—Y una mierda. Estas cartas están marcadas o algo pasa. Me has pillado todos los faroles, hijo de puta. —José dio un manotazo a las cartas que sostenía Max, que volaron por los aires—. Te estabas haciendo el tonto, haciendo que no sabías jugar al póquer, ¿eh? ¿Cómo lo haces? ¡Di, tramposo!

José frunció el entrecejo, su nariz se dilató y el labio inferior se puso en tensión. Se puso en pie y agarró a Max por la solapa de la camisa. Max era más alto que él, pero José tenía la robustez de un toro. Con un movimiento del cuerpo lo lanzó hacia atrás. Max tropezó con un taburete y se quedó sentado a medias, apoyado contra la barra.

—Lo siento, José —dijo Max, conciliador. Levantó las palmas de las manos—. No quería echar a perder el juego. Solo tuve un poco de suerte.

Algo le dijo que sería mejor no mencionar lo evidente que le había resultado descubrir que mentían.

El responsable de la carnicería se abalanzó de nuevo sobre él, agarrándole del cuello con una de sus grandes manos impregnadas de sangre.

—Venga, José, déjalo en paz —dijo Rodrigo cogiéndole por los hombros—. Solo ha sido la suerte del principiante.

—Será gilipollas el tarado este —masculló José. Torció el rostro, elevando un lado de la boca, los labios apretados y los ojos entornados—. Anda y vete ya, gilipollas, antes de que te parta la cara de idiota que tienes.

Max salió del bar. Había anochecido y la humedad brillaba en la superficie de los coches. Max recorrió a pie el trayecto hasta su casa mientras reflexionaba sobre lo sucedido. El viento era frío y húmedo y el aliento de las personas con las que se cruzaba flotaba, blanco, precediéndoles en su marcha.

Algo se había destapado en su mente. Era como si hubiese llevado una venda

sobre los ojos que se le hubiese caído de repente. Los gestos y expresiones en los rostros de los demás traspasaban sus sentidos y le decían cosas, cosas que no podía conocer de otro modo. Había sabido cuándo mentían y, después, había visto con claridad la desconfianza, la furia y el desprecio dibujados en el rostro de José. Era como leer las descripciones en un libro. Salvo que, en lugar de letras formando palabras, el lenguaje estaba formado por las expresiones del rostro, la altura de las cejas, la tensión en los labios, el movimiento de la barbilla, de los ojos... La posición de las manos, el tono de voz... *Lenguaje corporal*.

El concepto emergió desde algún rincón del fondo de su mente. Lo que Max estaba haciendo era interpretar el lenguaje corporal. Aquello debía de corresponderse con alguna habilidad de su vida anterior, tal y como le había explicado su psiquiatra. Una habilidad que no había olvidado, como conducir.

¿Cómo habría desarrollado aquella habilidad? ¿Y para qué?

Las preguntas se agolpaban en su mente como una avalancha de rocas ladera abajo. Cada pregunta era como una piedra que desprendía a su vez otras preguntas y unas se acumulaban sobre otras y ninguna tenía respuesta.

No poder compartir con nadie lo que sentía le provocaba una profunda sensación de soledad. Cada vez tenía más la certeza de que había sido alguien diferente a la gente que le rodeaba. Los detalles sobre sí mismo que iba descubriendo así se lo confirmaban. Y, sin embargo, si había sido alguien que destacaba de algún modo sobre el resto, ¿cómo había podido desaparecer sin dejar rastro, sin que nadie le reconociese o le estuviese buscando en aquel mismo instante?

Había carteles de la chica desaparecida, Irena Aksyonov, por todos lados, pero no había ningún cartel con la cara de Max N. N.

Cuando llegó a su apartamento se quitó las ropas de trabajo y se metió en la ducha. El agua caliente le tranquilizó en parte. Mientras se secaba, contempló su cuerpo en el espejo del baño. Allí estaban todos aquellos músculos. No obstante, lo que más le intrigaba eran las cicatrices.

Tenía cicatrices en el pecho, en el torso, en los brazos y en la espalda. También en las piernas. Recordaba como esas cicatrices supuraban y le dolían cuando estaba en el hospital. Pero, según el psiquiatra que revisaba su caso, habían pasado varios meses desde que despertó del coma hasta que su mente comenzó a consolidar recuerdos. *Amnesia anterógrada* lo había llamado el psiquiatra. Después de salir del coma, su mente fue incapaz, durante un tiempo, de guardar recuerdos nuevos. Así que, si recordaba el dolor, si recordaba las heridas abiertas, eso significaba que esas heridas se habían producido estando en el hospital. La pregunta era: ¿cómo? Su psiquiatra no tenía explicación. El psiquiatra había tratado de convencerle de que esos recuerdos eran falsos. Max sabía que no era así. Estaba completamente seguro de que aquellas heridas se habían producido mientras estaba en el hospital.

Se puso un pijama y después cogió una lata de cerveza de la nevera y se sentó en una silla junto a la mesita del salón, que también era el dormitorio. Encendió un cigarrillo y sacó una pequeña caja de madera del cajón de la mesita. Abrió la tapa y extrajo cuidadosamente todos los objetos que contenía: tres monedas de un euro acuñadas en España y un billete de cinco euros; un teléfono inservible, sin batería ni tarjeta, modelo Blackberry, y un fragmento de fotografía en el que podía verse la parte superior del rostro de una mujer. La mujer debía tener unos veinte años, tenía el pelo negro y era guapa. Aunque la fotografía estaba cortada y no podía verse la boca, sus ojos indicaban que sonreía a la cámara.

Al dorso de la fotografía había una frase escrita a mano: «La historia la escriben los ganadores».

Max permaneció un largo rato contemplando aquellos objetos; ningún pensamiento acudió a su mente en blanco, ninguna asociación. Solo una pregunta recurrente, sin respuesta: ¿de qué modo lograría recuperar su vida olvidada?

Carla

Llevaba cuarenta y ocho horas de espera angustiada, sin dormir, contando los minutos, en un estado febril, aguardando en la sala de espera del hospital noticias sobre el estado de su hermano Isaac, noticias que se producían con desesperante lentitud.

Los médicos le habían dicho que el estado de su hermano era crítico. Tenía una fractura en el cráneo y un grave derrame cerebral. En aquellos momentos estaba siendo intervenido quirúrgicamente por tercera vez para detener la hemorragia. Los daños en la cabeza habían sido importantes.

Después de cuarenta y ocho horas sin dormir, Carla tenía dificultades para distinguir lo real de lo que no lo era. Las luces, los olores y las palpitaciones la sacudían con una dureza insólita. Cada vez que respiraba parecía que el aire estaba cargado de agujas.

Ahora estaba convencida de que lo que había hablado con aquellos dos policías unas horas antes había sido solo una pesadilla.

Los policías le habían explicado que un hombre había agredido a su hermano porque estaba acosando a su hija menor de edad. Le dijeron que habían denunciado a Isaac por acoso.

Carla necesitó que se lo repitiesen varias veces hasta que logró entender lo que la pareja de policías estaban intentando decirle. Habían denunciado a Isaac por acoso sexual a una menor.

Acoso sexual, a una menor. Acoso sexual. Una menor.

Había sido el padre de la joven supuestamente acosada quien le había propinado una paliza que casi acaba con él. Carla no podía dar crédito a las palabras de los policías.

—Eso no puede ser —había dicho con la voz rota, negando enérgicamente con la cabeza—. Mi hermano no puede haber hecho eso. ¿Y el que le atacó? ¿Lo habrán detenido, no?

—Ha declarado ante el juez y ahora está libre sin cargos —respondió el policía—. El padre de la chica dice que Isaac Barceló estaba acosando sexualmente a su hija de catorce años. Al parecer tiene pruebas.

—¡Eso es imposible!

—Vamos a investigar lo que haya podido pasar. Queremos hablar más tarde con usted, en comisaría, para tomarle declaración y hacerle algunas preguntas.

Lo único cierto es que Isaac se debatía entre la vida y la muerte con una grave hemorragia cerebral causada por un golpe en la cabeza. Le habían dado una paliza y el agresor ni siquiera estaba detenido.

Carla no entendía nada. Para colmo, el hombre que había atacado a su hermano le acusaba, a su vez, de acosar sexualmente a su hija de catorce años. Y encima la policía decía que tenía pruebas. ¡Pero eso era imposible! Carla conocía a su hermano. Isaac era incapaz de hacer algo así. Tenía que ser un error, un monumental error.

Desde aquella conversación absurda con la policía habían pasado cuarenta y ocho horas interminables, en la sala de espera, sin dormir, sin comer, esperando noticias, esperando que algún maldito doctor apareciese para decirle que Isaac estaba bien y que su vida no corría peligro. Pero las noticias nunca llegaban.

Estaba sentada en una silla de plástico. No se había cambiado de ropa, llevaba el mismo traje de falda y chaqueta con el que había acudido a ver al juez, aunque hacía horas que se había quitado los tacones y se había quedado descalza. La sala de espera era amplia, con el suelo de baldosas frías, blancas y negras, y las paredes pintadas de verde. No había ventanas. Había por lo menos cincuenta sillas idénticas, de plástico gris, formando hileras, unidas entre sí por un armazón metálico. Las paredes estaban llenas de carteles descoloridos que parecía que llevaban siglos allí colgados («Unidos luchamos contra el cáncer», «Prevenir las infecciones está en nuestras manos», «Día mundial del alzhéimer», «Sigue tu línea, no te pases con la sal», «Detección precoz de la sordera. ¿Por qué no hay que esperar?»...). En su ir y venir, Carla había leído cientos de veces aquellos carteles con tal de mantener la mente ocupada siquiera unos segundos.

Por la sala habían transitado diversas personas que entraban o salían, que se quedaban allí durante un tiempo indefinido y luego desaparecían. Para Carla solo eran rostros fantasmales, presencias borrosas e indefinidas que no podía concretar en su mente.

Ahora se encontraba completamente sola. En la sala reinaba un silencio aplastante. Por momentos, Carla tenía la impresión de que el tiempo se había detenido. El mundo se iba cerrando, oscureciéndose a la vez que una luz brillante ardía en el interior de su mente. Y, aunque tenía los ojos abiertos, era como tenerlos cerrados. Le pesaba el cuerpo y empezaba a temblarle ligeramente. Hacía horas que el corazón latía con fuerza, muy rápido.

Por fin apareció un doctor. Carla se puso en pie de un salto. Era el jefe de urgencias, quien le había ido dando las noticias acerca del estado de Isaac. Un hombre de unos sesenta años, de nariz ganchuda, calvo y con barba blanca. Tenía el ceño fruncido y una expresión sombría.

—Su hermano se encuentra ahora en coma inducido —explicó el doctor—. Hemos detenido la hemorragia cerebral, lo cual significa estabilidad. Ahora solo nos queda esperar y ver cómo evoluciona. Pero quiero ser sincero con usted, su estado es crítico.

—¿Puedo verlo? —preguntó Carla.

El doctor la acompañó hasta la habitación.

Lo que más afectó a Carla fue la dificultad para reconocer a Isaac. Le habían afeitado todo el pelo, y también las cejas. Una terrible cicatriz le cruzaba la parte superior del cráneo. Su rostro tenía un aspecto extrañamente desencajado. Parecía otra persona. Era como un molde de cera de la cara de Isaac que hubiese sido deformado por el calor. Parte de su cara estaba hinchada de un modo grotesco y otra parte parecía hundida.

Su rostro, a pesar de estar sedado, no tenía una apariencia relajada. La máscara de oxígeno que llevaba parecía estar forzada dentro de su boca, y, aunque estaba inconsciente, daba la impresión de que estaba sufriendo. Tenía numerosos electrodos adheridos al pecho y le salían cables de la espalda. De ambos brazos salían sondas conectadas a bolsas de plasma.

Pero lo que más horrorizó a Carla fue ver la sonda que Isaac tenía saliendo de su pene, a la vista de todas las enfermeras que entraban y salían. Pensó entonces que no veía desnudo a su hermano desde que eran unos críos. Recordó lo que se impresionó la primera vez que le vio sus partes íntimas, siendo una niña, y la frustración que sintió al no tener ella «una de esas cosas».

Quiso acercarse y decirle algo al oído, alguna palabra de ánimo, lo que fuera, aunque estaba paralizada.

Los fluorescentes del techo repartían una claridad uniforme, sin sombras. Carla hubiese deseado estar a oscuras, poder imaginar a su hermano tal y como lo recordaba y no de aquel modo.

Le cogió la mano. Se estremeció al sentirla fría y descarnada. El pecho de Isaac subía y bajaba lentamente, pero su cuerpo mantenía una postura extraña, parecía arqueado en un ángulo poco natural.

Carla tardó un tiempo indeterminado en darse cuenta de que tenía el rostro congestionado y que luchaba por no llorar. Estaba convencida de que si empezaba a llorar lo poco que quedaba de ella se diluiría entre las lágrimas. El doctor apoyó una mano en su hombro.

Una enfermera cubrió el cuerpo de Isaac con una sábana y una fina manta. Aunque aquello no cambiaba nada, de algún modo supuso un alivio enorme para Carla.

—Le recomiendo que descanse y esté preparada —dijo el doctor.

«Preparada», repitió una voz hueca en su cabeza, ¿preparada para qué? ¿Cómo puede alguien prepararse para la desaparición de un ser querido? La idea de no volver a escuchar la voz de su hermano, de no volver a verle sonreír, de no volver a verle jamás... No podía prepararse para eso. No podía aceptar que su hermano desapareciera sin más.

—Si no le importa, preferiría quedarme aquí, a su lado.

—Desde ahora puede quedarse todo el tiempo que quiera —dijo el doctor.

Cuando todos se marcharon, Carla dejó de luchar y comenzó a llorar. Aquellas formas de desesperación eran nuevas para ella, ni su cuerpo ni su mente conocían los mecanismos para hacerles frente. La angustia llegaba en oleadas que casi la hacían perder el conocimiento.

Había pasado tanto tiempo pensando en su hijo Aarón, aferrada a un pasado que ya era piedra, un pasado que no se podía cambiar, aferrada a la idea de una persona inexistente, aferrada a un futuro que nunca llegaba, siempre mirando hacia delante y hacia atrás, ignorando siempre el presente, llorando por un hijo que no había tenido en vez de disfrutar del ahora, de todo lo que su hermano Isaac le ofrecía.

Y ahora Isaac podía morir.

La idea era inconcebible, inaceptable.

«Si miras al futuro estás perdida».

Tenía que concentrarse en el momento presente. Intentar sobrevivir a cada latido del corazón. Todavía había esperanza. Isaac iba a sobrevivir. Las heridas sanarían. Su rostro recuperaría su aspecto habitual. Viviría y ella volvería a verlo sonreír.

Se aferró a esa idea para seguir respirando.

«Si miras al futuro estás perdida».

Alzó la cabeza y vio a su hijo Aarón postrado sobre su tío.

Carla pensó que ya era suficiente. Su hijo no existía. Aarón pertenecía a una dimensión aparte, no era real, por más que se empeñara en entrelazarse con sus pensamientos.

Lo que Aarón hace, lo que Aarón me dice...

Pero su hijo no se llamaba Aarón ni estaba en aquella habitación de hospital. Había llegado el momento de concentrarse en cuerpo y alma en la realidad, una realidad en la que su hermano, que sí existía y se llamaba Isaac, estaba al borde de la muerte.

Volvió a levantar la vista. Aarón seguía en el mismo lugar, con el ceño fruncido en su carita de niño, la mirada llorosa y una expresión de incompreensión ante el estado de su tío.

—Aarón, sal de aquí hijo, fuera de aquí, vete...

La imagen de su hijo se difuminó por fin, como la niebla al amanecer.

Una lágrima surcó la mejilla izquierda de Carla.

Fijó la vista en el techo, inspiró profundamente, después expelió el aire lentamente, imaginando que era su espíritu el que salía de su cuerpo dejando atrás un trozo de carne insensible, y que ese espíritu emergente contenía todo el dolor y el miedo, y que emprendía un viaje hacia lugares desconocidos donde sería purificado.

El cansancio se había apoderado de hasta el último átomo de su cuerpo de un modo inexplicable. Demasiadas horas sin dormir. Ya no sabía si estaba despierta o

deliraba.

Acercó una silla a la cama y se sentó. Apoyó la cabeza en el brazo de su hermano. Más valía que descansara un poco. Por la mañana tenía que hablar con la policía y aclarar lo que había pasado. Tenía que ser fuerte. Siguiendo la costumbre, pensó en su hijo Aarón, buscando su apoyo. Enseguida se obligó a recordar que estaba sola.

«Estás sola, y sola tienes que salir adelante».

Y con esa idea acabó cayendo en un inquieto duermevela.

19

Alicia

Alicia se había pasado la noche trabajando en «limpiar su imagen». O, al menos, intentándolo.

Lo primero que había hecho fue tratar de borrar su falso perfil en la red social MyLife, donde Erica la había suplantado. La muy asquerosa de Erica había creado un perfil con el nombre de Alicia Roca —había puesto sus datos e incluso su foto— y había confesado públicamente, haciéndose pasar por ella, que estaba liada con el profesor de inglés, al que todos llamaban el señor T.

ALICIA ROCA Mi padre es un mierda que abandonó a mi madre cuando yo tenía 11 años. Mi madre es alcohólica. Tengo un hermano retrasado que no puede ni hablar. Estoy bastante gorda, me sobran unos 20 kilos (o más). Y a pesar de todo soy feliz porque estoy ENAMORADA□□□. Es un hombre mayor que yo, pero no importa porque él también me quiere. Me acuesto con mi profesor de inglés, el señor T.

Le hervía la sangre cada vez que leía aquello. Para su indignación, no había podido borrar todavía el perfil falso. Para crear un perfil solo había que dar un nombre —falso o no, nadie lo comprobaba—, una dirección de correo y una contraseña, y luego insertar la información personal que uno quisiera —falsa o no—. Nadie comprobaba que uno era quien decía ser. Sin la contraseña de acceso era imposible borrar o modificar un perfil creado por otra persona.

Después de pasarse mil horas buceando entre la letra pequeña de las políticas de privacidad de MyLife y después de leer como un millón de veces la misma idea redactada de mil formas diferentes —que la empresa responsable de la red social quedaba libre de cualquier daño o perjuicio que el uso de la red causara a sus usuarios, bla, bla, bla...—, logró encontrar un formulario de reclamación. Lo envió denunciando que alguien había suplantado su personalidad. La respuesta de la compañía —un mensaje automático— fue que estudiarían su reclamación y que tomarían una resolución en un plazo de treinta días. ¡Treinta días! Para entonces Erica ya la habría destruido por completo. No podía esperar tanto tiempo.

Tampoco es que pudiera hacer otra cosa. Intentó crear su propio perfil verdadero en MyLife y como el nombre de Alicia Roca ya estaba en uso tuvo que llamarse *Alicia Roca auténtica*. ¡Patético!

En su perfil verdadero se puso a introducir información sobre ella misma —dirección, teléfono, número de la seguridad social—, con la idea de demostrar que era la auténtica Alicia Roca. Entonces se dio cuenta de que si dejaba allí esos datos, Erica también podría copiarlos en su perfil falso. ¡Joder! Era un callejón sin salida.

Tampoco es que tuviera pruebas para demostrar que Erica estaba detrás de su

falso perfil. Era una locura. Lo único que podía hacer, por el momento, era comenzar a contestar a los comentarios desmintiendo lo que la falsa Alicia había dicho.

ALICIA ROCA AUTÉNTICA DIC 15 2012 3:50 AM Yo soy la verdadera Alicia Roca, alguien ha suplantado mi perfil y ha dicho un montón de mentiras sobre mí. Yo no tengo ninguna relación con el profesor de inglés. Todo es falso. La persona que ha dicho todas esas mentiras lo va a pagar. Sé quién es. Aún no tengo pruebas para demostrarlo, pero pronto quedará en evidencia».

Se dedicó a copiar el mensaje y a pegarlo como respuesta a todos los comentarios que había en su perfil falso. A ver si así calaba la idea entre sus compañeros de que alguien se estaba haciendo pasar por ella. Era patético, ya que eso era todo lo que podía hacer por el momento.

Todavía tenía que pensar cómo vengarse de Erica.

Escribió un correo al profesor de inglés, el señor T., donde le explicó todo lo que había pasado con Erica. Le daba una vergüenza horrible admitir su lesbianismo, el episodio con el consolador, aunque si quería que el profesor de inglés la creyese, no veía otra alternativa que ser sincera con él. Seguro que el profesor valoraba su sinceridad. Se daría cuenta de que Erica era un mal bicho y que había sido ella la que había dicho todas aquellas mentiras. El señor T. no toleraría algo así, estaba segura. El señor T. era justo, haría lo posible para que expulsaran a Erica del instituto.

Cuando acabó de redactar el correo y lo envió ya estaba amaneciendo. Genial, otra noche en blanco.

Se dio una ducha rápida. Cuando se asomó al espejo vio que las ojeras le llegaban al suelo. Para disimularlas se pintó el contorno de ojos con lápiz negro y se aplicó abundante base de maquillaje bajo los ojos. No se maquillaba casi nunca. Le encantó el efecto del lápiz negro en el contorno de ojos. Tenía un aspecto felino. Agresivo. Pinturas de guerra.

¡Voy a por ti, Erica!, dijo al espejo poniendo cara de mala.

Cuando bajó a la cocina se encontró otra vez con el novio de su madre, aquel tío enorme de espaldas tan anchas. Mario, *el Armario*, lo había bautizado. Llevaba un traje tan elegante como el día anterior y estaba recostado en la silla con la misma postura de «dueño y señor de este castillo». Tenía un periódico en la mano y estaba tomando un café.

—Hola niña, ¿qué tal te va? —saludó con una sonrisa de presentador de televisión.

—Me llamo Alicia.

—Sí claro, pero eres todavía una niña. Una niña a la que le gusta pintarse. ¿Tu madre te deja jugar con maquillaje de mayores?

Alicia tragó saliva y respiró hondo. Para colmo aquel tío se había acabado todo el café. Rellenó la cafetera y la puso en el fuego. El agua tardó como una eternidad en

hervir. La cocina estaba helada. Por la ventana vio el Mercedes negro aparcado junto al patio de su casa. Parecía un animal enorme y agazapado. Le gustaba aquel coche. Desde luego aquel tío estaba forrado.

—¿En qué trabajas, Mario? —preguntó Alicia.

El café empezó a subir a borbotones en la cafetera.

—Tengo negocios.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de negocios?

—Negocios que una niña como tú no entendería —respondió con brusquedad.

«Joder, por qué mi madre no se puede liar con alguien amable, para variar».

Aquel tío era tan imbécil como elegante. Alicia llenó un termo de café y se lo guardó en la mochila para beber en clase. No aguantaba allí ni un segundo más.

—Que te jodan, Mario —dijo al salir por la puerta.

En la calle hacía un frío de mil demonios. Había estado lloviendo toda la noche y todo estaba echo un asco, lleno de charcos y de barro. Alicia caminó hasta el instituto bebiendo tragos de café para entrar en calor y no dormirse. El cielo no era azul, era blanco, un blanco de nubes que ocultaba el sol y que, irónicamente, auguraba de todo menos paz. Iba a ser un día duro. Esperaba que sus mensajes hubiesen tenido algún efecto. O, al menos, que el señor T. hubiese leído su email. Algo haría el profesor.

Pero cuando llegó al instituto descubrió que el centro de atención era precisamente Erica, aunque por un motivo que nunca hubiese imaginado.

Erica había desaparecido.

Las clases se habían suspendido y los pasillos del instituto eran un revuelo de estudiantes y profesores. El primer estudiante que encontró la puso al día de la noticia: los padres de Erica habían denunciado a la policía la desaparición de su hija.

Erica no había pasado la noche en casa, no contestaba al teléfono móvil y nadie sabía dónde estaba. Los padres de Erica habían emitido una petición de ayuda en la radio local de Almería. En la radio habían dicho que las primeras cuarenta y ocho horas eran vitales para buscar a un desaparecido. Si alguien había visto a Erica en compañía sospechosa, era en esos primeros instantes cuando podría recordar algún detalle. Después, la gente confundía lo que escuchaba en televisión con lo que había visto en realidad, las pruebas se diluían y se hacía mucho más difícil seguir el rastro.

Así que en el instituto todo el mundo se había volcado a ayudar. Las clases se habían suspendido y se estaban organizando grupos para pegar carteles por la calle.

«Se busca», «¿Han visto a esta chica?»

En el cartel aparecía una foto de Erica con apariencia angelical.

—Joder, que si la he visto —respondió Alicia en voz alta cuando Samanta le enseñó el cartel que iban a pegar.

—Tú eres amiga suya, ¿verdad? —le preguntó Samanta—. Te vieron con ella en su coche.

—No, no era yo —respondió torciendo la boca hacia un lado y arrugando la nariz —. Yo no soy su amiga ni nada.

—¿Fuiste a su casa o no?

—Que no, nunca he ido a su casa —respondió Alicia mirando el suelo y dando un paso atrás.

Samanta la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Tienes idea de qué puede haberle pasado?

—No.

—Toma estos carteles para pegar. —Samanta le tendió un fajo grueso.

—No voy a pegar ningún cartel de esa idiota.

Lo que Alicia pensó fue que Erica se habría largado con algún tío, que estaría pasándose bien por ahí y que dentro de unos días volvería dándose importancia. No entendía por qué todos se volvían locos. Total, todo porque sus padres eran médicos y tenían dinero. Seguro que si era ella la que desaparecía, nadie del instituto movería un dedo.

—¿No vas a ir a pegar carteles? —preguntó Samanta con los ojos muy abiertos.

—No. Por mí que no vuelva nunca.

—Eres mala persona, Alicia. Siempre me lo pareciste.

Alicia iba a decir algo, pero Samanta se largó y la dejó con la palabra en la boca. Genial. Se puso entonces a buscar al profesor de inglés entre todo el revuelo que se había formado en los pasillos. Tenía que hablar con él y preguntarle si había leído su email. Tenía que saber si la iba a apoyar. Erica se iba a llevar una buena sorpresa cuando apareciese y se diese cuenta de que los profesores sabían lo que había hecho. La expulsarían y no volvería a poner un pie en el instituto.

Se encontró al profesor de inglés en la puerta de su clase rodeado por un grupo de alumnos. Estaba repartiendo carteles y dando instrucciones, coordinando equipos de reparto para recorrer Almería. Cuando vio a Alicia se apartó del grupo, la agarró por el brazo con brusquedad y se metieron en el interior del aula. El señor T. cerró la puerta.

—¿Tienes tú algo que ver con esto? —espetó el profesor.

—¿Está loco o qué?

—Alicia, he visto que me has escrito un email, no quiero que me escribas nunca más. Ni siquiera lo he leído, ¿no te das cuenta de la situación en la que me estás poniendo? Ni siquiera deberíamos estar hablando ahora mismo. No entiendes nada y no te culpo, no tienes edad de entender lo que es ser adulto, tener una familia que depende de ti...

—¿Usted qué sabrá de mí?, mire, yo también...

—¡No entiendes nada, niña!, ¡no quiero saber nada de tu vida personal!, ¡no me escribas más!, ¡y mucho menos cosas tan personales!

—Me acaba de decir que no ha leído mi email y ahora resulta que sí lo ha leído.

—Alicia, no me debes escribir esas cosas, esas mentiras...

—¡No son mentiras! ¡Erica es una zorra! ¡Quiso humillarme!

—¿No serás tú quien la acosa a ella?

Alicia se quedó sin respiración. De pronto, como en un fogonazo, fue consciente de la perspectiva del profesor, que seguramente era la de todo el mundo: la pobre chica gordita, enamorada de la guapa y popular Erica, la chica tímida y gordita ignorada que empieza a acosar a la buena de Erica. ¿Pensarían lo mismo de ella si fuese delgada y guapa?

—¡Es usted un gilipollas! —gritó al profesor con lágrimas en los ojos—. ¡Yo pensaba que era diferente! ¡Pensaba que me entendía! ¡Pero no es más que otro gilipollas como los demás profesores!

Se dio cuenta de que estaba insultando a un profesor a gritos y que eso podía costarle la expulsión, aunque le daba igual. En ese momento le importaba todo una mierda. Que le abrieran un expediente, que la expulsaran.

Salió del instituto con los ojos encendidos por las lágrimas. El mundo era un asco. Los profesores eran un asco, incapaces de ver más allá de sus narices. ¿Y para qué los necesitaba? ¡Que se fueran todos al infierno!

Caminaba dando patadas rabiosas a todo lo que encontraba a su paso: latas, bolsas de plástico. Algunas personas se volvían a mirarla. El viento de levante soplaba tan fuerte que parecía que iba a llevárselos a todos por los aires. Ojalá un huracán se los llevase a todos por delante. El viento le sacudía las ropas, aullaba entre las casas y levantaba tremendas nubes de tierra que se le metía en los ojos.

Caminando sin rumbo fijo, atravesó una zona de vega e invernaderos hasta que se topó con la Universidad de Almería, justo antes de llegar al mar.

Todos los edificios de la universidad parecían el mismo, todos de ladrillo visto, entre amarillento y anaranjado. Alicia se cruzaba con universitarios que iban con prisa de un edificio a otro. Un par de muchachos que le pasaron cerca se iban quejando de lo duro que era cierto profesor, algo acerca de unos proyectos.

¿Qué sabréis vosotros lo que es una vida dura de verdad?, pensó.

Llegó al otro extremo del campus, cruzó la carretera que bordeaba la costa y se adentró en la playa. Caminó entre unas peñas y se sentó en la arena.

Por fin estaba a solas con el Mediterráneo.

Pensó en fugarse de casa como Erica. Podría irse a cualquier sitio, a Granada, o todavía más lejos, a Madrid o a Barcelona. Viviría en una casa de okupas. Trabajaría de cualquier cosa con tal de que la dejaran en paz.

Pero no podía dejar a su hermanito David.

Su hermano necesitaba ayuda y ella era la única dispuesta a hacer algo por él. Había leído mucho en internet sobre las terapias de rehabilitación para niños con

parálisis cerebral. No era algo aceptado por la comunidad médica oficial, pero estaba claro que David podría mejorar mucho si se trabajaba con él. Solo era cuestión de encontrar la descripción de los dichosos ejercicios y dedicarle varias horas al día. Estimular su cerebro. Si trabajaban duro, David podía llegar a hablar y a andar. ¡Hablar y andar! Si es que no era imposible. Alicia había leído millones de testimonios de padres que explicaban, locos de contentos, cómo sus hijos con parálisis cerebral habían mejorado muchísimo con aquellas terapias de rehabilitación. No olvidaba el vídeo que había visto en la página web de la clínica Neurocrecer. Aquel joven aparentemente normal que resultaba haber nacido con parálisis cerebral. Se mantenía en pie y hablaba como un chico que no tuviese ningún problema. Todo gracias a las terapias de rehabilitación. Parecía bastante inteligente. Desde luego era más inteligente que los imbéciles de sus compañeros de clase que perdían el culo por Erica.

No, no podía fugarse de casa. No hasta que hubiese hecho todo lo posible por su hermano.

Si tenía que aguantar aquello, al menos necesitaba su propio dinero. Necesitaba un maldito trabajo. Con dinero podría comprarse una guitarra nueva y también el Mac, y grabaría las canciones más rabiosas que nadie había escuchado jamás.

Unos días antes había rellenado por internet una solicitud de trabajo para un puesto de cajera en el centro comercial de Carrefour, pero no había recibido respuesta. En la mochila llevaba una copia impresa de la solicitud.

El centro comercial Carrefour se encontraba al este de Almería. Había una buena caminata desde La Cañada. Alicia no tenía nada mejor que hacer y echó a andar. Necesitaba el trabajo. Tenía que ganar su propio dinero. A pesar de que el viento le azotaba el rostro, solo servía para espolear más su determinación. Aquel viento enloquecido era un pálido reflejo de la furia que ardía en su interior.

Siguió la costa en dirección oeste, una larga caminata con el mar como único compañero. Cuando llevaba media hora de camino el viento le dio por fin una tregua. Pasó entonces cerca de la casa de Erica. Se sentía tan avergonzada que tenía la impresión de que todos los transeúntes sabían lo ocurrido, a pesar de lo absurdo que aquello era.

En la avenida del Mediterráneo giró a la derecha, con dirección norte. Todavía faltaba un buen trecho. La avenida del Mediterráneo parecía interminable, con todos los árboles podados de la misma manera. Verlos en una fila tan perfecta le creaba a Alicia un pequeño conflicto: ¿aquellos árboles tan pulcros e idénticos debían ser motivo de admiración o de terror?

El Carrefour era un centro comercial de una sola planta, enorme, frente al cual se abría una gran explanada para aparcamiento. La fachada, de cerámica oscura y metal plateado, había sido decorada con luces de navidad que parpadeaban

intermitentemente. Junto a la entrada había un enorme reno de plástico y un muñeco de Papá Noel desconchado y sin brillo, con pinta de haber sido reutilizado una y otra vez durante años. Unos altavoces emitían el sonido estridente de villancicos. Menuda navidad. Era todo bastante deprimente.

Alicia cruzó las puertas de cristal. En el interior, junto a la puerta, en un tablón de corcho estaba el anuncio de demanda de empleo para el puesto de cajera. Alicia arrancó la hoja y se dirigió hacia un extremo, al final de la larga hilera de cajas donde se encontraba el mostrador de atención al cliente. Allí había una chica con un uniforme ajustadísimo de color rojo, con el logotipo azul de Carrefour bordado en la solapa.

—Vengo por el trabajo de cajera —dijo Alicia.

—Para eso tienes que hablar con el gerente —respondió la chica.

Le indicó una puerta unos metros más allá. Alicia se dirigió al despacho y llamó con un toque de nudillos. En la puerta había una placa que decía: «Néstor González – Gerente».

La puerta se abrió y apareció un hombrecillo rechoncho, tan alto como ella, medio calvo y con una de esas narices que son todo agujeros, como si colgase de un gancho invisible. Vestía una camisa blanca arrugada y una corbata azul con flores amarillas anudada de un modo ridículamente corto.

—¿Qué quieres? —espetó el hombrecillo.

El tío parecía cualquier cosa menos un gerente. La miraba con los ojos entrecerrados.

—Vengo por el trabajo de cajera —respondió Alicia agitando el anuncio delante de su cara—. Rellené la solicitud por internet. Aquí le traigo una copia impresa.

El gerente la miró de arriba abajo deteniendo sus ojos a la altura de sus pechos. Parecía que quería vérselos a través de la camisa. Era la primera entrevista de trabajo de Alicia, así que no sabía muy bien qué esperar, aunque lo que no esperaba es que el tío se le quedase mirando las tetas. Respiró hondo. No pudo evitar cierta satisfacción por atraer a un tío, aunque fuera un tío como aquel. Pensó que, si la cosa se ponía muy mal, siempre podría liarse con un maldito mánager gordo de un supermercado. Rio para sus adentros.

—¿Te hemos llamado para una entrevista?

—No.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis. Casi diecisiete. Está todo en la solicitud.

El gerente le arrebató el papel de las manos y lo miró durante menos de dos segundos.

—¿Por qué no estás en el instituto?

—Han suspendido las clases esta mañana. Ha desaparecido una alumna y han

organizado una pegada de carteles.

—Hay que joderse con los maestros. Siempre están buscando excusas para no trabajar. Ya me lo decía mi madre: hazte maestro si quieres vivir bien. —Se pasó la lengua por los labios—. Lo más seguro es que esa niña que no aparece se haya escapado con alguien.

—Eso mismo pienso yo.

—¿Y tú por qué no estás pegando carteles con los otros?

—Porque no la estoy buscando a ella, lo que busco es trabajo.

El gerente le devolvió una sonrisa torcida. Tenía una boca terrible, los dientes negros de tabaco.

—Mira, me has caído bien. ¿Cómo te llamas?

—Alicia.

—A lo mejor vas a tener suerte y todo. Acabo de despedir a una cajera. Iba a tirar de currículum —sacudió el papel que tenía en la mano—, pero ya que estás aquí te voy a poner a prueba, ¿te parece?

Alicia asintió con la cabeza.

—Vamos a empezar suave, querida, para darte una oportunidad. Te voy a tener tres meses de prueba, de miércoles a domingo, de las seis de la tarde a las diez de la noche, en una de las cajas. Para que veas que te trato bien, te voy a dar tres días pagados de asuntos propios.

—¿De asuntos propios?

—Si te pones mala, o tienes que estudiar para un examen, o un día no te da la gana venir, en esos tres meses, tienes tres días libres, solo que tienes que avisarme con al menos veinticuatro horas de antelación.

Estaba claro que el gerente esperaba una sonrisa de Alicia como respuesta, pero no la recibió. El tío tenía algo raro en la mirada. Por alguna razón no llegaba a abrir los ojos del todo, aunque no había tensión en sus párpados, en sus sienes, como que lo natural en aquella cara terrible era tener los ojos a medio abrir.

—Ten en cuenta, chica, que normalmente concedo cinco días al año, a ti te voy a dar tres días por tres meses.

Si hubiera que expresar el concepto de inexpresividad con una imagen, sería la cara de Alicia en ese momento.

—Me parece bien —respondió.

—Venga entonces. Relléname estos papeles, fírmame donde veas una cruz y vete a buscar a Emilia. Es la encargada de las cajeras. Ella te explica lo que tienes que hacer.

El trabajo de cajera sí es tan fácil como parece. La tal Emilia le explicó el funcionamiento de la caja y cómo cobrar tarjetas de crédito, todo en menos de media hora.

—Pídele siempre a tus clientes que se saquen la tarjeta de descuentos del supermercado, solo tienen que rellenar este impreso de aquí —dijo Emilia.

—No entiendo por qué molestarse, ¿dónde está la ganancia para el supermercado?

—Cuando tienen la tarjeta...

—Ah, claro, tienden a venir más, ¿no es eso?, y teniendo su dirección podéis atiborrarle el buzón de casa con publicidad...

—Joder chica, eres brillante —exclamó.

Alicia suspiró. Era tan brillante que allí estaba: a punto de que la expulsaran del instituto y trabajando de cajera por un sueldo miserable.

—¿Te atreves a quedarte sola? —preguntó Emilia—. Ahora no hay mucha gente.

—Por supuesto.

—Si alguien te discute algo, o se pone pesado o lo que sea, llámame. Voy a ver qué quiere el jefe.

Emilia era alta y desgarrada. Tenía un culo enorme y unos pechos más grandes todavía. La cara era alargada, con el pelo recogido en un moño, y mascaba chicle sin parar. Parecía alguna clase de herbívoro.

El jefe querría, seguramente, mirarle las tetas de cerca, y eso no era asunto de Alicia. Emilia se alejó meneando su enorme culo.

Allí estaba, con aquella ridícula bata, con su nombre en una pegatina sobre la estúpida bata roja, como un pasmarote, en la caja registradora.

Trabajaría seis horas al día y ganaría cuatrocientos euros al mes. No estaba tan mal. Con el primer sueldo se compraría una guitarra nueva y unos meses más tarde tendría suficiente para el Mac.

Grabaría las canciones más hermosas que nadie había escuchado jamás.

Solo tenía que lograr sobrevivir hasta entonces.

Llegó el primer cliente, un tío de unos treinta años, regordete y barbudo, con una caja de preservativos y otra de galletas. Alicia pensó que, si su existencia se tratara de una novela barata escrita por un escritor mediocre, hubiera escogido precisamente que un cliente como ese se le presentara en ese momento.

«Esfuézate un poquito más», susurró mirando hacia arriba.

* * *

Sus primeras horas como cajera le resultaron de lo más fácil. La verdad es que el trabajo no estaba nada mal. Mientras atendía la caja y cobraba los productos podía escuchar música en su iPod, dejar la mente en blanco o pensar en nuevas melodías para sus canciones. Se animó con la perspectiva de que pronto tendría una guitarra

nueva y un Mac para grabar con un sonido profesional. Intentó concentrarse en esa idea, en su guitarra y en sus canciones, y no pensar en Erica, en el señor T., en sus compañeros de clase, en su madre y en el novio de su madre, Mario *el Armario*, en su hermano pequeño enfermo...

Suma y sigue.

Cuando salió del supermercado había parado el viento, aunque hacía un frío de mil demonios. Comenzaba a pesarle el cansancio acumulado y la noche anterior sin dormir.

Los gilipollas de sus compañeros de clase habían hecho un buen trabajo. Había carteles con la cara de Erica hasta en las señales de tráfico.

«Se busca», «¿Han visto a esta chica?»

«Se busca», «¿Han visto a esta chica?»

—Joder, que si la he visto.

Cuando llegó a su casa se encontró con aquel enorme Mercedes de lujo de cristales tintados aparcado en el patio de su casa.

El novio de su madre, Mario el Armario, estaba sentado en el sofá del salón mirando la televisión, bebiendo un vaso de whisky. Genial. Ya ni siquiera podía respirar cuando llegaba a su propia casa.

—Hola, niña —la saludó Mario *el Armario*—. ¿Te has portado mal en la escuela? —preguntó con una sonrisa burlona.

Alicia se limitó a ignorarle sin mover un músculo del rostro, pero los puños se le apretaron por sí solos.

—Ha llamado el director. Tu madre está muy disgustada.

—Que-te-den... —respondió Alicia arrastrando las sílabas, intentando mantener un gesto neutro.

Mierda. El gilipollas del señor T. había dado las quejas por cómo le había gritado.

—Eres una niña maleducada, Alicia. Si fueras mi hija, te daría un buen correctivo —Mario se llevó la mano al cinturón.

—Tú no eres mi padre para darme lecciones.

Su madre entró en ese momento al salón.

—¡Alicia, niña tonta! ¿Qué has hecho ahora? Me ha llamado el director, dice que has insultado a un profesor a gritos. ¿Es que te has vuelto loca?

Su madre sostenía a su hermano en un brazo y en la otra mano llevaba un vaso de coñac. Tenía los ojos vidriosos.

—El profesor de inglés es un gilipollas. Se le ocurrió insinuar que yo estaba acosando a Erica —respondió Alicia con frialdad. No quería gritar a su madre ni perder los nervios delante de Mario el Armario.

—¿Erica? ¿La muchacha que ha desaparecido? ¿Qué tienes tú que ver con ella, Alicia?

—Mira, mamá, como se suele decir, es una larga historia. A lo mejor alguna vez te podrías poner a escuchar a tu hija. ¡Cuando no estés borracha!

Al final no pudo evitar soltarle un grito. David se retorció en el brazo de su madre, que tuvo que girarse bruscamente para que no se le cayera. El vaso de coñac se le resbaló de la mano y se hizo añicos contra el suelo. Alicia sintió como algunos fragmentos de cristal se estrellaban contra sus tobillos.

El idiota de Mario *el Armario* la miraba con burla en los labios. El tío se lo estaba pasando en grande. Alicia corrió escaleras arriba. Cerró la puerta de su dormitorio con un portazo que retumbó en la casa como un cohete de feria.

Tenía ganas de gritar con todas sus fuerzas, mas se conformó con tumbarse en la cama, taparse la cabeza con la almohada y llorar. No iba a dejarse derrotar. Le plantaría cara a Erica, a los profesores, a su madre y al maldito mundo entero si hacía falta.

Se incorporó y se limpió los ojos con un pañuelo. De tanto llorar se le había corrido el lápiz que se había puesto por la mañana y los ojos parecían dos manchurroneos.

Se sentó en el escritorio y encendió el ordenador. Su amiga Julia no estaba conectada, pero vio que tenía un email de Yahoo Preguntas.

Había consultado si alguien sabía dónde encontrar la descripción de las terapias de rehabilitación del doctor Doman para niños con parálisis cerebral. Los cursos de la clínica costaban más de cinco mil euros, pero Alicia estaba segura de que el curso gratis tenía que estar en internet. Aunque se había pasado miles de horas buscando en la red sin encontrar nada.

Respuesta de Dr. Telmo Vargas.

Valora esta respuesta *****

Estimada Alicia:

He leído atentamente tu consulta y me gustaría ayudarte. Mi nombre es Telmo Vargas, soy doctor en neurocirugía y durante unos años trabajé en la clínica del doctor Doman. Allí conocí las terapias que aplica a niños con parálisis cerebral y puedo decirte que realmente funcionan. Sin embargo, comprendo tu frustración por las tarifas que la clínica cobra por la formación de los padres.

Afortunadamente, yo puedo enviarte el material que necesitas para que tú misma aprendas a realizar los ejercicios adecuados. Encontrarás los ficheros adjuntos en este email. Mi consejo es que los leas detenidamente y trabajes con constancia e intensidad. Es importante involucrar a toda la familia. No solo tú debes ser responsable, también tus padres. Si necesitas ayuda, estaré gustoso de ayudarte. Puedes contactar conmigo en Messenger o en Twitter mediante @doctor.vargas

Atentamente. Doctor Vargas

Alicia no podía creerse su suerte. Abrió los ficheros adjuntos. ¡Allí estaba todo! Las descripciones precisas de los ejercicios que cubrían todas las partes del cuerpo: los movimientos, los músculos que había que trabajar en cada sesión, la duración, el

número de repeticiones, horarios, rutinas más apropiadas...

Se puso como loca de contenta. Lo mandó todo a la impresora mientras se leía de cabo a rabo todos los documentos.

Básicamente, al niño había que atacarle por cuatro frentes: la movilidad, la nutrición y estímulos intelectuales, además de un tratamiento de oxigenación. Las terapias específicas para cada área estaban explicadas perfectamente en los documentos.

Respecto a la movilidad y al estímulo intelectual, ella misma podía encargarse. Calculó que si dormía solo cuatro horas al día podría dedicarle a su hermano casi ocho, repartidas entre primera hora de la mañana y después del turno en el supermercado. Respecto a la alimentación, podría conseguir casi todo lo que necesitaba en el supermercado; si no podía permitirse algo, lo robaría.

Se recomendaba complementar la dieta con suplementos vitamínicos. Leyó que los suplementos eran muy necesarios para la estimulación del cerebro y para el desarrollo de nuevas conexiones neuronales. Las vitaminas eran caras, pero en una nota el doctor Vargas le indicaba una tienda de suplementos vitamínicos en internet que «servía los productos directamente de fábrica a precios muy reducidos al no existir intermediarios». Alicia escribió en el navegador la dirección de la página web de aquella tienda.

Cuando echó un vistazo a los productos descubrió que por solo quince euros podía comprar suficientes vitaminas para un mes. ¡Genial! Rellenó los datos de envío y realizó el pedido.

A continuación revisó el aspecto de la oxigenación. En ese sentido no parecía que pudiese hacer mucho, de momento. O a lo mejor sí. En la misma página web donde había comprado las vitaminas anunciaban aparatos de oxigenación para uso particular en los domicilios. Estaban indicados para personas mayores con problemas respiratorios, pero Alicia no tardó en encontrar un modelo que era exactamente el que necesitaba. El aparato costaba cuatrocientos euros. No había problema. Pronto cobraría su primer sueldo del supermercado. La guitarra nueva tendría que esperar...

Cada vez estaba más animada. Jo, ¡menuda suerte! Tenía todo lo que necesitaba y se había ahorrado los cinco mil euros del curso de formación.

Volvió a repasar todos los documentos. Estaba enfrascada en la lectura de la descripción de los ejercicios de rehabilitación, aprendiéndose términos como reptación refleja, estimulaciones propioceptivas, zonas reflexógenas, movimientos fásicos... cuando se abrió la puerta de su habitación. Su madre entró llevando a David en brazos. Lo dejó en la cama de Alicia.

—¡Mamá, por lo menos llama antes de entrar! —se quejó Alicia.

—Hija, ¿puedes estar un rato pendiente de tu hermano? Si se pone a gritar, ya sabes lo que tienes que hacer...

—Sí, mamá. ¿Vas a salir?

—No, solo... voy a estar ocupada. —Su madre se ruborizó.

—Está bien, comprendo, no te preocupes.

Alicia se fijó en que su madre llevaba una pulsera de oro que no le había visto. Un regalo de Mario *el Armario*. Al menos el tío se estaba dejando el dinero con ella. Alicia pensó que, a pesar de estar bastante machacada, su madre, recién cumplidos los cuarenta, tenía un bonito cuerpo y las tetas más o menos en su sitio. Desde luego, si había algo que no sentía eran celos, ni ninguna sensación de traición hacia su padre. Su madre podía hacer con su vida íntima lo que le diera la gana.

—Mamá, tengo que decirte una cosa —dijo con tono conciliador—. ¿Sabes que David se puede curar? Podría llegar a hablar y hasta caminar solo.

—¿De dónde te has sacado esa idea?

—De internet. He encontrado una información sobre rehabilitación para niños con parálisis cerebral. Hay que trabajar con él todos los días varias horas, podríamos repartirnos el trabajo. Yo estoy dispuesta a esforzarme.

—¿En internet? —Su madre arrugó la nariz—. Ay, hija, te crees cualquier cosa que te encuentras en internet. El doctor que atendió a tu hermano cuando nació ya nos explicó que el pobrecito iba a llevar una vida vegetativa. No va a caminar ni a hablar. Hay mucha gente con ganas de aprovecharse de la desesperación de los demás dando falsas esperanzas.

—¡Pero mamá! ¡No es ningún engaño! Hasta hay un reportaje en Telemadrid. He estado mirando los vídeos. Hay testimonios. Hasta he contactado con un médico que me lo ha explicado todo.

—¿Un médico? No seas idiota, Alicia. Te están engañando.

Lo que irritó a Alicia fue que su madre le hablara como si fuese todavía una niña pequeña que no comprendiese el mundo de los adultos.

—¿Eres capaz de abandonar a David? ¿No vas a hacer nada por él? —gritó Alicia.

—No me hables así. Soy tu madre. Claro que hago mucho por tu hermano. Y también por ti. Si no fuera por vosotros, yo no llevaría esta vida.

—¿Qué? ¿Me estás culpando a mí del fracaso de tu vida? ¡Yo no pedí nacer!

—Alicia, niña malcriada, no grites. Mario está abajo.

—¿Y qué? Esta es mi casa, ¿no? ¿O también me vas a echar a la calle para poder follarte a tu novio?

Su madre le dio una bofetada. La segunda en pocos días.

—¡No te consiento que me hables así!

David comenzó a llorar.

—¡Mira lo que has hecho! —Su madre cogió a David en brazos—. Tranquilo, mi niño, tranquilo, no llores, tranquilo. —Fulminó a Alicia con la mirada—. ¿Por qué no

maduras de una vez, Alicia? Ya casi tienes diecisiete años, deja de comportarte como una cría.

—¡Vete, déjame en paz! —chilló Alicia con todas sus fuerzas.

Alicia cogió a David de los brazos de su madre y la empujó fuera de la habitación. Cerró de un portazo. David lloraba con todas sus fuerzas.

—Tranquilo, mi chico, no llores, tranquilo, mamá y yo solo estamos jugando, tranquilo.

¿Por qué cada vez que hablaba con su madre acababan a gritos? ¿Por qué su madre no podía entenderla? Era como vivir en mundos diferentes, como hablar idiomas diferentes.

Los ojos de David reflejaban terror. Alicia le acarició la cabeza y le besó en las mejillas. Lo dejó tumbado en la cama y siguió besándolo y jugando con él, haciéndole cosquillas hasta que el pequeño comenzó a reír.

—Mi pequeño, mi ángel. ¿Nadie nos comprende, verdad? Me parece que tú y yo estamos solos contra el mundo. No nos van a ganar, ¿eh?, nos ayudaremos el uno al otro, ¿verdad, mi chico guapo?

David la miraba con sus grandes ojos de miel. Alicia tuvo la certeza de que estaba entendiendo lo que le decía. Si es que todo era cuestión de coordinación muscular. Estaba claro. David no podía hablar ni moverse porque su cerebro no podía enviar las órdenes a su cuerpecito. Eso no significaba que no fuese inteligente, que no entendiese todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor. La idea de que David pudiese estar atrapado en su cuerpo la llenaba de angustia. No le extrañaba que gritase por las noches, solo, en la oscuridad. ¿Qué clase de infierno era su vida?

Alicia se tumbó a su lado y le susurró al oído, abrazándolo con fuerza:

—Voy a ayudarte, mi chico. No estás solo. Sé que me estás escuchando. Voy a hacer que las cosas cambien. —Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Alicia trató de no pensar que solo era una chica de dieciséis años a la que estaban a punto de expulsar del instituto, con un miserable trabajo de cajera y una madre alcohólica que no quería saber nada de terapias para su hijito enfermo.

Estaba sola, pero de algún modo lograría hacer que todo cambiase. De algún modo.

20

Max

Unidad de Salud Mental del Hospital Provincial de Almería. Área de Psiquiatría

Sesión cinco (5) con el paciente Max N. N.

Los servicios sociales han creado toda la documentación necesaria para que el paciente pueda comenzar una nueva vida. Siguiendo mis recomendaciones, el paciente fue integrado a un trabajo sencillo repartiendo mercancía para el supermercado de un centro comercial. Nuestro objetivo es que el paciente pueda reintegrarse en la sociedad. Lo más extraño del caso es la imposibilidad de establecer ninguna conexión con su identidad pasada. El paciente habla perfectamente el español con un acento que podría ser del norte, por lo que su nacionalidad ha sido establecida como española. Sin embargo no existen huellas o registros de ningún tipo que hayan servido para vincular al paciente con su verdadera identidad. No hay denuncias de personas desaparecidas que respondan a su descripción física. Se desconoce en qué circunstancias y dónde se produjo la herida de bala en la cabeza que le provocó la amnesia. Cabe mencionar que en la consigna del hospital donde permaneció internado había algunos objetos que supuestamente se encontraron en sus ropas. No existe certeza de si esos objetos le pertenecían o no. Aunque el paciente parece bastante seguro de que sí, no hay nada que fundamente esa certeza.

—Max, me alegra verte de nuevo... ¿Cómo sigue todo?

—Bien, doctor.

—El trabajo en ese centro comercial..., ¿estás contento?

—Sí.

—¿Qué tal el apartamento?

—Bien.

—Bueno, puede que el piso no sea el mejor sitio para vivir, es una vivienda social... —El doctor parece avergonzado, como si tratase de disculparse—. Será algo temporal, con el tiempo podrías cambiar...

—No tengo ningún problema con ese piso. Ninguno —afirma Max.

—Entonces ¿no hay nada que te preocupe?, ¿nada en absoluto?

—No.

—Entiendo que estás satisfecho con tu vida actual, entonces.

—Yo no he dicho eso.

Max mira la foto que el psiquiatra tiene sobre su mesa, en la que el doctor abraza a una mujer.

—Se trata de mi esposa, Max.

Max sonríe con simpatía. El doctor prosigue.

—Vamos a tener nuestra primera hija, Verónica, el mes que viene.

Max sonrío unos momentos, luego vuelve la vista al suelo.

—Pareces incómodo, Max. De verdad, ¿no hay nada que te preocupe?

—No quiero molestarle, doctor, simplemente no entiendo para qué nos reunimos usted y yo, nunca salgo de su consulta sabiendo algo que no supiera al entrar.

—Vaya, me parece que no estás siendo justo, Max, aunque me gusta tu sinceridad. Pues mira, hoy vas a salir sabiendo algo nuevo.

Max se limita a sonreír con desgana.

—¿Recuerdas aquella conversación que tuvimos hace unas semanas acerca de tus heridas en el hospital?

—Sí, no sabía usted cómo me las había hecho.

—Así es. Tú creías que se habían producido durante tu estancia en el hospital, durante aquellas primeras semanas después del coma en las que sufriste amnesia anterógrada. Amnesia a corto plazo. Es lógico que no recuerdes nada porque durante ese tiempo tu cerebro fue incapaz de establecer nuevos recuerdos duraderos.

—¿Y bien...?

—Pues he hecho unas cuantas preguntas en el hospital. Así es, por lo visto durante ese tiempo estabas muy desorientado...

—Sigo estando desorientado, doctor.

—Sí, pero entonces mucho más, no sabías ni caminar. Como indica tu informe, durante varias semanas no eras capaz ni de hablar; y hay algo más: tenías un comportamiento muy violento.

—¿Yo era violento?

—Lo que oyes, Max, pero no te preocupes, es algo que ocurre a veces. El daño neurológico te provocó un conducta paranoide temporal.

—¿Paranoide?

—Significa que pensabas que todo el mundo quería hacerte daño, tu reacción natural era golpear a todo el mundo...

—¿Yo golpeaba al personal del hospital? No recuerdo nada de eso...

—Claro que no lo recuerdas, fue durante esas primeras semanas... No, no, no pongas esa cara, Max, no te preocupes; te repito que es normal, Max, no te asustes. El caso es que la mayoría de esas heridas te las hiciste tú solo, a veces forcejeando con la camisa de fuerza.

—¿Tenía una camisa de fuerza?

Los ojos de Max están ahora muy abiertos, la boca solo a medias.

—Durante un tiempo —atenúa el psiquiatra—. Cuando estabas peor le rompiste la mandíbula a un enfermero.

Max baja la cabeza y recibe un flash, recuerda a uno de sus enfermeros, un hombre que le miraba siempre temeroso, con un extraño artilugio en la barbilla.

—No recuerdo haber golpeado a nadie —dice Max—. Quizá tiene usted razón.

Esos momentos aparecen muy confusos en mi mente.

—Así es, y te repito que es normal esa confusión. Tu mente estaba del revés, si me permites la expresión. Sufriste una esquizofrenia paranoide transitoria. Afortunadamente ahora tus funciones cognitivas parecen normales, según todos los test que hemos realizado. Salvo la desgraciada pérdida de recuerdos, tu mente está funcionando con normalidad.

Max mira al doctor con el ceño fruncido. Da la impresión de que no está de acuerdo con su última afirmación.

—¿Qué ocurre Max? Algo te preocupa. Puedes hablar con libertad.

—Bueno, cuando ha dicho que mi mente está funcionando con normalidad... Resulta difícil saber lo que es normal y lo que no cuando no se recuerda nada, pero estoy seguro de que lo que estoy experimentando no es normal.

—¿A qué te refieres exactamente? —El doctor está muy interesado.

Max cierra los ojos unos segundos, como buscando en su interior las palabras apropiadas.

—Puedo saber lo que los demás están pensando, lo que están sintiendo, y no porque me lo cuenten, no tiene nada que ver con el lenguaje, porque estoy descubriendo que lo que la gente dice y lo que siente son cosas totalmente diferentes. Y eso me llena de confusión.

—¿Quieres decir que estás comprendiendo las emociones de los demás? —pregunta el doctor—. Eso es muy positivo, Max. Te sentías aislado y ahora estás empezando a identificarte con las emociones de los que te rodean. Eso se llama «empatía».

—No, no me ha entendido. —Max menea la cabeza, impaciente—. Lo que le estoy diciendo es que puedo leer las emociones «ocultas» de los demás, sus deseos, sus miedos, sus sentimientos. Puedo saber si están mintiendo. Cuando alguien dice, por ejemplo, que le encanta su trabajo y no es verdad, sé que está mintiendo.

—¿Lo sabes o lo crees?

—Lo sé. Es una certeza, doctor. Continuamente veo contradicciones entre lo que la gente dice y lo que piensa en realidad. Y es muy confuso porque no sé a qué tengo que hacer caso. Todo el mundo miente continuamente.

El psiquiatra se limita a mirar a Max con detenimiento, parece que estuviera sopesando varias opciones en su cabeza, varias opciones sobre qué decir a continuación. Tras unos segundos, comienza a hablar.

—Vamos a ver, Max, explícamelo un poco mejor. ¿Esto ha surgido de repente?, ¿desde cuándo vienes sintiéndolo?

—Supongo que he venido sintiéndolo desde que desperté del coma. Lo achacaba a mi confusión mental, pero hace un par de días sucedió algo que me confirmó que es real. No estoy confuso, doctor, realmente puedo saber lo que ocultan los demás.

—Esto es muy interesante, dime exactamente qué ocurrió.

—Mi compañeros de trabajo me invitaron a jugar a las cartas, al póquer, un juego de cartas que desconocía y... bueno, básicamente, comencé a ganarles sin parar.

—¿Y eso se debe a...?

—Siempre sabía si llevaban cartas buenas o malas. Sabía cuándo mentían, cuándo fingían llevar mejores cartas de las que tenían realmente.

—Eso se llama jugar de farol, Max.

Max continúa, ignorando el comentario.

—Doctor, podía reconocer todos los sentimientos que les provocaba el juego, si estaban ansiosos, expectantes, asustados. Hacían gestos extraños, por lo visto para confundir a los demás jugadores sobre sus propias cartas, como sonreír pretendiendo confianza. Me daba cuenta de que era una sonrisa forzada, que no sentían realmente esa confianza. Me resultaba completamente obvio cuando estaban intentando ocultar malas cartas, o cuando disimulaban buenas cartas, cuando pujaban alto con malas cartas... Era como que hacían señales para dejar bien claro que mentían, aunque solo yo podía ver esas señales. Debe usted tener alguna explicación, doctor.

El psiquiatra reflexiona unos instantes antes de hablar.

—Vamos a hacer una cosa, Max. Voy a decir algo y me vas a decir si crees que miento o no, ¿de acuerdo?

Max asiente.

—Soy un hombre casado —dice el psiquiatra a la vez que se rasca ligeramente la punta de la nariz con un dedo.

—Creo que está mintiendo —dice Max sin dudarlo.

El psiquiatra asiente repetidamente como si acabase de confirmar algo.

—Verás, Max, hay algo que se llama lenguaje no verbal. Es todo lo que nuestro cuerpo expresa mediante la postura, los gestos o las expresiones faciales, los ojos, la boca. El cuerpo transmite mucha información. Controlamos lo que decimos, aunque no tenemos el mismo control sobre los movimientos de nuestro cuerpo. Los gestos del cuerpo suelen delatarnos. Por ejemplo, las personas que mienten suelen tocarse la nariz sin darse cuenta. O se muerden el labio de abajo inmediatamente después de decir una mentira, o se rascan el cuello. Son gestos involuntarios, difíciles de controlar. Si uno está atento a estas señales, puede saber si alguien está diciendo una mentira. Tal vez sus palabras te estén diciendo una cosa, pero su cuerpo dice la contraria.

Max le observa pensativo. Tiene el ceño fruncido.

—Cuando te he dicho que soy un hombre casado, lo cual es cierto, me he llevado a propósito la mano a la nariz. Ese gesto, realizado involuntariamente, es una señal que delata la mentira. Por eso tú has pensado que mentía. Parece ser que estás interpretando, sin darte cuenta conscientemente, algunas señales del lenguaje

corporal. —El psiquiatra se frota las manos pensativo—. Vaya, Max, esto es muy interesante. Verás, la idea del lenguaje corporal se basa en que esos gestos involuntarios son universales, no dependen de la raza o la cultura. Lo descubrió un psiquiatra norteamericano llamado Paul Ekman, que investigó mucho sobre el asunto. Tiene una curiosa historia. En cierto sentido le ocurrió algo parecido a ti y tu partida de póquer. ¿Te gustaría escuchar esa historia? —Max asiente y el psiquiatra sonrío, satisfecho—. Ocurrió en los años cincuenta. El doctor Paul Ekman debía de tener poco más de veinte años. Trabajaba como médico residente en un centro psiquiátrico. Un centro parecido a este. Uno de sus pacientes era una mujer con depresión que había intentado suicidarse varias veces. Era una mujer de cierta edad, sus hijos ya estaban mayores, su marido parece ser que no le hacía mucho caso, concentrado en su trabajo, creo recordar que no hubo infidelidades, simplemente la mujer se... sentía inútil. No es que tuviera una enfermedad grave, ni acababa de sufrir ninguna desgracia, era simplemente eso: no tenía un motivo para levantarse cada día. La pobre mujer, creo que se llamaba Mary, se había intentado quitar la vida varias veces. La acabaron ingresando en un centro psiquiátrico y participó en terapias de grupo, recibió la medicación adecuada para su depresión y tuvo un seguimiento muy riguroso; siempre estuvo vigilada para que no volviera a intentar suicidarse. Después de unas semanas de tratamiento pareció recuperarse. Antes de darle el alta la entrevistaron varios especialistas y daba la impresión de que se había recuperado por completo. Respondía animada a todas las preguntas, supongo que eran las típicas preguntas sobre sus proyectos, sobre su vida, sobre si entendía lo que había pasado antes, y siempre daba la respuesta adecuada. Así que le dieron el alta. La mujer, horas después de salir de la clínica, se quitó la vida arrojándose por una ventana.

—Eso es terrible —dice Max.

—Así es. El doctor Paul Ekman fue uno de los doctores que entrevistó a la pobre mujer y se sorprendió mucho de que hubiesen fallado de aquel modo en el diagnóstico. Habían grabado la entrevista con la paciente en vídeo, como era la costumbre en aquella época. El doctor Ekman quiso revisar la grabación para intentar descubrir en qué habían fallado. Resultó que el micrófono de la sala estaba estropeado y no registró el sonido. El doctor Ekman pensó que, sin sonido, aquella grabación no le iba a servir para nada, pero antes de detener el vídeo alcanzó a ver el inicio de la entrevista. Al no haber sonido, su atención se enfocó en el rostro de la mujer al responder a una de las preguntas. Y entonces vio algo que le llamó poderosamente la atención. —Max observaba al psiquiatra con interés—. La mujer había respondido afirmativamente a una de las preguntas, mas su cabeza se había movido ligeramente a derecha e izquierda en un gesto de negación. Decía que no con la cabeza mientras afirmaba con la voz. Al doctor Ekman aquello le pareció muy llamativo. Siguió viendo la entrevista completa sin sonido, y se quedó asombrado de

lo que descubrió. Cada respuesta de la mujer sobre sus intenciones iba acompañada de un pequeño gesto que delataba la mentira. Cuando respondió que sí tenía ganas de vivir, negó ligeramente con la cabeza. Cuando dijo que no intentaría suicidarse de nuevo, afirmó con la cabeza, moviéndola de arriba abajo. Cuando respondía con una mentira se tocaba la nariz, o se rascaba el cuello, o se mordía el labio inferior. Había logrado engañar a los doctores que la evaluaron, aunque su cuerpo decía la verdad sobre sus auténticas intenciones. Fue algo revelador. Si hubiesen prestado atención a todos aquellos signos, hubiesen sabido que mentía. A partir de aquello, el doctor Paul Ekman comenzó a investigar sobre el tema. A todo aquel repertorio de gestos involuntarios lo llamó «lenguaje corporal». Desde entonces, la carrera del doctor Ekman se enfocó en estudiar los gestos que delatan emociones que se quieren ocultar. Descubrió muchas cosas interesantes.

—¿Y compartió lo que descubrió?

—Así es, Max. Escribió varios libros sobre el tema. Por ejemplo, describió que los pies apuntan hacia donde quieres ir, o que la posición del torso delata un afecto. Por ejemplo, si diriges hacia alguien el torso descubierto es que lo quieres abrazar. También creó un catálogo de microexpresiones del rostro y su significado. Por ejemplo, apretar ligeramente los labios elevando el inferior significa desconfianza. Los psiquiatras nos fijamos mucho en ese gesto, para ver si nuestros pacientes confían en nosotros.

El psiquiatra sonrío abiertamente. Max se agita inquieto en su asiento.

—Entonces —dice Max—, ¿cree que yo he leído todos esos libros? Pero ¿cómo voy a recordarlos si he perdido la memoria?

—Tienes razón. Es imposible que puedas recordar esos datos; si alguna vez tuviste esos conocimientos, debieron borrarse de tu memoria como el resto de recuerdos.

—Entonces no lo entiendo. ¿Cómo es que puedo interpretar el lenguaje corporal?

—Bueno, vamos por partes. ¿Recuerdas lo que hablamos sobre las habilidades? Te expliqué que no se almacenan exactamente en la misma zona del cerebro que el resto de los recuerdos. De modo que si, por ejemplo, sabías conducir, eso no lo habrás olvidado. Lo mismo sucede con el resto de habilidades motoras o psicomotrices. Escribir a máquina, tocar un instrumento musical o simplemente utilizar los cubiertos para comer, esos conocimientos no desaparecen con la amnesia. Por eso, aunque hayas perdido la memoria, tu cerebro conserva una serie de habilidades que un niño tendría que desarrollar desde cero. ¿Comprendes eso?

—Usted me explicó que a pesar de la amnesia conservo mis habilidades —asiente Max—. Desde entonces he intentado descubrir qué es lo que sé hacer. La verdad, no he encontrado gran cosa.

—Bueno, pues parece que acabas de descubrir una de esas habilidades, Max. —El

doctor sonríe complacido. Max le observa sin comprender—. Si es cierto que eres capaz de reconocer los signos del lenguaje corporal, significa que pasaste mucho tiempo observando a los demás, entrenando esa destreza. Se convirtió en una habilidad para ti. Una habilidad que caló hasta un nivel del subconsciente. Por eso no ha sido afectada por tu amnesia. Déjame ponerte un ejemplo. Si hubieses sido, digamos, un experto en cata de vinos, cuando bebieses un vino se dispararían en tu mente una serie de conceptos relacionados con el sabor, la procedencia, la textura... Aunque no recordases cuándo los aprendiste, esos conceptos aparecerían porque fueron entrenados hasta convertirse en una habilidad. Igual que conducir. Se convierte en una destreza automática que se instala en otra región del cerebro. Por eso no se ve afectada por la amnesia. ¿Comprendes eso, Max?

—Creo que sí. Usted me lo ha explicado varias veces.

—Bien. Pongamos que fuiste alguien que sabía cómo interpretar los gestos de los demás, un experto en comunicación no verbal. Debiste pasar mucho tiempo observando a la gente, aprendiendo a descifrar sus intenciones ocultas. Así que incorporaste esa capacidad a tu repertorio de habilidades.

—Al menos eso dice algo sobre mí. —Max se acaricia las mejillas pensativo—. Dígame doctor, ¿en qué clase de ocupación podría haber desarrollado esa habilidad? ¿Podría yo haber sido un psiquiatra como usted?

El doctor no puede evitar una sonrisa.

—No lo creo, Max. Los psiquiatras no somos expertos en lenguaje corporal. Tenemos algunas nociones porque nos resulta útil para interpretar las reacciones de nuestros pacientes, aunque en realidad no sé mucho más de lo que te acabo de contar.

—¿Entonces?

—Bueno, déjame pensar. Hay expertos en comunicación no verbal que asesoran a políticos y a personajes públicos. Profesionales de la comunicación. Les enseñan a los políticos a mentir sin dar señales de ello. Tal vez tú fuiste uno de esos asesores.

—Creo que no le entiendo, doctor. ¿Por qué un político necesita que le asesoren para mentir?

El doctor sonríe de nuevo.

—Verás, Max, los políticos mienten continuamente, prometen cosas que saben que no van a cumplir, ocultan sus verdaderas intenciones. La mayoría suele recibir entrenamiento de especialistas para controlar sus gestos, para que no les traicionen cuando dicen una mentira en público. De ese modo resultan más convincentes.

—Así que hay expertos que les explican a los políticos cómo deben comportarse para mentir.

—Así es, Max.

A Max parece no gustarle demasiado la idea.

—Si yo me dedicaba a eso, no me parece honrado. Entrenar a personas para

mentir. Creo que eso no está bien.

—Bueno, Max, es solo una posibilidad. También puede que estemos exagerando el asunto. Quizá solo te estás dejando llevar por una primera impresión. Tal vez realmente estés confuso. O quizá tus impresiones estén equivocadas. Tal vez tienes la sensación de que los demás siempre te mienten y no es así.

—No doctor, no me equivoco. Es una certeza. No es solo saber si alguien miente o no, puedo reconocer sus emociones, si están a disgusto, si están alegres o deprimidos, enfadados o asustados, aunque intenten ocultarlo.

—De acuerdo, Max. Parece que estás muy seguro sobre ti mismo. Vamos a hacer una prueba. Mírame a mí. Dime qué siento ahora mismo.

Max clava los ojos en el doctor, mirándole fijamente.

—Usted siente un afecto real por mí, eso es, veo que quiere ayudarme. Lo que le acabo de contar sobre mi habilidad le interesa..., no, no le interesa demasiado, pero parece preocuparle. En realidad no me cree del todo, sospecha que yo puedo estar volviendo... a sufrir un brote paranoico, y sospecha que es por culpa de ese brote por lo que pienso que todo el mundo está mintiendo... También siento que está usted deseando acabar esta consulta..., posiblemente para ir a su casa, para resolver... cierto asunto pendiente, aunque siente que, después de todo, no le importaría quedarse aquí un rato más para aclarar el tema del que estamos hablando... Acaba de... elevar un poco los párpados y ha carraspeado, eso me dice que intenta ocultarme un gesto de sorpresa, lo cual me confirma todo lo que acabo de decirle.

El psiquiatra abre la boca, anonadado.

—Max, ¿cómo es posible?, ¿cómo has hecho eso?

—Verá, doctor, es una especie de diálogo.

—¿Diálogo? ¡Pero si yo no he dicho nada!

—¿No se ha dado cuenta, doctor? Yo le observaba mientras le hablaba y usted me iba confirmando, me iba ampliando con sus gestos lo que yo le estaba contando. Era como caminar en la niebla: a cada paso que das, ves un poco más del camino que tienes delante.

Alicia

Era su segundo día en el supermercado y Alicia estaba sentada junto a la caja.

Fotos de la «desaparecidísima» Erica por todas partes. Junto a la caja, en los laterales de las repisas, en la puerta de la oficina del gilipollas del gerente.

«¿Has visto a esta chica?»

«¿Has visto a esta chica?»

«¿Has visto a esta chica?»

No había otro tema de conversación y Alicia parecía ser la única persona que no quería ni oír hablar de aquello.

—¿Tú la conocías, no? —le preguntó Emilia, la encargada de las cajeras, con la misma emoción que si le preguntase si conocía a un famoso de la televisión.

—Nunca crucé una palabra con ella —gruñó Alicia.

—Venga, vais al mismo instituto, ¿no? Seguro que la conocías —insistió Emilia.

—¡Pues no, no la conocía y me importa una mierda! ¡Déjame en paz!

—Jo, qué desagradable eres, chica.

No había muchos clientes y Emilia le daba conversación para matar el tiempo, aunque de lo último que quería hablar Alicia era de la maldita Erica. Si es que estaba segura de que Erica se había fugado con algún tío y que tarde o temprano aparecería dándose importancia. Desde luego, si Erica quería convertirse en el centro de atención, lo había conseguido.

Alicia pensó que quizá debería hacer lo mismo: desaparecer durante un tiempo. ¿Y si ella también se fugaba? A lo mejor así todos empezaban a mirarla de otra forma. Se haría popular y podría aprovechar la fama para dar a conocer sus canciones. Simular un secuestro, un suicidio... Aunque entonces se le ocurrió que a lo mejor nadie la echaba de menos. Sería muy triste descubrir que no se formaba ningún revuelo si la desaparecida era Alicia, la chica gordita que no le gustaba a nadie.

Su madre se habría quitado una pesada carga.

El señor T. respiraría aliviado, un problema menos.

¡Qué injusto!

Daban ganas de suicidarse. Mas no podía abandonar a su hermanito. Ella era la única que estaba haciendo algo por él. Ella era su única esperanza. Se aferró a esa idea para seguir adelante.

En ese momento llegó un cliente a la caja de Alicia. Era un chico joven que cargaba con una cesta repleta de botellas de vodka. Empezó a sacar las botellas y a

dejarlas en la cinta. Era un chico guapísimo, de unos veinte años, alto y rubio, con un cuerpazo. Llevaba una cazadora de piel y vaqueros de diseño. Tenía el pelo largo recogido en una coleta y pendientes de aro en ambas orejas. Una llamativa cicatriz le cruzaba la ceja derecha, pero hasta eso era atractivo.

Cuando lo tuvo enfrente, Alicia se fijó en que el joven tenía las pupilas dilatadas como platos y la mirada vidriosa. Se movía como alguien que tiene dificultad para coordinar sus movimientos. ¡Menudo colocón que llevaba el tío! Estaba ciego de porros o de pastillas, o todo junto.

—Son ochenta y siete euros —informó Alicia cuando hubo pasado todas las botellas de vodka por el lector de infrarrojos de la caja.

—*Erres* muy guapa —dijo el chico mientras le tendía su tarjeta de crédito. Tenía un acento raro, como ruso.

—Y tú estás mal de la vista —respondió Alicia.

—En *serrio*, eres una chica preciosa —dijo con voz pastosa.

Jo, si el tío casi no se tenía en pie.

—¿Nunca te han ofrecido *trabajarr* como modelo? —preguntó—. Trabajo para una agencia muy importante. Yo podría abrirte muchas puertas.

—Ya imagino lo que tú quieres abrirme —replicó Alicia.

—Si *quierres* conocer a mis socios, ahora voy a una fiesta —insistió el joven—. Te estoy ofreciendo la oportunidad de triunfar.

—Anda, coge tu compra y lárgate con tu pedo. Hay clientes esperando.

—Está bien, tú te lo pierdes.

El joven agarró las bolsas y salió del supermercado tambaleándose. Alicia lo siguió con la mirada y vio que junto a la puerta le esperaba un coche.

Un Mercedes negro enorme, de cristales tintados, de los que no se ven a menudo por Almería.

Alicia sí que había visto antes un Mercedes como aquel. ¡En la puerta de su casa! Era el coche de Mario *el Armario*, el novio de su madre. Estaba segura.

Miró entornando los ojos a ver si era capaz de distinguir al conductor. Fue solo un segundo, o tal vez menos, pero cuando el joven abrió la puerta del coche para meterse dentro distinguió con total claridad al novio de su madre sentado al volante.

El coche se puso en marcha y desapareció.

¡Vaya! ¿Sería aquel chico el hijo de Mario *el Armario*? Su madre no había mencionado que tuviese hijos, aunque su madre no le había contado gran cosa de él. Ni siquiera sabía en qué trabajaba. Que era una especie de empresario o algo así. Lo raro era que el tío enviase a su hijo, colocado, a por un cargamento de vodka. Desde luego había algo raro en el novio de su madre.

¿Y había dicho realmente «trabajar como modelo»? Sentada tras la caja como estaba, no debía haberle visto el culo y las piernas. O a lo mejor estaba hablando de

una modelo de tallas grandes el hijo de puta.

Pasaron un par de horas en las que atendió a unos veinte clientes, ignoró una llamada de su madre al móvil y, en los huecos sin clientes, escribió un folio por las dos caras con versos para usar en una futura canción. Fue entonces cuando se quedó mirando a un empleado que no había visto hasta entonces. Era un hombre muy alto que llevaba el uniforme del supermercado. Iba caminando por uno de los pasillos cerca de su caja. Miraba con mucha atención algo que llevaba en la mano.

Jo, era un tío guapísimo. No, no era un tío guapo, era un tío bello. Tenía un porte muy elegante, muy de caballero, como de película antigua. Una especie de Paul Newman mezclado con Clive Owen. Superaba claramente la altura de Mario *el Armario* y tenía músculos hasta en las cejas, aunque no parecía el típico culturista, parecía... el *David* de Miguel Ángel.

Luego estaban sus movimientos, la elegancia con la que caminaba, con pasos firmes y también... suaves...

Miró a su alrededor buscando cámaras de cine o algo similar, por si era un modelo y estaban grabando un anuncio de televisión. Pero no. Aquel tío trabajaba allí de verdad.

—¿No le habías visto hasta ahora? —preguntó Emilia.

—Pues no.

—Es un tío atractivo, ¿verdad? Lleva aquí unos meses, antes trabajaba en reparto, llevando pedidos a domicilio. El jefe lo ha dejado de reponedor de estanterías porque se follaba a todas las clientas. Mejor dicho, las clientas se lo follaban a él. Con todo lo bueno que está es un poco retrasado, tiene una minusvalía o algo así.

Aquel hombre tan guapo iba mirando fijamente algo que llevaba en la mano, una tarjeta o un carnet. Iba tan concentrado que tropezó y a punto estuvo de caerse de bruces. Se agarró a una estantería para mantener el equilibrio y volcó una pila de latas de conservas. Se armó un estruendo del demonio.

—Fíjate la que ha liado —dijo Emilia—. Ahí lo ves, tan guapo y es un tarado, es una lástima. —Meneó la cabeza con reprobación—. Tiene algún problema en el coco; según le he escuchado al jefe, dice que lo ha contratado porque coger minusválidos desgrava en Hacienda. El caso es que el tío no recuerda nada, ni siquiera sabe quién es, ni cuál es su verdadero nombre. Fíjate que se pasa el tiempo de descanso dando vueltas por el supermercado entre las estanterías. Da un poco de miedo, ¿no crees? Casi no habla con nadie, así que no te hagas muchas ilusiones con Max...

—¿De qué vas, tía? ¿Ilusiones?

—Si te lo estás comiendo con los ojos. —Emilia soltó una risita.

—Venga, no me fastidies.

En ese momento Alicia creyó, por error, que había escuchado la voz de su hermano.

Escuchó un grito infantil a lo lejos, en uno de los pasillos: «Bebidas y licores».

Era el mismo timbre de su hermano, la misma alegría contagiosa. Alicia esbozó una sonrisa. ¿Quién no sonreiría después de escuchar la risa de su hermano?

Sin duda era su hermanito. Su madre había ido al supermercado con David sentado en el carrito de la compra. David se lo estaría pasando en grande.

Sintió alivio de que su madre tuviese tiempo para hacer la compra, que hubiera venido precisamente al supermercado en el que trabajaba su hija y que, además, trajese a su hermano.

Los grititos jocosos se iban acercando hasta que se convirtieron en una enorme frustración cuando Alicia vio que no se trataba de su hermano, sino de un niño con síndrome de Down y ojos estrábicos, que babeaba profusamente por la boca mientras su madre tiraba de él miserablemente, como un prisionero que arrastra su bola, con un gesto de derrota y sufrimiento que llevaba tanto tiempo dibujado en su cara que parecía que se había fosilizado.

Alicia había confundido la voz de su hermano con la de un niño deficiente con una madre que vivía atormentada por su existencia.

Aquel niño inspiraba rechazo y compasión a partes iguales. No pudo evitar la idea de que su existencia era tan triste y sin sentido que no merecía la pena vivir una vida como la suya. Entonces Alicia comprendió que esos sentimientos no los inspiraba el propio niño, sino la actitud cansada y derrotada de su madre, y comprendió también lo injusto que era eso para aquel niño.

A lo mejor los demás veían a su hermano tal y como ella veía a ese niño y se compadecerían de su madre y de sus frustraciones, y pensarían que sus vidas eran tristes y sin sentido, tal y como lo pensarían de esta pobre señora gorda arrastrando a su hijo.

Con un nudo en la garganta, Alicia sintió repugnancia de sí misma por pensar así, seguida de un deseo de abrazar a aquel niño y consolar a su madre, seguido después de odio hacia el mundo entero. Una frase surgió en su mente como si se la estuvieran leyendo:

«Maldita sea, maldita sea mi vida, la parálisis cerebral de David, maldita sea la puta humanidad del primer al último hijo de puta».

—Jo, chica, menuda cara has puesto —dijo Emilia—. Eres una tía muy rara, ¿sabes?

Max

Max vivía como una especie de aventura cada viaje de su casa al trabajo y viceversa. Como un explorador que recorre un territorio exótico y desconocido.

Carecía de referencias, de otras ciudades con las que comparar la única ciudad en la que recordaba haber estado en toda su vida. Si algún día salía de Almería, un pensamiento que no le reconfortaba lo más mínimo, cada nueva ciudad que visitara sería grande o pequeña dependiendo de si era más grande o más pequeña que Almería, luminosa u oscura, escarpada o plana, vieja o nueva, bonita o fea, serían atributos todos dados en función a la comparación con Almería.

Al salir de su casa cruzaba terrenos baldíos y solares en obras hasta llegar a la amplia avenida del Mediterráneo. Aquella avenida marcaba el comienzo de la ciudad por el este. A un lado no había edificaciones, tan solo un gran espacio asfaltado con algunas pistas deportivas donde los niños iban a aprender a patinar o a montar en bicicleta. A la izquierda comenzaba la ciudad propiamente dicha, en una hilera de pequeños edificios amarillos. Al sur podía distinguirse el mar brillando como un filamento incandescente.

Cada mañana Max caminaba con dirección opuesta a la costa, hacia el norte, donde estaba el centro comercial en el que trabajaba, recorriendo aquella larga avenida flanqueada por árboles de hojas pequeñas y verdes. Todos los árboles tenían idéntica altura y tamaño debido a que las copas habían sido podadas dándoles la misma forma cilíndrica. La avenida era tan larga que las aceras y la hileras de árboles confluían en un único punto en el horizonte. Parecía una pista de aterrizaje. Allí el viento siempre soplaba con fuerza. Las ráfagas de viento arrancaban desde la playa y recorrían la avenida de un extremo a otro, rugiendo a su paso como aviones que ganan potencia.

Max siempre cruzaba al lado de la avenida donde comenzaban los edificios. Le gustaba internarse en las calles mientras iba y volvía del trabajo. Cruzarse con gente y observar cómo se relacionaban entre sí, qué costumbres seguían.

Descubrió, a los pocos días de ir y venir, que la gente tendía a hacer las mismas cosas a la misma hora. A veces parecía que estaban teniendo las mismas conversaciones y dedujo entonces que había en los seres humanos un placer en la costumbre, en la repetición, algo que no recordaba pero que podía entender sin esfuerzo.

Cada vez le resultaban familiares más y más caras, movimientos, rutinas que se convertían en certezas, risas de niños camino a la escuela, niños que comenzaban a tener nombres; pero nadie le reconocía a él, ni al de antes ni al de ahora, tal y como reflejaban los rostros de aquellos con los que cruzaba la mirada.

Allí estaba otra vez aquel oficinista de corbata de flores que salía rumbo a su coche mal aparcado cada día, justo a las siete y media. El oficinista, como cada mañana, le abría la puerta del portal a su mujer para que esta saliera primero y, acto seguido, se despedía de ella en la acera. Después, el hombre se iba en busca de su coche y su esposa caminaba hacia la parada de autobús. Max ya había observado en varias ocasiones anteriores aquella despedida.

El oficinista (por su modo de vestir, Max daba por sentado que se trataba de un oficinista) se despedía de su mujer con una sonrisa en los labios.

Solo en los labios. No había arrugas a los lados de los ojos. No era sincero.

Una vez más, igual que las otras veces, aquella mañana el oficinista arrugaba la nariz apenas una milésima de segundo (desprecio), mientras sonreía a su esposa mirando hacia arriba. Las cosas iban a peor porque el oficinista hoy, por vez primera, apretaba el puño de su mano izquierda un instante después de su levísimo gesto de desprecio.

Max dedujo que aquel hombre había empezado por no querer a su esposa y ahora empezaba a odiarla, mientras que su esposa lo quería a él genuinamente, como reflejaban las arrugas a los lados de sus ojos que acompañaban a su sonrisa, o sus manos extendidas, o su torso vuelto hacia él como ofreciéndose.

Luego estaba la voz, el sonido del «hasta luego, mi amor» de ella y el «hasta la tarde, cariño» de él.

La despedida de la mujer era corta y suave, melódica, acompañada de un gesto de paz y satisfacción.

El «hasta la tarde» del oficinista tenía un tono demasiado alto, sobre todo al principio de «tarde», además de aquel casi imperceptible gesto de rechazo con la nariz, además de que comenzaba a girarse mientras lo decía, de camino al coche, al que le demostraba mucho más cariño.

«Hasta luego, mi amor». «Hasta la tarde, cariño».

La mujer debía de empezar a sospechar que algo iba mal entre ella y su querido oficinista, tal vez de un modo inconsciente, porque aquella mañana, durante menos de un segundo, una pequeña línea vertical le había aparecido entre los ojos, tal vez sorpresa, tal vez sufrimiento, el sufrimiento de la duda.

Lo que Max no podía entender era por qué los dos parecían ignorar aquellas señales tan evidentes que se intercambiaban.

Le resultaba angustiioso el abismo que se abría entre lo que todos decían y lo que expresaban sus gestos.

Lo mismo sucedía en su trabajo. Todos pretendían ser amables con él («Hola Max, ¿cómo estás?»), mas era evidente que le consideraban un idiota. ¿Por qué le preguntaban cómo estaba si no tenían el menor interés en escuchar la respuesta? ¿Es que no se daban cuenta de cuánta indiferencia o impaciencia mostraban al frotarse las

manos, al golpear ligeramente los dedos evitando mirarle a los ojos? Se creían por encima de él dando a entender su rechazo al apretarse la nariz o su aprensión al unir los tobillos. O sus sonrisas eran falsas y forzadas, labios curvados mostrando los dientes y los ojos como extraviados o fuera de lugar.

Sus compañeros de trabajo no solo eran falsos con él, también entre ellos. Había una distancia insalvable entre lo que decían y lo que sus gestos querían decir en realidad. Las emociones ocultas afloraban como un relieve imposible de ocultar tras una falsa fachada de cortesía: envidia, celos, lujuria, desprecio, rabia, inquina, atracción... Nadie decía realmente lo que pensaba. Todos eran falsamente amables o indiferentes, o falsamente serviciales y concernidos. Y lo más llamativo para Max era que nadie parecía darse cuenta de aquello, de la doblez con la que todos se comportaban.

El trabajo en el supermercado era sencillo y eso le gustaba. Su trabajo consistía en sacar cajas del almacén para reponer los productos agotados en las estanterías.

En su cuarto de hora de descanso, a Max le gustaba deambular sin rumbo fijo entre las estanterías. Le gustaba observar a los clientes. El supermercado le daba mucha información sobre la gente. El supermercado ofrecía una buena muestra de lo que pasa en la sociedad. Allí acudía gente de todo tipo, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, que reflejaban mucho de su personalidad y de sus costumbres, no solo en las cosas que compraban sino en cómo las compraban.

Aquel día, sin embargo, no era a los clientes a quienes dedicaba su atención, sino a su recién adquirido carnet de identidad, al que miraba con cierto orgullo. Lo había recibido esa misma mañana. Aunque hacía ya varias semanas que tenía sus papeles en regla, con un nuevo nombre, un nombre que él mismo había elegido (Max), nunca había tenido una identificación que pudiera meterse en el bolsillo, un pedazo rectangular de plástico rosado con su foto y su nombre que no dejaba de leer: Max N. N., su fecha de nacimiento aproximada, basada en la edad que le calcularon en el hospital; nacido en Almería, que fue donde lo encontraron, el número de identificación, la dirección de su piso...

¿Cómo puede tu identificación estar basada en pura elucubración con un nombre inventado? Era, por definición, un carnet falso, aunque perfectamente legal.

Las palabras «falso» y «legal» le parecían completamente excluyentes, pero miraba su carnet y veía aquellas dos palabras entrelazadas, aplastadas entre finas películas de plástico.

Ahí estaba su cara, a la que se había acabado acostumbrando. Se acercó la fotografía a los ojos, muy cerca, y susurró: «¿quién eres en realidad, Max N. N.?».

Iba tan pendiente del carnet que su pie tropezó con algo, perdió el equilibrio y a punto estuvo de irse de bruces al suelo. Se agarró en un movimiento reflejo a una estantería, la cual se zarandeó peligrosamente. Una hilera de latas de conservas se

desplomó con gran estruendo.

Max se puso de rodillas y comenzó a colocar las latas, una a una, de nuevo en la estantería. Cuando las hubo restituido todas a su lugar, se puso en pie trabajosamente. Mientras se incorporaba se encontró con la mirada curiosa de una pareja de clientes. El hombre tenía una ligera mueca de desprecio mezclada con indiferencia. La mujer lo miraba con interés y mal disimulada atracción sexual (pupilas dilatadas, cadera ofreciéndose), pero también con algo parecido a un orgullo altivo. Cuando Max los miró a la cara, ambos se comportaron como si fuese invisible.

Max se alejó de allí con su flamante carnet en la mano. La falsedad también estaba presente en los clientes. Parejas que se intercambiaban comentarios cariñosos cuando, en la mayoría de las ocasiones, solo uno de los dos realmente quería al otro. También había padres que decían a sus hijos que los iban a matar, o que no tenían dinero para comprar esto o aquello. Niños que declaraban no poder vivir sin tal o cual juguete.

Lo curioso es que todos mentían. Todos, menos los niños. Cuando decían que no podían vivir sin algo lo decían con total sinceridad. Tal vez por ese motivo la sección favorita de Max era la de juguetes. Observar a los niños era una suerte de descanso. Le gustaba observar las reacciones sinceras de los niños ante aquel espectáculo de color. El sentido de la maravilla que se reflejaba en sus ojos. Los niños eran los únicos cuyo lenguaje corporal iba en consonancia con lo que decían. No había falsedad en ellos y eso reconfortaba a Max. A menudo se preguntaba qué es lo que ocurría para que, cuando aquellos niños se hacían adultos, la falsedad se apoderase de todos ellos.

Al final de uno de los pasillos de juguetes había una gran figura recortada de cartón: un hombre en un traje negro que parecía tener partes metálicas, con una inmensa capa a sus espaldas y la cabeza cubierta por un casco que parecía imitar la cara de un robot.

Max observó la figura con interés.

Sin darse cuenta, adoptó la misma postura, como si estuviera mirándose en el espejo. Se preguntó quién se escondería detrás de aquella máscara y por qué lo haría.

—¿Te gusta Darth Vader?

Max se volvió y descubrió a una joven vestida con el uniforme del supermercado. La había visto antes, era una de las cajeras nuevas. Era una chica no muy alta, morena y con una cara redonda y agradable.

—Hola, ¿cómo te llamas? Yo soy Alicia.

—Me llamo Max.

—Hola de nuevo, Max —respondió Alicia mientras le extendía la mano.

Se dieron un apretón de manos frente a la figura de cartón, que parecía observarles.

—¿Entonces...?

—¿Qué quieres decir?

—No has contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta? ¿Cómo me llamo?

—No, que si te gusta Darth Vader.

—No sé quién es Darth Vader.

—Increíble, el cabrón de Néstor decía la verdad.

—¿Néstor, nuestro jefe?

—Sí, le escuché hablando con la de la sección de zapatos. Decía que tú estabas como chalado, que no te acordabas de nada.

—Vaya, no debería haber dicho eso.

—Ya, está el tema de la confidencialidad, etcétera, etcétera, blablablá, pero Néstor se lo pasa todo por los huevos.

La joven sonrió abiertamente. Sus ojos también sonreían. Tenía la mano derecha apoyada en las caderas, lo que acentuaba sus formas femeninas en ese lado del cuerpo.

—Oye, ¿me invitas a un cigarrillo? —preguntó señalando al bolsillo de la camisa de Max, donde sobresalía un paquete de Marlboro.

—Claro —respondió Max—. El problema es que aquí dentro está prohibido fumar. Y tampoco podemos salir fuera hasta que no acabemos el turno.

—¿Te tomas en serio las normas, eh?

—No. Solo las cumplo.

—Jo, eres increíble. Ven conmigo, no hace falta salir fuera, conozco un sitio dentro donde podemos fumar.

Max siguió a la chica hasta el fondo del supermercado. Se metieron por una puerta que daba al almacén y cruzaron hasta la zona de vestuarios para los empleados. Al final de un largo corredor en penumbra había una puerta metálica. La chica abrió aquella puerta que daba a un patio trasero abandonado. Allí había trastos de todo tipo: cajas de cartón humedecidas por el rocío y la niebla, sogas enrolladas, tablones y un olor a cemento húmedo que se fundía con el chirriar de los pájaros.

—No es el sitio más bonito del mundo, pero aquí nadie nos molestará —dijo la joven.

—Te lo agradezco —respondió Max. Sacó un cigarrillo y se lo ofreció. Después encendió otro con alivio. Aspiró una fuerte bocanada de humo—. No entiendo cómo me pude hacer adicto al tabaco si no dejan fumar en ningún sitio.

—Debe de ser fantástico eso de no recordar nada —dijo Alicia. Le miraba con interés.

—No sabes lo que dices.

—En serio, puedes ver todas las películas del mundo y todas serán nuevas para ti.

Puedes ser la primera persona de la historia que vea por primera vez las seis partes de *La guerra de las galaxias* en orden. ¡Menuda pasada!

Alicia le dio una calada al cigarrillo expulsando el humo hacia arriba. Max, que no se podía quitar de la cabeza la imagen de su jefe pasando el contrato de confidencialidad por encima de un cartón de huevos, apuró su cigarrillo expulsando el humo hacia abajo.

O aquella chica estaba loca de remate o eso de los huevos era otra de aquellas extrañas... metáforas. Como aquello de matar dos pájaros de un tiro.

—Joder, tiene que ser una putada eso de perder la memoria. Al menos no has terminado como el tío de la manta.

—¿El tío de la manta? —preguntó Max.

—Sí, mi madre siempre hablaba de él, yo nunca lo llegué a ver porque era muy pequeña. Era un pobre hombre, un vagabundo que iba por las calles desnudo, cubierto únicamente con una manta. En invierno y en verano, siempre con la manta. Lo podías ver por el centro, por el paseo, por la zona de la plaza vieja. Si aquel pobre hombre supiera lo tuyo te hubiese tenido mucha envidia.

—¿Por qué me iba a envidiar a mí nadie?

—Por tu amnesia. Ese hombre se volvió loco por sus recuerdos. He visto fotos tuyas en internet. Según dicen, en los años ochenta, si te dabas una vuelta por Almería, más tarde o más temprano te topabas con él. Iba descalzo, tenía el pelo muy sucio, largo, con rastas, tenía barba y siempre llevaba su famosa manta a cuestas. Jo, a aquel hombre le hubiera venido muy bien tu amnesia. Por lo visto, tenía mucho dinero, pero lo dejó todo y se puso a caminar por el mundo con la manta a cuestas.

—¿Y por qué hizo eso? ¿Se volvió loco?

—Pregúntale a cualquier persona de Almería, todo el mundo conoce la historia. El hombre era extranjero, aunque no se sabe muy bien de dónde, era cirujano, y su hija tuvo una enfermedad, un tumor o algo parecido. Total, que se encontró en la situación de tener que operar a su propia hija.

—¿Y qué pasó? —preguntó Max, intrigado.

—El caso es que la hija se le murió en plena operación. Según cuentan, ese hombre, en ese momento, agarró una manta que había en el mismo quirófano y salió andando de allí. Desde entonces se pasa la vida caminando con la manta.

—Vaya, ¿y dónde está ahora? ¿Sigue en Almería?

—Nadie lo sabe, se pasó años vagando por ahí y un buen día desapareció. Imagínate, lo que él hubiese dado por poder borrar de su memoria lo que pasó con su hija.

—Tienes razón. Hay cosas que es mejor olvidar para siempre.

Permanecieron en silencio unos instantes. El humo de los cigarrillos les envolvía como una fina niebla.

—Oye, ¿por qué llevas en la mano tu carnet?, ¿no tienes una cartera?

Max sonrió con cierto embarazo apretando los labios, cabizbajo. Se guardó el carnet en el bolsillo del pantalón. Aquella chica le caía bien. Se dio cuenta con cierta sorpresa de que, hasta el momento, no había advertido en ella ningún signo de falsedad. Era evidente que la chica era más tímida de lo que quería aparentar (el rubor en las mejillas), aunque era la primera persona que mostraba interés genuino hacia él (sus ojos atentos le decían que realmente se tomaba en serio lo que Max le decía) y que no le despreciaba o le consideraba un idiota. Su sonrisa era abierta, tímida pero abierta, y sus ojos acompañaban la sonrisa.

—¿Dónde os habíais metido vosotros dos? —graznó una voz a sus espaldas. Era Emilia, la encargada de las cajas.

Emilia miró de soslayo a Alicia y, aunque no dijo nada, Max pudo leer el significado de su mirada: ¿tú qué haces aquí?, ¿estás intentando ligar con este idiota? Emilia le miró luego a él (deseo, desprecio, superioridad), pero, como venía siendo habitual, lo que Emilia dijo a continuación no tenía nada que ver con lo que decía su cuerpo a través de sus gestos:

—El jefe os está buscando como loco —dijeron sus palabras—. El supermercado está a tope y se está formando cola en las cajas.

Los ojos de Emilia brillaron ante la idea de que el jefe les echase una bronca (satisfacción, orgullo, malicia). Max le dio una calada al cigarrillo con cierto cansancio. Era duro enfrentarse al mundo de aquel modo, rodeado de tanta falsedad.

—Ese gilipollas no respeta ni los descansos reglamentarios —dijo Alicia mientras se encaminaba al interior de mala gana.

Emilia fue tras ella y Max se demoró a solas unos instantes. Apuró el cigarrillo observando los oscuros nubarrones de tormenta que se agolpaban sobre ellos. El cielo estaba iluminado con una extraña iridiscencia, como si flotase una nube de partículas de múltiples facetas cuyo reflejo cambiase a cada instante. Max desconocía si en el cielo podía flotar alguna sustancia aparte de aquellas nubes oscuras y sucias como manchas de grasa. Contemplar el cielo era como mirarse en un espejo que le devolviera el reflejo de su alma. El vacío exterior y el vacío interior se igualaban.

Tiró el cigarrillo y apagó la colilla con la puntera del zapato. Algo diferente flotaba allá arriba, pensó, y a su mente acudió la idea de que la extraña iridiscencia en el cielo era una señal de que algo iba a cambiar, una premonición, como la tormenta que estaba a punto de estallar.

Emilia no exageraba. El interior del supermercado estaba verdaderamente abarrotado. Parecía que todos los habitantes de la ciudad se habían puesto de acuerdo para hacer sus compras a la vez, una especie de locura colectiva.

Néstor González, su jefe, corría arriba y abajo gritando órdenes a los empleados. González era un individuo al que todos, a sus espaldas, apodaban *el Cerdo*. El apodo

no era gratuito porque Néstor tenía el aspecto de un refinado puerco al que hubiesen enseñado a arreglarse el bigote y a caminar sobre las dos patas traseras. Alguna clase de enfermedad le impedía abrir los ojos totalmente, por lo que siempre parecía estar olisqueando a su alrededor con los párpados entrecerrados, su nariz chata y el cuello muy doblado hacia arriba. Hasta donde Max había llegado a observar, a Néstor nunca le faltaba una palabra desagradable para sus empleados.

Aunque Néstor parecía odiar a todo el mundo, a juzgar por cómo le insultaba y trataba de ridiculizar constantemente, de hacerle sentir como un idiota o un retrasado, Max tenía la impresión de que su jefe le odiaba a él personalmente de un modo muy especial. Max intentaba hacer bien su trabajo, era rápido y cuidadoso con la mercancía y, aun así, siempre se ganaba alguna bronca por el más mínimo motivo.

—Te odia porque tienes un aspecto demasiado elegante, cariño —le había dicho en una ocasión Emilia, con la que charlaba a veces—. Ni siquiera ese uniforme de trabajo puede disimularlo. Pareces un ejecutivo de banco, o un político. Pareces alguien que está acostumbrado a mandar y a moverse en ambientes selectos. Te mueves como si nadie pudiera entrometerse en tu camino. Por eso Néstor te humilla. Se aprovecha de lo que te pasa en el coco. —Emilia se golpeó la sien con el dedo índice.

En cuanto Néstor vio a Max se abalanzó hacia él gritándole como un energúmeno y gesticulando. Parecía que con las manos quería estrujar una pelota invisible. Al menos, pensó Max aliviado, su jefe no escondía sus sentimientos hacia él. Su lenguaje corporal y el modo en que le trataba estaban totalmente en sintonía.

—Tú, atontado, ¿dónde coño estabas? —gritó plantándose frente a él y casi poniéndose de puntillas—. Es que eres todavía más tonto de lo que pareces. Esas estanterías se están quedando vacías, ¿es que no lo ves? ¡Trae más cajas ya! —chilló.

Sumiso, Max fue hasta el almacén y regresó cargando varias cajas de latas de conservas. Se arrodilló en el suelo junto a la estantería y fue colocando cuidadosamente, una a una, cada lata en la repisa inferior.

A su izquierda, en las cajas, se agolpaban largas colas de carros rebosantes. El sonido de los productos al pasar por el escáner, una nube de pitidos (bip, bip, bip) ascendiendo y estallando como diminutas burbujas de sonido, se mezclaba con el bullicio de los clientes, el ir y venir de los carros, el grito esporádico de algún niño. Max, concentrado en su trabajo, escuchó una voz que, por algún motivo, destacó entre el resto:

—El tío enano que no para de gritar a los empleados es el jefe. La caja fuerte con el dinero está en su despacho, al fondo, en aquella puerta al lado del mostrador de atención al cliente. Las cajas registradoras se vacían cada hora aproximadamente y el dinero se guarda en la caja fuerte.

Aquella voz le resultaba extrañamente familiar. Max se giró para ver a quién

pertenecía. Era un hombre joven. Era la primera vez que lo veía, al menos que pudiese recordar. Tenía el pelo rubio muy corto, la piel muy blanca y una barbita rubia y rala. Vestía pantalones de cuero y sujetaba un casco de moto bajo el brazo. Le estaba hablando a una mujer de pelo artificialmente rojo, delgada y huesuda, vestida también con ropa de motorista. Ambos estaban muy nerviosos y excitados. Cambiaban continuamente de postura y sus pupilas se movían de un lado a otro como enloquecidas.

—El guardia de seguridad es un mierda —estaba diciendo el joven en voz alta—. Se pasa el día borracho o dormido.

El guardia uniformado al que se refería se encontraba solo a un par de metros de ellos, junto al torno de entrada.

—Yo me encargo de él. Lo voy a dejar seco con un golpe con el casco.

Max miró al guardia. Era extraño. Aunque estaba muy cerca, era como si no pudiese escuchar lo que decían de él. Aquel joven no se escondía. Hablaba con tono suficientemente alto como para que todos a su alrededor pudiesen oír lo que decía.

—Le quito la pistola al guardia y voy a por el gerente —siguió diciendo el joven—. La caja fuerte está en su despacho. Lo mejor será que tú te quedes aquí con la pistola. Controla que nadie se mueva y yo le obligo a abrir la caja fuerte.

—¿Y si no la abre? —preguntó la mujer. Tenía una voz aguda, nerviosa, excitada.

—Ese tío es un cobarde llorón. La va abrir cuando le dé un par de hostias. A ese le tengo guardada una —torció la boca en una sonrisa malévola.

Max estaba confuso. Si tenía que hacer caso a lo que estaba escuchando, aquellos dos pretendían atracar el supermercado. Y lo estaban planeando delante de las narices de todos. Hablaban en voz alta, todo el mundo podía escucharles. Max no entendía por qué nadie se alarmaba. A su alrededor había otras personas, pero nadie prestaba atención.

—¡Eh, tú! ¿qué miras? —espetó la mujer al darse cuenta de que Max la estaba observando.

—No le hagas caso a ese —dijo el joven—. Lo conozco. Es un grandullón medio tarado que no se entera de nada. Trabaja aquí por caridad o algo así. Olvídate de él y escucha lo que te digo.

«Tarado» no era un adjetivo precisamente halagador, como lo demostraban otras palabras asociadas que Max conocía: «retrasado», «idiota», «tonto».

Lo que Max no alcanzaba a entender era por qué aquellos dos hablaban abiertamente, sin esconderse, planeando un atraco en voz alta. Un sudor frío le recorrió la espalda. ¿Estaba interpretando mal aquella conversación?

Comenzó a dudar de sus sentidos. Una cosa eran los gestos y otra las palabras. No era solo lo que aquellos dos transmitían con su cuerpo (nerviosismo, agresividad, rabia, ansiedad) sino también lo que decían. Para colmo, lo que decían y lo que

transmitían sus gestos estaba en perfecta consonancia. ¿Qué es lo que estaba interpretando mal? ¿Era aquella conversación una especie de «metáfora»? ¿Estaban hablando en realidad algo diferente a un atraco?

Una de las cajeras se detuvo junto a los supuestos atracadores y comenzó a anotar en un cuaderno el precio de un producto de la estantería que tenían a su izquierda.

—Cuando le quite la pistola al guardia hago un disparo al aire para que todos vean que vamos en serio —dijo en ese momento el joven—. Después te paso la pistola y mantienes a raya a todo el mundo. No creo que ningún empleado quiera jugársela, aunque nunca se sabe, siempre hay alguien que quiere hacerse el héroe.

Max pensó que era imposible que la cajera no estuviese escuchando aquellas palabras. El joven hablaba en voz alta, sin esconderse. También había otras personas cerca, llenando sus carros o en la cola de las cajas. ¿Por qué nadie se alarmaba? Estaban planeando asaltar el supermercado en voz alta, rodeados de decenas de testigos que no se inmutaban lo más mínimo. ¿Era aquello una especie de broma?

Max dudó de sí mismo, preguntándose si la mente no le estaría jugando una mala pasada. ¿Estaba recordando aquello después de que hubiese sucedido, tal y como le había explicado su psiquiatra que podría ocurrirle con algunos recuerdos? Eso era absurdo. Estaba viviendo el presente, estaba seguro. Estaba escuchando a aquellos dos planear el atraco al supermercado delante de todo el mundo sin que nadie se preocupase lo más mínimo.

Max tuvo la impresión de que había un ángulo muerto en su interior, algo que no alcanzaba a ver y que lo explicaba todo. Cerró los ojos apretándolos con fuerza. Buscó en su propia oscuridad interior. Sintió el corazón martilleando con fuerza en el oído. Intentó alcanzar aquel ángulo muerto. Supo que si lograba llegar hasta aquel punto de su interior, las cosas se volverían terriblemente claras, sencillas, expuestas a la luz. Pero era imposible. Por más que se replegaba sobre sí mismo no podía ver más allá, no lograba vislumbrar eso que lo explicaría todo.

Abrió los ojos. Allí seguían aquellos dos en posición de asalto, con una pierna por delante de la otra, con las pupilas dilatadas, los puños apretados, las mandíbulas tensas.

El hombre se puso a abrir y cerrar el puño de la mano derecha rítmicamente, como si fuese una bomba hidráulica para darse valor. Entonces dio un paso adelante y llevó a cabo exactamente lo que había dicho. Se acercó al guardia de seguridad y le golpeó en la cabeza con el casco de la moto. Fue un golpe salvaje. El guardia se desplomó como una marioneta a la que cortan los hilos. El agresor le quitó la pistola del cinto. La amartilló y disparó al aire. La estampida los dejó a todos paralizados de la sorpresa unos segundos, como si alguien hubiese apretado el botón de pausa.

Después todo el mundo reaccionó con desconcierto y pánico. Todos menos Max.

Max observaba lo que sucedía recreándose con la angustia de la anticipación,

como un *déjà vu*, como si estuviese rememorando porque ya sabía lo que iba a suceder.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué le estaba pasando?

Carla

A pesar de que la persona que tenía frente a sí era un completo desconocido, Carla estaba extrañamente relajada. Era extraño porque, hasta entonces, la única persona que conocía su secreto era su psicoterapeuta. Y, sin embargo, no le importaba estar hablando de su trauma con aquel desconocido, de su aborto y de cómo había empezado a mantener vivo a su hijo Aarón en su imaginación.

Carla miraba al desconocido a los ojos, segura de sí misma, evitando cualquier señal de vergüenza.

—Me quedé embarazada y tuve un aborto. Mejor dicho, aborté por decisión propia. No quiero decir que no tenía otra opción porque sí la tenía.

—Tu otra opción era tener ese hijo —respondió el desconocido.

—Lo sé, pero en aquel momento el aborto me parecía la mejor solución. Yo estaba soltera y era joven, y bueno... lo terrible es que una vez que tomas la decisión ya no puedes volver atrás, después del aborto no podía volver atrás y recuperar a Aarón.

—¿Aarón?

—Sí, le puse ese nombre.

—¿Le pusiste un nombre a un niño que nunca llegó a nacer?

—En realidad no recuerdo de dónde salió el nombre, creo que, simplemente, ese era su nombre.

—Entiendo, entonces, ¿qué? Me has dicho que se trataba de un problema que te acompaña hasta ahora, ¿no fuiste capaz de superarlo?

—Me ocurrió algo incomprensible, sentí que daba a luz.

—No te entiendo, ¿después del aborto?

—Sí, más o menos cuando debía haberlo tenido. Sentí las contracciones, el dolor, todo, sentí que salía de mi cuerpo, podía sentir su peso sobre mis brazos. Por las noches me despertaba su llanto.

—Estamos hablando de un niño que nunca existió.

—Así es, aunque existía para mí.

—¿Podías verlo como me ves a mí ahora?

—Al principio, no... solo podía sentirlo, sentía su compañía, su tacto.

—Pero te despertaba su llanto...

—Eso vino después, los sonidos, los gorjeos, y fue a raíz de aquello cuando empecé a imaginármelo, cada vez con más intensidad, hasta que la imaginación se hizo tan intensa que no podía diferenciar lo que veía de lo que imaginaba.

—¿No buscaste ayuda?

—Nadie sabía lo del aborto, ni siquiera mi hermano, y la vergüenza me consumía.

Al principio, simplemente, intentaba quitármelo de la cabeza. Me daba miedo estar volviéndome loca. Hasta que llegó mi gran revelación. Hubo un momento en el que comprendí que era más feliz dejándome llevar por la fantasía de la presencia de mi hijo, así que decidí rendirme. Recuerdo que me senté en el escritorio de casa y me hice una lista con las ventajas y desventajas de seguir adelante con la idea de Aarón. La columna de las ventajas crecía y crecía, y la de las desventajas se quedó desierta. En cuanto me dejé llevar las cosas fueron más fáciles. Aarón crecía cada día, empezó a decir algunas palabras, me hacía compañía...

—Es algo difícil de entender, Carla, jamás había escuchado algo así.

—Lo sé: esa es precisamente la actitud que yo decidí abandonar. Decidí que aquello no era ni extraño ni normal, ni bueno ni malo. Decidí que aquella era, simplemente, mi realidad. Era como tener a Aarón de verdad, de carne y hueso.

—¿Y nunca te entraban remordimientos por lo que hiciste? Me refiero al aborto.

—Cada vez menos, eso era algo que sabía y que intentaba apartar de mi mente cada vez que se me presentaba. Luego, Aarón me lo ponía fácil, es un niño muy inteligente. No tenía ni tres años cuando empezó a interesarse por mis cosas, incluso a darme consejos sobre la ropa que debía llevar.

—¿Tenías conversaciones con el niño?

—Sí, todavía las tengo. Aarón me ayuda enormemente, no es solo la compañía, es su sentido del humor, su apoyo incondicional, es un niño maravilloso. Todos estos años he vivido nuestras vidas, la mía y la suya. Ya está hecho un hombrecito, es un crío muy inteligente.

—Bueno, supongo que la pregunta es obvia.

—¿Qué pregunta?

—¿Tiene amigos?, ¿otros niños imaginarios como él?, ¿otros niños abortados por madres que decidieron negarles la existencia?

Carla se quedó muda.

—Dime una cosa. Cuando hablas con él, ¿le has confesado ya que no existe, que lo perdiste en un aborto?

Carla miraba al desconocido con horror.

El desconocido la miraba con intensidad.

Carla no era capaz de articular palabra.

El desconocido la seguía mirando.

Fue entonces cuando Carla comprendió quién era realmente el desconocido.

—Sí, mamá, estás en lo cierto, soy yo, soy Aarón, y no me puedo creer que me digas esto ahora. Que no existo, que soy un producto de tu imaginación, que solo existo porque tú me mantienes con vida. Sabes que eso no es cierto, sabes que sí que estoy vivo, que soy real.

—No... no entiendo por qué dices eso. Tú no eres real. —La agitación la hizo

temblar.

—Y me lo dices con esa tranquilidad. ¿Qué tipo de persona eres, mamá? Sabes perfectamente que sí existo. Mírame. Soy real. Estoy vivo.

—No, no lo estás.

—Existo. Reconócelo, mamá. Admite la verdad.

* * *

Carla se despertó con un sobresalto. Tardó unos segundos en orientarse, en recordar que se encontraba en una habitación de hospital junto a la cama de su hermano herido. Tenía la frente empapada en sudor. El corazón martilleaba con furia en su pecho.

La habitación estaba en penumbra. Escuchó un rumor de pasos. Había alguien más. Una enfermera. Carla la observó en silencio. La enfermera estaba comprobando las constantes vitales de Isaac. Revisó los aparatos y realizó algunas anotaciones en un cuaderno. Miró a Carla como que reparaba en su presencia por primera vez. La obsequió con una sonrisa compasiva y se marchó.

Carla se puso en pie para desentumecer los miembros. Sentía como si hombrecillos calzados con alfileres caminasen por brazos y piernas. Estaba amaneciendo y la claridad que se abría paso entre las gruesas cortinas le pareció insípida y falta de vida. Tuvo la sensación de que el tiempo se había detenido, que el día no avanzaría más, igual que si se encontrase en uno de esos lugares donde la noche dura seis meses y el día es un crepúsculo interminable. La ausencia de luz solar se le antojó tan insoportable que notó como la respiración se le entrecortaba.

Se inclinó sobre su hermano y le dio un beso en la mejilla. Su aspecto no había mejorado. Seguía teniendo la cara hinchada y una expresión de sufrimiento. Carla tragó saliva con un ruido fuerte y hueco. Exhaló un aliento helado. Estaba temblando. Sentía un dolor insoportable en el pecho, como si tuviese allí alojado un bloque de hielo. Respirar dolía mucho.

La enfermera regresó a la habitación acompañada por uno de los doctores que se ocupaba de su hermano. El médico observó los datos tomados por la enfermera con el ceño fruncido. Carla retuvo el aliento.

—Sigue estable —dictaminó por fin el doctor—. La hemorragia está contenida y su corazón está respondiendo bien. Lo único que podemos hacer ahora es esperar.

Esperar.

* * *

A las nueve de la mañana Carla abandonó el hospital y cogió un taxi que la llevó hasta la comisaría de policía de Ciudad Lineal, donde la habían citado para hablar sobre lo ocurrido a su hermano.

Esperaba averiguar algo más sobre la agresión. Todo lo que le habían dicho hasta entonces era muy confuso, por no decir absurdo: que Isaac estaba acusado de acoso sexual a una menor y que había sido el padre de la joven quien le había agredido al defender a su hija. Carla estaba segura de que aquello era un error. Estaba deseosa de aclararlo lo antes posible.

En la puerta de la comisaría dio su nombre y la hicieron pasar a una gran sala donde había varias filas de sillas de plástico, todas ocupadas, y, frente a estas, dos largas hileras de mesas con policías tomando denuncias de ciudadanos. En el aire flotaba un barullo de voces inconexas y timbres de llamada de teléfonos fijos y móviles. En la sala también había algunas personas esposadas acompañadas de policías de uniforme. Carla supuso que eran detenidos aguardando su turno para declarar: un hombre mayor con aspecto de vagabundo que no paraba de murmurar para sí; un chico africano que repetía una y otra vez que no había hecho «nada malo, nada malo» y una mujer joven con el rostro muy demacrado que no paraba de llorar.

Al cabo de unos minutos un policía pidió a Carla que le acompañase. Pero, en lugar de llevarla hasta una de las mesas, la hizo pasar a un pequeño despacho amueblado únicamente con una mesa y dos sillas, una a cada lado. Sobre la mesa había un ordenador tan antiguo que parecía concebido en alguna época anterior a la aparición de la informática. Tenía un monitor de tubo enorme con la pantalla abombada y la carcasa era de plástico amarillento y descolorido, como si hubiese pasado mucho tiempo a la intemperie.

Carla se sentó en una de las sillas, en el lado de la mesa que no estaba ocupado por el ordenador. Se quedó esperando con la mirada fija en un punto de la mesa. Instantes después entró un policía vestido de paisano. Era un hombre medio calvo y muy gordo, con una enorme barriga. Llevaba una camisa azul con desagradables manchas de humedad en los sobacos y una corbata gris con el nudo casi abierto.

Sin mirarla siquiera a la cara, el policía dijo que iba a «tomarle los datos para hacerle la ficha en el expediente». Carla no tenía ni idea de por qué la policía tenía que hacerle una ficha a ella, mas respondió pacientemente a las preguntas sobre su edad, domicilio, ocupación y demás datos personales. El policía utilizaba solo dos dedos para teclear y tardaba una eternidad en escribir sus respuestas en el ordenador. Cada vez que escribía una palabra observaba la pantalla con expresión ceñuda, a veces rectificaba machacando sonoramente con un dedo la tecla de borrado y volvía a escribir.

Cuando finalizaron aquellas preguntas, el policía le dijo que vendría alguien a hablar con ella y se marchó. Otro policía, también de paisano, ocupó su lugar unos

minutos después. El recién llegado explicó que le haría algunas preguntas personales acerca de ella y de su hermano para «completar el expediente».

Le preguntó acerca de la ocupación de Isaac, el lugar donde trabajaba y su horario. Le pidió que dijese los nombres que recordase de sus compañeros de trabajo y también los de sus amistades. Le preguntó por los hábitos de Isaac: a qué hora se levantaba, cuándo se acostaba, dónde comía, qué solía hacer con su tiempo libre, cuáles eran sus ingresos, de cuánto dinero disponía, si tenía deudas, aficiones, vicios, juego, novias, amantes...

El policía formulaba cada pregunta con parsimonia y se tomaba aún más tiempo para anotar la respuesta en el ordenador. Carla se dio cuenta de que repetía las mismas preguntas cambiando pequeños matices, como tratando de pillarla en alguna contradicción. Comenzó a angustiarse ante las frases que nunca llegaban a su fin, aunque el significado estaba claro desde las primeras sílabas. A veces comenzaba a negar con la cabeza, adivinando adónde quería ir a parar el policía antes de que acabase de formular la pregunta.

—Mire, señorita, permítame que termine de hacerle la pregunta antes de contestarme, por favor.

Fue entonces cuando Carla experimentó una desagradable sensación de disociación con la realidad, seguramente fruto del cansancio y de la falta de sueño. La luz de la bombilla en el techo se intensificó, deslumbrándola como si mirase al sol. El aire se enrareció a su alrededor y los sonidos se amplificaron. La voz del policía entraba en sus oídos como algo físico que hurgase en el interior de su cabeza.

«¿Su hermano había tenido algún incidente con la policía anteriormente?»

«¿Su hermano participa habitualmente en peleas?»

«¿Su hermano tiene un carácter violento?»

No, no, no, no...

Un tiempo indeterminado después, el policía dio por finalizadas las preguntas y se levantó. La miró como reprobando algo y se fue sin decir nada. Dejó la puerta abierta y Carla asistió durante unos minutos al festival cacofónico de sonidos procedentes de la comisaría, flujos de palabras serpenteantes que comenzaron a tomar posesión de aquella estancia diminuta. Gritos, reproches, lamentos de detenidos, palabras de angustia, pero, sobre todo, los malditos teléfonos.

Cada vez que sonaba uno Carla se estremecía de pies a cabeza. Parecía que cada timbrado tenía más volumen que el anterior y el tono se hacía más agudo de un teléfono a otro, hasta que cada timbrado podía sentirse reverberar en los dientes, en los huesos, en el cráneo.

Entonces entró otro policía, también vestido de paisano; ni siquiera llevaba corbata, solo vaqueros y una camisa arrugada. El hombre cerró la puerta y se sentó frente al ordenador.

Cerrada la puerta, el ruido de la comisaría desapareció por completo. Aquel se trataba, sin duda, de un cuarto insonorizado.

Carla mantenía la cabeza baja intentando controlar sus nervios, disfrutar de la pequeña tregua que le estaban brindando a sus oídos, a sabiendas de que aquel bendito silencio sería violado nuevamente. El recién llegado permaneció observando la pantalla del ordenador unos segundos antes de hablar:

—Bien, señorita, si me lo permite, debemos continuar con el interrogatorio.

A Carla la palabra «interrogatorio» no le sonó apropiada, pero asintió levemente con la cabeza, preparada para la nueva avalancha de las mismas preguntas.

—Tengo entendido que usted no tiene una vida sexual demasiado activa.

En circunstancias normales, Carla se hubiera extrañado ante aquella pregunta, pero aquellas no eran circunstancias normales.

—Tiene usted razón, tengo menos sexo del que debería —contestó sin dejar de mirar a un punto fijo en la mesa.

—Señorita, seamos serios. Si usted quiere ayudarnos de verdad, debe regularizar su comportamiento, en todos sus ámbitos, solo una persona equilibrada puede ver las cosas con claridad, solo así nos podrá ayudar con su caso.

Carla sintió que le quitaban un peso de encima. El comentario había sido totalmente inesperado, aunque la voz de este policía era más directa, menos calculada, más humana. Fue un alivio que no escribiese nada en el ordenador. El hombre permanecía con las manos en el regazo. Parecía que las capas de niebla que la atosigaban hacía solo unos instantes empezaban a disiparse.

—Y dígame una cosa —preguntó el policía—, ¿cuándo fue la última vez que mantuvo relaciones sexuales?

—Pues hace unas dos semanas, aproximadamente, justo antes de... dejarlo con mi novio —respondió Carla con una voz que no era la suya.

—Comprendo. ¿Y fue esa una relación totalmente satisfactoria? ¿Alcanzó usted un orgasmo como es debido?

—¿Adónde pretende llegar por ese camino?

—Solo deseo ayudarla, no la estoy acusando de nada.

—No le entiendo —contestó Carla. El sudor se le había enfriado en la frente y le producía un extraño placer.

—Le pido claridad, señorita, por eso le soy franco, por eso le sugiero que comience a desnudarse.

Carla sonrió como si estuviera ebria, pero la sonrisa se transformó en una mueca de horror.

El hombre la miraba directamente a los ojos, con un aplomo y seriedad carentes de fisuras.

Estaba claro que aquello era, sin duda, una maldita pesadilla. A su hermano no le

había pasado nada. Todo era producto de su imaginación, todo era un dichoso sueño. ¿Por qué no se despertaba entonces?

En ese instante la puerta pareció explotar. Un policía de uniforme irrumpió en el cuarto y se abalanzó sobre el hombre sentado frente a ella, propinándole un tremendo derechazo en la nariz que le hizo caer al suelo de espaldas.

Otro policía levantó al hombre del suelo agarrándole por los sobacos y entre los dos lo inmovilizaron. Un tercer hombre pasó al interior y cerró la puerta cuando los dos policías sacaron al individuo a rastras. Este último era alto y bien parecido, vestía un impecable traje de lana marrón y llevaba el pelo negro cuidadosamente peinado hacia atrás con gomina.

En esta ocasión, Carla ni se había enterado de los ruidos del exterior durante los segundos que la puerta había vuelto a estar abierta.

—No tengo palabras para disculparme como es debido. No entiendo cómo ha podido entrar aquí ese hombre —dijo el recién llegado, de pie frente a ella.

—¿No es un compañero suyo? ¿No es un agente de policía?

—No, claro que no. Ese hombre está detenido por agresión sexual. Es un depravado. ¿Por qué no ha gritado cuando lo ha visto entrar?

—Pensaba que era otro policía —respondió Carla, extrañamente relajada.

—Por amor de Dios, ¿es que no ha visto usted que ese individuo estaba esposado?

Carla reía a mandíbula batiente. El policía evitaba mirarla, claramente avergonzado. Cada vez que los ojos de Carla se cruzaban con su mirada de perrito herido, reía más y más.

«Verás cuando se lo cuente a Isaac. Lo que se iban a reír los dos de aquello...»

—Señorita Barceló, por favor, mantenga la compostura.

Carla, todavía entre risas, fue capaz de contestarle.

—¡Me está pidiendo... —risas— que confíe en usted, en la policía —risas—... y no son capaces ni de evitar que cualquier desgraciado se les cuele en una sala de interrogatorios!

—Por favor, señorita, cálmese, entiendo que está usted bajo una gran tensión.

—¡Por Dios santo! ¿Qué sabrá usted de cómo me siento yo? —gritó Carla entre carcajadas. Se llevó las manos a la boca tratando de ahogar el sonido de su risa.

—Tiene usted que bajar la voz, intente dejar de llorar.

—¿Llorar?, ¿es que está loco?, ¡me estoy riendo!

El policía se limitó a mirarla. Carla sintió una sacudida de horror. Se llevó las manos a las mejillas y comprobó que estaban arrasadas por las lágrimas. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

«Verás cuando se lo cuente a Isaac».

Los dos se iban a partir de la risa cuando le contase lo que le había pasado en la

comisaría. Isaac haría chistes de aquello durante meses.

Pero Isaac estaba en coma, al borde de la muerte, dijo una voz en su interior, y algo frío y duro le aprisionó el corazón. Sintió una descarga eléctrica en la columna.

Su hijo Aarón, de pie junto al agente, la miraba con la preocupación dibujada en su carita infantil.

—¡Sal de aquí, maldita sea! —gritó— ¡Te dije que te fueras, no vuelvas!

—No puedes echarme, mamá, porque soy real —dijo Aarón.

—Oiga, señorita, ¿me está hablando usted a mí? —respondió el agente.

El llanto se apoderó del cuerpo de Carla con la misma violencia con la que una llanura inhóspita tiembla al paso de una manada de caballos salvajes. Se llevó las manos a la cara.

El policía le ofreció un vaso de agua y un pañuelo. Carla comenzó a beber a pequeños sorbos. Hizo un gesto de agradecimiento.

—Entiendo muy bien por lo que está usted pasando. Es muy normal que esté confundida, abrumada. Tiene que tranquilizarse. Permítame presentarme como es debido. Soy el inspector Fernando Casas. Voy a ocuparme del caso de la agresión a su hermano.

La voz del inspector destilaba lógica y sentido común. Carla comenzó a sentir que regresaba a la realidad que conocía.

El inspector se acomodó frente a ella al otro lado del escritorio, junto al viejo ordenador. Metió la mano en el bolsillo y sacó un teléfono móvil que dejó sobre la mesa junto a un bloc de notas y un bolígrafo. El teléfono era una Blackberry, un modelo nuevo. Carla se quedó mirando aquel teléfono reconfortada, como si fuese el único pedazo de realidad de todo lo que la rodeaba.

—Vamos a ver: ya le informé mi compañero en el hospital que su hermano fue agredido por un hombre llamado Aitor González —dijo el inspector—. El señor Aitor González ha declarado que su hija de catorce años estaba siendo acosada sexualmente por Isaac Barceló.

—¡Eso es ridículo! —chilló Carla.

—Por favor. —El policía levantó las palmas de las manos—. Le estoy exponiendo los hechos. Tiene que entender que su hermano está acusado de abuso a una menor de edad —aunque no alzó la voz, sonó más fría y severa que antes.

—¿Se han vuelto todos locos? ¡Es imposible que mi hermano haya abusado de nadie!

El policía la miró atentamente. Abrió la libreta y tomó el bolígrafo entre sus dedos. Realizó una anotación. Carla no alcanzaba a ver lo que escribía.

—Por favor, tranquilícese —pidió el inspector de policía—. La mejor manera de ayudar a su hermano es colaborar conmigo, ¿lo entiende?

Carla hizo un esfuerzo sobrehumano por tranquilizarse. No, claro que no entendía

nada. Estaba a punto de volverse loca. ¿Cómo podían acusar a su hermano de algo semejante?

—¿En qué se basan? —preguntó.

—Como le estaba diciendo, el señor Aitor González denunció recientemente que su hija de catorce años estaba siendo coaccionada por alguien a través de internet. Un desconocido anónimo la obligaba a desnudarse y a realizar actos obscenos delante de la cámara de su ordenador. ¿Comprende lo que estoy diciendo?

Carla asintió con impaciencia. El policía meneó la cabeza como si se lamentase de algo.

—No se lo tome a la ligera. Quizá piense que obligar a una joven a desnudarse delante de una cámara web no tiene importancia —dijo el policía, que al parecer consideraba que aquel asunto requería mayor explicación—. Le aseguro que es un delito muy grave. La gente subestima la influencia negativa que tiene internet en los jóvenes de hoy día, cada día llegan cientos de denuncias...

—Sé perfectamente de lo que me está hablando —interrumpió acalorada—. ¡Mi hermano no tiene nada que ver con eso, se lo puedo asegurar!

El policía la miró fijamente. Anotó algo en su libreta.

—Esa actitud no ayudará a la investigación —dijo—. Le pido colaboración. Negar los hechos no va a hacer que cambie la realidad. ¿Está usted segura de que conoce los hábitos de su hermano? ¿Sabe lo que su hermano hacía en la intimidad? Los pedófilos y acosadores se encuentran entre nosotros, llevan una vida normal. Entiendo que puede ser duro de admitir para usted, siendo su hermana, pero pesan graves acusaciones.

—¡Le digo que mi hermano es inocente! ¿Qué pruebas tiene?

—Vamos a ver. Es lo que estoy intentando explicarle. Mire, el señor Aitor González detectó un comportamiento extraño en su hija. Estaba huraña, huidiza y agresiva. Se pasaba horas encerrada en su habitación con su ordenador. Así que el señor Aitor González hizo algo que, en mi opinión, todos los padres deberían hacer. Instaló un software espía en el ordenador de su hija para poder ver lo que hacía en internet. De ese modo averiguó que tenía una relación malsana con un hombre mayor de edad.

—Le aseguro que ese hombre no era mi hermano —dijo Carla con todo el aplomo que pudo reunir. La sangre le batía en los oídos—. Aún no me ha explicado por qué le atacó ese desgraciado.

—Ese desgraciado, como usted lo llama, solo estaba protegiendo a su hija.

—¡Pues se equivocó! —gritó al borde de la histeria.

El policía anotó algo en su libreta. Jugó unos segundos con el bolígrafo entre los dedos antes de proseguir:

—Déjeme que acabe de relatarle los hechos y luego podrá usted dar su versión. El

señor González interceptó las conversaciones de chat de su hija. Descubrió que alguien la estaba coaccionando para un encuentro personal. El acosador había citado a su hija a las doce del mediodía en un bar de copas del centro de Madrid. Un sitio muy poco frecuentado a esas horas. Todo apunta a que planeaba un secuestro de la joven. Llevársela por la fuerza. El señor González es un hombre de temperamento. En lugar de llamar a la policía, como ya habrá imaginado, fue él quien se presentó a la cita. Estaba muy alterado. En el lugar de encuentro convenido se encontró con el señor Isaac Barceló, que esperaba la aparición de su hija. El señor González perdió los nervios y le propinó una paliza. El señor González es un hombre violento, no seré yo quien le defienda. Tiene antecedentes por peleas en bares. Tendría que haber avisado a la policía en vez de actuar por su cuenta. Aunque tengo que decir que su reacción es comprensible, teniendo en cuenta que se trata de su hija.

—¡Eso es una idiotez! ¡Mi hermano no tenía nada que ver con su hija!

—Entonces, dígame una cosa. ¿Qué estaba haciendo su hermano en aquel bar en aquel momento?

—Mi hermano no me informa de cada paso que da. Estaría tomando algo, o habría quedado con alguien.

El policía anotó algo en su libreta.

—Por Dios. Le aseguro que mi hermano no tiene nada que ver con el acoso a esa chica.

—¿Por qué está usted tan segura?

—Porque... porque mi hermano es la mejor persona que existe. —Carla rompió a llorar, se tapó la cara con las manos—. Él siempre ha cuidado de mí... —La voz se ahogó entre sollozos—. Isaac nunca le haría daño a nadie, él nunca haría algo así, no se merecía lo que le han hecho...

El policía anotó algo en la libreta.

—Tranquilícese, por favor. Creo que debería usted someterse a asistencia psicológica. Se encuentra muy inestable. Me preocupa su salud mental.

—¡¿Qué?! —estalló Carla. Se puso en pie con violencia. La silla cayó hacia atrás—. Me hacen venir aquí, me interrogan con preguntas absurdas, me ponen delante un perturbado sexual... ¡Y ahora insinúa que estoy loca! —Carla se dio cuenta de que estaba gritando a pleno pulmón. Al menos, dijo una vocecita dentro de sí, sus gritos no saldrían de aquella sala.

—No rechace la ayuda. Es evidente que no se encuentra bien. No ha parado de reír y de llorar en todo este tiempo. Parece que tiene problemas para aceptar la realidad.

—¡Váyase al diablo! ¡Anote eso también en su libreta! —Se fue a la puerta. Por un instante temió que estuviese cerrada, pero el pomo giró y se abrió—. Supongo que puedo irme cuando quiera, ¿o me van a retener más tiempo?

—Puede irse. Aunque es probable que necesitemos hablar con usted más adelante.

Carla salió de la comisaría a toda velocidad. Los policías se volvían a su paso, lanzando miradas de curiosidad. Ya en la calle se detuvo, cerró los ojos y respiró hondo. El corazón le latía a mil por hora. El mundo se había vuelto del revés. Todo se estaba desmoronando a su alrededor. El teléfono sonó en su bolso y el sonido casi hizo que se echase a llorar. La llamada era de su editora. Silenció el teléfono y lo volvió a guardar. No quería hablar con nadie. Era incapaz de enfrentarse a nada en aquel momento.

«Dios mío, sé fuerte Carla —se dijo a sí misma—. Tienes que seguir como sea».

Era como si volviese a ser una niña y le faltase la comprensión del mundo adulto. Se sentía como cuando en una ocasión, con seis años, se perdió en un centro comercial. Sucedió cuando sus padres aún vivían y durante unos angustiosos minutos todo fueron carreras frenéticas, rostros extraños que la asustaban, miedo y desorientación. Y, entre todo aquel frenesí caótico, la imagen recurrente de su hermano rodeado de todos aquellos tubos y sondas, su rostro desencajado volvía una y otra vez a su mente. No veía cómo podría superar jamás aquello.

—¿Se encuentra usted bien?

Un hombre la tomó del brazo. Carla tardó unos instantes en reconocer el rostro en la neblina de confusión que la envolvía. Sus ojos recayeron en la mancha que el hombre tenía en la calva desnuda. Era una mancha de nacimiento, ligeramente más oscura que el resto de la piel, del tamaño de la palma de una mano, con una forma intrincada y simétrica, semejante a una de esas manchas que utilizan los psiquiatras en los test de personalidad. Le pareció una máscara grotesca que se estaba burlando de ella. Apartó la mirada.

—Tengo que hablar con usted —dijo el hombre.

—No me encuentro bien —respondió Carla—. Tengo... tengo que ir al hospital.
—Buscó a su alrededor confusa, no sabía ni dónde estaba.

—Por favor. La he estado buscando. Es importante —insistió Héctor Rojas, el funcionario de la Oficina de Protección del Menor.

—¿Qué quiere de mí?

—Puedo explicarle lo que le ha pasado a su hermano.

Fue el atraco al supermercado en el que trabajaba lo que, inesperadamente, le dio a Max N. N. la primera pista real y tangible sobre su pasado.

El atracador, tal y como había planeado en voz alta, se había aproximado al guardia de seguridad y le había golpeado en la cabeza con un casco de moto. Fue un golpe salvaje. El guardia se desplomó como un traje vacío. El atracador le quitó la pistola del cinto. Arrugó la nariz y torció la boca hacia un lado como si le hubiera llegado el olor de algo podrido. Entonces disparó al aire.

Todo el mundo reaccionó con sorpresa y pánico, aunque nadie salió corriendo. Todo el mundo se agachó llevándose las manos a la cabeza. Todos menos Max, que ya sabía lo que iba a ocurrir y se limitaba a presenciarlo, como en uno de esos sueños en los que anticipas lo que va a pasar, solo que aquello no era un sueño, era real. Y es que Max había escuchado a los atracadores planear en voz alta lo que acababa de ocurrir. Lo que no entendía era por qué nadie más les había prestado atención. Sus palabras habían sido claras. Y no solo él les había oído. Otras personas también habían alcanzado a escucharles cuando planeaban el atraco allí mismo, a la vista de todos. Max no estaba asustado. Estaba confuso.

—¡Que nadie se mueva! —gritó el atracador. Movié la pistola apuntando a su alrededor en semicírculos—. ¡Como alguien se mueva me lo cargo!

Le pasó la pistola a su compinche. La mujer la sostuvo frente a sí con los brazos estirados y tensos.

Los dos tenían en la cara el mismo gesto de determinación, las pupilas dilatadas, las mandíbulas apretadas.

Aparte de los atracadores, Max era la única persona que quedaba en pie. La atracadora levantó las cejas cuando lo vio. Max dio un paso atrás queriendo transmitir sumisión. La atracadora se mordió el labio y esbozó una sonrisa.

Por su parte, el atracador sacó un cuchillo y lo agitaba frente a sí como queriendo rasgar el aire. Hubo gritos de pánico, gemidos y sollozos, pero todos se quedaron muy quietos, acurrucados, algunos de rodillas con las manos levantadas. En todos los rostros se reflejaba el mismo gesto de angustia, estupefacción y alarma. Solo alguien se atrevió a moverse. Una rechoncha silueta que corrió agachada hasta el final de la hilera de cajas, en el lado opuesto a donde se encontraba Max. Abrió la puerta de un despacho y la cerró con un portazo. Era Néstor, el gerente del supermercado.

—¡Mierda, se ha encerrado! —gritó la atracadora.

Su compinche corrió hasta el despacho empujando a todos los clientes que se encontraba a su paso. Le dio una patada a la puerta, pero la puerta no se inmutó. Intentó derribarla con el hombro. La puerta resistió los envites. Parecía muy sólida,

blindada.

—¡Abre, hijo de puta! —gritó.

El atracador cruzó una mirada desesperada con la mujer que tenía la pistola. Después agarró una bolsa de plástico y comenzó a recorrer las cajas, abriéndolas una a una y metiendo el dinero que contenían en la bolsa. Cuando llegó junto a la mujer había recorrido todas las cajas. La bolsa estaba casi vacía.

—¡Joder! —gritó—. Ahí solo hay calderilla.

—Te dije que retiraban el dinero cada hora.

—¡Mira que eres tonto! ¡Tienes que hacer que abra la puerta! ¡Hay que llegar a la caja fuerte! —chilló la mujer.

El atracador parecía desesperado. Corrió al otro extremo. Se lanzó con el hombro contra la puerta del despacho del gerente. Fue inútil. Le dio patadas. Después se quedó mirando sin saber qué hacer.

—¡Tú, gilipollas! ¡Voy a cargarme a alguien si no abres! —gritó la mujer, histérica.

La atracadora volvió la cabeza y se encontró con Max, que seguía de pie. Se dirigió hacia él con paso firme, lo agarró por el brazo y le puso la pistola en el cuello. Uno de los clientes soltó un grito. Una mujer comenzó a gimotear.

—¡Si no abres, me cargo a uno de tus empleados! —gritó la mujer. Empujó a Max hacia delante—. ¡Venga, guaperas! Suplica para que pueda escucharte.

Max sintió que el corazón se lanzaba al galope en el interior de su pecho. Cerró los ojos un instante. Se dio cuenta de que no estaba asustado. Los latidos de su corazón se fueron sosegando. Su respiración se volvió lenta y pesada. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron. Algo se removió para acomodarse en su interior. Tuvo la impresión de que en la cabeza se le aflojaba una presión interna, como cuando se desatascan los oídos después de haber subido a cierta altura.

Sin pensar en lo que hacía, Max agarró por la muñeca el brazo de la mujer que sostenía la pistola junto a su cabeza. Con un giro le retorció el brazo a la espalda. Con la otra mano, como quien atrapa una mosca al vuelo, le arrebató la pistola. Fueron dos movimientos seguidos y rápidos, rítmicos, uno-dos, como un partido de tenis contra ti mismo, no premeditados, como el acto reflejo de parpadear cuando algo se aproxima a los ojos, realizados con una firmeza y seguridad especiales en cada uno de los que hizo, y hasta economía en cada uno de ellos.

Max inmovilizó a la atracadora retorciéndole el brazo con fuerza a la espalda. La mujer gritaba y se retorció. Pataleaba y trataba de librarse. Max aplicó más fuerza. Escuchó cómo le crujía la articulación. La mujer chilló de dolor.

—¡Hijo de puta! ¡Suéltala! —gritó su compinche.

El atracador, con los dientes apretados y la nariz dilatada, dio un paso en su

dirección. Entonces se quedó paralizado, con la vista clavada en la pistola que ahora sostenía Max en su mano. Miró a su alrededor. Agarró a una de las cajas por el brazo. La atrajo hacia sí y le puso el cuchillo en la garganta.

—¡Suéltala! ¡Suéltala o la rajo! —gritó.

Max apretó los dientes. La caja amenazada era la chica con la que había compartido un cigarrillo unos minutos antes. La nueva. Alicia.

—¡Me la cargo! ¡Voy en serio! —gritó el atracador— ¡Suéltala y tira la pistola, coño!

Apretó el cuchillo contra la garganta. Alicia dejó escapar un grito ahogado.

Sin pensar lo que hacía, como si una voluntad diferente se hubiese apoderado de él, Max estiró el brazo y apuntó con la pistola al atracador. La mujer que mantenía prisionera se retorció, le daba patadas y quería arañarle la cara mientras Max la sujetaba por un brazo a la espalda. Dio un tirón brusco y el hombro se desencajó de la articulación. La mujer gritó de dolor.

—¡Deja de hacerle daño! —gritó el atracador—. ¡Que la sueltes o la rajo!

Apretó el cuchillo. Alicia no se movía, paralizada por el miedo. Todos retenían el aliento, expectantes y asustados.

Alicia temblaba con los ojos fuertemente cerrados.

Max empujó a la mujer lejos de él sin dejar de apuntar con la pistola.

—¡Ahora tira la pistola o le corto el cuello! —chilló el atracador.

Los ojos de Max se convirtieron en dos ranuras. Una parte de él le dijo que debería hacer caso a aquel hombre. Debería tirar la pistola para que soltase a Alicia.

—¡Que tire la pistola! —gritó la atracadora desde el suelo. Tenía el rostro desencajado por el dolor—. ¡Me ha roto el brazo! ¡Voy a matar al cabrón!

Max clavó la mirada en el atracador. Tenía el rostro crispado, las cejas en tensión y los dientes apretados.

—Si la tocas, te vuelo la tapa de los sesos —dijo Max con voz gélida.

La frente del atracador se llenó de arrugas.

—¡Córtale el cuello! —gritó la mujer.

Las cejas del atracador bajaron y confluyeron en el centro.

—¡Raja a esa puta!

La nariz se dilató aún más.

El labio inferior se tensó.

—¡Mátala!

Max apretó el gatillo. El disparo retumbó como un trueno. El atracador salió despedido hacia atrás. El cuchillo cayó al suelo. Alicia salió despedida hacia delante, con las manos en el cuello.

Max bajó el brazo que sostenía la pistola y notó como la sangre volvía a fluir por sus venas, el calor acudía a sus mejillas y el aire penetraba en sus pulmones. Fue

como salir de una profunda zambullida en el mar.

Se dijo a sí mismo que había hecho lo correcto. El atracador había perdido el control y estaba a punto de hacer daño a la joven cajera.

Fue en ese preciso instante cuando tuvo la impresión de que alcanzaba a vislumbrar algo, como una imagen en movimiento vista por el rabillo del ojo que se escapaba al intentar atraparla. Por un segundo sintió que las imágenes de su pasado estaban muy cerca, a punto de abrirse en una cascada en sus recuerdos. Lo que experimentó no fue alegría, sino una honda inquietud. Por primera vez contempló la posibilidad de que lo que descubriera de su pasado podría no gustarle. Algo le dijo que, tal vez, sería mejor que sus recuerdos permaneciesen enterrados para siempre.

* * *

Después de haber frustrado el atraco al supermercado, Max N. N., el hombre sin recuerdos, fue considerado un héroe en Almería. Todos los presentes relataron cómo el valiente empleado se había deshecho de la mujer armada y cómo había disparado al atracador cuando le puso un cuchillo en el cuello a una cajera. La precisión y la sangre fría con la que Max había actuado asombró a todos y, especialmente, a la policía que acudió al centro comercial.

—Amigo, ¿dónde aprendiste a disparar así? —le preguntó el jefe de la Policía Local.

Max no supo qué responder. Había actuado con naturalidad, sin pensar, como un acto reflejo. Como el parpadeo cuando algo se acerca al ojo.

—¿Le apuntaste al hombro o fue suerte? —insistió el jefe de policía, levantando ambas cejas y tensando los labios por un instante—. Si fallas, podrías haber matado a la chica.

Max tenía la impresión de que la persona que había sido en el pasado se había apoderado de él por unos instantes, aunque eso no podía explicárselo a aquel policía. Ni siquiera era capaz de explicárselo a sí mismo. Había sido una sensación extraña. Le había inundado una grata plenitud, como quien ha reprimido un deseo durante toda su vida, convenciéndose a sí mismo de que no desea lo que desea hasta que, cuando menos lo espera, ve cumplido el deseo cuando ya casi lo había olvidado y entonces comprende que su vida había estado vacía hasta ese instante.

—Apunté al hombro. Estaba seguro de que no iba a fallar —afirmó Max, aunque no podía explicar de dónde emanaba aquella seguridad. No había querido matar al atracador. Simplemente herirle. Había apuntado al hombro y allí había sido donde la bala le había alcanzado.

—Es difícil acertarle a un hombre en movimiento a esa distancia —dijo el jefe de

policía—. Y menos en un punto concreto del cuerpo. No hay ni un solo policía en Almería capaz de disparar así.

—¿Por qué no? —preguntó Max.

—Hace falta ser muy hábil y tener mucha práctica disparando. —El jefe de policía le observó con atención. Era un hombre corpulento. Tenía unos ojos pequeños y hundidos, como orificios practicados en la piel del rostro carnoso—. Mira, yo solo he visto disparar así a los geos.

—¿Los geos?

—El Grupo Especial de Operaciones de la Policía Nacional —aclaró—. ¿No serás tú...?

—Lo siento, no sabría decirle. —Max se rascó la cabeza azorado—. Tuve un accidente y sufro amnesia.

—¿Cómo es eso, hombre? —preguntó entornando los ojos—. ¿Quieres decir que no recuerdas nada de nada?

El policía ladeó la cabeza como si quisiera encontrar el mejor ángulo desde el que observar a aquel extraño individuo. Su mirada recorrió arriba y abajo la figura de Max.

—No, nada —explicó Max, mostrando las palmas de las manos—. No sé quién soy, o quién fui. No se ha podido averiguar mi identidad, así que me han dado este trabajo y un nombre provisional. Es todo lo que puedo decirle.

—Coño, qué raro es eso. —El policía lo miró con simpatía—. Tienes pinta de policía de élite. Pareces entrenado. Si perteneces a algún cuerpo de élite de las fuerzas de seguridad, entonces tendría que haber registros con tus datos, huellas, rasgos faciales... A no ser que...

El jefe de policía se interrumpió en mitad de la frase. Echó un paso atrás y cruzó los brazos. Miró a Max como si le viese por primera vez, escrutando su rostro con atención.

—¿A no ser que...? —preguntó Max.

—Nada, una tontería —respondió mordiéndose el labio inferior como si quisiera afilarse los dientes superiores con él—. La verdad es que has evitado una buena tragedia. Hace dos días esos dos atracaron una joyería en Roquetas. Mataron al dueño y una dependienta está grave en el hospital. Los muy cabrones.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Max, que no podía quitarse de la cabeza la extraña conversación que habían mantenido los atracadores y que solo él parecía haber escuchado—. A lo mejor usted me puede ayudar. Ellos estaban hablando abiertamente de lo que iban a hacer. Delante de todo el mundo. Lo raro es que nadie les hacía caso. Y ellos no se escondían. Como si nadie les pudiese escuchar.

—¿Cómo que nadie les podía escuchar? —preguntó el policía con el ceño fruncido.

—Aquí mismo. —Max señaló el lugar donde habían estado hablando los atracadores, junto a las cajas—. Él le explicaba a ella cómo iba a deshacerse del guardia de seguridad. Yo pude escucharlo, seguro que el guardia también, no estaba muy lejos. También había clientes cerca, también una de las cajeras. Lo planeaban todo en voz alta.

—¿Por qué no hiciste tú nada? —preguntó el policía—. ¿Por qué no avisaste al guardia?

—No lo sé... —titubeó Max—. Todo pasó de un modo muy raro. Como nadie reaccionaba, yo tampoco. Llegué a pensar que podría ser una broma, o que hablaban usando metáforas.

—¿Metáforas?

—Sí, esas cosas que la gente dice cuando quieren decir otras; la verdad es que no son mi fuerte.

—Hay que ver, hombre; eres una persona muy peculiar. —El policía sonreía abiertamente. Comenzó a asentir con energía—. Bueno, habría que escuchar exactamente lo que decían, aunque no creo que fuesen... metáforas precisamente. Es que es muy extraño lo que me cuentas. A lo mejor el guardia de seguridad era su cómplice.

Max respiró aliviado. Al menos aquel policía se tomaba en serio lo que le decía. No lo estaba tomando por loco o por idiota.

—Pero es que no solo era el guardia —dijo Max—. También había otras personas cerca, clientes, las cajeras... Era como si solo yo pudiera escuchar lo que decían. Como si yo y solo yo pudiese entenderles.

—¡Joder! ¡Como si hablasen otro idioma! —exclamó el jefe de policía mirando al cielo con los brazos abiertos. Sus ojos se iluminaron con un destello de inteligencia y soltó una carcajada—. ¡Mira que hemos dado vueltas! ¡Resulta que esos dos son extranjeros!

Max le miró sin comprender.

—La chica es rusa, hay muchas por aquí que vienen engañadas y acaban en la prostitución. Esta al parecer se enganchó a las drogas. Y el otro también es ruso. Será su chulo o algo parecido. ¡Joder!

—No entiendo qué tiene eso que ver —dijo Max.

—Mira, vamos a salir de dudas ahora mismo. ¡Eh! —llamó a uno de sus hombres—. ¡Trae a la tipa esa aquí!

Uno de los policías agarró a la atracadora y la condujo a empellones hasta donde se encontraban. La mujer tenía un brazo en cabestrillo. Clavó en ellos una mirada cargada de odio.

—Quiero oírte decir algo en tu idioma —dijo el jefe de policía.

—¡Vete a la mierda! —respondió la mujer en español con un fuerte acento

extranjero.

—A ver, guapa, me parece que no te das cuenta que tú y yo nos vamos a pasar un tiempo juntos —dijo el policía poniéndole una mano en el hombro herido y apretando. La mujer gritó de dolor—. Así que más te vale que me vayas haciendo caso.

—¡Me cago en ti y en todos los españoles de mierda! —dijo en ruso y con lágrimas en los ojos—. ¡Eres muy machito con una mujer! ¡Ya verás cuando suelten a mi hombre y te vaya a buscar cuando no tengas la pistola! ¡Nos vamos a mear en ti y en toda tu familia!

—No sé lo que estará diciendo la desgraciada —dijo el policía, divertido—. ¿Entiendes tú algo? —preguntó a Max.

Al escuchar a la mujer, Max sintió una suave sacudida eléctrica que le recorrió la espina dorsal. Una presión se destapó en su cerebro. Había entendido todo lo que había dicho, todas y cada una de las palabras, el sentido de las frases.

—¿Entonces, qué dices? —preguntó el jefe de policía sacudiendo una vez más la cabeza, con el dedo firmemente apuntando a la mujer.

—Lo he entendido todo —respondió Max, todavía sorprendido.

—Entonces hemos resuelto el pequeño misterio —dijo el policía, satisfecho. Abrió los brazos con las palmas abiertas—. Cuando hablaban del atraco estaban hablando en su idioma. En ruso. Sabían que nadie les iba a entender. Por eso no se escondían. Por eso nadie les hacía caso.

—Solo yo —dijo Max.

—Eso parece. Tú entiendes ruso. —El policía se rascó la cabeza—. Ni siquiera te diste cuenta de que estaban hablando otro idioma. Casi seguro que lo aprendiste de niño. Por eso no se te ha olvidado, aunque tengas amnesia.

Max respiró hondo. Pensó en aquella revelación. Entendía el idioma ruso. Eso era una pista sobre quién era. Sobre sus orígenes.

Te odio.

La emoción le sacudió por sorpresa. Fue como una descarga eléctrica, como si le hubiese golpeado un rayo, le paralizó el corazón y le entrecortó la respiración.

Me vengaré.

Fue como morder una roca y sentir que los dientes se astillaban.

Te destruiré.

Era angustioso sentir aquellas emociones sin forma. Tuvo vértigo. Los músculos se tensaron y la vista se le nubló. Le embargó la conciencia de que algo estaba mal, una idea combinada con un deseo irrefrenable de destruir ese algo. Fue como tener un nido de arañas en el corazón buscando salida. El corazón latía desbocado.

Las emociones desaparecieron tan súbitamente como habían llegado, dejándolo sumido en un gran desconcierto. Tenía la boca seca y la respiración entrecortada

como después de un gran esfuerzo.

Poco a poco fue recobrando el aliento. Tuvo miedo de volver a escuchar aquel idioma que había disparado las emociones. Odio y venganza. ¿Odio hacia quién?, ¿vengarse de qué?

Las preguntas seguían acumulándose. Cada vez le resultaba más acuciante la sensación de que tenía que encontrar una respuesta o acabaría volviéndose loco.

Carla

Se metieron en una cafetería frente a la comisaría de policía. El local era grande y estaba lleno. Carla y Héctor Rojas, el funcionario de la Oficina de Protección del Menor, se sentaron a una mesa libre, al fondo. En el ambiente flotaba el aroma a café y a bollería dulce. Los rayos de sol de aquella mañana invernal se deslizaban oblicuos hacia el interior del establecimiento a través de una gran cristalera que daba a la calle, acentuando los contornos de las columnas de humo que expelían las tazas de café.

—¿Le apetece tomar algo? —preguntó el funcionario.

Carla pidió un vaso de agua. Tenía la garganta reseca, le dolía como si le hubiesen pasado algo áspero por la tráquea. Recordó que había gritado mucho en la comisaría, a lo mejor más fuerte de lo que pensaba. En el estómago tenía metal fundido. El trato que le habían dado en la comisaría había sido indignante. Todavía era mucho peor la acusación que pesaba sobre su hermano. No se podía entender que lo estuviesen acusando de abusar de una menor de edad.

El funcionario se puso en pie, fue hasta la barra y regresó al cabo de unos instantes con un botellín de agua y un café. Cruzó las manos sobre la mesa. La mirada de Carla recayó una vez más sobre la mancha en su cráneo desnudo. Tenía bordes irregulares y una forma simétrica indefinida. Una máscara siniestra. Hizo un esfuerzo para apartar los ojos.

Carla colocó la botella de agua a su izquierda, agarrándola con la mano derecha. Sus tobillos estaban cruzados bajo la mesa. Héctor tenía su taza de café justo en el centro de la mesa, frente a él.

—Siento muchísimo lo que le ha ocurrido a su hermano —dijo el funcionario—. ¿Cómo está?

—Grave. En coma. Los médicos me han estado preparando para lo peor... —Se le quebró la voz y apretó los labios para contener un lamento. Tenía la cabeza agachada y la mano derecha aferrada a la botella de agua. Era como si dentro de ella se hubiese instalado un vacío absoluto. Si quería mantener la fachada de entereza tenía que apartar de sus pensamientos la imagen de su hermano en el hospital rodeado de tubos, su rostro deformado, al borde de la muerte. Parpadeó para alejar aquellas imágenes. La mujer que aparentaba ser Carla Barceló y que era una pura fachada levantó la cabeza y miró fijamente al hombre sentado frente a sí—. Dijo que podría explicarme lo que le ha ocurrido. ¿Qué es lo que sabe? —preguntó.

—Sospecho que a su hermano le han tendido una trampa —respondió Héctor Rojas.

—¿Una trampa? ¿Quién? ¿Cómo?

—Antes de explicárselo, tengo que hacerle una pregunta. Quiero confirmar algo.

Después de nuestra primera conversación, cuando nos conocimos en la presentación de su libro, hablamos de que usted iba a trabajar en la búsqueda de perfiles en internet de jóvenes como las víctimas de las que le hablé. Así lo hizo, ¿no es cierto?

Carla soltó la botella de agua y se llevó la mano a la frente. Ladeó la cabeza hacia su derecha y cerró los ojos en un esfuerzo por ordenar sus pensamientos.

—Estuve trabajando en eso —explicó con los ojos cerrados—. Diseñé un programa especial, los informáticos lo llamamos robot de búsqueda. Es la misma clase de programa que se utiliza con la publicidad en internet para encontrar a la gente interesada en un producto determinado. Es una especie de buscador automático. Funciona con palabras clave. En este caso diseñé las palabras clave para que el robot identificase adolescentes con conflictos familiares, como usted me explicó, que pudiesen estar siendo víctimas de un acoso en la Red.

—Comprendo —asintió Héctor—. ¿Y dio resultado?

—Sí que di con algunos perfiles sospechosos —respondió Carla—. Típicos acosadores. Adultos que se hacían pasar por menores de edad. Alguno de ellos podría ser el individuo que usted buscaba.

—¿Y qué hizo después?

—Bueno, para averiguar más cosas de esos individuos hay que hablar con ellos. Seguirles el juego. Para eso se suplanta la identidad de alguno de los chicos con los que se relacionan habitualmente y se le sigue la conversación al acosador para intentar descubrirle. La verdad es que no he tenido mucho tiempo para ocuparme de eso. —Carla se masajeó las sienes. Apretó los ojos. Le dolía mucho la cabeza—. Lo siento, he tenido algunos problemas personales estos últimos días.

Le sobrevino una sensación de vértigo al pensar en la demanda que MyLife había interpuesto contra ella. La demanda seguía adelante. En su teléfono móvil tenía montones de llamadas perdidas de su editora y del abogado de la editorial, pero ni siquiera podía concebir la idea de hablar con ellos en aquellas condiciones. Las fuerzas la habían abandonado. Era incapaz de enfrentarse a nada que no fuese respirar y tratar de sobrevivir a los próximos minutos.

—No se preocupe. Lo comprendo —dijo Héctor. Reflexionó unos instantes—. Sin embargo, entiendo que usted le explicó a su hermano lo que estaba haciendo y que él sí se ocupó de seguir el juego a algunos de esos presuntos acosadores.

Carla asintió con cansancio, abrazándose a sí misma con ambas manos.

—Sí. Él estaba escribiendo un artículo para el periódico. Isaac quería saber de primera mano cómo se comportan esos individuos.

—¿Qué es lo que hizo su hermano exactamente?

—Yo le ayudé a suplantar la identidad de algunas de las chicas que hablaban con los sospechosos. Le dije que tenía que seguirles la corriente a los acosadores para sacarles información que los delatase. La mayoría comete tarde o temprano algún

error que los deja al descubierto. Dan algún dato sobre sí mismos o tratan de citarse en persona con las chicas. Es el mismo procedimiento que sigue la policía cuando busca pedófilos en la red. Mi hermano incluso bromeó sobre eso. Dijo que a lo mejor en los chats de menores no hay ningún adolescente de verdad, que todos son pedófilos haciéndose pasar por menores queriendo engañarse unos a otros. —Carla apretó los labios. Cuánto daría por volver a escuchar las bromas de su hermano.

—Comprendo. Entonces su hermano fingió ser una chica menor de edad.

Carla miró a Héctor Rojas con los ojos muy abiertos. Tuvo la sensación de que se derramaba sobre ella un jarro de agua fría. De pronto fue como si se hubiese despejado la niebla que le impedía ver. Una serie de imágenes inconexas que hasta entonces habían flotado en la periferia de su mente comenzaron a alinearse y a tener sentido unas con otras.

—¡Un momento! —exclamó—. ¡Claro que Isaac se estaba haciendo pasar por una chica! Entraba en los chats. ¡Por eso la policía piensa que es un acosador!

—Veo que empieza a comprender —dijo Héctor.

—¡Pero si él solo estaba investigando! —exclamó Carla—. ¡No pueden acusarlo de nada!

—No es tan sencillo. Déjeme explicarle. Lo que me cuenta confirma mis sospechas. A su hermano le han tendido una trampa.

—¿Una trampa? ¿Cómo? —Carla clavó en el funcionario una mirada expectante. Tenía las manos sobre la mesa, apoyadas como un corredor esperando a que suene el pistoletazo de salida.

—Hace unos días llegó a mis manos la denuncia de alguien llamado Aitor González...

—¡Ese es el que atacó a mi hermano!

—Así es. Le voy a explicar lo que pasó. Todo empezó cuando Aitor González recibió un mensaje en su teléfono móvil. En ese mensaje se le decía que alguien estaba chantajeando a su hija a través de internet. Su padre la sorprendió mientras la chica se masturbaba delante de la webcam a las órdenes de un desconocido al otro lado. Ya puede imaginarse la desagradable sorpresa que fue para él. Hacía algún tiempo que sospechaba que algo le pasaba a su hija. Según su propia declaración, la chica se había vuelto huraña, malhumorada y poco comunicativa. Desgraciadamente, ese cambio de carácter de rebeldía contra los padres es algo habitual en muchos adolescentes. El cambio de temperamento en el paso a la adolescencia hace muy difícil que los padres puedan darse cuenta cuando hay algún problema serio porque ese comportamiento muchas veces es normal. Algo que sabemos muy bien los que hemos pasado por esa etapa con nuestros hijos. —Héctor Rojas esbozó una sonrisa cansada—. El caso es que cuando Aitor González descubrió lo que estaba pasando, fue a la policía y presentó una denuncia. Como es habitual, la policía remitió una

copia de la denuncia a mi oficina. Como ya dije, presto mucha atención a todos los casos de acoso por internet. En especial, aquellos que tienen similitudes con los sucesos que le relaté. Todavía siguen sin esclarecer los casos, y también la desaparición de Irena Aksyonov. Sin embargo, en la denuncia de Aitor González no había nada que, en principio, me llamase especialmente la atención. Otro caso más de chantaje a una menor por internet, desgraciadamente uno más entre las docenas de situaciones similares que ocurren cada día.

—Pero este caso no era uno más —musitó Carla con un nudo en el estómago.

—Y no sabe cuánto lamento no haberme dado cuenta antes. —Héctor meneó la cabeza con tristeza—. Unos días después, la policía me informó de que Aitor González había encontrado por su cuenta al acosador de su hija y que le había propinado una paliza. Puede imaginar mi sorpresa cuando leí el nombre del supuesto acosador: Isaac Barceló. Yo había hablado con su hermano solo unos días antes. Su hermano estaba escribiendo un artículo para el periódico en el que iba a relatar algunos de los casos de los que les hablé cuando nos vimos por primera vez. Estuvimos compartiendo algunas notas. Por supuesto, no pensé ni por un segundo que su hermano tuviese algo que ver con el acoso. Me puse rápidamente en contacto con la policía para saber lo que había pasado. También conseguí hablar con el padre de la chica. Todo lo que he sabido me lleva a pensar que alguien le tendió una trampa a su hermano.

—¡Dios mío! ¿Cómo?

Héctor se masajeó el mentón. Tenía grandes ojeras y la mirada cansada.

—Hágase esta pregunta: ¿quién le envió a Aitor González el mensaje avisándole de que alguien estaba abusando de su hija por internet?

—Creo que entiendo lo que quiere decir —exclamó Carla abriendo mucho los ojos.

—Quien le envió ese mensaje lo hizo con un objetivo muy concreto. Quería que supiese lo que estaba ocurriendo con su hija. Sabía que su padre se pondría a revisar los mensajes del correo electrónico. En uno de esos mensajes el acosador le proponía un encuentro en persona. Ese mensaje también tenía un propósito determinado. Fue el padre quien respondió haciéndose pasar por su hija, aceptando el encuentro. Quedaron en verse en un bar de copas del centro de Madrid. Eso sucedió hace tres días. Verá, el padre de la chica es un hombre impulsivo y violento, del tipo que les gusta tomarse la justicia por su mano. El acosador, sin duda, lo sabía. A la hora de la cita, poco antes del mediodía, el bar de copas estaba prácticamente vacío. Allí solo había una persona. Esa persona era su hermano. El padre de la chica lo tomó por el acosador que se había citado con su hija.

—Pero mi hermano no estaba allí por casualidad —dijo Carla negando enérgicamente con la cabeza. Por fin comprendía lo ocurrido.

—No. Su hermano esperaba encontrarse allí con el acosador. ¿Se da cuenta? Fuera quien fuese ese individuo, debió descubrir el engaño. Piense en la situación. Su hermano fingiendo ser una muchacha de trece años. Al otro lado, alguien que se hace pasar por un adolescente, que en realidad es un hombre mayor de edad. Ninguno de los dos sabe quién es el otro, aunque los dos intentan descubrirse mutuamente. ¿Qué es lo que haría usted para saber quién está al otro lado?

—Concertar una cita —respondió Carla con un nudo en la garganta.

—Así es. Y eso es lo que hizo ese individuo. Cuando descubrió que ya no estaba hablando con una adolescente, sino con alguien que quería descubrirle, en lugar de romper el contacto fingió que no se había dado cuenta. Siguió con la farsa. Entonces le envió un mensaje al padre de la chica advirtiéndole. Sabía que a partir de ese momento el padre revisaría los mensajes de su hija. Después envió un mensaje para citarse en un lugar, sabiendo que sería el padre quien se presentaría. También le envió un mensaje a su hermano para citarse en el mismo lugar.

—Y mi hermano cayó en la trampa y acudió a esa cita creyendo que descubriría al acosador. Se encontró con el padre de la chica fuera de sí.

Carla descargó su peso contra el respaldo de la silla. Se llevó la palma de la mano a la frente. Las ideas se agolpaban en su cabeza.

—Hay que reconocer que fue una maniobra muy inteligente —dijo Héctor Rojas—. Utilizó al padre de la joven para atacar a quien intentaba descubrirle, aunque no tenía ni idea de quién era. Y todo sin mancharse las manos, sin correr un solo riesgo. Ese individuo ha demostrado una inteligencia muy retorcida, llegando a manipular incluso al padre de la chica para sus propósitos. ¿No le resulta familiar ese modo de actuar?

Carla alzó la cabeza con una sacudida, su cuerpo se envaró.

—Lo que pienso —dijo el funcionario— es que quien le tendió la trampa a su hermano es el mismo individuo que hizo desaparecer a Irena Aksyonov —sentenció.

Carla le miró al fondo de los ojos.

—¿Por qué lo cree? —preguntó.

—No es solo una conjetura. Tengo pruebas. Empecé a atar cabos cuando nadie supo explicarme quién le había enviado el mensaje a Aitor González avisándole de que estaban acosando a su hija. Había algo en todo esto que me resultaba sospechosamente familiar. ¿Qué pasó realmente con Irena Aksyonov? Aún no lo sabemos. Aunque sí sabemos que el que la hizo desaparecer actuó de un modo muy ingenioso. Delante de las narices de todos. Sin mancharse las manos. De un modo tan ingenioso que la policía aún no ha podido averiguar lo que pasó. La trampa que le tendió a su hermano resulta igual de inteligente. No conocía su identidad, no sabía nada sobre él y, sin embargo, casi logra matarle. Estamos sin duda ante un individuo muy inteligente.

—Parece muy seguro de que es la misma persona que hizo desaparecer a Irena Aksyonov —dijo Carla.

—Lo estoy —asintió Héctor—. Aún no le he contado todo. Para confirmar mis sospechas, después de entrevistarme con el padre quise hablar con su hija. Al menos lo intenté. La chica apenas cruzó una palabra conmigo. Estaba como ida, con claros síntomas psicóticos. En el poco tiempo que estuve con ella no paraba de repetir cuánto odiaba a su padre. Físicamente estaba muy desmejorada, con evidentes signos de anorexia. Sospecho que todo eso es el resultado de la brutal manipulación a la que la ha sometido el acosador. Lo más importante es lo que vi en uno de sus brazos. — Héctor señaló su propio antebrazo—. Aquí. Un tatuaje. No era un dibujo, sino unas palabras. Una frase, en realidad.

El funcionario cogió una servilleta y sacó un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta. Carla no pasó por alto que la mano le temblaba al escribir unas palabras:

«Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí».

Carla sintió que algo frío se le derramaba por la espalda.

—¡Dios mío! —exclamó.

Héctor depositó el bolígrafo en la mesa con un pequeño golpecito. Alzó los ojos y la miró fijamente.

—No me quiso decir de dónde había sacado la idea para el tatuaje. Su padre me explicó que se lo había hecho unas pocas semanas atrás.

—Entonces era él —musitó Carla—. El mismo que estábamos buscando desde el principio. Isaac lo tenía.

—Así es. No sabe cuánto lamento lo que ha pasado. Me siento responsable. Si yo no hubiese hablado con ustedes, nada de esto habría ocurrido.

Carla no pudo evitar pensar que había sido ella quien había puesto a su hermano a seguir la pista mientras ella se olvidaba del asunto. Se habían tomado aquello casi como un juego, en contra de lo que ella misma había advertido tantas veces: que internet no era un juego, que había un peligro real que no desaparecía con pulsar el botón de apagado del ordenador como muchos padres ingenuamente creían. Que ese peligro afectaba a la vida real de sus hijos y de ellos mismos.

Si no se hubiese tomado aquello a la ligera, si no hubiese dejado que Isaac suplantase la identidad de aquella chica, nada de aquello habría ocurrido.

La idea la angustiaba hasta límites que no creía posible soportar.

—Tiene que contarle todo esto a la policía —dijo Carla—. Mi hermano está acusado de abusar de una menor. Tienen que retirar los cargos contra él.

—No se preocupe. Es lo que pretendía hacer. Antes quería hablar con usted y explicárselo todo. Siento mucho lo que ha pasado. Ese individuo es muy peligroso. Ha sido una irresponsabilidad querer encontrarlo por nuestra cuenta. Espero que la policía acabe dando con él.

—¿Y si nunca lo encuentran? —Carla respiró hondo. Negó con la cabeza. La ira anegaba hasta el último átomo de su ser—. Yo no voy a dejar esto así. Voy a descubrir a ese hijo de puta de una vez por todas —dijo con voz dura. Se sentía como una olla a presión a punto de estallar.

Héctor alzó las cejas y se echó hacia atrás en la silla.

—Creo que debería pensar lo que dice. Lo mejor es que dejemos que la policía se ocupe. Tiene que darse cuenta de que no estamos hablando de un vulgar acosador de menores. Ese individuo es un psicópata muy peligroso. Muy inteligente. No tuvo dificultad en manipular la situación para deshacerse de su hermano y ni siquiera sabía quién era. ¿Se da cuenta? La astucia de ese individuo no tiene límites.

—¿Inteligente? Entonces vamos a medir nuestras inteligencias. —Los ojos de Carla brillaron enfebrecidos. Apretó los puños con fuerza y respiró profundamente. Podía sentir la presión que las plantas de sus pies ejercían sobre el suelo—. Va a pagar por todo lo que ha hecho. —Los ojos se le empañaron—. Lo encontraré. Se lo juro. Aunque sea lo último que haga en mi vida.

Max

—Jo, cuando ese desgraciado me puso la navaja en el cuello hubo un momento que pensé que me mataba —dijo Alicia—. Entonces me di cuenta de que no quería morirme. Me entraron unas ganas horribles de seguir viviendo.

Alicia no paraba de moverse, inquieta, mientras hablaba. Iba sentada en el asiento de copiloto de la furgoneta de reparto del centro comercial. Max conducía. La estaba llevando a casa.

Alicia bajó la ventanilla y sacó un brazo fuera con la palma de la mano extendida como queriendo agarrar el aire.

—Nunca había visto la muerte como una posibilidad real —dijo mientras el viento le agitaba el pelo—. Jo, sabes que algún día te morirás, pero a la vez piensas que no te va a pasar nunca. Es de lo más raro, ¿no te parece a ti?

Max reflexionó en silencio mientras conducía. Se dio cuenta de que, hasta ahora, nunca había pensado en la muerte. Había estado tan preocupado de su pasado que no se le había ocurrido pensar en el futuro.

La camioneta dio un salto cuando la rueda se hundió en un bache. En aquella zona de las afueras de Almería el asfalto estaba muy deteriorado. Iban por un camino en el que las hileras de casas se alternaban con invernaderos y solares abandonados.

Gracias a Dios, Alicia no había resultado herida, aunque se había llevado un buen susto. Cuando se libró del atracador, Alicia se había puesto a gritar como loca. Era sorprendente cómo una persona tan joven podía gritar tantos tacos con tanta potencia durante tanto tiempo. Los servicios sanitarios le dieron un calmante y le recomendaron que no volviese sola a casa por si sufría un desmayo. El supermercado cerró por el resto del día y los demás empleados desaparecieron a la primera oportunidad, así que Max se ofreció a llevar a Alicia a su casa en su camioneta de reparto.

—En serio —prosiguió la joven—. Siempre estoy diciendo que me quiero morir por esto o por lo otro, aunque no es verdad. Cuando te mueres se acaba todo. Es horrible. Cuando creía que ese desgraciado me iba a cortar el cuello me he dado cuenta de lo horrible que es morir. Morirse es lo peor que te puede pasar, ¿no crees?

Max desvió la mirada del asfalto unos segundos. Alicia le miraba con los ojos muy abiertos.

—Creo que hay cosas peores —respondió Max, pensativo.

—¿Cosas peores?

—Creo que hay cosas peores que morir.

—¿Por qué dices eso?

Max se encogió de hombros.

—No lo sé. Es así como lo siento. Siento que hay cosas peores que morirse.

—¿Por ejemplo?

—No sabría decirte. Creo que podría responderte si recuperase mis recuerdos.

—¡Guau! Me das miedo, ¿sabes? —contestó Alicia sonriendo.

Max le devolvió la sonrisa. Sabía que Alicia no le tenía miedo y no le molestaba esa mentira. Era extraño: ese tipo de mentiras encerraban algo semejante al afecto. Le gustaba aquella chica. Alicia hablaba con naturalidad de cosas que los demás evitaban. Cosas como la muerte. Hasta entonces nadie le había hablado de la muerte. Max tenía la impresión de que aquella joven abría ciertas ventanas del entendimiento que las demás personas mantenían cerradas.

La casa donde vivía Alicia se encontraba en las afueras de una barriada periférica de Almería. Alicia bromeó con más tristeza que humor que su casa estaba «a las afueras de una barriada a las afueras de una ciudad a las afueras de España, un país que se encontraba a las afueras de Europa», algo que Max no llegó a comprender del todo.

A Max le parecía que, aunque había un aire de abandono en las calles, en las fachadas, en las aceras, no era el abandono de un lugar dejado de la mano de Dios, sino el abandono de la casa de un amigo que te invita a visitarlo y, como es tan buen amigo tuyo, no se preocupa de limpiarlo todo una hora antes de que llegues, lo que le da a la casa una sensación más acogedora.

Frente a la entrada de la casa de Alicia había una montaña de neumáticos viejos. Junto a los neumáticos había aparcado un lujoso coche negro de cristales tintados. Aquel coche nuevo y brillante contrastaba con el aspecto pobre del barrio como un diamante en mitad de un basurero.

—Joder, el gilipollas del novio de mi madre está en casa —gruñó Alicia.

Max detuvo la camioneta en el patio delantero, detrás del lujoso coche.

—Gracias por traerme —dijo Alicia.

—De nada. Espero que estés bien.

—Sí, claro, ya estoy más tranquila.

En ese momento una mujer salió de la casa. Tenía unos cuarenta años de edad, era alta, de rostro agraciado, labios gruesos y ojos claros. Los pechos grandes sobresalían en un abundante escote. El vestido, ajustado y muy corto, dejaba ver unas piernas largas y torneadas.

—¡Alicia! ¿Estás bien, hija? —llamó la mujer aproximándose a la camioneta.

—Jo, es mi madre —dijo Alicia frunciendo el ceño.

Max se bajó para saludar a la mujer.

—¡La policía me acaba de llamar! —exclamó la madre de Alicia—. ¡Dios mío, me han dicho que casi te matan!

La mujer, con manos temblorosas, inspeccionó a su hija. Le puso las manos en los hombros, en las mejillas. Alicia torció la cara apartándose de ella.

—Estoy bien, mamá, no te preocupes.

—Hola señora, me llamo Max, encantado de conocerla —saludó ofreciéndole la palma de la mano hacia arriba.

—Entonces tú eres el empleado que ha salvado a mi hija. Yo soy su madre, Francesca. —Le dio la mano, solícita—. La policía me lo ha contado. Dios mío, mi hija como rehén en un atraco. No sabes lo que te agradezco lo que has hecho. —La mujer le miraba sonriendo con la boca pero mostrando tristeza con los ojos, como si no encontrara las palabras adecuadas para expresar a Max lo enormemente agradecida que se sentía—. Entra un momento, por favor, ¿quieres un café, una cerveza?

—Mamá... Max se tiene que ir.

—Hija, por favor, sé un poco más educada. Este hombre te salva la vida y ni siquiera le invitas a pasar a casa.

La madre de Alicia tomó a Max del brazo. Max se daba cuenta de que Alicia no quería que entrase. Sin embargo, su madre insistía. Max no quería ser descortés y se dejó conducir al interior.

Cruzaron un recibidor oscuro que daba a un salón estrecho y alargado del que partían unas empinadas escaleras de madera que conducían al piso superior.

En el sofá del salón había sentado un hombre corpulento, de unos cincuenta años de edad, que se puso en pie cuando entraron. Vestía traje negro, camisa blanca y corbata también negra. Tenía el pelo manchado de canas, la mandíbula prominente y los ojos de un color verde penetrante.

—Es un amigo de la familia —dijo la madre de Alicia—. Mario. Max —presentó—. Max es el empleado del supermercado que le ha salvado la vida a Alicia.

Max le ofreció la palma de la mano hacia arriba.

—Encantado de conocerte, Max —dijo Mario, mirándole a los ojos mientras mantenía un enérgico apretón de manos.

Mario era tan alto como Max. A pesar de que se estaban dando la mano, entre los dos había más de un metro de distancia.

—Voy a hacer café. ¿O prefieres tomar una copa? ¿Un coñac, whisky? —preguntó la madre de Alicia.

—Mamá, Max ya se tiene que ir.

—Cállate niña, no seas maleducada —le regañó su madre—. Disculpa a mi hija. No sé qué les enseñan hoy en día a los niños en la escuela que no tienen modales.

—En mis tiempos sí que sabían inculcar la disciplina —intervino Mario asintiendo enérgicamente con la cabeza—. Cuando yo iba al colegio estaba permitido que los profesores nos azotasen. Les teníamos respeto.

—Tú estás loco —exclamó Alicia—. Eso es lo que faltaba, que nos pegasen, para que odiásemos todavía más a los profesores.

—¿Ves a lo que me refiero? —dijo Mario señalando a Alicia con el dedo—. Mi madre me hubiese dado unos buenos azotes por meterme en una conversación de adultos. —Miró con severidad a Alicia—. Y yo no odio a mi madre.

Alicia lo miró con fuego en los ojos. Se mordió los labios, dio media vuelta, subió las escaleras y desapareció en la planta de arriba. Se escuchó un fuerte portazo.

—Lo siento —se disculpó su madre—. Creo que la he consentido mucho. Mi hija es muy rebelde.

—Si me permites mi opinión, lo que necesita es mano dura —dijo Mario.

Max no supo qué decir. No tenía la impresión de que Alicia hubiese dicho o hecho nada malo. En cambio, aquel hombre parecía deseoso de ponerle una mano encima.

—En fin, ¿qué te apetece, Max? —preguntó la madre—. Siéntate, por favor.

—Una cerveza, si tiene —respondió Max asintiendo sin convicción.

La madre de Alicia desapareció en la cocina. Max se sentó en el borde del sofá. Se fijó en que los muebles del salón no formaban un conjunto demasiado armonioso. El sillón era de tela barata color chocolate y tenía numerosos desgarrones y remiendos. Sobre un aparador de madera de pino había una pecera vacía en cuyo cristal podía verse la marca sucia del nivel del agua. Junto al aparador había una vieja librería donde se apilaban montones de revistas, pequeños marcos con fotografías, ceniceros, floreros vacíos y un centro de flores de plástico descoloridas. La mesita de café que había junto al sillón era de cristal con armazón dorado. El cristal estaba rayado y sucio.

El hombre corpulento se sentó en una silla al otro lado de la mesita de té. Max se fijó en los gemelos de los puños de su camisa. Eran gruesos y parecían de oro. El hombre tenía dos dedos tapándole la boca. Max se había dado cuenta de que no le quitaba el ojo de encima y de que tenía todo el cuerpo en tensión.

—Dime, Max, entonces trabajas con Alicia en el centro comercial... ¿Qué puesto tienes? ¿Eres el gerente o algo parecido?

—Trabajo en reparto. También en el almacén, reponiendo las estanterías —respondió Max.

Mario sonrió un instante con un lado de la boca, claramente satisfecho por la respuesta de Max. Acto seguido pasó la palma de la mano por debajo del cuello y se dejó caer sobre el respaldo de la silla. Fue como si sus músculos se desinflaran de repente. Era obvio que tras la respuesta de Max se encontraba mucho más cómodo y relajado.

La madre de Alicia regresó con una bandeja llevando un botellín de cerveza, un cuenco con patatas fritas y dos vasos con hielo. La dejó sobre la mesita de café. Sacó

una botella de bourbon de un aparador y vertió sendos chorros en los vasos con hielo. Devolvió la botella a su lugar, agarró los vasos y se sentó en una silla junto al hombre corpulento. Cruzó las piernas. Max no pudo evitar fijarse en ellas. La piel de sus muslos era pálida y sedosa.

—Max me estaba explicando a qué se dedica —dijo Mario, sonriente—. Es mozo de almacén.

Max vio como la sorpresa se dibujaba primero en el rostro de la madre de Alicia para dar paso después a la decepción.

—Ah, eso está muy bien —dijo la mujer.

Quedaron en silencio. Max bebió un trago de cerveza directamente de la botella. El hombre corpulento le seguía observando, ahora con una mueca en los labios. Max se removió inquieto en su asiento. Se sentía fuera de lugar, incapaz de enfrentarse a una situación como aquella. No entendía las relaciones sociales. Todos decían continuamente lo contrario de lo que pensaban. Resultaba agotador.

—Gracias otra vez por lo que has hecho por mi hija —dijo la madre de Alicia.

Al menos había sinceridad en aquellas palabras.

—Entonces, dínos, Max, ¿cómo fue que te libraste de esos atracadores? —preguntó el hombre.

—Lo hice sin pensar. El atracador cogió a Alicia como rehén. Iba a hacerle daño y yo lo impedí.

—Vaya, vaya, eres muy valiente —dijo Mario—. ¿Y cómo lo impediste exactamente? ¿Llamaste a la policía tú solito?

¿Eso era una metáfora?, ¿una broma?, ¿una burla? Max decidió apartar la mirada y limitarse a contestar de la mejor manera posible.

—Eran dos. Un hombre y una mujer. La mujer llevaba la pistola. Yo se la quité. Después le disparé al otro.

—¿Le disparaste? ¿Tu sabes disparar, Max? —preguntó Mario con los ojos entornados.

—Eso parece —respondió Max con los ojos muy abiertos.

—¿Y dónde aprendiste a... a usar un arma? —volvió a preguntar Mario con voz entrecortada.

Max dudó. No sabía qué responderle. No confiaba en aquel hombre. No le gustaba el modo en que le miraba.

—Caza deportiva —mintió—. Me gustan las armas. —Se puso en pie—. Gracias por la cerveza, señora —añadió con tono educado—. Ahora ya tengo que irme. Me gustaría despedirme de Alicia.

—Claro. Puedes subir —dijo su madre—. Su habitación es la puerta de la izquierda.

Max ascendía los escalones de madera cuando cayó en la cuenta de que durante la

conversación con la madre de Alicia y su novio se había sentido mucho más nervioso e incómodo que cuando reducía a la pareja de atracadores armados. Tendría que contarle aquello a su psiquiatra.

En la planta de arriba había un reducido espacio a modo de descansillo y dos puertas. Iba a llamar a la de la izquierda cuando escuchó música al otro lado. Tardó unos segundos en darse cuenta de que quien cantaba era Alicia, acompañada por una guitarra. Tenía una voz hermosa y enérgica. Le vino a la mente un pájaro sobrevolando muy rápido una llanura vibrante dirigiéndose hacia territorios inexplorados. Aquella voz tenía algo que le encendió el corazón.

Se quedó escuchando unos segundos y después llamó a la puerta con un suave toque de nudillos. La canción se interrumpió al instante.

—¿Aún sigues tú aquí? —preguntó Alicia cuando abrió la puerta.

—Discúlpame. Solo quería despedirme. Estás bien, ¿verdad?

Alicia miró a un lado y a otro como dudando.

—Perdona —dijo finalmente—. Tú no tienes la culpa. Es que el novio de mi madre me pone nerviosa. Mira, pasa, quiero que conozcas a mi hermano pequeño.

Max entró en la habitación. Alicia cerró la puerta. En la cama, sobre unos cojines, se encontraba recostado un niño de unos cuatro años. El niño miró a Max con los ojos muy abiertos, grandes, del color de la miel. Max sonrió, le gustaban los niños. Los niños siempre eran sinceros. Sin embargo, había algo raro en el pequeño, la flacidez de su cuerpo sobre la cama.

—Se llama David. Tiene parálisis cerebral —se apresuró a decir Alicia.

Max notó el pánico que había en aquella frase. Desde que había puesto un pie en la casa de Alicia la actitud de la joven estaba siendo muy diferente a la que había mostrado en el supermercado. De nuevo era algo que desconcertaba a Max: la manera en la que todo el mundo adoptaba diferentes roles en función de con quién o dónde se encontrasen. Néstor González, su jefe, tan malintencionado y abusivo, se comportaba como un dulce gatito cuando venían a hacerle alguna inspección o cuando venían de visita jefazos de arriba. Alicia, en su casa, no era la Alicia del supermercado. Estaba tensa y nerviosa.

—Tendría que irme ya —dijo Max.

—Mi madre tiene razón —dijo Alicia—. No te he dado las gracias como es debido. ¡Jo! Dejaste a ese tío seco. No sabía que supieses disparar una pistola.

—Yo tampoco —respondió Max con una sonrisa.

Alicia se le quedó mirando.

—¿Qué pasa? —preguntó Max.

—Jo, eres la persona más extraña que he conocido nunca, ¿sabes? Hiciste algo increíble, te libraste de esa tía como si nada, le disparaste al atracador, dejaste boquiabiertos a la policía y te quedas ahí, sonriendo como un crío, diciendo que no

sabes que sabes disparar. Me recuerdas a mi amigo Nelson, solo que tú... tú eres un hombre muy guapo —se le ruborizaron las mejillas.

—No eres la primera que me dice eso de que soy guapo, como un halago, y no entiendo qué mérito hay en eso. —Max se pasó la mano por el mentón—. No entiendo el valor que se le atribuye a la belleza. Yo no he hecho nada, simplemente me desperté con esta cara.

—Pues para mí sí que tienes mérito. Precisamente porque eres modesto. No te das importancia. Tíos la mitad de guapos que tú son unos imbéciles engreídos que se creen superiores solo por ser guapos.

—Modesto... Nunca lo había visto así. Eres muy aguda —dijo Max.

—Díselo a mi profesor de mates. Me suspende porque no tengo un cuerpo de modelo.

Max esbozó una sonrisa. Le gustaba aquella chica. Era sincera y veía las cosas desde un punto de vista diferente. Además, no estaba acostumbrado a hablar con alguien que no le tratase como un retrasado. Con Alicia se sentía cómodo. Max tenía la impresión de que entre él y los demás se interponía una barrera de hipocresía. Con Alicia esa barrera no existía.

Alicia se sentó en la cama y tomó a su hermano pequeño en brazos. Max se dio cuenta de que el niño no había hablado ni se había movido en todo aquel tiempo y que al tomarlo sus brazos y piernas colgaban flácidos.

—Dijiste que tu hermano tiene parálisis cerebral —dijo Max observando al pequeño—. ¿Eso es grave?

—Mucho. Es de nacimiento. Tiene un daño permanente en algunas partes del cerebro. —Alicia le acarició las mejillas. El niño respondía a las caricias contorsionándose con una gran sonrisa—. No puede moverse ni hablar. Aunque con muchísimas horas de rehabilitación va a conseguir que otras partes de su cerebro que no están mal hagan el trabajo de las partes dañadas. Estamos trabajando duro, ¿verdad pequeñito?

Alicia le apretó en la tripa y el niño rio con gorgoritos de placer.

—Comprendo —dijo Max. Observó a su alrededor. En las paredes había montones de dibujos clavados con chinchetas. Eran tablas de gimnasia como las que había en la sala de rehabilitación del hospital, solo que ahora se daba cuenta de que todas las figuras eran de niños pequeños.

—Si no puedo pagar un fisio, por lo menos voy a intentar hacer lo que pueda por él —dijo Alicia, que había seguido su mirada recorriendo las paredes—. Todos se creen que mi hermano es un vegetal, pero va a conseguir caminar y hablar como cualquiera, ¿verdad pequeñito? —Le besó en la mejilla y el niño movió los labios y se agitó tratando de devolver el beso.

Amor. Admiración, calor fraternal. Amor incondicional.

—Eso es muy valiente por tu parte —dijo Max, asintiendo levemente.

Aquel niño no se parecía a ninguno de los que Max había observado anteriormente. A pesar de su mirada desenfocada y de la completa falta de control sobre sus extremidades, los casi imperceptibles gestos de su rostro le decían que ansiaba relacionarse, desbordaba señales de amor y cariño.

Max tuvo la impresión de que el pequeño trataba de librarse de algo; cada espasmo, cada movimiento era como un intento por liberarse de unas correas invisibles que lo sujetasen. En su mirada se intuía una inteligencia y una voluntad firme, un deseo de hablar y comunicarse.

—Si hay algo que yo pueda hacer por él —dijo Max—, no tienes más que pedírmelo.

Max se sorprendió al ver cómo los ojos de Alicia se inundaban de emoción y agradecimiento.

—¿De verdad estarías dispuesto a hacer algo para ayudar a mi hermano? —preguntó.

—Claro. Lo que haga falta. No tienes más que decirlo.

—Jo, no estoy acostumbrada a que nadie me ofrezca ayuda. Te lo agradezco mucho, Max. Podrías llevarnos a la piscina climatizada en tu camioneta de reparto; a David le vendrían muy bien unos ejercicios en el agua.

—Eso está hecho.

Max se fijó en la guitarra apoyada junto a la cama.

—Antes te oí cantar. Tienes una voz muy bonita.

—Ojalá todos pensaran igual. Mi sueño es ser cantante. Si no tuviese que cuidar de mi hermano, ya habría agarrado mi guitarra y me habría largado de aquí.

—¿Y adónde irías?

—No sé. Supongo que a una ciudad grande donde nadie me conociese. A Madrid. Tocaría en el metro. Y si no ganase lo suficiente para vivir, me prostituiría. ¿Sabías que hay tíos que pagan hasta mil euros por acostarse con una jovencita como yo?

—Comprendo —dijo Max, pensativo.

Alicia soltó una carcajada. Max la miró sin comprender.

—Eso me encanta de ti —dijo Alicia—. No pillas la ironía. Tienes que andarte con cuidado porque cualquiera podría engañarte. Estaba bromeando con lo de prostituirme.

—Sabía que no estabas diciendo la verdad —dijo Max—. Casi nadie lo hace. Me refiero a decir la verdad. Todo el mundo miente. Lo que pasa es que no sé si lo hacen con buena o con mala intención. Por eso no sé cómo reaccionar cuando alguien me dice una mentira. Se supone que debo hacer como que no me doy cuenta.

—Jo, sí que eres raro. Hay veces que se dicen mentiras abiertamente, sin querer ocultar que son mentiras, precisamente para dar a entender lo contrario de lo que se

dice. A eso se le llama ironía.

—No estoy seguro de entenderlo —contestó Max mirando al suelo.

—Mira, si te digo que mi vida es genial, que adoro esta casa en ruinas, pues te estoy diciendo que mi vida es una mierda y que odio esta casa. Todo lo contrario, ¿lo entiendes?

Max se rascó la cabeza cada vez más confundido. ¿Mentir abiertamente para dar a entender lo contrario? Era una locura.

—Ya me doy cuenta de que mientes cuando dices que te encanta vivir en esta casa, aunque no entiendo por qué no dices directamente que la odias.

—Pues porque... ¡no lo sé! Supongo que la ironía sirve para hacernos notar, para darnos importancia, para hacernos los graciosos, ¡ni idea! Así es como hablamos. Oye, ¿por qué has dicho antes que todo el mundo miente? ¿Cómo lo sabes?

—Mi psiquiatra dice que es algo que aprendí y que no se ha borrado con la amnesia. Una especie de habilidad para interpretar los gestos de los demás.

—¡Sé a lo que te refieres! Una vez hojeé un libro sobre eso. Lenguaje corporal. Yo no tenía ni idea, era muy interesante. El cuerpo saca las emociones sin que nos demos cuenta, como con pequeños gestos o movimientos involuntarios. Por ejemplo, recuerdo que cuando alguien miente parpadea más, la pupila se mueve sin control o se toca la nariz. No se puede evitar. Después de leer el libro intenté fijarme en ese tipo de cosas en los demás. Pero después de un tiempo se me olvidó. Es algo que uno acaba pasando por alto, aunque lo sepa.

—Parece ser que yo no puedo pasarlo por alto.

—Eso es guay. En el libro que yo leí ponían como ejemplo a esos charlatanes que salen por la tele que te adivinan el futuro. Explicaba que esos tíos utilizan el lenguaje corporal para sonsacar información a la gente que va a consultarles. Por ejemplo, empiezan a decir cosas al azar sobre tu vida, ya sabes, que si tienes problemas de salud, de amor, de dinero... ¡como si nadie los tuviera! Y total, lo único que hacen es ir probando y confirmando sobre la marcha si están acertando o no según como reaccione el otro.

Alicia le miró entrecerrando los ojos.

—Oye, ¿sabes lo que pienso? Que en tu otra vida fuiste uno de esos charlatanes que te adivinan el futuro. Te pasabas el día engañando a la gente, fijándote en sus gestos, y no has perdido la costumbre. ¿Qué te parece?

—Vaya, es posible. Así que, ¿en mi otra vida?

—¡Claro! Tu otra vida es tu vida antes de que perdieses la memoria. Ahora que lo pienso, ¿no te parece que es como si hubieses vivido dos veces? Antes tenías una vida, aunque no la recuerdas, y ahora tienes otra vida totalmente distinta. Es como si te hubieses muerto y te hubieses reencarnado en otra persona. A lo mejor en tu vida anterior no fuiste una buena persona y Dios te ha dado otra oportunidad. O a lo mejor

fuiste un verdadero cabronazo y Dios te ha castigado poniéndote a un tío como Néstor de jefe.

Max se quedó pensativo unos instantes.

—Estaba bromeando otra vez —rio Alicia.

—A lo mejor tienes razón. —Max frunció los labios—. Me refiero a que tenga que tomarme todo esto como una segunda oportunidad. Será mejor que me vaya. Me ha gustado hablar contigo.

—A mí también. Eres un tío guay. Perdona por haberme enfadado antes. Es que el novio de mi madre me pone tan nerviosa...

—A mí, por el contrario, me encanta ese hombre —dijo Max. Alicia alzó las cejas y abrió la boca

—Jo, si es un capullo... —Max sonrió forzosamente—. ¡Eh!, ¡pero mira!, ¡estás practicando la ironía!, ¿no es eso?

Max se ruborizó.

—La verdad, sigo sin entender muy bien esto de la ironía... decir lo contrario de lo que piensas... no le encuentro el sentido.

—Pues tiene fácil solución, no lo hagas. Me gustas más cuando siempre dices lo que piensas. —Alicia le puso una mano en la mejilla.

Alicia volvió a poner la mano en su regazo. Permanecieron en silencio unos instantes.

—Oye, si no tienes nada que hacer puedes venir otro día. Podemos ver el partido del sábado los tres. Me refiero a mi hermano, tú y yo.

—¿No le importará a tu madre? No quiero molestar.

—Los sábados tiene turno de noche. Trabaja en un asilo de viejos. No vuelve hasta el amanecer.

—Comprendo. Aquí estaré entonces. Nos vemos mañana en el trabajo. Adiós, David, un placer.

Max le revolvió el pelo con la mano y salió de la habitación. En el piso inferior se despidió brevemente de la madre de Alicia y de su novio. La madre de la joven volvió a darle las gracias y el hombre volvió a mirarle con suspicacia y desprecio soslayado. Fue Alicia quien le acompañó hasta la calle. Max subió a su camioneta y puso el motor en marcha. Alicia le hizo un gesto de despedida con la mano. Definitivamente le caía bien aquella chica. Era la primera vez que hablaba con alguien sin sentirse incómodo, sin sentir que estaba siendo evaluado o menospreciado. Sin que le tratasen como a un idiota. Había estado muy a gusto hablando con ella, como si se conociesen de toda la vida, como dos viejos amigos.

Luego estaba su hermano pequeño. Ese niño parecía una criatura celestial. Era evidente el amor que se tenían ambos hermanos. Era la primera vez que Max era testigo de un amor como aquel, y eso, de algún modo, le reconfortó. El mundo era un

lugar extraño y hostil, pero el amor era como un ancla a la que aferrarse para no ser arrastrado a la deriva.

El supermercado iba a permanecer cerrado el resto de la tarde y Max, libre de obligaciones, se refugió en su piso. Tenía mucho sobre lo que pensar. Aún estaba conmocionado por el descubrimiento de que podía entender el idioma ruso y las implicaciones que eso podría tener en su pasado.

Una pieza más para el extraño enigma que era su vida.

Se sentó en la cama y encendió un cigarrillo. Se sentía como un naufrago a la deriva en mitad del océano. Perdido y solo. El mundo era un lugar enorme, inmenso, y él era algo diminuto, insignificante, rodeado de todo aquel vacío exterior. Mirase a donde mirase, solo podía contemplar un espacio nebuloso sin horizonte. No había referencias que marcaran una ruta ni la distancia a recorrer. No sabía si estaba moviéndose a la derecha o a la izquierda, si caía o subía, o si sencillamente estaba inmóvil.

Se abrió un par de botones de la camisa y se pasó la mano por el pecho palpando las cicatrices que lo cruzaban. Las cicatrices tenían un ligero relieve y el tacto era frío y suave, gomoso bajo las yemas de los dedos.

¿Quién le habría infligido aquellas heridas?

Recordaba el dolor en el hospital después de salir del coma. Recordaba aquellas mismas heridas supurando, todavía calientes y palpitantes. Su psiquiatra le había dicho que se las había hecho con las correas de una camisa de fuerza. ¿Qué clase de locura se había apoderado de él al despertar? En aquel momento su cerebro todavía era incapaz de guardar nuevos recuerdos, así que no tenía la menor idea de qué es lo que estaba pasando por su mente.

«No hay ni un solo policía en Almería capaz de disparar así», le había dicho el jefe de la policía.

Fuera quien fuese, no soy como los demás, se dijo Max.

¿Qué clase de vida había sido la suya? Lo que no entendía era que si había dejado una vida atrás, una esposa y una familia, tal vez hijos y amigos, compañeros de trabajo, ¿por qué nadie le buscaba? ¿Por qué la policía no había identificado su cara en la lista de personas desaparecidas? ¿Por qué su fotografía no aparecía en las noticias, en carteles de desaparecidos?

Encendió la televisión.

«Sigue la investigación de la desaparición de la millonaria heredera Irena Aksyonov».

Hacía días que la desaparición de aquella chica ocupaba los titulares de todos los telediarios. El caso había despertado mucho interés en la opinión pública, tal vez porque la joven era millonaria. El hecho de que el propio padre hubiese sido acusado había avivado el interés.

Lo que Max deducía de todo aquello era que él mismo no era nadie importante ni conocido, de otro modo las noticias también estarían hablando de su desaparición.

Subió el volumen. No era el telediario, sino un reportaje sobre la familia Aksyonov con motivo de la desaparición de la joven. Aparecieron imágenes de archivo de su padre, Serguei Aksyonov, junto a su hija en un acto social en Marbella.

Max observó el comportamiento del hombre con su hija. Era evidente que la quería mucho. Max podía verlo con claridad en sus gestos: en cómo la miraba, en la curvatura de sus labios y el modo en el que sonreía con los ojos al mirarla. No era fingido, era un amor sincero. Sin embargo, la policía le acusaba a él como responsable. ¿Cómo iba un padre que amaba a su hija de aquel modo a hacerle algún daño? Los investigadores estaban cometiendo un gran error.

En cambio, Max se dio cuenta de que la chica miraba a su padre con hostilidad. Su comportamiento era educado, pero su lenguaje corporal gritaba que Irena quería alejarse de su padre. La sonrisa de la adolescente se limitaba al área de la boca y le miraba siempre de reojo, nunca de frente, con el cuerpo vuelto a otro lado. En una de las imágenes, que pertenecían a una especie de evento de la alta sociedad, pudo observar cómo, nada más acercarse su padre, la chica cruzaba los brazos. Había algo negativo en su expresión, en la manera en la que torcía la boca cada vez que su padre comenzaba a hablar. Parecía que la niña sentía asco ante el mero sonido de la voz de su padre. Estaba claro que no se trataba de miedo, no era que el padre hubiera abusado de ella, tampoco era odio, era simplemente asco.

La relación entre padre e hija no era tan buena como aquellas imágenes querían dar a entender.

De nuevo la falsedad, pensó Max con tristeza. Ni siquiera la relación entre un padre y su hija se libraba de la falsedad. Lo único cierto era que aquel hombre adoraba a su hija. No tenía ningún sentido que la policía le acusara precisamente a él de hacerla desaparecer.

Apagó la televisión, se puso en pie y fue hasta el cuarto de baño. Se quedó mirando fijamente su imagen en el espejo.

«Max», pronunció en voz alta. «Max, Max, Max...»

Al revés de lo que le suele pasar a todo el mundo —que al observar de cerca su propia cara en el espejo empiezan a verse a sí mismos como desconocidos—, cuanto más observaba Max su rostro, más familiar se volvía. Como si la imagen fijada en su retina fuese penetrando capas de su mente, cada vez más abajo, hasta el lugar donde seguía siendo él mismo. Cuando quería llegar a ese lugar le invadía una sensación de desmayo, como si se asomase a un abismo. Había demasiado espacio vacío, demasiada distancia vertiginosa entre la imagen del espejo y su yo interior.

Regresó al salón, que también era el dormitorio. Se sentó en la cama y encendió otro cigarrillo. Abrió la mesita de noche y sacó la pequeña caja de madera donde

guardaba «sus» objetos. Los restos de su pasado.

Con sumo cuidado sacó el pedazo de fotografía y lo depositó en la cama. Observó el fragmento del rostro de la mujer, morena y de ojos negros. La foto había sido tomada al aire libre, pero apenas podía distinguirse nada de lo que había alrededor de aquel rostro.

Pensó en un río, en el aroma de un río perfecto, dorado. Pero en la imagen no se apreciaba nada más que el rostro de la mujer con un fondo muy borroso. Daba la impresión de que la luz era del atardecer.

Siempre que miraba a la mujer experimentaba la misma sensación de vértigo, una efervescencia en la mente, como si alguien soplase sobre su cerebro desnudo. Aquella mujer tuvo que ser importante en su vida. La fotografía parecía muy antigua. ¿Su madre tal vez?

Volvió a leer las palabras escritas a mano en la parte posterior: «La historia la escriben los ganadores». ¿Qué demonios significaba?

Era inútil. Por más que buscaba en su mente no acudía ningún recuerdo que arrojase luz. Aquellas palabras no le sugerían nada, flotaban en el espacio vacío, en un blanco neblinoso.

Historia.

Ganadores.

Palabras huecas, sin contenido. Max tenía la certeza de que aquellas palabras habían sido muy importantes para él. Lo sentía en los huesos, aunque por más que se esforzaba en recordar no lograba asociarlas a ningún significado concreto.

Le recorrió un escalofrío. Fue hasta el cuarto de baño y se echó un puñado de agua helada a la cara. Contempló las paredes desnudas, blancas y frías. Le invadió la súbita impresión de que era un cuerpo extraño en un territorio ajeno. No lograba hacerse a la idea de que él formaba parte de aquel lugar. Por más que recorriese con los ojos cada detalle, por más que respirase aquel aire, no lograba vincularlo emocionalmente a él.

Con el corazón acelerado y la respiración agitada se quitó el uniforme del supermercado y se vistió con ropa de calle. Necesitaba aire fresco.

Una densa niebla marítima había cubierto el cielo. Las calles tenían un aspecto de crepúsculo. Ráfagas de viento de poniente arrastraban hojas secas que se desplazaban con velocidad calle abajo danzando como hombrecillos enloquecidos sobre la acera.

Max caminó sin prestar atención al recorrido. Solo quería llegar al mar y, tras un lapso de tiempo indefinido, se vio a sí mismo sentado sobre un murete frente a la playa.

A sus espaldas, a derecha e izquierda, se extendía el paseo marítimo, por el que paseaban masas de gente durante el verano, donde imperaba la risa y el buen humor, los helados, los limones granizados, las tapas, los gritos a los niños que se alejaban

demasiado de sus padres, los patinadores que sonaban como gatos ronroneantes advirtiéndoles a todos de sus trayectorias zigzagueantes, los encuentros inesperados, los «cuánto tiempo sin verte», los «déjame, que pago yo», los mimos casuales, los «nos vemos en la feria», las miradas nostálgicas desde los balcones, las toallas sobre el muro, los besos, los carritos con bebés, los adioses y los «hasta luego».

Ahora, sin embargo, estaba completamente desierto.

Los bares estaban cerrados.

Las farolas alumbraban las losas sinuosas, que alternaban el rojo gastado con el blanco grisáceo, teñidas de una fina película de arena.

Caía la noche lentamente y el mar se desplegaba frente a él como un poema rebosante de tonos anaranjados, una masa de dimensiones incalculables que parecía bailar al son de su propio sonido.

El mar no estaba en calma y tampoco podía decirse que estuviera agitado. Las olas se deslizaban sobre la arena suaves y elegantes, apenas espumosas.

¿Era aquel sonido triste o alegre?

Le vino a la mente esa especie de acertijo. Alguien te pregunta: ¿cómo te sientes cuando estás sentado frente al mar?

—Siento miedo.

—Me siento pequeñísimo, insignificante.

—Siento la armonía del agua, siento paz.

—Me siento amenazado.

La respuesta que das a esa pregunta indica cómo te sientes ante el mundo, qué importancia te das y si piensas que perteneces a él. Eso es lo que comentaban dos hermanos en el supermercado el otro día. ¿O no fue en el supermercado?

Max no se sentía en armonía con el mar. El mar era demasiado bello, demasiado grande, el mar tenía su lugar en el mundo, su función, su porqué, y yacía en la esencia misma de lo que hace que el mundo sea mundo, que exista en él la vida, haciendo posible que alguien pueda sentarse frente al mar y reflexionar sobre estas cosas tan absurdas.

Max no tenía ni idea de cuál era su papel en el mundo, ni qué significado le daba él a nada o a nadie.

En las farolas habían pegado carteles de «Se busca». Erica Dueñas, una adolescente de Almería, había desaparecido.

«Se busca» «¿Han visto a esta chica?»

Muchos de esos carteles se habían despegado por el viento. Max podía verlos sobre la arena de la playa. Le pareció distinguir uno de ellos flotando sobre el agua, pero estaba demasiado lejos.

Aquella mancha blanca podía ser cualquier cosa, aunque Max decidió que se trataba de un cartel empapado y grisáceo con la cara de la pobre Erica Dueñas.

Alguien no tan importante como para aparecer en las noticias nacionales, pero sí lo suficiente como para movilizar a los habitantes de la ciudad. Max pensó en lo estúpido que era poner los carteles allí, en Almería, que era el único lugar donde a buen seguro la chica no estaba.

«Se busca» «¿Han visto a esta chica?»

En algún lugar del mundo, pensó, quizá había una ciudad llena de carteles con su rostro. ¿Pero dónde?

Segunda Parte

El vacío de los sueños

Eva Luna

Yo no soy Eva Luna, yo soy la mitad de Eva Luna. La mitad de lo que era.

Es la mitad de Eva Luna la que sostiene una pistola y apunta a su padre.

La otra mitad murió a los once años, el día que su padre empezó a abusar de ella, pocos días después de que mi madre la abandonara.

No voy a perder el tiempo recreándome en detalles.

Es cierto que, volviendo la vista atrás, reconozco en mi padre —y me refiero a mi padre de antes de— a un hombre capaz de hacer lo que hizo. Pero eso es solo si hago una reflexión profunda. Los golpes no tienen por qué llevar al abuso sexual.

Todo se reduce a algo muy básico, mi vida se reduce a un punto de inflexión: un cuchillo afilado y perverso cortó mi tiempo en dos partes. Eso hizo mi padre cuando me dijo que me quitara la ropa, que él era «un padre responsable», que quería asegurarse de que su hija se «estaba desarrollando como era debido».

Eso hizo mi padre cuando me sujetó las manos con fuerza, abrió mis piernas como una bestia y me penetró como si fuera un maldito trozo de carne.

En un mundo paralelo existe otra Eva Luna a la que no le falta la mitad.

A veces creo verla en el espejo.

Esa Eva Luna completa está independizada, tiene un trabajo que la enriquece, con niños pequeños, y escribe, su gran pasión, cada tarde, cuando no está paseando con su novio o en el cine, o cenando en un restaurante elegante.

Esa Eva Luna a la que no le falta una mitad tiene el pelo precioso, es esbelta, tiene muchos amigos que la adoran y su novio no se puede creer su enorme fortuna.

Mi yo completa pasa como un hada madrina cambiando la vida de sus estudiantes, apoyando a sus amigos, dando siempre buenos consejos.

Mi yo completa tiene relaciones sexuales con su novio que la satisfacen totalmente.

Por alguna razón se ha distanciado de su padre, aunque le escribe cartas cada mes, cartas a las que él nunca responde.

La Eva Luna completa se ha reencontrado con su madre casi de milagro. Se encontró con ella una tarde en el centro de Londres. Eva comenzó a llamarla a gritos ante la mirada sorprendida de los transeúntes. Su madre, entre lágrimas, fue capaz de explicarle sus razones, las razones por las que tuvo que salir de aquella casa. Terminaron fundiéndose en un abrazo. Tomaron café juntas.

Se han hecho inseparables.

Pienso en la Eva Luna completa y me muero de la envidia.

Solo comparto con ella la edad, veinte años, y las flores del jardín.

La Eva Luna completa, igual que yo, cuida de las flores con extrema dulzura,

igual que yo, pero cuando habla con ellas habla de cosas muy diferentes.

No, no es esa la persona que escribe estas líneas. La persona que escribe estas líneas es su mitad. Su peor mitad.

Por desgracia, soy la Eva Luna del pelo grasiento e imposible de peinar.

Soy la Eva Luna que no sabe siquiera si su madre está viva.

Soy su mitad sin amigos, sin novio.

Su mitad repugnante que le sirve cada día la cena al cerdo de mi padre.

Soy la Eva Luna odiosa que le besa en la mejilla.

Soy la Eva Luna grotesca que, todavía en ocasiones, se deja violar por él sin oponer resistencia alguna.

La Eva Luna depravada que, en ocasiones, disfruta de esos encuentros inenarrables.

He leído en alguna parte que los niños que sufren abusos de su padres siguen queriéndolos.

No es así, yo odio a mi padre con todas mis fuerzas, casi tanto como me odio a mí misma.

En ocasiones, mi padre me trae bombones, me agasaja como si fuera su preciosa hija, el muy cerdo.

Yo, la mitad infame de Eva Luna, le sonrío y le doy las gracias.

Pero mis ojos no sonrían.

Eso es lo que soy desde hace más de diez años. Maniatada por mi propia cobardía, por el terror a lo desconocido, por el pavor hacia los demás; paralizada por el horror total y absoluto cada vez que veo a un hombre en la calle o en el supermercado.

Los hombres son perros hambrientos que saltarán sobre tu yugular en cuanto se den las circunstancias apropiadas. Ellos no son cobardes como yo, ellos se arriesgan para conseguir lo que quieren. Lo veo cada día mientras atiendo a los clientes en el maldito bar donde trabajo.

Mi padre es un cerdo pero también es un valiente, y eso es mucho más de lo que se puede decir de mí.

Soy un simple pedazo de carne. Un juguete que él perfora y en el que se desahoga descargando en sus entrañas su semen viscoso y nauseabundo.

Atrapada en esta maldita casa, sin estudios, sin amigos, sin novio, atrapada en un trabajo humillante, sin futuro. Mi padre ha conseguido encerrarme sin cadenas.

Trabajo doce horas al día de camarera en un asqueroso bar de carretera en el que mi padre me puso a trabajar.

Limpio, cocino para él, hago las camas. Solo las tengo a ellas. Mis flores.

Mi tía Carmen, la hermana de mi padre, vino a visitarnos en una ocasión acompañada de mi prima Clara, su hija. Ellos viven lejos, casi nunca nos visitan.

Aquel día tomamos té y pastas. Era un día soleado, maravilloso. El jardín estaba precioso, las gotas de agua sobre las flores recién regadas parecían diamantes, parecía el reflejo del océano.

No me parezco en nada a mi tía, ella es mucho más alta y, por supuesto, más esbelta. Tiene un pelo negro como la noche, negro y brillante, maravilloso. Y su hija Clara, mi prima, lleva camino de igualarla en belleza.

Soy tan idiota, tan imbécil, que no supe anticipar lo evidente.

Mi padre preguntó a mi prima que cómo le iba en el instituto. Mi prima arrugó la nariz y respondió que bien, si no fuera por la maldita biología.

Mi tía, apuntándola con el dedo, comentó que eso era culpa de ella y que no le echara la culpa a nadie, que el problema era que no se esforzaba lo suficiente, que no se concentraba, que tenía la ciencia en los genes, que mi padre —doctor de profesión, orgullo de la familia— era prueba de ello.

Mi padre se mordió el labio inferior desde dentro, entornó los ojos y se ofreció entonces a ayudar a mi prima con su proyecto de biología. A mi padre se le ocurrió que, mientras tanto, mi tía y yo podríamos ir de compras y renovar mi vestuario.

Ninguna de las dos supimos negarnos.

Compramos unos vestidos preciosos mi tía y yo, unos vestidos que perdían toda su belleza en el preciso instante en el que tocaban mi piel, la piel de la peor mitad de Eva Luna.

Mi tía me habla siempre de muchas cosas, pero nunca, jamás, me pregunta por la relación que tengo con mi padre.

Nunca, jamás, me pregunta por qué abandoné los estudios, no me pregunta si echo de menos a mamá, si tengo amigos, si tengo novio...

Nunca, jamás, me pregunta nada que pueda llevar la conversación, de un modo u otro, a los abusos de mi padre.

Clara está ya hecha una mujercita —decía mi tía una y otra vez mientras su sonrisa se extendía por toda su cara, desde la boca hasta los ojos— y te adora, Eva, no sabes cuánto. —Yo dejaba pasar los minutos como si fueran unos minutos cualquiera.

Pero esos minutos no eran unos minutos cualquiera.

Me avergüenzo al recordar que durante esos minutos ya inaccesibles mi única angustia se debía a mi horror, a mi repugnancia ante mi propio aspecto: la mitad de la mujer que me miraba desde el otro lado del espejo del probador.

Entre prenda y prenda, mientras caminábamos de una tienda a otra, nuevos minutos surgían de la nada y desaparecían para dar lugar al siguiente.

Sin piedad, sin fin.

Cuando volvimos las dos a mi casa ya era demasiado tarde. Esos minutos se habían cristalizado y ya no se podían cambiar.

Mi prima Clara sonreía con la boca, pero sus ojos no se contagiaban de la sonrisa. Mi tía tenía prisa y se despidió de nosotros, de mi padre (su hermano), y nos dijo buenas noches. Mi prima Clara dijo adiós con esa sonrisa a medias y dio las gracias a mi padre por su ayuda con el proyecto de biología.

Esa noche mi peor mitad no era capaz de conciliar el sueño.

Tenía que encontrarla.

Me levanté de la cama, me puse las zapatillas y comencé a deslizarme de un cuarto a otro entre las sombras.

Busqué por toda la casa, en la cocina, en el salón, en el balcón...

Pasé al menos dos horas en el jardín, preguntándole a las rosas, a las achiras, a las caléndulas, buscando entre los tallos, debajo de las hojas, pero ninguna sabía nada.

Abrigada por la luz de la luna, lloré sobre mis flores.

Volví a la casa con los pies todavía húmedos por el rocío del césped y miré incluso debajo de la cama de mi padre, que roncaba como un gorila.

Pero no la pude encontrar.

Bajé entonces a este sótano atestado de polvo y me puse a rebuscar entre cajas de cartón olvidadas, muebles y sillas tan rotas e inútiles como yo lo soy.

Y seguía sin encontrarla.

Solo encontré fotos viejas de mi madre. En una de ellas está en el centro de Barcelona y me tiene cogida de la mano, pero esa no soy yo, esa es la Eva Luna completa, la de antes de, la Eva Luna a la que no le falta nada.

En otra foto, mi madre charla con una amiga en una cafetería.

Hay también una foto de cuando yo tenía apenas tres años, en la guardería. Todos los niños sonrían, disfrutaban, se divertían. Adoran a su maestra.

Revistas antiguas, actores de cine, actrices esbeltas, delicadas, con un pelo precioso.

Las revistas de medicina de mi padre.

Periódicos.

Cuentos infantiles de hadas, princesas, príncipes...

Recuerdo el impacto que me causó ver a mi prima Clara después de volver de las compras con mi tía, con su madre.

Cuando volví a casa con mi tía, después de que cristalizaran los minutos, a mi prima Clara le faltaba la mitad, su mejor mitad, y yo no he sido capaz de encontrar esa mitad por ningún lado.

Mi padre había abusado de ella.

Comprendí entonces, comprendo ahora, mientras las lágrimas silenciosas surcan el polvo que cubre mis mejillas, que la mitad de mi prima Clara no estaba ya en esta casa, por eso no la podía encontrar; comprendí que la Eva Luna completa no existe en ningún universo paralelo ni en ninguna dimensión. Mi padre se encargó de

incinerarla, de convertirla en polvo, como el polvo que me rodea en este oscuro sótano.

Yo no soy Eva Luna, yo soy la mitad de Eva Luna. La mitad de lo que era.

Es la mitad de Eva Luna la que sostiene una pistola y apunta a su padre.

Han pasado meses desde que mi padre arrebató su mejor mitad a mi prima Clara. Muchas veces he bajado a este sótano a llorar, a refugiarme en la oscuridad entre cajas de cartón olvidadas, muebles y sillas tan rotas e inútiles como yo lo soy. Hasta que un día encontré la puerta cerrada y supe que al otro lado de esa puerta, en la oscuridad, sola y asustada, había alguien más.

Fue entonces cuando supe que mi padre no tenía suficiente conmigo para satisfacer sus depravados deseos. Mi padre es un perro hambriento que saltará sobre tu yugular en cuanto se den las circunstancias apropiadas. Él no es cobarde como yo, él se arriesga para conseguir lo que quiere.

La última víctima de mi padre se llama Alicia Roca y tiene dieciséis años. Está atada a una vieja butaca, se retuerce y chilla. Su rostro es ovalado y suave, tiene una nariz respingona y ojos grandes que gritan en silencio. De algún modo sé que se avergüenza de su cuerpo entrado en carnes, pero a mí me resulta hermosa. Pura y hermosa porque su cuerpo aún no ha sido mancillado por las manos de un hombre.

Ella es la última víctima de mi padre, aunque afortunadamente el muy cerdo aún no ha tenido tiempo de tocarla. La idea me produce una alegría infinita. Algo puro se ha preservado. Cuando ella salga de este sótano frío y húmedo podrá recuperar su vida, mientras que yo, la mitad de Eva Luna, su peor mitad, quedaré aquí encerrada para siempre. Pienso en la luz del sol y me muero de la envidia. A lo mejor tendría que dirigir la pistola contra mi cabeza y acabar con todo de una vez.

Pero no puedo olvidarme de mi padre. Mantengo la pistola en alto, los brazos tensos.

Las paredes de cemento del sótano rezuman humedad. Puedo sentir la humedad mordiente del frío suelo en las plantas de mis pies. Una bombilla desnuda, colgada de un cable en el techo, ilumina la estancia. La bombilla se balancea ligeramente, o quizá sea mi mente la que oscila como si me encontrase sobre la cubierta de un barco mecido por las olas.

Muchas veces he bajado a este sótano a llorar, a refugiarme en la oscuridad entre cajas de cartón olvidadas, muebles y sillas tan rotas e inútiles como yo lo soy.

Pero ahora no estoy sola.

Mi padre, arrodillado en el suelo, tiene la nariz rota y la boca cubierta de sangre de un modo que resulta obsceno. Sus cejas se curvan y se juntan, arrugándole la frente como si fuera una rata estrujada, un trapo sucio de cocina. No he sido yo quien le ha golpeado de ese modo. Cuando mis piernas temblorosas me han traído hasta este sótano, ellos ya estaban aquí, junto a mi padre. La luz de la bombilla proyecta

sus sombras sobre el suelo de cemento gris. Naturalmente, yo no proyecto ninguna sombra, lo cual no me produce ninguna sorpresa.

El hombre que ha golpeado a mi padre se yergue ante mí en toda su imponente altura. Tiene la nariz dilatada y el labio inferior tenso. Su sombra se proyecta en el suelo y se extiende hasta mí, hasta el lugar vacío donde debería encontrarse mi propia sombra inexistente. El hombre que ha golpeado a mi padre se llama Max N. N. y es el hombre más hermoso que mis ojos han contemplado jamás.

El hombre que ha doblegado a mi padre tiene los ojos azules, el pelo negro, la mandíbula fuerte, el mentón perfilado. Puedo percibir la suavidad de sus mejillas a través del espacio que nos separa. Es tan hermoso que podría descansar mi mirada en su rostro durante una eternidad. Debe medir casi dos metros de alto, irradia poder y masculinidad. Tiene unos brazos fuertes, hombros cuadrados y el torso que se adivina musculoso. Aunque viste un sencillo uniforme más propio de alguien que desempeña un trabajo poco cualificado, su porte es elegante, distinguido, aristocrático.

Retengo el aliento cuando cruzamos una mirada. En sus ojos no existe el menor atisbo de miedo a pesar de que es él quien está desarmado y soy yo, la peor mitad de Eva Luna, la que sostiene una pistola entre sus manos. Su mirada es inocente y pura, me recuerda a la de un niño audaz y valiente, intrépido y curioso. La clase de niño que no dudaría en adentrarse en un pozo en tinieblas para descubrir un misterio o para ayudar a un amigo en apuros.

Me pregunto cómo un hombre puede tener esa mirada inocente, profunda y reconfortante. La respuesta llega como un susurro: Max N. N. no tiene recuerdos, su mente está en blanco. Ningún recuerdo atormenta su conciencia. Max N. N. es un ser libre y puro, desligado de las ataduras del pasado.

El pasado de Max N. N. ha cristalizado como los minutos de mi prima Clara, pero ese pasado no le acompaña.

Me pregunto cómo habrá logrado liberarse de la carga de la memoria. Quizá yo también podría borrar la parte sucia que hay en mí, destruir todos los recuerdos inenarrables que me atormentan, limpiar la podredumbre de la sucia mitad de Eva Luna. Tal vez solo tendría que dirigir la pistola hacia mi cabeza. Apretar el gatillo y todo habría acabado.

Pero no puedo olvidarme de mi padre. Mantengo la pistola en alto, los brazos tensos.

Mi padre, de rodillas en el suelo, me está gritando algo, sus cejas arrugan su frente ensangrentada como un trapo mojado. Veo cómo se mueven sus labios, el movimiento de su garganta, aunque ningún sonido llega hasta mis oídos. En mi cabeza solo resuena un zumbido sordo, como si estuviera sumergida bajo el agua. No necesito escuchar a mi padre para saber lo que quiere de mí. Quiere mi ayuda. Quiere que dispare al hombre que le ha golpeado. Mi padre me amenaza, me explica todo el

daño que me hará si no le obedezco.

La verdad es que tengo miedo. La pistola tiembla entre mis manos. Todos estos años temiendo, temiendo, hasta que el miedo se ha hecho mi amigo íntimo, un amigo traidor y tramposo. Hasta ahora no me había dado cuenta de que el miedo era en realidad el mejor amigo de mi padre.

Hay alguien más a mi lado. Una mujer que también me está gritando algo. La mujer enseña los dientes inferiores en una mueca de horror, tiene el rostro desencajado y de su garganta salen palabras que nunca llegan a mis oídos. En realidad no puedo escuchar nada de lo que me rodea. Es como si nos encontrásemos inmersos en un tanque de líquido transparente que amortiguase cualquier sonido.

Esa mujer se llama Carla. Debe de ser una mujer muy valiente si ha venido hasta aquí para enfrentarse a mi padre. Tiene la piel pálida, la frente amplia y noble, los ojos ovalados como un felino hermoso. Es muy guapa cuando grita asustada y aún es más guapa cuando sonríe plácidamente. Tengo la impresión de que ella y mi otra mitad, la mitad feliz de Eva Luna, podrían llegar a ser muy buenas amigas si alguna vez se conociesen, aunque sé que eso es imposible.

También sé que, de algún modo, ella es la responsable de que todo esto esté sucediendo. Ella es la responsable de que Max N. N., el hombre más hermoso que haya visto jamás, le haya dado una paliza a mi padre. Ella es la responsable de que yo sostenga una pistola en mis manos.

Quiero decirle que se tranquilice, que no voy a hacerle daño. Me gustaría abrazarla y calmar su miedo.

Pero no puedo olvidarme de mi padre. Mantengo la pistola en alto, los brazos tensos.

La bombilla que cuelga del techo nos inunda a los cinco con su luz incandescente. El destello de ese sol en miniatura me ciega por unos instantes. Las sombras que proyecta se alargan y entrelazan como si tuviesen vida propia.

Cierro los ojos y escucho el sonido de mi propia respiración acompasada por los latidos de mi corazón. Tengo la impresión de que el tiempo se ha detenido. De pronto tengo mucho miedo. Me siento diminuta en la oscuridad que se abre tras mis párpados, las tinieblas quieren tragarme, hacerme desaparecer.

Abro los ojos. Parpadeo. Solo ha transcurrido un instante pero algo ha cambiado.

Mi padre sigue arrodillado, sangra por la nariz mientras sus labios húmedos y rojos me gritan algo que no puedo escuchar. El resto de la escena es diferente, el deslizarse de mi consciencia se ha colado por un pliegue oculto de la realidad para atisbar a un mundo diferente.

Un mundo en el que el hombre que ha doblegado a mi padre, Max N. N., tiene una expresión de absoluto terror en los ojos. Ahora es él el que arruga la frente. Su mirada ya no es inocente y pura.

Me recorre un estremecimiento. Nunca he visto semejante expresión de sufrimiento. Todos los músculos de su rostro se han contraído con un espasmo de dolor, arquea las cejas y tensa los labios, estirados y temblorosos. Intento adivinar qué es lo que provoca ese dolor. Lo descubro cuando le miro a los ojos. Tiene la vista fija en un punto frente a él, pero lo que observa no está aquí y ahora, sino que pertenece a su pasado.

Comprendo que ha recuperado sus recuerdos perdidos y esos recuerdos le han traído la visión de algo que le causa un horror inimaginable. Me pregunto qué puede asustar de ese modo a un hombre como él. Me pregunto qué clase de recuerdos pueden provocar tanta desesperación y angustia.

Sacudo la cabeza e intento coger aliento, como si me zambullese en el fondo del mar. Mi conciencia se adentra más y más en una rendija de la realidad que asoma a un mundo diferente.

Un mundo en el que la mujer llamada Carla Barceló ya no grita histérica a mi lado. Ahora tiene un bebé en brazos y lo acuna con placidez. El bebé es su hijo. El pequeño tiene las mejillas regordetas y el pelo rubio y rizado. Es un niño fuerte y sano. Su boquita emite gorjeos de felicidad. La mujer canta una nana con una voz suave mientras contempla a su hijo con una expresión de infinita felicidad. La felicidad la hace parecer mucho más hermosa. Viéndola, comprendo que es una mujer plena, satisfecha, realizada. Sus largos dedos acarician las mejillas del bebé mientras lo acuna contra su pecho y susurra una nana:

*Cuando la luna te sirva de manto, mi niño,
no te olvides de las estrellas.*

Me pregunto de dónde habrá salido el bebé, su hijo. La mujer llamada Carla lo acuna con ternura entre sus brazos y, aunque todo sigue sumido en el más absoluto silencio, puedo escuchar su voz con claridad cantando una nana, y esa voz me empuja más y más abajo, alejándome de mi mundo para adentrarme en una realidad diferente.

Una realidad donde la joven secuestrada por mi padre ya no está maniatada a una vieja butaca del sótano. Su cuerpo ha cambiado. Ahora es delgada, esbelta y femenina como una gata. Lo que más me llama la atención es que junto a ella hay un niño de unos cuatro años. El niño es su hermano. El pequeño ríe, corre y salta a su alrededor, y eso hace muy feliz a la joven Alicia. Ver a aquel niño correr y saltar parece significar mucho para ella. Lo contempla con los ojos muy abiertos, unos ojos que se contagian de la amplia sonrisa que se despliega en sus labios, como si fuese algo extraordinario que un niño de esa edad se dedique a corretear lleno de energía.

Me recorre un escalofrío. Seguimos en el mismo sótano de mi casa, la misma bombilla en el techo, el mismo hedor a humedad. Solo que aquellas personas han

cambiado. No sé de dónde ha salido el bebé que acuna Carla, ni el niño pequeño con el que juega Alicia. No sé por qué Max, el hombre más hermoso que haya visto jamás, tiene ahora semejante expresión de horror en el rostro.

Y de pronto comprendo que lo que tengo ante mis ojos no es sino la otra mitad de estas personas, sus mitades completas. Me doy cuenta de que no solo es Eva Luna la que está incompleta, también lo están estas tres personas que han irrumpido en mi mundo para cambiarlo por completo.

Parpadeo y este extraño mundo diferente se evapora como un sueño. Se desvanece como una pompa de jabón. Los sonidos han vuelto y los gritos golpean mi cuerpo como algo físico. La sangre vuelve a correr por mis venas y bate en mis oídos. El tiempo ha echado a andar de nuevo.

El hombre más hermoso que jamás he visto vuelve a tener la mirada inocente de un niño. La mente de Max N. N. está en blanco de nuevo, los recuerdos han desaparecido y con ellos también se han ido los horrores que los poblaban. Y, aunque ahora puedo ver la confusión en su mirada, su belleza sigue intacta, un barco sin ancla, un barco enorme, forjado de acero, en mitad de la peor tormenta de la historia.

La mujer llamada Carla vuelve a estar asustada, grita histérica. El bebé ha desaparecido y en sus ojos se refleja un dolor antiguo y profundo, como una piedra negra que se vislumbra al fondo de un estanque, un pequeño tumor del que no puede desprenderse, un dolor duro como un diamante prendido a su corazón. Ese dolor es la pérdida de su bebé.

La joven adolescente vuelve a ser gordita y frágil. En su mirada identifico la tristeza por la enfermedad de su hermano pequeño, una enfermedad que jamás le permitirá caminar, ni jugar, ni moverse como cualquier otro niño de su edad.

Todas aquellas personas divididas por la mitad. Como yo.

Yo no soy Eva Luna, yo soy la mitad de Eva Luna. La mitad de lo que era.

La peor mitad.

La otra mitad de Eva Luna murió a los once años, el día que su padre empezó a abusar de ella, pocos días después de que mi madre la abandonara.

Todos estos años temiendo, temiendo, hasta que el miedo se ha hecho mi amigo íntimo, un amigo traidor y tramposo. Hasta ahora no me había dado cuenta de que el miedo era en realidad el mejor amigo de mi padre.

Mi padre, el todopoderoso, agazapado en sombras, escondido tras la máscara digital, capaz de cualquier cosa por satisfacer sus deseos. Mi padre es un perro hambriento que saltará sobre tu yugular en cuanto se den las circunstancias apropiadas, inteligente y malvado, capaz de arrebatarte una niña a cualquiera, incluso al hombre más poderoso del mundo.

Todo se reduce a algo muy básico, mi vida se reduce a un punto de inflexión, a un cuchillo afilado y perverso que cortó mi tiempo en dos partes. Eso hizo mi padre

cuando me sujetó las manos con fuerza, abrió mis piernas como una bestia y me penetró como si fuera un maldito trozo de carne.

En un mundo paralelo existe otra Eva Luna a la que no le falta la mitad.

A veces creo verla en el espejo.

Es la mitad de Eva Luna la que sostiene una pistola y apunta a su padre.

Carla

—Dime una cosa, ¿nunca te entraban remordimientos por lo que hiciste? Me refiero al aborto —preguntó Aarón.

—Cada vez menos —respondió Carla—, eso era algo que no podía olvidar, pero que intentaba apartar de mi mente cada vez que se me presentaba. Luego, Aarón, me lo pusiste fácil, eres un niño muy inteligente. No tenías ni tres años cuando empezaste a interesarte por mis cosas, incluso a darme consejos sobre la ropa que debía llevar. Y mírate ahora, ya estás hecho un hombrecito.

—Bueno, supongo que la pregunta es obvia.

—¿Qué pregunta?

—¿Tengo amigos?, ¿otros niños imaginarios como yo?, ¿otros niños abortados por madres que decidieron negarles la existencia?

Carla se quedó muda.

—Esto tiene que acabar —dijo—. No puedo seguir viviendo en una fantasía. Tienes que desaparecer de mi vida.

—No me puedo creer que me digas esto precisamente ahora. Que no existo, que soy un producto de tu imaginación. Sabes que eso no es cierto, sabes que sí estoy vivo, que soy real.

—No... no entiendo por qué dices eso. Tú no eres real. —La agitación la hizo temblar.

—Y me lo dices con esa tranquilidad, ¿qué tipo de persona eres, mamá? Sabes perfectamente que sí. ¡Mírame! ¡Soy real! ¡Estoy vivo!

—¡No!

—Reconócelo, mamá. Admite la verdad.

* * *

Carla se despertó con la sensación de que una centrifugadora se había instalado en su estómago. Salió al pasillo del hospital perseguida por la urgencia, fue corriendo hasta el cuarto de baño y vomitó. Ni se acordaba de la última vez que había comido algo. Lo único que vomitó fue un líquido blanco y viscoso. Las paredes blancas del cuarto de baño dieron vueltas a su alrededor. Se sentía débil y mareada.

Había pasado la noche en la habitación de hospital donde yacía su hermano. Había sido una noche larga y solo ya de madrugada se quedó dormida, acurrucada en una incómoda butaca.

En el lavabo bebió un poco de agua directamente del grifo. El pelo le cayó hacia adelante y se le mojó. Se quedó agachada con los ojos cerrados, la cabeza apoyada pesadamente en el grifo y el agua corriendo. Podía sentir el bombeo de la sangre en las sienes, latidos que empujan la oscuridad tras los párpados. La oscuridad y el vacío parecían crecer en su interior como un cáncer que amenazaba con devorarlo todo.

Se irguió con fuerza, como si emergiese de una profunda zambullida, y abrió los ojos para ahuyentar el miedo. El espejo le devolvió la imagen de su rostro, demacrado y pálido. Mechones de cabello mojado y enredado se le pegaban a la cara, como sangre a medio secar.

Se recogió el pelo en un moño y regresó a la habitación. En ese momento una enfermera estaba anotando en un cuaderno las constantes vitales de Isaac.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó la enfermera—. He oído que vomitaba.

—Bien; solo un poco mareada, tengo el estómago revuelto.

—Se lo diré al doctor de planta. No es usted la única que tiene esos síntomas en este ala del hospital. Tiene que hacerse un chequeo.

—¿A qué síntomas se refiere?

—Al parecer tenemos un brote de legionelosis en el hospital. Es una bacteria que a veces se reproduce en el circuito del agua caliente.

—Pues yo estoy bien —dijo Carla—, es solo que he pasado una mala noche.

—Tendrá que hacerse un análisis por precaución. Ya hay dos personas infectadas. Tenemos órdenes de la dirección del hospital de avisar de cualquier persona que muestre síntomas. Puede que necesite tratamiento con antibióticos.

Carla asintió sin darle importancia. Comparado con el dolor que le oprimía el alma, aquella sensación de malestar físico no era nada. Se acercó a la cama y se inclinó sobre su hermano para darle un beso en la frente. La piel seguía fría. Le estrechó la mano. El tacto era gélido. Como la mano de un muerto.

«Buenos días», susurró con un nudo en el estómago.

Por lo menos seguía estable, dentro de la gravedad. La hemorragia en el cerebro estaba contenida, aunque según los doctores todavía era pronto para evaluar los daños que podría haber producido. El pronóstico no había cambiado: había que esperar y observar cómo evolucionaba. No había mucho más que se pudiera hacer.

Carla se echó al hombro el maletín donde guardaba su ordenador portátil. El día anterior, antes de volver al hospital, había pasado por casa a recogerlo. Necesitaba su ordenador para hacer lo que tenía en mente, que era encontrar al desgraciado que le había tendido la trampa a su hermano.

Se despidió de Isaac con un beso en la frente y salió de la habitación. Las enfermeras le habían prohibido conectar el ordenador allí dentro. Según los doctores, las señales electromagnéticas que emitía podían interferir con el delicado instrumental de la unidad de cuidados intensivos. Así que bajó hasta la cafetería,

compró un café en la barra y se instaló en una de las pocas mesas libres. Sacó el ordenador del maletín y lo abrió frente a ella, sobre la mesa.

La cafetería del hospital estaba abarrotada. Se quedó mirando a la gente que vagaba a su alrededor de un lado a otro sin entusiasmo, apesadumbrados por la suerte de sus familiares, comiendo poco y mal sin alzar la voz, como en una biblioteca. Uno tras otro pagaban por su comida, se la llevaban a una mesa y comían con desgana, con los ojos tristes, cansados, comentando que las cosas podrían ir aún peor, que a todos nos llega la hora, que es ley de vida, que ya estaban deseando salir de allí, mientras le hincaban el diente a las comidas precocinadas, a los sándwiches de jamón de york y queso, a las frutas tan frías que casi estaban congeladas y les daban escalofríos en los dientes, o daban sorbos a sus refrescos y al café, armonizando con sus tristes comentarios el ronroneo de las máquinas frigoríficas. Todos tan tristes, tan meditabundos, y al mismo tiempo tan respetuosos, tan silenciosos.

Su hijo Aarón estaba sentado a dos mesas de distancia. Esta vez no la miraba, sorbía distraídamente un batido de chocolate. Carla no tuvo que decirle nada, solo le bastó mirarlo para que la imagen se difuminara una vez más.

Carla le dio un sorbo al café y volvió a dejar la taza sobre la mesa. El líquido caliente le reconfortó el estómago. Dirigió la mirada a la pantalla del ordenador. Estaba decidida. Haría lo imposible por encontrar al individuo que había tendido la trampa a Isaac. Respiró hondo para infundirse determinación.

Lo primero que tenía que hacer era revisar las conversaciones de su hermano. Tenía que averiguar en qué había fallado, si no quería cometer ella el mismo error. Saber cómo había descubierto a Isaac.

Se registró en el chat con el mismo usuario que había utilizado su hermano —el de una chica de trece años llamada María González, la hija del hombre que lo había mandado al hospital— y navegó en las opciones de la página web hasta el historial de conversaciones, donde se guardaba un registro de los diálogos del último mes.

Carla empezó a leer por orden cronológico. Los primeros diálogos correspondían a la María González auténtica, antes de que ella y su hermano hubiesen suplantado su perfil:

26-noviembre-2012 23:25

María González (alias: Chica_Linda)

Chico10 (alias: Chico10), identidad real desconocida

Chico10: hola, niña de mis sueños

Chica_Linda: hola mi dulce niño

Chico10: esta noche he soñado contigo, soñé que le daba a cada estrella un motivo por el cual te amo... y sabes qué?

Chica_Linda: siiii??

Chico10: me faltaron estrellas

Chica_Linda: eso es muy bonito

Chico10: nunca había imaginado que pudiese existir alguien como tú, mi dulce María

Chica_Linda: oohhhh

Chico10: antes de conocerte creía que la vida no tenía sentido, que no había nada por lo que mereciese la pena vivir. He conocido a muchas chicas, ¿sabes? Pero tú eres diferente a todas, eres única, me siento la persona más afortunada del mundo

Chica_Linda: me haces sentir especial

Chico10: si pudieses leer mi corazón no tendría que pensar tanto en como hacerte escuchar mi amor

Chica_Linda: tú también eres muy especial para mí, Telmo

(pausa)

Chico10: ¿recuerdas lo que te dije?

Chica_Linda: lo siento, lo siento, lo siento, no volveré a hacerlo

(pausa)

Chica_Linda: por favor, dime que me has perdonado

Chico10: te perdono, ¿sabes qué?

Chica_Linda: ¿qué?

Chico10: algunos amores duran toda la vida, el verdadero amor es para siempre, llevo tu nombre grabado en el corazón

Chica_Linda: gracias por iluminar mi vida

Chico10: tú me haces diferente por el solo hecho de existir

30-noviembre-2012 22:55

María González (alias: Chica_Linda)

Chico10 (alias: Chico10), identidad real desconocida

Chica_Linda: ¿crees que soy bonita?

Chico10: eres preciosa, la criatura más maravillosa, aunque ya sabes...

Chica_Linda: sí, lo sé, estoy un poco gordita

Chico10: solo te sobran unos gramos, pero tienes que ser perfecta, todas te envidiarán

Chica_Linda: mi padre quiere llevarme a un psicólogo, cree que estoy enferma por no querer comer

Chico10: ya sabes lo que pienso, tu padre NO quiere que seas perfecta, él no tiene en cuenta tus sentimientos, solo quiere utilizarte. Te he explicado muchas veces lo que es tu padre. Dímelo ahora.

Chica_Linda: mi padre es un hijo de puta egoísta

Chico10: exacto. solo piensa en sí mismo

Chica_Linda: no sabes lo que es vivir con alguien así, queriendo controlarte las 24 horas del día, que no te considera una persona libre

Chico10: ya te conté lo que me hizo MI padre, ¿crees que no te entiendo?

Chica_Linda: sé que me entiendes, si no fuera por ti no sé qué haría, me suicidaría

Chico10: tu padre solo piensa en sí mismo, ni por un segundo se preocupa de tus sentimientos

Chica_Linda: ¿qué puedo hacer?

Chico10: ¿sigues tomando las pastillas que te envié?

Chica_Linda: claro, pero mi padre me vigila

Chico10: mi dulce María, quiero verte desnuda ahora

5-diciembre-2012 22:55

María González, alias Chica_Linda

Chico10 (alias: Chico10), identidad real desconocida

Chico10: hola, niña de mis sueños

Chica_Linda: hola mi dulce niño

Chico10: tantas frases, tantas letras, tanto escribir, y no existe descripción de lo que es pensar en ti, María, no es posible expresar con palabras tu belleza

Chica_Linda: eso es muy bonito

Chico10: tú me inspiras, por ti podría matar, librar batallas, escalar montañas, cruzar océanos, solo por verte

Chica_Linda: yo también te amo, pero

Chico10: ¿pero?

Chica_Linda: no te va a gustar una cosa

Chico10: qué, mi amor

Chica_Linda: mi padre va a internarme en una clínica, dice que estoy enferma, que tengo anorexia

(pausa)

Chica_Linda: estás enfadado?

Chico10: estoy furioso, tu padre quiere engordarte para destruir tu belleza

Chica_Linda: lo sé, dios mío qué puedo hacer

Chico10: tu padre es un egoísta, no puede hacerte eso

Chica_Linda: tienes que ayudarme, me obligarán a comer

Chico10: no sufras, mi princesa. estoy desesperado, por una sola vez en la vida he encontrado la belleza, y el sentimiento de mi amor es más fuerte que mi mente

Chica_Linda: tú has traído la felicidad a mi vida

Chico10: pero es que tu padre va a romper tu belleza, María, va a destruir todo lo que amo

Chica_Linda: dejarás de quererme?

(pausa)

Chica_Linda: por favor, por favor, contéstame

(pausa)

Chico10: quiero verte desnuda

Carla tenía ganas de dar un puñetazo en la mesa. Aquel individuo era repugnante.

Estaba manipulando a la pobre chica. Dios sabe cómo habría acabado aquello de no haber intervenido su hermano Isaac suplantando la identidad de la joven. A lo mejor también habría desaparecido, como había ocurrido con Irena Aksyonov. Se preguntó cuál habría sido el destino de Irena. ¿Seguiría viva? ¿Estaría en manos de aquel sujeto?

De lo que no había duda era de que aquel Chico10 no era ningún adolescente, sino un perturbado, un psicópata con intenciones oscuras. No tenía que olvidar que también era muy peligroso. Había sido a partir de aquella última conversación cuando ella había interceptado el perfil y su hermano se había hecho pasar por Chica_Linda. Carla leyó atentamente los siguientes fragmentos de conversación:

08-diciembre-12 22:55

María González (alias: Chica_Linda); identidad real: Isaac Barceló

Chico10 (alias: Chico10), identidad real desconocida

Chico10: hola niña de mis sueños

Chica_Linda: hola mi dulce niño

Chico10: una inspiración se refleja en cada sueño, en cada ternura, en cada pedazo de corazón porque yo sin ti no valgo nada

Chica_Linda: eso es muy hermoso

Chico10: tú eres lo más hermoso, María, lo más hermoso que ha concebido el universo

Chica_Linda: gracias, te quiero

Chico10: dime una cosa, tu padre... te ha vuelto a obligar a que comas?

Chica_Linda: sí, estoy desesperada

Chico10: no desesperes, mi dulce María, pronto cambiarán nuestras vidas

Chica_Linda: ¿qué vas a hacer mi dulce Telmo?

(pausa)

Chico10: ¿has olvidado lo que te dije?

(pausa)

Chica_Linda: no, no, claro que no

(pausa)

Chico10: quiero verte desnuda, ahora

Chica_Linda: no puedo, mi padre me está vigilando, viene cada poco a mi habitación

Chico10: tu padre, tu padre, te odia, te controla, impide que seas libre

Chica_Linda: lo sé, no puedo más, ¿qué puedo hacer?

Chico10: estoy pensando, mi dulce amor, pronto van a cambiar nuestras vidas

Chica_Linda: me haces muy feliz, Telmo

(pausa larga)

Chica_Linda: ¿estás ahí?

Chico10: pronto, muy pronto estaremos juntos, ¿eso te gustaría?

Chica_Linda: sí, claro que sí, ¿cuándo?

Chico10: pronto, mi dulce María, pronto

09-diciembre-12 21:55

María González (alias: Chica_Linda); identidad real: Isaac Barceló

Chico10 (alias: Chico10), identidad real desconocida

Chico10: hola niña de mis sueños

Chica_Linda: hola mi dulce niño

Chico10: tenemos que hablar, ya sé lo que vamos a hacer con tu padre

Chica_Linda: ¿de verdad, qué es?

Chico10: no te lo puedo decir aquí, podría descubrirnos, tenemos que vernos personalmente, ¿estarías dispuesta, mi amada María?

Chica_Linda: claro, mi dulce Telmo

Chico10: entonces nos encontraremos mañana mismo

Chica_Linda: ¿dónde?

Chico10: en un bar de copas que se llama Chillout, en la calle Hortaleza, mañana a las cinco de la tarde

Chica_Linda: eso es maravilloso, allí estaré

Chico10: nos vemos mañana, mi dulce amada

Chica_Linda: hasta mañana, mi dulce amor

Carla pensó que su hermano lo había hecho bastante bien haciéndose pasar por aquella chica. Había imitado su modo de hablar y había simulado muy bien sus emociones. Ni ella misma lo hubiese hecho mejor.

A pesar de todo, el acosador lo había descubierto. Lo que no veía era cómo.

Volvió a leer de nuevo todas las conversaciones. Fue en la tercera lectura cuando empezó a sospechar lo que había ocurrido. Había algo que enfadaba a aquel individuo.

Con el puntero del ratón, seleccionó un pequeño fragmento de conversación de la verdadera María:

Chica_Linda: tú también eres muy especial para mí, Telmo

Chico10: ¿recuerdas lo que te dije?

Chica_Linda: lo siento, lo siento, lo siento, no volveré a hacerlo

Chica_Linda: por favor, dime que me has perdonado

Chico10: te perdono, ¿sabes qué?

María también había olvidado algo en una ocasión, algo que enfadaba a aquel sujeto. El problema es que Isaac no tenía modo de saber a lo que se refería.

Chico10: ¿recuerdas lo que te dije?

Carla sospechaba de qué se trataba. Héctor Rojas, el funcionario de la Oficina de Protección del Menor, le había enviado algunas conversaciones de las otras víctimas. Carla recordó que en una de ellas se había producido una situación parecida. Abrió el fichero que contenía una transcripción de aquellas conversaciones y leyó a toda prisa hasta que encontró lo que buscaba:

Girlbitch: oye ¿como te llamas en realidad?

Chico10: Telmo, pero no me llames por mi nombre, nunca

Girlbitch: por qué?

Chico10: porque odio mi nombre. Te lo he dicho para que veas que te tengo confianza

Girlbitch: por qué lo odias? A mí me parece bonito

Chico10: porque así se llamaba mi padre

Girlbitch: odias a tu padre?

Chico10: con toda mi alma

Girlbitch: por qué??

Chico10: te lo contaré cuando nos conozcamos mejor

Así que aquel individuo decía llamarse Telmo. Carla siguió leyendo hasta encontrar lo que buscaba:

Chico10: si pudieses leer mi corazón no tendría que pensar tanto en como hacerte escuchar mi amor

Girlbitch: tú también eres muy especial para mí, Telmo

Chico10: ¿recuerdas lo que te dije sobre mi nombre?

Girlbitch: lo siento

Chico10: nunca vuelvas a decir mi nombre, NUNCA ¿está claro?

Girlbitch: sí, pero por favor, por favor, no te enfades

Chico10: está bien, lo siento, no quería enfadarme

Girlbitch: tú eres muy especial para mí, Chico10

El tío se enfadaba cuando le llamaban por su supuesto nombre real, Telmo. Se lo había advertido a aquella chica, Girlbitch, y también, probablemente, a María, en alguna ocasión anterior. El problema es que Isaac no tenía modo de saberlo.

Carla volvió a leer la conversación donde su hermano suplantaba a María:

Chico10: no desesperes, mi dulce María, pronto cambiarán nuestras vidas

Chica_Linda: ¿qué vas a hacer Telmo?

Chico10: ¿has olvidado lo que te dije?

Chica_Linda: no, no, claro que no

(pausa)

Chico10: quiero verte desnuda, ahora

Chica_Linda: no puedo mi padre está vigilando

Chico10: tu padre te odia, te controla, impide que seas libre

Chica_Linda: lo sé, ¿qué puedo hacer?

Chico10: estoy pensando, mi dulce amor, pronto van a cambiar nuestras vidas

Chica_Linda: me haces muy feliz, Telmo

Mierda. Allí estaba el error. Isaac había imitado muy bien el modo de hablar de aquella chica. Seguro que se habría preparado una lista con las expresiones más habituales que ella utilizaba. El problema es que había repetido el nombre que enfurecía tanto a Chico10. Le había advertido, pero Isaac no tenía modo de saber a qué se refería y había vuelto a mencionar su nombre acto seguido. Eso había puesto sobre aviso a aquel individuo. La verdadera María no hubiese repetido su nombre después de la advertencia.

Carla maldijo entre dientes. Toda esa historia del nombre que no se podía mencionar tenía que ser a caso hecho, una especie de medida de precaución de aquel individuo. Le servía para detectar si alguien suplantaba a alguna de sus víctimas. Carla tuvo que reconocer que además de retorcido era muy inteligente.

Chico10: quiero verte desnuda, ahora

Chica_Linda: no puedo, mi padre me está vigilando, viene cada poco a mi habitación

Era evidente que desde aquel momento el acosador sabía que ya no estaba hablando con una chica de trece años, sino con alguien que se hacía pasar por ella. Isaac ni siquiera se había dado cuenta de que lo habían descubierto.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Isaac estaría sano y salvo si no le hubiese dejado hacer aquello. Tendría que haberse ocupado ella. Ella era la experta en internet. Ella era la experta en redes sociales. Cerró los ojos y se presionó las sienes con las manos, como si la cabeza le fuese a estallar.

«Maldito seas, Chico10, Telmo o como demonios te llames, maldito seas».

Tenía los ojos arrasados por las lágrimas. Las sienes le palpitaban con fuerza. Lo único de lo que estaba segura era de que iba a encontrar a aquel hijo de perra, aunque fuese lo último que hiciese en su vida.

Abrió el programa que gestionaba la actividad del robot de búsqueda. Desde que lo puso en marcha —hacía solo unos días, aunque tenía la sensación de que había transcurrido una eternidad—, el robot había identificado al menos un centenar de perfiles sospechosos en los chats de menores. El robot se encargaba de guardar una copia de cada conversación que registraba con un enlace. Los enlaces aparecían en una lista en una ventana. Carla los ordenó por orden cronológico y se puso a leer la

conversación más reciente:

Lidia15: mi hermana es una gilipollas, la odio tanto

Lorena16: ayer la vi con el chulo de Marcos, son tal para cual

Lidia15: se cree tan guapa y tan lista, doña perfecta, ojalá se quede preñada, mi madre la mataría

Lorena16: pues sabes qué, una vez le pinché los condones a mi hermano

Lidia15: ¿me estás dando ideas?

Lorena16: claro!! mira en su cajón

Carla leyó unas líneas más. Aunque el robot había encontrado las palabras clave en aquella conversación de chat (odio, hermana, madre, mataría), Carla llegó a la conclusión de que solo eran dos chicas de la edad que decían tener. Ninguna de ellas parecía un adulto haciéndose pasar por un menor o queriendo manipular al otro.

Carla abrió el siguiente enlace de la lista:

Alicia: esta noche he quedado con un tío

Julia: guuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu!!!

Alicia: viene a mi casa dentro de un rato

Julia: genial!!!

Alicia: es el tío del que te hablé el otro día, el del súper

Julia: ¿cuántos años tiene en realidad?

Alicia: no sé, creo que unos 30, a lo mejor 40

Julia: ¡podría ser tu padre!

Alicia: no me hables de mi padre, es un cabrón, ojalá esté muerto

Julia: ok, ok, sigue hablándome de ese tío del súper

Alicia: lo que me gusta es su aire desvalido y a la vez... varonil

Julia: hummm, ya

Alicia: no es un niñato, y además es muy guapo

Julia: a por él!!! esta noche pierdes la virginidad!!!

Alicia: bueno, ahora tengo que dejarte

Julia: mañana me tienes que contar!!!

Aunque la conversación contenía las palabras clave, aquellas dos chicas parecían conocerse bien, ninguna de las dos fingía ser lo que no era.

Carla siguió leyendo uno tras otro los diálogos de los chats. Al poco empezó a dolerle la cabeza de toda aquella cháchara fragmentada: un torrente de palabras en argot juvenil, pretencioso, altivo, arrogante, presumido, soberbio, desdeñoso... La mayoría de aquellos jóvenes se creía con derecho a todo y pensaban que se estaba cometiendo una enorme injusticia contra ellos cuando no conseguían hasta el último de sus caprichos. El egoísmo y el desprecio hacia los demás era el valor

predominante. Dentro de unos pocos años aquellos muchachos serían adultos. ¿Qué pasaría con el mundo entonces?

El mundo podía irse al cuerno, gruñó Carla entre dientes. Comenzó a temer que el maldito psicópata hubiese permanecido inactivo todo aquel tiempo.

Justo en ese momento una voz de hombre subida de tono la sacó de su trance. Carla levantó la cabeza. Uno de los clientes de la cafetería, un familiar de algún paciente, estaba gritando algo a una de las empleadas. Al parecer, exigía que le sirviese un café en la mesa. La empleada, detrás de la caja registradora, argumentaba que esa no era su función, que ella solo se dedicaba a cobrar, que no había nadie dedicado a servir mesas, que esas eran las reglas de la cafetería. El cliente, un hombre alto y corpulento de unos cincuenta años de edad, respondía que algunos clientes no serían capaces de servirse ellos mismos el café, que «aquello era un hospital, por Dios santo».

El intercambio seguía y seguía, la empleada manteniendo el tono de voz firme pero controlado, el cliente en sus trece, exigiendo que alguien le sirviese en su mesa, repitiendo los mismos argumentos una y otra vez, levantando tanto la voz que sus palabras parecían más ladridos que palabras, con los brazos bajados y los puños apretados.

Carla pensó en irse, incómoda por la situación, mas comprobó que la dependienta, una chica joven y muy guapa, no estaba alterada en absoluto, tal vez acostumbrada a situaciones como aquella. Su cara no demostraba ninguna emoción, si acaso aburrimiento. Mantenía los brazos apoyados sobre el mostrador, con delicadeza, como si tuviera las manos sobre figuras de porcelana. Desde el puñado de metros que las separaban, Carla pudo leer su nombre en la insignia de su chaleco: Maribel.

Bonito nombre, pensó. Maribel mantenía el tipo con tranquilidad, impávida ante los ataques verbales de aquel mequetrefe, respondiendo con elegancia a cada idiotez. «Entiendo lo que usted me dice, caballero, pero...»

«Comprendo muy bien sus palabras, señor, pero...»

«Todos tenemos derecho a opinar, caballero, pero...»

Carla observó que Maribel comenzaba cada réplica explicando que comprendía muy bien lo que el hombre le pedía y luego soltaba aquel «pero».

«... pero entienda usted que las normas del hospital...!»

«... pero debe usted comprender también que nuestras funciones...»

«... pero las opiniones no pueden imponerse a los demás...»

Cada «pero» parecía bajar el volumen a los ladridos de aquel idiota, que ya empezaba a apuntar a retirada. Las manos ya tenían los dedos desplegados y sus piernas no estaban tan tensas como antes, además de que había retrocedido un metro desde la posición de Maribel.

Carla esbozó una sonrisa por lo bien que aquella chica tan guapa había manejado

la situación. Tomó nota mental de aquella técnica del «entiendo... pero», para cuando tuviese que bajar los humos a alguien en una discusión.

Cuando se fijó en los otros clientes de la cafetería se llevó una buena sorpresa. Algo había cambiado. Antes se mostraban cabizbajos y ensimismados en sus propias preocupaciones. Ahora todos estaban pendientes de la trifulca. Quienes pocos minutos antes parecían representar la esencia misma de la melancolía estaban ahora sonriendo, disfrutando de aquella pelea ridícula como si vieran un combate de boxeo en la televisión.

Definitivamente, pensó Carla, la enfermedad la tenemos todos, en lo más profundo del alma.

Si allí, a cara descubierta y en un lugar donde reinaba la tristeza y la compasión, afloraban con tanta facilidad los peores instintos de las personas, cómo podía alguien extrañarse de lo que sucedía en internet amparándose en el anonimato. Uno solo tenía que darse una vuelta por los foros de las páginas deportivas o por los comentarios en los blogs políticos para ver como el odio, los celos y las más bajas pasiones lo inundaban todo, ahogando cualquier intento de conversación racional y sosegada.

Se obligó a concentrarse en la pantalla de su ordenador y olvidarse del mundo a su alrededor. Lo único que importaba era volver a encontrar una pista que la condujese hasta el individuo que buscaba.

Había demasiadas conversaciones que contenían las palabras clave y se iba a volver loca si tenía que leerlas todas. Necesitaba filtrar los resultados. Meditó unos instantes. Decidió añadir algunas palabras al filtro de búsqueda del robot. Escribió:

«niña de mis sueños»

«mi dulce niña»

Por lo que había leído, el acosador usaba esas expresiones con frecuencia y era probable que también las repitiese en otras conversaciones.

Cuando aplicó el filtro de búsqueda, los cientos de enlaces quedaron reducidos a uno solo como por arte de magia. Carla contuvo el aliento cuando comenzó a leer aquella conversación:

Chico_amor: cuéntame mas de tu vida, tienes hermanos?

Virginia13: no, vivo sola con mi padre

Chico_amor: mimada

Virginia13: no me digas eso, no estoy mimada

Chico_amor: perdona

Virginia13: te perdono

Chico_amor: bueno, cuéntame de tu vida eres feliz?

Virginia13: menuda pregunta

Chico_amor: yo voy al grano Virginia, me interesa conocer a la gente

(pausa)

Virginia13: no, no soy feliz
Chico_amor: por que???
Virginia13: mi padre me da miedo
Chico_amor: por que???
Virginia13: mi padre a veces me toca de una forma rara
Chico_amor: que te hace exactamente?
Virginia13: me sienta en su regazo, me dice cosas al oído
Chico_amor: ¿qué palabras te dice al oído?
Virginia13: que soy su hijita favorita, que estoy creciendo muy deprisa, que tengo unos bonitos pechos
Chico_amor: eso es porque eres una chica muy guapa
Virginia13: ¿cómo sabes que soy guapa?
Chico_amor: he visto tu foto
Virginia13: ¿cómo sabes que esa foto es verdadera?
Chico_amor: Esas cosas se notan
Virginia13: Yo creo que soy fea
Chico_amor: para nada. eres muy guapa
Virginia13: gracias
Chico_amor: en cuanto vi tu foto algo tembló en mi pecho, me pareciste un ángel
Virginia13: dices cosas muy bonitas
Chico_amor: tú me inspiras. tienes que estar orgullosa
Virginia13: por qué??
Chico_amor: por tener un cuerpo bonito que atrae a los hombres
Virginia13: eso dice mi padre
Chico_amor: no, tu padre NO debería decir eso.
Virginia13: lo sé, no está bien
Chico_amor: cuéntame, ¿qué más te hace tu padre?
Virginia13: me pone la mano en los muslos, me acaricia los pechos, noto algo duro en su regazo, no sé qué es
Chico_amor: ¿qué sabes sobre el sexo de los hombres?
Virginia13: nada
Chico_amor: yo podría enseñarte muchas cosas
Virginia13: ¿de verdad?
Chico_amor: claro que sí, mi dulce niña
Virginia13: quiero saber
Chico_amor: me harás muy feliz si me dejas enseñarte
Virginia13: gracias, no tengo muchos amigos
Chico_amor: no te preocupes, ahora no te sentirás diferente de las otras chicas, yo te enseñaré todo lo que ellas ya saben
Virginia13: qué suerte he tenido al conocerte!

Chico_amor: yo soy el afortunado, mi dulce ángel. ahora tengo que marcharme.
¿hablamos otro día?
Virginia13: claro, te espero
Chico_amor: chao

Carla sintió que el corazón se le aceleraba en el pecho. Estaba claro que Chico_amor no era ningún adolescente. Su forma de comportarse seguía el mismo patrón que en los otros casos. Era manipulador y manejaba los sentimientos de aquella chica.

Abrió el panel de conexiones de red y comprobó la dirección IP del usuario Chico_amor. Las direcciones IP eran algo así como el número de teléfono desde el cual se establece una conexión a internet. Al igual que existen guías telefónicas donde se puede averiguar el domicilio de alguien a partir de su teléfono, las direcciones IP indican el punto físico donde un ordenador está conectado.

Sin embargo, había modos de ocultar la dirección IP desde la que se accede a internet. El modo más sencillo era utilizar servidores de acceso a internet anónimos. Los servidores de internet son grandes conjuntos de ordenadores que almacenan las diferentes páginas web. Cuando alguien accede a una página, un servidor de internet envía el contenido de la página a su ordenador a través de una conexión de datos. La dirección IP es la que le dice al servidor de internet a quién tiene que enviar la información, como si se tratase de un servicio de entrega a domicilio. Si le preguntas al mensajero, te dirá dónde ha hecho la entrega.

Pero las cosas no eran tan sencillas. internet es una red formada por millones de servidores de datos interconectados entre sí por nodos de comunicaciones. La página web desde la que un usuario se descarga contenidos bien puede encontrarse en Australia, en Hong Kong o en la India. Los datos atraviesan cientos y a veces miles de nodos de conexiones, saltando de uno a otro para interconectar cualquier punto del planeta. Los ordenadores de los usuarios, los servidores de internet y los nodos de comunicaciones forman una gigantesca red que abarca el mundo entero.

Para trasladar información de un punto a otro en esa red los servidores de internet funcionan también como guardias que regulan el tráfico, o como las operadoras en las antiguas centralitas manuales: configuran los enlaces entre un nodo de comunicaciones a otro para interconectar dos puntos tejiendo caminos en la red. No importa dónde esté esa página, en Madrid o en Singapur, los servidores de internet conocen los caminos que hay que recorrer y como mensajeros aplicados saben a quién deben entregar la información.

Cuando un usuario se conecta a internet, los servidores de datos registran su dirección IP para saber a quién deben entregar la información entre toda la gigantesca red de millones de ordenadores interconectados. Así que es posible averiguar quién ha accedido a una página web concreta pidiéndole la dirección IP al servidor que la

envió. Cuando la policía investiga un delito informático, lo que hace es averiguar las direcciones IP de los servidores y a partir de estas pueden llegar hasta los usuarios.

El problema es que existen servidores de internet que borran las direcciones IP a las que envían información. Se conocen como servidores anónimos. Estos servidores no mantienen ningún registro de sus conexiones. Borran los datos escudándose en la supuesta libertad de internet, aunque en realidad sirven como un escudo muy útil para los delincuentes: acosadores y estafadores saben que si no quieren ser descubiertos, tienen que utilizar servidores anónimos para cometer sus delitos en la red.

Eso fue precisamente lo que Carla se encontró cuando quiso averiguar la dirección IP de Chico_amor. Se había conectado a través de un servidor anónimo. Era imposible saber quién era o dónde se encontraba. Lo cual lo hacía aún más sospechoso.

En cambio, no tuvo ningún problema en seguir la conexión de Virginia13. Se había conectado mediante un servidor normal. La dirección IP de Virginia13 apuntaba a un domicilio de Madrid.

Los dedos de Carla aletearon sobre el teclado de su ordenador. Entró en el panel de configuración y cambió el modo en el que su ordenador se conectaba a internet. Estableció un puente entre su conexión actual inalámbrica y un servidor de datos anónimo de Nueva Deli, en la India. Después falsificó la dirección IP que aparecía en su conexión para que fuese igual que la de Virginia13. Planeaba suplantar a Virginia13 y, aunque no sabía hasta qué punto aquel individuo tendría conocimientos de informática, cualquier precaución era poca: si era capaz de rastrear su conexión, nunca podría llegar hasta ella.

A continuación entró en la página web del chat y suplantó la identidad de Virginia13. Al igual que había hecho anteriormente con María González, forzó la cancelación de la cuenta original y creó una propia que ella misma pudiese controlar.

Cuando acabó, miró el listado de usuarios conectados en aquel momento en el chat. Carla recorrió la lista hasta encontrar a Chico_amor. En su perfil no había fotografía, solo una silueta gris. Un escalofrío le recorrió la columna cuando le vino a la mente el título del artículo que estaba escribiendo su hermano: «¿Quién se esconde tras la máscara digital?».

Respiró hondo y se preparó mentalmente. Si aquel Chico_amor era quien buscaba, tenía que andarse con mucho cuidado. No solo era peligroso, sino que también había demostrado ser muy inteligente.

Por si acaso, Carla chequeó otra vez las medidas de seguridad. Su dirección IP decía que estaba conectada a través de un nodo de la India. Aunque aquel individuo descubriese que ella había suplantado la identidad de Virginia13, era imposible que pudiese saber dónde estaba, quién era ella. Aun así las manos le temblaron cuando envió una solicitud para iniciar conversación a Chico_amor.

Virginia13: hola!

Chico_amor: hola preciosa, ¿cómo estás hoy?

Carla contó hasta diez tratando de apaciguar sus nervios. El corazón latía alocado en su pecho. Metió aire en sus pulmones.

Virginia13: no demasiado bien

Chico_amor: oh, que te pasa?

Virginia13: algo terrible, mi padre... ¿recuerdas que te hablé de cómo me tocaba?

Chico_amor: como olvidarlo, he pensado mucho en ti, en lo que estás viviendo

Virginia13: ahora ha hecho algo mucho más horrible

Chico_amor: qué?

Virginia13: me ha hecho daño

Chico_amor: qué clase de daño?

Virginia13: no puedo contarle... me da mucha vergüenza

Chico_amor: puedes confiar en mí, soy tu amigo

Virginia13: es que es algo que no puedo contar

Chico_amor: mi niña, quieres que te cuente un secreto?

Virginia13: dime

Chico_amor: mi padre también me hizo daño una vez

Virginia13: qué daño

Chico_amor: yo era un crío, tenía 10 años cuando me obligó a hacer algo...

(pausa)

Chico_amor: tampoco quiero recordarlo

Virginia13: es algo malo, ¿verdad? yo quiero mucho a mi padre, pero creo que lo que me hizo es algo sucio

Chico_amor: así es. lo que tu padre te ha hecho NO está bien

Virginia13: qué hago?

Chico_amor: tu padre tendría que arrepentirse

Virginia13: sí, no quiero que vuelva a tocarme

Chico_amor: tu padre tiene que arrepentirse con toda su alma

Virginia13: así no volverá a hacerlo

Chico_amor: yo sé por lo que estás pasando, te ayudaré

Virginia13: cómo?

Chico_amor: tienes que confiar en mí. confías en mí?

Carla dejó que transcurriesen unos instantes. No tenía que contestar demasiado rápido. Tenía que aparentar dudas. Desvió la mirada de la pantalla del ordenador y sus ojos se encontraron con los de la cajera de la cafetería, Maribel. La chica era muy

guapa, pelirroja, con unos finos labios que parecían congelados al inicio de una sonrisa. Carla envidió la serenidad que desprendía aquella mujer. Le hubiese gustado ser el tipo de persona que transmite ese tipo de serenidad a los demás.

Chico_amor: sé lo que estas sufriendo, te comprendo, mi padre me hizo lo mismo

«Está bien, vamos allá», suspiró Carla.

Virginia13: entonces entiendes lo sucia que me siento

Chico_amor: si, lo sé muy bien

Virginia13: no sabes lo importante que es para mí que alguien me comprenda

Chico_amor: me alegro de poder ayudarte, me gustaría conocerte mejor, creo que eres una chica muy especial

Virginia13: por favor ayúdame, que tengo que hacer

Chico_amor: ahora tengo que irme, más tarde volvemos a hablar

Virginia13: por favor, por favor, no te olvides de mi

Chico_amor: te llevo en mi corazón mi dulce niña

Chico_amor se desconectó

Carla sentía que la náusea se removía en su interior. Estaba casi segura de que era él otra vez. Tenía la misma voz, el mismo comportamiento manipulador. La rabia y el asco sacudieron su cuerpo. Por unos segundos sintió que las mesas y las paredes daban vueltas a su alrededor. Una neblina de confusión turbó su cabeza y las cosas se volvieron imprecisas.

Miró el reloj de su ordenador con los ojos entrecerrados como si mirase un objeto lejano. Eran casi las dos de la tarde. ¡Se había pasado toda la mañana allí sentada sin despegarse del ordenador! Tendría que comer algo, pero tenía el estómago revuelto. Hizo un esfuerzo para contener las náuseas. A lo mejor sí que se había contagiado de aquella bacteria de la que le había hablado la enfermera, el brote que se había propagado en el circuito del agua caliente del hospital. No era normal que tuviese tantas ganas de vomitar si no había comido nada en veinticuatro horas. Debería hacerse el análisis de sangre y tomar los antibióticos. Solo faltaba que ella también acabase ingresada en el hospital, enferma.

Estaba a punto de apagar el ordenador cuando en la ventana del chat apareció un nuevo mensaje. No era de Chico_amor:

«Eva_Luna quiere ser tu amiga»

¿Eva_Luna? No tenía ni idea de quién podría ser; por si acaso, aceptó la invitación.

El mensaje que llegó a continuación le heló la sangre en las venas:

Eva_Luna: no sigas hablando con Chico_amor, no es quien dice ser. No sabes dónde te estás metiendo. Chico_amor va a hacerte mucho daño.

Alicia

Alicia Roca: no sabe cuánto le agradezco la información sobre las terapias

Dr.Vargas: no hay de qué, es mi deber ayudar

Alicia Roca: hoy mismo he recibido las vitaminas

Dr.Vargas: estupendo. El complemento vitamínico es muy importante para el desarrollo del cerebro.

Alicia Roca: lo sé, he leído toda la información de arriba abajo

Dr.Vargas: también es muy importante seguir la rutina de ejercicios

Alicia Roca: también lo sé

Dr.Vargas: dime una cosa, Alicia, ¿colaboran tus dos padres con los ejercicios?

Alicia Roca: no, mi madre está divorciada

Dr.Vargas: comprendo, ¿y tu madre no te ayuda?

Alicia Roca: mi madre no quiere saber nada de esto

Dr.Vargas: tu madre es poco responsable, tu hermano necesita mucha ayuda

Alicia Roca: lo sé, mi madre es una imbécil

Dr.Vargas: los padres deben apoyar a sus hijos, querida Alicia, no está bien que tu madre se desentienda

Alicia Roca: me avergüenza tener una madre como ella

Dr.Vargas: vaya, lo siento mucho

Alicia Roca: muchas gracias por todo lo que está haciendo por mi hermano

Dr.Vargas: no se merecen. Si necesitas ayuda no dudes en contactar conmigo.

¡Jo! Gracias a Dios que existían personas como el doctor Vargas, capaces de ayudar a los demás desinteresadamente.

Alicia abrió el paquete con las vitaminas que acababa de recibir por correo. El doctor Vargas le había recomendado una página web donde podía comprarlas superbaratas. El doctor Vargas también le había explicado que el efecto de las terapias de rehabilitación se potenciaba con una buena dosis de vitaminas para el cerebro, así que Alicia esperaba lograr resultados positivos en David de un momento a otro.

Su hermano estaba recostado boca abajo sobre una manta en el suelo del dormitorio. Se habían pasado la tarde del sábado trabajando duro en una tabla de ejercicios musculares. Alicia se tumbó frente a él y le acercó un oso de peluche a la mano, sin llegar a tocarle.

David miraba el oso y se reía, pero pasaba de la risa al llanto cuando se daba cuenta de que no podía alcanzarlo. Sus bracitos se quedaban quietos, abiertos en cruz. No era capaz de hacer el simple movimiento de desplazar su mano unos centímetros

para disfrutar del tacto del peluche.

El objetivo del ejercicio era que hiciera algún pequeño movimiento controlado y, una vez lo lograra, aumentar la distancia entre la mano y el peluche, hasta que con un simple movimiento de la mano no fuera suficiente y David tuviera que empezar a arrastrarse.

Tras cuarenta minutos de acercar y alejar el maldito oso de peluche, puede que por casualidad, la mano de David se levantó con un espasmo y se dejó caer sobre el oso. Alicia comenzó a llorar de la emoción. David la miraba con los ojos muy abiertos. Sus labios dibujaron una O.

—¡Lo estás haciendo! —exclamó Alicia—. ¡Acabas de mover el brazo!

Lo levantó del suelo y lo puso en la cama. El chaval estaba supercansado. Alicia le acarició las mejillas con suavidad.

—David, necesitas mucha más ayuda que la que yo te puedo dar, pequeñito.

Alicia estaba emocionada. Aquello era un avance después de todo. ¡Había movido una mano!

Dejó el oso de peluche a su lado. David la miraba fijamente a ella. Alicia se preguntó qué estaría pasando por su cabeza en aquel momento. ¿Se daría cuenta de lo que estaba intentando hacer? ¿Y si su hermano se daba cuenta de todo? Estaba a punto de cumplir cuatro años. Alicia pensó que con cuatro años ella ya se recordaba a sí misma. Vagamente, se veía a sí misma en la escuela, recordaba a sus amigos en el parque infantil, recordaba sus juguetes, incluso los dibujos animados que le gustaban.

¿Cómo se vería David a sí mismo? El doctor Vargas le había dicho que había posibilidades de que David fuese tan inteligente o más que un niño sin lesiones cerebrales. Su hermano bien podía estar atrapado dentro de su cuerpecito sin poder mover ni un solo músculo ni hablar.

Fue entonces cuando se le ocurrió algo. Fue un sentimiento más que una idea.

Despacio, muy despacio, le acomodó la cabeza sobre la almohada y le habló al oído, suavemente, susurrando:

—David, sé que me escuchas, hermano. A lo mejor te sientes atrapado. No te preocupes, yo te voy a sacar de ahí.

David emitió un sonido gutural y Alicia supo que le estaba respondiendo, que entendía lo que ella le decía.

Bajó las escaleras con una mezcla de alegría y desesperación. Alegría por el supuesto y minúsculo avance, desesperación ante el interminable recorrido que tenía por delante. Podía alegrarse de los avances o desanimarse ante lo que faltaba. A lo mejor ese era el secreto de todo: elegir un punto de vista. Desechó enseguida la idea de abrazar el optimismo ante el minúsculo camino recorrido. Satisfacerse ante ese pequeño triunfo solo la ayudaba a sentirse mejor ella misma. El que necesitaba ayuda era su hermano.

«Alegrarse de lo que falta».

«Alegrarse porque lo voy a conseguir».

Sentada en la cocina, con los pies sobre la mesa, su madre se fumaba un cigarrillo. Tenía ya puesto el uniforme de auxiliar de enfermería bajo el abrigo, lista para salir a la calle en cuanto llegase el imbécil de su novio, Mario *el Armario*.

«Lo voy a conseguir sin ayuda de nadie, eso está claro».

Era algo que había leído en cada artículo sobre niños con discapacidades o retrasos: cuando toda la familia trabaja unida como un equipo, las posibilidades de éxito se disparan. Su madre, sin embargo...

—Mamá —dijo—: ¿qué te hemos hecho para merecer que nos ignores de esta manera? ¿No ves lo que hago por David? Tú no ayudas en nada: cuando vuelves del trabajo, medio cocinas alguna porquería o pones en la mesa cualquier plato frío que has traído del hospital y te acuestas con ese imbécil de Mario...

—Alicia, eres tonta, esa no es manera de hablarle a tu madre.

—¿Qué te hace creer que eres mi madre? Haberme parido no te convierte en mi madre, ni en la de David.

Alicia pensó que lo más extraño de aquella conversación era que nadie gritaba. Su madre mantenía la mirada fija en la columna de humo que brotaba de su cigarrillo.

—¿Qué más puedo hacer? Si tu padre no nos hubiese abandonado...

—Papá puede ser un cobarde de mierda, pero nosotros seguimos aquí.

—Pero me falta él..., y ¿sabes qué?, entiendo que se fuera.

—¿Entiendes que nos abandonara?

—Esta vida es un asco. Estoy cansada de sufrir. Mira a tu hermano.

—¡Es su hijo, mamá, y el tuyo también!, ¡es vuestra obligación!

En ese momento, Francesca dejó de mirar el humo y clavó los ojos en su hija.

—Alicia, lo de tu hermano no tiene remedio, tendrá una vida miserable, no tendrá amigos, ni uno solo. Suponiendo que lo que estás haciendo con él tenga algún resultado, a lo mejor acaba siendo capaz de hablar a un nivel muy básico y de arrastrarse en su silla de ruedas, como mucho. En cuanto tenga la capacidad suficiente comenzará a pensar en suicidarse. Por fortuna para él, seguramente morirá muy joven, yo solo deseo que muera antes que yo, para que no se quede solo.

A pesar de su gesto indiferente, las lágrimas se deslizaban copiosamente por las mejillas de Alicia. Lo que no podía entender es que su madre se rindiera de esa manera. ¿Por qué no la ayudaba con las terapias? Había motivos para la esperanza. Si David mejoraba un poco, existía incluso la posibilidad de cirugía para mejorar su movilidad.

El fregadero estaba hasta arriba de platos sucios. Una mosca se posó sobre uno de ellos. No era solo la suciedad, estaba también ese tenue olor a basura que parecía venir desde cada uno de los rincones de la cocina.

—Mamá: si te murieras, David no se daría ni cuenta, y yo no lo dejaría solo.

* * *

Cuando Alicia regresó a su habitación encontró a David dormido, agotado después del esfuerzo que había hecho durante toda la tarde. Alicia se acercó a él, se inclinó sobre la cama y le susurró al oído:

—David, sé que estás ahí dentro, hermano. No te preocupes, te voy a sacar de ahí.

Después se sentó en su escritorio, frente al ordenador, con la guitarra en el regazo. Acarició las cuerdas con las yemas de los dedos. El sonido vibrante se extendió con suavidad llenando la habitación. Había empezado a llover y las gotas de agua que golpeaban la ventana parecían marcar de alguna forma el ritmo de sus dedos. Era en aquellos días oscuros de invierno cuando Alicia se sentía más inspirada. En el aire flotaba un aroma a tierra húmeda y a desesperanza.

Encendió la webcam. Ajustó la posición de la cámara para que solo captase la guitarra y sus manos. Hizo clic en el botón de grabación. Encadenó varios acordes con un ritmo lento, cadencioso.

Había tocado aquella canción muchas veces, pero aquella tarde sentía una disposición especial, una especie de carga estática en la punta de los dedos, un electrizante cosquilleo que se extendía desde las manos hasta la nuca.

En vez de romper a cantar en la primera oportunidad, se recreó en los acordes de la introducción, los acordes que acompañaban a los primeros versos. Eran ocho secuencias de cuatro acordes que cambiaban de una a otra, como un edificio imposible en el que cada planta descansa en la que tiene arriba, y no al contrario.

Alicia estaba muy orgullosa de aquella canción que parecía fluir en múltiples direcciones, como una pirámide bocabajo, sin estribillos, encadenada a una secuencia melódica elíptica e imprevisible.

Cuando ya había hecho un recorrido instrumental a lo largo de toda la canción, volvió al principio, apenas rozando las cuerdas, y le dio permiso a su voz para que brotase por fin, suave y mansa, casi un susurro, flotando como las sombras del ocaso sobre un valle profundo, insuflándole paulatinamente un tono vibrante y enérgico, luminoso, como nieve que se derrama lenta por una ladera, que sube y baja, una avalancha que encarna su propia desesperación, pero también su fuerza y su empuje, que clama por elevarse sobre el mundo y romper todas las barreras. Mientras cantaba, las gotas de lluvia marcaban el ritmo sobre el cristal de la ventana:

Me encontrarán viva.

Entre el día y la noche.

En esa zona de incertidumbre

*más allá de la luz cegadora del sol
y antes de las sombras de la noche,
me encontrarán aún respirando.
Cuando alguien vislumbre al ser humano dentro de mí,
cuando alguien espíe un pájaro azul en pleno vuelo,
no será demasiado tarde,
me encontrarán viva
pero esa ya no seré yo.*

Cuando llegó al final detuvo la grabación de la webcam. Se puso los auriculares y escuchó lo que había grabado. ¡No sonaba mal! Era tan triste y tan desesperada... Y, a la vez, de algún modo, le hacía sentir bien, especial, le hacía sentir que flotaba por encima de las cosas.

Le puso un título al vídeo, «Alicia Blue: *Me encontrarán*», y lo subió a YouTube.

Grabando aquellas canciones y subiéndolas a internet se sentía como un naufrago en una isla lanzando mensajes en una botella al océano. Una llamada de auxilio desesperada. Nadie le prestaba nunca la menor atención. Sus vídeos casi no recibían visitas. Pero tenía la esperanza de que algún día la gente se fijase en ella. Había artistas que habían triunfado en YouTube sin ni siquiera poner un pie en un escenario. ¿Por qué no podía ser ella uno de esos casos?

«Deja de soñar, Alicia», se dijo. Había que ser realista. Ella no era Justin Bieber. Sus canciones no parecían haber generado demasiado entusiasmo en el universo.

Dejó la guitarra a un lado y abrió el programa de chat. Su amiga Julia estaba conectada. Hacía tiempo que no hablaba con ella. Como se temía, desde que Julia tenía novio estaban distanciándose.

Alicia: Hola Julia!

Julia: dónde te habías metido? hace días que no sé de ti

Alicia: mira quien va a hablar

Julia: es que he estado muy ocupada acostándome con mi novio!

Alicia: genial, cuanto me alegro

Afortunadamente la ironía no se entendía en el chat cuando se escribía. Pensó que así debía ser como se sentía su amigo Max cuando los demás ironizaban.

Julia: chica, el sexo es lo mejor que se ha inventado

Alicia: pues yo he encontrado un trabajo

Julia: venga!

Alicia: ya sabes, necesito el dinero

Julia: yaaaa

Alicia: he subido una nueva canción, ¿quieres oírla?

Julia: ¿qué planes tienes para esta noche?

Alicia respiró hondo. Eso le reventaba de su amiga Julia, que nunca hiciese caso de sus canciones. Nunca le había dicho que cantase bien o que tenía una bonita voz. En lo que a Julia respecta, era como si Alicia jamás hubiese compuesto una canción.

(Alicia está escribiendo...)

Alicia: esta noche he quedado con un tío

No sabía por qué había puesto aquello tan falso.

Julia: guuuuuuuuuuuuuuuuuuu!!!

Alicia: viene a mi casa dentro de un rato

Julia: genial!!!

Sí, genial. El «tío» con el que había quedado era su amigo Max, que la doblaba en edad y a quien, por otro lado, todos consideraban una especie de retrasado. ¿Por qué estaba diciendo aquellas estupideces? No entendía por qué se volvía tan falsa cuando chateaba con su amiga Julia, con lo que ella odiaba la falsedad.

(Alicia está escribiendo...)

Alicia: es el tío del que te hablé el otro día, el del súper

Julia: ¿cuántos años tiene en realidad?

Alicia: no sé, creo que unos 30, a lo mejor 40

Julia: ¡podría ser tu padre!

Alicia: no me hables de mi padre, es un cabrón, ojalá esté muerto

Julia: ok, ok, sigue hablándome de ese tío del súper

Alicia: lo que me gusta es su aire desvalido y a la vez... varonil

Julia: hummm, ya

Alicia: no es un niño, y además es muy guapo

Julia: a por él!!! esta noche pierdes la virginidad!!!

Alicia: bueno, ahora tengo que dejarte

Julia: mañana me tienes que contar!!!

Alicia bajó la tapa del ordenador de un golpe. Jo, eres una gilipollas, se dijo. Mañana Julia querría que le contase todo y tendría que inventarse una historia.

Bajó a la cocina para prepararle la cena a David. Su madre ya se había marchado al trabajo, tenía turno de noche y no regresaría hasta el amanecer. Al menos no se había tenido que cruzar con el idiota de Mario *el Armario*. Jo, cómo odiaba a ese tío.

Encendió el fogón, llenó una pequeña olla con agua y puso a calentar un bote con la papilla.

Max le caía muy bien, de eso no cabía la menor duda, pero acostarse con él...

¿En qué momento se le había pasado esa idea por la cabeza? Max era un hombre

muy guapo, se parecía a Paul Newman y a Clive Owen juntos. Tenía un poco de cada uno de ellos. Además, tenía ese aire desvalido, tan necesitado de protección, tan tierno.

Pero Max acostándose con ella..., ¡por favor! ¿Por qué iba alguien como Max a fijarse en alguien como ella?

Cuando el agua empezó a hervir retiró el tarro con la papilla y lo puso en una bandeja de plástico. Se sacó del bolsillo el bote con las vitaminas de David, cogió dos píldoras y abrió las cápsulas con las uñas. Vertió el contenido de las píldoras en la papilla, un polvo blanco, y lo removió concienzudamente.

Después subió al dormitorio, tomó a David en brazos y lo bajó al salón.

Con él sentado en el regazo se puso a darle de comer a pequeñas cucharadas. David tenía problemas para tragar. La mitad del contenido de la cuchara chorreaba de su boca y caía en el babero. Alicia respiró hondo. A veces se sentía como un globo de helio a punto de estallar de impaciencia.

¿Y si al final su madre tenía razón? A lo mejor David no mejoraba nada. El pobre tendría que vivir toda su vida de aquel modo, siempre necesitando los cuidados de alguien. Ni ella ni su madre podrían jamás sentirse libres. No podrían viajar, ni salir a cenar fuera, ni tomarse un respiro cuando les apeteciese. David requería cuidados cada día, y ni un solo día podían permitirse hacer algo que no fuese ocuparse de David.

Era como estar atrapada en una condena perpetua.

Podía entender cómo se sentía su madre, pero, a diferencia de su madre, ella no se iba a rendir. Iba a hacer todo lo posible por cambiar las cosas.

«Lo haré lo mejor que pueda, todo lo que esté en mi mano. Y eso debería ser suficiente».

David seguía escupiendo la mayor parte de la papilla que le metía en la boca.

—Va a venir un amiguito a casa esta noche —dijo Alicia mientras le limpiaba la boca—. Sí, mi chico. Lo conociste el otro día, ¿te acuerdas? Es un compañero del trabajo. Sí, tu hermanita trabaja. Vamos a ver el partido de fútbol. Quiero que te portes bien. Nada de ponerte a gritar, ¿entendido?

David balbuceó algo, se agitó y escupió la papilla, salpicando la blusa de Alicia.

—¡David, no hagas eso! ¡Ahora no quiero jugar!

Alicia intentó darle otra cucharada, pero David cerró la boca con fuerza.

—Está bien, no vas a arruinarme la noche. Si no quieres cenar, no cenarás.

Apartó la bandeja a un lado. La bandeja resbaló y se cayó al suelo. El plato se volcó y la papilla se derramó por la moqueta.

—¡Mierda, mira lo que has hecho, joder! —gritó Alicia.

Su hermanito la miraba con aquella expresión mezcla de tristeza y terror. A Alicia se le rompió el corazón.

—Perdona por haberte gritado, mi chico. Tú no tienes la culpa de nada, no tienes la culpa de no poder tragar, lo sé, mi vida. —Lo cogió en brazos y le besó en las mejillas hasta que el niño se puso a reír.

Alicia se dio cuenta de que ahora era ella quien lloraba. Permaneció abrazando a su hermano varios minutos hasta que se le pasó el llanto. Se enjugó las lágrimas con el dorso de las manos.

«Alegrarse de lo que falta».

«Alegrarse por lo que voy a conseguir».

Subió a su habitación y dejó a su hermano recostado en la cama. Se sentó frente al espejo y se cepilló el pelo. Se maquilló los ojos. Rímel en las pestañas, sombra oscura en los párpados, lápiz negro en los contornos. Eligió un lápiz labial rojo escarlata que aplicó con profusión a sus labios. Se quitó el chándal que llevaba y se vistió con una blusa negra de tirantes un poco ceñida y unos vaqueros, también negros. Se calzó con unas botas cuya cremallera estaba subiendo justo en el momento en el que sonó el timbre de la puerta.

Con los ojos muy abiertos, las pupilas de su hermano pequeño seguían todos sus movimientos desde la cama.

—¿Qué te parezco? ¿Estoy guapa? —le preguntó Alicia.

David balbuceó algo. Agitó los brazos con un espasmo incontrolado. Alicia le dio un beso en la frente. La pintura dejó estampado el contorno de sus labios. Alicia rio y su hermano comenzó a reír con ella. Le limpió la marca de la frente con un pañuelo de papel. Lo tomó en brazos y bajó corriendo a abrir la puerta.

Max estaba empapado por la lluvia, sacudía la chaqueta en el porche intentando que escurriese el agua que había absorbido.

—¡Perdona por hacerte esperar! ¡Pasa! Vas a pillar una pulmonía —gritó Alicia para hacerse oír por encima de la lluvia.

Jo, en Almería nunca llovía y precisamente aquella noche tenía que caer el aguacero del siglo. El viento rugía y las copas de los árboles se agitaban de un lado a otro como los espectadores de un concierto de rock agitando sus cabezas al ritmo de la música.

—¡Soy idiota, no tengo paraguas! —dijo Max, sonriendo como un niño que espera una reprimenda—. Nunca lo había echado en falta hasta ahora. Hola David —saludó al pequeño revolviéndole el pelo con la mano. David le lanzó una mirada llena de curiosidad.

Alicia dejó a su hermano en el sofá del comedor frente a la televisión. Fue al cuarto de baño y regresó con una toalla. Max se secó el pelo y se frotó con ella las ropas. El pobre estaba empapado. Alicia pensó que, a pesar de la noche de perros, Max había ido hasta allí para verla, lo cual sin duda significaba algo.

Lo que más le gustaba de Max era el modo en el que se comportaba con David.

Cuando la gente veía a su hermano siempre parecía incómoda, horrorizada, empezaban a soltar frases de consuelo, se hacían los compasivos y se volvían como locos diciendo lo muchísimo que sentían lo que le pasaba y no paraban de esforzarse en parecer preocupados por el «problema» de David, no hablaban de otra cosa que no fuese el problema de David, como si temiesen parecer insensibles si pensaban en otra cosa que no fuese el gravísimo problema de David.

En cambio, cuando Max vio a David por primera vez no parecía incómodo para nada, ni había dado señales de tenerle lástima, ni había querido consolarla por la «desgracia» de tener un hermano como David, como hacía todo el mundo. No es que Max no se diese cuenta de lo grave que era la parálisis cerebral de su hermano, es que parecía ver más allá, como si para él lo importante fuese la persona que era David y no el problema de David.

Cuando Max acabó de secarse, Alicia llevó la toalla al cesto de la ropa sucia en el cuarto de baño. Desde allí escuchó un ruido seco, seguido de un grito y un llanto.

—¡Oh, no! —exclamó.

David se había caído del sofá. Iba a resultar que los ejercicios eran un arma de doble filo: tanto esforzarse en que el niño desarrollara su movilidad que precisamente por moverse se había ido de boca al suelo.

—¡Soy una completa gilipollas! —dijo levantando precipitadamente a su hermano del suelo.

Esta vez lo acurrucó con sumo cuidado en la esquina del sofá en una postura mucho más segura, con la espalda bien apoyada, y lo rodeó de cojines. David no tardó en calmarse.

Max, por iniciativa propia, se puso a colocar en el suelo, junto al sofá, los cojines que no había usado Alicia, por si David a pesar de las precauciones volvía a caerse.

—No te preocupes, Alicia, le podía haber pasado a cualquiera.

Alicia trajo unas cervezas de la cocina. Se sentaron en el sofá frente a la televisión. El partido de fútbol ya había empezado. A Alicia no le interesaba el fútbol lo más mínimo, ni siquiera sabía quién jugaba, mas había pensado que sería una buena excusa para invitar a Max. Al fin y al cabo, todos los tíos se volvían locos con el fútbol.

Bebió un trago de cerveza y fingió que miraba el televisor. La lluvia arreciaba por momentos, golpeaba el vidrio de las ventanas como si estuviesen arrojando cubos de agua desde el exterior. Le vino a la mente la imagen de un barco a la deriva. Max, David y ella perdidos en la inmensidad del océano. Le gustó la imagen. Tomó nota mental para escribir una canción.

Se dio cuenta de que Max tampoco prestaba mucha atención al partido. La miró con el ceño fruncido, como un niño que se esfuerza por entender una conversación de mayores.

—Lo siento —dijo Max—. Si alguna vez me ha gustado el fútbol el recuerdo está tan perdido como el resto de mi vida.

—No te preocupes, podemos ver otra cosa. Tampoco es que a mí me guste mucho.

Alicia se inclinó para coger el mando a distancia de la mesita y descubrió que David se había quedado dormido. Su cara rezumaba placidez, tranquilidad.

—¿No es guapísimo mi hermano?

—Ya lo creo —contestó Max.

—Seguro que piensas que vive en un mundo aparte, ¿no es así?

—No, de eso nada. Tu hermano está aquí sentado, junto a nosotros.

Alicia se conmovió. Tal vez solo era que Max, como de costumbre, había tomado de manera literal sus palabras «en un mundo aparte», mas eso no importaba. Max era especial, alguien que como Nelson, su compañero de clase, podía no captar ciertas ironías y dobles sentidos, pero sabía llegar al corazón de las personas, tal vez gracias precisamente a esa simplicidad tan absoluta, al peso constante e inamovible que atribuía a las palabras.

Quizás el mundo sería mucho mejor si todos lo entendieran como Max, sin dobles sentidos, sin ironías ni sarcasmos, un mundo en el que blanco significa blanco y negro significa negro.

En la tele estaban anunciando un nuevo modelo de iPad. Alicia se moría por tener uno de esos. A lo mejor cuando ahorrara un par de sueldos del supermercado...

En el anuncio se veían personas muy distintas, un niño, un anciano, un ejecutivo y un ama de casa, cada uno de ellos usando iPads para diferentes cosas: para dibujar, para componer música, para jugar, para comunicarse. Todos acariciaban aquel pedazo de plástico y cristal con expresión alucinada, como niños, como si fuese el objeto más maravilloso del mundo. Una sucesión de caras sonrientes y fotografías, paisajes, todo con una música muy bonita, besos, imágenes preciosas que cambian de tamaño al pellizcar la pantalla, emails, películas, juegos. Todo salía de aquel aparato que prometía felicidad sin igual. La verdad es que daban ganas de tener uno.

Max observaba el anuncio con mucha atención, inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y el ceño ligeramente fruncido.

El iPad prometía darle a cada persona lo que necesitaba. ¿Cómo podía uno ser feliz sin tener un iPad? Alicia imaginó lo que estaría pensando Max: ¿habría alguna aplicación en aquel iPad que te ayudara a descubrir tu pasado? La idea le pareció absurda.

Lo más curioso de todo era que ella misma, influida por la mera presencia de Max, había estado viendo el anuncio a través de sus ojos, los ojos de Max, y el iPad, un aparato al que estaba totalmente acostumbrada, de pronto le pareció algo fascinante, misterioso, inaccesible, extraño.

¿Por qué cambiamos nuestra manera de actuar, incluso de ver el mundo, en función de los demás?

El siguiente anuncio era de un detergente, nada fascinante, así que cambió de canal. Fue esquivando los anuncios hasta que le llamó la atención una bonita melodía. Era una película. Una voz femenina, muy aguda, cantaba en un idioma desconocido que sonaba la mar de poético. Mientras, en la pantalla se veía un río con sauces en la orilla. Los sauces tenían hojas de color verde intenso que pendían dulcemente sobre la superficie del agua. Los sauces parecían muy cansados. Una brisa estremeció sus hojas mientras la música flotaba en el paisaje.

—Qué bonito —dijo Alicia—. ¿No te encantaría vivir en un sitio así?

Resultó ser una película japonesa. Había algo hipnótico en sus imágenes y en la música. Alicia se acomodó en el sillón y se pusieron a verla. David seguía durmiendo. Alicia le acarició la mejilla. La lluvia seguía repiqueteando contra los cristales.

La película iba de un músico que tocaba el chelo en la orquesta de Tokio. El tío se queda sin trabajo y tiene que regresar a vivir a su pueblo natal, una pequeña villa japonesa. Allí el único trabajo que encuentra es como ayudante en una funeraria. Ese trabajo le avergüenza y trata de ocultárselo a los demás, incluso a su esposa. En una de las escenas, el protagonista tenía que cargar con un cadáver de un lado para otro echándoselo a los hombros.

—Oye Max —dijo Alicia—, tú también tienes espaldas anchas y brazos fuertes. A lo mejor en tu vida anterior también trabajaste en una funeraria —bromeó.

—No lo creo, parece un trabajo muy difícil —dijo Max, pensativo.

El protagonista de la película tenía que realizar complicadas maniobras para adecuar a los muertos. Vestirlos, maquillarlos, incluso los sometía a una sesión de peluquería.

—Jo, parece que en Japón se toman muy en serio lo de enterrar a alguien —dijo Alicia—. Aquí en España solo tienes que echarle el muerto a las espaldas y meterlo en una caja. Es fácil, incluso para ti. Te he visto cargando sacos en el supermercado. Se nota que tienes práctica... —Se tapó la boca. Alicia no pudo evitar la risa floja por su propia gracia.

David se despertó, y contagiado por la risa de su hermana también se puso a reír con pequeños gorgoritos.

—Prefiero el trabajo en el supermercado, la verdad —dijo Max, que por fin pareció entender la broma.

—¿Sabes?, a veces pienso cómo debes de sentirte —dijo Alicia, poniéndose seria—. Cuando me pongo a imaginar cómo será mi futuro solo veo un espacio en blanco. Lo único que veo claro en mi vida es lo que ya he dejado detrás, el pasado. La incertidumbre solo está delante de mí, por decirlo de algún modo. En cambio, para ti

la incertidumbre se abre a los dos lados, hacia delante y hacia atrás, hacia el pasado y hacia el futuro. Debe de ser algo así como cruzar un precipicio de niebla caminando sobre una cuerda.

—Tú lo has dicho. Un gran vacío mire a donde mire. —Max se rascó la cabeza—. He leído en una revista que cuando te amputan un miembro del cuerpo sigues sintiéndolo, aunque no puedas verlo. Algo de las terminaciones nerviosas. Eso es lo que yo siento. Mi pasado está ahí y no puedo darle la espalda, aunque no recuerde absolutamente nada. Lo sigo sintiendo, aunque ya no esté ahí. Y es una sensación muy desagradable.

—¿Y crees que podrías tener una familia en algún lugar? Esposa, hijos...

—Bueno, no parece que haya llevado un anillo en mi vida —Max se miró las manos con los dedos extendidos—, al menos durante un tiempo prolongado. Se supone que dejan una marca y no tengo ninguna marca de ese tipo en el dedo, aunque podría haberse borrado con el tiempo.

Max se estiró para sacar la billetera del bolsillo trasero de su pantalón. La abrió y le enseñó a Alicia un pedazo de fotografía en el que aparecía el rostro de una mujer.

—Mira, esto es una de las pocas cosas que conservo de mi vida anterior... Y ni siquiera estoy seguro de que tenga alguna importancia.

—Parece una chica muy guapa —dijo Alicia—. Podría ser tu mujer. A lo mejor una mañana te fuiste a comprar tabaco, te diste un golpe en la cabeza y desapareciste. Esas cosas pasan. O todavía mejor —Alicia sonrió con malicia—: tu mujer se quería librar de ti porque tenía un amante o porque tú eras un hombre muy rico... ¡o por las dos cosas! Entonces contrató a alguien para que te quitase del medio. La jugada le salió mal y saliste vivo. El golpe te hizo perder la memoria y desapareciste. ¿Qué te parece?

—Suenan bien. —Max esbozó una sonrisa agria—. Deberías hablar con mi psiquiatra. Tienes más imaginación que él.

Siguieron viendo la película mientras bebían unas cervezas. Cuando la película acabó, Max dijo que se tenía que marchar. Seguía lloviendo con fuerza. Alicia hubiese preferido que se quedase un rato más, pero Max insistió en que era muy tarde. Todas las luces de los alrededores, incluidas las de las farolas, estaban apagadas. La lluvia parecía una cortina de oscuridad que se había tragado el mundo.

—Buenas noches, Alicia. Nos vemos el lunes en el trabajo —se despidió Max.

Desde el umbral, Alicia se quedó contemplando la alta silueta de Max que se fundía con la oscuridad mientras caminaba calle abajo, como una visión que se desvanece.

Alicia regresó al calor del interior. Sintió la ausencia de Max como una punzada.

—¿Es que estás loca, Alicia? —dijo en voz alta.

Su hermanito la miraba con los ojos muy abiertos, como sabiendo lo que venía a

continuación.

—Hoy toca bola mágica —le dijo Alicia—. Todavía nos falta una sesión de ejercicios antes de ir a dormir, pequeño.

David comenzó a reír. Alicia estaba cada vez más convencida de que su hermano entendía todo lo que ella decía. Lo veía en sus ojos. Seguro que los ejercicios y las vitaminas estaban dando resultado. A lo mejor todavía no se apreciaba exteriormente, pero Alicia sentía que se había establecido una conexión especial entre ella y su hermano. Y eso ya era un paso muy importante.

—¿Qué te ha parecido mi amigo, es simpático verdad? —le preguntó acariciándole las mejillas.

Mientras lo incorporaba para tomarlo en brazos se llevó una sorpresa horrible. El golpe que se había dado al caerse del sofá le había dejado un moratón tremendo en el hombro.

—Mierda. Lo siento mucho, David, espero que no te duela.

La bola mágica era como Alicia llamaba a una gran pelota de goma hinchable que utilizaba para algunos de los ejercicios de David. El pequeño se tumbaba boca arriba sobre la pelota, arqueando la espalda y estirándose. En esa posición podían realizar numerosos ejercicios.

Alicia comenzó por estirarle los brazos y piernas y hacerle oscilar suavemente para que se divirtiera un poco. El objetivo era relajar la musculación de la espalda, que siempre estaba tensa y tendía a arquearse. Después de aquellas sesiones de ejercicios, David tenía un aspecto mucho más erguido, ya no parecía encorvado como antes. Eso sin duda era otra mejora, se dijo para infundirse ánimos.

Siguieron con la ronda de ejercicios. Abriendo y cerrando las piernas de David una y otra vez, una y otra vez. Masajeándole los músculos tal y como había aprendido en las guías que le había enviado el doctor Vargas. Después los brazos, con diferentes ejercicios de flexión. Alicia contaba las repeticiones y controlaba el tiempo de cada ejercicio con un despertador colocado sobre la mesita de café.

Dos horas más tarde estaba rendida. David, también agotado, se quedó dormido al instante. Alicia le levantó la manguita. El morado que se había hecho en el hombro tenía un tono púrpura aún más intenso que antes. Alicia tuvo que tragarse las lágrimas. Acercó sus labios a su oreja y susurró:

—David, siento que te hicieras daño en el bracito. Sé que estás ahí dentro, hermano, escuchándome. No te preocupes, te voy a sacar de ahí.

Acto seguido se dejó caer en el sillón y cerró los ojos. La oscuridad daba vueltas a su alrededor. La oscuridad era inmensa y ella era muy pequeña, algo diminuto flotando en su interior.

Hizo inventario de los motivos que tenía para vivir. Cada día le esperaba una agotadora jornada de trabajo y frustraciones: las clases, enfrentarse a los idiotas de

sus compañeros, a los profesores, el señor T., el supermercado, su madre, Mario el Armario, y luego seguir trabajando con David mientras aguantase despierta.

Pensó cómo sería estar entre los brazos de Max. Sin duda la experiencia resultaría mucho mejor que con Erica, y con esa idea se quedó profundamente dormida.

Héctor Rojas

Aunque Héctor Rojas había leído ya por dos veces el sumario judicial de casi trescientas páginas sobre la desaparición de Irena Aksyonov, y aunque en ninguna de aquellas dos lecturas anteriores había encontrado ni un solo dato que le aportase pista alguna sobre cómo había desaparecido la joven o sobre la identidad de su secuestrador, no se desanimó y volvió a enfrentarse al grueso fajo de papeles una vez más.

Algo se le estaba pasando por alto. Tenía que haber un dato, una pista, un minúsculo detalle, lo que sea que permitiese dar la vuelta al enigma.

Le costaba admitir que Irena Aksyonov se hubiese esfumado sin más.

Héctor Rojas se encontraba en su despacho del madrileño paseo de la Castellana, en las subdependencias del Ministerio de Asuntos Sociales. Hacía rato que los otros funcionarios ya se habían marchado. El sonido de las impresoras, el teclear en los ordenadores, el timbre de los teléfonos y las conversaciones que flotaban en el aire se habían extinguido, reemplazados por un silencio inmóvil que se había instalado en las oficinas. Héctor Rojas, absorbido por la lectura del informe, era la única persona que quedaba en toda la planta del edificio.

Cansado, se reclinó en su asiento, se quitó las gafas y se masajéó el puente de la nariz. Le envolvió un silencio inquieto.

Su despacho era pequeño, amueblado de un modo funcional. Después de veinte años de ocupar aquel despacho era como su segundo hogar. Allí pasaba más tiempo que en su propia casa. Había un enorme archivador metálico atiborrado de expedientes que había ido acumulando con los años. Al lado, una mesita con una cafetera y un microondas donde se calentaba el almuerzo. Tenía un amplio escritorio que ocupaba la mayor parte del espacio y, sobre este, un ordenador y una pila de carpetas pulcramente ordenadas. Junto a las carpetas, una fotografía de su hija Marta en un sencillo marco de plástico.

El marco estaba amarillento. Tenía por lo menos veinte años, tantos como su hija. La primera fotografía que enmarcó allí fue la de un bebé. La fotografía había ido siendo reemplazada con los años, desde la que mostraba un adorable bebé recién nacido hasta la guapísima joven en la que se había convertido su hija.

Veinte años no son nada: un puñado de fotografías, suspiró Héctor, consciente de lo rápido que había pasado el tiempo. En las paredes del despacho colgaban una veintena de acuarelas pintadas por su hija. Algunas habían sido hechas cuando Marta solo tenía cuatro años y la pequeña ya daba vivas muestras de su interés por el dibujo. Las últimas, más sofisticadas, pero de algún modo similares a las primeras, correspondían a trabajos realizados en la Facultad de Bellas Artes, donde Marta

cursaba estudios.

Veinte años es mucho tiempo y, a la vez, echando la vista atrás, parecía que solo habían transcurrido unos pocos días desde que se instaló en aquel despacho por primera vez.

Fue una gran satisfacción cuando le concedieron aquel puesto en la lucha contra el maltrato infantil. No era un trabajo aburrido y burocrático como el de otros funcionarios del Ministerio. Aquella era una causa por la que merecía la pena trabajar duro. Pero en cuanto llegó a sus manos el primer caso, cargado de detalles terribles, comprendió por qué aquel puesto, a pesar de que conllevaba unas interesantes ventajas salariales, apenas estaba solicitado. Y es que una cosa era enfrentarse a una situación de violencia cuando la víctima era una persona adulta y otra muy diferente cuando el que sufría el maltrato era un niño.

Después de aquel primer caso, Héctor estuvo a punto de pedir un traslado. No lo hizo. Por sus manos acabarían pasando decenas, cientos de expedientes, aunque Héctor Rojas jamás olvidaría aquel primer suceso que casi le hizo renunciar a su trabajo.

Aquella historia comenzaba como tantas otras que vendrían más tarde: una madre lleva a su hijo de seis años al hospital. El pequeño tiene un golpe en la cabeza. El niño muere a los pocos minutos de ser ingresado. La madre explica que su hijo se cayó en la bañera y se golpeó la cabeza. Los médicos advierten que el niño tiene claros síntomas de desnutrición y que presenta heridas y contusiones en otras partes del cuerpo. Avisan a la policía y se inicia una investigación.

Cuando la policía accede al domicilio familiar descubre a otra hija, de solo diez años, en un estado lamentable. La niña estaba encerrada en el interior de la ducha. Las puertas de metacrilato habían sido selladas con cinta adhesiva para que no pudiese salir. Debía pasarse allí encerrada mucho tiempo. La pequeña tenía marcas de quemaduras de cigarrillos por todo el cuerpo y numerosas señales de torturas: una fractura de clavícula y de brazo, cicatrices en la parte inferior del abdomen y las nalgas y también marcas de ligaduras en las muñecas, lo que significaba que la pequeña de diez años debía de pasar mucho tiempo atada como un animal.

Los vecinos ni siquiera sabían que la pareja tenía dos hijos pequeños. Nunca les habían visto salir de casa.

Héctor no podía concebir qué clase de mente enferma podía hacer algo así con sus propios hijos. Tanto el padre como la madre eran cómplices de los abusos y las vejaciones.

Habían transcurrido veinte años y Héctor aún recordaba con todo detalle la expresión de absoluta desolación en el rostro de aquella niña. A menudo, todavía hoy, se preguntaba qué clase de mujer sería en la actualidad. Si aquella niña que hoy sería una mujer habría conseguido salir adelante en la vida.

Estuvo a punto de dejarlo. Creyó que no podría enfrentarse a más horrores como aquel. Entonces se dio cuenta de que dar la espalda al problema no haría que desapareciese. Si se podía hacer algo para evitar que algo así se repitiera, entonces él haría todo lo que estuviese en su mano, por doloroso que fuese enfrentarse a situaciones semejantes.

De vuelta al presente, volvió a colocarse las gafas y consultó el reloj. Aún tenía tiempo, antes de irse a casa, de echar un último vistazo a algunas partes del sumario judicial de Irena Aksyonov.

El sumario se componía de casi trescientos folios y de un centenar de fotografías. Con un lápiz en la mano, Héctor pasaba las páginas entornando los ojos, enfocando y desenfocando algunas palabras; se acercaba un folio a la cara, o se reclinaba sobre ellos, igual que un director de cine buscando el mejor encuadre, como si en los márgenes de aquellas hojas de papel se escondiera alguna pista. Como si encontrando el ángulo de inclinación adecuado pudiera descubrir la conexión entre dos palabras aparentemente inconexas, saltando de un párrafo a otro, de una página a la siguiente.

A cada nueva pasada por la misma información procuraba mantener la mente fresca, en blanco, volver a sorprenderse, no dejar que su mente tomase otros derroteros mientras sus ojos se paseaban sobre aquellas líneas que cada vez le resultaban más familiares.

En el documento se describía con todo detalle la mansión de Marbella donde la joven había vivido con su padre, el millonario ucraniano Serguei Aksyonov. Se trataba de una enorme construcción con más de veinte habitaciones que se asentaba en un terreno de nueve mil metros cuadrados. En el informe se habían inventariado minuciosamente todas las medidas de seguridad. La policía quería demostrar que era imposible entrar o salir de allí sin ser visto con el fin de sustentar la acusación al padre de la chica.

La primera barrera de seguridad que tendría que atravesar quien quisiera colarse en la residencia de los Aksyonov consistía en un muro de hormigón de tres metros de alto que rodeaba toda la propiedad. La mansión tenía solo dos entradas. En el lado norte, una alta verja de hierro como acceso principal; al oeste, un enorme portón metálico que era la entrada para el personal de servicio, los operarios de mantenimiento o el aprovisionamiento. Cada uno de aquellos accesos estaba vigilado las veinticuatro horas del día por sendas parejas de guardias de seguridad apostados en una garita de control. Cualquier persona que cruzase aquellas puertas tenía que identificarse y su imagen era registrada por cámaras de vigilancia.

Todo el perímetro del muro que rodeaba la propiedad estaba asimismo vigilado por cámaras, hasta medio centenar, situadas sobre el muro cada cincuenta metros aproximadamente. Resultaba imposible acercarse a la mansión sin ser captado por alguna de ellas.

Todo aquel sistema de seguridad contaba además con un moderno procesador de imágenes. Cualquier movimiento detectado por las cámaras generaba una alerta en el puesto de control. Aparentemente, era imposible traspasar aquel muro sin ser visto.

«Es como una prisión», pensó Héctor. Parecía que Serguei Aksyonov quería protegerse de algo o de alguien. «Un millonario obsesionado con la seguridad. Le sirvió de muy poco».

Héctor no creía que Serguei Aksyonov fuese el responsable de la desaparición de su hija, como sostenía la policía. Si era aparentemente imposible que alguien hubiese logrado sacar de allí a Irena, resultaba igual de improbable que su padre la hubiese hecho desaparecer.

La policía científica había hecho un trabajo exhaustivo. Ni en el interior de la mansión ni en los terrenos de la residencia habían encontrado una sola huella o rastro de presencia de alguien que no perteneciese a la familia o a los propios guardias de seguridad.

Estaba comprobado que ninguna de las personas que trabajaban allí había abandonado los límites de la propiedad hasta que no fueron interrogados por la policía. Las cámaras de vigilancia así lo confirmaban.

Héctor se recostó en su asiento y soltó un bufido. Comprendía la frustración de la policía. Si nadie había entrado o salido, la única conclusión posible era pensar que el culpable ya debía estar en el interior de la casa y que, por tanto, la joven nunca la había abandonado. Entonces, ¿dónde estaba su cuerpo? La policía científica había registrado exhaustivamente hasta el último metro cuadrado de la residencia. Habían inspeccionado los terrenos con georradar buscando un cuerpo enterrado. Habían revisado la casa palmo a palmo, empleando incluso ultrasonidos para tratar de descubrir falsas paredes o recintos ocultos. Pero no habían encontrado nada.

Lo único que tenían eran las gotas de sangre de Irena Aksyonov en su habitación y en el jardín exterior. ¿Cómo había llegado esa sangre hasta allí?

Aquello era un callejón sin salida.

Héctor se quitó las gafas, cerró los ojos y se pasó las yemas de los dedos por los párpados.

«Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí».

Lo único que tenía claro era que la frase que llegó al teléfono móvil de Irena Aksyonov no podía ser casualidad. Iba dirigida a su padre.

Héctor decidió seguir su propio razonamiento hasta las últimas consecuencias. Alguien había desafiado a Serguei Aksyonov amenazando a su hija. Serguei había hecho todo lo posible por protegerla, pero no había sido suficiente. Quien le amenazó conocía un modo de sacar a la chica de la mansión. Un modo que todos estaban pasando por alto.

Parpadeó repetidamente, se colocó las gafas y regresó al informe una vez más.

Tenía delante una fotografía aérea de la mansión y sus alrededores. La foto era de Google Maps, como figuraba al pie. Podía verse el tejado de la mansión con varias terrazas, las zonas verdes que la circundaban, las pistas deportivas, el rectángulo azul de una piscina. Frente a la mansión discurría una autovía de cuatro carriles, la A-7, que conectaba Málaga con Marbella. Entre la autovía y la mansión había una franja de terreno baldío de unos quinientos metros. Más allá de los límites de la propiedad todo era verde. Un campo de golf privado lindaba por el norte.

Héctor encontró otra fotografía aérea que mostraba la propiedad con una perspectiva más cercana. Sacó una lupa del cajón de su escritorio para inspeccionarla. Podían distinguirse los parterres, las fuentes ornamentales del jardín, una mesa de cristal en el porche... Casi podían verse las matrículas de los coches de lujo estacionados en la parte trasera.

Se dio cuenta de la estupidez de lo que estaba haciendo. Aquello no le iba a llevar a ninguna parte. Como si con una lupa y una fotografía borrosa pudiese encontrar a Irena Aksyonov cuando la policía, sobre el terreno, no había encontrado nada.

Siguió pasando las hojas del informe sin prestarles apenas atención, con la mente en blanco, hasta que llegó al final, donde se describían las especificaciones técnicas de los elementos de seguridad. Eran datos sacados directamente del catálogo del fabricante. Se quedó mirando la hoja que describía la cámara de vigilancia:

«VisioTech», «Carcasa resistente a agua y clima para uso en exteriores», «IR distancia: aprox. 35 m», «LED luz de infrarrojo: 72 mm», «Angular: 160 grados».

Héctor frunció el ceño. Se le ocurrió algo. Cogió un folio y una regla del cajón. Dibujó dos líneas formando un ángulo de 160 grados, que era la apertura angular de las cámaras de vigilancia según los datos del fabricante, y cerró ambas líneas formando un cono. Después lo recortó con unas tijeras.

Puso la fotografía aérea de la mansión sobre la mesa. Inspeccionando con la lupa podía apreciar las cámaras de vigilancia instaladas a lo largo del muro. Con el lápiz fue marcando con una cruz la posición de cada una de ellas. Después, pacientemente, situó el vértice del cono de papel que había recortado en cada una de las posiciones de las cámaras y trazó los contornos con un rotulador.

Los conos dibujados representaban el alcance de cada una de las cámaras.

Una cámara, al igual que la visión humana, no tiene una visión periférica perfecta. No alcanza a ver con nitidez todo lo que hay en sus extremos derecho e izquierdo. Para solventar ese problema, las cámaras habían sido instaladas lo suficientemente próximas —unos cincuenta metros, calculó Héctor— como para que el ángulo muerto de una cámara fuese cubierto por la zona de visión de la cámara colindante.

Dibujar aquellos conos a partir de las especificaciones técnicas servía para encontrar zonas de sombra, partes del terreno no cubiertas por las cámaras de

vigilancia.

El resultado era muy interesante. Los conos se superponían unos con otros a lo largo de todo el muro, excepto en un punto en el lado este. Allí quedaba un ángulo muerto, un estrecho pasillo de sombra de apenas un par de metros de ancho. Aparentemente, aquello era una brecha en la seguridad.

Héctor se puso en pie, nervioso. Paseó arriba y abajo por el reducido espacio de su despacho como un animal enjaulado. Podía suponerse que el secuestrador hubiese encontrado aquel ángulo muerto. Podía suponerse que hubiese saltado el muro justo en aquel punto. Podría haberse aproximado a la casa siguiendo una trayectoria precisa, avanzando en línea recta para no ser captado por ninguna de las cámaras a su derecha e izquierda.

Volvió a sentarse. Agarró la fotografía y la alzó frente a sí. La miró entornando los ojos, alejándola y acercándola, buscando el mejor enfoque. Entonces se dio cuenta de que justo en aquel estrecho pasillo de sombra, en el ángulo muerto de las cámaras, se interponía la piscina. Por el tamaño en la fotografía debía de ser una piscina de dimensiones olímpicas, de unos cincuenta metros de largo.

Soltó una maldición silenciosa. ¡El pasillo de sombra de las cámaras pasaba justo por mitad de la piscina! Si alguien había entrado aprovechando el ángulo muerto para no ser visto, tendría que haber cruzado a nado exactamente por el centro de aquella piscina.

¿Cabía esa posibilidad? Tal vez. Héctor cerró los ojos. Intentó imaginar a alguien saltando el muro y cruzando la piscina justo en aquel punto. Después, todavía tendría que llegar a la casa y desbloquear de algún modo las cerraduras electrónicas para acceder al interior. Tendría que encontrar a la joven y obligarla a regresar con él, de nuevo cruzando a nado la piscina para no ser visto.

Héctor intentó imaginar cómo alguien podría cruzar aquella enorme piscina a nado, arrastrando consigo a otra persona a la fuerza. La idea se le antojó imposible.

Además, el rastro de sangre en el jardín se había encontrado en la dirección opuesta, en el lado oeste de la casa. ¿Podría ser que hubiesen intentado sacarla por allí y después hubiesen rectificado para volver a la piscina? ¿Cómo iban a ir de un lado a otro sin que nadie los viera?

Héctor arrojó con frustración el lápiz sobre el escritorio. Tenía la impresión de que estaba abordando el problema del modo equivocado. Materialmente, era imposible que alguien hubiese logrado sacar a Irena de los límites de la mansión sin ser visto.

El problema era que si Irena seguía dentro, el cuerpo tampoco había aparecido. ¿Qué había ocurrido entonces?

Las preguntas se acumulaban.

Dejó el sumario judicial a un lado.

Tenía hambre y sentía un leve pinchazo en la base de la espalda. Consultó la hora en su reloj de muñeca. ¡Las nueve! Era más tarde de lo que pensaba. El tiempo se le había pasado volando. Cogió el teléfono móvil y llamó a Marta, su hija.

—Lo siento, cariño —dijo disculpándose—. Me entretuve en la oficina. Estaré en casa dentro de una media hora.

—No te preocupes, papá. Te espero para cenar.

—Gracias, cariño —dijo con una sonrisa—. Hasta ahora... un beso... te quiero.

Escuchar la voz de su hija bastaba para mejorar su humor. Su hija era la alegría que daba brillo a sus días. Tenía veinte años, estudiaba en la Escuela de Bellas Artes y era una joven responsable e inteligente con un futuro prometedor. Gracias a Dios ya no tenía que preocuparse de que alguien tratase de engañarla por internet. Incluso cuando era una adolescente Marta había sido lo suficientemente lista y madura para no caer en ese tipo de engaños. Por desgracia, no ocurría lo mismo con muchas jóvenes. La inseguridad propia de la edad o los problemas familiares hacían vulnerables a montones de chicas que eran presa fácil de todo tipo de trampas y abusos.

Héctor meneó la cabeza con cansancio. La estadística indicaba que los casos de acoso a menores en internet seguían creciendo mes tras mes. Y eso a pesar de que los padres tenían cada vez más información sobre los peligros a los que se exponían sus hijos.

Su teléfono móvil emitió un zumbido de llamada. Era un número desconocido. Héctor pensó en no contestar, apagar el teléfono. De vez en cuando le gustaba apagar y desconectar. Le molestaba ser un esclavo del dichoso teléfono móvil. Finalmente, acabó contestando.

—Héctor Rojas, dígame —respondió.

—Buenas noches, señor Rojas, soy Alfredo Casas, de la cadena SER. —El tono de voz era jovial.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarle?

—Disculpe la intromisión, me pongo en contacto con usted porque quería pedirle una colaboración. Como sabe, pasado mañana es el Día Mundial contra el Tráfico Humano y en mi programa estamos preparando un especial para hablar sobre esa terrible lacra que es la explotación sexual de menores. Nos hemos puesto en contacto con el Ministerio de Sanidad y Servicios Sociales para solicitar la presencia de un experto en nuestros estudios y ellos amablemente nos han indicado que usted conoce bien esos temas. Quería preguntarle si no tendría inconveniente en acudir pasado mañana a nuestros estudios para mantener una charla sobre el asunto.

—Me parece una iniciativa loable. Estaré encantado de colaborar —dijo Héctor.

—Me alegro, señor Rojas. Si le parece bien, le enviaré un correo electrónico con algunos puntos concretos que me gustaría abordar para que usted pueda preparar los

datos al respecto.

—Será un placer.

—Muy agradecido. Estaré encantado de verle en la emisora.

En cuanto Héctor colgó, en la ventana de su ordenador apareció el aviso de un nuevo correo electrónico. Héctor pensó que aquel hombre de la radio se había dado mucha prisa en enviarle el guion para la entrevista. Cuando leyó el remitente vio que el mensaje venía de la policía judicial.

Sintió un nudo en el estómago, un cosquilleo desagradable que se repetía cada vez que recibía la notificación de un nuevo suceso.

Según el protocolo de actuación, cuando un menor de edad ingresaba en cualquier hospital, público o privado, por una causa no debida a enfermedad natural, los médicos tenían la obligación de evaluar si las heridas se debían a un posible maltrato o negligencia paterna. Ante la menor sospecha de maltrato se avisaba a la policía, quienes, a su vez, enviaban una notificación a la oficina del ministerio donde trabajaba Héctor Rojas. A partir de ese punto se realizaba un seguimiento del caso.

Héctor dudó entre leer el correo en ese momento o dejarlo para el día siguiente y marcharse a casa. Era muy tarde, estaba cansado y su hija le esperaba con la cena.

Venciendo la resistencia, abrió el correo electrónico y leyó el memorando. Se trataba de un episodio ocurrido el día anterior. Un niño de cuatro años había sido ingresado en un hospital con graves lesiones. Los médicos no habían podido hacer nada por salvarle la vida. Cuando ingresó ya estaba muerto. El padre había sido acusado de homicidio. El pequeño había muerto por asfixia y aplastamiento. Al parecer su propio padre lo había estrangulado entre sus brazos.

Héctor se preguntó qué clase de monstruo podría hacer algo así con su propio hijo. Se estremeció cuando leyó que el pequeño tenía una enfermedad psíquica: autismo.

«Dios bendito», murmuró. Algo en su interior se contrajo como un puño.

«Deberías seguir con esto mañana —se dijo—, dormirás mejor si lo dejas para mañana».

Pero no pudo evitar seguir leyendo. El informe relataba que el padre del niño se había suicidado poco más tarde, después de llevar a su hijo muerto al hospital. Se había arrojado por una ventana.

Junto a su cuerpo, en el suelo, la policía encontró lo que en un principio habían tomado por una nota de suicidio.

Héctor sintió que una garra helada le estrujaba el estómago cuando leyó la transcripción de aquella nota: «Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí».

31

Carla

Eva_Luna: no sigas hablando con Chico_amor, no es quien dice ser. No sabes dónde te estás metiendo. Chico_amor va a hacerte mucho daño.

Carla, conectada al chat con el falso alias de Virginia13, se apresuró a responder:

Virginia13: ¿quién eres? ¿le conoces?

Eva_Luna se desconectó

Carla soltó una maldición. Apretó los puños. ¿Quién era aquella Eva_Luna? Parecía conocer al individuo con el que acababa de mantener una conversación, Chico_amor.

Chico_amor era sin duda mayor de edad. Podría ser incluso el criminal que buscaba.

Carla miró la información del perfil de Eva_Luna, pero estaba vacío. Después comprobó la dirección IP desde la que el usuario Eva_Luna se había conectado a la página web del chat. Averiguó que correspondía con un domicilio en Medina del Campo, una pequeña población de la provincia de Valladolid.

Cuando consultó quién era el titular de la dirección IP se encontró con que era el propio consistorio de Medina del Campo. Mierda. Eva_Luna utilizaba una conexión wifi pública, abierta y gratuita para todos los habitantes del municipio. Podría ser cualquier persona que viviese allí.

Si aquella Eva_Luna sabía algo, tenía que conseguir hablar con ella, fuese quien fuese. Mas con la dirección IP no podía llegar más lejos.

Entonces se le ocurrió probar algo diferente. Abrió el robot de búsqueda en internet y en el recuadro de palabras clave escribió:

Eva_Luna

La gente solía utilizar el mismo nombre de usuario en todas las páginas web donde se registraban. Tal vez podría encontrar su rastro en la red y averiguar más cosas sobre ella. Algo que le permitiese contactar.

Al cabo de unos segundos el robot comenzó a ofrecer resultados. En la pantalla se desplegó una lista de enlaces de páginas donde se había registrado un usuario llamado Eva_Luna. Carla se puso a mirar cada una de las páginas. La mayoría eran webs de jardinería, cuidado de plantas y cultivo de flores. Que a Eva_Luna le interesase la jardinería no le decía mucho sobre quién era en realidad.

Pero había más. También se había registrado en foros femeninos y chats para

adolescentes.

Eva_Luna había intervenido en algunas conversaciones de los foros de menores. Sus intervenciones se limitaban a dejar mensajes similares al que había recibido ella misma.

Eva_Luna responde a María:

¿Eres tonta? ¿Es que no ves que no es una chica sino un hombre mayor?

Eva_Luna responde a Cinta:

Lo que te está contando es mentira. Quiere engañarte. ¡Quiere aprovecharse de ti!
¿Es que no te das cuenta?

Eva_Luna responde a Melisa:

No te creas lo que te dice. No tiene quince, es mayor de edad

Eva_Luna responde a Lucia13:

Denuncia a la policía, no permitas que te haga chantaje

Aparte de aquellas intervenciones, su actividad parecía reducirse exclusivamente a mirar webs de jardinería, algunos periódicos de noticias generales y algunos foros femeninos. No había realizado ninguna compra por internet, ni había dejado su nombre, su teléfono o su dirección en ninguna página web. Seguía sin poder averiguar quién era.

Carla siguió mirando otras páginas que había visitado Eva_Luna. Llegó a un foro femenino donde había un hilo temático para hablar sobre abusos. Allí había historias de mujeres que relataban sus experiencias como niñas abusadas. Cada relato estaba lleno de comentarios donde se daban consejos y apoyo entre sí.

Eva_Luna también había dejado su propio testimonio. Carla comenzó a leer:

Mi historia incompleta, por Eva_Luna, publicada el 20-marzo-2012 a las 23:44

No puedo expresar con palabras lo que me cuesta enfrentarme a esta página desolada.

Hace un instante solo veía un valle amarillento de margen a margen, cubierto del polvo pesado que inunda este sótano. Ahora veo apenas tres líneas que se convierten en cuatro. Necesitaré muchas más, y aun así, mi historia estará incompleta. Porque yo estoy incompleta.

Pero debo hacerlo.

Yo no soy Eva Luna, yo soy la mitad de Eva Luna. La mitad de lo que era.

La otra mitad de Eva Luna murió a los once años, el día que su padre empezó a abusar de ella, pocos días después de que mi madre la abandonara.

No voy a perder el tiempo recreándome en detalles.

Es cierto que, volviendo la vista atrás, reconozco en mi padre (y me refiero a mi padre de antes de) a un hombre capaz de hacer lo que hizo. Pero eso es solo si hago una reflexión profunda. Los golpes no tienen por qué llevar al abuso sexual.

Todo se reduce a algo muy básico, mi vida se reduce a un punto de inflexión, a un cuchillo afilado y perverso que cortó mi tiempo en dos partes. Eso hizo mi padre cuando me dijo que me quitara la ropa, que él era «un padre responsable», que quería asegurarse de que su hija «se estaba desarrollando como era debido».

Eso hizo mi padre cuando me sujetó las manos con fuerza, abrió mis piernas como una bestia y me penetró como si fuera un maldito trozo de carne.

En un mundo paralelo existe otra Eva Luna a la que no le falta la mitad.

A veces creo verla en el espejo.

Esa Eva Luna está independizada, tiene un trabajo que la enriquece, con niños pequeños, y escribe, su gran pasión, cada tarde, cuando no está paseando con su novio o en el cine, o cenando en un restaurante elegante.

Esa Eva Luna a la que no le falta una mitad tiene el pelo precioso, es esbelta, tiene muchos amigos que la adoran y su novio no se puede creer su enorme fortuna.

Mi yo completa pasa como un hada madrina cambiando la vida de sus estudiantes, apoyando a sus amigos, dando siempre buenos consejos.

Mi yo completa tiene relaciones sexuales con su novio que la satisfacen totalmente.

Por alguna razón se ha distanciado de su padre, aunque le escribe cartas cada mes, cartas a las que él nunca responde.

La Eva Luna completa se ha reencontrado con su madre casi de milagro. Se encontró con ella una tarde en el centro de Londres. Eva comenzó a llamarla a gritos ante la mirada sorprendida de los transeúntes. Su madre, entre lágrimas, fue capaz de explicarle sus razones, las razones por las que tuvo que salir de aquella casa. Terminaron fundiéndose en un abrazo. Tomaron café juntas.

Se han hecho inseparables.

Pienso en la Eva Luna completa y me muero de la envidia.

Solo comparto con ella la edad, veinte años, y las flores del jardín.

La Eva Luna completa, igual que yo, cuida de las flores con extrema dulzura, igual que yo, pero cuando habla con ellas habla de cosas muy diferentes.

No, no es esa la persona que escribe estas líneas. La persona que escribe estas líneas es su mitad. Su peor mitad.

Soy la Eva Luna del pelo grasiento e imposible de peinar.

Soy la Eva Luna que no sabe siquiera si su madre está viva.

Soy su mitad sin amigos, sin novio.

Su mitad repugnante que le sirve cada día la cena al cerdo de su padre.

Soy la Eva Luna odiosa que le besa en la mejilla.

Soy la Eva Luna grotesca que, todavía en ocasiones, se deja violar por él sin oponer resistencia alguna.

La Eva Luna depravada que, en ocasiones, disfruta de esos encuentros inenarrables.

He leído en alguna parte que los niños que sufren abusos de su padres siguen queriéndolos.

No es así, yo odio a mi padre con todas mis fuerzas, casi tanto como me odio a mí misma.

En ocasiones, mi padre me trae bombones, me agasaja como si fuera su preciosa

hija, el muy cerdo.

Yo, la mitad infame de Eva Luna, le sonrío y le doy las gracias.

Pero mis ojos no sonrían.

Así desde hace más de diez años. Maniatada por mi propia cobardía, por el terror a lo desconocido, por el pavor hacia los demás; paralizada por el horror total y absoluto cada vez que veo a un hombre en la calle, en una cafetería o en el supermercado.

Lo veo cada día mientras atiendo a los clientes en el repugnante bar en el que trabajo. Los hombres son perros hambrientos que saltarán sobre tu yugular en cuanto se den las circunstancias apropiadas. Ellos no son cobardes como yo, ellos se arriesgan para conseguir lo que quieren. Mi padre es un cerdo pero es un valiente, y eso es mucho más de lo que se puede decir de mí.

Soy un simple pedazo de carne. Un juguete que él perfora y en el que se desahogaba, descargando en sus entrañas su semen viscoso y nauseabundo.

Atrapada en esta maldita casa, sin estudios, sin amigos, sin novio, atrapada en un trabajo humillante, sin futuro. Mi padre ha conseguido encerrarme sin cadenas.

Limpio, cocino para él, hago las camas. Solo las tengo a ellas. Mis flores.

Trabajo doce horas cada día en el bar mientras mi padre atiende su consulta médica. Nadie sospecha cómo es él en realidad. Solo yo lo sé.

Mi tía Carmen, la hermana de mi padre, vino a visitarnos en una ocasión, acompañada de mi prima Clara, su hija. Tomamos té y pastas. Era un día soleado, maravilloso. El jardín estaba precioso, las gotas de agua sobre las flores recién regadas parecían diamantes, parecía el reflejo del océano.

No me parezco en nada a mi tía, ella es mucho más alta y, por supuesto, más esbelta. Tiene un pelo negro como la noche, negro y brillante, maravilloso. Y su hija Clara, mi prima, lleva camino de igualarla en su belleza.

Soy tan idiota, tan imbécil, que no supe anticipar lo evidente.

Mi padre le preguntó a mi prima que cómo le iba en el instituto. Mi prima, arrugando la nariz, respondió que bien, si no fuera por la maldita biología.

Mi tía la señaló con el dedo y comentó que eso era culpa de ella, que no le echara la culpa a nadie, que el problema era que no se esforzaba lo suficiente, que no se concentraba, que tenía la ciencia en sus genes, que mi padre –doctor de profesión, orgullo de la familia– era la prueba de ello.

Mi padre entornó los ojos, se mordió el labio inferior desde dentro y se ofreció a ayudar a mi prima con su proyecto de biología. A mi padre se le ocurrió que, mientras tanto, mi tía y yo podríamos ir de compras y renovar mi vestuario.

Ninguna de las dos supimos negarnos.

Compramos unos vestidos preciosos, mi tía y yo, unos vestidos que perdían toda su belleza en el preciso instante en el que tocaban mi piel, la piel de la peor mitad de Eva Luna.

Mi tía me habla siempre de muchas cosas, pero nunca, jamás, me pregunta por la relación que tengo con mi padre. Nunca, jamás, me pregunta que por qué abandoné los estudios, si echo de menos a mamá, si tengo amigos, si tengo novio... Nunca, jamás, me pregunta nada que pueda llevar la conversación, de un modo u otro, a los abusos de mi padre.

Clara está ya hecha una mujercita –decía mi tía una y otra vez mientras su sonrisa se extendía por toda su cara, desde la boca hasta los ojos– y te adora,

Eva, no sabes cuánto. Yo dejaba pasar los minutos como si fueran unos minutos cualquiera.

Pero esos minutos no eran unos minutos cualquiera.

Me avergüenzo al recordar que durante esos minutos ya inaccesibles mi única angustia se debía a mi horror, mi repugnancia ante mi propio aspecto: la mitad de mujer que me miraba desde el otro lado del espejo del probador.

Entre prenda y prenda, mientras caminábamos de una tienda a otra, nuevos minutos surgían de la nada y desaparecían para dar lugar al siguiente.

Sin piedad, sin fin.

Cuando volvimos las dos a mi casa ya era demasiado tarde. Esos minutos se habían cristalizado y ya no se podían cambiar.

Mi prima Clara sonreía con la boca, pero sus ojos no se contagiaban de la sonrisa. Mi tía tenía prisa y se despidió de nosotros, de mi padre, su hermano, y nos dijo buenas noches. Mi prima Clara dijo adiós con esa sonrisa a medias y le dio las gracias a mi padre por su ayuda con el proyecto de biología.

Esta noche, mi peor mitad, la que escribe en este maldito papel, no era capaz de conciliar el sueño.

Tenía que encontrarla.

Me levanté de la cama, me puse las zapatillas y comencé a deslizarme de un cuarto a otro, entre las sombras.

Busqué por toda la casa, en la cocina, en el salón, en el balcón...

Pasé al menos dos horas en el jardín, preguntándole a las rosas, a las achiras, a las caléndulas, buscando entre los tallos, debajo de las hojas, pero ninguna sabía nada.

Abrigada por la luz de la Luna, volví a llorar sobre mis flores.

Regresé a la casa con los pies todavía húmedos por el rocío del césped y miré incluso debajo de la cama de mi padre, que roncaba como un gorila.

Pero no la pude encontrar.

Bajé entonces a este sótano atestado de polvo y me puse a rebuscar entre las cajas de cartón olvidadas, muebles y sillas tan rotas e inútiles como yo lo soy.

Y seguía sin encontrarla.

Solo encontré fotos viejas de mi madre; en una de ellas está en el centro de Barcelona y me tiene cogida de la mano, pero esa no soy yo, esa es la Eva Luna completa, la de antes de, la Eva Luna a la que no le falta nada.

En otra foto, mi madre charla con una amiga en una cafetería.

Hay también una foto de cuando yo tenía apenas tres años, en la guardería. Todos los niños sonrían, disfrutaban, se divertían. Adoran a su maestra.

Revistas antiguas, actores de cine, actrices esbeltas, delicadas, con un pelo precioso.

Las revistas de medicina de mi padre.

Periódicos.

Cuentos infantiles de hadas, princesas, príncipes...

También encontré estas hojas de papel amarillentas.

Recuerdo el impacto que me causó ver a mi prima Clara después de volver de las

compras con mi tía, con su madre.

Cuando volví a casa con mi tía, después de que cristalizaran los minutos, a mi prima Clara le faltaba la mitad, su mejor mitad, y yo no he sido capaz de encontrar esa mitad por ningún lado.

Comprendí entonces, comprendo ahora, mientras las lágrimas silenciosas surcan el polvo que cubre mis mejillas, que la mitad de mi prima Clara no está ya en esta casa, por eso no la puedo encontrar; comprendí que la Eva Luna completa no existe en ningún universo paralelo ni en ninguna otra dimensión. Mi padre se encargó de incinerarla, de convertirla en polvo, como el polvo que me rodea, sentada en este maldito sótano.

El polvo depositado sobre estas amarillentas hojas de papel.

Yo no soy Eva Luna, yo soy la mitad de Eva Luna. La mitad de lo que era.

A partir de ahora mi prima Clara dividirá su vida en dos partes: los primeros catorce años y el resto de su vida, en el que su mejor mitad se habrá convertido en polvo.

Y es por esto último por lo que mi padre va a tener que pagar. Juro por Dios que va a pagar.

Esa es mi ancla.

Fin del mensaje

Carla estaba conmocionada. Apartó la mirada de la pantalla. La mayoría de las mesas de la cafetería del hospital estaban ahora ocupadas. Era la hora de la comida. Había estado tan concentrada, aislada de lo que sucedía a su alrededor, que fue como si sus sentidos se abriesen de repente al mundo. El rumor de las conversaciones y el entrecuchar de cubiertos la envolvió como el sonido de un mar revuelto. El olor de la comida le produjo náuseas. Llevaba horas sentada en aquella silla de la cafetería con todos los músculos en tensión. Se sentía tan cansada como si hubiese corrido una maratón.

Cerró los ojos. Se masajeó las sienes con las yemas de los dedos. Al menos tenía la impresión de que estaba atando cabos. Aquella mujer, Eva Luna, había sufrido abusos de su padre cuando era niña. Ahora se dedicaba a lanzar advertencias a los adolescentes incautos que contactaban con alguien que se hacía llamar Chico_amor.

¿Era posible que aquel Chico_amor fuese su propio padre, un pedófilo? Tal vez. La pregunta era: ¿sería aquel hombre el mismo que estaba buscando ella?

Utilizando de nuevo el falso usuario Virginia13, Carla escribió un mensaje en el foro donde había leído la terrible historia:

«Por favor, Eva, responde a este mensaje. Necesito tu ayuda».

Después fue recorriendo todos los foros donde Eva_Luna había participado dejando el mismo mensaje, pidiéndole contactar con ella.

Cuando acabó, Carla se dio cuenta de que tenía la frente perlada de sudor. El estómago revuelto, a pesar de no haber comido nada en horas. Casi seguro que había pillado la bacteria que andaba por el hospital. Lo que le faltaba. Lo mejor sería que

fuese a que le hiciesen los análisis y le diesen antibióticos.

Estaba a punto de apagar el ordenador cuando escuchó que alguien la llamaba por su nombre. La voz llegó a sus oídos como a través de algodones. Levantó la cabeza esperando encontrarse con algún doctor, pero el hombre en el que recayó su mirada no era ningún médico.

—Siento haberla asustado —dijo Héctor Rojas. Frunció los labios en lo que pretendía ser una sonrisa—. Le debía una visita a su hermano.

Carla se puso en pie con dificultad. Tenía las piernas entumecidas. Se dio cuenta de que el funcionario tenía una expresión triste.

—¿Ha pasado algo? —preguntó.

—Ha habido novedades —respondió Héctor Rojas con la mirada fija en el suelo—. Anoche llegó a mi oficina el informe del fallecimiento de un niño de cuatro años. Creo que el individuo que buscamos ha vuelto a provocar una tragedia. —La miró a los ojos.

—Dios santo —exclamó Carla—. ¿Está seguro?

El funcionario asintió.

—Hay algo más —dijo sombrío—. Me han llamado cuando venía de camino. La noticia no tardará en hacerse pública. La policía por fin ha encontrado el cuerpo de Irena Aksyonov.

Andrés Martín

Aunque Andrés Martín trataba de mantener una actitud positiva en la vida, las continuas adversidades y desgracias que le habían golpeado durante los últimos tiempos se lo ponían demasiado difícil.

Por supuesto que Andrés intentaba no pensar en ello, aunque lo cierto era que hacía apenas dos años tenía un trabajo muy bien pagado en un concesionario de coches, tenía a Ángela, una esposa bellísima que ganaba casi tanto como él trabajando de enfermera jefe en un hospital que les pillaba cerquísima de casa, y tenía un niño, Pablo, su hijo, que parecía enviado directamente del cielo.

Lo peor de todo era que cuando las cosas iban bien, Andrés, el eterno optimista incorregible, en vez de pasar por alto la felicidad deseando más y más, era plenamente consciente de su buena situación y vivía en ese presente, lo disfrutaba, le sacaba todo el jugo, de modo que su única ambición en la vida era que todo siguiera como estaba para siempre jamás. Eso hacía aún más duro el recuerdo de aquella época. Por eso intentaba no pensar en ello, aunque no lo conseguía.

Por alguna razón, el recuerdo del primer cumpleaños de Pablo, su hijo, se negaba a salir de su mente. Soñaba a cada momento con aquella tarde, ya estuviera dormido o despierto. Andrés parecía ver continuamente destellos, imágenes de aquella idílica tarde otoñal. No había sido el cumpleaños típico, lleno de niños y familiares, globos y regalos. Aquel cumpleaños lo celebraron los tres solos, Ángela, Pablo y él, en el jardín trasero de su casa, en un improvisado *picnic* sobre el césped, junto a la piscina.

Aquellas fueron las tres horas más perfectas de su vida, pensaba Andrés una y otra vez.

Dos años son veinticuatro meses. Dos años son setecientos treinta días. Ese era el tiempo que había pasado desde aquella tarde.

Hoy volvía a ser el cumpleaños de Pablo, que ahora cumplía tres en vez de uno. Muchas cosas habían cambiado. Andrés había perdido el trabajo en el concesionario y ahora ganaba el salario básico como guardia jurado en un centro comercial. El banco le había embargado su casa adosada con jardín porque ya no podía pagar la hipoteca. Ahora vivían en un piso diminuto en un triste barrio periférico de Madrid. Ángela llevaba un año, tres meses y catorce días muerta. Incluso Pablo había desaparecido, al menos el Pablo de aquellas tres horas perfectas. Aquel niño risueño y feliz se había convertido en un niño incapaz de hablar, con la mirada perdida, indiferente al mundo, indiferente a todo, incluso a su padre, la persona que pasaba la mayor parte del tiempo a su lado. Al precioso Pablo le había suplantado ese otro niño irritable que no dejaba de gritar, que se convulsionaba como un poseso cuando menos te lo esperabas, con la cabeza demasiado grande, con la mirada perdida en el infinito,

con un hambre insaciable, incapaz de entender casi nada de lo que le rodeaba.

A su hijo Pablo le habían diagnosticado autismo profundo.

Pero Andrés no se rendía y se esforzaba en buscar al Pablo de antes en el Pablo de ahora. Sabía que estaba ahí dentro, encerrado, que a pesar de su mirada perdida y ausente su hijo le podía ver.

Lo peor era cuando Pablo se ponía a patallar y a convulsionar sin control. Entonces Andrés le abrazaba firmemente sin perder nunca la calma, aunque a veces sentía un poco de miedo. El niño tenía tanta fuerza que Andrés pensaba que podría partirse un hueso o lesionarse de alguna manera por culpa del abrazo firme de su padre. Cuando por fin se calmaba no encontraba signos de daño alguno, ni moratones en la espalda ni en los brazos, donde Andrés le sostenía con más fuerza.

Andrés, siendo fiel a su optimismo, no perdía el tiempo pensando en su despido del concesionario por culpa de la crisis, ni en el poco futuro que tenía en su nuevo trabajo de guardia jurado, ni en la miseria que le pagaban.

Andrés miraba adelante y, en vez de quejarse de tener que cuidar a un niño con tan pocas esperanzas de una vida plena y satisfactoria, se regocijaba en el hecho de que podía cuidarlo. Cada vez que Pablo le despertaba a las tres de la mañana gritando y convulsionando, Andrés se alegraba de estar ahí para ayudarlo, le abrazaba con fuerza para darle cariño y evitar que se golpeará a sí mismo contra la pared o el filo de la cama, a veces durante horas, hasta que se calmaba y daba las gracias a Dios por poder descansar una hora más, media hora más, o por tener una escuela especial a la que poder llevar a Pablo y un trabajo al que poder ir él.

Así que cuando aquella mañana le llegó aquella carta de la escuela de Pablo explicándole que había sido seleccionado para un programa especial para padres con hijos autistas, que para ello solo tenía que responder a ciertas preguntas y que, a cambio, le regalarían un iPad que podría recoger al día siguiente en la escuela, Andrés llegó a pensar que la vida merecía la pena vivirla y que algún día volvería a vivir una tarde tan perfecta como la de hacía setecientos treinta días.

—Mira, Pablo, nos ha tocado un iPad, lo dice en esta carta.

Pero Pablo, obviamente, no le respondió.

Después de la tarta de cumpleaños y de su pequeña celebración, ocurrió otro pequeño milagro: Pablo se quedó dormido, y eso que eran apenas las ocho de la tarde, lo que le daba a Andrés dos o tres horas de tranquilidad antes de irse a la cama.

Sobre la mesa de la cocina yacían varios avisos del banco reclamándole diversos pagos. Como era habitual, la cuenta se había quedado al descubierto. Con su sueldo apenas llegaba a fin de mes. Tal vez podría vender el iPad que iban a entregarle. No, eso era impensable. Aquel objeto era una señal de buena suerte.

Llevó a Pablo a su cama y después se sentó frente a su ordenador. Como era su costumbre, comenzó a buscar en internet información sobre cómo curar el autismo.

Andrés no perdía la esperanza. Había probado con Pablo muchas de las llamadas «terapias alternativas», terapias que no eran aceptadas por la comunidad médica pero que, según el testimonio de algunos padres, habían funcionado curando a sus hijos. Algunas de esas terapias sostenían que la causa del autismo eran ciertos componentes presentes en los alimentos y aseguraban que una dieta sin gluten, sin caseína y sin grasas animales podría curarlo. Otras hablaban de la necesidad de elevadas dosis extra de vitaminas. Andrés había probado muchas de aquellas terapias. Hasta ahora ninguna le había dado resultado. Pero no perdía la esperanza: sabía que cada niño era diferente y que lo que para unos niños había funcionado no tenía por qué hacerlo con Pablo. Estaba seguro de que un día encontraría una terapia que funcionaría con su pequeño, solo era cuestión de seguir buscando. Tarde o temprano Pablo acabaría curándose.

Google

«terapias alternativas autismo»

Pasó tres horas buscando información, leyendo en foros, en páginas médicas, en sitios de medicina alternativa, más foros, comentarios; nada de lo que leía era nuevo para él. «Quizás mañana tenga más suerte», se dijo.

Cuando se fue a la cama prefirió no mirar qué hora era.

* * *

A pesar de las escasísimas horas de sueño que había logrado arrancarle a la noche, Andrés se sentía relativamente bien. Había llegado a tiempo para dejar a Pablo en la guardería esa mañana y había pasado un buen día en el trabajo, sin ninguna incidencia. Le tocaba vigilar el acceso principal al centro comercial y aquel día nadie había intentado robar ningún producto, hecho que siempre le resultaba embarazoso cuando se producía. Miró el reloj de muñeca y comprobó con satisfacción que solo faltaban treinta minutos para acabar su turno.

Fue justo entonces cuando recibió la desafortunada llamada de la escuela de su hijo.

—¿Andrés Martín?

—Sí, soy yo.

—Mire, le llamo de la escuela de su hijo Pablo; debe usted venir cuanto antes.

—¿Qué ha pasado?

—Su hijo acaba de vomitar y se ha puesto perdido, él y otros niños, no tenemos ropa que ponerle.

—No es posible, les dejé varias mudas.

—Créame, las hemos utilizado todas ya porque no queda nada.

—¿No le pueden poner cualquier otra ropa que tengan?

—Tenemos algunos pantalones, pero no hay camisas; su hijo va a pillar un resfriado si no viene usted pronto.

—¿Lo tienen desnudo?

—Tiene unas mantas.

—Mire, estoy en el trabajo, salgo en media hora, puedo estar ahí en cuarenta y cinco minutos.

—Oiga, necesitamos que venga usted ahora mismo.

Andrés no quiso discutir, sabía que si insistía y se mostraba hostil, le restregarían por la cara que debía tres meses de la cuota de comedor de Pablo.

—Iré lo antes posible.

Había que tener mala suerte: por media hora de nada tuvo que pasar por el tedioso procedimiento de llamar a su jefe y pedirle un permiso especial, sin poder librarse de la maldita discusión de que solo faltaba media hora para acabar el turno. Al final le mandaron un sustituto que llegó quince minutos más tarde, tras lo cual Andrés tuvo que ir a la oficina principal, firmar la salida temprana y conseguir salir apenas diez minutos antes de lo normal, pero perdiendo una hora completa de sueldo. Como si le sobrara el dinero.

Intentó no dejarse llevar por la desesperación mientras conducía en dirección a la guardería de Pablo, llegando a recriminarse a sí mismo su propia negatividad. Lo último que necesitaba era tener un accidente o que le pusieran una multa por exceso de velocidad.

Cuando llegó a la escuela de Pablo intentó poner su mejor cara. Tuvo que tragarse las lágrimas cuando lo encontró pálido como el papel, sollozando con suspiros entrecortados, enfundado en una manta polvorienta. La cara de la asistente que se lo entregó no mostraba ninguna emoción. «¿Cómo puede alguien ser así? —pensó Andrés—. Así lo están tratando, es solo un trabajo para ellos».

Abrazó con fuerza a su hijo y se dirigió a la salida sin decir nada. Pablo sufría pequeñas convulsiones. Cuando se acercaba a la puerta una secretaria le avisó de que tenía algo para él. Andrés se volvió temiéndose que se tratara de alguna carta reclamándole las cuotas del comedor o el pago de algún servicio extra, cualquier cosa que le hundiera más en la miseria.

Pero la secretaria se limitó a darle un paquete blanco, de dimensiones parecidas a las de un paquete de cien hojas de papel.

Era el iPad, ya ni se acordaba de él.

—Tiene usted mucha suerte —dijo la secretaria.

A Andrés se le escapó una risita nerviosa.

—Parece ser que tiene todo tipo de aplicaciones instaladas, programas de

educación especial, las versiones completas; algunas son muy caras.

Andrés se acercó al mostrador y cogió el paquete.

—¿Sabe usted? —dijo a la secretaria—, le voy a ser sincero. Me iba pensando que en esta escuela no se apreciaba verdaderamente a los niños ni a sus familias, aunque veo que me equivoco.

—Es lógico sentirse frustrado cuando se tiene un hijo con necesidades especiales. Pero mire, le tengo que decir que el iPad no lo paga la escuela, le ha tocado a usted en un sorteo que organiza una entidad privada.

—Vaya, ¿y de qué entidad se trata?

—Eso es lo extraño, es una entidad sin ánimo de lucro que no desea dar a conocer sus buenas acciones.

—¿Cómo dice?

—Venía todo explicado en una carta.

—¿Puedo ver esa carta?

—Tengo que buscarla; cuando la encuentre se la enviaré, no veo ningún problema en eso. No se preocupe, ya ha pasado otras veces, seguramente será algún famoso que tiene un hijo en el espectro y se dedica a hacer estas cosas anónimamente.

«En el espectro», pensó Andrés. Ese era el maldito eufemismo para definir a alguien con autismo; algo que tiene sentido en niños con autismo leve para dejar claro que no tienen un caso serio, están solo «en el espectro», y «el espectro» es cada vez más amplio, hasta que un día se considere que toda la maldita humanidad está «en el espectro».

Andrés recuperó la sonrisa cuando llegó a casa, bañó a Pablo, le puso un pañal y ropa limpia y lo abrazó con fuerza. Pablo le devolvió el abrazo. Esa era la tímida y solitaria isla de esperanza para Andrés: su hijo podía mostrar todo tipo de rasgos autistas, podía no hablar, pasarse horas con la mirada perdida o gritar sin control, pero siempre demostraba su cariño con un abrazo, igual que antes de haber sufrido la regresión. Su hijo estaba ahí dentro y un día saldría de alguna manera, Andrés estaba seguro de eso.

El caso era que las cosas empezaban a mejorar, aunque nadie lo hubiera notado aparte de él. Estaba claro que Pablo estaba mejorando, ya gritaba mucho menos, las convulsiones habían cesado casi por completo y no se despertaba más de una vez o dos cada noche. Seguía haciendo filas de juguetes y mirando al infinito, no sonreía, mas había algo en su gesto que se suavizaba cuando estaba junto a su padre.

Pasadas unas horas, cuando su hijo se durmió y tuvo todo listo para el día siguiente, se dio una ducha y se dispuso a disfrutar del momento que llevaba horas esperando.

Abrió el paquete blanco y sacó el iPad.

Era una belleza. El metal era suave y la pantalla tenía una nitidez inusitada. Lo

encendió y le llevó solo unos minutos entender las funciones básicas de navegación con la ausencia de ratón. Comprobó que, tal y como había dicho la secretaria, estaba cargado de aplicaciones para niños con necesidades especiales: juegos de memoria, de aprendizaje de lectura, de estimulación visual...

Lo conectó a internet y comprobó que algunas de aquellas aplicaciones eran carísimas. De hecho, hizo las cuentas y las aplicaciones que tenía instaladas costaban más en su totalidad que el propio iPad.

Una vez más, hizo una búsqueda en Google:

terapias alternativas autismo

Antes de pulsar *Buscar*, recordó su convicción de que las cosas estaban cambiando, de que todo iba a ir mejor a partir de entonces, seguro. Recordó su fracaso la última vez que buscó en internet y en lugar de darle a *Buscar*, pulsó *Voy a tener suerte*.

Se le abrió una página que no había visto nunca antes, donde tenían a la venta un nuevo cóctel de vitaminas que, según explicaban, estaba dando buenos resultados en niños con autismo. Consultó en varios foros para padres y encontró bastantes conversaciones sobre aquella nueva terapia. Casi todo el mundo coincidía en que estaba dando resultados muy positivos en los pequeños.

Volvió a la página original y se llevó otra sorpresa más: los precios de aquellos medicamentos eran perfectamente razonables, o mejor dicho, ridículamente baratos. Incluso tenían a la venta otros fármacos, como la medicación que él usaba para controlar la presión arterial, a la cuarta parte del precio que él estaba acostumbrado a pagar.

Definitivamente era su día de suerte.

* * *

Andrés Martín no cabía en sí de la emoción. Llevaba medicando a Pablo apenas dos semanas con las nuevas vitaminas y los cambios estaban siendo extraordinarios. El niño estaba mucho más calmado y las rabietas que antes podían durar hasta tres horas se le pasaban ahora en una media hora. Le sostenía la mirada durante dos o tres segundos y era capaz de concentrarse viendo la televisión durante diez minutos o más, cosa impensable hacía apenas unos días. Seguía teniendo los infames tics, como aletear con los brazos cuando se emocionaba por algo o poner caras extrañas, pero parecía que todos esos gestos y ademanes se habían atenuado un poco.

Nada se había resuelto, aunque todo había mejorado o había perdido un ápice de gravedad, aunque se tratara de un milímetro.

Andrés pensó en Pablo como un corredor de cien metros lisos que hasta hacía cuatro días había permanecido paralizado en la línea de salida. Daba la impresión de que el niño, a pesar de estar a cien metros de distancia de lo que se considera un niño normal, había dado un paso firme hacia delante.

Su primer paso.

Ahora solo quedaban noventa y nueve metros y medio.

A pesar de que los avances distaban de ser espectaculares, Andrés no podía entender que no le hubieran mandado una nota de la escuela o algo comentando esas modestas pero evidentes mejorías en su hijo.

* * *

Era sábado y hacía un día espléndido. Pablo estaba tranquilo en el dormitorio del humilde piso jugando con el iPad, cuando Andrés tuvo la osadía de bajar al buzón para recoger el correo y dejar solo al niño durante un minuto o dos. Era la primera vez que lo dejaba desatendido desde que había sufrido la regresión.

Respiró hondo, abrió la puerta del piso y la cerró tras de sí. Pablo se había quedado solo por primera vez... ¿en su vida? Andrés decidió no apresurarse escaleras abajo. Bajaría tranquilo como cualquier persona e iría hojeando el correo de regreso.

Mientras descendía los escalones con paso forzosamente relajado no pudo evitar pensar en lo diferente que serían las cosas si no hubiese ocurrido la regresión. Todo había cambiado aquel día, el día de la regresión de Pablo, el peor día de su vida. La regresión, la maldita regresión que tantos padres conocen bien, es el día en el que tu hijo, tal y como lo conoces, desaparece; su risa desaparece y si sabía algunas palabras, ya no las vuelves a escuchar. Es el día en el que tu hijo deja de mirarte y empieza a mirar a través de ti, el día en el que tu hijo deja de interesarse por el contacto humano, el día en el que la lógica se esfuma de tu vida. Algunos niños sufren una regresión más paulatina, o menos intensa, otros ya muestran características autistas prácticamente desde el nacimiento. No había sido el caso de Pablo, que había sufrido una regresión instantánea y grave. Tuvo lugar dos semanas y cuatro días después de la muerte de Ángela, y dos semanas y cuatro días antes de que lo despidieran de su trabajo en el concesionario. De los tres días, Andrés recordaba el día de la regresión como el peor de todos.

El día de la regresión de Pablo. El día en que Pablo había dejado de ser Pablo.

Por aquel entonces vivían aún en su espacioso chalet adosado de dos plantas en una bonita urbanización de Las Rozas, en Madrid. Era jueves, pero era día festivo, así que Andrés se levantó un poco más tarde de lo normal. Comprobó que Pablo dormía. Ángela acababa de morir no hacía ni tres semanas y el recuerdo de su esposa era el

primer y último pensamiento de cada día en la mente de Andrés.

De hecho, así había empezado la mañana, pensando en ella. Poco podía imaginar que su último pensamiento antes de acostarse esa noche no iba a tener nada que ver con su esposa.

Los recuerdos de Ángela estaban por toda la casa: en el libro a medias en la mesita de noche, en su champú, que no se había movido de su sitio en las repisas de la ducha; en las fotografías de la pared mientras bajaba las escaleras, en las macetas mustias de la ventana de la cocina que ya nadie se ocupaba de regar, en su cereal favorito de la despensa.

Andrés tomó tres cafés cargados, pero no probó bocado; pasó media hora mirando a través de la ventana, vio cómo jugaban al baloncesto los niños de la casa de enfrente.

Ya había pasado un año desde aquel nefasto día y Andrés lo recordaba con todo lujo de detalles, hasta tal punto que a veces se preguntaba cuántos de aquellos detalles eran verdaderos recuerdos y cuántos de ellos eran producto de su imaginación.

Uno de esos detalles era una mosca que se había plantado encima de una fotografía de los tres que tenía en el frigorífico. Estaba dentro de un marco de plástico adherido al metal gracias a su revés magnético. Era la foto familiar de las últimas navidades. Él vestía un traje azul marino y corbata a juego, Ángela lucía un elegante vestido rojo vino y Pablo sonreía de oreja a oreja vestido de Papá Noel. La mosca se había detenido encima de la sonrisa de Pablo. Fue entonces cuando escuchó un golpe que venía de arriba. Pablo se había despertado. Empezó a llamarlo, pero el niño no contestaba. Entonces se escuchó otro golpe sordo y Andrés se fue escaleras arriba.

Cuando encontró a su hijo nada parecía extraño. Pablo estaba sentado en la cama y los juguetes estaban en su lugar. Pablo estaba mirando fijamente las maquetas de aviones que colgaban del techo.

—Venga, Pablo, ¿quieres desayunar?

Pablo no contestaba. Andrés se le acercó y comprendió que algo iba realmente mal cuando vio la cara de su hijo. Era una cáscara vacía, era un disco duro sin contenidos. Cuando consiguió atraer su mirada tras varios zarandeos comprobó que su hijo ya ni siquiera le reconocía. Andrés sabía del autismo lo mismo que sabe cualquiera, aunque eso le bastó para diagnosticarlo allí mismo, supo que no era una reacción traumática por la muerte de la madre, supo que no era algo leve ni pasajero. Simplemente su hijo ya no estaba allí.

El *shock* por la muerte de la esposa, irónicamente, ayudó a Andrés a superar aquel día, aparentemente con menos emoción de la debida. Andrés sentía que sangraba por dentro con un dolor inexplicable, aunque ese dolor no se reflejaba por fuera. Luego vino el diagnóstico oficial, la pérdida del trabajo en el concesionario y la pérdida de aquella casa. Durante las semanas que siguieron a aquellos devastadores

acontecimientos, Andrés solía preguntarse si todo era resultado de algún mal que él le había hecho a alguien en el pasado, si todas sus desgracias eran un simple castigo divino. No lograba recordar haber hecho nada para merecer aquello.

De vuelta al presente, mientras Andrés recogía el correo y se dirigía de regreso a casa, supo que las cosas iban a cambiar, las cosas ya estaban cambiando. De hecho, ni siquiera se apresuró, sabía que cuando entrara en el piso Pablo seguiría tal y como lo había dejado un minuto antes, jugando con el iPad con una sonrisa. Quién sabe, a lo mejor incluso podría encontrar un trabajo bien pagado de nuevo. Lo de guardia jurado era solo pasajero, solo necesitaba que la economía despuntara un poco y surgieran nuevas oportunidades. Pablo hablaría cada vez más, acabaría superando el autismo y serían felices los dos juntos, irían de viaje, le enseñaría a jugar al fútbol y al ajedrez. Pablo le presentaría a su primera novia cuando fuera adolescente, celebrarían juntos la llegada al mundo de su primer nieto, le hablaría de cómo era su madre, serían felices.

Era solo cuestión de tiempo, había que pasar la mala racha.

Entró en el piso y dejó las cartas sobre la mesa de la cocina. Pensó en sentarse a abrirlas sin echarle un ojo a Pablo, pero se dijo que no había que tentar tanto a la suerte.

Aunque trataba de engañarse a sí mismo fingiéndose relajado, sentía que sus hombros estaban soportando una carga invisible, como si acarreará cientos de kilos de sufrimiento. Tenía todo el cuerpo en tensión, los ojos muy abiertos, y podía sentir los latidos del corazón en sus sienes.

Cuando se asomó a la puerta del dormitorio sintió un latigazo eléctrico por todo el cuerpo.

Pablo seguía sentado en la cama ordenando las letras de aquellas palabras en la aplicación especial para niños del iPad.

Andrés se sintió inundado por sus emociones. Acababa de dejar a su hijo desatendido durante dos o tres minutos y el niño no se había golpeado, no se había escapado, no había roto nada.

¿Era cierto todo aquello?, ¿estaban funcionando aquellos nuevos medicamentos que había encontrado?, ¿y por qué sentía él esa calma tan de antes? Esas pastillas para la presión le hacían sentir como un adolescente.

Volvió a la cocina y comprobó que no había ni una sola factura. Le había llegado un nuevo envío de medicamentos para él y para Pablo, además de una carta del banco. Las cartas del banco siempre traían malas noticias, aunque esta vez no se alteró lo más mínimo y rasgó suavemente el sobre por un lado.

La carta, redactada en un tono de disculpa casi patético y firmada por el mismísimo director de la sucursal, le informaba de que el banco había cometido un error al denegarle una compensación por la muerte de su esposa (el seguro de vida

que tenía sí se podía aplicar en las circunstancias en las que su esposa había fallecido), se lamentaba de los inconvenientes que Andrés hubiera podido sufrir como consecuencia directa del error y le informaba de que estaba en su pleno derecho de buscar acción legal contra el banco, pero que si no deseaba hacerlo, el banco le ofrecía un sustancioso porcentaje en concepto de intereses por el tiempo transcurrido y dejaba incluso abierta la posibilidad de negociar compensaciones adicionales. En la parte de abajo de la carta aparecían mil y una maneras de contactar con el banco y sus abogados.

Andrés dejó la carta sobre la mesa, se quitó las gafas y giró la cabeza hacia la ventana de la cocina respirando profundamente, escuchando los suaves sonidos que venían del dormitorio, el roce de las manos de Pablo con las sábanas de la cama mientras jugaba con el iPad y, más a lo lejos, el eco de la música rap que escuchaba algún vecino, amortiguada en las paredes, muebles y masa de aire que la separaban de sus oídos.

Tenía las palmas de las manos sobre la mesa, los brazos estirados y el cuerpo descansando sobre ellos.

La cabeza agachada. Los ojos suavemente cerrados.

La carga invisible había desaparecido. Su cuerpo parecía haberse desinflado, era como si le hubieran abierto una válvula en el cuello que dejaba entrar el aire en sus pulmones a grandes y lentas inspiraciones. El aire salía mediante espiraciones que acariciaban sus labios y le producían una sensación de cosquilleo en la nuca.

¿Tenía un ángel de la guarda?, ¿un protector, como el criminal de *Grandes esperanzas*? Siempre había sido uno de sus novelas favoritas.

Sobre la mesa de la cocina estaba la foto de Ángela, que parecía sonreírle más ampliamente que nunca.

—¿Lo ves, Ángela?, te lo dije.

* * *

Andrés Martín aceptó la oferta del banco sin preocuparse demasiado de cuánto más podría haber sacado poniéndoles una demanda. La compensación en sí misma le permitía hacer frente a los gastos y, lo mejor de todo, llevar a Pablo a una escuela privada. Así que cambió a su hijo al mejor centro especializado que encontró y lo inscribió en todas las terapias posibles, aunque tuviesen un coste extra. Había terapias de percepción sensorial, de apreciación musical, de destrezas sociales y, por supuesto, de desarrollo del lenguaje. Incluso pudo deshacerse del triste piso y alquilarse un adosado de planta baja con jardín, más modesto que la casa donde había vivido con su mujer, pero una casa con jardín al fin y al cabo. Allí, en aquel pequeño jardín,

volvió a celebrar un nuevo cumpleaños de Pablo como hicieran tres años antes, en un improvisado *picnic* sobre el césped. Ya no había piscina, mas el cielo sobre sus cabezas tenía el mismo azul intenso.

Andrés se podría haber permitido incluso contratar a una enfermera que cuidara del niño por las tardes y los fines de semana para que él pudiera darse un descanso, ir al cine... Esto último no le convencía. Andrés aprovechaba cada segundo libre que tenía para disfrutar de la compañía de su hijo Pablo.

Pero sobre todo estaba pletórico porque por fin había dado con la cura que Pablo necesitaba: el novedoso cóctel de vitaminas estaba dando resultado. Ya solo era cuestión de seguir remando a favor. Todo iba a mejorar, no tenía duda. Incluso pensó dejar las pastillas que tomaba para la tensión; últimamente se sentía muy relajado, casi podría decir que feliz.

Andrés había compartido su experiencia con la terapia en foros de internet para padres. Hasta se había atrevido a escribir un pequeño resumen de su historia y lo subió a un blog personal, al igual que hacían otros padres. Nunca se le habían dado bien las palabras escritas, pero cuando comenzó a hablar sobre el pequeño Pablo las frases parecían fluir por sí solas.

Llamó a su blog «Su primer paso».

Mi hijo Pablo es mi héroe. Todo empezó de repente, pocos días después de comenzar con la nueva medicación. Me imaginé entonces que mi niño era un corredor de 100 metros lisos, 100 metros que le separaban de la normalidad. Después de muchos meses sin apartarse de la línea de salida, había dado por fin su primer paso.

En el blog había recibido muchos mensajes de ánimo. Incluso había recibido apoyo profesional de un doctor llamado Telmo Vargas que participaba activamente en uno de los foros para padres con niños con problemas.

Hay gente buena en la tierra, pensó. Los pequeños ejercicios para hacer en casa que le había propuesto el doctor Vargas habían sido de gran utilidad para mejorar la concentración de su hijo y servían como un refuerzo impagable a las intensas terapias que recibía en la escuela especial. El doctor Vargas era una persona excepcional, no solo le daba consejos sobre el niño, también le había ayudado a él mismo a saber llevar la situación, a saber cuidarse mejor. Todos aquellos consejos se los había dado a través de un foro gratuito, sin cobrarle ni un solo euro.

Por amor de Dios: ni siquiera sabía qué aspecto tenía el doctor Vargas, ni dónde vivía. Hubiese querido darle las gracias personalmente.

Hay gente muy muy buena en la Tierra.

Andrés estaba pensando en su buena fortuna cuando apareció el cartero y dejó unas cuantas cosas en su buzón. Andrés, con la puerta de la nueva casa entreabierta para no perder contacto con su hijo, que jugaba sobre la alfombra del salón, tiró la colilla del cigarro, cruzó el jardín y se fue al buzón a recoger el correo. Le sorprendió

encontrarse con el familiar paquete de pastillas. No recordaba haber cambiado su dirección en la cuenta que tenía con la tienda de medicamentos alternativos y en el paquete figuraba su nueva dirección, no la pegatina de reenvío de la oficina de Correos. A lo mejor había actualizado la cuenta y ya no se acordaba. No le dio mayor importancia.

Entró en la casa. Pablo seguía sentado sobre la alfombra del salón concentrado en el iPad, jugando a un juego de operaciones matemáticas simples. Andrés abrió el paquete de las medicinas. Pensó en dejar de tomar las pastillas para la presión. Se sentía perfectamente, aunque, por otro lado, se dijo que eran aquellas pastillas las que hacían que se sintiese tan bien manteniendo controlada la presión sanguínea. Llenó un vaso de agua en la cocina y se tomó las píldoras. Después sacó las vitaminas de Pablo.

—Pablo —llamó en voz alta—: es la hora de la medicina.

Después de darle sus vitaminas especiales, dejó a Pablo entretenido en el salón de la planta baja y se fue escaleras arriba para ordenar un poco las habitaciones.

Apenas llevaba diez minutos haciendo las tareas domésticas cuando comenzó a sentir una sensación muy desagradable. Andrés no entendía qué estaba pasando. De repente le molestaba el más mínimo ruido, el simple roce al abrir un cajón le hacía estremecer, como si arañara una pizarra, como el chirriante ruido de unas garras contra la piedra. Abrió la ventana. Tenía la impresión de que faltaba el aire. Tenía el corazón acelerado y le sudaban las palmas de las manos. Los sonidos del exterior, el trino de los pájaros, el ladrido de un perro, la música que salía de la casa de algún vecino, todos los sonidos le resultaban enormemente molestos, intrusivos, como si quisieran agredirle. Cerró la ventana con violencia. Estaba temblando.

Entonces se desencadenó el infierno en la Tierra.

Le costó entender qué era aquel nuevo ruido, aquel sonido estridente que había surgido de la nada. Se tapó los oídos hasta que comprendió que se trataba de Pablo. Su hijo estaba gritando a pleno pulmón, destrozándose la garganta en el salón.

Andrés bajó las escaleras de cuatro en cuatro y encontró a Pablo convulsionando sobre la alfombra como si lo tuvieran en la silla eléctrica.

Con el corazón en la boca, Andrés se abalanzó sobre él para sujetarlo, pero no fue tan fácil. Cuando intentó rodearlo con los dos brazos, el niño, en sus convulsiones, le dio patadas en la cara con una fuerza inexplicable. Andrés vio una gota de su propia sangre sobre la blanca superficie del iPad en el que instantes antes el niño jugaba plácidamente.

Aquello no podía estar pasando. Andrés se quedó congelado durante unos segundos mientras Pablo doblaba y desdoblaba la cintura a una velocidad inhumana, golpeándose en la cabeza contra el suelo cada vez que retrocedía. Si lo dejaba se iba a matar. Ya ni siquiera gritaba, como si quisiera concentrar todas sus energías en las

convulsiones.

Con su brazo izquierdo le rodeó las piernas y aprovechó que Pablo volvía a doblar la espalda para rodearle el torso y los brazos con el brazo derecho.

Lo tenía perfectamente atrapado, ahora solo había que esperar.

Pero aquello costaba demasiado. Andrés no podía entender que un crío de tres años tuviera tantísima fuerza. Tenía todos los músculos de su cuerpo en tensión sosteniendo a Pablo, atrapado con el cuerpo doblado en forma de ele. La cara de su hijo quedaba junto a la suya, enrojecida, desencajada. Pablo emitía un gruñido extraño, como un animal rabioso, respirando ruidosamente, tensando su cuerpo con todas sus fuerzas.

Andrés recibió un par de cabezazos en la frente. La nariz le ardía, aunque ni siquiera se preocupó de que estuviese rota mientras la sangre caía sobre la moqueta.

Tras cinco interminables minutos, Pablo pareció calmarse y Andrés relajó un poco la tensión, aquello terminaría de un momento a otro.

Empezó a escuchar su propia respiración...

El tictac del reloj de la cocina.

Tic.

Tac.

Tic.

Sin aviso alguno, Pablo gritó otra vez a pleno pulmón como si lo estuvieran quemando vivo en la hoguera. Su padre recibió otro cabezazo. Andrés comenzó a gritar de rabia y descargó toda la energía de su ser en impedir que su hijo volviera a convulsionar de aquel modo. Apretó y apretó y apretó. Pablo seguía ejerciendo presión para liberarse del abrazo, pero la fuerza del padre le superaba. Andrés siguió apretando a su hijo entre sus brazos a pesar de que sentía que estaban en llamas. Apretó aún más fuerte y Pablo dejó de gritar una vez más.

Se escucharon dos crujidos secos.

Pablo ya no forcejeaba, pero Andrés mantuvo la presión durante dos minutos, intentando contener su propio temblor. Respirando, respirando, respirando, dentro y fuera, dentro y fuera...

... dentro...

... y fuera...

Finalmente relajó la tensión y fue echando el torso del niño hacia atrás.

Fue entonces cuando comprendió que su hijo tenía el cuello roto. Comprendió también que ya llevaba varios minutos muerto y que lo había matado él mismo, su padre, la persona que más lo quería en el mundo.

Alicia

Alicia: creo que las vitaminas están dando resultados increíbles!

Dr.Vargas: me alegro mucho de oír eso, es muy importante que David se tome todos los suplementos

Alicia: el avance todavía es pequeño, pero creo que David está más despierto, es como si su mente se hubiese puesto a funcionar

Dr.Vargas: ¿qué mejorías has notado, exactamente?

Alicia: en realidad ha mejorado en todo, hace pequeños movimientos coordinados, se concentra en las cosas en vez de estar siempre mirando de un lado a otro, no es que nada haya mejorado en nada espectacularmente, aunque todo en general ha mejorado... un poco...

Dr. Vargas: uno de los padres de mis pacientes escribió en su blog que imaginaba que su hijo era un corredor de 100 metros, que por fin había dado su primer paso hacia la meta. La meta queda lejos, pero ya empezamos a acercarnos. Tu hermanito ya ha dado su primer paso.

Alicia: sí, sí, eso es!

Dr.Vargas: todo eso es una consecuencia de las vitaminas y de los ejercicios, los padres que llevan a cabo estas terapias intensivas comienzan a notar resultados casi desde los primeros días

Alicia: lo sé, lo sé, he leído toda la información

Dr.Vargas: las rutinas de ejercicios son muy duras, hay que dedicarle muchas horas cada día, ¿estás repartiendo el trabajo con tu madre?

Alicia: no, mi madre dice que son tonterías, ella piensa que David nunca mejorará

Dr.Vargas: se equivoca, tu madre es muy egoísta por no preocuparse de su hijo

Alicia: lo sé, y yo es que no puedo entenderlo

Dr.Vargas: verás, querida Alicia, yo tampoco lo entiendo, no entiendo cómo una madre puede desentenderse de su hijo, cómo puede darle la espalda y negarle la oportunidad de que su vida sea mejor

Alicia: va a pensar que somos una familia horrible

Dr.Vargas: no te incluyas, tú eres una gran persona, es tu madre quien se merece esos calificativos

Alicia: gracias por su apoyo, si no es por usted no sé qué habría hecho

Dr.Vargas: no hay de qué, es mi deber

Alicia: ojalá hubiese más personas como usted en el mundo

Dr.Vargas: cada uno de nosotros lleva algo muy especial dentro, tú también, mi querida Alicia, eres una chica muy especial

Alicia: es usted muy amable, ahora tengo que irme

Dr.Vargas: hasta pronto, Alicia

Alicia apagó el ordenador y bajó de dos en dos las escaleras canturreando una

canción. Estaba la mar de contenta. Pasó junto a su madre, que miraba la televisión en el salón con un cigarrillo en la mano. Milagrosamente no estaba bebiendo nada de alcohol. Alicia se moría por explicarle todo lo que estaba haciendo con David, pero se mordió el labio inferior y se mantuvo en silencio. El mejor modo para no discutir con su madre era no cruzar una palabra con ella. Cualquier cosa encendía la chispa de una pelea entre las dos.

—Alicia, ¿puedes dar de cenar a tu hermano?, por favor —dijo su madre.

—Sí mamá, ahora voy.

Alicia fue a la cocina y sacó unas lonchas de queso de la nevera. Se preparó un sándwich que fue mordisqueando mientras calentaba la papilla de David. Sacó del bolsillo el frasco con las vitaminas y vertió el contenido de dos píldoras en la papilla. Removió durante varios minutos, lo colocó todo en una bandeja y subió a su habitación. Sentó a David en su regazo y empezó a darle de comer.

Tenía la impresión de que todo iba a mejorar, no sabía exactamente cómo, era más bien que la impresión se había instalado en su estado de ánimo.

La papilla chorreaba por la boca de David.

—David, cariño, ¿es que nunca vas a aprender a tragar?

El cuerpecito de David se convulsionó.

—No, no, mi chico guapo. Tómate tu tiempo, todo el tiempo que necesites. — Alicia le acarició las mejillas—. Dentro de nada vas a poder tragar sin problemas, ya verás.

El pequeño se tranquilizó y Alicia siguió metiéndole cucharadas en la boca mientras le sostenía la carita mirando hacia arriba. Después de cada cucharada le masajeaba el cuello desde la barbilla ayudándole a tragar, tal y como había aprendido en uno de los ejercicios. Cuando se acabó la papilla le dejó en la cama de lado, para que no se asfixiara si vomitaba, rodeado de cojines. David sonreía con su carita angelical, siguiendo con la mirada a su hermana. Alicia se reclinó sobre su hermano y le susurró al oído.

—David, sé que estás ahí dentro, atrapado, pero yo te voy a sacar, te lo prometo.

Estaba segura de que David entendía todo lo que ella le decía, todo lo que ocurría a su alrededor.

Después, Alicia se sentó frente a su ordenador.

—Mira, tu hermanita ha grabado una canción, a ver qué te parece.

Se puso a mirar la canción que había grabado con la webcam un rato antes. Se quedó de piedra al escuchar la letra que tanto le había entusiasmado cuando la compuso. Ahora le parecía una basura. Era ridículamente alegre, parecía una de esas sintonías de las telecomedias o un maldito anuncio de compresas. La letra hablaba de «tú y yo» y de «un lugar donde perdernos» y también decía cosas horribles como «el aliento del mar respira nuestra felicidad». Incluso aparecía la palabra «amor».

¿«Amor»?

Alicia borró el archivo y lo eliminó de la papelera de reciclaje para que en todo el universo no quedase el menor rastro de aquello.

No era solo por la letra. Es que se había visto a sí misma tan feúcha en la grabación de la webcam, atreviéndose a sonreír a la cámara, con ese pelo lacio cayéndole detrás de las orejas y la mirada huidiza...

«¿Amor? ¿De qué vas, Alicia? Nadie se va a enamorar jamás de ti».

Se echó a llorar. No pudo evitarlo. Se tapó la cara con las manos, dando la espalda a David para que no la viese llorar. ¡No se sentía mal ni nada! Casi no podía respirar. Se estaba ahogando y no podía dejar de llorar.

—¡Ta!

¿«Ta»?

Alicia se volvió para mirar a su hermano. Se enjugó las lágrimas. David había soltado un grito. Tumbado sobre los cojines agitaba los brazos arriba y abajo y doblaba el cuello hacia atrás. Alicia comprendió que buscaba con la mirada las hojas de ejercicios que había clavadas en la pared con chinchetas.

—¿Quieres trabajar, verdad? —preguntó Alicia.

—¡Ta!

El niño miró a la pared y después clavó sus pupilas en su hermana, expectante. Alicia estaba emocionadísima. David era un valiente. Si él estaba dispuesto a luchar, ella no se iba a rendir.

—Tienes razón, cariño —reconoció—. No sirve de nada llorar.

Alicia respiró hondo. Sus pulmones exhalaban el sonido cavernoso del mar en una gruta marina subterránea. Se sonó los mocos con un pañuelo de papel y se puso a revisar la tabla de ejercicios programados para el día. Tocaba movilidad de las extremidades y después estimulación lumínica. Tendió una manta en el suelo y se descalzó para estar más cómoda. David seguía todos sus movimientos con expectación. Estaba excitado y feliz.

—Vamos a ello —anunció.

Lo tumbó en la manta y comenzó con los movimientos siguiendo las indicaciones de los diagramas de ejercicios. Alicia le ayudaba a estirar los bracitos y las piernas. Le hacía rodar en el suelo de izquierda a derecha. Flexionaba las articulaciones y dejaba que David volviese a estirar el brazo o la pierna. Lo sentaba frente a sí, entre sus piernas, y le ayudaba con ejercicios del cuello: rotatorios, girando a un lado y otro, arriba y abajo. Repetía el ciclo de movimientos una y otra vez, controlando el tiempo y el número de repeticiones. Una y otra vez.

La clave estaba en la repetición. Los músculos enviaban información del movimiento al cerebro y el cerebro registraba esos movimientos y establecía nuevas conexiones neuronales. Alicia había leído tanta información en internet sobre las

terapias que podría escribir una enciclopedia sobre el tema.

Una hora más tarde llegó el milagro. Alicia no podía creerse lo que tenía delante. Cambió cuidadosamente las condiciones del «experimento» para comprobar si se producía el mismo efecto. Se produjo.

Soltó un grito de alegría.

Se echó el pelo hacia atrás y volvió a mirar a David. Aquello era increíble.

Bajó las escaleras y se encontró a su madre barriando el suelo del salón. Definitivamente aquello tenía que ser un sueño.

—Mamá.

—Dime, Alicia —respondió su madre sin mirarla.

—Mamá, tienes que ver esto.

Mientras subían las escaleras Alicia pensó en las innumerables horas de trabajo, horas robadas al sueño, a sus canciones, horas robadas a su vida, y se dijo que todas aquellas horas habían merecido la pena.

Abrió la puerta del dormitorio y comprobó que lo que había presenciado instantes antes no había sido un sueño. Su madre se quedó con la boca abierta.

David estaba sentado en el suelo, perfectamente incorporado, sosteniendo el tronco erguido sin ningún tipo de ayuda con una sonrisa en los labios, agitando rítmicamente un sonajero que tenía fuertemente agarrado con la mano izquierda.

Sus ojos, encima de aquella angelical sonrisa, miraban fijamente a Alicia.

Carla

Carla tenía que hacer un esfuerzo para sostener la mirada del hombre que tenía frente a sí. Abrazándose a sí misma se sentía fatal, frágil como un terrón de azúcar bajo un aguacero, a punto de desmoronarse en cualquier momento.

Era la hora del almuerzo y la afluencia de gente a la cafetería del hospital era cada vez mayor. Carla solo había sido capaz de beber un poco de agua y entonces le vinieron otra vez las náuseas.

Sentado frente a ella, ajeno al creciente bullicio, Héctor Rojas estaba relatando en voz baja y rostro sombrío las circunstancias en las que habían encontrado a Irena Aksyonov:

—El cuerpo ha aparecido en un vertedero a las afueras de Málaga. Lo encontraron unos rumanos que estaban rebuscando en la basura.

—Dios mío, pobre chica —se lamentó Carla—. ¿Cómo... cómo murió?

—Politraumatismo craneal. La golpearon repetidamente en la cabeza con un objeto contundente. El cuerpo estaba en muy mal estado, tenía el rostro totalmente destrozado a golpes.

Carla se llevó una mano a la boca, horrorizada.

—Santo Dios... ¿Qué clase de monstruo puede hacer eso? —musitó. Todo daba vueltas a su alrededor. Tenía la vista nublada y sentía que se hundía muy despacio.

—Un monstruo sin alma —sentenció Héctor Rojas.

Sus palabras se perdieron en el entrecuchar de platos y cubiertos y las conversaciones de la cafetería. Permanecieron sin decir nada unos minutos. Carla hizo lo posible por serenarse. La sangre batía en sus oídos con un zumbido sordo.

—La policía científica ha determinado que la muerte se produjo poco después de su desaparición —dijo Héctor Rojas—. Hay cierto margen de error, pero casi con seguridad no transcurrieron más de un par de horas. Como nadie abandonó la residencia de los Aksyonov desde que saltaron las alarmas eso significa que quien mató a la pobre chica y la dejó en ese vertedero no se encontraba en el interior de la propiedad.

—Es lo que usted pensó desde un principio... —murmuró Carla.

El funcionario asintió levemente.

—La policía no ha tenido más remedio que empezar a trabajar con la hipótesis del secuestro. Si nadie de los que se encontraban allí salió de los límites de la mansión en ningún momento, entonces ninguno de ellos pudo sacarla. —Mientras hablaba, el funcionario trazaba círculos en la mesa con el dedo índice—. Lo único que cabe pensar es que alguien tuvo que entrar y llevársela. Así que han retirado los cargos contra su padre.

—Pero ¿tienen alguna idea de quién pudo secuestrarla?

—Creo que los investigadores que llevan el caso están tan desconcertados como nosotros. La versión oficial es bastante contradictoria. Ahora sostienen que se trata de un ajuste de cuentas. Una venganza contra Serguei Aksyonov.

—¿Un ajuste de cuentas? —Carla entornó los ojos confusa. La fatiga se extendía por su cuerpo como anestesia.

—Al parecer los negocios de Serguei Aksyonov no son limpios —explicó Héctor—. Estaba siendo investigado por la policía desde hacía meses. Se le vincula con las mafias ucranianas que operan en España. Por lo que he podido saber, la policía sospecha que las mafias rusas utilizan su flota de barcos mercantes para transportar armas y drogas desde las antiguas repúblicas soviéticas hasta Europa y África. La Brigada contra el Crimen Organizado de la Policía Nacional se ha metido en el caso. Ellos creen que el secuestro y la muerte violenta de Irena Aksyonov no es más que un ajuste de cuentas de la mafia rusa.

—Un ajuste de cuentas... la mafia rusa... —repitió Carla—. ¿Usted también lo cree?

El funcionario negó con la cabeza.

—No hay que saber mucho sobre cómo actúa la mafia rusa para darse cuenta de que unos sicarios hubiesen utilizado... otros métodos, por así decirlo. Habrían asaltado la casa por la fuerza provocando una masacre. Para ser sicarios de la mafia, desde luego se tomaron muchas molestias para pasar inadvertidos. Varios hombres colándose en una propiedad sin ser vistos, sin dejar una sola huella. Con el personal de seguridad en alerta. No me lo creo —negó repetidamente con la cabeza mientras hablaba.

—Usted sigue pensando que fue el acosador de internet... —Carla reprimió un escalofrío.

—Lo que yo creo es que esto no tiene nada que ver con un ajuste de cuentas. Al menos, no como lo entiende la policía. ¿Qué sentido tendría entonces el mensaje que recibió Serguei Aksyonov? Alguien que se hace llamar doctor Vargas le advierte que va a secuestrar a su hija. Lo pone en alerta a propósito. Después, Aksyonov recibe el mismo mensaje que han recibido otros padres. Unos padres que fueron manipulados para sentirse culpables de la muerte de sus hijos. Esa frase que recibió Serguei Aksyonov en el móvil de su hija, «Caiga sobre ti...», es una especie de marca del mismo psicópata. Estoy seguro.

Carla clavó la mirada en el funcionario con ambas manos sosteniendo la cabeza como si se tratara de un balón de fútbol.

—Pero, suponiendo que tenga razón —dijo—, suponiendo que quien la secuestró fue el mismo individuo que estamos buscando, el modo en que desapareció sigue siendo un misterio.

Héctor Rojas depositó su maletín sobre la mesa. Sacó una carpeta de cartón y la abrió.

—Esto es una copia del sumario judicial —dijo señalando el grueso fajo de papeles en la carpeta—. Si le interesa leerlo detenidamente, luego le enviaré una copia por correo electrónico.

Pasó las hojas hasta encontrar la imagen impresa de una fotografía aérea.

—Es la mansión de los Aksyonov —dijo—. Quería enseñarle esto. ¿Ve estos conos a lo largo del muro? Los dibujé yo mismo; representan el ángulo de visión de las cámaras de vigilancia. —Carla observó la fotografía. Las sienes le latían con fuerza—. Como puede ver, no hay forma de saltar el muro sin ser captado por alguna de las cámaras —explicó Héctor—. Excepto aquí. —Señaló a un punto sobre la fotografía—. Verá, esta mañana he hablado con un experto en seguridad de este tipo de mansiones de lujo. Los detectores de movimiento habituales, por infrarrojos, que se utilizan en recintos interiores como los museos, no sirven en estos casos, al aire libre. Darían continuamente falsas alarmas por el movimiento de pequeños animales, roedores o pájaros. Así que se suelen utilizar cámaras de vigilancia con un software especial que analiza el movimiento de las imágenes. Si son cuerpos pequeños los descarta como intruso. El software es capaz de reconocer un cuerpo humano en la imagen, o con apariencia humana...

—El simio... —dijo Carla— hizo saltar la alarma.

—Exacto. El sistema de vigilancia funcionó perfectamente. Si alguien más hubiese saltado ese muro hubiese sido detectado también. A no ser que..., fíjese en esto.

Héctor desplazó el dedo sobre la fotografía, en una estrecha franja entre dos conos.

—Hay un ángulo muerto entre estas dos cámaras, ¿se da cuenta?

—¿Piensa que alguien pudo colarse por ahí sin ser visto?

—Podría ser. Puede que ese sujeto hiciese el mismo análisis que yo. Solo se necesita una imagen de Google y los datos del fabricante de las cámaras, que también se pueden encontrar en internet. Aunque esto tiene un problema. —Héctor señaló un rectángulo azulado—. Es una piscina. La piscina se interpone en el ángulo muerto.

—Entiendo. Si alguien aprovechó el ángulo muerto para colarse tendría que haber cruzado esa piscina a nado para que no lo captasen las cámaras —reflexionó Carla.

—Así es.

—Bueno, eso es posible, ¿no cree? Al menos es una explicación. Podría haber entrado por ahí.

—Eso pensé yo al principio. El problema es que eso sigue sin explicar cómo se las apañó después para salir con Irena Aksyonov. Imagínese: cruzar a nado esa piscina llevando consigo a alguien a la fuerza.

—Irena podría estar drogada, dormida —señaló Carla. Intentaba buscar una lógica en todo aquello.

—Bueno, no sería fácil nadar esa distancia justo por el centro arrastrándola consigo —dijo Héctor Rojas frunciendo el ceño—. Además, si estaba dormida, ¿cómo se las apañó luego para saltar el muro con ella y alejarse de allí?

—Podrían ser varios. Tal vez cargaron con ella en brazos.

—Varias personas cargando con una chica hubiesen llamado la atención. Tendrían que haber recorrido un buen trecho. Mire. —Héctor señaló la fotografía aérea—. Solo hay un modo de aproximarse a la residencia de los Aksyonov en coche, y es utilizando esta salida de la autovía —indicó un trazado en el mapa—. Justamente aquí hay una cámara de control de tráfico y ningún coche pasó por allí. La policía revisó las cámaras de tráfico. Si alguien cargó con Irena, tuvo que huir a pie o bien por el norte, cruzando este campo de golf, o bien por aquí, atravesando esta franja de terreno baldío hasta la autovía, ¿ve lo que quiero decir?

—No estoy segura...

—En algún lugar tenía que esperarles un coche. El único sitio sería aquí —señaló una carretera que discurría por el norte—, y para llegar tendrían que cruzar el campo de golf a pie. O bien por aquí y que alguien les recogiese en la autovía. En el campo de golf había varios operarios a aquellas horas. Cortando el césped, trabajando en mantenimiento del sistema de riego. La policía les interrogó. Consta en el informe. No vieron a nadie. Cualquiera que hubiera pasado por allí tendría que haber llamado su atención. Y más si eran varios hombres cargando un bulto.

—Lo lógico es que hubiesen ido hacia la autovía. Está más cerca.

—Exacto. Pero desafortunadamente para los secuestradores había un atasco en ese momento. Justo aquí, en este punto, a un kilómetro de la mansión de los Aksyonov, se produjo un accidente. Un conductor bebido embistió a otro coche al adelantar a un camión. La carretera estuvo cortada durante una hora. Acudió la Guardia Civil. Esta autovía recoge parte del tráfico de salida de Málaga hacia Marbella. El accidente produjo varios kilómetros de retenciones. Si los secuestradores esperaban que un coche les recogiese en la autovía, tuvieron la mala suerte de encontrarse con el atasco.

Carla cerró los ojos con fuerza intentando pensar.

—Entiendo lo que quiere decir. Si no pudo recogerles un coche por culpa del accidente —dijo—, tendrían que haber caminado a pie por el arcén. Cargando a Irena, o llevándola por la fuerza. Hubiesen llamado la atención de los conductores bloqueados en el atasco.

—Así es. En teoría, el accidente debería haberles complicado la huida. Es el típico imprevisto que frustra el crimen más cuidadosamente planeado. Aunque el hecho es que, a pesar de todo, Irena desapareció sin dejar rastro, sin que ningún

testigo viese nada sospechoso. Pienso que debieron utilizar otro modo de huida. El problema es que se nos acaban las posibilidades.

—Supongo que la idea de un helicóptero o algo parecido está descartada —dijo Carla a la desesperada.

—Totalmente.

—Pero de algún modo tuvieron que sacarla —resopló Carla.

—Supongo que estamos enfocando el asunto de un modo equivocado. Creo que ese individuo tenía un plan diferente. Cuando amenazó al padre de Irena con secuestrar a su hija debía de estar muy seguro de sus posibilidades. —Héctor apretó los puños—. Debía de estar muy seguro de que Serguei Aksyonov no podría hacer nada. Ponerlo en alerta era parte de su plan. Para que se sintiese frustrado al no poder hacer nada por impedir que su hija desapareciese. Por el amor de Dios. No quiero imaginar lo que habrá sentido ese hombre al saber que su hija ha aparecido muerta de un modo tan horrible. Yo también tengo una hija. Tiene veinte años y estudia en la Facultad de Bellas Artes. Si a mi hija le ocurriese algo semejante, no podría seguir viviendo. No me gustaría estar en la piel de Serguei Aksyonov.

La miró a la cara. Héctor tenía los ojos empañados.

Se miraron en silencio.

—Sea como fuere —dijo Héctor Rojas lacónico—, mientras la policía busca culpables entre los sicarios de la mafia rusa ese psicópata sigue haciendo de las suyas. Esta vez ha provocado la muerte a un pobre niño de cuatro años.

Carla no quería seguir escuchando. No quería estar allí, no quería saber nada de aquello.

Pensó en Irena Aksyonov muerta a golpes, en su hermano al borde de la muerte.

Se obligó a seguir manteniendo aquella conversación como si la fachada exterior que mostraba fuese la de otra persona, la de una mujer sin miedo. La de una mujer valiente capaz de enfrentarse a psicópatas, a especular sobre muertes violentas como quien habla de cotilleos de famosos. Pero sabía que esa mujer en realidad no era ella y que en cualquier momento esa fachada se iba a desmoronar y dejaría al descubierto a una mujer muy asustada.

—Lo sucedido es muy triste —relató Héctor—. No cabe duda de que estamos ante un psicópata retorcido y sin alma. Esta vez manipuló las medicinas que alguien compraba en internet para el tratamiento de su hijo.

—¿Ha envenenado a un niño? —preguntó Carla envarada.

—Peor aún. Verá, el niño era autista y su padre buscaba tratamientos alternativos que curasen a su hijo. Ya sabe lo que ocurre en internet —sonrió con tristeza—: hay personas sin escrúpulos que aseguran tener soluciones y remedios para muchas enfermedades incurables. La mayoría de esos tratamientos alternativos son inofensivos, o al menos no producen mayor daño, siempre y cuando no se deje el

tratamiento médico profesional. En este caso, el padre del chico compró en internet un complejo vitamínico que, supuestamente, iba a curar el autismo de su hijo. Pero lo que adquirió en realidad fue una potente droga estimulante del sistema nervioso central. Un cóctel de anfetaminas, cocaína, efedrina, metilfenidato y otras sustancias excitantes del sistema nervioso. La fuerte estimulación de las drogas hizo que por unos días el pequeño diese síntomas de aparente mejoría. Su padre pensó que por fin había dado con la cura que tanto ansiaba para el autismo de su hijo.

Carla estaba sin aliento, como si acabase de llegar después de una carrera.

—Unos días después de empezar a consumir esas drogas, el niño sufrió una crisis del sistema nervioso —relató Héctor con voz ronca—. Tuvo espasmos incontrolables. Fuertes convulsiones. Su padre intentó contenerlo. El niño murió en sus brazos, aplastado por la fuerza de su propio padre cuando intentaba sujetarlo para que no se hiciese daño.

—Por el amor de Dios, eso... eso es terrible —dijo Carla. La frente le ardía.

—Una pesadilla. Cuando el pobre hombre descubrió que él mismo había matado a su hijo se suicidó tirándose por una ventana. No pudo soportarlo. La policía encontró un pedazo de papel en la mano del hombre. Lo tomaron por una nota de suicidio, aunque no lo era. Alguien tuvo que dejar allí esa nota después de que se arrojase por la ventana.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque en ese pedazo de papel había escrita una sola frase —la miró a los ojos—: «Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí» —recitó con los suyos entrecerrados.

—Es él otra vez —afirmó Carla con voz temblorosa.

Carla sintió como que unos dedos de hielo le apretaban el estómago. Quedaron en silencio unos instantes.

—Sanidad está analizando las falsas medicinas —dijo el funcionario—. Hasta donde he podido saber, se necesitan conocimientos avanzados de química y acceso a ciertos fármacos para elaborar esas drogas.

—Eso nos da alguna información acerca de él —reflexionó Carla.

—Sí. El mensaje que recibió Serguei Aksyonov estaba firmado por un tal doctor Telmo Vargas. Puede que sea un verdadero médico —apuntó Héctor.

Carla sintió un escalofrío al pensar que un médico pudiese tener una mente tan retorcida.

—¿Había hijos adolescentes implicados? —preguntó Carla.

Héctor negó con la cabeza.

—Se rompe la cadena que habíamos establecido hasta ahora. Puede que el psicópata haya dejado de moverse por los foros de internet para adolescentes y utilice otros medios para encontrar a sus víctimas. Puede que foros sobre enfermedades,

medicinas o tratamientos alternativos.

—En cualquier caso sigue usando internet. Internet sigue siendo el mejor medio para averiguar cosas sobre los demás —dijo Carla—. La gente no es consciente de la cantidad de información sobre sí mismos que van dejando cada vez que hacen una simple búsqueda o visitan una página web.

—¿Cree entonces que será capaz de volver a encontrar su rastro?

—Estoy trabajando en ello. No paro de encontrar perfiles sospechosos. Puede que sean vulgares pedófilos o acosadores, o puede que alguno de ellos sea ese malnacido.

Carla abrió su ordenador portátil. Le dio la vuelta para enseñarle en la pantalla la conversación que había mantenido poco antes con alguien que se hacía llamar Chico_amor.

—Estuve revisando montones de perfiles sospechosos hasta que me encontré con este —explicó—. Su modo de hablar se parece al del individuo que contactó con las otras víctimas, incluida Irena Aksyonov.

Héctor Rojas estaba leyendo la conversación en la pantalla con el ceño fruncido. La frente se le llenó de arrugas.

Chico_amor: puedes confiar en mí, soy tu amigo, quieres que te cuente un secreto?

Virginia13: claro

Chico_amor: mi padre también me hizo daño una vez.

Virginia13: hablas en serio???

Chico_amor: sí, yo era un niño, tenía 10 años cuando me obligó a hacer algo... no quiero recordarlo

Virginia13: es algo malo, ¿verdad? yo quiero mucho a mi padre, pero siento que lo que me hizo es algo sucio

Chico_amor: así es. tu padre NO es una buena persona

Virginia13: qué puedo hacer???

Chico_amor: quieres que tu padre pague por lo que ha hecho?

Virginia13: quiero que no vuelva a tocarme

Chico_amor: quieres que se arrepienta con toda su alma?

—¿Quién es Virginia13? —preguntó Héctor.

—Es una chica de trece años. Pero no se preocupe. Ahora está a salvo. He cancelado su cuenta. Ahora yo soy Virginia13.

Chico_amor: puedes confiar en mí, soy tu amigo. quieres que te cuente un secreto?

—Podría ser —dijo Héctor Rojas con la mirada fija en la pantalla—. ¿Ha podido averiguar algo más sobre él?

Chico_amor: mi padre también me hizo daño una vez

—De momento, no. Sabe cómo enmascarar su conexión. Lo cual lo hace aún más sospechoso.

Chico_amor: así es. tu padre NO es una buena persona

Los ojos de Héctor estaban fijos en la pantalla recorriendo el diálogo una y otra vez.

Chico_amor: ¿quieres que tu padre pague por lo que ha hecho?

—Tenemos que avisar a la policía —musitó.

—Aún no. —Carla apretó los dientes—. Todavía no sabemos nada. Tampoco ha cometido ningún delito hasta ahora. Con esto la policía no pondrá mucho esfuerzo en averiguar quién es. Tengo que seguir hablando con él, esperar que cometa un error y nos dé alguna pista sobre su identidad.

Héctor se había echado hacia atrás y cruzaba los brazos.

—Tenga mucho cuidado: si es el psicópata que buscamos, no hace falta que le diga lo peligroso que es.

—No se preocupe, sé protegerme. Es imposible que sepa quién está detrás de Virginia13.

—Siento decirle esto, pero tampoco sabía quién era su hermano y, aun así, casi hace que le maten.

Carla se envaró en su asiento.

—Estoy tomando todas las precauciones —dijo—. Si es él, voy a averiguar quién es. Lo encontraré.

Héctor la miró por encima de sus gafas.

—Espero que lo haga antes de que él encuentre a su próxima víctima —dijo sombrío.

Alicia

Era todo muy confuso.

Alicia había notado algo extraño desde que llegó a la escuela por la mañana temprano, pero no supo lo que era exactamente hasta pasado el mediodía.

Los carteles con la cara de Erica habían desaparecido.

Lo primero que sintió fue una frustración enorme. Supuso que la desaparición de los carteles significaba que Erica había vuelto. Seguramente se había cansado de su aventura de sexo y drogas y había regresado a casa con sus papaitos. Y eso significaba que estaría de nuevo en el instituto y que volverían a verse las caras.

Ya se la estaba imaginando haciéndose la niña buena, pidiendo perdón por su falta de madurez y, al mismo tiempo, presumiendo por lo bajini de su aventura con la legión de seguidores que atraía.

Dios mío, iba a ser el centro del universo.

Pero había algo que no encajaba con su idea de una Erica reaparecida sana y salva, y ese algo eran las caras de los profesores.

El ambiente estaba cargado; los profesores, increíblemente serios, daban sus lecciones y se sentaban cabizbajos. Algo había pasado. Algo terrible.

Durante la última hora el profesor de inglés, el señor T., entregó a cada estudiante una carta dirigida a sus padres. La carta estaba sellada y el profesor insistió en que no tenían que abrirla.

Cuando el señor T. hubo terminado de explicar la gramática del día y sus estudiantes se afanaban en los ejercicios de inglés, Alicia pidió permiso para levantarse y acercarse a preguntarle algo.

El profesor se encontraba de espaldas garabateando instrucciones en la pizarra.

—Señor T., ¿qué ha pasado con Erica? —preguntó Alicia en un susurro.

—No puedo darte este tipo de información —respondió tajante.

—¿Es que se piensa que todos los estudiantes del instituto van a llevar esas cartas a casa sin abrirlas? Con que uno solo abra la suya nos enteraremos todos.

—Nadie hará tal cosa, Alicia. Necesitamos la firma de los padres de todos atestiguando la confidencialidad de la carta.

—Señor T., acabo de coger un sobre extra de su mesa y no se ha dado ni cuenta.

El profesor se giró para mirar al resto de los estudiantes, sentados en sus pupitres. Más de la mitad los estaban mirando fijamente.

—Alicia, ¿cómo te atreves? —dijo sin alzar la voz—. No te das cuenta de las consecuencias que una simple conversación contigo podría tener sobre mi vida y la de mi familia. He solicitado que te pusieran en otra clase, no sé por qué no te han cambiado el horario todavía.

Alicia lo taladró con la mirada. Hacía muchos días que no se hablaba del supuesto romance entre ambos y los comentarios en MyLife habían cesado, casualidades de la vida, en cuanto Erica había desaparecido. El señor T. tenía que haberse dado cuenta de eso.

Alicia, con los brazos en jarras, dejó claro que no se movería de allí hasta que no le dijese algo. Ya estaba harta de que todos la trataran como a una niña.

—Esta bien, joder —claudicó por fin el profesor—. Te contaré lo que sé en los pasillos, cuando termine la clase; intentemos que parezca que estamos hablando de cualquier tema académico y mantente a un metro de distancia en todo momento, ¿de acuerdo? —Estiró el brazo como queriendo alejarla de sí.

Veinte minutos después, Alicia caminaba por los pasillos del instituto a un metro de distancia del profesor.

—Parece ser que Erica ha sido captada. Un asunto terrible —dijo el señor T. como hablando al espacio vacío frente a él.

—¿Captada?

—Sí, podría estar en cualquier parte del mundo, captada por una red mafiosa. Obligada a prostituirse...

—¡Joder!, ¿cómo se sabe?

El señor T. miraba a un lado y a otro, nervioso; se notaba que lo estaba pasando mal.

—La información que nos han dado es que la policía detuvo a un joven hace una semana, un chico extranjero, que siempre estuvo en el punto de mira de la policía porque lo vieron merodeando por el instituto el día que desapareció Erica. Parece ser que acabó confesando que había engañado a Erica y la había puesto en manos de una red de prostitución. El joven iba a dar detalles sobre el secuestro y la trama, por eso estaba todo bajo secreto. Pero lo encontraron muerto ayer en su celda. Se suicidó.

Alicia no tenía palabras, no se podía creer que algo así hubiera pasado en su instituto. Sin leer la carta dirigida a su madre se imaginaba su contenido: daría información absurda y cobarde diciendo que todo ocurrió fuera del recinto del instituto, de manera que no cayera ningún tipo de responsabilidad sobre el centro, que había que mantener la calma, pero advirtiéndole de que había que tener cuidado con las chicas, no dejarlas solas por ahí...

De camino al supermercado, mientras caminaba sola, Alicia podía sentir la nube de horror que flotaba sobre cada calle, sobre cada persona, y fue entonces cuando la atrapó la angustia, la culpabilidad por haber tenido sentimientos tan horribles para con Erica. Desde el primer momento estuvo convencida de que Erica se había fugado de casa en busca de aventuras, que estaría viviendo con cualquier tío en Granada o en cualquier sitio más *cool* que Almería. Y resultaba que, de estar viva, Erica era una esclava sexual en el último rincón del mundo.

Hay cosas mucho peores que morir.

Cuando llegó a casa, después de sus cuatro horas de rigor en el supermercado, su madre la recibió con menos indiferencia que otros días. Estaba sentada en una silla del comedor mirando la televisión y fumando un cigarrillo. David estaba sentado, apoyado en el sofá, con el bracito rodeando su oso de peluche contra el regazo.

Alicia dejó sobre la mesa la carta de la escuela.

—Alicia, cuando he recogido a David en la guardería me han comentado lo de Erica, ¿era amiga tuya, verdad?

—Sí, bueno, la conocía.

—Qué tragedia, no me puedo imaginar lo mal que lo estarán pasando sus padres, imaginar que tu hija está viva pero no saber dónde, no poder ayudarla, mientras ella sufre esas cosas, sabiendo que la están violando cada día, Alicia, no sé qué haría yo si a ti...

Las palabras se quedaron flotando en el aire. En la tele estaban contando que habían encontrado el cuerpo de la chica rusa desaparecida, Irena Aksyonov. La habían matado.

Alicia no sabía qué sentir. Por un lado estaba David sujetando por sí solo su osito de peluche, por otro, imaginaba a Erica siendo violada un día tras otro.

—Me han comentado otra cosa, Alicia.

—¿Cómo?

—En la guardería.

—Oh, ¿qué?

—Me han dicho que están impresionados con los avances de David.

—Eso está bien, mamá. Muy bien.

Unidad de Salud Mental del Hospital Provincial de Almería. Área de psiquiatría.

Sesión diez (10) con el paciente Max N. N.

El paciente no ha superado la amnesia que sufre y a estas alturas considero muy improbable que mejore en el futuro. Sus capacidades mentales en cambio se mantienen intactas. En el test de inteligencia obtuvo una altísima puntuación, 150. Otro dato a destacar es que el paciente ha demostrado una extraordinaria habilidad para interpretar el lenguaje corporal. Por ejemplo, es capaz de determinar con gran certeza si una persona miente basándose en los gestos y tics inconscientes. Esta habilidad me ha sugerido algunas posibilidades sobre el pasado del paciente que estoy investigando, ya que seguimos sin tener indicaciones de su identidad anterior. En la consigna del hospital donde estuvo internado había algunos objetos que encontraron en sus ropas. No existe certeza de si esos objetos le pertenecían o no, aunque el paciente parece bastante seguro de que así era. Sin embargo, no hay nada que fundamente esa certeza.

—Acabo de descubrir que entiendo el idioma ruso.

El doctor levanta las cejas, sorprendido.

—¿Estás seguro?, ¿cómo has descubierto tal cosa?

—Pasó de un modo bastante extraño, doctor. Escuché a unas personas que hablaban en ruso y pude entenderlas a la perfección. Al principio ni siquiera me di cuenta de que estaban hablando en otro idioma. Fue muy confuso porque esas personas estaban hablando de atracar el supermercado en el que trabajo.

—¿Atracar el supermercado?

—Sí. Eran dos, un hombre y una mujer. Estaban junto a las cajas registradoras. Hablaban en voz alta sobre lo que iban a hacer, sin esconderse, pero nadie les hacía caso. Era como que solo yo podía escucharles. Fue algo muy extraño para mí. Creí que me estaba volviendo loco o imaginando cosas.

—Así que resultó que hablaban un idioma que tú sí entendías.

—Eso es lo que pasó, doctor.

—Vaya, Max, eso es una excelente noticia. Aquí tenemos un dato más sobre tu vida. —El doctor parece genuinamente interesado—. Además de entender ese idioma, ¿puedes hablarlo?

—Creo que sí, doctor. ¿Puede ayudarnos eso en algo?

El doctor medita unos instantes; se acaricia el mentón.

—Verás, los idiomas que se aprenden en la infancia no se almacenan en el cerebro en el mismo lugar que los recuerdos convencionales —explica el doctor—. El hecho de que entiendas ruso y que seas capaz de hablarlo, a pesar de que toda tu memoria se

ha borrado, significa que aprendiste ese idioma cuando eras un niño.

—Yo creía que era español, que me crie en España.

—Bueno, Max, nadie dice lo contrario. Hablas español perfectamente. Tienes un acento muy correcto, como del norte. Desde luego no eres de Almería. Parece que en realidad eres bilingüe. Con toda seguridad, al menos uno de tus padres hablaba el ruso. También es posible que te criases en algún lugar de España y te pasaras ciertos periodos en Rusia, o viceversa.

—Parece usted más excitado ante el descubrimiento que yo mismo —dice Max.

—Vaya Max, parece que no soy capaz de ocultarte mis sentimientos —sonríe el psiquiatra—. Tampoco lo intento. —Levanta las palmas de las manos en un gesto de confianza—. Pues sí, tienes razón. El descubrimiento es importante, más de lo que parece. Nos abre una puerta a tu subconsciente.

Ahora es Max quien no puede evitar levantar las cejas en un gesto de sorpresa.

—No entiendo lo que quiere decir, doctor. ¿El subconsciente?

Max se toca la frente con la mano.

—Haz una cosa, Max. Piensa algo en ruso, una frase. Cualquier cosa. No es necesario que la pronuncies en voz alta, simplemente piénsala. Y dime cómo te sientes.

Max cierra los ojos. Permanece silencioso unos segundos.

—Me siento muy extraño —dice Max con los párpados fuertemente apretados—. Tengo la sensación de que una puerta se está abriendo en algún lugar dentro de mí. Detrás de esa puerta están mis recuerdos perdidos. Pero no acaba de abrirse por más que me esfuerzo.

—A lo mejor podemos forzar esa puerta —asiente el doctor, alzando el tono de voz y elevando la velocidad de su discurso, cada vez más excitado—. Es posible que tus recuerdos no se hayan perdido, que sigan guardados en tu cerebro, pero que el circuito que los conecta con tu mente consciente haya sido dañado. Verás Max, el lenguaje tiene mucho que ver con los recuerdos. Al hablar en otro idioma es como si trataras de llegar a esos recuerdos por otro camino diferente. Un camino que quizás esté siendo bloqueado por tu mente consciente.

—¿Bloqueado?

—Déjame que te lo explique. El cerebro subconsciente almacena una copia de todo, absolutamente todo lo que vemos u oímos. Incluso detalles que a nosotros se nos pasan inadvertidos. Es como una cámara de grabación que funciona permanentemente registrando todo lo que ve. Desgraciadamente no podemos controlar la forma en la que el subconsciente se comunica con nuestro yo consciente. A veces nos envía información, a veces no. La mayoría de las veces no sabemos entender lo que nos quiere decir. —Max gira levemente la cabeza y mira fijamente al doctor con los ojos entreabiertos, inquisitivo—. Vamos a ver. Te voy a poner un

ejemplo para que veas que el subconsciente puede suministrarte información muy útil —dice el psiquiatra—. Imagina que conoces a alguien que te da muy mala espina, llamémosle Fulano. La primera vez que ves a Fulano te cae mal. Luego conoces a Fulano más en profundidad y empieza a caerte bien, llegas al punto de confesarle algo como «ni te imaginas lo mal que me caíste el día que te vi por primera vez», y os reís los dos. Una semana después descubres que Fulano se acuesta con tu mujer.

—Mi subconsciente me advirtió...

—¡Exacto! —El psiquiatra da una palmada en el aire—. Resulta que el día que conociste a Fulano intuiste en él el leve rastro del perfume que usa tu esposa. Y en el cuello de su camisa percibiste una minúscula mancha de carmín del mismo color que los labios de tu esposa...

—Pero yo no me di cuenta de nada de eso conscientemente.

—A lo mejor ni siquiera eres bueno diferenciando olores de perfumes, o eres corto de vista y no serías capaz de distinguir la mancha de carmín, pero el subconsciente siempre llega un poco más lejos. Tu subconsciente captó todas esas señales y evaluó la situación inmediatamente. Te dio un veredicto de culpabilidad para Fulano que en ese momento no parecía tener base alguna.

—Quiere usted decir que el subconsciente lleva un registro de todo lo que perciben los sentidos, aunque no lo recordemos.

—Exacto. El subconsciente es una memoria registradora de impresiones mucho más precisa que nuestra memoria consciente. Una memoria paralela.

Max parece animado ante la idea.

—Entonces ¿cree usted que mi subconsciente lo recuerda todo sobre mí?

—Es posible, Max. Aunque entraña cierto peligro. El problema cuando se recupera información del subconsciente es que uno nunca puede estar seguro de qué parte es una recreación onírica y qué parte se corresponde con algo realmente vivido.

—¿Una recreación onírica? No entiendo qué quiere decir.

—Lo siento Max, me refiero a soñar. Por ejemplo, no sabes la de gente que jura haber soñado con catástrofes naturales o atentados terroristas semanas antes de que ocurrieran. Cuando sucede una tragedia así, montones de personas aseguran que soñaron con antelación con el número exacto de muertos.

Max se incomoda, no es la primera vez que el psiquiatra le cuenta exactamente la misma historia. Que el psiquiatra no lo recuerde le hace sentir poco importante. Finalmente opta por responderle.

—¿Por qué alguien iba a decir que soñó con una catástrofe antes de que ocurriese?

—Ellos están convencidos de que lo soñaron antes. Ellos creen que anticiparon lo que iba a suceder. Incluso están convencidos de haber soñado con el número exacto de víctimas. Está comprobado que, en todos los casos, se limitan a decir exactamente

la cifra que han escuchado en las noticias ese día. Normalmente la cifra cambia más adelante, aunque ellos siguen recordando la primera. Y siguen creyendo que lo supieron antes de que sucediera la catástrofe. Lo que ocurrió fue que soñaron con el suceso después, pero ellos creen que lo soñaron antes. El problema es que el subconsciente, que es el motor de los sueños, no sitúa los acontecimientos en una línea temporal lógica. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

—No estoy seguro, doctor. ¿Qué tiene que ver soñar con catástrofes con mi amnesia?

—Dime una cosa, Max, ¿qué harás cuando salgas de aquí?

—Ir a mi trabajo, al supermercado, supongo.

—Bien, así que mañana, cuando pienses en lo que hiciste hoy, recordarás que primero viniste a mi consulta y después te fuiste a trabajar. El cerebro consciente almacena los recuerdos de un modo cronológico, secuencial. Las cosas suceden en un orden. Sin embargo, tu subconsciente tal vez no lo recuerde igual. Si le preguntásemos a tu subconsciente, a lo mejor responde que primero fuiste a trabajar y después hablaste conmigo. Incluso puede que crea que tuvimos esta misma conversación hace días o semanas. ¿Lo entiendes ahora?

—Supongo que sí. Intenta decirme que podría sacar de mi subconsciente el recuerdo de algo que hice o que vi hace poco y creer que pertenece a un momento anterior a mi amnesia. Podría creer que es algo que ocurrió hace años. Podría reconstruir mi vida sobre unas premisas totalmente falsas...

—Veo que lo has comprendido perfectamente —dice el psiquiatra con una amplia sonrisa que le entorna los ojos.

—Entonces —pregunta Max—, si lo que almacena el subconsciente no es fiable, ¿por qué ha dicho que mi subconsciente puede ser una puerta a mi pasado?

—Porque ahora sé algo que antes no sabía, Max. Ahora sé que hablas dos idiomas. Desde que despertaste del coma no has hablado en ruso, no has pensado en ruso, así que podemos tener la seguridad de que todo lo que tu subconsciente haya registrado en ese idioma se habrá formado antes del coma. Podemos utilizar el idioma ruso para adentrarnos en tu subconsciente. Tu segundo idioma será el puente hacia tus recuerdos anteriores a la amnesia. Por decirlo de algún modo, interrogaremos a tu subconsciente en ruso.

Max mira al psiquiatra esperanzado. Por primera vez contempla la posibilidad de averiguar cosas sobre su vida. Percibe que el doctor también contempla esa posibilidad como real. Sin embargo, hay algo que no entiende.

—Pero ¿cómo llegaremos a mi subconsciente, doctor?

—Mediante la hipnosis, Max. Mediante la hipnosis.

* * *

Sesión once (11) con el paciente Max N. N.

El paciente ha demostrado una extraordinaria habilidad para leer el lenguaje corporal. Interpreta los gestos y las expresiones faciales involuntarias hasta el punto de que es capaz de determinar con gran certeza si una persona miente o no. Esta habilidad me ha sugerido algunas posibilidades sobre el pasado del paciente que estoy investigando, ya que seguimos sin tener indicaciones de su identidad anterior. No obstante, se ha abierto una nueva vía de investigación que resulta prometedora. Esta nueva vía se basa en el descubrimiento de que el paciente, además de español, entiende y habla perfectamente el idioma ruso. Mi idea consiste en aplicar técnicas de hipnosis al paciente para acceder a su subconsciente y tratar de recuperar datos sobre su vida pasada. Para evitar falsos recuerdos (algo que el paciente hubiese visto o escuchado recientemente y que su subconsciente situase en un momento de su vida pasada) las sesiones de hipnosis tendrán lugar en ruso. Por decirlo de algún modo, será como interrogar a su subconsciente en ese idioma. Al hacer preguntas en ruso provocaremos que las respuestas también sean en ruso, y de ese modo estaremos seguros de que se trata de recuerdos reales previos a la amnesia, recuerdos que se almacenaron en ese idioma.

Por otro lado, utilizaremos como catalizadores algunos objetos que el paciente conserva y que supuestamente le pertenecieron en su vida anterior. Emplearé esos objetos para disparar la cadena de recuerdos de su subconsciente. Para las sesiones de hipnosis necesitaré un intérprete ruso. He iniciado los trámites con el hospital para requerir los servicios de uno. Espero que en un par de semanas podamos realizar las primeras sesiones.

* * *

—En las sesiones de hipnosis —explica el psiquiatra a Max—, utilizaremos como catalizadores los objetos que llevabas encima y que te devolvieron cuando te dieron el alta en el hospital.

—¿Catalizadores? —pregunta Max.

—Disculpa por el término. Significa un disparador, un punto de ignición para arrancar tus recuerdos. Esos objetos que te pertenecieron serán el punto de inicio para disparar la cadena de recuerdos de tu subconsciente. Te haré algunas preguntas sobre ellos y, a partir de ahí, trataremos de averiguar cosas sobre tu vida.

—Creo que lo comprendo.

—Muéstrame esos objetos, Max —dice el psiquiatra asintiendo suavemente.

Max deja una bolsa de tela de color pardo sobre el escritorio, saca de ella unos cuantos objetos y los coloca sobre la mesita de la consulta con sumo cuidado, uno a uno, parsimoniosamente.

—¿Esos son los objetos que llevabas encima cuando te encontraron? —pregunta el psiquiatra.

Max escucha la pregunta pero tarda en responder, está como aturdido, embelesado por el peso, la textura, el color de cada uno de los objetos.

El psiquiatra parece captar la fascinación de Max ante ellos.

—Así es —responde Max por fin—. Esto es... esto es lo que queda de mí. Lo que queda de mi verdadero yo.

—Max, eso no es verdad —dice el psiquiatra.

Max no responde.

—Bueno, veamos qué tenemos aquí.

El primer objeto es un fragmento de fotografía en blanco y negro. Puede verse parte del rostro de una mujer joven, morena, muy maquillada. La foto ha sido tomada al aire libre; de fondo se aprecia un cielo con nubes, pero no se distingue ninguna otra referencia.

—Bueno, Max, supongo que te darás cuenta del problema. Esta fotografía no puede ser tuya.

—¿Por qué no?

—Porque te encontraron flotando a la deriva en el mar. ¿Comprendes? El papel se habría deshecho por el agua. Y no parece que esta fotografía se haya mojado. Aunque no se hubiese deshecho estaría estropeada.

Max mira la fotografía con expresión sorprendida. Niega con la cabeza.

—Claro que es mía. Estoy completamente seguro.

—¿Por qué estás tan seguro?

Max devuelve la mirada al psiquiatra.

—De la misma manera que sé que después del día viene la noche, doctor, sé que esa fotografía siempre ha estado conmigo.

—Bueno, ya sabes lo que hemos hablado sobre los falsos recuerdos. Creo que alguien tuvo que dejar esta foto en la consigna del hospital junto a tus otras cosas.

—¿Por qué iba alguien a hacer eso?

—No lo sé, Max. Quizá por error, quizás esta foto pertenece a otro paciente y los objetos se mezclaron.

—Le aseguro, doctor, que esa fotografía siempre ha estado conmigo.

—Parece una chica muy guapa —dice el doctor mirando la fotografía.

Max no reacciona.

—El fondo está bastante borroso —prosigue el psiquiatra—. No se puede saber dónde fue tomada, aunque sin duda se encuentra al aire libre. Parece que es luz natural, al amanecer o al atardecer; fíjate en la sombra hacia la derecha: el sol le da a la muchacha en la cara casi horizontalmente. No pretendo ser un experto en fotografía, pero me parece que para esta foto usaron una cámara bastante sencilla.

El psiquiatra da la vuelta a la foto. Hay algo escrito a mano:

«La historia la escriben los ganadores».

—Vaya. ¿Qué crees que significa esta frase, Max?

—No lo sé, doctor —contesta Max negando con la cabeza—. Tal vez que los que escriben la historia deben ganar algo antes. Una especie de concurso.

El psiquiatra sonrío.

—Siguen sin dársete bien las metáforas.

—¿A qué se refiere?

—Una metáfora es un modo de expresar una idea a través de otra, mediante una comparación. No hay que tomarlo en sentido literal. Por ejemplo, si digo que estamos ante un callejón sin salida, estoy queriendo decir que no encuentro una solución a un problema.

—¿Entonces, «la historia la escriben los ganadores» es una metáfora?

—Bueno, no exactamente, Max, es como aquella famosa cita, «La traición nunca prospera». ¿Por qué?, porque cuando lo hace ya no la llaman traición. Lo que quiere decir esa frase, «La historia la escriben los ganadores», es que quien gana cuenta su versión de la pelea, de los hechos, y esa historia es la oficial, la que queda para todos los demás, por eso las guerras siempre las ganan «los buenos».

—Es injusto, no me parece bien —contesta Max con la mirada fija en el escritorio.

—Así funciona el mundo, Max, por desgracia.

—Cuando leo esas palabras siento una emoción difícil de describir —explica Max—. Es como si pudiese recordar la emoción, pero no el recuerdo de lo que la produce. Como cuando despiertas de una pesadilla cuando ya se ha olvidado el sueño y todavía queda la sensación de miedo.

El doctor se muestra sorprendido, tal vez admirado ante la manera en la que Max se acaba de expresar.

—Lo que dices tiene cierta base neurológica, Max. Los recuerdos se almacenan en lo que llamamos cerebro emocional, que es la parte del cerebro que genera las sensaciones y las emociones. Por eso es más fácil recordar una idea que nos produce un fuerte sentimiento que un dato frío y aislado, carente de emoción. Por eso los niños en la escuela aprenden las asignaturas de los profesores a los que les cogen cariño y olvidan lo demás. Por eso recordarás más o menos de lo que hablamos en estas sesiones en función de lo mal o bien que te caiga yo como persona.

—Entonces, doctor, ¿comprende que esa fotografía me pertenece?

—Bueno, Max. Puede ser. Pero no sé cómo habrá llegado hasta ti. El papel no es muy bueno. Se hubiese destruido en el agua. Por otro lado, pareces convencido de que es tuya.

Max no dice nada. Los dos hombres guardan silencio. Se escucha la respiración de ambos, el zumbido del aire acondicionado.

—Está bien —dice el psiquiatra—. Saldremos de dudas en la hipnosis. Sabremos

si esta fotografía guarda realmente alguna relación con tu pasado. Ahora, veamos qué más tienes aquí. Están estos dos billetes y este montón de monedas —dice empujándolos con el dedo—. Fíjate cómo estos billetes sí que están muy deteriorados. Se nota que se han mojado. ¿Te das cuenta?

Max le observa con gesto inexpresivo.

—En cualquier caso esto nos va a servir para bien poco, Max; seguro que han pasado por cientos de manos, el dinero corre de un lado a otro y es imposible saber dónde ha estado... Podrías usarlos para comprarte algo.

—Ni lo sueñe —contesta Max.

—Sabía que ibas a decir eso —responde el doctor con una sonrisa conciliadora—. Vamos a ver; por último, un teléfono móvil. Una Blackberry. ¡Hacía tiempo que no las veía! Estuvieron bastante de moda hace pocos años, pero han desaparecido casi por completo, es fascinante cómo cambian las costumbres de la gente. Mi esposa tuvo una Blackberry, recuerdo que a mí no me llamaba la atención.

El psiquiatra coge el teléfono y le da vueltas entre sus dedos. Max no pierde de vista las manos del doctor, como temiendo que pudiera hacer desaparecer el teléfono.

—En cualquier caso —dice el doctor—, según he leído en tu expediente, la policía ha analizado este teléfono y tampoco es de utilidad. Obviamente no funciona, y además le falta la tarjeta de memoria, la tarjeta SIM que identifica a su propietario.

—Eso me dijeron, que este teléfono es inservible.

—Así es. Sin la tarjeta SIM este teléfono es una cáscara vacía. ¡Vaya! ¿Te das cuenta? Acabo de hacer otra metáfora.

El doctor sonrío, pero Max no le sigue la broma. Vuelve a clavar sus ojos en el doctor y mantiene el gesto serio.

—Lo siento, Max —dice poniéndose serio.

—Yo solía llevar este teléfono en el bolsillo, sin funda, en contacto con monedas, llaves...

Es ahora el doctor el que parece sorprendido.

—¿Cómo sabes eso? ¿Lo has recordado?

Max esboza una sonrisa torcida.

—Me temo que no. Fíjese, doctor, en todos estos arañazos en la parte trasera, estas marcas. La carcasa ha sido muy dañada por roces, probablemente objetos metálicos, monedas, llaves...

—Eres muy observador, Max.

—Observar el mundo es lo único que me queda, es lo único que tengo —dice con la barbilla algo levantada.

—Bueno, Max. Voy a prepararlo todo para la próxima sesión. El hospital está contratando los servicios de un intérprete ruso. Comenzaremos con la fotografía que estás tan seguro de que te pertenece. Te someteré a hipnosis, te interrogaré en ruso

sobre esa fotografía y trataremos de descubrir qué recuerda tu subconsciente, ¿de acuerdo?

Max adopta una postura rígida. El doctor advierte que su rostro ha palidecido.

—¿Max, te encuentras bien?

—No, doctor, es solo que...

Max respira agitadamente. Gotas de sudor perlan su frente.

—¿Qué pasa Max?

—Quiero que me prometa una cosa, doctor. Quiero que me prometa que vamos a seguir adelante con esto, pase lo que pase. A pesar de que yo...

El doctor lo observa con preocupación.

—¿Qué es lo que sientes exactamente, Max?

Max le mira a los ojos, tiene la mirada empañada.

—Cuando pienso en esa fotografía, en lo que puedo llegar a recordar, siento...

—¿Qué es lo que sientes, Max?

—Miedo. Apenas puedo controlar el miedo.

Carla

Isaac no mejoraba. Carla no hubiera necesitado los comentarios del doctor para saberlo. Le bastaba con verlo. La vida de su hermano seguía pendiendo de un hilo muy fino, un hilo que se entrelazaba con todas y cada una de las sondas que se adherían a su cuerpo.

La habitación en la que yacía Isaac no estaba precisamente en silencio: descompasados pitidos de las máquinas de soporte vital, el sonido friccionado de la ventilación, el constante abrir y cerrar de puertas, pasos que iban de un lugar a otro, por los pasillos, adentro y afuera, a izquierda y a derecha. Isaac era un cuerpo inerte flotando en mitad de aquel caos de sonidos.

Todavía no se podía determinar con exactitud la gravedad del coma, según dejaban claro los últimos informes, aunque se suponía que había una esperanza de que su hermano volviera a ser el de antes, una esperanza que compartían las enfermeras, una esperanza quebradiza pero fidedigna, presente en las sonrisas sinceras de unos y de otros, en las sonrisas a medias, en los brillos de los ojos. Todos creían, todos consideraban, todos deducían que el milagro de la recuperación de Isaac no era totalmente descartable.

Pero a Carla todo aquello no le importaba. Le bastaba con ver a su hermano. Mejor dicho, le bastaba con no verlo.

Había unas cuantas cosas claras e incuestionables. El corazón de Isaac seguía latiendo y su pecho seguía subiendo y bajando. Había actividad cerebral. Todo estaba ahí, todo menos una cosa: Isaac.

En cuanto Carla entró en el cuarto notó que algo había cambiado. Por primera vez no sentía la presencia de Isaac en la habitación.

Su hermano la había abandonado. Se preguntó dónde se habría metido, cómo había salido de aquella habitación dejando atrás su cuerpo, dónde pasaría la noche, con quién estaría, ¿querría alguien hacerle daño?

Aunque Carla ya se temía lo peor cuando el doctor que atendía a su hermano la llamó a su despacho, sus palabras fueron un terrible mazazo:

—Como le expliqué el primer día, la situación de su hermano es crítica. Le pedí que estuviese preparada para lo peor y quizás ese momento ha llegado ahora —dijo el médico. La sonrisa era forzada. Carla respiró lentamente. Se esforzó por mantener una fachada imperturbable—. Ahora que ha transcurrido cierto periodo —prosiguió el doctor, que se mantenía erguido, con los brazos cruzados y los hombros levemente levantados—, podemos establecer con cierta seguridad que su hermano se encuentra en lo que se conoce como un coma de grado cuatro o un coma profundo. Esto significa que las lesiones en la corteza cerebral son graves y permanentes. Verá, las

esperanzas de retorno a la consciencia se alejan cuando se entra en un coma de esta categoría. Nuestros conocimientos actuales no establecen un criterio claro sobre las probabilidades de retornar de un coma profundo como el que sufre su hermano. En medicina todo depende de algo que a su vez depende de algo hasta formar un círculo gigante e interminable. Por eso los profesionales a veces no tenemos las respuestas certeras que los pacientes demandan. Cada caso es diferente, pero solo podemos basarnos en la experiencia previa de casos similares.

Mientras escuchaba, Carla había retrocedido instintivamente hacia atrás como si aquellas palabras supusieran alguna amenaza física para ella.

—Lo que trato de explicarle es que el cerebro de Isaac es incapaz de asumir las funciones básicas que demanda su organismo, como la respiración o el mantenimiento del pulso sanguíneo adecuado. Tiene que entender que son las máquinas las que mantienen con vida a su hermano. —El médico le dirigió una mirada triste, piadosa—. Ha llegado el momento de preguntarnos si es justo para él mantenerlo con vida de ese modo. Tengo que hablarle con franqueza. Las probabilidades de que Isaac retorne del coma son muy reducidas. Puede pasarse el resto de su vida en este estado, siendo mantenido con vida de un modo artificial. En esas condiciones su sistema muscular se irá deteriorando cada vez más y su cuerpo sufrirá graves lesiones debido a la inactividad. Lo que voy a decirle ahora es una opinión personal, basada en mi experiencia. Tal vez en algún lugar profundo de su mente Isaac esté sufriendo. Lo que debemos plantearnos es si debemos poner fin a ese sufrimiento.

—Yo no..., creo que no entiendo lo que trata de decirme —balbuceó Carla.

La pena la ahogaba y lo único que intentaba era seguir respirando un poco más.

—Sé que es difícil para usted y no le estoy pidiendo que tome una decisión ahora. Medítelo. Hay que empezar a plantearse la posibilidad de desconectar a Isaac de las máquinas que lo mantienen con vida. En mi opinión profesional es algo que debemos considerar. Usted es su único familiar y en su mano está tomar la decisión.

Carla miró al doctor con una expresión de horror. Gotas de sudor frío le resbalaron por la cara, lentamente, como insectos. Todas las células de su cuerpo se revelaban contra lo injusto de la situación. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero las contuvo, se aclaró la garganta y se guardó el dolor.

El doctor fue despiadadamente directo:

—Debe usted decidir si permite que su hermano tenga una muerte digna.

Cuando Carla abandonó el despacho del doctor se metió en el ascensor y bajó a la cafetería queriendo contener las lágrimas.

Delante tenía su ordenador, una vez más. Sintió entonces como sus manos operaban por sí solas, se iban del ratón al teclado, abrían y cerraban ventanas, guardaban datos, copiaban, pegaban y tomaban notas en una libreta amarilla que

Carla no recordaba tener ahí. Las manos trabajaban solas mientras se preguntaba una y otra vez dónde se habría metido su hermano Isaac, cómo había salido de aquella habitación dejando atrás su cuerpo, dónde pasaría la noche, con quién estaría, ¿querría alguien hacerle daño?

Sintió entonces el roce de las lágrimas en caída libre deslizándose por las mejillas, pero no producían más ruido que el de las manos acrobillando el teclado del ordenador o el roce del bolígrafo surcando las fibras del papel, dejando marcas grotescas de tinta que componían palabras inútiles.

Las lágrimas salían sin parar, las manos seguían trabajando por su cuenta.

Fue entonces cuando alguien le puso la mano en el hombro. Carla levantó la mirada. Se trataba de Maribel, la dependienta de la cafetería que había tenido aquel altercado con un cliente el día anterior cuando se negó a servirle un café en la mesa.

La chica no dijo nada, solo le sonreía. Carla le devolvió la sonrisa. Maribel le limpió las lágrimas con un pañuelo de papel. Carla se dejó hacer como si hubiera vuelto a su infancia y fuese su madre quien le secaba las lágrimas. A continuación, Maribel le dejó un café sobre la mesa, de color marrón oscuro, casi negro, con tres sobrecitos de azúcar.

Maribel volvió a la caja registradora y Carla permaneció inmóvil en su asiento, abrigada por la sensación de que la había acariciado un ángel.

Se tomó el café despacio, a pequeños sorbos, mirando disimuladamente a Maribel, que le devolvía sus miradas con una sonrisa dulce y tenue, como una luna llena entre brumas.

Era como que el mundo se había ralentizado, como si los ruidos que tanto le molestaban se hubieran transformado en melodía. Maribel atendía a los clientes y en sus movimientos dibujaba poesía.

Carla podía escuchar su propia respiración, podía sentir su propia presencia en la cafetería, el tacto de su piel contra su ropa. Carla podía verse a sí misma a través de los ojos de aquella extraña y amable criatura.

No fue hasta bien entrada la noche, a punto de rendirse al sueño, cuando se dio cuenta de que no había intercambiado con ella ni una sola palabra.

Eva Luna

No soy capaz de expresar con palabras lo que me cuesta enfrentarme a esta página desolada.

No es la primera vez que escribo en una de estas hojas, pero me resulta igual de duro que la primera vez, o incluso más. No es fácil mostrar, aunque sea mediante palabras y en hojas de papel que no leerá nunca nadie, lo indigno de mi carácter, la dureza de sentir que la vida se te ha escapado, que no eres más que una farsante en una vida que no te corresponde.

Pero da igual. Por mucho que escriba mi historia siempre estará incompleta. Porque yo estoy incompleta.

Yo no soy Eva Luna, yo soy la mitad de Eva Luna. La mitad de lo que era.

La mitad de mi prima Clara, mi ancla, sigue sin aparecer. Y mi tía no ha vuelto a visitarnos.

Antes de que mi madre nos abandonara, antes de los abusos sexuales de mi padre, las cosas estaban mejor, por supuesto, aunque estaban muy lejos de lo que llamaríamos una situación familiar idílica.

No. Tengo que irme muy atrás para recordar lo que es la felicidad. Es como escarbar en la tierra, hacer un agujero profundo y meterte en él. Una vez dentro, vuelves a escarbar, así una y otra vez, hasta que miras hacia arriba y solo ves un pequeño punto de luz sobre tu cabeza. Y ni siquiera entonces has llegado a tu destino.

Debía tener seis o siete años cuando empecé a hacerme reflexiones de ese tipo, lo cual es una señal de anormalidad aterradora. Las niñas deben preocuparse de otras cosas, de qué regalos les van a hacer por Navidad, de cómo te sienta tal vestido, de sus muñecas, de cosas así, no de encontrar la felicidad en lo más profundo de sus recuerdos.

Recuerdo, sobre todo, que no había manera humana de satisfacer a mi padre. Me encargaba tareas impropias para niñas de mi edad como cuidar del jardín, organizar sus revistas de medicina, poner y quitar la mesa y asegurarme de que estuviera puesta como a él le gustaba, el tenedor a la derecha, el cuchillo a la izquierda (recuerdo recibir golpes porque no estaban perfectamente alineados o por dejar una revista fuera de lugar); y si traía cualquier queja de la escuela, por insignificante que fuera, sabía que esa noche me iba a pegar con la correa.

¿Qué hacía mi madre a todo esto? Nada.

No quiero ser injusta con ella. Mi madre nunca tomó la iniciativa a la hora de encargarme tareas absurdas y mucho menos a la hora de darme castigos físicos o insultarme. Alguna vez la escuché decir que mi padre «era muy severo», aunque «todo lo hacía por mi bien».

Acabo de mencionar los insultos.

Desde que tengo recuerdos, mi padre me decía cosas que me daría vergüenza repetir. Había veces que usaba palabras que no entendía, pero es que no era necesario entenderlas. Mi padre me podía decir «eres la niña más guapa del mundo» que resultaba igual de ofensivo. No eran las palabras, era el tono de voz cargado de desprecio. Más que hablarme, mi padre me escupía las palabras y nunca fallaba en hacerme sentir tan humillada y despreciable como él quería que me sintiera. En eso su eficiencia era total.

Más allá del dolor que me causaban sus insultos y sus golpes, estaba lo que más me hacía sufrir. Un monstruo implacable que me acompañaba las veinticuatro horas del día.

El miedo.

Piénsalo bien. Un golpe te duele durante unos minutos, un insulto que se repite empieza a perder su capacidad nociva. Pero el miedo no te abandona nunca.

Recuerdo muy bien la ansiedad al llegar a casa sin haber hecho absolutamente nada malo, recuerdo hacer sus absurdas tareas una tras otra hasta el más mínimo detalle, siguiendo sus instrucciones escrupulosamente y, a pesar de eso, saber que había hecho algo mal, aunque no supiera lo que era. Saber que mi maldito padre encontraría ese error y me golpearía con la correa y con sus insultos en justo castigo. Recuerdo haber pensado incluso que mi padre tenía razón, que yo era una niña tonta que no podía estar a la altura.

Yo estaba tan desquiciada que hablaba a las flores del jardín.

Ya sé que no es lo más lógico, que parece una locura, pero las flores se convirtieron en mis mejores amigas, en mis únicas amigas.

Recuerdo incluso llegar a llorar cuando mis dalias no sobrevivían a alguna helada nocturna.

El jardín era mi refugio. Mi padre me hacía regarlo todos los días, excesivamente, aunque esa era la mejor de las tareas que me impuso nunca. Yo ocultaba el placer que aquello me hacía sentir, viendo crecer las amapolas casi por sí mismas, viendo como de mi mano, o gracias a ella, podía surgir algo hermoso. Eso era algo que mi padre no fue capaz de robarme porque desconocía su importancia.

Las flores son mi único vínculo con la Eva Luna a la que no le falta la mitad.

Recuerdo la única vez que dejé sin regar el jardín. Ese día, como tantos otros en invierno, había llovido. Todavía no sé cómo mi padre supo que no había llevado a cabo su mandato. Tal vez simplemente se lo imaginó. Mientras me golpeaba con el cinturón dijo algo sobre la disciplina, sobre las costumbres, sobre las cosas que se deben hacer y no era necesario entender.

No he vuelto a olvidarme de regar el jardín, lo he llegado a regar estando bajo la lluvia misma.

Me hace gracia la gente que se pregunta por qué las niñas que sufren abusos (sexuales o simplemente físicos) no denuncian a sus padres, lo he leído en muchos foros de internet. Hay algo que la gente que ha podido disfrutar de una vida normal con sus padres no acierta a comprender. Yo no sabía que aquellos insultos no eran normales. ¡Pensaba que era lo que pasaba en todos los hogares del mundo! Cuando los insultos se convirtieron en golpes, en correazos, pensé otra vez lo mismo, lo pensé incluso cuando mi padre empezó a abusar de mí.

Mamá nos acababa de abandonar.

Fue una tarde de domingo. Mi padre me dijo que me sentara junto a él, en el comedor, y me preguntó si mi madre se había ocupado de comprobar «mi desarrollo». Le contesté que no, aunque no sabía a qué se refería, y se puso como una fiera una vez más.

Mi madre ¿por qué me dejó con él? ¿La insultaba a ella también?, ¿a ella también la hacía sentir despreciable, pequeña? ¿Adónde se fue?

Aquella tarde de domingo, cuando mi padre me tenía sentada sobre su regazo, me quitó la camisa y empezó a palparme el pecho desnudo, pensé que realmente estaba comprobando si me estaba desarrollando con normalidad, pensé lo mismo cuando empezó a tocar mis genitales.

Cuando me llevó a su dormitorio y consumó la violación, sin embargo...

... ahí ya sí que pensé que se trataba de un castigo porque el dolor era insoportable.

Recuerdo cada detalle de su habitación aquella tarde. Recuerdo que tenía el cenicero en la mesita de noche. Recuerdo un hilillo de humo que serpenteaba. Recuerdo que las fotos de mi madre habían desaparecido. Recuerdo que la colcha de la cama era de color azul. Recuerdo que la puerta del armario estaba entreabierta. Recuerdo sus zapatos marrones en el suelo con los cordones atados.

Recuerdo el espejo del tocador que reflejaba la puerta del pasillo, cerrada a cal y canto.

Me avergüenza pensar que durante semanas ni siquiera supe qué era aquello que mi padre me estaba introduciendo, no sabía ni siquiera que se trataba de una parte de su cuerpo, ni entendía sus gemidos, que pensaba eran de dolor, lo cual lo hacía todo aún más incomprensible.

Me avergüenza tanto haber llegado a pensar que mi padre sufría con aquello, pensar que, después de todo, lo hacía por mi bien.

«Cada vez te dolerá menos».

«Esto te va a ayudar».

«Me duele más a mí que a ti».

Pero doy demasiados detalles, lo siento.

Hasta ese día mi padre me había ido arrancando pedazos. Pedazos de Eva Luna

que se desprendían de mi cuerpo a cada insulto, a cada golpe, a cada desprecio. Pero aquel día en el que mi padre me violó por primera vez se llevó de un golpe la mitad de Eva Luna.

Y no sé dónde la metió.

Ese es el día que dejé de ser Eva Luna.

* * *

No puedo expresar con palabras lo que me cuesta enfrentarme a esta página desolada.

Una vez más estoy escribiendo en estas páginas, yo, la persona a la que llama Eva Luna, aunque solo soy su mitad. Su peor mitad.

Guardo estas páginas amarillentas celosamente en la buhardilla de mi casa, detrás de unas cajas de cartón. Y empieza a preocuparme que las esquinas de algunas de ellas parecen estar comidas por las termitas.

Si alguien ha leído lo que he escrito en estas páginas con anterioridad, ya sabe algunas cosas de mí.

Si esto es lo primero que lees, te diré que solo soy media persona, una chica sin madre de apenas veinte años que lleva más de diez de ellos sufriendo abusos por parte de su padre. Una persona que no sirve ya ni para que la violen, una chica que no tiene salida alguna. Una chica que solo tiene a las flores por amigas.

No importa si has leído mucho o has leído poco sobre mi persona, mi historia siempre va a estar incompleta. Porque yo estoy incompleta.

Mi vida se reduce a un punto de inflexión, a un cuchillo afilado y perverso que cortó mi vida en dos partes. Eso hizo mi padre cuando me dijo que me desvistiera, cuando me dijo que él era «un padre responsable», que quería «asegurarse de que su hija se estaba desarrollando con normalidad».

Mi reacción inicial ante aquella aberración fue de absoluta confusión, a merced de la estridencia de infinitas preguntas acerca de lo ocurrido, acerca de mi padre, acerca de mis sentimientos al respecto. Parecía que toda mi vida, desolada ya de certezas, se componía de interrogantes.

Mi madre estaba completamente ilocalizable, pero ese es otro tema, algo de lo que no quiero escribir todavía.

Digamos, de momento, que no he vuelto a contactar con mi madre desde que nos abandonó, digamos que hay una razón de peso para ello.

Digamos que mi madre está muerta y enterrada.

Recuerdo que al día siguiente de la violación me encontraba extrañamente calmada (así de despreciable soy). Estaba sentada en la clase viendo a mis

compañeras, imaginando lo que les estaría pasando a ellas. ¿Ya les habían castigado sus padres como el mío me había castigado a mí?, ¿las iban a castigar pronto?, ¿había manera de saber cuándo se había producido «eso» en cada una de ellas?, ¿era yo ya diferente de alguna manera?

Otra de mis dudas (no la que más me angustiaba) era si aquello volvería a ocurrir. De ser así, cuándo sería la próxima vez, y de seguir una y otra vez, con qué frecuencia.

Salí de dudas en apenas tres días.

Esta segunda vez me dolió aun más que la primera porque vino acompañada de bofetadas. No se me olvidará jamás lo que me dijo mi padre. «Mira lo que me obligas a hacer, desgraciada».

«Lo que me obligas a hacer».

La primera conclusión que saqué de aquella sentencia es que lo que me hacía mi padre no era algo común y corriente, no era algo que le ocurriera a la mayoría de las chicas, no era tampoco algo que él hubiera buscado, sino que, de alguna manera, todo aquello era culpa mía. Mi padre se sentía obligado a castigarme.

¿Era aquello un castigo, entonces?

«Lo que me obligas a hacer»

Los padres deberían conocer el enorme poder que tienen sobre sus hijos. Un comentario aparentemente insignificante puede cambiarles su visión del mundo, su visión de sí mismos, puede convertir lo negro en blanco y lo blanco en negro.

Es curiosa la manera en la que cuando algo nuevo te sucede, no dejas de encontrarte el tema por todos lados. A partir de aquel día no dejaba de captar pequeñas frases al vuelo, comentarios en la televisión, un artículo en el periódico de mi padre, pequeñas referencias a abusos sexuales (yo ni siquiera sabía cómo llamar a aquello y la palabra «sexual» me resultaba extrañísima). Y la conclusión obvia era que, o todo el mundo mentía y aquello era una especie de secreto a sabiendas que compartía media humanidad, o aquello era algo no aceptado, aquello estaba mal, aquello no se debía hacer.

«Lo que me obligas a hacer».

Yo era, pues, la responsable del crimen, la responsable de aquello.

Imagínate vivir con un peso semejante cada día, respondiendo a cada pregunta con otra pregunta, reviviendo las violaciones en tu mente una y otra vez.

Imagínate despertarte cada día con el mismo pensamiento con el que te dormiste.

Intenta imaginarte la increíble soledad que se siente.

La falta de esperanza.

Mis notas en la escuela se fueron a pique y no fui capaz de acercarme jamás a un chico (ya sabía qué era lo que los chicos querían hacer con las chicas). Me distancié de mis escasas amigas y ya nunca me preocupé por mi aspecto físico.

Tal vez fuera por el odio que sentía hacia mí misma, tal vez fuera porque quería con mi aspecto descuidado darle asco a mi padre, dejar de obligarlo a hacer aquello que hacía conmigo al menos una vez por semana.

Si tienes la fortuna de no conocerme personalmente, si ni siquiera has visto fotos mías ni nadie te ha hablado de mí (cree todo lo que te digan), imagínate a una chica larguirucha, de un metro setenta, de pelo castaño rizado y enmarañado, con el cuerpo blanco como la leche y que apenas pesa cincuenta kilos.

Siento que voy a desaparecer en cualquier momento.

Huelga decir que abandoné los estudios y me quedé cuidando de la casa, del jardín, alimentando al cerdo de mi padre y sirviendo comidas en el asqueroso bar de carretera en el que mi padre me puso a trabajar.

¿Quieres conocer al demonio en persona? Te presento a Francisco Luna, de profesión médico de familia y que además es propietario de un bar lleno de tarados, de cincuenta años, viudo, con una casa preciosa a las afueras de un pueblo llamado Medina del Campo, padre de una hija de veinte años que llama la atención por su aspecto de pordiosera.

Durante estos años de infierno mi padre me ha usado como si fuera papel higiénico, me ha golpeado, me ha ultrajado, insultado (a veces en el bar, delante de los clientes), me ha denigrado y me ha hecho sentir que me iba deshaciendo en mil pedazos. Pero eso no es lo peor.

Lo peor es que ha destrozado las flores del jardín en tres ocasiones para hacerme pagar por alguna de las que él llama mis «faltas». Ese ha sido su mayor error, es por eso y no por lo anterior por lo que he descubierto la verdad acerca de mi padre.

Yo solo he contestado a cada uno de esos crímenes con lágrimas y sumisión.

Pero algo ha cambiado, algo muy profundo. He sido una tonta que ha necesitado diez años para entender una obviedad.

Dios mío, y es que ahora lo entiendo. Espero que las lágrimas me dejen seguir escribiendo.

¿Cómo he podido ser tan tonta que he necesitado que mi padre abusara de mi prima Clara para entenderlo?

¿Por qué no ha vuelto mi tía a mi casa desde aquel día? Tal vez Clara se lo ha contado todo. Pero, de ser así, ¿por qué no ha denunciado a mi padre? ¿Por qué no llama la policía a mi puerta y se lo lleva esposado? ¿Sufrió mi tía abusos por parte de mi padre, su hermano, cuando era joven?

¿Qué puedo hacer yo ahora? Es demasiado tarde. Nadie me va a creer a estas alturas. Nadie creerá que alguien pueda ser así de idiota.

A pesar de mi ancla, a pesar de que, por fin, he comprendido la obviedad que lo cambia todo.

La obviedad es que mi padre es el monstruo. No yo.

Él.

Yo solo soy la mitad de Eva Luna.

Carla

—Dime una cosa, ¿nunca te entraban remordimientos por lo que hiciste? Me refiero al aborto —preguntó Aarón.

—Claro que tuve remordimientos —respondió Carla, pálida, con voz entrecortada—. No podía dejar de pensar cómo habría sido tener a mi hijo. Cuando me lo sacaron, la sensación de vacío fue horrible. Yo quería llenar ese vacío, quería pensar que aún seguía ahí, en mi vientre. Luego, un día, comencé a pensar cómo hubiera sido mi vida con mi hijo. Imaginé que estaba a mi lado, que crecía junto a mí. Al principio solo eran pensamientos pasajeros. Una especie de fantasía para consolarme por la pérdida, para llenar el vacío insoportable que sentía. ¿Qué estaría haciendo ahora si Aarón estuviese aquí, conmigo? Todo el tiempo me hacía la misma pregunta. Poco a poco la idea de «lo que Aarón haría» comenzó a hacerse más habitual, esa idea me acompañaba a todas partes. Era una especie de consuelo. Hasta que «lo que Aarón haría» dio paso a «lo que Aarón hacía»...

—Bueno, supongo que la pregunta es obvia.

—¿Qué pregunta?

—¿Tengo amigos?, ¿otros niños imaginarios como yo?, ¿otros niños abortados por madres que decidieron negarles la existencia?

Carla se quedó muda.

—Esto tiene que acabar —dijo Carla—. No puedo seguir viviendo en una fantasía. Tienes que desaparecer de mi vida.

—No me puedo creer que me digas esto ahora. Que precisamente ahora me digas que no existo, que me digas que soy un producto de tu imaginación, que solo existo porque tú me mantienes con vida. Sabes que eso no es verdad. Sabes que sí estoy vivo, que soy real.

—No... no entiendo por qué dices eso. Tú no eres real. —La agitación la hizo temblar.

—Y me lo dices con esa tranquilidad, ¿qué tipo de persona eres, mamá? Sabes perfectamente que sí existo. Mírame. Estoy vivo.

—No, no lo estás.

—Sí lo estoy. Existo. Soy real. Reconócelo, mamá. ¿Cuándo vas a admitir de una vez la verdad?

* * *

Carla se despertó poco antes del amanecer. Lo primero que hizo fue correr hasta el cuarto de baño y vomitar. Con las manos apoyadas en el lavabo se quedó mirando su propia imagen en el espejo. Tenía unas ojeras tremendas. Se echó agua en la cara queriendo librarse de las brumas del sueño que aún se enredaba entre sus pensamientos como jirones de niebla pegajosa. Desde que estaba en el hospital el sueño de Aarón se repetía cada noche de un modo idéntico. Era de lo más raro. Durante el día apenas pensaba en él. Era como si al haberlo desterrado de su vida, de sus pensamientos, hubiese cobrado vida en sus sueños, donde se empeñaba en seguir siendo real.

Sintió una arcada y volvió a vomitar. No entendía por qué no paraba de vomitar si apenas comía nada. Tenía el estómago cerrado. Seguro que había cogido la bacteria infecciosa de la que le había hablado la enfermera.

Salió del baño y se encaminó a la sala de enfermería, donde pidió que le hiciesen el análisis de sangre. Una enfermera pinchó una aguja en su brazo. La sangre oscura llenó el pequeño cilindro de plástico. Carla observó la sangre, indiferente, como si no fuese suya.

—Tendremos los resultados a lo largo del día —dijo la enfermera—. Si se encuentra mal se hable con el médico de guardia para que le recete unos antibióticos.

Carla bajó a la cafetería, se sirvió un café y se instaló en una de las mesas cerca de la ventana. El cielo era un borrón oscuro y llovía como si no fuese posible un mundo sin lluvia. Costaba creer que alguna vez hubiesen existido los días soleados. Costaba creer que alguna vez hubiesen existido las risas y el buen humor.

La cafetería estaba desierta a aquellas horas de la mañana, apenas media docena de personas tomando café con rostro somnoliento. El suelo recién fregado todavía estaba húmedo y olía a lejía y a desinfectante. Carla abrió su ordenador. Se conectó al chat con la identidad falsa de Virginia13. Buscó en el listado de usuarios a Eva_Luna y le envió una invitación para iniciar una conversación. Aguardó unos minutos en silencio, observando la lluvia a través de la ventana. Era extraño: la lluvia no producía ningún sonido. Experimentó un frío sentido de pérdida, como que el mundo exterior se había convertido en algo terriblemente simple, sin color, sin vida y sin ningún interés para ella.

El altavoz del ordenador emitió un agudo tintineo que se propagó en el aire como una diminuta burbuja de sonido: el aviso de un nuevo mensaje. Carla vio que Eva_Luna por fin había contestado:

Eva_Luna: ¿eres tonta? te advertí que no hablastes con Chico_amor

Carla se apresuró a teclear:

Virginia13: espera, no te desconectes, tengo que hablar contigo, por favor

Eva_Luna: no voy a hablar contigo, ya te he advertido, no es quien dice

Virginia13: lo sé, lo sé, pero tengo que averiguar quién es, ¿puedes ayudarme, por favor?

Eva_Luna: ¿averiguar quién es? te matará, nos matará a las dos si descubre que estoy hablando contigo, nos hará cosas peores que matarnos

Virginia13: entonces le conoces, ¿verdad?, tenemos que hablar, dame un teléfono, por favor

Eva_Luna: ¿un teléfono? ¿estás loca o es que eres tonta de remate? ¿no has entendido nada? no vuelvas a hablar con él, si sigues te va a hacer mucho daño

Eva_Luna se desconectó

—¡Joder! —exclamó Carla. La había vuelto a perder.

Apretó los puños con impotencia. Si solo pudiese hablar con aquella mujer unos minutos... Fuese quien fuese, parecía saber quién era el psicópata que estaba buscando. También parecía asustada. No estaba dispuesta a colaborar.

Carla había seguido todas las páginas web que visitaba Eva_Luna, que eran casi siempre sobre jardinería y cultivo de flores, tratando en vano de conseguir una pista sobre su identidad. El problema era que aquella mujer nunca rellenaba un formulario, nunca realizaba una compra en internet, nunca dejaba información sobre sí misma en las redes sociales. Era como perseguir a un fantasma. Lo único que sabía de ella, gracias a la dirección IP de su conexión a internet, era que vivía en un pueblo llamado Medina del Campo, en la provincia de Valladolid. Desgraciadamente, la conexión que utilizaba pertenecía a una red wifi pública, así que no podía averiguar quién, de entre todos los habitantes de aquella población, era en realidad Eva_Luna.

Carla entró en Google y buscó Medina del Campo en el mapa. Activó la imagen de satélite. Era una pequeña población en mitad de un mosaico irregular de parcelas de cultivo. Lo único que Carla había logrado deducir del historial de navegación de Eva_Luna era que le gustaba la jardinería. En cuanto se puso a mirar el mapa se dio cuenta de lo absurdo de lo que estaba haciendo y de lo desesperada que estaba. En aquel pueblo había montones de casas con jardín. La casa de Eva_Luna podría ser cualquiera, si es que en realidad tenía algún jardín.

Echó un vistazo al chat. En la lista de usuarios conectados aparecía ahora Chico_amor. Carla respiró hondo. Activó el usuario Virginia13.

«Hazlo bien, no dejes que se escape».

El mensaje de Chico_amor a Virginia13 no se hizo esperar:

Chico_amor: hola mi querida amiga, como estás?

Fingiendo dudas, Carla dejó que transcurriesen unos segundos de pausa antes de responder:

Virginia13: hola, pues estoy jodida

Chico_amor: y eso por qué, mi querido ángel

Virginia13: ¿te acuerdas lo que te dije de mi padre?

Chico_amor: claro que me acuerdo

Virginia13: pues... mi padre... ha vuelto a hacérmelo

Chico_amor: qué te ha hecho exactamente

Virginia13: no te lo tendría que contar

Chico_amor: puedes confiar en mí, mi dulce niña, alguien tan especial como tú no se merece que nadie le haga sufrir

Virginia13: es que no sé si me vas a entender

Chico_amor: te sientes sola y crees que nadie se preocupa por tus sentimientos, pero te equivocas porque a mí sí me interesa lo que tú piensas y sientes, creo que eres una chica muy especial

Virginia13: gracias, tú también eres especial, nunca había hablado con alguien tan profundo

Chico_amor: y ahora dime lo que te ha pasado

Virginia13: es que me da mucha vergüenza

Chico_amor: no sufras, te sentirás mejor cuando lo cuentes, tienes todo mi apoyo

Virginia13: mi padre... me ha estado tocando en mis... partes íntimas, dice que quiere saber si me estoy desarrollando correctamente

Chico_amor: tu padre NO debería hacer eso

Virginia13: es que no me gusta que me toque de esa forma, me siento muy sucia

Chico_amor: ¿sabes una cosa? yo pasé por lo mismo que tú, sé lo que se siente

Virginia13: ¿de verdad?

Chico_amor: así es, mi padre me hizo algo terrible, algún día, cuando nos conozcamos mejor, te lo contaré

Virginia13: y yo que pensaba que nadie me iba a creer, no sabía con quién hablar

Chico_amor: puedes contármelo todo, háblame de ello

Virginia13: qué más quieres saber

Chico_amor: quiero saber cómo te sientes

Un escalofrío recorrió la espalda de Carla. La idea de que aquel individuo pudiese ser el asesino de Irena Aksyonov le provocaba una náusea del alma que amenazaba con dejarla sin sentido. Se obligó a seguir con la farsa.

Virginia13: pues estoy confusa, creo que mi padre no quiere hacerme daño, creo que me toca porque me quiere, eso es lo que él me dice

Chico_amor: te equivocas totalmente, tu padre te odia si te hace esas cosas

Virginia13: me dice que es un acto de amor, yo no entiendo, ¿por qué me va a odiar mi padre?

Chico_amor: seguro que hay una razón para que te odie, dime una cosa, ¿qué pasa con tu madre?

Virginia13: mi madre murió cuando yo era pequeña, ya casi ni me acuerdo de ella

Chico_amor: ¿y cómo se comportó tu padre cuando tu madre murió?

Virginia13: por qué me preguntas eso

Chico_amor: porque quiero que busques en tu interior y saques esos recuerdos, ¿qué pasó?

(pausa)

Para darle más dramatismo a sus palabras Carla dejó que transcurrieran unos segundos. No quería que sus respuestas sonasen como un guion recitado de memoria. Tenía que parecer que aquellos sentimientos estaban saliendo a la luz de un modo natural. Tamborileó con los dedos sobre la mesa. Miró a través de la ventana. El mundo entero seguía envuelto en aquella lluvia silenciosa. Volvió a teclear:

Virginia13: me parece que mi padre ya me tocaba cuando yo era pequeña, empezó cuando murió mi madre

Hizo una nueva pausa. Una señora mayor se sentó a su lado. La señora miró al ordenador y luego la miró a ella de arriba abajo. Carla giró la pantalla. La señora la miró con reprobación.

Chico_amor: ¿hola? ¿estás bien?

Virginia13: estaba llorando

Chico_amor: llorar es bueno, lo que te ha pasado es que tu mente bloqueó esos recuerdos de cuando eras pequeña, te olvidaste de lo que tu padre te hizo cuando eras una niña

Virginia13: ¿cómo lo sabes?

Chico_amor: porque a mí me pasó lo mismo

Virginia13: de verdad?

Chico_amor: también abusaron de mí cuando era un niño, ya está, ya te lo he contado, ese era mi secreto

Virginia13: entonces tu sí que me entiendes

Chico_amor: como si habitase tu alma, mi querida Virginia

Virginia13: dices cosas tan bonitas

Chico_amor: tienes que dejar salir tu dolor o te consumiré

Virginia13: siempre me había sentido tan triste, tan diferente, ahora me estoy dando cuenta de que siempre había algo que no me dejaba ser feliz como los demás niños

Chico_amor: pero hasta ahora no eras consciente de lo que era

Virginia13: me siento tan aliviada de poder compartir contigo

Chico_amor: compartir es bueno, ahora empiezas a darte cuenta de que tu padre es el único culpable de tu infelicidad, que él es el único culpable de ese horror que llevas en tu interior

Virginia13: y yo que pensaba que mi padre me quería, mamá murió, él es lo único que tengo

Chico_amor: él te odia, te culpa de la muerte de tu madre, te ha utilizado como su sustituta

Virginia13: es verdad, me quiero morir

Carla se mordió el labio inferior con fuerza. Estaba a punto de dar el paso más delicado. La señora sentada a su lado no dejaba de lanzarle miradas suspicaces.

Virginia13: yo no puedo soportarlo más, si vuelve a tocarme me... me mataré

Chico_amor: no digas eso, tú eres una chica fuerte

Virginia13: cómo sabes que soy fuerte

Chico_amor: yo conozco a las personas, Virginia, y escucho el mar que arrastra tu sentir

Virginia13: dices cosas muy bonitas, me siento bien hablando contigo

Chico_amor: tú me inspiras

Virginia13: entonces qué hago

Chico_amor: huye

Virginia13: ??

Chico_amor: vete de casa

Virginia13: pero dónde voy a ir? no tengo ni dinero

Chico_amor: yo te ayudo, yo te puedo prestar dinero

Virginia13: tu harías eso por mí?

Chico_amor: claro que sí mi querido ángel, mira, también te puedes quedar en mi casa un tiempo, lo que sea para alejarte del monstruo de tu padre

Virginia13: no puedo creer la suerte que he tenido al conocerte

Chico_amor: yo soy el afortunado

Virginia13: me escaparé hoy mismo

Chico_amor: eres tan valiente

Virginia13: puedo quedarme esta noche en tu casa? ya no quiero estar ni un segundo mas

Chico_amor: claro, nos encontramos hoy mismo

Virginia13: donde?

Chico_amor: a las 4 en la plaza de Callao, en la salida del metro

Virginia13: sí allí estaré, Dios mío, me has salvado la vida!!!

Chico_amor: es lo menos que puedo hacer, ojalá alguien hubiese hecho lo mismo por mí

Virginia13: voy a recoger mis cosas

Chico_amor: que tu padre no sospeche

Virginia13: ahora está en el trabajo, cuando vuelva ya no estaré

Chico_amor: aguardo impaciente por verte, mi princesa

Virginia13: yo también, mi príncipe salvador

¡Te tengo, hijo de puta! exclamó Carla. Había gritado en voz alta con los brazos en alto. Varios clientes de la cafetería se giraron para mirarla. La señora que había a

su lado se levantó y se sentó varias mesas más allá. Alguien pidió silencio con un quejido entrecortado.

Carla sacó su teléfono del bolso y marcó el número de Héctor Rojas.

—Me he citado con él. O mejor dicho, espera encontrarse a una chica de trece años llamada Virginia. Tenemos una oportunidad para cogerlo.

—¿Está segura de que no sospecha nada? —respondió Héctor.

—Nada. Cree que soy una chica que sufre abusos de su padre y que quiere fugarse de casa. Hemos quedado en Callao a las cuatro, en la salida del metro.

—Activaré el protocolo de emergencia por acoso a un menor. Voy a tener problemas para convencer a la policía. Se necesita la denuncia de un familiar.

—Mierda, la policía tiene que ir a por él.

—No se preocupe. Falsificaré la documentación que sea necesaria.

—Llámeme en cuanto sepa algo, por favor.

—Descuide.

Carla se puso en pie con energía. Miró a su alrededor como despertando de una pesadilla. Tenía la visión borrosa: las superficies blancas de la cafetería, los ángulos de las paredes, los tubos fluorescentes formando hileras brillantes en el techo. Cerró el ordenador y lo guardó en su maletín.

Salió de la cafetería. Recorrió el largo pasillo que conducía a la entrada principal del hospital. Cruzó la puerta de cristal y salió al exterior. La lluvia había arreciado y el viento soplaba con fuerza. Se quedó bajo la marquesina de la entrada para protegerse del aguacero. Los coches formaban largas hileras humeantes frente a los semáforos. Las luces de las ambulancias refulgían en la lluvia como nebulosas anaranjadas. El portón trasero de una de ellas se abrió y dos enfermeros bajaron una camilla. Carla no pudo ver quién la ocupaba, el cuerpo estaba cubierto completamente por una manta. Un cadáver. De un coche estacionado junto a la ambulancia se bajaron un hombre y una mujer de unos cincuenta años. La mujer lloraba desconsolada, abrazada por su marido. Goterones de lluvia se entremezclaban con las lágrimas de sus ojos. El matrimonio de mediana edad entró apresuradamente, acompañando a la camilla con el cadáver.

Carla se esforzó por meter aire en sus pulmones. Le costaba respirar. No tenía ni idea de qué hacer a continuación, ni siquiera supo qué hacía allí, de pie, sacudida por el viento húmedo y frío.

Regresó al interior del hospital. Se encaminó de nuevo hacia la cafetería, el único refugio que conocía. Al final del pasillo, al lado de los ascensores, estaba el matrimonio que acababa de llegar al hospital. La pareja estaba acompañada por dos enfermeras. El llanto de la mujer resonaba con fuerza en el pasillo y su aspecto deshecho contrastaba con el de su marido, que mostraba un gesto gélido y distante. La mujer se quejaba amargamente de la muerte de su hijo, un chico llamado Marcos,

según pudo deducir Carla de sus lamentos. El hombre no decía nada. Tenía un brazo sobre los hombros de su esposa y se limitaba a mantener la mirada perdida en el vacío.

No era la primera muestra de dolor que Carla se encontraba en el hospital. Los rostros apesadumbrados, las lágrimas y el llanto eran habituales en pasillos y salas de espera. Lo que le llamó la atención fue la frialdad en la expresión del hombre, la severidad de su rostro, en contraste con la absoluta desesperación de su esposa. Carla sintió que se le erizaba el vello del cuerpo al mirar aquel rostro tan distante, ausente, como una máscara.

Mientras caminaba hacia la cafetería reflexionó sobre lo incapaz que sería ella de trabajar en un hospital, donde la enfermedad y la muerte son una constante hasta el punto de que deja de impresionarte. Pensó también en la clase de amabilidad que propiciaba el personal que trabajaba allí, ya fueran enfermeras, doctores, dependientas o secretarias... Las amistades tenían fecha de caducidad. Por eso había un límite claro de privacidad que nunca se rebasaba. Las enfermeras no tenían problema en hablarte de sus hijos, de la escuela a la que iban, de que se habían divorciado o de que se iban a casar, siempre bajo una pátina protectora. No decían nombres, por ejemplo, ni daban teléfonos o direcciones. Ni te proponían quedar para tomar un café. Nada que pudiese crear un lazo más allá de las paredes del hospital.

Todas esas relaciones estaban condenadas a terminar con la salida del paciente o, en los peores casos, con su muerte.

Carla dejó en una mesa de la cafetería el maletín con el ordenador portátil y fue hasta la barra, donde se sirvió un café bien cargado. Tres sobrecitos de azúcar y apenas dos cucharadas de leche que dejaron el café de un color marrón oscuro, casi negro. Aquello tenía tan poca leche que no alcanzaba la categoría de café cortado, que era como le gustaba a Carla. Cuando lo pagó se llevó una pequeña decepción con la dependienta.

No se trataba de Maribel, aquella chica tan guapa que había sido tan amable con ella. En su lugar había una señora de cuarenta y tantos con el pelo canoso y rizado, igualmente amable, pero sin la magia de Maribel.

El café estaba muy caliente y se lo bebió a sorbos pequeños, agarrando la taza con las palmas de las manos para calentarlas mientras regresaba a su mesa.

Justo a su lado, en la mesa contigua, se había sentado el señor del gesto gélido que acababa de ver abrazando a su desconsolada mujer, el padre del tal Marcos, el padre del muchacho que acababa de morir. Su esposa no estaba por ninguna parte. Carla pensó en sentarse en otro lado, pero ya había dejado el maletín con su ordenador en aquella mesa, al lado del señor. Pensó entonces en llevarse el ordenador a otra mesa, aunque le pareció que podría interpretarse como un gesto ofensivo. No había más remedio que sentarse junto a él.

El hombre tenía la mirada impertérrita, perdida en el vacío. Su cara seguía sin reflejar ningún sentimiento. Carla no sabía cómo reaccionar, así que se limitó a depositar su café sobre la mesa y a sentarse.

Sacó el ordenador del maletín y lo desplegó frente a sí. Su teléfono móvil comenzó a zumbir. Miró la pantalla y vio que se trataba de Héctor Rojas. Se apresuró a contestar.

—Todo está preparado —dijo la voz del funcionario—. La policía ha montado un dispositivo de captura en la plaza de Callao. Espero que se presente. ¿Puedes confirmarlo con él?

—Lo intentaré —respondió Carla—. No cuelgues.

Carla sacó del bolso unos auriculares con un micrófono de manos libres para el teléfono y se los acopló en la oreja. Dejó el móvil sobre la mesa. En su ordenador se conectó al chat y escribió un mensaje a Chico_amor:

Virginia13: hola mi príncipe salvador, ya estoy en el metro de camino, queda poco para que nos encontremos

La respuesta no se hizo esperar:

Chico_amor: hola niña de mis sueños, te espero impaciente

Virginia13: dime una cosa, cómo sabré quién eres

Chico_amor: no te preocupes, yo te encontraré a ti

(pausa)

Virginia13: vale, pues nos vemos dentro de media hora

Chico_amor: hasta ahora, reina de mi corazón

Virginia13 se desconectó

—No sospecha nada —dijo Carla a Héctor Rojas, que aguardaba al teléfono.

—Perfecto. Te llamaré en cuanto lo hayamos cogido.

Carla se dio cuenta de que las manos le temblaban. No tenía que haberse tomado un café tan cargado. Pero tenía que estar despierta y alerta. El cansancio de tantos días sin dormir le pesaba como plomo en la cabeza.

En ese momento escuchó un gemido ronco. El sonido provenía del hombre sentado a su lado, el padre del chico muerto. Las facciones de su rostro habían cambiado de un modo dramático. Todos los músculos de la cara se le habían crispado, cada uno en una dirección. Se le habían formado arrugas profundas en la frente, en las mejillas, alrededor de la boca. Los ojos parecían haberse hundido y bajo ellos habían nacido unos profundos surcos negros. La nariz y la boca se habían deformado con violencia y el mentón se retorció. Las lágrimas brotaban de sus ojos y se deslizaban por el abrupto paisaje de sus mejillas.

Carla le miró atónita. Nunca había visto a nadie llorar así. El contraste con su

imagen impávida de instantes antes la dejó sin aliento. Tuvo la sensación de que aquel hombre había traspasado una especie de línea invisible. Como si hubiese querido con todas sus fuerzas contener el dolor, pero al final algo se hubiera roto en su interior de un modo irreversible.

Sin saber qué hacer, Carla se inclinó sobre él y le puso una mano en el hombro.

—¿Está usted bien? —preguntó.

—Mi hijo acaba de morir —fue la respuesta demoledora del hombre.

—Lo siento mucho —dijo Carla—. Sé por lo que está pasando.

—No, hija, no lo sabe usted —su voz era sorprendentemente templada a pesar del gesto desencajado—. Y no sabe cuánto me alegro de que sea así. A lo mejor tiene usted internado en este hospital a alguien que quiere mucho, tal vez su padre, su madre...

—Mi hermano.

—... su hermano. Lo siento mucho. Créame, no es lo mismo, y con eso no quiero despreciar el amor que sin duda siente usted por su hermano. Pero un hijo... ¿usted no tiene hijos, verdad?

—No... —respondió con voz temblorosa.

El hombre contrajo el rostro con fuerza, como si sintiese un dolor muy agudo. El contraste entre su cara y su voz firme resultaba sobrecogedor.

—Ningún padre debería sobrevivir a sus hijos. Tendría que existir una ley natural, universal, como la entropía, como la ley de la gravedad, una ley que nadie, bajo ninguna circunstancia, pudiese jamás transgredir. Igual que las leyes de la naturaleza imponen cierto orden en el mundo, una ley universal debería obligar siempre a que el hijo asistiese primero a la muerte del padre y solo así quedase liberado o se le diese autorización para buscar la muerte propia. Porque así ocurre, efectivamente, que cuando muere el padre, el hijo experimenta una sensación de alivio y también de tristeza, sobre todo de liberación, como si el tiempo y las posibilidades se abriesen de pronto ante él sin que nadie pudiese enjuiciar sus actos u opinar o sentirse dolido o traicionado, libre por fin de cualquier atadura. Cuando ocurre a la inversa y es el hijo quien muere antes que el padre, no se produce tal liberación, el padre no se siente liberado de las obligaciones contraídas hacia el hijo, sino más bien lo contrario, tiene la certeza de que su destino ha quedado sellado para siempre, que la felicidad y sus diversas encarnaciones posibles en el tiempo futuro han sido segadas de raíz, anuladas; el aliento cortado en el pecho por un golpe seco, un golpe cuyos efectos no se mitigan con el paso de los minutos ni de las horas ni de los días, el aire detenido, el tiempo que se congela como un paisaje helado.

Carla sabía de lo que hablaba aquel hombre. Estuvo a punto de dejarse llevar por la emoción, a punto de invocar la presencia de Aarón, aunque sabía que eso sería un error. No podía seguir engañándose, tenía que afrontar la realidad.

Su propio hijo, Aarón, no existía. Nunca había existido.

Su hermano Isaac estaba al borde de la muerte.

Estaba a punto de perder lo que más quería en el mundo.

—No es justo —dijo en un susurro mientras contenía las lágrimas.

—No hay nada justo o injusto —dijo el padre del chico muerto abriendo mucho los ojos, como si contemplara algo que le espantase. Su voz ronca y grave se propagó en el aire como sustancia—. Las cosas son como son y hay que aceptarlas sin más cuando son inevitables. En esta vida no hay nada que sea justo o injusto. La naturaleza no entiende de justicia, somos nosotros, es nuestra presunción, la presunción de que nunca nos merecemos el dolor y el sufrimiento, que es una injusticia cuando nos golpea, cuando la desgracia cae sobre nosotros. Las cosas son como son y hay que aceptarlas sin más cuando son inevitables.

El hombre se puso en pie y se alejó. Carla se cruzó de brazos, abrazándose a sí misma. Se quedó allí sentada, inmóvil, pensando en las palabras de aquel hombre roto por el dolor: «Las cosas son como son y hay que aceptarlas sin más cuando son inevitables». La idea le produjo cierto alivio.

* * *

Una hora más tarde, Carla todavía se encontraba sentada en aquella mesa. Por fin se produjo la llamada que esperaba.

—Soy Héctor —dijo la voz en el teléfono—. No se ha presentado. ¿Puedes contactar con él para ver qué ha pasado?

Carla sintió un fuego que le corría por las venas.

—No cuelgues.

Encendió su ordenador. Le llevó un par de minutos configurar la conexión para simular que estaba conectada desde un teléfono móvil. Cambió manualmente las coordenadas de localización del falso móvil por las de la plaza de Callao, en Madrid. Una medida de precaución por si el acosador tenía algún modo de rastrear su conexión.

Cuando lo tuvo todo preparado, le envió un mensaje a Chico_amor:

Virginia13: dónde estás mi príncipe? te estoy esperando

La respuesta llegó inmediatamente. A Carla se le erizó el vello de la nuca.

Chico_amor: crees que soy idiota? No voy a caer en tu trampa. La plaza está repleta de policías

Virginia13: No entiendo de qué hablas... ¿Estás aquí? ¿Cómo vas vestido?

Chico_amor: Escucha bien, puta: nadie juega conmigo. Voy a averiguar quién eres y

entonces iré a buscarte y sabrás lo que es el dolor

Chico_amor se desconectó

Alicia

Alicia durmió toda la noche de un tirón. Estaba tan acostumbrada a despertarse continuamente que cuando vio la luz del día entrando por la ventana pensó que un camión con unas luces superbrillantes giraba frente a su casa iluminando directamente su ventana. Se asomó y allí estaba el sol y, por supuesto, la montaña de neumáticos.

Bienvenida a la nueva realidad de Alicia.

Una realidad en la que David comienza a mejorar.

Una realidad en la que Alicia y su madre comienzan a acercarse.

Una realidad en la que su compañera de clase Erica...

Se dio una ducha y se vistió. Se largó para la escuela sin probar bocado.

Fue un día tortuoso que pasó a cámara lenta. Ya nadie hablaba de Erica, si bien todos pensaban en ella.

La profesora de informática llegó veinte minutos tarde a clase y luego dio una lección sobre cómo usar el correo electrónico.

La de ciencias no llegó a articular palabra, se limitó a dejar el trabajo del día en una mesa. La mitad de los estudiantes ni se molestaron en coger sus copias. De los que las cogieron, solo cinco acabaron siquiera escribiendo su nombre y entregándolas.

La comida de la cafetería era una porquería. Alicia apenas mordisqueó una galleta, que no llegó ni a terminar.

El de mates soltó su rollo y les puso diez integrales a resolver que nadie entendía.

Por alguna razón, el señor T. no fue a clase. El sustituto que pusieron en su lugar había aprendido el inglés que sabía en un curso del INEM para parados.

—*Children*, en realidad soy licenciado en Humanidades y tuve francés en la escuela, pero tengo un título de Inglés para Hosteleros. Así que habéis tenido mucha suerte, os va a venir muy bien lo que os voy a enseñar para vuestro futuro profesional porque con suerte aquí todos vais a acabar de camareros.

Su único amigo, Nelson, se pasó la hora dibujando. Cuando Alicia intentó entablar conversación con él, Nelson replicó que no le molestara, que estaba ocupado.

Sonó por fin la última campana del día y Alicia comenzó la marcha hacia el supermercado, la maldita caminata interminable, con sus cuarenta minutos de invernaderos, polvo y viento. Y después la interminable avenida del Mediterráneo, donde cada transeúnte con el que se cruzaba tenía una vida más plena y satisfactoria que Alicia Roca.

Fue entonces, nada más entrar al súper, cuando se topó con la foto del secuestrador de Erica en la portada de un periódico. Se quedó de piedra. Se le abrió la

boca por sí misma y se quedó con las cejas levantadas, respirando lenta y profundamente. Era como si el universo hubiera desaparecido alrededor de la cara del secuestrador y la estuviera mirando íntima, fijamente. Tras unos segundos de estupor, Alicia fue capaz de salir de esa especie de trance y el universo comenzó a dibujarse alrededor de la fotografía. Había datos debajo de la foto, palabras, un nombre.

Se trataba básicamente de lo que le había dicho el señor T.: Rudolf Demidov, que así se llamaba el joven que la policía relacionaba con el secuestro, un chico extranjero, ruso para más señas, se había suicidado en la cárcel en circunstancias sospechosas. La policía sospechaba que en realidad había sido asesinado. Desgraciadamente, no había dejado ninguna prueba, ninguna pista sobre el paradero final de Erica. Todo lo que sabían de lo ocurrido a Erica se basaba en su única declaración, y ahora estaba muerto. Solo quedaban los testimonios de unos cuantos estudiantes que decían haberlo visto por el instituto el día de la desaparición de Erica. No se sabía ni dónde se había estado hospedando. Ni rastro de su coche. Inmigrante ilegal, sin papeles, se le relacionaba con la mafia rusa que opera en el sur de España.

Nadie recordaba haberlo visto jamás con nadie, aunque Alicia sí. Rudolf Demidov tenía una curiosa cicatriz que le nacía en la sien y le dividía la ceja por la mitad.

Rudolf Demidov era el tío que había visto en el supermercado comprando todas aquellas botellas de vodka, el tío que le había propuesto un absurdo trabajo de modelo, pero sobre todo era el tío que se había metido en el coche de Mario *el Armario*, el novio de su madre.

Aquello estaba tan claro como el hecho de que no le diría ni una palabra a nadie, mucho menos a su madre.

Su madre era una maldita hija de puta, aunque tenía que admitir que la quería mucho. Su hermano también la quería.

Alicia y su madre solo se tenían la una a la otra. Y ellas dos eran todo lo que David tenía en la vida.

Intentó recordar lo que su madre le había dicho de Mario *el Armario*. Poca cosa: que había nacido en Ucrania y que tenía negocios en Almería. Menuda clase de negocios debían de ser los suyos.

Pasó la tarde angustiada en el supermercado. ¿Qué debía hacer? ¿Contarle a su madre que había visto a su novio con el secuestrador de Erica? Lo mejor sería acudir a la policía. Pero ¿y si no le hacían caso? Al fin y al cabo podría alegar que aquel no era su coche, que él no conocía a Rudolf Demidov, que nunca había estado esperándole en la puerta de ningún supermercado. Si acudía a la policía podría poner en peligro a su madre y a ella.

Lo mejor sería no hacer nada. Dejar que pasase el tiempo y ver qué ocurría. Puede que el maldito Mario se cansase de su madre y un día desapareciese de sus vidas sin

más.

Seguía soñando. Si algo tenía claro, era que los problemas no se esfumaban solos.

Cuando llegó a casa evitó a su madre. Si la miraba a la cara, no se veía capaz de callarse lo que sabía. Se encerró en su habitación con David hasta que escuchó que su madre por fin se marchaba a trabajar.

Cuando bajó, encontró sobre el taquillón de la entrada un paquete que había llegado en el correo a su nombre. Cuando lo abrió y vio lo que contenía se quedó muda. Una carta lo explicaba todo. Había ganado un iPhone en un sorteo del concurso de talentos. Jo, ya ni se acordaba de aquello, hacía semanas que había rellenado el formulario y enviado las canciones. Por participar entrabas en el concurso de aquel iPhone. De las canciones no le decían nada, pero ahí estaba el iPhone, estaba flamante, blanco. Solo tenía que activarlo y funcionaría con su número de móvil; el contrato se actualizaba con su compañía. ¡Por todos los santos, hasta le habían regalado un bono con el servicio extra de internet durante un año!

Alicia pensaba que esos sorteos eran bulos, aunque por lo visto no todos lo eran.

Increíble. Venía con unas cuantas aplicaciones musicales preinstaladas. Por traer, traía incluso un cable adaptador para meterle el cable de la guitarra, micrófono... No era exactamente un Mac, pero Alicia sabía que a aquello se le podía sacar mucho jugo. Había gente que grababa música con un iPhone. Por fin podría grabar sus canciones con muchísima más calidad de lo que lo había hecho hasta entonces con su maltrecho ordenador portátil.

Esto sí que es tener suerte, de una puta vez, pensó.

* * *

—¡Vamos, David!, ¡lo vas a conseguir!, ¡adelante!

Alicia jaleaba a su hermano como si estuviera viendo un partido de fútbol, hacía palmas y saltaba.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

David estaba tumbado en el suelo bocabajo, pero algo había cambiado desde los primeros días de ejercicios. Ahora tenía el tronco elevado, los codos apoyados en el suelo y la cabeza erguida. Aquellos eran avances increíbles. Gracias al control cada vez mayor sobre sus brazos y al desarrollo muscular ante la infinidad de ejercicios, era capaz de avanzar hacia delante, caminando con sus codos. Ya había superado la mitad de la distancia diagonal de su dormitorio y acababa de superar la marca del día anterior.

—¡Muy bien, David!, ¡te estás superando!, ¡acabas de batir tu récord!

Cuando había avanzado un par de brazadas más, Alicia pensó que era suficiente.

—Muy bien, hermanito —dijo mientras se acercaba para abrazarlo y llevarlo a la cama—. Ya puedes descansar.

David dio un grito de rabia. Alicia pensó que le dolía algo y, alarmada, quiso tomarlo en brazos. David volvió a gritar lo que parecía una palabra. «Daja».

—¿Daja? —El corazón de Alicia se inundó de emoción—. ¿Qué quieres decir?

—¡Daja! —volvió a gritar David haciendo un movimiento violento con el cuerpo, en clara señal de rechazo al abrazo de su hermana.

Alicia se apartó. David seguía adelante. Esta vez iba a llegar al rincón opuesto de su dormitorio.

Alicia se tapó la boca de la emoción. Supo que su hermano comprendía todo lo que estaban haciendo, y no solo eso: David era un valiente. Como ella.

Cuando David completó el recorrido se dejó caer en el suelo, agotado, y se puso a reír. Alicia se tumbó a su lado y le besó en la carita, en los ojos, en la boca. No cabía en sí de la felicidad. Lo estaban haciendo. Lo iban a conseguir. David iba a caminar. ¡Y a este paso dentro de nada hasta se pondría a hablar!

Dejó a David en la cama y bajó a la cocina para prepararle las vitaminas. Llenó un vaso de agua donde diluir el contenido de las píldoras. Su madre no estaba y en la casa reinaba el silencio. Solo se escuchaban los familiares crujidos del tejado por el viento.

Alicia volvió al dormitorio tarareando una canción. Le dio a beber a David el agua con el contenido de las píldoras vitamínicas. Después de beber, su hermano se quedó tumbado mirando a Alicia con dulzura.

—Cuando seas mayor, vas a volver locas a todas las chicas con esa mirada, hermanito —dijo Alicia revolviéndole el pelo con la mano. David agitó los brazos en señal de asentimiento.

Alicia sacó su recién estrenado iPhone. Pegó la cara a la de su hermano y sostuvo el teléfono frente a ellos con el brazo estirado para hacerse una foto juntos.

—La vamos a subir a Facebook —dijo.

David soltó un grito.

—¿Qué te pasa?

David se estremeció con un espasmo. Era como si unas manos invisibles lo hubieran zarandeado con violencia. Tenía los ojos muy abiertos y la mandíbula desencajada. Alicia lo abrazó para calmarlo.

—Tranquilo, mi chico guapo, ¿qué te pasa? Estoy aquí... no grites... por favor... no grites...

David se retorció entre sus brazos. Alicia sintió como la espalda del pequeño se arqueaba con un espasmo incontrolado. Tenía la cara roja, como que no podía respirar, los ojos inyectados en sangre.

—¡David!, ¿qué te pasa?

David gritó como si algo lo estuviese desgarrando por dentro. Se contorsionó con tal fuerza que Alicia no pudo sujetarlo con los brazos y ambos cayeron al suelo. David se retorció, suplicaba con la mirada.

—¡Dios mío! —gritó Alicia buscando con desesperación el teléfono de la ambulancia.

Carla

Carla estaba tan furiosa que no paraba de lanzar maldiciones contra sí misma y contra la policía. No podía creer que se les hubiese escapado cuando lo tenían tan cerca.

Y es que no podía entender en qué había fallado. Ella no había cometido ningún error. El hombre con el que se había citado había ido a la plaza de Callao, estaba segura, pero tenía que haber visto algo que lo había puesto sobre aviso. El dispositivo policial debía haberle resultado demasiado evidente. O la policía había metido la pata o aquel individuo era demasiado listo para caer en una trampa.

Carla estaba en su piso, sentada en una silla de la cocina con la cabeza entre las manos, como si quisiera estrujarla. Se había preparado algo de comer, aunque la comida se le había enfriado en el plato sin tocar. Solo se había bebido el café. El café era lo único que parecía tolerar su estómago, lo único que la había mantenido en pie durante días.

El piso estaba helado y húmedo como una sauna fría. Carla estaba agotada. Las piernas le temblaron cuando se puso en pie. Le hacía falta descansar, dormir unas horas en su cama y no en la silla del hospital, mas no podía conciliar el sueño. Tenía el pulso acelerado desde hacía días. Para colmo, el estruendo hiriente de unas obras en la calle se le metía en la cabeza. ¿Es que estaban echando abajo el edificio?

Abrió la ventana y el sol pareció explotar dentro de sus pupilas, el ruido también se multiplicó en intensidad. Los taladros de los albañiles percutiendo el asfalto parecían estar taladrándole a ella la cabeza. Cada martillazo reverberaba en su cráneo con un golpe metálico y seco. En la acera, rodeada de vallas amarillas, yacía una enorme montaña de escombros.

Tuvo un pensamiento absurdo: aquellas vallas amarillas... ¿protegían al resto del mundo de los escombros o protegían a los escombros del resto del mundo? Para ella todo el universo parecía estar en ruinas de todas maneras.

Cerró la ventana, se desnudó y se metió en la ducha. Comprobó para su desánimo que, aunque dentro del baño desaparecían los ruidos de las obras, el más leve sonido, el crujido de una tubería de calefacción, cualquier ruido inesperado hacía que el corazón le saltase en el pecho como los coletazos de un pez fuera del agua.

Se duchó rápidamente y se vistió sin prestar atención a las prendas que sacaba del armario. Miró la hora en el reloj de la mesita de noche: las doce del mediodía. Había perdido la noción del tiempo. Tenía el mismo cuerpo que si se hubiese despertado desorientada en mitad de la noche.

Al pasar frente al espejo del armario se sorprendió de su propio aspecto. El pelo enmarañado, sin cepillar, el rostro demacrado y los pómulos marcados, además de unas enormes ojeras.

Pensó que su apariencia exterior comenzaba a desmoronarse. Y después del exterior se derrumbaría el interior, hasta que Carla Barceló quedara reducida a un montón de escombros en el suelo rodeado de vallas amarillas.

Se dejó caer en la cama y comprobó su teléfono móvil. Tenía innumerables llamadas perdidas de Elsa, la editora de su libro, y también del abogado de la editorial que la representaba. Había estado ignorando todas sus llamadas durante días. Carla no podía ni pensar en la demanda que había interpuesto contra ella la multinacional MyLife. Pensar en la demanda aguzaba su desesperación. Era como la gota que colmaba el vaso. El soplido que hacía estallar el globo.

Las ideas flotaban en círculos en su mente como un espectáculo enloquecido de sombras chinescas, formas que danzaban a su alrededor a toda velocidad y que estallaban en todas direcciones al compás de las máquinas taladradoras de las obras. Le hacía falta descansar, pero cómo iba a conciliar el sueño en aquel estado de nervios y con aquellos ruidos de taladros, martillazos, grúas e instrucciones a gritos.

Apretó los puños con fuerza. No iba a llorar. Las lágrimas se habían agotado. Tenía la impresión de que algo se había endurecido en su interior. Sentía rabia y a la vez una fuerza y una determinación nuevas para ella. No iba a darse por vencida.

Era extraño. Hacía días que su hijo Aarón había desaparecido de su vida. Ya solo se presentaba ante ella en aquellos extraños sueños cada noche. Y, sin embargo, tenía la impresión de que Aarón seguía a su lado, apoyándola, dándole un motivo para seguir adelante.

Se incorporó y fue a la cocina. Sacó una botella de agua mineral de la nevera y se bebió un vaso. El agua produjo un sonido extraño al bajar por su garganta, como si se derramase dentro de un recipiente hueco.

Tenía que dormir como fuera, descansar y poner en orden sus ideas. Recordó que guardaba algunos valiums en el botiquín. A lo mejor un par de valiums serían suficientes para dejarla noqueada, con o sin ruidos. Hacía años que había dejado los tranquilizantes, aunque a lo mejor todavía le quedaba alguno. Se puso a rebuscar en los cajones: no había ni rastro de las pastillas. Quizás se le habían acabado o las tiró a la basura cuando dejó de tomarlas, no se acordaba.

Tal vez todavía guardaba una receta por algún lado. En la mesita de noche encontró una: estaba caducada. Joder. Tenía que dormir como fuera. No podía seguir así, sin dormir, sumida en un estado febril. La cabeza le iba a estallar. Se dio cuenta de que había estado corriendo de un lado a otro de la casa como una loca.

«Pues cómpralas en internet», se dijo a sí misma con una carcajada histérica.

En internet circulaban todo tipo de medicamentos en el mercado negro que cualquiera podía comprar de forma anónima. Al fin y al cabo nada le impedía aprovecharse de las mismas ilegalidades que ella misma había denunciado.

Había dejado su ordenador portátil en el dormitorio. Lo abrió sobre la cama. La

ventana de chat estaba abierta.

Eva_Luna te ha enviado una solicitud para una conversación privada

El pulso se le aceleró. Se registró como Virginia13 y aceptó la solicitud. Se abrió una ventana de diálogo:

(Eva_Luna está escribiendo...)

Eva_Luna: tu no tienes 13 años, ¿verdad?

Virginia13: no

Eva_Luna: ¿por qué todo el mundo miente en internet?

Virginia13: porque es fácil

Eva_Luna: todo el mundo engaña, todo el mundo miente

(Eva_Luna está escribiendo...)

Eva_Luna: los hombres son una mierda, ¿no crees?, los hombres son como perros hambrientos. Solo se puede confiar en las flores. Las flores son mis únicas amigas.

Carla contuvo el aliento y sintió un pinchazo en la sien. De repente, la cabeza quería estallarle de dolor.

Eva_Luna: ¿por qué andas detrás de Chico_amor?

Carla tecleó veloz.

Virginia13: casi mató a la persona que más quiero en este mundo

Eva_Luna: ¿eres policía?

Virginia13: no

Eva_Luna: Chico_amor puede hacerte mucho daño si descubre que andas tras él

Virginia13: lo sé, pero igualmente voy a encontrarlo

(pausa)

Eva_Luna: eres valiente, me gustaría ser tan valiente como tú

Virginia13: no, no soy valiente, solo quiero evitar que muera más gente

(pausa)

Virginia13: tú tampoco quieres que mueran otras chicas, ayúdame, tú sabes quién es, ¿verdad?

Eva_Luna: hace tiempo que me topé con él, le ha hecho mucho daño a mucha gente

Virginia13: ¿qué sabes?

Eva_Luna: se llama Telmo Vargas, es médico

(Eva_Luna está escribiendo...)

Eva_Luna: es un hombre siniestro, abusaba de sus pacientes, de las mujeres, sobre todo de las niñas en su consulta, las dormía con anestesia y las violaba. Cuando las pobres niñas se despertaban no sabían lo que les había pasado, solo tenían un

fuerte dolor en la vagina

(Eva_Luna está escribiendo...)

Carla esperaba. La sangre le batía en los oídos.

Eva_Luna: cuando yo conocí al doctor Vargas vivía en Almería, era médico. Allí abusó de sus pacientes durante años, sobre todo de las niñas. En su consulta, cuando las revisaba en privado, les inyectaba una pequeña cantidad de anestesia, las dormía durante unos minutos. Entonces abusaba de ellas. Abusó de niñas de todas las edades. En algún caso llegó incluso a violarlas.

(Eva_Luna está escribiendo...)

Eva_Luna: uno de los padres de una niña abusada sospechó algo extraño cuando su hija se quejó de los dolores en la vagina. El padre lo denunció, pero antes de que la policía pudiese detenerlo el doctor Vargas huyó de Almería.

Virginia13: ¿Cuándo ocurrió eso, Eva?

Eva_Luna: hace dos años, huyó antes de que la policía lo cogiese. Se cambió el nombre, no sé cómo se llamará ahora, solo sé que sigue atacando a los inocentes, es un depredador, un lobo hambriento que utiliza internet para cazar

Carla tenía la impresión de que algo se le escapaba entre los dedos, como si tratase de agarrar humo. Estaba cerca, aunque no podía aferrarse a nada sólido.

Virginia13: ¿tú lo conocías?

(Eva_Luna está escribiendo...)

Eva_Luna: yo también viví en Almería, y sí, también abusó de mí

Carla cerró los ojos y apretó los labios resignada. Quería llorar por cada uno de los niños que sufría abusos en el mundo, quería que cada maldito abusador del planeta ardiera en el infierno. Era pura rabia. Ninguna lágrima surcaba sus mejillas.

Se produjo una larga pausa. Se escuchó un estruendo procedente de las obras que parecía anunciar el fin del mundo.

Carla pensó que Eva_Luna se había desconectado, pero su cuadro de texto en el chat seguía activo.

Virginia13: ¿sigues ahí?

(Eva_Luna está escribiendo...)

Eva_Luna: me dijo que si alguna vez hablaba de lo que había ocurrido en su consulta me mataría. Soy una cobarde. Si yo no hubiese callado, otras no hubiesen sufrido lo mismo que yo.

Virginia13: no, no eres cobarde, Eva, eres una mujer valiente por lo que estás haciendo, eres valiente por atreverte a contármelo

Eva_Luna: tengo miedo, eso no es ser valiente

Virginia13: sí que eres valiente. Ser valiente es actuar a pesar del miedo, y eso es lo que tú estás haciendo, Eva

Eva_Luna: gracias

Virginia13: por favor, tengo que saber más, tengo que saber dónde está ahora
(Eva_Luna está escribiendo...)

Eva_Luna: el doctor Vargas era viudo, su mujer murió hace años, y tenía una hija. Se crio con él, no quiero imaginar los tormentos que esa pobre niña habrá vivido, los abusos, sin nadie que pueda protegerla, siendo abusada por su propio padre

Carla se estremeció. En su entendimiento no cabía la idea de que pudieran existir seres semejantes, personas capaces de abusar de su propia hija pequeña.

Eva_Luna: lo que sé es que cuando el doctor Vargas escapó, su hija se quedó en Almería, ahora deber tener unos dieciséis años, el estado se hace cargo de su manutención hasta que cumpla la mayoría de edad

Carla pensó que aquello era algo, mucho más de lo que tenía hacía solo unos minutos, si bien todavía era insuficiente para averiguar el paradero de aquel siniestro individuo. Pensó que tal vez su hija podría tener alguna idea de su paradero actual. Puede que siguiera en contacto con él, se dijo esperanzada. Si hablaba con ella a lo mejor averiguaba algo, lo que fuese, una fotografía, al menos podrían ponerle cara a ese monstruo. Solo eso ya sería un avance muy importante.

Virginia13: ¿sabes dónde puedo encontrar a su hija?

(Eva_Luna está escribiendo...)

Eva_Luna: Se llamaba Alicia Roca. Vivía en una barriada de Almería que se llama La Cañada. No recuerdo su dirección, pero era una vieja casa de planta baja en las afueras, próxima a un desguace de coches. En el patio había una pila de neumáticos viejos. Los niños del barrio la llamaban la casa de las ruedas.

Carla tomó nota de la información.

Eva_Luna: ¿Qué vas a hacer?

Virginia13: no lo sé. Puede que vaya a hablar con ella

Eva_Luna: tienes el valor que yo nunca he tenido

Virginia13: me gustaría conocerte en persona

Eva_Luna: algún día. Siempre he querido ser como la rosa de Jericó, es mi flor favorita, es capaz de sobrevivir a largos periodos de sequía, aparentar que está muerta y luego renacer más bella. Algún día yo también resurgiré como la rosa de Jericó. Entonces a lo mejor nos podremos conocer en persona

Eva_Luna se desconectó

Carla cogió su teléfono móvil y llamó a Héctor Rojas. Las manos le temblaban. Se esforzó por actuar como si no estuviese muerta de miedo.

—Tengo otra pista —anunció—. El hijo de puta era médico en Almería. Lo denunciaron por abuso de menores y desapareció antes de que la policía le echase el guante. Tiene una hija de dieciséis años que sigue viviendo allí.

—¿Por qué piensas que es él?

—Podría no serlo. Podría ser un pedófilo sin relación con los crímenes. No obstante, el perfil coincide al cien por cien. Es médico. Buscamos a alguien con conocimientos para manipular medicamentos.

—Voy a revisar los expedientes de hace dos años. Si disponemos de la denuncia, podremos averiguar quién es, aunque seguimos sin saber dónde está ahora.

—Lo sé. He pensado que a lo mejor su hija puede decirnos algo. A lo mejor sigue en contacto con ella.

—La policía podría interrogarla.

—Si ella está en contacto con él, la policía lo pondrá en alerta. Se nos volverá a escapar.

Carla respiró hondo.

—Yo iré a verla —dijo—. Sin llamar la atención. Hablaré con esa chica y veré si sabe algo.

—No creo que sea buena idea. ¿Y si te reconoce?

—No tiene ni idea de quién soy yo. Ni siquiera sabe que existo. No sabe que soy yo quien le sigue la pista. Además, tuvo que huir de Almería por pedofilia. Allí todo el mundo lo conocerá. Esa ciudad es el último sitio por el que rondaría ese desgraciado.

Se hizo el silencio en la línea. Carla pudo escuchar la respiración fuerte del funcionario, que parecía meditar con intensidad.

—De acuerdo. De todas formas tenga mucho cuidado.

—Descuide. Le llamaré en cuanto averigüe algo.

Carla exhaló un suspiro. Consultó su reloj de muñeca. Eran las doce y media. Había un largo camino hasta Almería. Si se ponía en marcha, podría llegar a media tarde.

Abrió un cajón y sacó un grueso jersey. Se lo puso y a continuación cogió un abrigo del armario. Guardó su ordenador portátil en el maletín y se lo echó al hombro.

No iba a dudar. No iba a tener miedo. No iba a esconderse lamentándose como una niña asustada. Se sentía extrañamente pletórica de energía. Era una mujer valiente que iba a hacer lo que fuese necesario para desenmascarar a ese hijo de perra.

Era lo menos que le debía a su hermano.

«Espero que estés dispuesta a ayudarme, Alicia», murmuró para sí antes de salir por la puerta.

Alicia

Alicia aguardaba sentada en un banco de la sala de urgencias del Centro Hospitalario Torrecárdenas. Frente a ella se abría un largo pasillo desolado por el que de vez en cuando salía algún enfermero vestido con bata verde o entraba una camilla con algún anciano moribundo.

Mira que odiaba los hospitales. Aquel era, sin duda, uno de los lugares preferidos de la muerte, que estaba presente en las sonrisas y en los llantos sordos, presente en la máquina de refrescos, en las malditas sillas acolchadas, en las falsas palabras de ánimo.

A su izquierda estaba sentada su madre y, junto a ella, Mario *el Armario*, que la había traído al hospital cuando Alicia la avisó del ataque tan grave que había sufrido David. Allí, los tres llevaban más de una hora esperando noticias sobre el estado de David, los tres, como si fuesen una familia.

«Menuda familia».

Alicia tamborileaba con sus dedos el plástico de la silla. Su madre, que apretaba la mano de Mario, no era capaz de contener el temblor de las piernas.

Alicia nunca había visto así a su hermanito. Había sido el ataque más grave que había tenido nunca. Se había descontrolado por completo. Se había retorcido de una forma que parecía que se iba a romper la espalda, como si luchara contra algo con todas sus fuerzas, con la cara tan roja que daba miedo.

Los médicos le darían algo y en nada estaría de vuelta en casa, durmiendo abrazado a su oso de peluche.

Precisamente un médico apareció en ese momento tras la puerta basculante. Alicia se puso en pie como un resorte.

—¿Es usted el padre? —preguntó el doctor mirando a Mario *el Armario*.

Alicia soltó un bufido. El médico ni la había mirado.

—Es mi hijo —dijo su madre—. Estoy separada. Él es un amigo de la familia.

—Comprendo. En ese caso tengo que hablar con usted en privado —dijo el doctor.

Su madre siguió al doctor y ambos desaparecieron tras la puerta. Alicia soltó una maldición silenciosa. Era muy injusto que el médico la dejase a ella al margen, a ella, que era la única persona del mundo que se había preocupado por David. Ni siquiera podía escuchar lo que el maldito médico tenía que decir sobre su hermano.

Volvió a sentarse en el banco dejando un hueco entre ella y Mario *el Armario*, que no había abierto la boca, gracias a Dios, y estaba enfrascado consultando algo en su teléfono móvil. Alicia sacó su recién estrenado iPhone, lo sostuvo entre las manos unos instantes y después lo guardó de nuevo en el bolsillo. No tenía ganas de mirar

nada en internet, ni siquiera de escuchar música. Nunca había estado tan triste.

Su madre no tardó en regresar, apenas cinco minutos después, seguida por el médico. Alicia solo tuvo que mirarla a la cara para saber que algo iba mal.

—Maldita niña, ¿qué le has estado dando a tu hermano? —espetó su madre.

Estaba como loca de rabia. Estaba muy enfadada con ella. ¿Por qué?

—El pequeño David sufre una intoxicación muy grave —explicó el doctor con ritmo pausado e intencionadamente solemne, midiendo sus palabras antes de pronunciarlas—. Hemos encontrado en su sangre dosis significativas de estimulantes del sistema nervioso central, principalmente anfetaminas, que alguien ha debido estar dándole desde hace días.

El tono de su voz había subido exageradamente en la palabra «alguien», que se quedó flotando como un fantasma. El doctor concentraba su mirada en un punto impreciso, lejano, como quien busca un barco de vela en el horizonte. Volvió a hablar.

—También hay otras sustancias que estamos analizando —clavó su mirada en Alicia—. Tu madre dice que tú has estado dándole ciertas pastillas. ¿Qué eran, anfetaminas?

Alicia no entendía nada. ¿Anfetaminas? ¿De qué demonios estaban hablando? Lo único que le había dado a su hermano eran las vitaminas para el cerebro.

—Solo eran vitaminas —dijo con un hilo de voz.

—¿Vitaminas? ¿Y de dónde las has sacado? —preguntó el médico. La miraba como si fuese una criminal.

—Las compré en una tienda de internet —acertó a decir—. Solo eran vitaminas para ayudar a su cerebro. Son de una terapia de rehabilitación.

—Estúpida —dijo su madre—. Casi matas a tu hermano.

—Intentando ayudarle, ya veo. Necesitaré ver esas pastillas —dijo el doctor con un claro tono de reprobación. La miraba con el ceño fruncido y los dientes apretados bajo sus labios—. Cuanto mejor conozcamos los componentes de lo que le has metido a tu hermano en el cuerpo, mejor podremos luchar para contrarrestarlos.

Alicia sintió que algo punzante le atravesaba el corazón.

—Pero si yo... ¿se va a poner bien, verdad? —preguntó con voz rota—. ¿Puedo ir a verlo?

—No, niña, solo faltaría eso. Hasta que salga de la fase crítica solo puede entrar tu madre. Además...

El desgraciado del doctor la miraba como si fuese la peor criminal del mundo, solo le faltaba darle un puñetazo.

—Bueno, esto no es estrictamente mi problema —dijo el médico—, pero, en fin, te recomiendo que te prepares para explicar cómo se hizo tu hermano ese hematoma en el hombro.

Alicia miró a su madre y el reproche de sus ojos la atravesó como un alfiler al rojo vivo.

—Bien, señora, venga a mi despacho para completar los datos del historial —dijo el doctor.

—Niña tonta, no vuelvas a acercarte a tu hermano —la conminó su madre antes de volver a desaparecer tras la puerta.

Aquello no podía estar pasando. Alicia quería morir. Desaparecer para siempre. Llevaba semanas matándose por ayudar a su hermano cuando nadie más lo hacía y ahora resultaba que la acusaban de maltratarlo.

Mario *el Armario* la miraba recostado en el asiento con una sonrisa burlona en los labios.

—Así que la rebelde Alicia toma drogas —dijo—. No me sorprende de ti, pero tu hermano es muy pequeño para empezar a drogarse, ¿no te parece?

—Y tú eres demasiado viejo para juntarte con jovencitos, ¿no te parece? —espetó Alicia sin poder contenerse. Le hervía la sangre.

Mario *el Armario* la miró con sus ojos grises e inexpresivos.

—¿De qué hablas?

—Trabajo de cajera en el Carrefour. ¿No te lo ha dicho mi madre? Pues mira, resulta que mi caja está al final del pasillo de licores. Así que mejor que te alejes de mi madre si no quieres que le cuente a la policía quién era tu amiguito, el del cargamento de vodka.

Lo dijo sin pensar. No odiaba ni nada a aquel tío... Lo que daría por borrarle aquella sonrisa burlona de los labios.

En parte lo consiguió porque Mario *el Armario* se puso muy serio. Se inclinó hacia delante y antes de que Alicia se hubiese dado cuenta la tenía agarrada por el brazo con fuerza.

El tío tenía la mirada de un gilipollas prepotente, pero ahora sus ojos daban miedo.

—¿Quieres saber dónde está tu amiguita Erica? —La atrajo hacia sí. Alicia pudo sentir su aliento en el rostro—. Mira por dónde, a lo mejor resulta que te la vuelves a encontrar. ¿Te crees que tu madre te iba a echar de menos si desapareces? Yo creo que no, yo creo que tu madre iba a respirar aliviada si no vuelve a verte nunca.

Alicia se soltó de un tirón. Tuvo que realizar un esfuerzo sobrehumano para no ponerse a gritar. Se alejó corriendo. Empezó a llorar y esta vez no encontraba ninguna razón para detenerse.

Carla

Llevaba más de media hora en su coche, aparcado frente a la casa de Alicia Roca en Almería, tratando de reunir las fuerzas para bajarse y llamar a aquella puerta.

Carla nunca había estado en Almería, aunque lo que había visto hasta el momento no le había dejado muy buena impresión. La Cañada de San Urbano era una barriada periférica y aquel barrio en particular parecía una zona especialmente pobre y deprimida. La casa de Alicia Roca era una construcción sencilla, cuadrada, de dos plantas y tejado plano, rodeada de un pequeño terreno. Toda la calle estaba formada por casas similares a un lado y a otro, de fachadas amarillas y rejas blancas, la mayoría con aspecto poco cuidado. La calle acababa abruptamente en una especie de solar, más allá del cual comenzaban los invernaderos. En el aire flotaba un olor a tierra, hortalizas y química.

Reconoció la casa de Alicia Roca porque en el patio delantero había una montaña de neumáticos viejos. No había ningún signo de vida en aquella casa. Carla llegó a pensar que se había equivocado de lugar y que la casa podría estar abandonada.

Gotas aisladas, como lágrimas, impregnaban el cristal del parabrisas. Negros nubarrones se congregaron en el cielo como acudiendo a una llamada. Estaba oscureciendo. Carla reunió las fuerzas para bajarse del coche. Después de conducir durante seis horas tenía las piernas entumecidas. Había realizado todo el trayecto de más de quinientos kilómetros desde Madrid como en un sueño. Había tenido que parar cada poco para tomarse un café en un bar de carretera. El café era lo que la mantenía en pie. Tenía la impresión de que la cafeína era lo único que le corría por las venas.

La lluvia era tan fina que parecía que el mismo aire destilaba gotas de humedad a su alrededor. Una ráfaga de viento la estremeció hasta los huesos. Sumergida en una penumbra que le daba a todo una textura metálica, caminó hasta la entrada de la casa. Para llegar a la puerta tuvo que rodear la montaña de neumáticos. Llamó al timbre de entrada. Escuchó el eco del sonido en el interior. No hubo respuesta. Aguardó unos segundos con la cabeza levemente inclinada, tratando de atisbar algún signo de vida. Solo podía escuchar el silbido del viento. Volvió a llamar. Miró a su alrededor. La calle estaba desierta.

Empezó a temer haber hecho el viaje en vano. Volvió a rodear la montaña de neumáticos y fue hasta la casa contigua. Llamó al timbre. Instantes después se abrió la puerta y asomó una mujer de avanzada edad vestida con una bata de casa.

—¿Quién es? —preguntó la mujer. La miró con los ojos entrecerrados, como deslumbrada.

—Perdone señora, estoy buscando a Alicia Roca. Es una chica que vive en la casa

de al lado. ¿Podría usted decirme si sigue viviendo aquí?

La mujer la miró de arriba abajo.

—Sí, vive al lado.

—¿Sabe cuándo puedo encontrarla en su casa?

—Por la tarde trabaja de cajera en el Carrefour.

—Perdone, ¿y dónde queda ese Carrefour?

—En la avenida del Mediterráneo. —Hizo un gesto vago con la mano, señalando al exterior.

—Comprendo. Le agradezco la información.

—Si quiere hablar con la madre —dijo la señora cuando Carla ya se disponía a marcharse—, no llega hasta mañana por la mañana. El fin de semana trabaja por la noche.

—¿Su madre? ¿Se refiere a la madre de Alicia Roca?

—La madre, sí.

—Tenía entendido que su madre había muerto.

—Pues lo ha entendido mal. Su madre está viva todavía, mientras que los hijos no la maten a disgustos, la pobre. Hoy mismo se han llevado al niño pequeño al hospital. Y la mayor, por la que pregunta, resulta que tiene un novio mayor que ella, casi podría ser su padre. Luego pasa lo que pasa.

—¿Un novio mayor que ella?

—Un hombretón altísimo, un poco retrasado, fíjese lo que le digo; se llama Max, ¿qué nombre es ese? Trabaja en el Carrefour con la niña. Cuando la madre no está, se mete en la casa con la hija. Figúrate. Si su pobre madre supiera lo que hace la niña, con un hombre mayor y encima con problemas mentales... —La señora arrugó la nariz—. Y luego se escuchan unas cosas en la televisión: que si han matado a una muchacha, que si han violado a otra..., no me extraña, con la crianza que se les da hoy en día...

Carla miró a la mujer tratando de evaluar si le estaba diciendo la verdad. Parecía sincera. ¿Por qué iba a inventarse aquello? Entonces ¿por qué le habría dicho Eva Luna que la madre de Alicia Roca estaba muerta? Era extraño, porque lo había afirmado con mucha seguridad.

—¿Y sabe usted algo del padre de la chica? —preguntó Carla.

—Por lo que cuenta la madre, es un sinvergüenza que los dejó tirados, a la madre y a los hijos.

—¿Le ha visto usted últimamente por aquí?

—Antes vivían en Almería. —La mujer meneó la cabeza—. No lo he visto nunca. Cuando se mudaron aquí ya se habían separado.

—Muchas gracias por la ayuda, señora.

—De nada, mujer.

Carla regresó al coche. Estaba confundida. Eva Luna le había explicado que la madre de aquella chica había muerto, que Alicia Roca había vivido sola con su padre hasta que este huyó de la policía. A lo mejor la madre no estaba muerta. A lo mejor se había separado y regresó cuando el marido desapareció. Tal vez aquel sujeto, cuando vivía allí, le había hecho creer a todo el mundo que su esposa estaba muerta. Sea como fuere, suspiró Carla, lo que tenía que hacer era hablar con la chica y averiguar si sabía algo sobre el paradero actual de su padre.

Puso el motor en marcha. El automóvil brincó sobre el asfalto irregular. Los faros delanteros iluminaron las fachadas amarillas de las casas, los cubos de basura y los patios delanteros llenos de escombros y trastos viejos.

Condujo por una carretera flanqueada por invernaderos hasta desembocar, minutos después, en una amplia avenida. Carla consultó en el mapa de su teléfono móvil. Se encontraba en la avenida del Mediterráneo. Al sur podía distinguir la franja oscura del mar. El centro comercial debía estar al norte. Condujo avenida arriba hasta encontrar un cartel que señalizaba el centro comercial Carrefour a la derecha. Estacionó en la explanada de aparcamiento del supermercado. El viento, gélido y cortante, le azotó el rostro como si fueran cuchillas. Corrió hasta la entrada abrazándose a sí misma para protegerse del frío, temblando; el viento le agitaba el pelo sobre la cara. Los ojos le lagrimeaban.

Se detuvo un instante bajo la marquesina de entrada para recuperar el aliento. La puerta de acceso estaba decorada con luces de navidad. Junto a la puerta había un gran reno y un Papá Noel de plástico. En unos pequeños altavoces atronaban unos estridentes villancicos cantados con voz chillona («Arre burro, arre, vamos a Belén...») cuya melodía se apagaba o aumentaba de volumen con los vaivenes del viento.

En el cristal de la puerta había un recorte de un periódico, *La Voz de Almería*, pegado como si se tratase de algún tipo de anuncio. En el recorte del periódico aparecía la fotografía de un hombre y sobre esta el titular: «Max N. N., héroe de Almería». Carla leyó de un vistazo algo relacionado con un atraco al supermercado frustrado por aquel hombre, un empleado que había hecho frente a los atracadores. A tenor de la foto, no podría decirse si el rostro pertenecía a un hombre joven de aspecto prematuramente maduro o a un hombre maduro que conservaba aún los rasgos juveniles. En la fotografía el hombre tenía una extraña mirada de desconcierto, como alguien que busca en medio de una multitud.

«Max». La vecina de Alicia Roca había mencionado ese nombre. Según ella, Max era el novio de la chica.

«Un hombre mayor y con problemas mentales».

Carla cruzó las puertas acristaladas del supermercado. En las cajas había largas colas. Estaba abarrotado de clientes. Carla recorrió la fila de cajas con la mirada.

Todas las cajeras eran muy jóvenes y todas llevaban el uniforme de la empresa: camisa celeste con el logotipo de Carrefour bordado en el pecho, un pañuelo rojo anudado al cuello y falda ceñida azul marino.

Sin tener claro qué hacer a continuación, Carla se adentró entre las estanterías y buscó la sección de cosmética. Cogió al azar un champú para el pelo y comenzó a recorrer las cajas, fijándose en la chapa que las cajeras llevaban en la solapa. En una de ellas leyó el nombre que estaba buscando: Alicia Roca.

Alicia era una joven de pelo moreno y lacio con un flequillo que le tapaba los ojos. Tenía un rostro ovalado y agradable. Llevaba puestos unos auriculares y pasaba los productos por la cinta transportadora con la cabeza gacha y aire ausente.

Carla se puso en la cola. Cuando llegó su turno, dejó el bote de champú en la cinta. La joven cajera ni siquiera la miró. Los auriculares estaban conectados a un iPhone que colgaba de su cuello en una funda. El volumen estaba tan alto que la música podía oírse incluso a un par de metros de distancia. Carla se fijó en el teléfono. Era un iPhone último modelo, de los caros. A su mente acudió el estado desolado de la casa donde vivía la joven, por no mencionar aquel triste trabajo... Probablemente el coste de aquel teléfono superaba el salario de cajera de un mes.

—Hola, tengo que hablar contigo unos minutos —dijo Carla levantando una mano para reclamar su atención—. ¿Podrías salir un momento?

La joven levantó la cabeza y clavó en ella una mirada impaciente. La música atronaba en sus oídos y ni siquiera había escuchado lo que le había dicho.

—¡Hola! —repitió Carla alzando la voz—. Me gustaría hablar contigo unos minutos.

Alicia se quitó los auriculares. La miró interrogante.

—Hola. Me llamo Carla Barceló, tengo que hablar contigo —repitió—. ¿Puedes salir un momento?

—¿Hablar? ¿Qué quieres? —preguntó la joven.

—Es un asunto delicado. Tengo que hablar contigo a solas. ¿Puedes dejar tu puesto unos minutos?

—Estás loca, si me ausento un segundo me despiden. —La joven la miró de arriba abajo—. No sé lo que quieres, pero no me interesa.

—¡Caja diez! ¿Por qué no avanza la caja diez? —chilló la voz de un hombre a sus espaldas.

—Joder. —Alicia puso los ojos en blanco.

Un hombrecillo se plantó detrás de la caja. Era menudo y regordete, con una expresión desagradable en el rostro, frunciendo a la vez el ceño y la nariz. Carla leyó su nombre en la chapa de la solapa: Néstor González. Gerente.

—¿Tiene algún problema con la caja, señorita? —preguntó el gerente, obsequioso. Tenía las manos unidas a la altura del pecho, como si rezase.

—No, ninguno —respondió Carla—. Tengo que hablar un momento con ella.

—Oh, yo la ayudaré, dígame, qué puedo hacer por usted. Por favor, acompáñeme, venga por aquí. —El gerente rodeó la caja y con un ademán de las manos como si tendiese una alfombra le indicó que saliese del pasillo de la caja.

—No, no tiene nada que ver con el supermercado. Es un asunto privado.

El gerente se masajeaba las manos, se mordía los labios y parecía querer ponerse de puntillas. Carla se dio cuenta de que era absurdo intentar hablar allí. Estaba lanzada. Ansiosa. Quería resolver aquello cuanto antes, aunque no pasaría nada si hablaba con aquella chica un poco más tarde.

Pagó el champú y abandonó el centro comercial. Se fijó que cerraba a las nueve, así que tendría que esperar un par de horas hasta que Alicia acabase su turno. Lo mejor que podía hacer mientras tanto, se dijo, era buscarse un hotel para pasar la noche.

Instalada en su coche, sacó su teléfono móvil y abrió una aplicación para localizar hoteles. Revisó la lista. La mayoría se anunciaban como alojamientos de veraneo para disfrutar de la playa. Los precios tampoco eran baratos. Al final se decidió por el hotel Embajador, más que nada por el precio. Por veintisiete euros tenía habitación más desayuno.

Llegó allí en menos de cinco minutos y otros cinco minutos después estaba instalada en la habitación, que era bastante peor que en la foto de la web de reservas. El suelo era de terrazo moteado como la piel de un dálmata y estaba frío como una pista de patinaje. Las paredes blancas, de gotelé. No había ni un solo cuadro. El cabecero de la cama, la mesita de noche y un pequeño escritorio con una silla parecían sacados de un hogar de los años sesenta. Carla supuso que no habrían renovado el mobiliario desde que construyeron el hotel, lo que la hizo temer por el estado de la cama. Palpó el colchón con la mano y se confirmaron sus peores sospechas. El colchón estaba lleno de bultos. Parecía un saco de bolas de algodón. Se fijó en que la colcha estaba llena de sombras oscuras y de manchas sin limpiar del todo. La idea de pasar allí la noche supuso una nueva losa para su ánimo.

Ni siquiera había traído equipaje, solo tenía aquel estúpido bote de champú que había comprado en el supermercado. «Por lo menos puedo lavarme el pelo», se dijo con ironía.

Se dio cuenta de que echaba mucho de menos a su hijo Aarón. Con Aarón aquello hubiese resultado divertido. Bromearían y reirían sobre las condiciones de la habitación.

Entonces pensó en su hermano, en que tenía que tomar una decisión sobre si debía autorizar que lo desconectasen de las máquinas o no...

Al igual que cuando escribes algo, lo dejas a medias y destrozas el papel, Carla no permitió que el pensamiento se formara en su mente en toda su complejidad. Se

concentró en el movimiento de su pecho, subiendo y bajando lentamente, metiendo y sacando el aire de sus pulmones.

El teléfono empezó a sonar. Era Elsa, la editora de su libro. Tenía montones de llamadas perdidas de ella y del abogado. Hasta entonces había estado ignorando todas sus llamadas. No tenía fuerzas para hablar con ellos.

Miró el reloj. Tenía aún casi dos horas por delante hasta que Alicia Roca saliese del trabajo. Decidió contestar.

—Carla, por fin contestas. Te he estado llamando —dijo la editora en una ráfaga. Su voz sonaba nerviosa, cargada de ansiedad.

—Lo siento —respondió escueta. Carla no sabía qué más podía decir.

—Me hago cargo de lo que estás pasando, pero tenemos un asunto judicial entre manos que no podemos eludir. El juez ha admitido la querrela. Habrá juicio.

—¿Qué?

—Como lo oyes. Van a por nosotros. Y seguramente quieren que este juicio se convierta en un aviso para otros medios críticos. Tenemos que preparar muy bien nuestra defensa o nos van a joder bien.

—¿Y qué... qué puedo hacer yo?

—Mi abogado quiere hablar contigo cuanto antes. ¿Qué te parece mañana a primera hora?

—Imposible. Estoy fuera de Madrid.

—Carla, no puedes esconderte. Tenemos que darlo todo para enfrentarnos a esa gente. Llámame en cuanto vuelvas a Madrid.

La editora colgó. Lágrimas de rabia afloraron a los ojos de Carla. Tenía la impresión de que estaba decepcionando profundamente a todos los que la rodeaban. Era un sentimiento contradictorio, como si tirasen de su cuerpo desde varias direcciones a la vez. Sentía la imperiosa urgencia de echar a correr y a la vez de permanecer inmóvil.

Dejó caer el teléfono sobre la cama y después se dejó caer ella misma. El colchón era demasiado blando y desigual, aunque estaba tan cansada que se hubiera dormido en un lecho de piedras. Clavó la mirada en el techo, blanco como la mente de un cadáver. La habitación daba vueltas a su alrededor.

Era extraño. En los últimos días tenía la sensación de que su ser, eso que consideraba su yo aquí y ahora, no era más que algo que se había desprendido de otra cosa más grande. Como si su alma se hubiese dividido en dos y ella se hubiese quedado con la parte más débil. En algún lugar su vida tal y como la conocía hasta hacía poco proseguía su curso, un camino que quizá la llevaba a la felicidad en un mundo en el que su hermano se encontraba sano y salvo, un mundo donde Aarón acabaría volviendo, un mundo en el que su hijo la perdonaría, en el que haría las paces con él y consigo misma.

Echaba de menos a su hijo Aarón. Tal vez no debería haberle dicho que se marchara.

Tal vez...

Puede que se durmiera debido al cansancio extremo, físico y emocional, puede que simplemente se dejara llevar por el estado febril en el que se encontraba: se mezclaron sueños con pensamientos. Se olvidó de quién era y dónde estaba, yendo a lo simple de las cosas, fascinada por la horizontalidad de su cuerpo sobre aquella cama, el peso de sus piernas, la presión de su cabeza sobre la almohada, saltando de un pensamiento a otro, mezclando el pasado con un futuro en el que su hermano Isaac y su hijo Aarón vivían felices, juntos, y ella estaba...

Se puso en pie de un salto sacudida por una convulsión que le nacía del pecho. La visión de la habitación de aquel hotelucho no ayudaba a disipar la sensación de irrealidad que la envolvía. Miró el reloj. Eran las nueve y diez. ¡Mierda! ¡Se había quedado dormida!

Había planeado ir a encontrarse con Alicia a la salida del supermercado a las nueve en punto. Ahora tendría que ir a su casa a una hora cada vez más inhóspita. Agarró su bolso, el maletín con su ordenador portátil y salió a la calle. La iluminación de Almería era tristemente exigua y, a pesar de que había dejado de llover, el movimiento de personas o coches era escaso. En el aire flotaba un silencio extraño. Tardó unos segundos en darse cuenta de que lo que echaba de menos era el rumor omnipresente del tráfico en Madrid.

Carla condujo hasta La Cañada de San Urbano, la barriada de las afueras de Almería donde vivía Alicia Roca. Aparcó junto a la entrada de su casa. La farola que iluminaba aquel tramo de calle estaba fundida y todo se encontraba sumergido en la penumbra. El viento soplaba con fuerza. La ventana de la planta baja estaba iluminada.

Carla se bajó del coche y fue hasta la entrada abrazándose a sí misma para protegerse del viento húmedo. Llevaba solo unas horas en Almería y ya empezaba a odiar aquel viento que no daba tregua.

Allí seguía aquella montaña de neumáticos. En la oscuridad tenían un aspecto siniestro. Mientras los rodeaba para llamar a la puerta, Carla tuvo la fugaz impresión de que no solo estaba esquivando un puñado de neumáticos, sino que dejaba atrás su propia realidad, que se adentraba en un universo extraño donde las cosas ya no serían como las había conocido hasta entonces.

Meneó la cabeza para sacudirse aquellos pensamientos. Tenía un propósito y no cejaría hasta alcanzarlo. Llamó al timbre y aguardó.

44

Alicia

Querido hermano:

Soy tu hermana Alicia y mientras escribo en este bloc de rayas estoy sentada a tu lado. Debo ponerte un poco más en situación.

Te he hecho mucho daño, hermano. Y lo siento mucho más de lo que puedo expresar con palabras.

No te imaginas lo duro que es para mí seguir escribiendo. Me tiembla el pulso solo de verte inconsciente a mi lado en esa camilla.

Estás en el hospital por mi culpa.

Estás muy mal y yo no deajo de llorar.

Llevo semanas intentando ayudarte, David, intentando ayudarte con todas mis fuerzas. Y he cometido muchos errores, pero te aseguro que solo quería lo mejor para ti, hermanito.

Te he prometido muchas veces que te sacaría de donde estás, encerrado dentro de tu cuerpecito..., he fracasado.

La razón por la que estás así ahora son los medicamentos que yo te he dado sin que ningún doctor te los recetara. No sabía qué hacer para ayudarte, querido hermano. Parecía que no le importabas a nadie, ni siquiera a mamá.

Esos malditos medicamentos te han puesto muy enfermo.

Soy una idiota. Una completa idiota de mierda. Una maldita gilipollas que entiende, por fin, el desprecio que los demás sienten por ella.

Una idiota que pensaba que podía, ella sola, hacer por ti lo que no hacía nadie.

Ahora mismo no encuentro salida por ningún lado, no sé cómo ayudarte, no sé qué hacer, no encuentro palabras para expresar lo culpable que me siento. Si tan solo pudiera morir en este momento...

Eso es. Desearía que mi corazón dejara de latir, sin más. Dormirme y no despertar nunca más.

Pero tengo que ser fuerte porque nadie más lo es.

Me muero de la vergüenza y no hago más que escribir tonterías, supongo que lo único que quiero expresar con todo esto es lo siguiente: si sales de esta, querido hermano, y llega un día en el que mejoras hasta el punto de poder leer estas páginas y entenderlo, sabiendo que te hice lo que te hice, te quiero pedir algo muy sencillo. Algo que TIENES que hacer.

NO me perdones, hermano.

Ni se te ocurra perdonarme.

No necesito tu desprecio ni tus insultos, aunque los prefiero a tu perdón.

Tu perdón me dolerá más que todos los insultos del mundo, que todos los desprecios.

No me perdones.

No me perdones jamás.

* * *

Lo único que Alicia quería en aquel momento era desaparecer. No quería estar, no quería ser, no quería existir.

Era como si el universo entero se hubiese vuelto en su contra. El mundo odiaba a Alicia Roca y lo estaba demostrando. A lo mejor es que se lo merecía. Por haber odiado a su madre, por haber odiado a Erica, por lo que le hizo a su compañero de clase Borja Granero, por todos los pensamientos de odio que había albergado en su vida. Como en aquella serie de televisión en la que el karma le devolvía al protagonista un castigo por cada cosa mala que había hecho en su vida.

Pero no era justo. Lo que quería era ayudar. Lo había intentado con todas sus fuerzas. Ayudar al bobo de Nelson. Ayudar a su madre, ayudar a David.

No podía llorar porque no era tristeza lo que atesoraba en su interior, sino rabia. Una rabia que no iba dirigida contra nadie en particular, y eso le producía más rabia todavía.

—¿Será verdad eso de que el karma nos castiga por nuestros errores del pasado? —preguntó Alicia a su amigo Max.

Alicia estaba en su casa fumando un cigarrillo tras otro en el salón después del día más horrible de toda su vida. La acompañaba su amigo Max, que la había llevado a casa después del turno en el supermercado.

Max era el único que parecía dispuesto a escucharla, su único amigo. Entre los dos se habían fumado ya como un millón de cigarrillos. Los ceniceros rebosaban de colillas. Jo, estaba supernerviosa.

Por lo menos Max no perdía nunca la paciencia, ni se enfadaba por nada de lo que ella dijese. Max siempre ponía mucha atención a todo lo que ella decía, y, sobre todo, Alicia tenía la impresión de que Max realmente intentaba comprenderla.

No era ningún tonto como todos se creían. Que tuviese amnesia no lo convertía en un idiota. Max era la persona más inteligente que había conocido. Más inteligente que sus profesores, mucho más inteligente que todos sus compañeros de trabajo que se creían tan por encima de él.

Alicia podía hablar con Max de cualquier tema, por raro que fuese, que Max siempre cogía las ideas al vuelo. Como cuando Alicia se quedó mirando en el supermercado una cajetilla de tabaco y se le ocurrió decir que la advertencia que dice «FUMAR MATA» en realidad te da más ganas de fumar y que por eso las compañías acceden a ponerlo. Su compañera de la caja de al lado, Emilia, le dijo que estaba loca

por pensar eso, que la advertencia servía para que mucha gente dejase de fumar. Emilia la tenía por una especie de chiflada porque nunca entendía lo que ella decía.

«Esas advertencias consiguen que la gente no fume, el Gobierno hace bien en ponerlas», sentenció la idiota de Emilia. Lo peor es que lo dijo como si Alicia fuese tonta de remate.

Pero Alicia se dio cuenta de que era todo lo contrario porque cuando ella miraba esos mensajes le entraban ganas de fumar. Porque la idea de «fumar mata» te obliga a asociar la muerte con aspirar humo, y el imaginarte aspirar humo te produce unas ganas horribles de fumar. Cuanto más descriptivo era el mensaje, o incluso si había fotos de pulmones destrozados, más fuerte era la asociación con el humo y más ganas te daban de fumar. Intentó explicarle eso mismo a Emilia. No hubo forma. Al final Emilia se cansó y zanjó la conversación diciéndole que tenía unos pensamientos muy raros.

En cambio, cuando le comentó exactamente lo mismo a Max, su amigo no le dijo que estaba loca o que era «una tía muy rara». Max meditó unos segundos, asintió y le dijo que tenía razón y que era muy observadora. Y se notaba que lo decía de verdad, no por quitársela de encima.

¿Y de qué le servía darse cuenta de las cosas?, se preguntó Alicia. Comprender, por ejemplo, que los malditos supermercados utilizaban la música lenta cuando había pocos clientes para ralentizar su compra, y música rápida cuando el supermercado estaba lleno, para que se diesen más prisa. No parecía que darse cuenta de ese tipo de cosas fuese a ayudarla a mejorar su vida de algún modo.

«Si yo fuese gerente de este centro comercial, siempre sonaría David Bowie», le dijo a Emilia.

De acuerdo, ese era el tipo de ideas que no la llevaban a ningún sitio. A lo mejor su problema era que soñaba con un mundo imposible. Siempre veía un modo de cambiar las cosas para que fuesen mejores, más agradables, más interesantes. Pero la gente no quería cambiar. Sencillamente se conformaban con la mediocridad. Eso era algo que sí que no podía entender.

—No culpes a la gente. La gente tiene miedo a lo desconocido —le había dicho Max—. Todos tenemos una zona de confort y cuando nos instalamos en ella nos da miedo o sencillamente pereza salir a buscar algo diferente, aunque ese algo pueda ser mejor que lo que tenemos.

¡Y lo tenían por un retrasado! Max siempre se esforzaba en comprender el punto de vista de los demás, y en eso era mucho mejor que ella. Alicia casi nunca entendía por qué los demás se comportaban como lo hacían.

Max era un amigo de verdad. La había acompañado a casa al salir del trabajo y no había dudado en quedarse un rato cuando ella se lo pidió. Lo único que hacían era

mirar las imágenes de la televisión sin volumen, sentados en el sofá del salón fumando sin parar.

Aunque estaba hecha polvo, Alicia había acudido al trabajo. No quería perderlo, necesitaba el dinero para cuando David se pusiera bien. Le compraría una silla de ruedas nueva y se gastaría todas las semanas veinte euros en taxi para llevarlo a nadar a la piscina cubierta. David se pondría bien y eso era lo único que importaba.

Lo que tenía claro era que cuando David volviese a casa se esforzaría por ser mejor persona. Se llevaría bien con su madre, no volvería a gritar, pasara lo que pasase. Se llevaría bien con sus profesores, con sus compañeros de clase, con Emilia y hasta con el mismísimo gerente. Todo eso iba a hacer cuando David volviese del hospital sano y salvo. Era una especie de promesa.

—¿El karma? —preguntó Max—. ¿A qué te refieres?

—Si, el karma. Para los budistas es lo mismo que el alma para los católicos. Más o menos.

Max asintió despacio, con los ojos ligeramente entornados. Hablar del karma era de esas cosas que Max se tomaba en serio y que, en cambio, haría que cualquier otro la tomase por loca.

—La verdad es que no tengo ni idea de lo que es el karma —dijo Max con el ceño fruncido.

—Para los budistas el karma es una especie de energía que se va formando a partir de los actos de una persona —explicó Alicia—. Una energía que se almacena en algún sitio y que luego afecta a tu vida. Lo que dicen es que lo que te pasa en el presente es consecuencia de tu karma anterior. Si fuiste malo, el karma te lo devuelve haciendo que lo pases mal. Si fuiste bueno, el karma te recompensa con cosas buenas en tu vida actual.

Max abrió los ojos de par en par.

—Si eso fuese verdad, entonces, ¿qué es mi vida actual? —preguntó— ¿Un castigo o una recompensa?

—Pues eso depende de cómo fuera tu vida antes —reflexionó Alicia—. Si lo pasabas peor que ahora, entonces tu vida actual puede verse como una recompensa. Sin embargo, si tu vida antes era mejor, no sé, si tenías mucho dinero o algo así, una familia y todo eso, si estabas satisfecho, pues entonces esto solo puede verse como un castigo.

Alicia se sorprendió a sí misma de aquella idea que acababa de tener. La misma situación podía considerarse buena o mala dependiendo de con qué se la comparase.

—Tengo la impresión de que esto es un castigo —dijo Max—. Así que en mi vida anterior no debí portarme demasiado bien. —Sonrió como si bromease. Sus ojos seguían entornados.

—Sea como sea, el karma es una mierda —dijo Alicia—. Yo solo quería ayudar y

mira cómo me lo ha pagado. Mi vida es un asco se mire como se mire.

—Bueno, hay otro modo de verlo —dijo Max, que mantenía el ceño fruncido—. Puede que tu vida actual sea la mejor de las posibles. Quizá las cosas podrían ser mucho peor. Tal vez tu karma ha hecho todo lo que ha podido por ayudarte.

—Pues si esto es todo lo que ha podido hacer, tendría que esforzarse un poco más —se quejó Alicia con la mirada fija en sus zapatos.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—Jo, ¿quién será a estas horas? Espero que a mi madre no le hayan cambiado el turno.

Su madre se había ido a trabajar directamente desde el hospital, tenía turno de noche y no volvería hasta bien entrada la madrugada. Alicia temía el momento en que su madre llegase a casa. Si su madre se ponía a hacerle reproches por lo que había pasado con David, no sabía cómo iban a acabar.

Pero cuando Alicia abrió la puerta se encontró con la misma mujer que había intentado hablar con ella en el supermercado.

—¿Quién eres? ¿Y qué quieres? —preguntó Alicia—. Ya te dije que sea lo que sea no me interesa.

Alicia se fijó en que llevaba un maletín de ordenador al hombro, mas no parecía que vendiese nada. Calculó que debía tener unos treinta años. Era guapa. Tenía unos ojos grandes y bonitos, y la piel de su rostro tenía una apariencia tersa, aterciopelada.

—Me llamo Carla —se presentó la mujer. Se mordió el labio inferior como dudando—. Necesito hablar contigo acerca de tu padre.

Jo. Aquello era lo último que Alicia hubiese esperado oír.

Carla

Ahora que podía observarla detenidamente, Carla vio que Alicia Roca era una joven de mediana estatura, de rostro ovalado y agraciado. Tenía unos ojos grandes y bonitos de color miel que observaron a Carla con atención cuando abrió la puerta. Vestía un chándal completamente negro, las zapatillas de deporte también eran negras, ni un solo adorno o brillo, ni una sola nota de color. Llevaba una cinta alrededor del cuello de la que colgaba una funda con su iPhone dentro. No se podía decir que estuviera gorda, mas se fijó en que su cuerpo acumulaba cierto exceso de grasa en muslos y caderas. Su pelo era negro y caía lacio en un flequillo que ocultaba parcialmente su rostro. Alicia se apartó el pelo de la cara con un movimiento mecánico de cabeza.

—Necesito hablar contigo —dijo Carla con los brazos descansando sobre sus caderas y las palmas de las manos abiertas—. Por favor, es muy importante.

—¿Es que eres de los servicios sociales? ¿Tiene que ver con mi hermano? —La chica la miró de arriba abajo.

—No, no pertenezco a ninguna institución pública. —Carla negó con la cabeza—. Estoy investigando algo por mi cuenta. Está relacionado con tu padre.

—¿Con mi padre? —La joven alzó las cejas con sorpresa—. ¿Qué tienes tú que ver con mi padre?

—Te lo explicaré si me concedes unos minutos, por favor.

El viento aulló y les agitó el pelo y las ropas.

—Por favor, solo unos minutos —suplicó Carla—. Es muy importante.

—Está bien, pasa —cedió por fin la joven.

Carla cruzó el umbral. La puerta se cerró con un golpe seco dejando atrás el viento. Atravesaron un estrecho recibidor y llegaron a un salón que apestaba a humo de cigarrillo.

Carla descubrió con sorpresa que la joven no estaba sola. En el salón había alguien más: un hombre que se puso en pie cuando ella entró. Carla lo reconoció en el acto. Era el empleado del supermercado que aparecía en el recorte del periódico: el héroe de Almería, el empleado que, según la noticia, había intervenido impidiendo un atraco al centro comercial.

—No sé quién es —dijo Alicia al hombre—. Quiere hablar conmigo de algo relacionado con mi padre. ¿Te lo puedes creer?

—Me llamo Carla —dijo acercándose al desconocido con la mano extendida.

—Yo soy Max. —El hombre le estrechó la mano.

Era muy alto, de complexión fuerte y muy guapo. Tenía un porte varonil y elegante que parecía fuera de lugar en aquella casa tan humilde. Vestía unos sencillos vaqueros y una camisa blanca de algodón. Debía rondar los treinta años, aunque

algunas canas ya asomaban en su pelo. Tenía una mirada abierta y franca que chocaba de algún modo con su aspecto duro y viril. Sus ojos eran los de un niño que observa con una mezcla de osadía, reverencia y curiosidad.

Carla recordó las palabras de la mujer de la casa contigua: «Tiene un novio, un hombre mayor y con problemas mentales». ¿A qué clase de problemas se habría referido? Aparentemente, aquel hombre era normal.

—Necesito hablar contigo a solas —dijo volviéndose hacia Alicia.

—Cualquier cosa que tengas que decirme él puede oírla —respondió Alicia levantando la barbilla.

—Es algo delicado: como te he dicho antes, tiene que ver con tu padre...

Carla esperaba alguna reacción de rechazo o miedo por parte de Alicia al mencionarle a su padre, pero ni antes en la puerta ni ahora que la podía observar con más detenimiento detectaba en su expresión nada parecido. Daba la impresión de que la mención de su padre, que habría abusado de ella en repetidas ocasiones, le causaba más curiosidad que repugnancia o angustia. Carla se preguntó si su mente no estaría bloqueando los recuerdos de los abusos sufridos. Sabía que eso era habitual, sobre todo cuando los abusos provenían del ámbito familiar. Quizás era el caso de Alicia. Tal vez no era consciente de haber vivido con un monstruo que abusaba de ella.

—Por favor, tenemos que hablar a solas —insistió Carla mirando de soslayo a Max.

Alicia y el hombre intercambiaron una mirada.

—Creo que esta mujer es sincera —dijo el empleado del supermercado—. Y dice la verdad. Necesita tu ayuda. Está en una situación desesperada y cree que tú puedes ayudarla.

Carla miró a Max con los ojos muy abiertos. Aquel hombre hablaba de ella con una seguridad desconcertante, como si pudiese leerle la mente.

—Pues entonces di lo que tengas que decir aquí y ahora o vete. —Alicia se enfrentó a Carla con los brazos cruzados. No parecía dispuesta a ceder—. Ya me dirás qué es eso tan misterioso que tienes que decirme de mi padre.

Carla trató de escrutar algún signo de temor en su mirada, pero la joven aparentaba una total indiferencia. Por su parte, el hombre la observaba con atención, como un niño que espera una misteriosa revelación de un adulto. Carla decidió que no tenía más remedio que tener aquella conversación en su presencia.

—De acuerdo, ¿puedo sentarme? —pidió.

Se acomodó en una silla junto a la mesita de café. Alicia y Max se sentaron frente a ella, uno en cada extremo del sofá. Ambos encendieron sendos cigarrillos al unísono. Alicia soltó una nube de humo y le lanzó una mirada impaciente.

—¿Qué pasa con mi padre? —espetó—. ¿Eres amiga suya o algo?

—¿Cuándo fue la última vez que le viste? —preguntó Carla.

—Pues... —Alicia miró al techo—, hará como unos cuatro años más o menos, poco después de nacer mi hermano. Fue entonces cuando se divorció de mi madre y ni siquiera se preocupó de venir a vernos.

—¿Cuatro años, estás segura? Me habían dicho que había vivido en Almería hasta hace solo unos dos años.

—Bueno..., y sigue viviendo en Almería, que yo sepa, aunque no venga a vernos.

—¿Cómo? ¿Tu padre no se fue de Almería? —replicó Carla levantando las cejas.

Alicia meneó la cabeza de un modo que hizo que el flequillo oscilase de un lado a otro. Carla, boquiabierta, miró a su alrededor desconcertada.

—Me parece que te has confundido de persona —dijo Alicia—. Vamos a ver, ¿a quién estás buscando tú?

—Al... al doctor Telmo Vargas, me habían dicho que era tu padre.

—Jo, pues te han informado mal. Ya me extrañaba a mí. Mi padre se llama Luis Roca. Y no es médico. Es mecánico en un taller de coches.

Carla la miró con incredulidad. ¿Se habría equivocado de persona?

—De todos modos, es curioso que estés buscando al doctor Telmo Vargas —dijo Alicia—. Porque a él sí que lo conozco.

Carla sintió que algo frío se derramaba por su espalda.

—¿Lo conoces?

—Bueno, no en persona. Solo he hablado con él por internet. El doctor Vargas me ayuda con la rehabilitación de mi hermano pequeño, David.

Carla sintió que las piernas se le aflojaban. Se le aceleró el pulso con una ráfaga de adrenalina.

—Háblame de ese doctor Vargas —dijo con voz hueca. Le sobrevino una sensación de vértigo—. ¿De qué lo conoces?

—Bueno, es una historia muy larga —dijo Alicia con voz fatigada mientras la mirada se le iba al suelo—. Di con él porque mi hermano pequeño necesitaba ayuda.

—¿Tienes un hermano? ¿Qué tipo de ayuda?

Alicia miró a Carla indecisa, como sopesando la decisión de contarle algo o no. Entonces miró a Max, que asintió con la cabeza. Alicia volvió a mirar a Carla de arriba abajo una vez más. Carla apretó suavemente los labios con los ojos clavados en ella esperando una respuesta.

—Mi hermano —dijo finalmente Alicia— tiene parálisis cerebral, no puede moverse ni hablar. Es grave. Tiene cuatro años. Todo el mundo piensa que siempre va a estar así, que nunca va a poder andar ni hablar. —Alicia hablaba con las manos cruzadas en el regazo y la mirada fija en el suelo—. Hace poco descubrí que hay una especie de cura para la parálisis cerebral. Algo nuevo. Son unos ejercicios musculares muy intensos, hay que trabajar ocho o diez horas al día. Leí mucho en internet. Para aprender los ejercicios de rehabilitación había que hacer unos cursillos en una clínica.

Lo malo era que había que pagar cinco mil euros por las tres semanas de curso; te daban todo el material y eso. Yo no podía pagármelo y mi madre no quería ni oír hablar de terapias. —Su mirada se ensombreció—. Entonces busqué en la red, ya sabes, seguro que alguien habría subido el material de los cursos para que otros pudiesen descargarlo gratis. Buscando por ahí y preguntando en foros encontré al doctor Vargas, el que has confundido con mi padre. Resulta que había trabajado en esa clínica. El doctor Vargas se ofreció a ayudarme. Me envió el material de los cursos y me dio muchos consejos sobre el tratamiento de David.

—¿Tu hermano está bien? —preguntó Carla con un nudo en la garganta. Le tembló la voz.

La joven la miró con los ojos empañados.

—No. Ayer tuvo un ataque muy fuerte y está en el hospital. Los médicos dicen que es por algo que ha tomado. Me echan la culpa. Dicen que yo le he dado drogas, anfetaminas o algo así. Yo no le he dado ninguna droga, eso te lo aseguro —había rabia en su voz—. Lo único que le di fueron las vitaminas para el cerebro —dijo tocándose la sien con un dedo.

—¿De dónde sacaste las vitaminas que le diste? —preguntó Carla.

—Las compré en una tienda de internet que me recomendó el doctor Vargas.

A Carla se le iban a salir los ojos de las órbitas. Se agarró con fuerza a su silla como un niño asustado en una montaña rusa. Empezaba a darse cuenta de que aquella chica sí que tenía una relación con el individuo que buscaba, aunque no el tipo de relación que había creído.

Por el amor de Dios. No era su hija. ¡Era una de sus víctimas!

La cabeza le daba vueltas. ¿Por qué Eva Luna le había dicho que el doctor Vargas era el padre de Alicia? Una garra helada le presionó el estómago.

Carla se dio cuenta de que Max la observaba atentamente. Parecía analizar cada uno de sus movimientos.

—¿Y por qué estás buscando tú al doctor Vargas? —preguntó Alicia.

Carla no respondió. Sacó el ordenador portátil del maletín. Lo abrió sobre la mesita de café. Tenía que comprobar algo.

—Alicia, ¿podrías enseñarme esa tienda donde compraste las medicinas? —preguntó.

—Claro.

Alicia se inclinó sobre el ordenador y tecleó una dirección en la ventana del navegador. Apareció un mensaje de error:

ERROR 404 - LA PÁGINA WEB SOLICITADA NO EXISTE

—Qué raro, es esta dirección, estoy segura —dijo Alicia.

—¿Puedes probar a entrar desde tu propio ordenador? —pidió Carla.

Alicia cogió un ordenador portátil que descansaba en la mesa del comedor y lo desplegó en la mesita de café. Tecleó de nuevo la dirección de la tienda online. Esta vez se abrió una página web que anunciaba la venta de vitaminas y suplementos energéticos.

—Tienes la conexión mal —dijo Alicia—. ¿Ves? Yo sí puedo entrar.

—¿Me dejas mirar una cosa? —pidió Carla. Acercó hacia sí el ordenador de Alicia.

Carla revisó la configuración del panel de control. Descubrió que, tal y como sospechaba, la tienda online tenía un filtro de direcciones IP que solo dejaba entrar al ordenador de Alicia. Aquella página web era invisible para el resto de usuarios de internet. Solo desde aquel ordenador se podía abrir la página para hacer pedidos.

Algo ardiente le atenazó la garganta. Acababa de encontrar a la última víctima conocida del psicópata a quien perseguía: Alicia Roca.

—Estas medicinas son fraudulentas —dijo Carla—. Ese hombre, el doctor Vargas, quería hacerle daño a tu hermano a propósito.

—¿Qué? ¿Hacerle daño a David? —Alicia abrió mucho los ojos—. ¡Pero si me quería ayudar!

—Esas pastillas que te han vendido son en realidad drogas. Podrían haber matado a tu hermano.

—¿Drogas? ¿Por qué iba a querer hacerle eso a David?

Alicia miró a Max buscando respuestas. El hombre permaneció silencioso. Se limitaba a escuchar con el ceño ligeramente fruncido, como si tuviese que realizar algún tipo de esfuerzo para entender lo que allí se estaba diciendo.

—No sé por qué lo hace —dijo Carla. Tenía el pulso acelerado—. No es el primer niño que envenena.

—No me lo puedo creer... ¡el doctor Vargas! —bramó Alicia— ¡Si será hijo de puta!

Alicia se puso en pie gesticulando con rabia. Tenía el rostro congestionado.

—¿Pero por qué iba a querer envenenar a mi hermano? Si solo es un niño inocente... —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Si David se muere por su culpa...

Rompió a llorar y se echó en brazos de Max. Alicia permaneció abrazada a él unos instantes. Después se separó y se enjugó las lágrimas con el dorso de las manos.

—¿Y por qué pensabas tú que era mi padre? —preguntó a Carla.

—Alguien que supuestamente le conoce me envió aquí —dijo Carla—. Me dijo que era tu padre. No sé si me mintió o esa persona estaba equivocada...

—¿Y por qué lo buscabas tú? —intervino por primera vez Max—. ¿Eres policía?

Carla le miró a los ojos.

—No, policía no —meneó la cabeza—. Yo soy informática. Tengo experiencia en

las redes sociales para adolescentes. Un funcionario del Ministerio de Asuntos Sociales contactó conmigo y me pidió colaboración. Me explicó que un individuo estaba provocando las muertes de algunos jóvenes con los que contactaba a través de chats para adolescentes. Me pidió ayuda para desenmascarar a ese individuo — explicó Carla.

—Y ese individuo es el doctor Vargas que casi mata al pequeño David —dijo Max.

Carla miró atentamente a Max. Desde luego aquel hombre no era ningún idiota.

—Así es —asintió Carla con los dientes apretados—. Cuando vine aquí creía que Alicia podría ayudarme a encontrarle.

—Ojalá ese tío arda en el infierno —sollozó la joven.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste algún contacto con él? —preguntó Carla.

—No lo sé, puede que hace un par de días; el muy hijo de puta todavía me decía que lo estaba haciendo muy bien con David. ¿Cómo podía ser tan falso? ¿Tendría que denunciarlo a la policía?

—Te pediría que no lo hicieras, de momento —dijo Carla—. Si sospecha que la policía investiga, volvería a desaparecer. No es la primera vez que estoy cerca y se me escapa.

Carla estaba frustrada. Creía que allí encontraría información sobre su paradero, pero seguía sin tener nada.

—¿Recuerdas algo que pudiera ayudarme? —dijo—. ¿Algún detalle, por pequeño que fuese? ¿Algo que nos sirva para saber quién es?

Alicia negó con la cabeza.

—Ahora que lo pienso, nunca decía nada de sí mismo. Solo me hacía muchas preguntas sobre mí, sobre mi vida. Yo nunca pensé que no era un médico de verdad. ¿Cómo podía saber que quería hacer daño a mi hermano en vez de ayudarlo? Mi madre tenía razón. No hay que fiarse de nadie en internet. Jo, me siento tan idiota...

—No es culpa tuya. Ese individuo sabe cómo ganarse la confianza de los demás. Es retorcido. Sí, tu madre tiene razón. Nunca te fíes de un desconocido en internet, Alicia. Internet está plagado de mentiras.

—¿Cómo puedes saber que alguien miente si no puedes verle la cara ni oír su voz? —preguntó Max.

—No puedes —respondió Carla—. Por eso es tan fácil engañar en internet. Solo cuando tienes experiencia aprendes a distinguir lo verdadero de lo falso, aprendiendo a contrastar la información de varias fuentes. Hay mucha gente que piensa que cualquier cosa que encuentra en internet es cierta, cuando cualquiera puede escribir cualquier cosa en internet.

Carla advirtió que Max parecía confundido.

—Ya me gustaría que Max se viese cara a cara con el doctor Vargas —dijo Alicia

—. Entonces veríamos si es tan valiente. —Apretó los puños.

Carla miró a Max. El hombre permanecía pensativo.

—Tendrías que haber visto lo que hizo Max con los atracadores —siguió Alicia

—. En su vida anterior tuvo que ser un policía de los buenos —había orgullo en su voz.

—¿En su vida anterior?

Max se agitó incómodo, torciendo la boca. Parecía comprometido por el comentario de Alicia.

—Así es como Alicia llama a mi vida antes del accidente —sonrió forzado—, a mi vida antes de que perdiese la memoria. Un... accidente en la cabeza me provocó amnesia. No recuerdo nada desde que desperté de un coma.

—Comprendo —dijo Carla.

Pensó que la amnesia encajaba con su mirada desorientada. Supuso que la amnesia eran los «problemas mentales» que le atribuía la mujer de la casa contigua.

—Pero lo que Max no ha olvidado es cómo darle una paliza a alguien —dijo Alicia—. Si averiguas quién es ese doctor Vargas, díselo a Max, que se encargará de él.

Carla frunció los labios.

—Creo que sería mejor que lo hiciese la policía —dijo—. No obstante, agradezco tu ayuda, Alicia.

Carla se puso en pie y guardó su ordenador en el maletín.

—Lamento mucho lo que le ha ocurrido a tu hermano y espero que se recupere cuanto antes —dijo—. Creo que ahora será mejor que me vaya. Un placer. —Se despidió de Max estrechándole la mano.

Alicia la acompañó hasta la puerta. El viento seguía soplando con fuerza.

—Voy a pasar la noche en Almería —dijo Carla—. Si necesitas algo de mí, puedes llamarme cuando quieras, te ayudaré en lo que pueda. También puedes escribirme un correo. Carla punto Barceló, arroba, gmail, punto com. Me gustaría que me avises cuando tu hermano salga del hospital.

—Lo haré. —Alicia cogió su iPhone y tecleó en la agenda el correo electrónico que Carla le había dictado.

—Bonito teléfono —dijo Carla.

—Me tocó en un sorteo en internet, ¿puedes creerlo? Pensaba que ese tipo de sorteos eran bulos y fíjate..., al menos un poco de puñetera suerte en mi vida...

Alicia rompió a llorar. Carla la rodeó en un suave abrazo. Alicia le devolvió el abrazo con fuerza. En su llanto, Carla tuvo la sensación de que el cuerpo de Alicia se vaciaba de un dolor largo tiempo atesorado.

—Tranquila, todo saldrá bien —susurró—. Todo saldrá bien. Eres fuerte y valiente. Sobreviviremos, ¿verdad?

Alicia asintió mientras el viento sacudía a ambas mujeres agitándoles el pelo y las ropas.

Carla se alejó corriendo hasta su coche. Estaba temblando. Pasaban las once de la noche. El viento aullaba con fuerza sobre los tejados. Carla no podía entender cómo la gente no enloquecía en aquella ciudad con aquel viento.

El trayecto hasta el hotel le pasó desapercibido. Carla se limitaba a seguir las instrucciones del GPS mientras las palabras de Alicia se repetían en su cabeza, palabras que se transformaban en preguntas sin respuesta... ¿Cómo era posible todo aquello? ¿Quién era el doctor Vargas? ¿Por qué Eva Luna le había mentado sobre Alicia? Tenía la impresión de que algo se le escapaba. Estaba demasiado cansada, demasiado aturdida para pensar con claridad. Los acontecimientos se agolpaban en su mente en un caos sin sentido. Cuando intentaba pensar las palabras se volvían huecas y los recuerdos solo eran una sucesión de sombras inconexas. Era como si tuviese un velo ante los ojos que le impidiese ver. Se dijo que tenía que dormir, descansar unas horas y poner en orden sus ideas.

Cuando llegó a la habitación del hotel donde se alojaba le pareció aún más sórdida y miserable, o tal vez solo era una simple habitación de hotel que ella sentía triste porque la hacía espejo de su pesadumbre. Se preguntó dónde habría ido a parar la luz y la alegría en su vida y si alguna vez volvería a recuperarla.

Decidió no pensar, simplemente seguir adelante sin pensar. Llamó a Héctor Rojas. Era muy tarde, pero pensó que estaría interesado en saber lo que había descubierto. Sin embargo, no obtuvo respuesta. Dejó un mensaje en el contestador:

«Llámeme en cuanto pueda, he encontrado a otra víctima de ese individuo».

Se metió en la cama. Estaba tan cansada que ni siquiera aquel horrible colchón podría impedir que durmiese. Tumbada, en la oscuridad, sintió que su mente se cerraba al mundo como una flor que se repliega. Recordó una frase zen que había leído en una ocasión:

«Cuando se abre una flor, es primavera en todo el mundo».

Ahora, sin embargo, lo que experimentó fue justo lo contrario, que algo en su interior se cerraba y que el mundo entero entraba en un largo y crudo invierno.

Con ese pensamiento se quedó dormida.

Alicia

Alicia se había sorprendido mucho cuando Carla la abrazó al despedirse. No estaba acostumbrada a que la gente la abrazase, y menos una desconocida. Con todo, se había sentido reconfortada en sus brazos. Se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que nadie la abrazaba, ni siquiera su madre. Jo, qué triste.

A pesar de que hacía un frío terrible Alicia se quedó en la puerta mirando cómo Carla corría hasta su coche, aparcado en el borde del patio delantero de su casa.

—Avísame cuando encuentres a ese tío —gritó Alicia por encima del viento.

La mujer volvió el rostro un segundo antes de meterse en el coche. Asintió con una sonrisa triste que brilló en la noche. Alicia pensó que parecía muy cansada. Hubiese querido que no se marchase, seguir conversando con ella y volver a abrazarla.

Un par de horas después también se marchó su amigo Max y Alicia se quedó sola. No soportaba aquella soledad. Se moría por que fuese de día y poder ir a un centro comercial o a clase y estar rodeada de gente. Con lo que odiaba el instituto y ahora estaba deseando volver a clase. Tanto querer estar sola para que no la molestasen y ahora resultaba que odiaba la soledad con todas sus fuerzas. El silencio que había en la casa era insoportable.

Entonces pensó que por la mañana ella y su madre tendrían que verse las caras, y también con el gilipollas de Mario *el Armario*, que era un mafioso. Se le quitaron las ganas de que llegase el día siguiente.

Subió a su habitación y agarró su guitarra. Jo, ni siquiera le apetecía tocar. Dejó la guitarra a un lado y se tumbó en la cama, boca arriba. Era de lo más extraño. Cuando tenía que ocuparse de David noche y día no paraba de sentirse agobiada y abrumada por todo el trabajo y el peso de la responsabilidad. Ahora que su hermano no estaba a su lado no tenía ganas de hacer nada. Le echaba tanto de menos... Ojalá volviese pronto a casa.

A pesar de todo, se dijo, las terapias sí que estaban dando resultado. Aunque el doctor Vargas fuese un demente, las terapias de rehabilitación que le había facilitado eran auténticas. Alicia había podido contrastarlas con información que había encontrado en internet y con los testimonios de otros padres. No iba a darse por vencida. Eso nunca. Lo peor iba a ser convencer a su madre de que tenía que seguir trabajando con David.

Cerró los ojos y le vino a la mente el rostro de Carla. Su cara se dibujó ante ella con claridad. Era tan guapa. Su piel y su pelo eran perfectos. Tenía una mirada profunda y sus labios eran gruesos y sensuales. Se estremeció al recordar el abrazo en la despedida.

¿Qué sentiría al besarla? Sin duda no sería igual que besar a Erica. Con Erica había sido como un juego, como acariciarse frente al espejo. Su cuerpo de adolescente había despertado su curiosidad, pero no la había excitado realmente. La idea de tocar los labios de aquella mujer le provocó un estremecimiento.

¡Jo! ¡Y a lo mejor no volvía a verla!

El timbre de la puerta la sacó de sus ensoñaciones. Seguro que Max se había olvidado otra vez las llaves de su camioneta.

Cuando abrió la puerta se encontró con un completo desconocido. Era un hombre de mediana edad. Tenía el pelo blanco peinado hacia atrás, la mandíbula prominente y unos ojos azules que la taladraron con la mirada. Alicia intentó cerrar la puerta de golpe, pero ya era tarde. El hombre la bloqueó con el pie y la empujó hacia dentro.

—Hola Alicia —saludó el desconocido—. No deberías estar sola en casa, ¿no te parece?

El hombre la agarró por un brazo y la atrajo hacia sí. Alicia se revolvió gritando con todas sus fuerzas. El hombre cubrió su rostro con un trapo húmedo. Un vapor traspasó sus fosas nasales y los músculos se le aflojaron al instante.

—Creo que no me he presentado. —Alicia escuchó una voz cada vez más lejana—. Nos conocemos, aunque no personalmente. Soy el doctor Vargas...

Fue lo último que Alicia pudo comprender antes de que su mente se rindiese a la pavorosa oscuridad.

Héctor Rojas

Héctor se secó las lágrimas y se vendó la mano izquierda, que sangraba copiosamente.

Respiró hondo. Intentó no pensar en nada, vaciar su mente.

Estaba completamente solo en su casa y ya eran más de las tres de la mañana. Había pasado más de una hora debatiéndose entre llamar a la policía o llevar a cabo el crimen que le habían encargado. En un arrebato de ira había golpeado la ventana con todas sus fuerzas y había roto el cristal.

Era el encargo más horrible que le podían haber hecho y no tenía más remedio que cumplirlo.

Así pues, sin opciones y una vez decidido a llevar a cabo el delito, la única decisión que quedaba por tomar era la manera en la que llevaría a cabo semejante monstruosidad.

Podía usar su monovolumen e irse a alguna zona de copas de Madrid, meterse en cualquier discoteca, dar con dos chicas atractivas, decirles que era un agente publicitario, invitarlas a ir a su estudio, golpearlas en la cabeza en cuanto las tuviera dentro del vehículo...

Dios santo, siendo dos, cuando golpear a una la otra gritaría de terror, podría alertar a alguien. Podría presentarse la policía; aun consiguiendo abandonar la escena, alguien podría anotar la matrícula. Aunque las instrucciones habían sido claras: tenían que ser dos.

Había que llevar a cabo la operación en dos fases.

Por supuesto, que no lo viera nadie.

Deshacerse cuanto antes de los móviles de las chicas, o cualquier aparato electrónico rastreable.

Traerlas a casa, ¿para meterlas dónde?, ¿en el trastero!, manietarlas. Darles agua, atenderlas si necesitaban algo.

¿Explicarles lo que les iba a pasar? ¿Indicarles dónde acudir en busca de ayuda cuando pudieran escaparse de sus opresores?

Que memorizaran un número. El número de su oficina.

Oh, Dios, qué tremenda ironía. ¡Qué horrorosa ironía!

Podría funcionar. Aunque, si lograban escaparse, le denunciarían, le meterían en la cárcel. Pero eso no tenía ninguna importancia.

¿Qué pensaría su hija de él?

Le diría con lágrimas en los ojos que sus manos estaban atadas, que se vio obligado, le diría que la quiere más que a su propia vida.

Le diría: «Marta, cuando seas madre, me comprenderás».

Ella no pararía hasta que él le confesara sus verdaderos motivos. La reacción de ella, llegado ese momento, le era completamente desconocida. ¿Cómo reaccionaría ante algo así? ¿Le haría sentirse culpable?

No le diría nada, nunca, jamás le confesaría sus motivos.

Otra opción era esperar a que amaneciera e irse a la Facultad de Bellas Artes. Dar con un par de sus amigas que le conocieran ya a él, decirles que Marta las esperaba para una sorpresa, cualquier excusa.

Que no le viera nadie, esquivar las cámaras de seguridad del edificio.

Mejor salirles al paso antes de que llegaran a la universidad. Si caminaban, invitarlas a que subieran al coche.

Entonces ya quedarían solo unas horas para que se cumpliera el plazo, solo unas horas, demasiado arriesgado.

Después de que se produjera el delito, después del intercambio, se entregaría a la policía. Pondrían a su hija en custodia. Él acabaría en la cárcel, si bien las pobres chicas tendrían una oportunidad. Marta no tendría más remedio que enterarse de todo y seguramente sentirse culpable por todo lo ocurrido.

Héctor se miró la mano vendada y vio que la venda estaba completamente empapada de sangre.

El reloj del salón marcó las cuatro de la mañana.

Comenzó a llorar de nuevo.

* * *

—Buenas tardes, les habla Alfredo Casas, en directo en las mañanas de Cadena SER Madrid, trayéndole los temas de la actualidad que a usted le interesa conocer. Hoy comenzamos nuestro programa con la preocupante noticia de la desaparición de dos jóvenes, María Duque y Ana Flores, ambas de 22 años de edad y estudiantes de la Facultad de Bellas Artes de Madrid. Las jóvenes, que eran compañeras de piso, fueron vistas por última vez en la mañana del martes cuando parecían dirigirse a la facultad, a la que nunca llegaron. En principio, amigos y profesores descartan que las chicas se hayan fugado o algo parecido, pues están ya plenamente emancipadas de sus familias y son estudiantes brillantes. Iremos dando más detalles que puedan esclarecer el suceso y ayudar a encontrar a las jóvenes en cuanto tengamos más datos al respecto. Por otro lado, se ha dado una amarga casualidad. Se trata del suicidio de Héctor Rojas, funcionario de la Oficina de Protección del Menor, un organismo dependiente del Ministerio de Asuntos Sociales, con quien tuvimos el placer de conversar en esta misma emisora hace tan solo unos días y que era precisamente un experto en desapariciones de menores. Héctor Rojas, de 51 años, fue encontrado

muerto esta misma mañana en su casa de Madrid. Le sobrevive su hija Marta, de 20 años. Aunque no hay nada oficial hasta que se conozcan los resultados de la autopsia, todo apunta a que el señor Rojas se suicidó la pasada madrugada. Como muchos de ustedes recordarán, tuvimos a Héctor Rojas en nuestro programa hace tan solo cuatro días. No creo que pequemos de oportunistas si reproducimos la charla que el pasado jueves yo mismo mantuve con él coincidiendo con el Día Internacional contra el Tráfico Humano. Invitamos al señor Rojas para que nos hablase de esa terrible lacra que es la explotación sexual de menores. Más adelante les informaremos de las novedades que vayan surgiendo respecto a las causas de su muerte. Sin más, y con el permiso de nuestros oyentes, les invitamos a escuchar de nuevo la charla.

* * *

—Buenas tardes, les habla Alfredo Casas, en directo en las mañanas de Cadena SER Madrid, trayéndole los temas de la actualidad que a usted le interesa conocer. Hoy contamos con la presencia de Héctor Rojas, que trabaja desde hace más de veinte años en la Oficina de Protección del Menor del Ministerio de Asuntos Sociales. El señor Rojas ha trabajado activamente en la concienciación del problema de la explotación sexual de menores. Sea usted muy bienvenido a Cadena SER Madrid.

—Gracias.

—Señor Rojas, si le parece vamos directos al grano. Cuénteme, por favor, cuál es la situación actual de la explotación sexual infantil en el mundo.

—Por supuesto. Mire, hay que entender que estamos hablando de un problema que se enmarca en otro mucho más amplio, que es el de la esclavitud en el mundo. Piense usted que en cifras globales estamos hablando de actividades que mueven por encima de los treinta mil millones de euros anualmente.

—Se refiere al tráfico humano con fines sexuales.

—Así es, básicamente el objetivo de las políticas de información se centran en impedir que chicas españolas sean captadas por las redes de prostitución e intentar desmantelar prostíbulos que ya hay en nuestro país con chicas que vienen contra su voluntad de todas las partes del mundo.

—Pero el organismo en el que usted trabaja no tiene nada que ver con la policía, usted no tiene el poder de investigar, interrogar o hacer que se cambien las leyes...

—Claro, pero eso no significa que esté atado de pies y manos. La información es un arma poderosa, ¿no cree?

—Totalmente de acuerdo, dígame entonces qué es lo que, como ciudadanos, podemos hacer al respecto.

—Lo primero es concienciarnos del problema. Conocer la fragilidad de las jóvenes adolescentes, lo fácil que es manipularlas, algo que a veces resulta difícil de comprender desde nuestra perspectiva de adultos.

—Ciertamente, a veces olvidamos lo que significa ser adolescente.

—Así es. Las chicas, que son captadas en zonas urbanas, en pueblos y ciudades de Europa Occidental, ofrecen todas un mismo perfil. Tengamos en cuenta que, por lo general, no son raptadas, son chicas que son captadas y que en las primeras fases lo hacen voluntariamente.

—¿Voluntariamente?

—Así es, gracias a que las seleccionan siguiendo cierto perfil psicológico. Existe toda una red mafiosa especializada en captar a chicas que cumplen un perfil determinado. No van a intentar captar a cualquiera, no son idiotas, estamos hablando de profesionales.

—¿Cuál es ese perfil psicológico?

—Son siempre, y quiero remarcar la palabra *siempre*, chicas que están muy insatisfechas con sus vidas, que tienen problemas familiares, conflictos, en ocasiones incluso han sufrido malos tratos o abusos sexuales por parte de un progenitor o familiar. Sin embargo, no hemos de pensar que solo las chicas que han sufrido algún trauma familiar son fácilmente captadas. También a menudo ocurre con chicas que se sienten muy acomplejadas y se valoran muy poco en todos los sentidos. Cuanto más acomplejada está una chica, más sencillo resulta para las mafias captarlas para la prostitución.

—Pienso en una chica acomplejada y me estoy imaginando a la típica chica gordita, o con acné, poco agraciada... y esas chicas no les van a interesar a los captores si lo que quieren es convertirlas en prostitutas.

—Tiene usted razón en lo segundo, en que una muchacha poco agraciada no les interesa, pero se equivoca en lo primero: hay infinidad de adolescentes muy guapas, muy atractivas, que se sienten como si fueran horribles. Piense usted por ejemplo en la multitud de adolescentes que piensan que están gordas aun estando por debajo de su peso ideal, en la presión tan enorme que hay respecto a la imagen en nuestra sociedad. Aunque esa es, en realidad, solo una de las razones del por qué esas chicas subestiman su imagen. Lo que hace que miles de chicas estén acomplejadas es una situación familiar conflictiva, unos padres que las desprecian desde niñas, y en muchos casos chicas que han sufrido abusos por parte de sus progenitores. Es muy fácil sacar a una de esas chicas de su entorno, normalmente acompañarán a cualquiera que les prometa cualquier cosa. Basta con una oferta de trabajo, por supuesto falsa. Esas chicas pondrán poca resistencia cuando sean obligadas a prostituirse, no intentarán escapar porque no tienen ningún lugar en el que refugiarse, odian su hogar y se sienten mal consigo mismas, así que aceptan su destino.

—Comprendo. Dígame una cosa. ¿Cómo identifican los captores a esas niñas?

—En muchos casos, y esta es una situación nueva que está fuera de control, lo hacen desde sus casas, hojeando sus perfiles de Facebook u otras redes sociales en los que dejan mil y una pistas de su personalidad, sus fotos.

—Pero para eso tienen que tener acceso a su información.

—No olvide que estamos hablando de delincuentes profesionales muy bien organizados que trabajan siempre siguiendo un riguroso sistema jerarquizado, que manejan millones y millones de euros. Muchos cuentan con profesionales informáticos que introducen programas espía, a veces simplemente descubren las contraseñas de las chicas. En infinidad de casos las contraseñas son tan sencillas como la palabra «contraseña» y todavía hay miles de personas que no tienen bloqueada su información en las redes sociales. Una vez que han dado con una cría atractiva que tiene poca personalidad, que siente que su vida es un infierno, que cree que es fea, que no vale nada, es lo más fácil del mundo acercarse a ellas en la calle, o saliendo de la escuela, les dicen que quieren tomarles unas fotos, o hacerles una prueba para una película, cualquier cosa.

—Estamos hablando con el señor Héctor Rojas, funcionario de la Oficina de Protección del Menor, con motivo del Día Internacional contra el Tráfico Humano. Señor Rojas, ¿y antes, cuando internet no estaba tan extendido, cómo localizaban a las chicas?

—Hay y había otros métodos muy sencillos que también se siguen utilizando ahora. El más sencillo de todos es darse vueltas con una furgoneta por cualquier área urbana hasta que des con una chica atractiva que ande sola en una calle desierta. Ahí mismo te sales del coche pistola en mano, la metes en la furgoneta y listo, tenga complejos o no. Otro método más sutil, que emplean por ejemplo las mafias rusas, es el de acercarte a una chica guapa en cualquier lugar, mirarla a los ojos y decirle que es muy guapa, si la chica agacha la mirada o contesta algo que demuestre que está acomplejada, ya la tienes fichada para captarla más adelante en cualquier otra situación, le dices que se venga contigo y se va, seguro, sin violencias, sin gritos.

—Dios mío.

—Otro sistema es el siguiente. Muchas chicas, huyendo de su hogar, se meten en un autobús con destino a cualquier parte. Cuando salen del autobús en cualquier ciudad se encuentran que casi no tienen dinero, que no tienen donde quedarse. Bueno, pues créame cuando le digo que hay captores que se dedican a estar plantados en las estaciones de autobús de toda Europa a la espera de que desembarquen esas chicas, y las reconocen enseguida. ¿Usted sabe lo fácil que es acercarse a una chica en esas circunstancias y convencerla para que se vaya con usted a donde le dé la gana?

—Es un tema verdaderamente horrible, señor Rojas. Estoy realmente impresionado. Y dígame, ¿qué podemos hacer los ciudadanos para luchar contra este

drama? Por ejemplo, una persona como yo.

—Una persona como usted, imagínese cuánto está haciendo ya con invitarme y cederme este espacio, dándome la oportunidad de informar a miles de padres sobre esta tragedia. Y con eso empiezo a contestar a su pregunta. El origen último del problema, por desgracia, no tiene solución. El terrible problema es que hay quien demanda este tipo de prostitución de menores. Si no hubiera demanda, no habría tráfico de menores. Pero a un depravado que le gusta, de facto, violar a menores, no veo la manera de concienciarlo para que cambie de aficiones. O sea que lo primero que podemos hacer, que sea efectivo, es concienciar a la gente, que se reconozca que es un drama monstruoso y más extendido de lo que la población cree. Lo segundo, una vez identificadas las causas, cortar el problema de raíz. A los padres de muchas adolescentes les digo que hagan algo muy sencillo. Díganle a sus hijas cuánto las quieren, que se sientan queridas por su familia, denle unos valores, si no son religiosos, que sean morales, éticos, que sientan que tienen una guía espiritual o simplemente ética, moral, algo por lo que guiarse, que no les permita dejarse atrapar por esta cultura que estamos sufriendo basada en la imagen, en las apariencias. Una chica segura de sí misma está muchísimo más protegida ante este problema. No olvidarnos tampoco de la seguridad: que las chicas no anden solas, menos en según qué sitios y según qué horas. Recuperar a la familia: la inmensa mayoría de las chicas captadas vienen de familias que han sufrido divorcios o que simplemente no comparten tiempo juntos.

—Parece algo muy lógico. ¿Y cómo podemos ayudar a recuperar a las adolescentes que ya están captadas?

—Ese es el siguiente nivel, claro. Pues mire, de nuevo, lo primero es identificarlas. Llamar a la policía cuando se vean cosas sospechosas, como una menor con ropa muy provocativa acompañada de un adulto demasiado joven para ser su padre o demasiado mayor para ser su pareja. Prestar atención a las chicas del vecindario, sobre todo cuando se es consciente de que tienen una familia muy inestable... Y por supuesto, que nadie se aventure en plan don Quijote a investigar por ahí. Siempre actuar estando protegido, llamando a la policía ante cualquier sospecha. Este es un tema gravísimo porque si intentas recuperar a una chica que ha caído en las garras de la prostitución y fracasas, la matan seguro. Por eso hago hincapié en que el proceso de recuperación de chicas captadas, en lo que afecta a la gente normal y corriente, no debe ir más allá de la simple denuncia. Recuperar a las niñas es cuestión de profesionales. La gente común debe poner sus máximos esfuerzos en educar y proteger a sus hijas para evitar que las capten y tener los ojos muy abiertos para alarmar a las autoridades de cualquier situación sospechosa.

—Maravilloso, señor Rojas, no tengo palabras para agradecerle lo suficiente que nos haya concedido parte de su preciado tiempo.

—Ha sido un placer, yo soy el que le doy las gracias a usted.

—Queridos oyentes, si quieren más información sobre el tema, la pueden encontrar en la web de Cadena SER Madrid, donde tienen además enlaces a la página web de la Oficina de Protección del Menor, en la que trabaja nuestro invitado de hoy, el señor Rojas.

* * *

Héctor no había quedado satisfecho con la entrevista. El entrevistador había hecho preguntas demasiado generales y no había dado siquiera la información concreta de la página web de su oficina. Para poner las cosas peor, no estaba contento con sus propias respuestas. Sentía que había querido decir demasiado en muy poco tiempo y se preguntaba si el mensaje calaría en alguien.

Una hora después de abandonar la emisora llegó a casa. Comprobó que su hija no había llegado, cosa que no le preocupó, pues muy a menudo se quedaba en la facultad hasta tarde, trabajando en alguna pintura o repasando algún dibujo.

Se quitó la corbata y tomó un vaso de agua. Respiró hondo, sentado en la cocina. Tenía el móvil apagado a propósito, esa extraña costumbre de desconectarse del mundo de vez en cuando para poder relajarse.

No sentirse atrapado por la red de información, estar ilocalizable, aunque solo fuese por unos minutos al día.

Se dirigió a su despacho de casa y se dispuso a comprobar su correo electrónico. Para su sorpresa, le esperaban más de quinientos mensajes, todos enviados en las últimas dos horas, haciendo referencia a su entrevista en la radio.

—Vaya, vaya —dijo en voz alta, aunque estaba completamente solo en casa.

Su entrevista, aunque había sido en la emisión local de la radio, había tenido más repercusión de lo que imaginaba. Su hija Marta iba a estar muy contenta cuando se enterase.

Comenzó a leer los emails, mientras seguían llegando nuevos.

Todos los que iba leyendo eran simples mensajes de apoyo, gente que quería saber más, padres que le daban las gracias por haberles abierto los ojos, madres que confesaban que tenían a sus hijas adolescentes «demasiado sueltas» y que iban a empezar a «tener mucho más cuidado», «vigilar sus actividades en internet» y un largo etcétera.

Cuando se fue a dar cuenta ya era medianoche.

Se estremeció al darse cuenta de la hora. Pensaba que serían las nueve, las diez de la noche a lo sumo. Marta no había llegado. Entonces recordó que había dejado el móvil apagado.

Mierda.

No conseguía encontrarlo y no recordaba el número de su hija para marcarlo en el fijo. Meneó la cabeza mientras buscaba el dichoso teléfono móvil. Menuda ironía dedicarse a dar charlas sobre cómo controlar y cuidar a las hijas de los demás y no recordar el número de la tuya.

El teléfono apareció en la mesa de la cocina. Lo encendió. Tenía una treintena de llamadas perdidas, casi todas de números que no tenía registrados en memoria. Dos de Marta de hacía tres horas. Una vez más, la indiferencia ante los números y la cercanía de los nombres, pensó.

Llamó a su hija, calmado ante la certeza de que escucharía su voz en pocos segundos.

Contestó la voz de un hombre.

—Señor Rojas, ¡por fin se pone usted en contacto! Le he enviado un email y varios mensajes de texto.

—¿Quién es usted? —contestó Héctor con el corazón en la boca.

—Mi nombre no tiene importancia, basta saber que soy alguien que, como usted, está muy preocupado por los problemas que causa en los jóvenes la falta de atención de sus padres. Yo también estoy realizando una campaña de concienciación, al igual que usted. Espero que pronto los medios de comunicación se hagan eco de mi trabajo.

—¿Dónde está mi hija?

—No se imagina lo fácil que ha sido convencer a su hijita para que cenara conmigo. Un documento falso, un par de visitas a la facultad haciéndome pasar por un marchante de arte en busca de nuevos talentos y ya la tenía en mis garras. Por cierto, mientras cenábamos, su hija le ha llamado un par de veces, pero tenía usted el teléfono apagado. ¡Qué costumbre tan absurda la suya, señor Héctor!

—¿Dónde está mi hija? ¿Le ha hecho usted algo?

—No, bueno, solo un par de bofetadas. Comprenda que llegado el momento no he sido capaz de retenerla más sin, digamos, forzarla. La tengo aquí en mi casa. No se preocupe, se encuentra muy bien, está descansando, sedada. No sabe lo maravilloso que es el propofol, a pesar de la mala fama que tiene, sobre todo desde que murió Michael Jackson.

—¡Hijo de puta! ¡Dígame dónde está mi hija ahora mismo! ¡Voy a llamar a la policía!

—Ya, ya... a eso quería ir... llegar a esa parte. Usted no va a llamar a la policía ni hoy ni nunca respecto a este tema que nos traemos esta noche. Y no la va a llamar porque si lo hace antes de que le devuelva a Marta, no la volverá a ver, y ya sabe usted bien cuál sería su esperanza media de vida si la introduzco en una red de tráfico humano.

—Siete años...

—¿Sabe usted *taanto* sobre estos temas, señor Rojas! Le decía que no va a llamar a la policía antes de recuperar a su hija, pero es que después de que se la devuelva tampoco va a llamar porque entonces le costaría a usted dar con sus huesos en la cárcel.

—¿De qué está hablando?

—Es muy sencillo, señor mío. Mañana a la una de la tarde dejaré que su hija se marche, sana y salva. Cuando la deje marchar le explicaré que sufrió una intoxicación debido a algo que comió en la cena y que se desmayó. Como no conocía dónde vivía, la traje a mi casa para que se recuperase. Ella lo aceptará con facilidad y regresará a su lado. Las vidas de ustedes dos seguirán intactas si consigue usted que no le descubra la policía.

—¿Descubrirme a mí? ¿Por qué? ¡Yo no he hecho nada malo!

—Alguna cosita ha hecho, señor Héctor, ¡algún episodio embarazoso tiene oculto por ahí!, como el affaire con su secretaria en vida de su esposa y dos o tres cosas más, tampoco es que haya sido usted un padre modelo.

—¿Cómo sabe eso? ¿Quién es usted?

—¿De verdad no lo sabe, a estas alturas? Me ha estado usted buscando desde hace meses, señor Héctor, pero he sido yo el que finalmente le ha encontrado a usted...

Héctor Rojas sintió que el corazón le iba a estallar en el pecho.

—¿Es usted...?

—Sí, señor Héctor, soy el doctor Vargas.

—¿Qué... qué quiere de mí?

—Déjeme aclararle que soy médico cirujano, y que por tanto poseo instrumentos con los que podría causar interesantes heridas en el cuerpo de su hija, como ya hice con Irena Aksyonov. La recuerda, ¿verdad?

Héctor Rojas guardaba silencio.

—Si quiere volver a ver a su amada hija entera, y *entera* no es una metáfora, debe hacer lo siguiente. Preste mucha atención porque no lo repetiré. Debe secuestrar usted mismo a dos chicas, dos chicas que cumplan el perfil que usted conoce tan bien. Ha recibido un email con una dirección de un polígono industrial a las afueras de Madrid. Debe llevarlas allí y entregarlas a la persona que se presente. Le pagarán dos mil euros por cada una, ya he cerrado el trato. Esas dos chicas ingresarán en una de las redes de prostitución que usted conoce tan bien.

—¡Yo jamás haría algo así!

—Es usted *taaaan* íntegro, señor Rojas. Usted elige. Haga lo que le digo o prepárese para descubrir las consecuencias en el cuerpo de su hija. No se preocupe, porque no sufrirá. No soy tan desalmado. Usaré anestesia general. Será un poco desagradable cuando su adorable Marta despierte y descubra que ya no tiene boca,

nariz, orejas, dedos...

—¡Es usted un monstruo!

—Tenga a esas chicas listas para mí y a su hija no le ocurrirá absolutamente nada. Se lo garantizo. Tiene más de doce horas, hay cientos de discotecas en Madrid con sus dos víctimas esperándole, no pierda el tiempo. Reconozca que se lo estoy poniendo muy fácil, ¡es usted un experto en lo que se refiere a captar chicas inocentes! Tenga usted muy buenas noches, señor Rojas.

Carla

—Te quiero mucho, mamá, y no te sientas culpable. Hiciste lo mejor para nosotros, no tenías otra opción, no sufras por eso... Sí que te quiero. Eres la mejor mamá del mundo. Y estarás orgullosa de mí, ya lo verás. Estarás orgullosa de tu hijo. Nunca te decepcionaré, lo prometo, aunque a veces pueda ser un poco travieso... —Aarón sonrió con picardía. Carla sintió que el amor la inundaba—. Vas a ser la mejor mamá del mundo y yo te voy a querer siempre, siempre. Palabra. —Aarón levantó teatralmente la palma de su pequeña mano de niño—. No sufras más, mamá. Sé que me vas a querer con todo tu corazón. No puedo reemplazar tu dolor, nunca podré secar las lágrimas que has derramado por mí, jamás podré compensarte por todo lo que tengo y por todo el amor que me has dado. Quiero pedirte perdón si alguna vez te decepciono, perdón por todos los ratos de angustia que puedas vivir por mí. Quiero darte las gracias por tu paciencia al cuidarme, por esas madrugadas que te dejé sin dormir, por tus arrullos y los abrazos que me regalaste sin esperar nada a cambio. Mamá, te quiero con toda mi alma, te adoro por ser mi madre y por darme la dicha de ser tu hijo. Quiero decirte lo mucho que me haces falta cuando no estás, que necesito tu calor de madre para poder seguir viviendo. Eres la mejor mamá del mundo.

Carla notó que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. En esta ocasión no eran lágrimas de dolor.

Eran lágrimas de felicidad.

* * *

Carla se despertó con la luz en los ojos. No había echado la persiana y un haz de luz solar se colaba por la ventana envolviendo la cama en un aura sobrenatural. Miró la hora en su reloj de muñeca. ¡Las nueve y media! ¡Había dormido nueve horas de un tirón!

Era la primera vez en días que dormía tanto seguido. Se puso en pie de un salto. Se sentía liviana y despejada. Pensó en lo raro que era que hubiese tenido que acostarse en una cama extraña, en una triste habitación de hotel de una ciudad desconocida para lograr dormir profundamente.

Con una agilidad que hacía días que no sentía, recogió sus cosas y bajó a desayunar a la cafetería del hotel. La mañana brillaba con un resplandor de cielos azules. No solo había dormido bien, sino que además estaba hambrienta. Se sirvió una taza colmada de café y pidió tostadas con mermelada y donut.

Mientras esperaba el desayuno llamó a Héctor Rojas. Tenía que ponerle al día sobre lo que había descubierto en Almería. Marcó su número. No obtuvo respuesta. Volvió a dejar un mensaje en el contestador. Mientras le hablaba a la máquina pensó que era extraño que aún no le hubiese devuelto la llamada. Ya le había dejado un mensaje la noche anterior.

Un camarero le trajo el desayuno. Mientras le hincaba el diente a una tostada se conectó a internet en su teléfono y abrió una sesión de chat. Se registró con su alias, Virginia13. Había pensado contactar con Eva Luna y preguntarle por qué le había mentado acerca de Alicia Roca. No entendía por qué se había inventado aquella historia sobre su padre. El doctor Vargas existía, pero nunca había ejercido la medicina en Almería. A lo mejor, se dijo Carla, Eva Luna también había investigado por su cuenta, reconstruyendo la historia a partir de datos parciales o incompletos, utilizando retazos de conversaciones con otras víctimas, de modo que la historia que había compuesto no era del todo correcta.

En la ventana de chat apareció una solicitud de conexión. Lo extraño era que la solicitud no iba dirigida a su alias, Virginia13, sino a su propio usuario real, Carla_Barcelo.

La sangre se le heló en las venas.

Dr.Vargas: te dije que si averiguaba quién eras te ibas a arrepentir

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo. Miró a su alrededor como esperando encontrarse con los ojos de alguien observándola. En la cafetería del hotel solo había una pareja de mediana edad desayunando. El camarero manipulaba un bote de algo junto a una mesa. La cafetera silbaba. El sol entraba por las ventanas.

¿Cómo había averiguado su correo personal? ¿Cómo sabía quién era ella?

(Dr. Vargas está escribiendo...)

Dr. Vargas: Carla Barceló, ese es tu nombre. Vives en Madrid, soltera, treinta y cinco años. De profesión, informática. En pocos minutos he aprendido mucho sobre ti, así que soy más listo que tú, ¿no crees? Tú aún no sabes NADA de mí

Las manos le temblaron cuando sus dedos se desplazaron por la pantalla táctil del teléfono para escribir:

Carla_Barcelo: ¿cómo sabes mi nombre?

Dr.Vargas: por favor, querida, no me decepciones. ¿Aún no lo sabes? Alguien te preguntó hace poco por qué todo el mundo miente en internet y tú le respondiste que era porque se puede, dijiste que todo el mundo engaña, todo el mundo miente

El comedor giró vertiginoso ante los ojos de Carla. La cabeza le daba vueltas. Su cerebro se negaba a funcionar.

(Dr. Vargas está escribiendo...)

Dr.Vargas: No eres la única que puede suplantar una identidad... los hombres son crueles, los hombres son lobos hambrientos que saltarán sobre tu yugular en cuanto se den las circunstancias apropiadas... ¿te suena de algo?

¡Eva Luna! Carla lo comprendió por fin. ¿Pero cómo había sido tan tonta? ¡Se había hecho pasar por Eva Luna!

La desesperación más angustiosa comenzó a apoderarse de ella. No podía creer que hubiese cometido el error de confiar en alguien en internet sin verificar su identidad.

(Dr. Vargas está escribiendo...)

Dr. Vargas: precisamente tú, mi querida Carla, he hojeado tu libro, taaan concienciada con los fraudes en internet, taaaan preocupada de la identidad, y ha sido tan fácil engañarte, unas cuantas palabras amables, «eres tan valiente, me gustaría ser tan valiente como tú», y ya confiabas ciegamente en mí.

¡Idiota, idiota! Las ideas giraban en un torbellino en su cabeza. Se había quedado paralizada. Miraba el texto en su teléfono con los ojos abiertos de par en par.

El muy hijo de puta la había engañado haciéndose pasar por la chica que precisamente pretendía advertirla de un acosador. ¡Y ella había caído en la trampa como una tonta!

Pero eso no explicaba cómo había logrado averiguar su nombre, su correo electrónico para contactar. ¿Qué había hecho mal? Cuando habló con la falsa Eva Luna se había conectado con un alias, Virginia13, y había protegido su conexión para que fuese imposible averiguar quién era realmente.

De repente lo supo. Comprendió por qué la había hecho creer que en Almería encontraría una pista sobre él. ¡Todo era una trampa!

Carla_Barcelo: Alicia Roca es tu cómplice, ella te lo ha contado todo.

Dr.Vargas: no me hagas reír, ella no sabe nada. Vamos Carla, eres taaaan lista... seguro que puedes adivinar cómo te he descubierto...

(Dr. Vargas está escribiendo...)

Dr.Vargas: ¿te ha comido la lengua el gato? Verás... mientras piensas te contaré los planes que tengo para ti, querida Carla. ¿Llegaste a ver las imágenes del cuerpo de Irena Aksyonov? ¿Viste cómo destrocé su preciosa cara de niña mimada? Deberías verlo. Deberías ver de lo que soy capaz. Fue taaan fácil hacerla desaparecer... Y lo mejor es que la policía ni siquiera me busca. Los idiotas acusaron a su padre... JA, JA, JA

(Dr. Vargas está escribiendo)

Dr.Vargas: maté a golpes a Irena, y su padre, el todopoderoso Serguei Aksyonov, no pudo hacer nada por protegerla. ¿Crees que Aksyonov resistirá el peso de la culpa? La verdad, yo creo que sí, es un hombre duro. La pregunta es: ¿lo soportarás tú, mi querida Carla?

Carla no podía respirar. Tenía el teléfono en las manos; le temblaban tanto que apenas logró encontrar el número de Héctor Rojas en la agenda. Los mensajes seguían apareciendo en los globos de notificaciones de su teléfono.

Dr.Vargas: dime una cosa, Carla, ¿soportarás tú el peso de la culpa?

(Dr. Vargas está escribiendo)

Dr.Vargas: si crees que voy a ir a por ti, te equivocas. No voy a hacerte daño. Pero grábate esto: cada vez que intentes ayudar a alguien entonces ese alguien sufrirá las consecuencias. Estas son las reglas del juego: todo lo que sea importante para ti sufrirá un dolor insoportable por tu culpa. Todo lo que ames será destruido.

Carla se puso en pie tambaleándose. Volcó la taza de café y un plato cayó al suelo. La pareja que había a su lado se volvió para mirarla. Cuando vieron que tenía un teléfono entre las manos el hombre meneó la cabeza y le dijo algo a la mujer con una sonrisa entre dientes. El camarero se acercó hasta ella.

—Oiga, ¿le pasa algo?

Dr.Vargas: todo lo que ames será destruido. Todo lo que te importe sufrirá lo indecible por tu culpa. Alicia Roca será la primera en pagar por tu intromisión.

(Dr. Vargas está escribiendo)

Dr.Vargas: será una bonita carnicería, y todo gracias a ti.

Héctor Rojas no contestaba a sus llamadas. Su móvil estaba apagado. Carla llamó al número de la Oficina de Protección del Menor donde trabajaba.

(Dr. Vargas está escribiendo)

Dr.Vargas: por cierto, si pides ayuda a tu amigo, el señor Rojas, me temo que se encuentra... indispuerto. Anoche tuve el placer de ocuparme de él.

—Servicio de atención al menor. ¿En qué puedo ayudarle? —respondió una voz de mujer.

—Necesito hablar con Héctor Rojas —pidió Carla con voz ahogada—. Es urgente.

Los globos con mensajes seguían apareciendo en el teléfono:

Dr. Vargas: fue muy interesante el dilema que le planteé al señor Rojas. Y tengo que decir que actuó como se esperaba de él.

—El señor Rojas no está disponible. ¿Qué es lo que desea? Tal vez yo pueda ayudarle.

(Dr. Vargas está escribiendo)

Dr. Vargas: en cambio, para ti, mi querida Carla, he pensado algo diferente. Para

empezar, Alicia Roca será la primera en pagar las consecuencias de tu intromisión. Esto es lo que voy a hacer: voy a someterla a una exquisita tortura. Lo grabaré todo con mi teléfono. Será magnífico. Publicaré el vídeo en internet. Será todo un éxito. Cuando veas esas imágenes sabrás que esa pobre chica ha sido torturada por tu culpa. Por tu culpa. Por haberte entrometido.

—Tengo que hablar con él —suplicó Carla a la operadora—. ¡Esto es una emergencia! Le... le he estado llamando al móvil, pero su teléfono está apagado. Por favor, necesito que le avisen.

Hubo un silencio en la línea.

—Siento decirle que el señor Rojas falleció esta pasada madrugada.

—¿Qué? No... no es posible...

—Lo siento. Todos estamos muy conmocionados.

—¿Co... cómo ocurrió?

—La policía está investigando. Al parecer, se quitó la vida. Un suicidio.

(Dr. Vargas está escribiendo)

Dr. Vargas: adiós querida Carla. estaremos en contacto

Todo daba vueltas a su alrededor. El camarero y el matrimonio sentado en la mesa contigua la miraban alarmados, como si se hubiese vuelto loca. En su deambular por el comedor, Carla había golpeado varias mesas volcando vasos y tirando cubiertos por el suelo.

«... Alicia Roca será la primera en sufrir las consecuencias de tu intromisión...»

Carla salió corriendo del hotel. En la calle la sacudió una bofetada de viento frío. La luz del sol la cegó por un instante. Corrió hasta su coche aparcado a unos metros de allí, se metió dentro, echó el seguro y llamó a la policía. Las manos le temblaban. Tenía la vista nublada.

La persona que la atendió hacía preguntas sobre la emergencia y no parecía demasiado satisfecho de las respuestas que obtenía.

—Por favor, responda a mis preguntas y haremos lo posible por ayudarla.

—Es un psicópata, ya ha matado a otras chicas —chilló Carla, histérica—. ¡Y ahora va a matar a Alicia!

—¿Puede decirme el nombre de ese individuo?

—¡No, maldita sea! Si lo supiera ya le habrían detenido.

—Entonces, ¿puede darnos una descripción física? Intente que sea lo más detallada posible...

—Por el amor de Dios, no lo he visto nunca.

—Disculpe, señorita, si no tiene ningún detalle, ¿cómo sabe que alguien está en peligro?

—Por el amor de Dios, ya se lo explicaré, ¡pero ahora tienen que hacer algo!

¡Tienen que proteger a esa chica!

—¿Es usted un familiar? Si lo que intenta decirme es que ha desaparecido una menor de edad, le informo que no podemos comenzar una búsqueda hasta transcurridas veinticuatro horas de la desaparición, una vez que se produzca la denuncia de un familiar. Le repito, ¿es usted un familiar?

Carla colgó. Tenía ganas de golpearse la cabeza contra el volante. La adrenalina fluía por sus venas como metal fundido. Puso en marcha el coche. Salió del aparcamiento a trompicones, golpeando los coches que tenía delante y detrás. Apretó el acelerador calle abajo sin detenerse en los numerosos pasos de peatones. Cruzó una avenida. Se saltó un semáforo en rojo. El motor rugía y brincaba con los cambios de marcha forzados.

Después de un kilómetro por una carretera que serpenteaba entre solares e invernaderos, llegó a la barriada de La Cañada. Entonces se detuvo en seco con un frenazo. Los neumáticos chirriaron con el aullido de un animal agonizante.

¿Qué estaba haciendo? ¿Y si era una trampa para atraerla a ella hasta allí? ¿Y si ese individuo la estaba esperando en la casa de Alicia?

Tenía que pensar, no podía dejarse arrastrar a una trampa. Volvió a llamar al cero noventa y uno. Gracias a Dios, le atendió un operador diferente.

—Oiga, llamo para denunciar que se está produciendo una agresión —dijo esforzándose en articular—. Están atacando a una joven. Es en el número diez de la carretera Sacramento, en La Cañada de San Urbano, en Almería. Dense prisa, creo que la va a matar.

—De acuerdo. Enviamos una unidad de emergencia. No cuelgue, por favor. Un agente le hará unas preguntas a continuación.

Carla colgó. Dos interminables minutos después un coche de la Guardia Civil pasó a toda velocidad a su lado. La sirena de emergencia llenó el aire en un arco de sonido y se extinguió en la distancia. Carla puso en marcha su coche.

Cuando se detuvo frente a la casa de Alicia, un guardia civil estaba llamando a la puerta mientras su compañero echaba un vistazo a los alrededores.

—¿Ha sido usted quien dio el aviso? —preguntó uno de los guardias civiles cuando la vio bajarse del coche.

Carla asintió moviendo la cabeza arriba y abajo. Fue hasta la puerta. Sentía un ardor febril.

—Nadie contesta... ¡Guardia Civil! ¡Abran la puerta!

El agente cargó contra la puerta con el hombro. La puerta se abrió al segundo envite con un chasquido seco de madera. Los dos guardias pasaron al interior. Carla los siguió como caminando en sueños. La casa se encontraba en el más absoluto silencio.

Los agentes comenzaron a inspeccionar las diferentes habitaciones. Carla solo

tenía ojos para el objeto que había sobre la mesita de café.

El iPhone de Alicia.

Carla agarró el iPhone con la punta de los dedos, como si fuese un pedazo de metal al rojo vivo. En la pantalla flotaba el texto de un mensaje: «Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí».

El corazón batía en su pecho como un mecanismo enloquecido.

—Aquí no hay nadie —dijo el guardia civil—. Oiga, señorita, ¿qué es lo que vio exactamente?

Carla no respondió. Abrió el menú de ajustes del teléfono de Alicia.

«Me tocó en un sorteo en internet, ¿puedes creerlo?»

El teléfono tenía instalada una aplicación espía. La aplicación había estado activa todo el tiempo, escuchando por el micrófono del teléfono y transmitiendo a algún otro teléfono.

Así era como lo había averiguado todo sobre ella. ¡El hijo de puta había escuchado toda su conversación con Alicia a través de aquel teléfono!

El psicópata se lo había hecho llegar mediante un falso sorteo.

Las náuseas se apoderaron de ella. Todo lo que habían hablado... ¡lo había escuchado todo!

Se agarró la cabeza con las manos. Tenía ganas de arrancarse el pelo de rabia. Las lágrimas brotaron de sus ojos. Por eso la había hecho ir hasta allí. Cuando se hizo pasar por Eva Luna seguía sin saber quién era ella, todavía estaba a salvo, pero en cuanto cruzó una palabra con Alicia, que nunca se separaba de su iPhone, se puso al descubierto.

¡Dios mío! Ahora lo sabía todo de ella. Que le estaba siguiendo la pista. Las pesquisas llevadas a cabo por Héctor Rojas. Fue entonces cuando Carla comprendió, con una sacudida que la dejó sin aliento, que el funcionario había muerto por su culpa. Lo había condenado cuando habló de él delante de aquel maldito iPhone. Igual que se había condenado ella.

Estaba llorando. Uno de los agentes de la Guardia Civil se inclinó sobre ella.

—Señorita, ¿qué le pasa? ¿Se encuentra usted bien?

Había estado allí, en aquella misma habitación, y se había llevado a Alicia, como había hecho anteriormente con Irena Aksyonov.

«... será una bonita carnicería, y todo gracias a ti...»

Dios mío. No podía dejarse arrastrar por la desesperación. Tenía que haber algún modo de encontrarlo. No podía permitir que hiciese daño a Alicia. Antes se quitaría la vida ella misma. No podría soportar la idea de que Alicia fuese torturada por su culpa.

Piensa, maldita sea, ¡piensa!

La aplicación en el teléfono.

Carla estudió los ajustes de la aplicación. Funcionaba estableciendo una conexión de datos con otro teléfono, como un sistema de mensajería, solo que en lugar de mensajes de texto enviaba el sonido que recogía el micrófono.

Para espiar lo que había hablado con Alicia se necesitaba otro teléfono móvil encendido, recibiendo lo que captaba la aplicación.

Aquel individuo había estado cerca con un teléfono móvil encendido, escuchando lo que hablaban.

Y ese teléfono podía rastrearse.

—Señorita, ¿está escuchando lo que digo?

Ahora los dos agentes estaban a su lado. Carla levantó la cabeza y les miró como si les viese por primera vez.

—Han secuestrado a Alicia Roca, la chica que vive en esta casa —dijo con la garganta llena de algodones—. Tienen que ayudarme a encontrarla.

—¿De qué está hablando?

—Miren, nos espió con este teléfono. —Carla les mostró el iPhone de Alicia—. Tiene una aplicación que graba todo lo que se dice en el micrófono. Tuvo que escuchar con otro teléfono móvil. Ustedes pueden rastrear ese teléfono. Tienen que averiguar dónde está ahora.

—Oiga, señorita, será mejor que nos acompañe al cuartel para tomarle declaración.

Carla comprendió que tardaría siglos en hacerles entender lo que había pasado. Y aunque al final lograra que comprendiesen, para rastrear un teléfono móvil se necesitaba una orden judicial. Podrían pasar días hasta que un juez lo autorizase. Y para entonces ya sería demasiado tarde.

Había otro modo de averiguar dónde estaba el teléfono de aquel individuo.

Carla se guardó el teléfono de Alicia en el bolso. Se puso en pie y salió corriendo de la casa. Los dos guardias estaban demasiado sorprendidos para reaccionar a tiempo. Cuando los agentes llegaron a la puerta, Carla ya se alejaba en su coche calle abajo a toda velocidad. Gracias a Dios no intentaron perseguirla.

Hasta que la madre de Alicia no pusiera una denuncia oficial no se tomarían el caso en serio. Y para cuando empezasen a buscar y un juez tomase cartas en el asunto habrían pasado días. Para entonces Alicia ya podría estar muerta. O algo peor.

La vista se le nubló. La idea de que torturasen a Alicia por su culpa la iba a enloquecer.

«Tranquilízate, todavía hay una posibilidad».

Se le había ocurrido algo. Necesitaba ayuda para lo que tenía en mente. Necesitaba la ayuda de alguien capaz de intimidar usando la fuerza si era necesario.

Detuvo el coche junto a la puerta del centro comercial Carrefour donde trabajaba Alicia, en la zona libre reservada para carga y descarga.

En la puerta arrancó el recorte del periódico donde aparecía Max, el compañero de trabajo de Alicia.

«Hace unos días, Max detuvo a unos atracadores. Tendrías que haber visto lo que hizo. En su vida anterior tuvo que ser un policía muy bueno».

La gente entraba y salía empujando carros cargados con sus compras. Carla tuvo que hacerse a un lado para dejar paso y no obstaculizar la salida. Se acercó a una de las cajeras.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a este hombre? —preguntó mostrando el recorte del periódico.

—¿A Max? Debe de andar por ahí, en la sección de alimentación —respondió la chica sin mirarla.

Carla se internó entre las estanterías, corriendo y sorteando a los clientes y sus carros, que parecían querer obstaculizar su camino. Encontró a Max junto al mostrador de la carnicería. El amigo de Alicia tiraba de una especie de carro cargado de paquetes de carne envasada. Llevaba un uniforme color tierra y un delantal de plástico. La alarma se reflejó en su mirada cuando la vio aproximarse.

—Pasa algo malo, ¿qué es? —preguntó Max.

—Alicia ha desaparecido —dijo Carla sin aliento—. La han secuestrado.

A Max se le abrió la boca por sí sola. En apenas un segundo la expresión de su rostro se endureció. Dejó caer la pesada caja que tenía entre las manos, que impactó en el suelo con un fuerte golpe. Algunos clientes se volvieron a mirarle.

—¿Quién ha sido? —dijo Max apretando los puños.

—El doctor del que os hablé, el que le vendió las medicinas envenenadas a Alicia. La policía no va a hacer nada hasta que su madre no ponga una denuncia. Y entonces dejarán pasar cuarenta y ocho horas... ¡Cuando empiecen a buscarla será tarde! —gritó desesperada.

—¿Y cómo la vamos a encontrar nosotros? —preguntó Max.

—Creo que hay una forma. —Carla se llevó las manos a las sienes—. Necesito que me ayudes. El teléfono de Alicia tenía una aplicación espía. Escuchó todo lo que hablamos anoche en su casa desde otro teléfono que tenía que estar activo en la red de datos para conectarse con el de Alicia —explicó Carla atropelladamente—. Entonces hay una forma de saber dónde estaba ese teléfono anoche y también podemos saber dónde está ahora.

—¿Puedes saber eso? —preguntó Max.

—No, yo no. No directamente. Hay empresas que tienen aplicaciones en internet que registran la posición de los teléfonos móviles. Tienen acuerdos con las operadoras de telefonía para seguir los movimientos de cada teléfono. Para averiguar los hábitos de consumo de la gente. Dónde compran, dónde se divierten. Publicidad, marketing personalizado...

—¿Y esas empresas nos van a ayudar a encontrar a Alicia? —preguntó Max con el ceño fruncido.

—No, claro que no. —Carla meneó la cabeza. Sus pensamientos eran una vorágine en el interior de su cráneo—. Creo que podré concertar una cita con el responsable de una de esas empresas.

—¿Y él nos va a ayudar? —Max la observaba con atención.

—No creo que lo haga voluntariamente. Le obligaremos a que nos dé la información que queremos. Tú le obligarás.

Lo que Carla tenía en mente era citarse con Carlos Castellanos, el ejecutivo de MyLife que se había personado en el juicio contra ella, y hacer que le diese la posición actual del teléfono que se había conectado con el de Alicia. Podría concertar una cita con Castellanos fingiendo que quería hablar sobre la demanda. No pensaba que Castellanos quisiera colaborar con ella para encontrar aquel teléfono, pero Max le obligaría a darles la información que necesitaban.

—Lo malo es que tenemos que ir a Madrid —dijo Carla—. Yo conseguiré que nos reciba esta misma tarde. No hay tiempo que perder —apremió.

—Está bien. Vamos. —Max se arrancó el delantal y lo arrojó al suelo.

Carla respiró con alivio. Por un momento había temido que aquel hombre no estuviese dispuesto a irse a Madrid de inmediato, sin hacer más preguntas; que pensase que podía estar loca de remate.

—¡Eh! ¿Qué te crees que haces? —gritó una voz estridente a sus espaldas.

Un hombrecillo trotó hasta ellos. Era Néstor González, el gerente del supermercado.

—Es una emergencia. Tengo que marcharme ahora —dijo Max con tono calmado.

—¿Estás loco? ¡Yo sí qué tengo una emergencia! ¿Es que no ves que estamos en hora punta? Vuelve a tu puesto de trabajo, idiota.

Max se encaminó hacia la salida ignorando al hombrecillo. El gerente se plantó ante él bloqueándole el paso con el brazo extendido.

—Idiota retrasado, ¿es que no me oyes? —chilló con el rostro congestionado—. Como no te vuelvas a poner el delantal ahora mismo te vas a arrepentir. ¡Voy a llamar al asistente social! ¡Te voy a echar a la puta calle!

—Aparta —dijo Max.

Agarró al gerente por el cuello con una mano y lo empujó hacia atrás como quien aparta una rama molesta. El hombrecillo salió despedido y chocó contra una estantería. Montones de carne envasada se desplomaron sobre él. Algunos empleados del supermercado que habían contemplado la escena comenzaron a aplaudir.

Ignorando el revuelo que se había formado, Carla salió a toda prisa del centro comercial seguida por Max. Subieron a su coche. Carla puso en marcha el motor.

Soltó el embrague con brusquedad y el coche dio un brinco hacia delante, chocando contra una camioneta de reparto que tenía estacionada enfrente.

—¿Quieres que conduzca yo? —preguntó Max.

—Sí, por favor. Estoy demasiado nerviosa.

Se bajaron e intercambiaron los asientos. Max puso el vehículo en marcha con suavidad.

—Entonces ¿adónde vamos? —preguntó el hombre.

—A Madrid —respondió Carla—. Espero que sepas conducir a toda velocidad.

Max maniobró para salir del aparcamiento y, haciendo rugir el motor, enfiló la avenida del Mediterráneo con dirección norte. Carla agarró su teléfono y marcó el número de Carlos Castellanos, el director ejecutivo de MyLife en España. Respiró hondo. Todo su plan se basaba en conseguir una entrevista con aquel hombre.

Respondió la voz de una mujer que imaginó sería su secretaria.

—Hola, soy Carla Barceló y quiero hablar con el señor Castellanos —dijo con todo el aplomo que pudo reunir—. Es muy importante.

—Un momento, por favor.

Al cabo de unos segundos la altiva voz del ejecutivo emergió del altavoz del teléfono.

—Sí, dígame.

—Tengo que hablar contigo —dijo Carla—. Una reunión privada. He cambiado de abogado. Ya no me representa la editorial. Quiero llegar a un acuerdo entre nosotros.

—¿Qué clase de acuerdo?

—No quiero enfrentarme en un juicio. Hablaré en contra de la editorial si retiran los cargos contra mí. Diré que me propusieron escribir información falsa sobre su empresa para desprestigiar la imagen de MyLife. Dejaré caer, aunque evidentemente no lo podré probar, que su objetivo ha sido desde un principio beneficiar a la competencia. Mi declaración hará que ganéis el juicio. Con mi declaración en contra de la editorial el juez impondrá la máxima sanción. Conseguiréis dar el escarmiento que buscáis. Ganaréis el juicio y después de esto ningún otro medio de comunicación se atreverá a criticar las prácticas de vuestra empresa.

¡Dios mío! ¿Qué pensaría su editora si se enteraba de aquella propuesta? No tenía otra alternativa. Tenía que conseguir como fuese la atención de aquel hombre.

—¿Por qué haces esto? —preguntó el ejecutivo.

—Porque tengo miedo. No quiero enfrentarme a vosotros en un juicio. Tengo miedo a perder.

Le temblaba la voz, aunque por motivos diferentes a los que podía pensar aquel hombre.

—¿Cuáles son tus condiciones?

—Solo las discutiré personalmente. Solo si nos vemos en persona. Esta misma tarde —dijo Carla—. Con mi nuevo abogado.

La adrenalina corría por sus venas como fuego líquido. Habían llegado a la autovía y Max conducía a ciento cincuenta kilómetros por hora. La carretera era un trazado borroso en la periferia de su mente.

—De acuerdo. A las cuatro en mi despacho.

—Perfecto, allí estaremos.

Colgó. La adrenalina y el pánico le provocaban una sensación de borrachera. Tenía los ojos empañados por las lágrimas. Luchó con todas sus fuerzas para no derrumbarse.

Tenía que encontrar a Alicia. Tenía que encontrarla y eso era lo único que importaba.

Carla

Hicieron el trayecto desde Almería a Madrid en solo tres horas y media. Montones de radares de control de velocidad habían ido saltando a su paso, pero eso no importaba. Lo único que ocupaba la mente de Carla era la idea de encontrar a Alicia.

Durante todo el trayecto apenas había intercambiado unas palabras con Max. El hombre condujo en silencio, concentrado en la carretera, pisando el acelerador y llevando el motor al límite. De no haber estado tan angustiada, Carla hubiese tenido que admirar su forma de conducir. Carla nunca hubiese imaginado que su pequeño Toyota pudiese volar de aquel modo.

Cuando llegaron a Madrid, Carla guió a Max hasta la zona conocida como las Cuatro Torres, los cuatro flamantes rascacielos que se erguían al norte de la ciudad. Las oficinas de MyLife ocupaban una de las plantas de la llamada Torre de Cristal.

Dejaron el coche en un *parking* subterráneo y caminaron apresuradamente hasta la entrada del edificio. El rascacielos no solo impresionaba por su altura. Las dimensiones del vestíbulo parecían diseñadas para gigantes. El techo se encontraba a más de diez metros de altura y estaba sustentado por una estructura diáfana de cristal y metal. Parecía que el arquitecto había diseñado aquellos espacios con el único objetivo de que las personas que entraran allí se sintiesen como hormigas. Carla y Max se aproximaron al mostrador de recepción, un objeto insignificante y lejano en medio de un gigantesco vestíbulo vacío.

—Tenemos una cita con Carlos Castellanos —dijo Carla a la recepcionista, una chica elegante, muy maquillada.

—Por favor, su DNI —pidió la recepcionista.

Carla le entregó su carnet de identidad y Max dejó el suyo sobre el mostrador. La recepcionista anotó sus nombres y les entregó sendas chapas con pinzas que decían «visita».

—Llévenlas visibles en las solapas, por favor. El despacho del señor Castellanos se encuentra en la planta cuarenta y dos. Los ascensores están por allí. —Señaló con un dedo acabado en una larga uña postiza.

Carla respiró cuando el guardia de seguridad les abrió el torno de acceso. Se metieron en un ascensor. Cuando el ascensor se puso en marcha, Carla sintió un hormigueo en el estómago provocado por la aceleración. En el espejo se vio a sí misma con el rostro demacrado, lívido. No paraba de morderse los labios y tenía todos los músculos en tensión. A su lado, Max mantenía una expresión inescrutable.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, salieron a un recibidor enmoquetado. Cruzaron una puerta de cristal en la que figuraba el logotipo (rojo, verde y amarillo) de MyLife. Se encontraron con otro mostrador de recepción.

—Tenemos una cita con Carlos Castellanos —dijo Carla a la recepcionista.

—Les está esperando. Por favor, vengan por aquí.

La chica les guio por un largo pasillo enmoquetado. Abrió una puerta y pasaron al interior de un amplio despacho.

El directivo se encontraba sentado tras su escritorio. Se puso en pie cuando entraron. Vestía un impecable traje negro, camisa blanca y corbata azul. No ocultó un gesto de sorpresa cuando vio a Max.

—¿Es tu abogado? —preguntó a Carla.

La pared exterior del despacho era de cristal, a través del cual se divisaba una panorámica completa de Madrid desde las alturas. Parecía que sobrevolaban la ciudad en un avión. Carla no se detuvo a admirar las vistas.

—Echa el cerrojo de la puerta —ordenó a Max.

—¿Cómo que echa el cerrojo? —exclamó el directivo—. ¿De qué va esto?

Max cerró la puerta y giró el pestillo. Carla se enfrentó al ejecutivo.

—Mira, necesito que utilices el software de tu empresa para localizar un teléfono. Pertenece a alguien que estuvo anoche en Almería y que se conectó con este otro. —Carla sacó el iPhone de Alicia y lo dejó sobre el escritorio—. Tengo que saber dónde está ahora.

—¿Estás loca? ¿Qué broma es esta? Si no os vais ahora mismo voy a llamar a seguridad.

—No es ninguna broma. —Carla le miró fijamente apretando los dientes—. La vida de una persona depende de que encontremos ese teléfono.

—No voy a hacer nada y os vais a largar de aquí ahora mismo.

Castellanos descolgó el teléfono de su escritorio. Carla miró a Max, quien dio un paso en su dirección.

—Eh, tú, no te acerques a mí —dijo el ejecutivo—. Te advierto que soy cinturón negro de kárate. Tú a mí no me intimidas. —Extendió un brazo con el puño cerrado, sacando pecho.

—Suelta el teléfono y haz lo que te está pidiendo —dijo Max con voz pausada.

—¿De dónde has sacado a este matón?

Max dio un paso al frente. Le asestó un puñetazo en la nariz. La sangre estalló como un globo de agua.

—¡Hijo de puta! ¡Me has roto la nariz! —gritó llevándose las manos a la cara.

Max le agarró por el brazo. Se lo retorció a la espalda.

—¡Cabrón! ¡Suéltame!

Forcejeó sin éxito. Max lo inmovilizó con fuerza. Crujieron las articulaciones.

—Mira, esto no es ningún juego —dijo Carla buscándole la mirada—. Conéctate a la base de datos y dame la posición de ese teléfono.

—¡Eres una puta zorra! ¡No te voy a dar ningún teléfono!

—Oblígale a hacerlo —dijo Carla con un nudo en la garganta—. Haz lo que haga falta.

Max le asestó un puñetazo entre las costillas. El ejecutivo se desplomó con el rostro congestionado, haciendo un esfuerzo para meter aire en sus pulmones. Tenía la camisa blanca empapada de sangre. Max le agarró por la muñeca y le obligó a poner la mano sobre el escritorio. Dejó caer el codo sobre la mano con todo el peso de su cuerpo. Se escuchó un crujido de huesos. El directivo soltó un alarido de dolor.

—Díselo otra vez —dijo Max a Carla—. Pídele que encuentre ese teléfono.

—Localiza el teléfono —dijo Carla.

Max acercó sus labios a la oreja del ejecutivo:

—Cada vez que te lo vuelva a pedir y no hagas lo que ella te dice —susurró—, te romperé un hueso de la mano. ¿Lo entiendes?

—Esto lo vais a pagar muy caro —gimió el hombre. Tenía el rostro crispado de dolor. Miró a Carla con odio—. ¡Lo haré!

Max le soltó. El directivo de MyLife se sentó frente a su ordenador y agarró el ratón con una mano mientras se dolía de la otra. Tenía un aspecto terrible, la nariz sangrando y el rostro contraído por el dolor. Carla intentó no pensar en lo que estaba haciendo. Se situó a sus espaldas para observar la pantalla del ordenador y le dictó el número de teléfono de Alicia. El hombre tecleó. En la pantalla apareció un mapa de España. Una pequeña esfera amarilla se iluminó sobre Madrid.

—Esa es la posición actual de ese teléfono —dijo Castellanos entre dientes—. Es este edificio.

—Retrocede hasta anoche a las doce —pidió Carla.

El ejecutivo manipuló un control. La pequeña esfera se desplazó sobre el mapa y se detuvo sobre la ciudad de Almería.

—Esa es la casa de Alicia —explicó Carla a Max—. El programa de seguimiento nos está mostrando la posición de su teléfono anoche. El secuestrador estuvo allí, cerca, espionando nuestra conversación con otro teléfono conectado a este. —Cogió el iPhone de Alicia—. Quiero verlo.

El ejecutivo tecleó en su ordenador y una segunda esfera blanca apareció en el mapa.

—¡Ahí está! —exclamó Carla—. Tiene que ser él... ¿Dónde está ahora?

Carla contuvo el aliento. Castellanos manipuló el control temporal. La segunda esfera blanca desapareció.

—Apagado —dijo el ejecutivo—. Ese teléfono se apagó anoche y desde entonces no ha vuelto a conectarse a ninguna red de datos.

Carla sintió que algo frío se derramaba por su espalda. ¡No podía ser!

—¿Estás seguro? —exhaló sin voz.

—Totalmente.

—¿Qué significa eso? —preguntó Max.

—No... no ha vuelto a encender el teléfono. Dios mío. No... no podemos saber dónde está ahora.

Carla se dejó caer en una silla. Se cubrió la cara con las manos. Tenía que haberlo imaginado. Si aquel individuo era tan precavido, no iba a tener encendido el teléfono con el que había espiado a Alicia para que pudiesen encontrarlo.

Pero había estado allí mismo, tan cerca. Tenía que haber una forma de saber quién era.

Carla se puso en pie de un salto.

—¿Ha estado encendido antes? —preguntó—. Compruébalo.

Castellanos la miraba como si se hubiese vuelto loca. Manipuló los controles del software de seguimiento. El mapa se desplazó hacia el oeste. La esfera luminosa se activó de nuevo.

—Ese teléfono solo se ha encendido en una ocasión antes —dijo—. Aquí.

—¡Marbella! —exclamó Carla—. Secuestró a Irena Aksyonov... le envió un mensaje a su padre... utilizó el mismo teléfono. —Las ideas se agolpaban en su mente. Tenía la impresión de que estaba muy cerca y a la vez muy lejos, era como mirar una imagen por el rabillo del ojo imposible de alcanzar.

—¿Irena Aksyonov? —gruñó Castellanos—. ¿La chica desaparecida? ¿Qué tenéis que ver con eso?

—Quien la secuestró también ha secuestrado a otra adolescente. La estamos buscando —respondió Carla.

—¿De qué nos sirve saber que estuvo allí? —preguntó Max—. Seguimos sin saber dónde está *ahora*.

Carla intentaba pensar. Era como intentar agarrar humo.

—Pensaba que a Irena Aksyonov la había matado su padre —dijo Castellanos.

—Su padre es inocente —dijo Max—. Ese hombre adoraba a su hija. Aunque su hija le odiase.

Carla miró a Max, sorprendida por la seguridad de la afirmación.

—¿Cómo sabes tú que su hija le odiaba? —preguntó.

—Les vi en la televisión —respondió Max—. Creo que eran imágenes de unas semanas antes de que desapareciese. Ese hombre, Serguei Aksyonov, era evidente que adoraba a su hija. Es impensable que pudiese hacerle daño.

Max clavó en ella sus ojos azules.

—Pero has dicho que su hija le odiaba... —Carla sintió una sacudida eléctrica. Algo se enfocó en su mente. El corazón le latía a mil por hora—. ¿Cómo lo sabes?

—Es difícil de explicar. Me baso en una interpretación del lenguaje corporal. Lo vi en su expresión, en sus gestos. Era ella la que quería hacerle daño a su padre y no a la inversa, en contra de lo que decían las noticias.

—Hacerle daño a su padre... ¿Estás seguro de eso?

—Completamente. ¿Es eso importante?

Carla soltó un bufido histérico. De pronto las nubes desaparecieron de su entendimiento y pudo ver con claridad. Se dio una palmada en la frente. Fue como si una serie de imágenes inconexas que hubiesen estado flotando en su mente todo aquel tiempo de pronto encajasen unas con otras formando una imagen mayor, nítida y con sentido.

Era capaz de entender cómo se las había apañado aquel individuo para hacer desaparecer a Irena Aksyonov.

Pero lo más importante era que saber lo que había ocurrido podría llevarles hasta Alicia.

Carla sacó su teléfono móvil y se puso a buscar la copia del sumario judicial del caso que le había enviado Héctor Rojas. Debía de tener el documento en el correo. En el sumario estaba la clave, delante de sus narices, y todos la habían pasado por alto.

Carla había comprendido por fin lo que había sucedido.

Todos daban por sentado algo que, en realidad, era falso. A nadie se le ocurrió cuestionar la esencia misma de la investigación. A nadie se le había ocurrido plantearse lo que para Carla ahora era evidente gracias a la observación de Max.

Nadie había sacado a Irena Aksyonov en contra de su voluntad.

Las amenazas de secuestro, el rastro de sangre en su habitación y en el jardín. Todo había sido un truco urdido por la propia Irena y por el falso secuestrador. Irena Aksyonov odiaba a su padre y había planeado gastarles una broma macabra. Una broma que había acabado saliéndole muy cara a la pobre chica.

Entre ambos, Irena y el doctor Vargas, o como diablos se llamase en realidad, habían planeado fingir un secuestro. Tal vez Irena solo quería llamar la atención, o tal vez deseaba realmente fugarse de su casa y, de paso, poner en un grave aprieto a su padre. Probablemente, fingir un secuestro habría sido idea del doctor Vargas. Habría inducido a Irena a la idea de dar un escarmiento a su padre, a demostrarle que todas las medidas de seguridad no servirían para evitar que desapareciese. Porque nadie había entrado en la mansión de los Aksyonov para sacarla a la fuerza. Irena había salido por su propia voluntad. Nadie había forzado las cerraduras electrónicas de la casa. Irena las había abierto con sus propias huellas dactilares. Nadie había herido a Irena. Ella misma debía haberse sacado una muestra de sangre con una jeringuilla para dejar un rastro en su habitación y en el jardín. La sangre era el toque maestro. Hacía pensar a la policía que había tenido lugar un hecho violento y dirigía la acusación directamente hacia su padre.

La realidad era que Irena había abandonado la mansión voluntariamente sin ser vista. Fue su cómplice quien soltó al simio al otro lado de la tapia para causar desconcierto entre el personal de seguridad. Con todos en alerta la idea de que

alguien pudiese entrar o salir se tornaba aún más inverosímil, cuando en realidad ese estado de confusión facilitaba la huida de Irena. Cabía suponer que el doctor Vargas habría encontrado el ángulo muerto en las cámaras del jardín y que le indicó a Irena por dónde cruzar el terreno que circundaba la casa para no ser registrada. Era incluso posible que, semanas antes, el doctor Vargas hubiera enviado a alguien a modificar levemente la posición de las cámaras para que estas dejaran aquel ángulo muerto en el mismo centro de la piscina. Irena habría atravesado entonces la piscina a nado, justo por el centro para no ser vista. Después podría haber saltado el muro con una simple escala de cuerda, que recogió y llevó consigo, cruzando el terraplén que había entre la mansión y la autopista. El doctor Vargas la recogió entonces con un coche en el arcén.

—¡La clave está en las cámaras de vigilancia de tráfico! —exclamó Carla mientras buscaba el correo de Héctor Rojas con el sumario judicial—. ¡Eso es! —rio histérica—. ¡Tenía que evitar los radares!

Carla recordaba haber leído en alguna parte del sumario que el tramo de carretera que discurría próximo a la mansión de los Aksyonov estaba plagado de cámaras de control de tráfico. Si alguien se hubiese detenido en la autovía con un vehículo para recoger a Irena, entonces las cámaras lo habrían registrado. La policía hubiese sabido que un coche se había detenido allí unos instantes y eso habría resultado muy sospechoso.

Pero cuando Irena desapareció, «casualmente» había un atasco provocado por un accidente. Todos los coches estaban detenidos. El accidente causó un embotellamiento en ese tramo de autovía. La policía había tomado el atasco como una dificultad añadida para los secuestradores a la hora de huir, cuando en realidad el atasco les facilitó la huida.

Así que mientras el doctor Vargas se desplazaba lentamente en su coche en una larga cola de cientos de coches por culpa del atasco, mientras Serguei Aksyonov y los guardias de seguridad se ocupaban de que ningún intruso entrase en la propiedad, Irena salía de casa, vertía unas gotas de sangre en el jardín, cruzaba la piscina para no ser vista y se dirigía al punto de encuentro en la autovía. Irena solo tuvo que subirse a uno de los coches detenido por el atasco, el coche de su cómplice, el doctor Vargas.

La clave estaba en que el accidente no había sido fortuito, sino provocado. El doctor Vargas necesitaba aquel atasco para recoger a Irena sin que detenerse en mitad de la autopista resultase sospechoso. De lo que se deducía que la persona que había provocado el accidente era cómplice del doctor Vargas.

Y si llegaban hasta el cómplice, llegarían hasta él.

El nombre de la persona que había provocado el accidente figuraba en el sumario judicial. Carla lo encontró por fin.

La policía se había limitado a registrar los datos del accidente sin relacionarlo con

el secuestro. En el sumario se explicaba que un coche había embestido a otro en una incorporación de carril. El conductor del vehículo que había causado el accidente se llamaba Álvaro Castro. En el informe del atestado incorporado al sumario también aparecía su dirección: Calle Duque de Ahumada, s/n. Medina del Campo. Valladolid.

Carla dio un grito. ¡Todo encajaba! El individuo que la había engañado haciéndose pasar por Eva Luna había utilizado una conexión de internet desde aquella población. Para que Carla confiase en la falsa Eva Luna no había enmascarado su conexión, aunque había utilizado una red wifi pública para seguir siendo anónimo.

¡Tenía que ser él! Estaban muy cerca. El hombre que había provocado el accidente, el cómplice del doctor Vargas les llevaría hasta el secuestrador de Alicia. Max se encargaría de que hablase.

—¡Lo tengo! —chilló Carla. Miró a Max a los ojos—. Tiene un cómplice. Y sé dónde encontrarlo. Nos dirá cómo llegar hasta él. Tú le obligarás a hablar.

Carlos Castellanos, el ejecutivo de MyLife, la miraba con una mueca de odio. Tenía la mano terriblemente hinchada. Max debía de haberle roto algún hueso.

—Lo siento —dijo Carla conciliadora—. Sé que esto es difícil de entender. Hay una vida en peligro. Espero que algún día me dejes explicártelo.

—Eres una hija de puta y voy a acabar contigo —respondió el ejecutivo enseñando los dientes como un perro rabioso.

Carla sintió que la rabia le subía a la garganta como bilis. Por un momento había sentido lástima de aquel hombre. Recordó que le había puesto una demanda injusta que podía arruinarle la vida, y que no contento con eso había utilizado la información de su teléfono móvil para humillarla delante del juez y de su editora y del abogado.

—El único hijo de puta que hay en esta habitación eres tú —respondió.

Le sostuvo la mirada unos segundos antes de darle la espalda.

—Vamos, Max —dijo—. Tenemos que encontrar a Alicia. Te lo explicaré todo por el camino.

Eva Luna

Eva lo supo en cuanto su padre traspasó el umbral del bar y vio el brillo enfermo en sus ojos, aquella mirada lasciva y obscena, la relamida satisfacción en el rictus de sus labios. Eva supo que su padre lo había vuelto a hacer.

Mientras secaba vasos detrás de la barra, Eva observó cómo su padre se sentaba en la mesa ocupada por tres de sus amigos. Respondiendo a un gesto de su padre, Eva sacó unas cervezas heladas de la nevera y las llevó hasta la mesa.

Su padre esperó a que ella se alejase para hablar. De vuelta tras la barra, Eva no pudo escuchar lo que decía, pero vio los rostros de satisfacción de sus amigos, el brillo de lujuria enferma en sus miradas.

No necesitaba escuchar para saber que su padre lo había vuelto a hacer. Había secuestrado a otra chica.

Eva estaba casi segura de que el primer secuestro había sido seis meses atrás. Hasta entonces la pesada puerta de madera del sótano siempre había permanecido abierta. Sin embargo, aquella noche de hace seis meses un grito despertó a Eva en mitad de la noche. Cuando se incorporó y encendió la luz de la mesita, el silencio la envolvió como una mortaja. Por unos instantes dudó de si aquel grito solo había ocurrido en sus pesadillas, y ya estaba a punto de volverse a dormir cuando lo escuchó de nuevo. Lejano, apagado, pero inconfundible: era un grito de mujer. Y provenía de algún lugar de la casa.

Aquella noche de hace seis meses Eva salió de la cama y se cubrió con la bata de paño. Salió al pasillo con los sentidos aguzados. Temblaba de frío. Hacía tanto frío que incluso dentro de la casa el aliento desprendía nubecillas de vaho al respirar. El silencio era tan absoluto que llegó a pensar que aquellos gritos eran solo fruto de su imaginación. No obstante, tenía que asegurarse. Fue hasta el dormitorio de su padre y, con movimientos tan lentos que parecía una estatua, giró el pomo de la puerta y la empujó hasta dejar abierta una rendija desde la que escrutar el interior. La cama estaba vacía.

Aquella noche de hace seis meses Eva volvió a cerrar la puerta y se dirigió a las escaleras. Sus pies cubiertos por gruesos calcetines de lana se deslizaban sobre la gastada moqueta beige sin hacer ruido, su silueta como un fantasma en la oscuridad. A Eva no le asustaba la oscuridad, le gustaba sentirse invisible y silenciosa como una sombra. Fue directamente hasta el recibidor. Para entonces ya estaba segura de que su padre no estaba en el salón ni en ninguna otra estancia de la casa. Su padre era incapaz de permanecer en silencio; aunque lo intentase, siempre se escuchaba su respiración fuerte, el roce del aire al deslizarse por sus fosas nasales. Eva podría sentirlo aunque tuviese los ojos vendados, lo presentía incluso encontrándose en

habitaciones diferentes.

En el recibidor había una puerta y tras ella veinticinco escalones que se sumergían en la oscuridad. Al final de estos, una gruesa puerta de madera. Eva dedujo que el grito de mujer que había escuchado provenía del otro lado de aquella puerta.

Con el corazón latiendo como un martillo en su pecho, descendió los veinticinco escalones y se detuvo junto a la puerta. Contuvo la respiración y se apretó con fuerza el pecho, aunque eso no aminoró el ritmo de su corazón acelerado. Escuchó sollozos al otro lado de la madera. Lamentos y súplicas amortiguados. El sonido de alguien que intenta gritar estando amordazado. Y también escuchó voces de hombres. Uno de ellos era su padre. Sus jadeos eran inconfundibles. Y también reconoció las voces de Saúl, el policía municipal, la de Armando, el de la oficina de Correos, y también la de Álvaro Castro, el propietario del asqueroso bar de carretera donde su padre la había puesto a trabajar a ella.

Aquella noche Eva puso la mano en el pomo de la puerta, aunque no tuvo fuerzas para abrir. Pensó entonces en su otra mitad, en la Eva Luna valiente y justiciera, en la Eva Luna sin miedo. Su otra mitad entraría allí y acabaría con aquellos hombres. Pero esa Eva Luna no acudió y ella solo era un espectro sin valor.

Aquella noche de hace seis meses Eva regresó a su habitación, aunque ya no pudo dormir. Pasó la noche con el corazón latiendo a mil por hora, atenta al menor ruido. A la mañana siguiente, cuando su padre ya se hubo marchado a su consulta, volvió a descender aquellos veinticinco escalones hasta el sótano. La puerta estaba cerrada con un pasador de hierro y un grueso candado.

Aquel día de hace seis meses Eva lo pasó como siempre, trabajando en el bar, atendiendo las mesas, sirviendo los menús grasientos a camioneros, limpiando los suelos después de cerrar y limpiando los baños que parecían una pocilga después del paso de decenas de hombres. En todo el día no pudo dejar de pensar ni un segundo en la mujer que había en el sótano y en lo que estaría ocurriendo al otro lado de aquella puerta.

Aquel día, cuando su padre regresó de la consulta y ella se disponía a servirle la cena como cada noche, él descubrió en su mirada que sabía algo. Su padre siempre parecía adivinar sus pensamientos.

Su padre se levantó sin decir palabra y la golpeó con tanta fuerza que no supo cómo había llegado hasta el suelo. Siguió golpeándola cuando estaba tendida sobre las frías baldosas, primero con las manos abiertas en la cara, después con los puños, luego la pateó en el estómago hasta que Eva vomitó sangre.

«Si se te ocurre hablar con alguien de alguna de tus fantasías, te mato, ¿está claro?»

Durante cinco interminables noches Eva escuchó aquellos gritos nocturnos, hasta que por fin cesaron.

Eva sabía que su padre abusaba de niñas en su consulta médica. Las dormía con anestesia durante unos minutos mientras las madres aguardaban en la sala de espera. Las tocaba e incluso a veces las violaba sin que aquellas pobres niñas supieran al despertar el porqué de aquellos dolores en sus partes íntimas. Pero nunca hasta entonces había secuestrado a nadie.

Había ocurrido una vez y Eva rezaba para que no volviese a suceder. Su padre podía ser capaz de adivinar sus pensamientos, mas ella también sabía leer la expresión de su padre. Cuando le vio entrar en el bar supo que lo había vuelto a hacer. Aquella noche la puerta del sótano volvería a estar cerrada.

Eva hubiese querido agarrar uno de los cuchillos de la cocina, saltar por encima de la barra y degollar a su padre y a sus depravados amigos. No se atrevía a pensarlo siquiera. Su padre la mataría si adivinaba lo que estaba pensando.

Así que en lugar de imaginar que era ella quien se ocupaba de su padre y de sus deleznable amigos, imaginaba que era su otra mitad, la Eva Luna justiciera y valiente, la Eva Luna guapa y esbelta, imaginaba que era la Eva Luna fuerte como una heroína de cine de acción quien entraba por la puerta del bar y acababa con todos ellos. Lo imaginaba una y otra vez. Podía ver con nitidez cómo su mejor versión acababa con aquellos hombres para impartir justicia en el mundo.

Pero la Eva Luna valiente no aparecía jamás, por mucho que ella lo desease con todas sus fuerzas.

En su lugar solo estaba ella, la mitad de Eva Luna, la mitad cobarde y miserable.

Su padre se levantó y salió del bar. Saúl, el policía, Armando, el de la oficina de Correos, y Álvaro, el propietario del bar, permanecieron en torno a la mesa, riendo ruidosamente con sus asquerosas barrigas repletas de cerveza. Eva los odiaba con toda su alma. Cerró los ojos con fuerza. Imaginó una vez más que se abría la puerta del bar y que su otra mitad entraba para acabar con aquellos hombres.

Justo en ese momento, como si se cumpliesen sus deseos, se abrió la puerta. Cuando Eva abrió los ojos no encontró en el umbral a la Eva Luna justiciera, tal y como había soñado tantas veces.

En el umbral había un hombre. Era el hombre más guapo que Eva había visto en su vida. Su rostro parecía esculpido en mármol, duro y bello. Tenía las espaldas anchas y los brazos fuertes. La pose de un felino grande y hermoso.

Pero lo que hizo que Eva se estremeciese hasta la última fibra de su ser fue su mirada.

Era la mirada que Eva siempre había imaginado que tendría su otra mitad: la mirada de la Eva Luna valiente, la mirada de la Eva Luna fuerte y adorable.

Aquella era una mirada que no conocía el miedo.

Max

Hora y media después de salir de Madrid, Max detuvo el coche de Carla en la explanada de aparcamiento de un bar de carretera de la autovía de La Coruña a su paso por Medina del Campo.

—¿Es aquí? —preguntó.

—Es el domicilio del hombre que provocó el accidente —respondió Carla con un susurro apenas audible—. La parte de arriba del bar es una vivienda —dijo señalando al edificio de dos plantas.

Max se bajó del coche.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Carla.

—Voy a averiguar dónde está Alicia —respondió—. No salgas del coche.

Max se dirigió hacia la entrada del bar sin advertir que Carla le seguía los pasos.

El local era grande y apestaba a fritura y a cerveza. Todas las mesas estaban vacías menos una, en la que se sentaban tres hombres. Max notó como las miradas de los tres se clavaban en él.

Alerta. Tensión.

«No tienen miedo».

Había otros dos hombres jugando al billar en una mesa al fondo. Ambos interrumpieron el juego para mirarle. Tras la barra había una chica de mirada asustadiza. Sus gestos desprendían tantas señales de terror que el miedo parecía brotar de ella como sustancia. Max se preguntó qué era lo que la asustaba tanto.

Fue directo hasta la mesa ocupada por los tres hombres. Uno de ellos vestía el uniforme de la Policía Municipal. Otro, un mono azul grasiento, de mecánico. El tercero llevaba un traje de motorista de cuero negro.

Supo al instante que ocultaban algo. Sus gestos de nerviosismo les delataban.

Pensó que alguno de aquellos hombres podría haberle hecho daño a Alicia y sintió que se derramaba un cubo de agua sobre su cabeza, primero helada y después hirviendo, y que el líquido frío y ardiente le traspasaba de arriba abajo, como si su cuerpo estuviese hecho de algún material permeable. Los latidos de su corazón se acomodaron a un ritmo diferente, pausado y enérgico, sincronizados con sus propios pensamientos, que discurrían suavemente en una lógica fría e implacable.

—Quiero saber dónde está Alicia —preguntó sin rodeos.

Los tres hombres intercambiaron una mirada. Max los estudió con detenimiento. El que llevaba el traje de motorista era flaco y huesudo, tenía una cabeza calva y una desagradable nariz ganchuda de buitre carroñero; era el que estaba más nervioso de los tres, sus pupilas se movían arriba y abajo, inspeccionando a Max sin detenerse en un punto concreto. El que vestía el uniforme de la Policía Municipal llevaba una

pistola en el cinto, mascaba chicle y estudiaba a Max con aire de suficiencia. Estaba relajado, seguro de sí mismo, de su autoridad y de la pistola que llevaba. El del mono azul de mecánico era un hombre muy gordo, tenía la nariz rota de boxeador y una fea cicatriz en el mentón. Las venas de las sienes le latían con fuerza. Las comisuras de los labios curvadas hacia abajo, las pupilas dilatadas: todo indicaba que era el más agresivo, listo para atacar en cualquier momento.

—¿Quién cojones eres tú? —preguntó el del uniforme de policía.

—Eso a ti no te importa —respondió Max con sequedad—. Solo quiero saber dónde está Alicia.

La expresión de los tres hombres cambió sutilmente.

Expectación, violencia, anticipación, sangre...

Fue como si de repente Max tuviese ante sí un espejo que mostraba lo que ocurría a sus espaldas. Se agachó un instante antes de que el taco de billar barriese el espacio que había ocupado su cabeza.

Se giró con una finta. Asestó un gancho de izquierda. Acertó en plena mandíbula. El atacante se desplomó con un quejido ahogado. Max le arrebató el palo de billar de las manos. Se volvió hacia la mesa. El policía se había puesto en pie. Tenía la mano en el cinto sacando la pistola. Max le golpeó en la cara con el palo, que se quebró en dos. El policía cayó al suelo, inconsciente. Max le quitó la pistola y la arrojó lejos. Los otros dos no se movieron.

—¿Dónde está Alicia? —preguntó una vez más, mirándolos sin mostrar emoción alguna.

El gordo negó con la cabeza.

—Que te den por el culo, no sé de qué hablas.

Miente.

—Tranquilo, hombre. No pasa nada —dijo el que iba vestido de motorista, levantando las manos y mostrándole las palmas—. No sé a quién buscas, seguro que te has equivocado.

Max vio que miraba de soslayo al hombre gordo. Su expresión reflejaba un solo sentimiento, simple y singular, aislado, puro: miedo.

—Tu problema —dijo Max— es que le tienes más miedo a este hombre que a mí. —Señaló al gordo—. Pero eso pronto va a cambiar.

Lo agarró por las solapas y lo obligó a ponerse en pie.

—¡Eh, gilipollas!

Max lo hizo callar con un rechazazo en la cara. Después descargó todo su peso en tres ganchos de izquierda en las costillas. Se escuchó un crujir de huesos. El hombre gordo gritó de dolor y empezó a desplomarse. Max lo sostuvo con la mano izquierda y lanzó tres rápidos golpes con la derecha. Después lo empujó contra la pared, le dio la vuelta y descargó una sucesión de golpes con ambas manos sobre sus riñones. Lo

sujetó contra la pared por la nuca.

—Es una pregunta muy sencilla —dijo—. Solo tienes que decirme dónde está Alicia.

—Que te den por el culo —gruñó el gordo.

Max le agarró por el cuello con una mano y con la otra del cinturón, dio dos pasos atrás y lo lanzó con fuerza contra la pared. La cabeza golpeó con un impacto sordo. Su cuello se dobló hacia atrás. Max repitió el proceso varias veces, agarrándolo y lanzándolo contra la pared una y otra vez hasta que por fin dejó que cayese al suelo.

Max se masajeó los nudillos mientras dejaba que el motorista mirase a su amigo inconsciente, tirado boca abajo, con las piernas agitándose espasmódicamente. La pared estaba manchada de sangre.

—Bien —dijo Max mirándolo fijamente—, ahora me tienes más miedo a mí que a él.

El motorista temblaba y parecía a punto de echarse a llorar.

—Se... se la llevó a una casa de campo, como a un kilómetro de aquí —acertó a decir—. Cruza la autovía y sigue por la comarcal seiscientos dos. A la izquierda, un caserón rodeado de pinos, no tiene pérdida...

Cuando Max se giró se encontró con la mirada de Carla, que contemplaba la escena horrorizada.

—Ya sabemos dónde está —dijo Max con voz gélida.

Max vivió lo que ocurrió a continuación como si el tiempo transcurriese a saltos, como si la realidad consistiese en una sucesión de fotografías instantáneas, inconexas. Carla y Max entrando en el coche. Carla conduciendo por un camino de tierra.

Una casa de campo rodeada de árboles.

La sangre batía sus oídos.

La casa tenía dos plantas, la fachada de ladrillo rojo. Rejas negras. Una valla de alambre y una verja metálica.

Max se bajó del coche. Tanteó la verja de entrada. El candado no estaba echado. Cruzó un pequeño jardín hasta la puerta de la casa. Estaba cerrada. Se abalanzó contra ella y la derribó con el hombro.

Al otro lado había un diminuto recibidor. Un pasillo en sombras distribuía las distintas estancias de la casa.

Permaneció atento, escuchando en la oscuridad. Olía a humedad, a tierra y a madera. Captó un débil sonido a su izquierda, tras una de las puertas del recibidor. Empujó la hoja de madera. Al otro lado, escalones de cemento que se perdían en la oscuridad. El murmullo apagado de una voz masculina emergió del hueco.

Max bajó las escaleras hasta encontrarse con otra puerta. El corazón aumentó el ritmo de latidos en su pecho. Empujó la puerta con la mano. El eco de un chirrido metálico se propagó como un mal presagio.

Se encontró en un sótano iluminado por una bombilla desnuda en el techo. Alicia estaba atada a una silla. No había signos de violencia en ella. Gracias a Dios. Max respiró con alivio, aún no le habían puesto la mano encima.

Alicia tenía la boca amordazada con cinta adhesiva. Los ojos le brillaron cuando vio a Max.

Junto a ella había un hombre con el torso desnudo. Tenía una gran barriga que contrastaba con el resto del cuerpo, delgado y fibroso. Max no pudo verle la cara porque llevaba una máscara de cuero cerrada con una cremallera que solo le dejaba ver los ojos.

—¿Quién cojones eres tú? —bramó el hombre de la máscara cuando le vio—. ¿Cómo has entrado aquí?

Tenía algo en la mano. Una especie de fusta flexible de cuero. Intentó golpearle. Max lo esquivó con una finta y le asestó un golpe en el estómago. Luego le dio un fuerte rechazazo en la mandíbula. El hombre cayó de rodillas. Max le golpeó en la cara con los puños, sobre la máscara, con golpes secos y calibrados, como un herrero que moldea metal con un martillo. Los golpes producían un sonido parecido al de un metrónomo, derecha, izquierda, derecha, izquierda, rítmicos como la respiración fuerte de un atleta.

Entonces se detuvo. Max siguió escuchando los golpes como un eco, como cuando se termina una canción y la sigues escuchando en tu cabeza.

Le arrancó la máscara de un tirón. Era un hombre de mediana edad con el pelo completamente blanco. Tenía la cara cubierta de sangre, la nariz destrozada era un borrón sangriento. Escupió dientes y sangre.

—¡Por favor!, ¡por favor!, ¡me rindo! —lloriqueó el hombre desde el suelo en posición fetal—. ¡No me pegues más!

—Eres un cobarde —dijo Max, escupiendo las palabras.

Max se acercó a Alicia y le quitó la cinta adhesiva que le tapaba la boca.

—¿Estás bien?

Alicia asintió con movimientos histéricos. Se retorció en sus ataduras. Max tiró de las cuerdas hasta que la liberó por completo. La joven se abrazó a él con fuerza.

—¡Dios mío! ¡Max! —sollozó en su pecho.

Alicia temblaba. Max la abrazó con fuerza. No parecía herida, aunque estaba muy asustada.

—¡Mátalo!

El grito provenía del hombre que había secuestrado a Alicia. En su rostro sangrante, las cejas se habían fundido en una y de sus ojos emanaba un odio que podría haber sido destilado en el centro del infierno. Asomaban los dientes, con la mandíbula atenazada como un perro que no soltará a su presa aunque le cueste la vida.

—¡Mátalo! —gritó—. ¡Dispárale!

Max comprendió demasiado tarde a quién le estaba gritando aquel hombre. Había alguien a sus espaldas, y ese alguien sostenía una pistola.

Eva Luna

Eva quería desaparecer, huir, pero sus piernas la llevaban en dirección a su casa, caminando por el arcén de la carretera, pasando por debajo de los pilares de la autovía, el mismo camino que recorría cada mañana al amanecer y cada noche, bien entrada la madrugada, cuando cerraba el bar.

Pero en aquella ocasión había algo diferente.

No era solo que su mano apretase con fuerza una pistola, el arma de Saúl el policía, que había acabado junto a ella.

No era que no sintiera el frío viento que le azotaba el rostro, o que no fuera consciente de la fina lluvia que empapaba sus ropas, o que apenas viese nada a su alrededor como si algo limitase su visión.

Tenía la impresión de que no caminaba sola.

Tenía la impresión de que alguien la observaba con una mirada expectante, casi diría que de admiración, con un brillo especial en los ojos.

Cuando Eva llegó a su casa, una mujer corrió hacia ella. Se había bajado de un coche aparcado junto a la entrada. Era la mujer que había llegado al bar minutos antes, acompañando al hombre más hermoso que Eva había visto jamás. La mujer tenía el rostro desencajado y le gritaba algo, pero Eva no entendía sus palabras. Era como si el mundo hubiese perdido intensidad, solo podía escuchar el latido de su propio corazón.

La mujer quiso sujetarla de un brazo. Eva se deshizo de ella con un empujón y entró en la casa. Allí estaban aquellos veinticinco escalones. Allí estaba la puerta de madera. Abierta.

Mientras descendía cada uno de aquellos veinticinco escalones escuchó alaridos de dolor y gritos de súplica. Esta vez los gritos no provenían de una mujer. Era su padre quien aullaba de dolor.

En el sótano, su padre estaba de rodillas, sangrando y lloriqueando como un niño.

Eva pensó que aquello debía de ser un sueño, un producto de su imaginación.

Su padre tenía la nariz rota y la boca cubierta de sangre de un modo que resultaba obsceno.

El hombre que había doblegado a su padre se erguía ante ellos en toda su imponente altura. Era el hombre más hermoso que los ojos de Eva habían contemplado jamás. Podría descansar la mirada en su rostro durante una eternidad. Tenía el pelo negro, la mandíbula fuerte, el mentón perfilado. Eva casi podía sentir la suavidad de sus mejillas a través del espacio que los separaba. Debía de medir casi dos metros de alto, irradiaba poder y masculinidad. Sus brazos eran fuertes, los hombros cuadrados y el torso se adivinaba musculoso. Aunque vestía un sencillo

uniforme más propio de alguien que desempeña un trabajo poco cualificado, su porte era elegante, distinguido, aristocrático.

Fue entonces cuando la vio su padre.

—¡Mátalo! —gritó su padre—. ¡Dispárale!

Eva levantó los brazos sujetando la pistola con ambas manos.

Desde que era niña había visto muchas veces a Saúl el policía alardear de aquella pistola con su padre. Sabía cómo se utilizaba. Metes una bala en el cargador. Quitas el seguro. Amartillas. La sostienes con fuerza con los brazos extendidos, tensos, como si empujases un muro.

Eva retuvo el aliento cuando el hombre más hermoso que había visto jamás y ella cruzaron una mirada. En sus ojos azules no existía el menor atisbo de miedo, a pesar de que estaba desarmado y era ella, la mitad de Eva Luna, quien sostenía una pistola entre sus manos. La mirada de aquel hombre era inocente y pura, recordaba a la de un niño audaz y valiente, intrépido y curioso. La clase de niño que no dudaría en adentrarse en un pozo en tinieblas para descubrir un misterio o para ayudar a un amigo en apuros.

Eva se preguntó cómo un hombre podía tener aquella mirada inocente, profunda y reconfortante, y la respuesta llegó a sus oídos como un susurro: no tiene recuerdos, su mente está en blanco. Ningún recuerdo atormentaba su conciencia, era un ser libre y puro, desligado de las ataduras del pasado.

Eva se preguntó cómo aquel hombre habría logrado liberarse de la carga de la memoria. Quizás ella también podría borrar la parte sucia que había en su interior, destruir todos los recuerdos inenarrables que la atormentaban, limpiar la podredumbre de la sucia mitad de Eva Luna. A lo mejor solo era cuestión de dirigir la pistola hacia su cabeza. Apretar el gatillo y todo habría acabado.

Pero no podía olvidarse de su padre. Mantuvo la pistola en alto, los brazos tensos.

Eva observó a la chica que había secuestrado su padre. La joven la miraba a ella con ojos desorbitados por el miedo. Afortunadamente, el muy cerdo de su padre aún no había tenido tiempo de tocarla. La idea le produjo una alegría infinita. Algo puro se había preservado. Y, aunque la joven estaba envuelta en sufrimiento, cuando saliese de aquel sótano frío y húmedo podría recuperar su vida, mientras que la mitad de Eva Luna se quedaría allí encerrada para siempre. Eva pensaba en la luz del sol y se moría de la envidia. Quizás debería dirigir la pistola contra su cabeza y acabar con todo de una vez.

Su padre, de rodillas en el suelo, le estaba gritando algo, sus cejas arrugaban su frente ensangrentada como si fuese un trapo mojado. Eva podía ver cómo se movían sus labios, el movimiento de su garganta, pero ningún sonido llegaba hasta sus oídos. En su cabeza solo resonaba un zumbido sordo, como si estuviera sumergida bajo el agua.

No necesitaba escuchar a su padre para saber lo que quería de ella. Quería su ayuda. Quería que disparase al hombre que le había golpeado. Su padre la estaría amenazando, diciéndole todo el daño que le iba a hacer si no le obedecía.

Eva quería ser valiente, aunque lo cierto era que estaba muy asustada. La pistola temblaba entre sus manos como si tuviese vida propia. Todos aquellos años temiendo, temiendo, hasta que el miedo se había hecho su amigo íntimo, un amigo traidor y tramposo. Hasta ahora no se había dado cuenta de que el miedo era en realidad el mejor amigo de su padre.

La mujer que había intentado detenerla arriba también había bajado hasta el sótano. Le estaba gritando algo. La mujer enseñaba los dientes inferiores en una mueca de horror. Tenía el rostro desencajado y de su garganta salían palabras que nunca llegaban a los oídos de Eva. Aunque chillaba con todas sus fuerzas, Eva no podía escuchar el sonido de su voz. Seguía sin poder escuchar nada. Era como si se encontrase inmersa en un tanque de líquido transparente que amortiguase cualquier sonido.

La bombilla que colgaba del techo les inundaba con su luz incandescente. El destello de ese sol en miniatura cegó a Eva por unos instantes. Las sombras que proyectaban cada uno de ellos se alargaron y entrelazaron como si tuviesen vida propia.

Eva cerró los ojos con fuerza y escuchó el sonido de su propia respiración acompañada por los latidos del corazón. Tuvo la súbita impresión de que el tiempo se detenía. La embargó un terror irracional. Se sintió diminuta en la oscuridad que se abría tras sus párpados, como si las tinieblas quisieran tragársela.

Abrió los ojos de golpe y fue como emerger a la superficie después de una larga zambullida en el mar. Parpadeó repetidamente. Algo había cambiado, como si el deslizarse de su consciencia se hubiese colado por un pliegue oculto de la realidad para atisbar a un mundo diferente.

Un mundo en el que Max, el hombre más hermoso que había visto jamás, tenía una expresión de absoluto terror en la mirada.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Eva. Nunca había visto semejante expresión de sufrimiento. El rostro del hombre estaba descompuesto por el dolor. Todos los músculos de su cuerpo se habían contraído con un espasmo. Eva quiso adivinar qué es lo que le provocaba tal dolor. Lo supo cuando le miró a los ojos.

Max tenía la mirada fija, pero lo que observaba no estaba en aquel lugar y en aquel momento, sino en algún punto de su pasado. Eva comprendió que había recuperado sus recuerdos perdidos y que esos recuerdos le habían traído la visión de un horror inimaginable.

Eva sacudió la cabeza, intentó coger aliento, como si se zambullese en el fondo del mar, apartar aquella imagen. Su consciencia se adentró más y más en una rendija

de la realidad que asomaba a un mundo diferente.

Un mundo en el que la mujer que instantes antes le gritaba histérica y asustada tenía ahora un bebé en brazos y lo acunaba con placidez.

Eva supo que el bebé era su hijo. El pequeño tenía las mejillas regordetas y el pelo muy rubio. Era un niño fuerte y sano y su boquita emitía gorjeos de felicidad. La mujer cantaba una nana con una voz suave y melódica mientras contemplaba a su hijo con una expresión de infinita felicidad. La felicidad la hacía parecer muy hermosa. Viéndola, Eva comprendió que era una mujer plena, satisfecha, realizada. Sus largos dedos acariciaban las mejillas del bebé mientras lo acunaba contra su pecho y susurraba una melodía: «*cuando la luna te sirva de manto, mi niño, no te olvides de las estrellas*». Aunque todo seguía sumido en el más absoluto silencio, Eva podía escuchar aquella voz con claridad, y esa voz la empujó más y más abajo, alejándola de su mundo para adentrarse en una realidad diferente.

Una realidad en la que Alicia ya no estaba asustada. Su cuerpo había cambiado. Ahora era delgada, esbelta y femenina como una gata. Junto a ella había un niño pequeño, su hermano, de unos cuatro años. El niño reía, corría y saltaba alrededor de Alicia, y eso parecía hacerla muy feliz. Ver a aquel niño correr y saltar parecía significar mucho para ella. Miraba a su hermanito con los ojos muy abiertos de admiración, como si fuese algo extraordinario que un niño de esa edad se dedicase a corretear lleno de energía.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Eva. Seguía en el mismo sótano de su casa, la misma bombilla en el techo, el mismo hedor a humedad. Solo que aquellas personas habían cambiado. Eva no sabía de dónde había salido el bebé que acunaba la mujer, ni el niño pequeño con el que jugaba Alicia. No sabía por qué el hombre más hermoso que había visto jamás tenía ahora semejante expresión de horror en el rostro.

Y de pronto comprendió que lo que tenía ante sus ojos no era sino la otra mitad de aquellas personas, sus mitades completas. Eva se dio cuenta de que no solo era Eva Luna la que estaba incompleta, también lo estaban aquellas tres personas que habían irrumpido en su mundo para cambiarlo por completo.

Parpadeó y aquella realidad diferente se evaporó como un sueño. Los sonidos regresaron a sus oídos y los gritos golpearon su cuerpo como algo físico. La sangre volvía a correr por sus venas y a batir en sus oídos.

El tiempo había echado a andar de nuevo.

El hombre más hermoso que jamás había visto tenía otra vez la mirada inocente de un niño. Su mente volvía a estar en blanco, los recuerdos habían desaparecido y también los horrores que los poblaban. Y aunque ahora Eva podía ver la confusión en su mirada, su belleza seguía intacta: un barco sin ancla, un barco enorme forjado con acero en mitad de la peor tormenta de la historia.

Carla volvía a estar muy asustada y gritaba histérica. El bebé había desaparecido

y Eva podía ver el dolor que había en sus ojos, un dolor antiguo y profundo, como un pequeño tumor, duro como un diamante negro prendido a su corazón, del que no había podido desprenderse por más que lo había intentado con todas sus fuerzas.

La chica, Alicia, volvía a ser gorda y frágil. Eva identificó en su mirada la tristeza por la enfermedad de su hermano pequeño, una enfermedad que jamás le permitiría caminar, ni jugar, ni moverse como cualquier otro niño de su edad.

Todas aquellas personas divididas por la mitad. Como ella.

Porque ella no era Eva Luna, sino la mitad de Eva Luna. La mitad de lo que era.

La otra mitad de Eva Luna murió a los once años, el día que su padre empezó a abusar de ella, pocos días después de que su madre la abandonara.

Todo se reducía a algo muy básico, su vida se reducía a un punto de inflexión, a un cuchillo afilado y perverso que cortó su tiempo en dos partes. Eso hizo su padre cuando sujetó sus manos con fuerza, abrió sus piernas como una bestia y la penetró como si fuera un maldito trozo de carne.

En un mundo paralelo existía otra Eva Luna a la que no le faltaba la mitad.

A veces creía verla en el espejo.

Pero era la mitad de Eva Luna la que sostenía una pistola y apuntaba a su padre.

—¡Mátalo! —gritó su padre—. ¡Hazlo o te daré una lección que jamás olvidarás!

Eva estaba temblando. Todos aquellos años temiendo, temiendo, hasta que el miedo se había hecho su amigo íntimo, un amigo traidor y tramposo. Hasta ahora no se había dado cuenta de que el miedo era en realidad el mejor amigo de su padre.

—Deja la pistola —dijo Max—. No voy a hacerte daño.

El hombre dio un paso hacia ella con los brazos extendidos, mostrándole las palmas de las manos.

Fue entonces cuando su padre se revolvió como un animal acorralado. En sus manos apareció un cuchillo de caza. Con una agilidad inesperada se abalanzó contra Max, que le había dado la espalda.

Entonces Eva apretó el gatillo, aunque no escuchó la atronadora estampida ni tampoco vio cómo la bala atravesaba la garganta de su padre y este caía al suelo en un estertor de muerte.

Lo único que supo en aquel momento es que la Eva Luna heroica, guapa y segura de sí misma, la Eva Luna de sus sueños se disolvía como la niebla. Lo único que supo es que su otra mitad había dejado de vagar por el mundo viviendo su vida paralela. Antes de que se desvaneciese, aún alcanzó a ver como la Eva valiente le guiñaba un ojo con complicidad. Durante unos instantes pudo ver cómo aquellos bonitos ojos la miraban con un brillo de admiración, su gran sonrisa repleta de felicidad.

Pero la existencia de aquella Eva Luna en una realidad paralela había llegado a su fin.

Ahora Eva podía sentirla en su interior.

Tercera Parte

El origen del mal

Carla

Carla había perdido la cuenta de las horas que llevaba contestando un aluvión de preguntas acerca de lo sucedido. Al menos, la policía había sido bastante amable con ella y de momento nadie parecía estar acusándola de nada. Había sido difícil hacerles entender lo que había pasado: cómo habían secuestrado a Alicia y cómo había logrado encontrarla. Carla tenía la impresión de que, al final, después de que casi la volvieran loca, había conseguido que lo entendiesen.

Estaba muy cansada. La tensión de las últimas horas había cedido paso al agotamiento. Se encontraba en un despacho en la sede de la Comisaría General de la Policía Judicial. Eran las dos de la mañana. Entonces, cuando por fin creyó que habían acabado y la iban a dejar irse, dos policías de uniforme la condujeron a lo que era una sala de interrogatorios en toda regla. Paredes blancas y desnudas. Una mesa de aluminio en cuya superficie se reflejaba la luz de los focos en el techo. Cuatro sillas, dos a cada lado, y un gran espejo a su izquierda, como en las películas. Carla imaginó que detrás de aquel espejo habría gente mirando.

En la sala había dos hombres esperándola. Ambos eran altos y fornidos, aunque de aspecto muy diferente entre ellos. Uno era moreno, de ojos negros y un rostro de facciones angulares, atractivo aunque algo hosco. Vestía un elegante traje gris y corbata del mismo color. Se presentó a sí mismo como teniente de la Brigada contra el Crimen Organizado Juan Pablo Guerrero.

—Él es mi colega Dan Sanders —dijo Guerrero señalando al otro hombre—. Pertenece al servicio de seguridad exterior británico. Siéntese por favor.

Carla se acomodó en la silla frente a ellos. El otro era muy rubio, tenía los ojos de un azul claro y la piel pálida; la cara redonda, de mejillas enrojecidas, aunque Carla vio algo en su mirada que ahuyentaba cualquier apariencia amable. A diferencia de su compañero, no llevaba traje. Vestía una chaqueta negra de piel, camisa azul y unos pantalones vaqueros. No ocultaba la cartuchera con la pistola bajo el sobaco. Tenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. A Carla no le gustó nada la forma en que la miraba.

—El señor Sanders —dijo el del traje elegante— colabora con nosotros en una investigación. Los dos estamos aquí porque usted ha mencionado en su declaración a Irena Aksyonov y queremos hacerle algunas preguntas al respecto.

El policía hablaba con voz pausada y firme, grave y armónica, como si fuera un locutor de radio. A Carla le gustó aquella voz. Era la clase de voz que infundía calma en el caos.

—El motivo de que la mención de Irena Aksyonov en su declaración haya atraído nuestra atención se debe a que la familia Aksyonov está siendo investigada por el

SOCA, el Servicio Británico contra el Crimen Organizado, en colaboración con la Policía Nacional española.

Mientras hablaba gesticulaba con las manos; parecía un político. El otro hombre seguía con las manos metidas en los bolsillos mirándola fijamente.

—No le ocultaré que el padre de Irena, Serguei Aksyonov, está presuntamente involucrado en negocios turbios —prosiguió el teniente Guerrero, negando con la cabeza y mostrándole a Carla la palma de la mano izquierda—. Negocios que tienen que ver con el crimen organizado de origen ruso. Ese es el motivo de que mi colega y yo estemos aquí —señaló a su compañero, a sí mismo y al aire, como si señalara diferentes puntos en un mapa imaginario que tenía delante. Miró a Carla a los ojos—: queremos escuchar de nuevo su historia, señorita Barceló. Desde el principio.

La alentó con una sonrisa. Entrelazó los dedos de las manos, inclinándose hacia delante con los codos sobre la mesa.

Carla exhaló una bocanada de aire. Volver a contarlo todo, otra vez. Se armó de paciencia. Se mordió los labios, respiró hondo y comenzó a relatar una vez más todo lo que había ocurrido, desde la trampa a su hermano hasta cómo habían acabado en aquella casa donde habían encontrado a Alicia. Carla les habló del funcionario de la Oficina de Protección del Menor, Héctor Rojas, y de cómo este le había pedido ayuda para encontrar a un peligroso acosador de internet. Tuvo que detenerse para explicar que ella era informática y que había programado un software específico, un robot de búsqueda («como el de Google») para identificar adolescentes en las redes sociales que cumplieren con el perfil de las víctimas del acosador.

El policía del traje elegante, el teniente Guerrero, la interrumpió en varias ocasiones para hacerle preguntas aclaratorias. El policía inglés no habló, se limitó a mirarla fijamente con aquellos ojos azules y fríos y cara de pocos amigos.

Carla relató todo lo sucedido evitando mencionar su visita a Carlos Castellanos, el ejecutivo de MyLife. La policía no le había hecho ninguna pregunta sobre aquello, así que imaginó que Castellanos aún no había denunciado nada. No iba a ser ella quien sacase el tema.

Cuando finalizó el relato, Carla miró a los policías, expectante. Estaba muy cansada, le dolía la espalda y tenía una aguja clavada en la base del cráneo.

—He estudiado atentamente el informe que han redactado mis compañeros —dijo el teniente Guerrero—. Ha realizado usted un excelente resumen. Le agradezco su esfuerzo. —Sus labios esbozaron una sonrisa aprobatoria—. Una unidad de la Guardia Civil está investigando ahora si el hombre que secuestró a Alicia Roca, Francisco Luna, está involucrado en otros casos de abuso o secuestro de menores. Al parecer, su hija, la mujer que le disparó, asegura que su padre había abusado anteriormente de otras menores.

—¿Y qué le pasará a ella? —preguntó Carla. Pensó en la pobre chica y en el

infierno que tenía que haber sido su vida teniendo por padre a un monstruo degenerado que abusaba de ella.

—No me corresponde a mí decirlo —respondió el teniente Guerrero negando suavemente con la cabeza—. Hasta donde sé, el abogado de oficio ha alegado defensa propia. Tal vez el fiscal no presente cargos cuando escuche su historia.

—Ojalá la dejen libre. Su padre era un monstruo —dijo Carla apretando los dientes y arrugando la nariz.

—Monstruo o no, nadie tiene derecho a tomarse la justicia por su mano. ¿No cree? —El policía le lanzó una mirada inquisitiva.

—Fue un acto de defensa propia —respondió Carla vehemente.

Se dio cuenta de que no sentía ningún remordimiento por la muerte de aquel hombre. Se estremeció al pensar que ella misma hubiese estado dispuesta a matarlo con sus propias manos si hubiese sido necesario. Antes le hubiese dado la razón al policía: ella también era de la opinión de que nadie tenía derecho a tomarse la justicia por su mano. El mundo se convertiría en un lugar horrible. Lo que pensaba ahora era que aquel hombre estaba mejor muerto, que su muerte era lo más justo y lo mejor para todos. Ya no volvería a causar más dolor a nadie, mejor muerto él que sus futuras víctimas. Pensó en Héctor Rojas. Pensó en su hermano, en Irena Aksyonov, en todos los niños que habían muerto y en los padres que se habían quitado la vida sintiéndose responsables de la muerte de sus hijos. Pensó en la hija de aquel monstruo y en el infierno que habría sido su vida. ¿Cómo podía una sola persona dejar tanto dolor tras de sí? ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué obtenía con aquello? Un solo hombre había arruinado tantas vidas... Era irónico lo difícil que resultaba mejorar las vidas de los demás y lo fácil que era destruirlas.

—¿Por qué no dejó usted el asunto en manos de la policía desde el principio? —preguntó el teniente Guerrero negando con la cabeza y apretando los labios.

—Ya le he dicho que la policía no creía la teoría de Héctor Rojas —respondió Carla con brusquedad—. No le escucharon. Si le hubiesen hecho caso desde el principio, a lo mejor ahora estaría vivo. —El resentimiento le vino a la boca como si fuera bilis.

A Carla no se le escapó que el policía inglés, que hasta entonces había permanecido impasible, esbozó una sonrisa desdeñosa justo antes de intervenir por primera vez en la conversación:

—A mis colegas de la policía española no les gusta que nadie les dé ideas que no hayan sido capaces de pensar por sí mismos —dijo con un marcado acento inglés. Su voz era fría y áspera, en contraste con la suavidad de locutor de radio del teniente Guerrero.

—Lamento lo ocurrido con el señor Rojas —dijo Guerrero tras intercambiar una fugaz mirada con su colega—. Hemos recuperado una conversación telefónica de su

móvil, una conversación que tuvo lugar pocas horas antes de su muerte. Alguien, creemos que el mismo Francisco Luna, había secuestrado a su hija y le chantajeó para obligarle a captar a dos jóvenes y venderlas después a la mafia.

—¿Captar? —preguntó Carla sin entender.

—«Captar» —repitió el agente asintiendo con la cabeza—. Así es como se llama al secuestro de chicas en la jerga de los traficantes de mujeres. Lo llaman así porque las redes mafiosas de tráfico humano identifican a jóvenes con problemas en su hogar, chicas faltas de autoestima o víctimas de abusos y malos tratos. Les ofrecen un cebo para atraerlas. Las halagan y las engatusan con trabajos que resultan irresistibles. Modelo, actriz, azafata. Las jóvenes abandonan su hogar y caen en sus redes. A eso lo llaman «captar». Después las hacen adictas a las drogas para controlarlas y tenerlas enganchadas a la prostitución.

—Héctor Rojas era un experto en ese tema —musitó Carla con el estómago encogido.

—Así es. Ese individuo secuestró a su hija y le obligó a captar a dos jóvenes y ponerlas en manos de la mafia. El señor Rojas conocía muy bien el destino que aguardaba a las pobres chicas que eligió.

Carla pensó en lo que habría sufrido el pobre hombre. Un sudor frío le cubrió el cuerpo. No había tenido opción. Había tenido que hacer lo que le pedían para salvar a su hija. ¿Qué padre no hubiese actuado igual? Después no había podido soportar el sentimiento de culpa por entregar a dos chicas a un terrible destino.

—Estamos aquí para hablar de lo que usted cree saber de Irena Aksyonov —intervino el policía inglés con sequedad.

A Carla no le gustaba el tono exigente de aquel hombre; contrastaba con la amabilidad del español. Se puso en guardia.

—Díganos una cosa. ¿Por qué Héctor Rojas relacionó la desaparición de Irena Aksyonov con el acosador de internet que investigaba? —preguntó el teniente Guerrero.

—La frase —respondió Carla con cansancio— «Caiga sobre ti todo lo que nunca hiciste por mí» —repetir aquellas palabras en voz alta le provocó un estremecimiento—. Héctor creía que esa frase era una especie de marca, una señal, un mensaje de ese psicópata. Héctor encontró la misma frase tatuada en el cuerpo de chicos que también fueron víctimas de ese monstruo. Por eso relacionó los sucesos. Ya les he explicado antes todo esto...

—Solo estamos intentando comprender lo que ha pasado —prosiguió Guerrero—. Nos gustaría que ahora nos explicase cómo averiguó lo que sucedió con Irena Aksyonov.

—Supongo que también lo habrán leído en mi declaración —contestó Carla—. Se lo dije todo a sus compañeros.

—No obstante, hay algunos puntos oscuros —dijo el policía—. Nos gustaría volver a escucharlo de sus propios labios.

Carla emitió un sonoro suspiro.

—Fue Max, el compañero de trabajo de Alicia, quien me dio la clave.

—¿Qué quiere decir exactamente? —preguntó el teniente Guerrero.

A Carla no se le escapó la mirada que intercambiaron los dos agentes.

—Mencionó que Irena Aksyonov quería hacer daño a su padre. No sé cómo lo supo, pero la idea de que Irena quisiera ver sufrir a su padre me hizo cambiar la perspectiva —explicó Carla—. Se me ocurrió que a lo mejor la propia Irena Aksyonov había sido cómplice del secuestrador, que no había sido raptada como todos daban por hecho. Y eso me hizo comprender lo que había pasado. Hay que partir de la base de que el secuestro fue un montaje. Las amenazas, los mensajes en el móvil que recibió su padre, el rastro de sangre que encontraron... Tuvo que ser la misma Irena quien se sacó la sangre con una jeringuilla y dejó unas gotas en su habitación y en el jardín. Todo era un truco urdido por ella y por ese individuo. Una especie de broma macabra para su padre. Una broma que acabó saliéndole muy cara a la pobre chica. —Carla cerró los ojos unos segundos—. Puede ser que al principio Irena solo quisiera llamar la atención de su padre y ese individuo la sedujo. Se las apañó para manipularla y meterle la idea de fingir un secuestro. —Los policías escuchaban atentamente, como dos alumnos aplicados. Guerrero tenía las palmas de las manos abiertas sobre la mesa, el inglés ocultaba las manos debajo—. Así que comprendí que, en realidad —prosiguió Carla—, nadie entró en la mansión de los Aksyonov para sacar a Irena a la fuerza. Nadie forzó las cerraduras electrónicas de la casa. Irena las abrió con sus propias huellas dactilares. Se marchó sin ser vista, cruzando el jardín trasero siguiendo una trayectoria estudiada de antemano. Su cómplice debió de descubrir el ángulo muerto en las cámaras de vigilancia y ese fue el punto débil de la seguridad en el que apoyó su plan. Le indicó a Irena por dónde tenía que salir para no ser registrada por las cámaras. Irena atravesó la piscina a nado y, una vez en el otro extremo, alcanzó el muro sin ser vista. Allí pudo haberlo saltado con una simple escala de cuerda. Después cruzó el terraplén que había entre la mansión y la carretera, donde alguien la esperaba.

Carla hizo una pausa para coger aliento. A lo mejor estaba hablando demasiado deprisa. Estaba muy cansada y quería acabar cuanto antes.

—El único modo de alejarse de allí por carretera —prosiguió— es por la autovía que discurre paralela a la costa, a un centenar de metros de la mansión de los Aksyonov. El problema es que en ese tramo hay varias cámaras de control de tráfico. Si un coche se para, la cámara lo registra. Eso hubiese sido muy sospechoso. Para evitar ser grabado, el coche que recogió a Irena tendría que haberla esperado en algún lugar a varios kilómetros de allí. Irena hubiese tenido que caminar esa distancia por el

arcén de la autovía. Una chica caminando sola hubiese llamado la atención de los conductores. Demasiado arriesgado. Así que tenía que recogerla en el punto más próximo a la mansión. El problema era cómo detenerse allí sin ser captado por la cámara. Lo que hizo el secuestrador fue provocar un atasco en ese tramo de la autovía. El atasco no fue casualidad, era necesario para el plan. ¿Lo entienden? En cuanto comprendí eso supe que la persona que había provocado el accidente tenía que ser cómplice del que recogió a Irena. Esa persona aparecía en el sumario judicial. Sus datos nos llevaron hasta Alicia.

—Una deducción realmente... impresionante —dijo el agente británico Dan Sanders.

A Carla no se le escapó cierto tono burlón en su voz. La suficiencia de aquel hombre la irritaba.

—Veamos. Ese hombre, Max... ¿N. N.? —dijo Sanders frunciendo los labios como si aquello le hiciese mucha gracia—, el compañero de trabajo de la chica, ¿qué puede decirnos sobre él?

—Poca cosa, solo sé que eran amigos.

—¿Por qué recurrió usted a él? —preguntó el teniente Guerrero.

—Porque estaba desesperada. Porque la maldita policía no me hacía caso —dijo Carla con rabia—. Porque tenía que encontrar a Alicia como fuese. Porque ese hombre era su amigo y era la única persona dispuesta a ayudarme.

—¿No le había visto nunca antes de que se lo presentase la chica?

—Les he dicho que no. Oigan, ya les he contado todo lo que sé —dijo Carla, impaciente—. Ahora quiero marcharme. Estoy muy cansada. Si necesitan mi ayuda, podemos seguir hablando en cualquier otro momento.

Dan Sanders se inclinó hacia delante. Puso las manos sobre la mesa. Tenía unas manos grandes, con dedos largos y finos.

—Así que estás muy cansada. —Sus labios se curvaron en una sonrisa canina—. Creo que no has entendido el propósito de esta conversación —dijo—. No queremos tu ayuda. Estamos valorando si deberíamos procesarte por intromisión en un asunto de seguridad nacional.

—¿Qué? ¿Está loco? —chilló Carla. La cólera le encogió el estómago. Notó un calor fuerte en el cogote y una presión casi insoportable en la cabeza. Sus ojos buscaron los del teniente Guerrero, que desvió la mirada.

—Todo lo relacionado con el caso de Irena Aksyonov ha sido clasificado como alto secreto —explicó Guerrero sin mirarla a la cara. Tenía una expresión rígida—. Conciérne a un asunto en el que tienen mucho interés nuestros colegas del Reino Unido. No se preocupe, mi informe va a ser negativo en ese sentido. —La miró a los ojos—. No voy a recomendar que sea detenida o aislada. Pero no toleraremos una nueva intromisión.

—¿Intromisión? ¿De qué rayos están hablando? ¡Váyanse a la mierda!

Carla se puso en pie, tenía la boca abierta y el ceño fruncido, podía sentir la presión dentro de sus puños, el dolor de sus propias uñas clavándose en las palmas de las manos.

—Está bien. Puede irse. La acompañaré a la salida —dijo el teniente Guerrero.

El policía británico permaneció sentado, con la cabeza agachada, una sonrisa a medias y los ojos clavados en sus caderas.

—No se moleste, conozco el camino —dijo Carla. La ira le oprimía el cuello y le abrasaba la raíz de los cabellos.

Agarró el pomo de la puerta. Por un segundo había temido que la puerta estuviese cerrada. La sangre se le acumulaba en las sienes. El pomo giró y salió al pasillo de la comisaría, que cruzó a toda velocidad. Varios policías de uniforme volvieron la cabeza a su paso. Carla tenía ganas de gritar. La energía nerviosa se había acumulado como un gas a punto de estallar.

Cuando por fin puso un pie en la calle, la bofetada de viento frío en el rostro fue un alivio. Las calles estaban desiertas a aquellas horas de la madrugada. Se puso a caminar buscando un taxi. Temblaba de frío. La nieve se arremolinaba en el cielo como una nebulosa en movimiento. No solo estaba siendo uno de los inviernos más duros que se recordaba, también había sido uno de los días más duros de su vida.

Después de unos veinte minutos de deambular por calles que no conocía se dio cuenta de que tendría que pararse en algún sitio y llamar al taxi para que la recogiese. En Madrid, de noche, todos los taxis se concentraban en el centro, en la zona de bares. En aquel barrio difícilmente iba a tropezarse con ninguno.

Buscó una placa con el nombre de la calle para averiguar dónde estaba, lo que le costó caminar otros diez minutos. Las malditas placas nunca estaban donde hacían falta. Llamó al número de Teletaxi. Después se refugió en un portal a esperar, abrazándose a sí misma con fuerza. Los dientes le castañeteaban por el frío. Su mente hervía en un remolino de pensamientos y sentimientos. Alivio por haber encontrado a Alicia, por que el maldito psicópata hubiese desaparecido de su vida para siempre. Tristeza por el estado de su hermano, por su propio futuro incierto.

Diez minutos más tarde apareció el taxi. El cálido interior del vehículo la recibió como el abrazo de una madre. Se dejó caer exhausta y pidió al taxista que la llevase al hospital Ramón y Cajal.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Carla se dio cuenta de que tenía el rostro descompuesto por el llanto.

—Sí..., no se preocupe, estoy bien —respondió con un cansancio infinito.

Algo se aflojó en su interior. Había estado aplazando la decisión. Ni siquiera había pensado en ello. Lo había apartado de su mente: la decisión sobre si debía o no desconectar a su hermano de las máquinas que lo mantenían con vida. Se dio cuenta

de que en los últimos días había estado engañándose a sí misma, mirando para otro lado, dejándose arrastrar por los acontecimientos, pretendiendo que no tenía que tomar aquella decisión. Su mente había bloqueado el problema como si no existiese. Ahora ya no tenía excusa. Los médicos esperaban una respuesta.

Carla hubiera deseado que el tiempo se congelase en el interior de aquel taxi, que nunca llegase a su destino. Pero el taxi avanzaba inexorable por las calles de Madrid, aunque cada vez que se detenía en un semáforo suponía un pequeño alivio para Carla, una especie de tregua. Entonces, inevitablemente, el taxi volvía a ponerse en marcha y el tiempo echaba a andar de nuevo enfrentándola a su destino.

Tenía que tomar una decisión y el corazón se le estaba rompiendo en mil pedazos.

Alicia

—Tu madre está aquí, puedes verla ahora —dijo la psicóloga.

A Alicia le parecía horrible que le hubiesen dado tranquilizantes. Había pasado mucho miedo y todavía estaba muy angustiada. Ahora tenía la impresión de que el miedo estaba adormecido, aguardando en algún rincón oscuro su oportunidad para regresar. Hubiese preferido enfrentarse al miedo en aquel mismo instante para vencer o ser derrotada de una vez por todas. Porque de lo que ahora tenía miedo era de que se le pasasen los efectos de los tranquilizantes.

Jo. ¿Existiría algún fármaco para destruir el miedo? Eso era lo que necesitaba en realidad. Algo que lo borrara de una vez por todas en lugar de enviarlo a algún rincón de su cabeza donde acechaba como un animal inquieto.

Odiaba el efecto de los tranquilizantes. Se había sentido mejor cuando gritaba, cuando podía chillar y patalear. Sin embargo, a la psicóloga que la atendía ese comportamiento no le había parecido adecuado. Le habían pinchado a la fuerza algo que la había sumido en una paz artificial.

Al menos, la idea de que su madre estaba allí la hizo sentir mejor. Alicia se encontraba en un hospital de Madrid. La habían llevado allí en una ambulancia después de que la sacasen de aquel horrible sótano. Le habían quitado su ropa y le habían dado un pijama verde de tela gruesa y áspera cuyo pantalón parecía un saco inflado por el viento. Le reventaban aquellos pijamas de hospital que la hacían parecer más gorda. La ventana de la habitación era estrecha y tenía rejas, como la de un búnker o el respiradero de un sótano. No entendía por qué en un hospital no ponían ventanas enormes para que la gente pudiese disfrutar del paisaje y del sol. Era muy deprimente. Al menos alcanzaba a ver un pedazo del jardín exterior, que estaba cubierto de nieve. Era bonito. En Almería nunca había visto nevar. Le gustaba el efecto que dejaba la nieve en el mundo. Todo parecía más puro cubierto de blanco.

Estaba sentada en una butaca con una manta sobre las piernas. Frente a ella, en una silla, estaba la doctora Gutiérrez, especialista en psicología postraumática o algo parecido, una mujer de unos cincuenta años, con el pelo blanco y ralo y una mirada severa.

Unas horas antes un médico la había explorado para comprobar si había sufrido abusos o violencia. Alicia les había dicho mil veces que no la habían tocado, pero no la creían. Lo peor fue la exploración del desgraciado del médico. Todo muy humillante. El tío le tomó muestras de saliva, la obligó a desnudarse y le tanteó todo el cuerpo, dando golpecitos aquí y allí como si quisiera asegurarse de que no estaba hueca. Lo peor fue cuando se puso a hurgar con algo frío y metálico en el interior de su vagina y luego en el ano. Fue entonces cuando Alicia explotó, cuando ya no pudo

parar de gritar y entonces tuvieron que pincharle los tranquilizantes.

—A veces se produce una negación de la realidad —le explicó la psicóloga—. Es habitual que la víctima de un secuestro que ha sido abusada bloquee sus recuerdos y niegue lo ocurrido.

Las palabras de la psicóloga fluían lentamente, con suavidad, sin altibajos, con el mismo volumen, la misma cadencia, el mismo tono, como una sucesión de hormigas todas iguales avanzando hacia su hormiguero, todas con la misma hojita a cuestas.

—Negar lo ocurrido es un mecanismo psicológico defensivo —prosiguió—. Por eso tenemos que comprobar lo que te hicieron.

Pero, como ya les había dicho ella, el médico forense no encontró signos de violencia en su cuerpo. Podían haberse ahorrado toda aquella humillación. No había bloqueado ningún recuerdo. Aquel hombre no la había tocado, gracias a Dios. Mejor dicho, gracias a Max que le había salvado la vida. Jo, la gratitud que sentía hacia Max era infinita.

El problema era que, con tranquilizantes o sin ellos, cuando cerraba los ojos aparecía la cara de aquel hijo de puta que la había secuestrado. Es que no podía quitarse esa imagen de la mente. Tampoco podía desprenderse del olor a humedad del sótano. Lo sentía cada vez que respiraba. Era de lo más desagradable, como si un pedazo de aquel lugar, el sudor y la humedad se le hubiesen quedado dentro de las fosas nasales.

Alicia sabía que una violación no era lo peor que podría haberle pasado. Lo había visto en los ojos del secuestrador. Nunca había tenido tanto miedo. Aquella mirada no se parecía a nada que hubiese visto. Había algo salvaje, no salvaje como un animal, porque ninguna fiera, por sangrienta que fuese, podría mirar de aquel modo, con tanta inteligencia. Tampoco era una mirada deshumanizada. Cuando Alicia le miró a los ojos pudo ver con claridad al hombre que había detrás, y eso fue lo que más miedo le dio. Aquel hombre no era ningún loco, aunque igualmente estaba dispuesto a hacerle un daño inimaginable. Lo que pasó después, cuando apareció Max, estaba muy confuso en su mente. Recordaba una fuerte estampida, como un petardo, que la dejó sorda. Después todo sucedió como a fogonazos: se acordaba de los brazos fuertes de Max sacándola de allí, la luz del sol metiéndosele en los ojos hasta el cerebro. Un alivio infinito.

Lo siguiente que podía recordar era haberse despertado en aquella habitación de hospital y a la psicóloga soltándole un rollo sobre el proceso de recuperación y todo eso después de una experiencia traumática como la suya.

La psiquiatra le había explicado lo que estaba sintiendo en aquel momento y lo que iba a sentir más tarde. Mientras la doctora hablaba, Alicia no tuvo más remedio que estar de acuerdo.

Había descrito su estado actual como «un estado de alerta mental que no la

dejaría dormir o descansar y que la agotaría física y psíquicamente». Le dijo que experimentaría angustia y ansiedad, sensaciones de dolor persistente en el cuerpo, espalda, fatiga, dolores de cabeza, náuseas. Que no podría evitar revivir imágenes de lo ocurrido, ante las que reaccionaría con ataques de pánico. También podría experimentar hipersensibilidad al sonido, al olor y al tacto.

Mientras escuchaba todo aquello, Alicia no pudo evitar pensar que, en realidad, la doctora no tenía ni idea de cómo se sentía ella y que solo estaba recitando algo que se sabía de memoria. Alicia imaginó que todas las víctimas de un secuestro reaccionarían igual, que la mente humana era predecible, y le pareció muy deprimente que cada persona se considerase a sí misma tan única cuando en realidad todos éramos demasiado parecidos y previsibles.

Por otro lado, la idea de que la psicóloga simplemente estuviese recitando una lección aprendida en vez de intentar entender sus verdaderos sentimientos hizo que Alicia la mirase con desconfianza.

—Más adelante podrías sufrir cambios de temperamento bruscos —explicó la psicóloga—, dificultad para relacionarte con otros, desesperanza, obsesiones, necesidad de aislarte, llanto frecuente y reacciones emocionales exageradas ante cualquier pequeño incidente que no puedas controlar.

Jo, ese estado se parecía mucho a su vida antes del secuestro. Aquello le hizo mucha gracia y se puso a reír como una loca. La psicóloga la miró con el ceño fruncido.

—Alicia, asimilar esta experiencia te va a llevar tiempo —dijo con una sonrisa vehemente—. Es un proceso lento. Hay que elaborar un proceso de duelo del tipo de vida que tuviste antes del secuestro y adaptarte de nuevo a vivir con tus seres queridos. Te sentirás vulnerable, pero poco a poco volverás a retomar las responsabilidades y los retos que la vida te presente. No te aísles, habla con tus amigos y familiares sobre lo ocurrido. Es importante validar y normalizar los sentimientos de miedo e impotencia que puedes estar teniendo. Tu cuerpo necesitará tiempo para procesar el trauma que acaba de experimentar. Eres joven y fuerte, sin duda te recuperarás. En la medida de lo posible conserva tu rutina. Mantente ocupada dándote tiempo para descansar, recuperarte. Realiza actividades que te hagan sentir bien. Si no sabes qué hacer para sentirte bien, recuerda qué te gustaba hacer antes del suceso. Haz ejercicio, permanece en contacto con la naturaleza, ayuda a otros. Camina, corre, siente de nuevo tus pies en la tierra. ¿Has comprendido lo que te he dicho?

Las palabras de la doctora seguían fluyendo, una hormiguita tras otra. Alicia decía a todo que sí, aunque hacía tiempo que había dejado de escuchar. Claro que se sentiría bien: en cuanto su hermano David volviese a casa. Claro que recuperaría su rutina. Claro que tenía un objetivo en la vida para seguir adelante. No necesitaba la

ayuda de ninguna psicóloga de pacotilla. Lo que le había pasado a David no había sido culpa suya. Se lo había explicado todo Carla. Todo había sido culpa del desgraciado que la había secuestrado.

Cerró los ojos y volvió a ver aquella mirada despiadada. Por un instante su mente regresó a la oscuridad del sótano. El silencio pesaba en el ambiente como el agua a treinta metros de profundidad. Imágenes horribles volvieron a sus pensamientos más oscuros. Alicia empezó a hiperventilar.

—Tranquila —dijo la psicóloga. La cogió de la mano—. Te llevará un tiempo superarlo, pero lo conseguirás. Ahora voy a pedirle a tu madre que entre.

La doctora salió de la habitación y regresó al cabo de unos instantes acompañada de la madre de Alicia.

Su madre tenía los ojos enrojecidos y unas ojeras que le llegaban al suelo. Estaba palidísima, la pobre. A Alicia le pareció que su madre estaba más guapa que nunca. Ojalá ella misma se pareciera más a su madre.

—No llores, mi niña, pero ¿qué te han hecho?

Su madre la abrazó con fuerza y solo cuando Alicia sintió que se empapaba la tela del vestido al contacto con sus mejillas se dio cuenta de que estaba llorando.

Veinte minutos después le dieron el alta. Alicia se puso la ropa que le había traído su madre y ambas abandonaron el hospital.

En el exterior todo estaba cubierto de nieve. Era bonito. El ruido del tráfico era como el rumor del mar. El cielo estaba limpio y azul y el aire muy frío. Alicia se puso a temblar. Iba cogida del brazo de su madre y se apretó contra ella.

Atravesaron un pequeño jardín que rodeaba el hospital. Las ramas de los árboles se combaban bajo el peso de la nieve. Todo el mundo se apresuraba de un lado a otro para protegerse del frío.

—¿Has venido en autobús? —preguntó Alicia.

—No. Mario me trajo en su coche. —Su madre señaló al otro lado de la calle, donde aguardaba el Mercedes negro de Mario *el Armario*, estacionado en doble fila.

Alicia vio al hombretón instalado en el asiento del conductor, con un brazo fuera de la ventanilla y un cigarrillo humeante entre los dedos.

Mario *el Armario*. Jo, nunca se iba a librar de él. Sus miradas se cruzaron. El hombre la obsequió con una sonrisa cínica. A la mente de Alicia acudió la desaparición de Erica y el recuerdo del joven de la cicatriz que había sido acusado del secuestro. Recordó cómo el tío se había metido en aquel mismo coche cuando salió del supermercado.

Se le ocurrió pensar que a lo mejor Erica también había acabado en algún sótano oscuro.

Pero nadie había ido a rescatar a Erica.

El peso que sentía en su pecho se intensificó. La sangre parecía habersele

convertido en un metal pesado.

—Mamá —dijo en un susurro—. Cuando llegemos a casa tengo que contarte una cosa de tu novio.

Max

Los últimos acontecimientos en la vida de Max habían propiciado que sintiese cada vez con mayor fuerza el empuje invisible de su otro yo, una presencia que había empezado a crecer en algún lugar de su interior como una crisálida que lucha por emerger a la superficie.

Su otro yo.

Así era como veía en su fuero interno al hombre que se había enfrentado a los atracadores en el supermercado, al hombre que le había dado una paliza al secuestrador de Alicia: su otro yo.

Su psiquiatra solía repetirle que, a pesar de su amnesia absoluta, no olvidaría cosas como montar en bicicleta o conducir un coche, que la memoria de su cuerpo recordaría todo lo que se hubiese convertido en una costumbre para él.

Max pensó con un estremecimiento que en esa otra vida que no recordaba quizá la violencia y la intimidación se habían convertido en un hábito para él.

Pasaba la noche en un hotel próximo a los juzgados de plaza Castilla, en Madrid. Había tenido que permanecer varias horas en las dependencias de los juzgados, siendo interrogado por la policía. Le habían hecho toda clase de preguntas sobre lo sucedido con Alicia, preguntas a las que Max contestó lo mejor que supo, aunque era evidente que ninguna de sus respuestas satisfacía a sus interrogadores. Finalmente le dejaron ir con una citación para declarar ante el juez al día siguiente.

Max se dejó caer pesadamente en la cama de la habitación del hotel. El ruido del tráfico que llegaba desde la calle era un rumor continuo, como el batir del mar. Los sonidos que emergían de aquella ciudad le resultaban extraños, perturbadores. Se sacó los zapatos y se cubrió con la manta, sin molestarse siquiera en quitarse la ropa. Cerró los ojos y se frotó las sienes. Le latía con fuerza el corazón.

Antes de apagar la luz, Max sacó lápiz y papel de la mesita que tenía a la derecha de la cama y los depositó a la distancia exacta para cogerlos sin tener que mirar, sin necesidad de luz. Debajo del papel y el lápiz, en el cajón de la mesita, guardó todos los objetos que traía de su pasado: el pedazo de fotografía, la calderilla, dos billetes y aquel teléfono inservible.

Más de una noche se había despertado de un sueño que le traía algo de su pasado. Todo se derrumbaba un segundo después de abrir los ojos.

Algunas mañanas, sin recordar haberse despertado en toda la noche, encontraba en el papel garabatos nerviosos e indescifrables a los que no encontraba sentido alguno.

Últimamente, Max tenía la impresión de que todos sus sueños tenían protagonistas femeninos. Despertaba sin certezas, sin imágenes, sin nombres, con una

sensación extraña y absurda de felicidad. Una avalancha de emociones apenas evocadas le inundaba cada noche. Max se deslizaba entre esos recuerdos como si fueran sábanas de seda que se oscurecían y le transportaban al sueño, en el que esperaba encontrar algo más. En sueños evocaba el sexo puro y duro, con amor y sin amor, recordaba la electricidad del cuerpo a cuerpo con mujeres cuyas facciones eran inaccesibles, recordaba atardeceres románticos, desilusiones de amor adolescente no correspondido, el primer beso, la primera despedida y el primer reencuentro, todo con mujeres cuyas facciones nunca podía apreciar, como si no tuviesen rostro.

Esta iba a ser una noche diferente porque Max no pensaba tanto en esas sensaciones huidizas; pensaba en que pensaba en ellas, en que podrían traerle algo. Max pensaba en Max pensando en Max, hasta que finalmente cayó en un inquieto duermevela. Los sueños no tardaron en llegar, los sueños destinados a ser olvidados con el retorno de la consciencia.

Se despertó con el corazón desbocado. Tenía dolores fantasmales en partes de él que conformaban su pasado. Respiraba agitadamente y tenía el pecho cubierto de sudor, las venas de los brazos marcadas y el pelo húmedo pegado a la frente. Tembló en la oscuridad.

«La historia la escriben los ganadores».

Las palabras del sueño aún flotaban en su mente como espectros danzantes. Por un instante creyó comprender el significado que tenían para él. Intentó encender la lámpara de la mesita; en lugar de eso la acabó golpeando y tirando al suelo. Saltó de la cama y encendió la luz. Veía el rostro de una mujer de ojos tristes a punto de besarle. Su escuálida figura se desvanecía sin dejar nada, ni un recuerdo; desaparecieron sus manos, y Max, inmediatamente, no podía recordarlas.

El papel estaba en el suelo, el lápiz seguía en la mesita mientras los brazos y las piernas de aquella mujer iban siendo devorados por la oscuridad y el olvido.

Max saltó por encima de la cama cuando ya solo quedaba la cara. Sabía que si lograba escribir algo, lo que quedara de ella permanecería.

Acabó tumbado en el suelo, junto a la cama, con el lápiz sujetado con fuerza en la mano derecha y la mano izquierda ya tocando el papel, cerró los ojos para que aquella mujer (¿era una mujer?) no se desvaneciera completamente.

La sensación de fracaso le abrumaba. Sin saber cómo había llegado allí, tirado en el suelo de una habitación que le resultaba extraña, sin saber si aquello había sido sueño o realidad, sin recordar siquiera que había visto a una bella mujer, morena, triste, que le ofrecía sus labios carnosos.

Abrió los ojos despacio.

En la mano derecha tenía el lápiz, partido en tres pedazos, en la izquierda tenía una pelota de papel.

Dejó ambas cosas en la mesita y llenó un vaso de agua en el cuarto de baño.

Regresó a la cama y volvió a sumergirse en un sueño inquieto poblado de rostros fantasmales que hablaban un lenguaje sin sentido y deambulaban por un mundo sin color y sin formas definidas.

Cuando por fin despertó, al amanecer, sintió una punzada de dolor en la sien. Esos dolores eran frecuentes, no en balde una bala le había atravesado el cerebro, y ni siquiera sabía a ciencia cierta el número de cirugías a las que le habían sometido en el comienzo de su segunda vida. Tenía todo tipo de medicinas para mitigar el dolor, pero quería sufrir aquellos dolores, no por hallarse sometido a un extraño masoquismo, sino porque intuía que aquellos dolores también eran parte de su escurridizo pasado.

La habitación estaba a oscuras, aunque a través de los resquicios de las cortinas se filtraba una luz tenue.

En la mesita estaba el lápiz.

Roto en tres pedazos.

Una pelota de papel.

Max la cogió y fue desdoblado cada uno de sus asimétricos pliegues con infinito cuidado, como si estuviera operando a un bebé a corazón abierto.

De entre aquel diminuto universo de cuadritos multidimensionales surgieron trazos que se agrupaban e iban formando una letra tras otra, hasta que una frase escrita a latigazos abrió la primera puerta hacia su pasado.

A pesar de que no era una letra precisamente pulcra, la frase se dejaba leer con inusitada claridad.

QUEDAN SUS OJOS NEGROS Y TRISTES

La ternura con la que Max miraba aquellos garabatos se convirtió en horror. Una vieja melodía de violín comenzó a sonar en su cabeza. Vio los ojos de la mujer de la fotografía mirarle con amor incondicional, aunque alrededor de ellos había océanos de sangre.

Lo curioso fue que, por primera vez desde que tenía aquel sueño, no le extrañó la presencia de la sangre.

* * *

Después de darse una ducha, Max bajó al hall del hotel. Varias personas con maletas aguardaban en la recepción. Max se puso a la cola para pagar su habitación. Mientras esperaba, hizo una llamada al hospital donde se encontraba Alicia. Alguien le informó que la joven había sido dada de alta. Probó a llamarla a su móvil, pero estaba desconectado. Por último llamó al teléfono de su madre.

—¿Qué quieres? —espetó la mujer cuando dijo quién era. Por el tono de su voz,

era evidente que estaba incómoda por algo.

—Siento molestarla tan temprano, quería saber cómo se encuentra Alicia. Me han dicho que le han dado el alta esta misma mañana.

—Mi hija está perfectamente.

—No sabe cuánto me alegro.

—Oye, no sé qué tienes tú que ver con lo que le ha pasado a mi hija, pero no quiero que la veas más. Ella es menor de edad.

—Alicia y yo somos amigos —dijo Max.

—Mira, ¿cómo que amigos? Mi hija tiene que tener amigos de su edad, no que a su lado ronde un tío como tú.

Max se dio cuenta de que la madre de Alicia podía estar pensando que él tenía una relación de índole sexual con su hija, algo que nunca se le había pasado por la cabeza. No entendía por qué todos se empeñaban en ver en él algo que no era.

—No te vuelvas a acercar a ella o se lo diré a mi novio —dijo la mujer con tono amenazante.

—¿Su novio? —preguntó, tenso.

—No creas que soy una mujer sola. Mi novio es un hombre como Dios manda. Te pondrá en tu sitio si te acercas a mi hija.

Max podía entender la preocupación de una madre por su hija y también que sus amenazas solo eran fruto de esa preocupación. Pero, una vez más, no entendía qué es lo que veían de malo en él.

«Fui yo el que se enfrentó al hombre que secuestró a su hija».

Max entreabrió la boca para decirle a la madre de Alicia aquellas palabras.

—Fui yo el que...

Decidió no terminar la frase. Había demasiadas cosas que no entendía. Quizás aquella mujer tenía razón y era mejor que se mantuviese alejado de Alicia.

—Lo siento —dijo—. No quiero causarle problemas. Solo quería saber que Alicia estaba bien después de lo ocurrido. No volveré a molestarla.

La llamada se cortó. Max se guardó el teléfono en el bolsillo. Por un motivo u otro, todos le rechazaban. No encontraba su lugar en el mundo; tampoco entendía qué lo separaba de los demás. ¿Era por la falta de recuerdos? A lo mejor era tan idiota como todos le creían y él mismo no se daba cuenta. Se dijo que en todo aquel tiempo desde que despertó del coma, por más que se había esforzado, no había aprendido nada del mundo. Seguía sin entender las motivaciones de los que le rodeaban. Podía leer sus emociones, las intenciones que no podían esconder en sus gestos y en su lenguaje corporal, aunque era como entender palabras sueltas de un idioma desconocido. Podía reconocer el miedo, la mentira, el deseo, el odio. Y, sin embargo, no podía entender lo que les llevaba a mentir ni cuál era el origen de esos miedos y deseos. El origen del odio. Podía reconocer la infelicidad en sus rostros, pero era

incapaz de entender por qué eran infelices. Podía leer la insatisfacción, mas no sabía qué necesitaban para sentirse satisfechos.

¿Qué era más importante? ¿Entender a los demás o entenderse a sí mismo? Hasta el momento había fracasado en ambos propósitos.

Se dijo que no iba a darse por vencido. Todavía había una posibilidad de descubrir quién era él en realidad.

Carla

Todo ocurrió en tres minutos y medio de silencio, doscientos diez segundos sin palabras.

Era la una de la madrugada cuando Carla se presentó en el hospital en el que se encontraba su hermano Isaac, y lo hizo sin previo aviso, sin saber nada sobre su estado desde hacía dos días.

No había vuelto a saber nada desde que salió de allí, poco después de que el doctor le dijese que debía empezar a plantearse desconectarlo de las máquinas que lo mantenían con vida.

Desde entonces, nueve mensajes de voz se habían ido acumulando en el buzón de su teléfono, mensajes con el número del hospital que no había sido capaz de escuchar y que sin duda contenían novedades importantes sobre el estado de Isaac.

«Responderé más tarde, cuando haya descansado y haya podido poner en orden mis ideas», era la excusa que se ponía a sí misma para no admitir el terror que le producían aquellos mensajes, aquel puñado de bits odiosamente dispuestos.

Franqueó la puerta giratoria del hospital y se encontró a un guardia de seguridad con una cara de sueño que causaba compasión.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Justo después de aquel buenas noches comenzaron a correr los doscientos diez segundos sin palabras más intensos de toda la vida de Carla Barceló.

0, 1, 2...

Llamó al ascensor y esperó.

La puerta se abrió con un sonido fricativo seguido de un golpe ahogado que reverberó en el silencio del pasillo.

Entró en el ascensor.

37...

Pulsó el botón de la sexta planta donde se encontraba su hermano. Se cerró la puerta y comenzó el zumbido del ascenso, el leve aumento en la sensación del peso propio.

Carla pensó que llevaba más de veinticuatro horas sin lavarse los dientes y se repasó la lengua por las encías sin abrir la boca.

70, 71...

En la puerta metálica del ascensor su reflejo se difuminaba horizontalmente, de manera que la mueca que hizo con la boca se extendió desde un extremo de la puerta al otro.

Ya habían pasado cien de los doscientos diez segundos cuando el ascensor se

detuvo y la puerta se abrió.

Sin cruzarse con un alma, Carla accedió al área de cuidados intensivos, marcando los segundos sin palabras con el sonido de sus pasos que sorteaban las macetas de plástico, los televisores que colgaban de las salas de espera; pasos que atravesaban las páginas de las revistas viejas, las revistas médicas, las revistas de caza que nadie leía y se erosionaban a golpes de impaciencia de familiares de moribundos. Personas todas que compartían la angustia del cambio inesperado, de las historias a medias de sus hijos, de sus padres, de sus hermanos.

Revistas y ceniceros martilleados por malas noticias y desesperanzas.

Ya habían transcurrido ciento cincuenta segundos cuando abrió la puerta de la habitación de su hermano Isaac y comprobó con horror que no había nadie dentro.

Faltaban aún sesenta segundos, tal vez los más intensos, para que una nueva palabra rompiera aquel silencio.

Durante los primeros cincuenta y nueve, Carla comprendió que aquellos nueve mensajes de voz en su teléfono sin duda traían malas noticias, que su hermano Isaac habría muerto. Durante aquellos cincuenta y nueve segundos Carla tuvo tiempo de imaginar dos grandes dados que ruedan sobre el mundo y deciden la suerte de los seres humanos de la manera más caprichosa e injusta imaginable. Dos grandes dados que deciden quién vive y quién muere, quién se queda en coma y quién se despierta, a quién violan o ultrajan o torturan, qué niños nacen y qué niños no, quién tiene una mansión y quién vive en una chabola, quién vive enamorado y quién malgasta su vida en la soledad.

Fueron cincuenta y nueve segundos que dieron para recordar su infancia junto a su hermano (aquellos dos niños que compartían secretos divertidísimos en el dormitorio), la pérdida de sus padres, la pérdida de Aarón, una vida sin guía ni Dios ni poder superior, solo dos dados que ruedan y ruedan.

Carla escuchó entonces un sonido seco a sus espaldas, se volvió y vio a su hermano Isaac al fondo del pasillo, sonriéndole desde una silla de ruedas.

Sus ojos brillaban como cuando era un niño.

Entonces comenzaron a irrumpir, de nuevo, las palabras.

Eva Luna

Era el mismo cielo de siempre, el mismo sol, el mismo aire. La misma nieve blanca que cubría las aceras, que cubría los coches aparcados y los arbustos. El mismo ritmo de transeúntes, pies que dibujaban patrones sobre la nieve como caminitos de hormigas.

Pero algo había cambiado. Todo tenía un aspecto fresco, renovado. Eva nunca se había fijado en lo hermosas que eran las calles cuando estaban cubiertas de deslumbrante nieve. Nunca se había fijado en los destellos que el sol arrancaba en la nieve que se funde en las hojas de los árboles. Era irónico y trágico pensar que la nieve despliega su máxima belleza en el momento exacto de su muerte, cuando se transforma en agua. Tal vez la muerte no fuese muerte, solo transformación de una cosa en otra.

¿Cuántas otras cosas como aquella habría visto sin ver?, ¿las habría visto la otra mitad de Eva Luna, su mejor mitad?

A veces creía ser Eva en su totalidad; en momentos fugaces, parecía incluso que la otra mitad tomaba el control. Entonces la peor mitad de Eva Luna se dejaba controlar, satisfecha, complacida. Siempre llegaba una palabra, un gesto, un reflejo de su cara en un cristal que le mostraban a la Eva incompleta, a ella, a su peor mitad.

Vio a su padre gritándole. Vio a su padre morir delante de ella con un agujero de bala en el cuello, un agujero perfecto, limpio, sin sangre, y en sus ojos el reflejo de su hija.

Respiró hondo y apartó aquella imagen de su mente. El aire tenía un sabor dulce. Hacía mucho frío, pero incluso el frío era agradable. Se encontraba a las puertas de los juzgados de plaza Castilla, en Madrid, y era libre.

«Libre».

Así lo había dictaminado el juez. ¿Y qué más le daba a ella lo que dijese aquel hombrecillo vestido con toga? Aunque la hubiesen condenado por la muerte de su padre se habría seguido sintiendo libre. Se había sentido libre incluso encerrada en los calabozos del juzgado. Era una clase de libertad que no podía dictaminarse con leyes o sentencias.

«Libre».

Ya nadie elegiría por Eva Luna. La vida era como una de las páginas amarillentas que escondía en la buhardilla. Una página que estaba totalmente vacía, una página que ella tenía que escribir.

Comenzó a reírse sola mientras levantaba nieve del asfalto y la dejaba colarse, resbaladiza, entre sus dedos.

Eva volvía a estar completa, a pesar de algunos gestos, de algunas palabras; a

pesar de sus imperfecciones, a Eva no le faltaba nada.

Volvió a dar otro paso, su pie volvió a hundirse en la nieve.

No, no iba a volver a la casa donde había vivido con su padre. No quería volver a pisar el mismo suelo que había pisado él. No quería volver a dormir bajo aquel techo. Tampoco regresaría jamás al bar en el que había trabajado desde que tenía dieciséis años.

Incluso el jardín de su casa, su único amigo, no le causaba ya otra cosa que una profunda indiferencia. El jardín había sido testigo mudo de su miseria. En cada uno de aquellos tallos se escondía una historia despreciable, un recuerdo del horror. Un puñado de flores y plantas no le iban a arrebatarse la libertad.

Estaba sola y era libre. Saldría adelante.

Imaginó que acabaría viviendo en un pequeño piso en Madrid o en cualquier otro lugar. El sol se colaría por las mañanas a través de unos amplios ventanales. Tendría un balcón que llenaría de macetas con flores y dejaría el espacio justo para colocar una gran silla negra de hierro forjado donde se sentaría a leer al atardecer con una taza de té. Y en las noches cálidas de verano se quedaría allí hasta justo antes de irse a la cama con un libro entre las manos, saboreando el aire fresco y perfumado de la noche.

Se compraría un vestido bonito y saldría a pasear. Compraría pan caliente en la tienda de la esquina y charlaría despreocupadamente con el panadero. Una señora alabaría su buen gusto al vestir. Escribiría cuentos infantiles. Cada día sería maravilloso y cada día encontraría un motivo para sonreír.

Eva sonreiría a todos a su paso. Siempre tendría una sonrisa guardada para cada persona. Todos la admirarían por su sentido del humor, capaz de provocar risas en los demás siempre que quisiera. Y siempre querría.

Lo mejor era que nada de aquello era un sueño. Iba a ser real. Se quedó sin aliento al pensarlo. La emoción la dejó sin respiración. La Eva Luna completa de su imaginación y la Eva Luna del mundo real se habían encontrado, tal vez para siempre. Juntas en una sola persona.

Dio un nuevo paso adelante, su bota se hundió en la nieve sucia y endurecida por las pisadas y entonces se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué iba a hacer a continuación. Necesitaba un trabajo. Necesitaba un lugar donde vivir hasta que pudiera pagarse su propio piso.

Mientras conseguía un trabajo no tenía más remedio que volver a la casa de su padre. Frunció el ceño y arrugó la nariz. La idea enturbió sus pensamientos. ¿Qué podía hacer ella para ganarse la vida? No tenía estudios, ni sabía hacer nada salvo fregar suelos y servir cervezas. Tenía el gesto ceñudo y la mirada huidiza. Le costaba plegar los labios en una sonrisa. Esas ideas se cruzaron en sus pensamientos como pájaros asustados.

La Eva Luna de sus sueños comenzó a alejarse.

¡No!

No lo permitiría. Un grupo de personas cruzó las puertas de los juzgados y pasó a su lado. Eva se fijó en una mujer vestida con un elegante traje de sastre. Llevaba un maletín de piel en la mano. Tenía el pelo rubio y suave, unas piernas largas y bonitas cubiertas por unas medias oscuras. Zapatos altísimos. Charlaba con soltura con un hombre alto y muy guapo, vestido con un impecable traje gris.

Eva se dio cuenta de que nunca podría ser como aquella mujer. Nunca tendría un trabajo en el que la respetasen, ni lograría jamás aquella seguridad y desenvoltura. Aquellas personas estaban al alcance de su mano, aunque sus vidas estaban separadas por un abismo.

Se alejó unos pasos de la puerta y volvió a sentirse perdida.

El futuro a medio plazo, el futuro de dentro de unos meses estaba muy bien, mas ¿qué hacer con el futuro inmediato?, ¿adónde ir *ahora*?

Eva se dio cuenta de que por no saber no sabía ni hacia qué dirección dar el siguiente paso.

Las piernas le flaquearon. Se dejó caer en las escalinatas de los juzgados. Recogió las piernas y se quedó abrazada a sus pantorrillas, la barbilla descansando sobre las rodillas. No podía quedarse allí indefinidamente, aunque prefería pasar la noche a la intemperie, convertirse en una indigente y dormir en las calles antes que regresar a la casa donde había vivido con su padre.

Algo frío la traspasó de la cabeza a los pies. Todo eran sueños y nada más que sueños. ¿En qué se basaba para creer que alcanzaría la vida que soñaba? No tenía habilidades ni atractivo. Nadie perdería un segundo con ella. Estaba rota en dos. Jamás sería como el resto de mujeres. Sintió una punzada de miedo de sí misma y de lo que le aguardaba en el futuro.

Soledad.

Se sintió como una mancha, como un borrón patético, sentada sobre aquellos escalones helados.

Hundió la cara entre las manos. No iba a llorar. Las lágrimas eran cosa del pasado, de su otra mitad. Lo suyo eran las sonrisas, el aroma de las flores, el sol del amanecer derramándose por las mañanas en el alféizar como oro líquido. Estaba temblando.

—¿Estás bien? —le preguntó alguien.

Eva levantó la cabeza con un sobresalto. Frente a ella estaba aquel hombre.

El hombre más hermoso que había visto nunca. El hombre cuya mirada no conocía el miedo.

Sabía que se llamaba Max. Había escuchado su nombre cuando el juez lo llamó a declarar, aunque nunca se referían a él por sus apellidos, sino por unas extrañas

iniciales, N. N.

Max era muy alto y tenía unas espaldas anchas y brazos fuertes. Su pose era firme, como si no temiese a nada, como si nada ni nadie pudiese interponerse en su camino. Tenía una voz templada, una voz que no denotaba temor alguno.

—¿Estás bien? —repitió, inclinándose sobre ella.

—Sí... sí. Solo estaba... solo estaba pensando —respondió Eva—. Pensando en el futuro —la voz le tembló como una llama.

Max se dejó caer en un escalón a su lado. Parecía cansado. Vestía una chaqueta de pana gastada, camisa negra y vaqueros. Los músculos de su mentón se perfilaban bajo una suave barba de varios días.

Cruzaron una mirada durante un instante. Sus ojos eran azules y profundos.

—¿Y qué aspecto tiene ese futuro en el que piensas? —preguntó Max.

Eva tuvo la impresión de que aquel hombre la miraba como si tratase de leer algún significado oculto en su interior.

—Pensar en el futuro se parece mucho a imaginar fantasías —respondió Eva tras meditar un instante—. Todo es irreal. —Eva pensó que aquel hombre la iba a tomar por una tonta o por una loca por haber dicho aquello. Max frunció los labios en una sonrisa. Su mirada se perdió en la superficie blanca que cubría la acera—. Es difícil imaginar cómo será tu futuro cuando has roto tus lazos con el pasado —continuó, queriendo justificarse. Sintió que enrojecía hasta la raíz del cabello.

—Te entiendo —dijo Max—. Supongo que la vida de cada uno de nosotros se apoya en el pasado. Por eso es tan difícil dejarlo atrás. Cuando olvidamos nos convertimos en algo parecido a sombras a la deriva. Es difícil encontrar nuestro lugar en el mundo. —Sus miradas volvieron a cruzarse. Eva sintió algo parecido a una pequeña descarga eléctrica, como cuando tocas una pila con la lengua—. Mi psiquiatra diría que romper los lazos con el pasado nos hace libres —prosiguió Max—. Es fácil decirlo cuando no tienes ningún pasado con el que romper. Es duro afrontar la libertad de una página en blanco.

Eva tuvo la impresión de que aquel hombre realmente podía leer en su interior. Era como si la hubiese conocido desde siempre.

—Durante muchos años imaginé que era otra persona —dijo Eva perdiendo el miedo—. Mi vida estaba dividida en dos. Y la mejor parte de mí estaba muy lejos. He anhelado reencontrarme con esa parte. Hasta ahora mi padre me lo impedía, y ahora que mi padre no está tengo miedo de no estar a la altura... —Se sorprendió a sí misma de la facilidad con la que fluyeron sus palabras—. Tengo miedo de no ser realmente la persona que siempre creí ser. Es como si... hubiese utilizado lo que mi padre me hizo como excusa para ser quien soy. Para ser una persona miserable —se avergonzó.

—¿Miserable? —exclamó Max, levantando las cejas sorprendido—. Tú no eres

una persona miserable. Miserables son quienes abusan de los que son más débiles que ellos, los que se burlan de las desgracias ajenas, los que ríen cuando otros lloran. Miserables son los que jamás comparten una alegría, los que guardan dinero y poder para sí mismos, los que humillan y se aprovechan de las necesidades de los demás para imponer su poder. Miserables son los que nunca han dado algo a cambio de nada, los que jamás han ayudado a alguien ni han amado ni han sentido simpatía por algo que no sean ellos mismos. El mundo está repleto de miserables y tú no eres uno de ellos.

Max la miró a los ojos. Estiró una mano y le acarició la mejilla. Fue un roce leve con la yema de los dedos. Eva sintió que se estremecía hasta la última célula de su cuerpo.

Primero fue una ráfaga cálida de cercanía, piel, fuerza, protección, calor, refugio, respiración, aire, electricidad, confianza...

Pero a esa ráfaga le sucedieron todos los abusos que había sufrido de su padre, encadenados y dolorosos, comprimidos en un solo instante, como un fogonazo inyectado en su mente.

El tacto de sus manos.

Max se puso en pie. La miró con aquellos ojos azules y profundos. La miraba como si quisiera decir algo más. Tal vez una despedida. «No dejes que se vaya».

Eva buscó la fuerza en su interior. Buscó a la Eva Luna de sonrisa abierta, la que era capaz de hacer sonreír a los demás cuando quería. Y siempre quería. Buscó a la Eva Luna de pelo rubio y sedoso, a la Eva Luna de mirada arrobadora. Estaba allí, en su interior, podía sentirla. No era un sueño.

«Eva Luna tiene los ojos verdes y una bonita sonrisa —se dijo a sí misma—. Sabe cómo despertar una sonrisa en los demás cuando quiere. Y siempre quiere». «No dejes que se vaya».

Comprendió que los ojos de Max no contenían una despedida. Aquellos ojos eran cristalinos, transparentes, querían impregnarse de cada detalle de Eva Luna.

En los ojos de Max vio todo lo que aquel hombre estaba dispuesto a hacer por ella.

Todo lo que aquel hombre haría por ella.

Max la tomó por los hombros protegiéndola del frío pero dejando pasar los rayos de sol, protegiéndola del mundo, no de su belleza. «No dejes que se vaya».

Carla

Carla viajó, una vez más, hasta Almería.

Cuando se aproximaba a la ciudad conduciendo por la carretera de la costa se llevó una gran sorpresa. Tras salir de un túnel se dio de bruces con lo que ahora le pareció una ciudad de ensueño, con casas y edificios que parecían cubos de azúcar a los pies de una antigua alcazaba árabe magníficamente iluminada que se reflejaba sobre el Mediterráneo.

Sobre aquella postal de ensueño se dibujaba un cielo multicolor de tonos anaranjados y ocres.

Era imposible saber qué se reflejaba dónde, si las luces del castillo árabe le cambiaban el tono al mar, o era el cielo el que le daba aquella pátina anaranjada a la cal blanca de las casas, o era el mismo mar el que reflejaba su azul apagado sobre la alcazaba.

Por un instante dudó de haber equivocado la ruta. La primera vez que estuvo en aquella ciudad le pareció sórdida y triste, pero se dio cuenta de que solo había estado haciendo espejo de su propia pesadumbre.

Ahora, en cambio, estaba pletórica de alegría. Había conducido todo el camino desde Madrid con la radio puesta, tarareando las canciones como una adolescente. Todo el paisaje que veía a su paso le parecía precioso, digno de admiración. Se sentía tan ligera..., diríase que feliz.

Y es que su hermano Isaac había salido del coma. Cierto es que su cerebro había sufrido daños, tal vez irreversibles. Tenía dificultades para hablar y estaba paralizado de cintura para abajo. Los médicos, como siempre, eran pesimistas respecto a una recuperación total. Mas lo importante era que Isaac volvía a ser él mismo, optimista y alegre.

Carla se había deshecho en lágrimas cuando supo que a lo mejor nunca podría andar. El mismo Isaac le quitó hierro al asunto: «Cuando podía andar había diez mil cosas que podía hacer y que nunca haría de todos modos, como escalar una montaña, saltar en paracaídas, correr una maratón... Ahora, si me quedo para siempre en esta silla de ruedas, hay nueve mil. Puedo elegir entre quedarme pensando en las mil que perdí o concentrarme en las nueve mil de las que puedo seguir disfrutando. Las cosas no son tan graves».

Lo importante era que Isaac había vuelto y que juntos lucharían otra vez para salir adelante en la vida. Carla se sentía como si hubiese estado bajo tierra durante años y de pronto saliese al aire libre bajo el cielo azul y fuese libre para saltar y correr cuanto quisiera.

Incluso la barriada de las afueras donde vivía Alicia no le pareció tan desangelada

como la primera vez que estuvo allí. Había cierto encanto en aquel paisaje semidesértico de cielos azules y limpios, en la superficie blanca y brillante de los invernaderos que se confundía con el horizonte del mar.

Fue la madre de Alicia quien la recibió en su casa. Carla se fijó en que la madre era una mujer joven, esbelta y bastante guapa. Lo que no podía ocultar, a pesar del abundante maquillaje, eran las ojeras y las arrugas alrededor de los ojos. Llevaba tacones altísimos, y eso que estaba en casa, una falda blanca muy corta y una blusa estampada con un amplio escote. La verdad es que su modo de vestir era un poco vulgar, se dijo Carla, aunque quién era ella para juzgar a los demás.

Carla pasó al interior de la casa y se acomodó en el gastado sofá de tela a cuadros rojos y azules. Alicia se sentó en el extremo opuesto. La madre de la joven trajo una bandeja con café y pastas, la depositó en la mesita y se sentó en una butaca frente a ellas.

Carla observó que Alicia tenía buen aspecto, aunque le rehuía la mirada y permanecía cabizbaja, con el flequillo de pelo negro cubriéndole los ojos. Vestía del mismo modo que cuando la vio por primera vez: pantalones, camiseta negra y chaqueta de lana, también negra, sin abotonar. Alicia tenía un pelo largo, negro y sedoso que contrastaba con la palidez de su rostro. La joven era guapa como su madre, pero era como si hiciera todo lo posible por ocultar su belleza.

—Tengo que darle las gracias por lo que hizo por mi hija —dijo la madre de Alicia.

—No tiene que dárme las. Hice lo que tenía que hacer. Gracias a Dios la encontramos a tiempo.

—Ha sido un susto tremendo. La policía me explicó lo que pasó y es que todavía no me puedo creer que hayan secuestrado a mi hija. ¿Sabe que hace poco también secuestraron a otra muchacha en Almería? Fue hace dos meses. Hasta iba a la misma clase de mi hija, se llamaba Erica. La pobre aún no ha aparecido, no puedo imaginar lo que deben estar pasando sus padres.

—No, no lo sabía —dijo Carla—. No creo que tenga nada que ver con lo que le pasó a Alicia. Supongo que la policía le explicó que el hombre que secuestró a su hija acabó muerto —añadió— y que sus cómplices han sido detenidos.

—Gracias a Dios —dijo la madre de Alicia.

—¿Y tú cómo estás? —le preguntó a Alicia.

—Supongo que bien —respondió la joven con sequedad, con la mirada clavada en el suelo.

Carla frunció los labios en una sonrisa. Quedaron en silencio unos instantes. Carla bebió un sorbo de café. Estaba frío. La madre de Alicia movió el brazo como si quisiera alcanzar la cafetera. Después se quedó quieta. Carla observó una mancha en la tela del sillón que no había sido borrada del todo. En realidad la tela estaba llena de

cercos de antiguas manchas y suciedad. En el aire había un fuerte olor a ambientador.

—¿Sabe que a mi hija la han echado del supermercado donde trabajaba? —dijo la madre de Alicia—. El desgraciado del encargado la despidió cuando no fue ayer a trabajar.

—Pero eso es injusto —dijo Carla mirando a Alicia—. ¿Es que no sabe lo que te pasó?

—A ese gilipollas no le importa nada —dijo Alicia—. Esta mañana me llamó para decirme que no me molestase en volver, que había contratado a una sustituta. De todas formas ese trabajo era una mierda.

—Vigila esa boca —la conminó su madre—. Fíjese, no sé lo que enseñan en el colegio. La verdad, no sé qué futuro le espera a mi hija. Sin trabajo, y ahora dice que tampoco quiere estudiar.

—Estudiar es un asco —dijo Alicia tajante—. ¿De qué sirve? Igual me voy a ir al paro.

—No sabes lo que dices —exclamó su madre, señalándola con el dedo.

—Ya, y tú sí lo sabes.

Alicia miraba a su madre fijamente.

—Eres una idiota. ¿Quieres ser toda tu vida una cajera miserable?

—¿Tú fuiste a la universidad, no? ¿Y de qué te valió? Ahora tienes que trabajar limpiándole el culo a los viejos.

La madre de Alicia le dio una bofetada. Alicia la miró con fuego en los ojos. Se levantó y desapareció escaleras arriba. Su madre rompió a llorar tapándose la cara con las manos.

Carla se había reclinado en su asiento y tenía la boca apretada, como si quisiera evitar que alguna palabra se colase a través de sus labios, no sabía qué hacer ni qué decir. Se dio cuenta de que la relación entre madre e hija no era la mejor del mundo.

—Ay, Dios mío —dijo la madre de Alicia entre sollozos, cubriéndose la boca con el dorso de la mano izquierda—. Pensaré que somos una familia horrible.

—No se preocupe —Carla le cogió la mano—. Alicia acaba de pasar por una experiencia muy dura. Es normal que esté nerviosa.

—No es eso. Ya era así antes. Esta niña solo me da problemas. Ya no sé qué hacer con ella.

—Bueno, seguro que entrará en razón. Si no le importa, subiré a hablar con ella.

La madre de Alicia asintió sin mirarla y Carla se puso en pie. Las escaleras eran estrechas y los escalones de madera crujieron bajo su peso. En el piso de arriba llamó a la puerta con un suave toque de nudillos. No hubo respuesta, así que giró la manilla y empujó la hoja de madera.

Alicia estaba tumbada en la cama con la mirada perdida en el techo. Carla se aproximó, sentándose en la cama a su lado.

—Lo siento mucho —dijo Carla con los labios apretados—. Si hay algo que pueda hacer por ti... De verdad, me gustaría ayudarte. No lo digo por decir.

—¿Crees que me merezco esto? —Alicia se sentó en la cama, rodeando sus rodillas con sus brazos y escondiendo la cabeza entre ellas—. ¿Por qué no puedo ser como las demás chicas del instituto? Ninguna se preocupa de nada. Solo piensan en ellas mismas. Y les va mejor que a mí. Mi hermano tiene una enfermedad grave. Mi padre se largó. Mi madre tiene que trabajar quince horas al día para poder mantenernos. Y para colmo a un loco se le ocurre envenenar a David y secuestrarme. ¿Qué más me puede pasar?

Carla le acarició una mejilla con la mano. Alicia tenía razón, no era justo. Le vinieron a la mente las palabras del padre del muchacho fallecido en el hospital. La vida no era cuestión de justicia o injusticia, sino de aceptar lo que nos viene sin más, dejar a un lado lo malo e intentar ser feliz con lo que queda.

—Pensarás que soy una hija horrible —dijo Alicia—. No quería portarme así delante de ti. Mi madre me pone de los nervios. Lo siento.

—Tu madre solo quiere lo mejor para ti, aunque a veces no te lo parezca.

—A lo mejor hasta tiene razón. Acabaré en cualquier trabajo de mierda, acabaré limpiándole el culo a los viejos como ella.

Carla no sabía qué decir. No era fácil prometer un futuro cuando las cosas estaban tan mal. Paseó la vista a su alrededor. Su mirada recayó sobre la guitarra apoyada junto al escritorio.

—¿Sabes tocar? —preguntó—. Mi hermano intentó enseñarme una vez, pero la música se me da fatal.

—Claro, ojalá pudiese ganarme la vida cantando —respondió Alicia—. Con eso sí que sería feliz, aunque parece que tampoco le gusta a nadie cómo canto.

—Bueno, eso no lo sabes.

—Claro que lo sé. He subido montones de canciones a YouTube y la única persona que ha visto esos vídeos he sido yo.

—Eso no quiere decir nada. En YouTube todos los días llegan millones de vídeos nuevos. ¿Crees que alguien te va a encontrar a ti?

—¿Qué quieres decir?

—Que no basta con subir un vídeo. Tienes que preocuparte de la promoción. Mira, he estado trabajando muchos años en marketing en internet. ¿Tienes un blog? ¿Una campaña de AdWords en Google? ¿Has definido los metadatos?

Alicia negó con la cabeza.

—¿Para qué hace falta todo eso? Lo que yo hago es música.

—Lo necesitas para existir en internet. ¿Me dejas tu ordenador?

Carla se sentó en el escritorio de Alicia. Se conectó a internet y abrió Google.

—Mira, ¿piensas que ya estás en internet por haber subido unos vídeos? —

preguntó Carla.

—Pues claro —respondió Alicia.

Carla tecleó las palabras «escuchar música» en el recuadro del buscador. La pantalla se llenó de resultados.

—¿Ves alguno de tus vídeos aquí? —preguntó.

—No, claro que no. Has buscado mal. Escribe Alicia Blue y ya verás.

—¿Y quién va a escribir Alicia Blue si nadie te conoce?

Alicia se quedó pensativa unos instantes con el ceño fruncido.

—Jo, es verdad. Entonces, ¿cómo se las apaña la gente para que los encuentren? Hay artistas que se han hecho famosos gracias a YouTube. Mira Justin Bieber. Empezó a subir vídeos y de pronto todo el mundo hablaba de él.

—Alguien tuvo que ayudarle. No vale con solo subir los vídeos. Google necesita contenido, texto, palabras —explicó Carla—. Si no tienes un blog con enlaces a los vídeos, Google difícilmente los va a sacar en los resultados cuando la gente busque. Mira, te puedes crear un blog con Blogger.com, es muy fácil, y además es un servicio de Google y te lo enlazará de inmediato.

Los dedos de Carla aletearon sobre el teclado. En unos segundos dio de alta un blog llamado Alicia-musica.com. Alicia se estrechó contra ella para ver lo que hacía.

—Luego podrás personalizarlo con fotografías o lo que quieras —explicó Carla—. Ahora vamos a enlazar uno de tus vídeos para que veas cómo se hace.

Carla buscó en YouTube. Escribió «Alicia Blue» y aparecieron varios resultados.

—¿Puedo verlo? —preguntó Carla.

—Claro —respondió Alicia enrojeciendo.

El sonido no era muy bueno a través de los pequeños altavoces. Carla se sorprendió al oír la voz de Alicia. Era hermosa, áspera y dulce a la vez, teñida de tristeza aunque con un marcado espíritu optimista. La melodía se derramó por la habitación y Carla sintió una emoción que subía y bajaba y jugaba con el tiempo en los pliegues de su mente.

*Invento mi mundo porque me dijeron que escalara
Me dieron cuerdas, agua y todo lo necesario
Pero no encontraba las montañas
También querían que bailara sin música y nadara sin agua
Tal como hacen ellos, tal como hacen todos
Como payasos, como zombis girando en curvas imaginarias
Cruzando a nado lagos secos y desiertos
Volando sin aire
Viendo luz en la oscura noche y poemas en hojas blancas
Por eso invento mi mundo*

—Es preciosa —dijo Carla sonriendo ampliamente y con los ojos muy abiertos.

Carla cogió la mano de Alicia. La joven se puso roja como un tomate. Tenía la vista clavada en el suelo. Carla sintió que los ojos se le empañaban de emoción.

... invento mi mundo

La ternura se apoderó de Carla. Hacía mucho tiempo que no se conmovía de aquel modo al escuchar una canción. Tenía ganas de abrazar a Alicia. La joven parecía incómoda. Carla volvió su atención al ordenador.

—Cantas muy bien —dijo—. Mira, vamos a colocar el vídeo en el blog. Tienes que copiar este enlace de aquí, ¿ves?... Y ya está. Ahora tendrías que copiar también la letra... Ya está. Y lo más importante, las etiquetas.

—¿Qué es eso?

—Son palabras clave que se escriben en cada entrada de un blog. No se ven, pero los buscadores como Google las utilizan para mostrar el contenido en los resultados. Vamos a poner en tu blog «escuchar música», «descargar música», «música española»... y también «gratis», eso siempre funciona, y también, por supuesto, «Alicia». ¡Listo! Cuando alguien busque estas palabras en Google hay posibilidades de que tu vídeo aparezca entre los resultados.

—Jo, no tenía ni idea de nada de esto.

—Bueno, no tenías por qué saberlo. Yo me dedicaba a esto. También te recomiendo que actualices todos los días el blog. Google le da prioridad al contenido nuevo. Enlaza todas tus canciones y escribe cada día en el blog, tus pensamientos, cualquier cosa que te pase por la cabeza. Es importante que mantengas el blog activo, eso atraerá nuevas visitas. Veamos..., ahora añadimos unos botones para hacer «me gusta» con Facebook... ¡ajá!, ya está. Así cualquiera que visite tu página podrá compartirla fácilmente en Facebook. Bien, ahora nos queda lo más importante.

Carla abrió la página de Google AdWords.

—Aquí se ponen los anuncios que ves en Google. Cuesta dinero, aunque creo que todavía tengo algunos bonos de saldo de cuando me dedicaba a esto... Sí, mira, trescientos euros, será suficiente. Ponemos las mismas palabras que usamos antes. Con esto nos aseguramos de que tu blog va a aparecer entre los primeros resultados. Google te cobra, pero merece la pena. Cada vez que alguien haga clic, nos descontará unos céntimos. Antes de que se agoten los trescientos euros de mi saldo recibirás unos cuantos miles de visitas. Es solo un empujón para arrancar. Después, si a la gente le gustan tus canciones, las compartirán en Facebook y las visitas crecerán por sí solas.

Alicia la miraba ahora con una expresión de admiración que provocó que Carla se avergonzase.

—Gracias por hacer esto por mí —dijo Alicia.

—No me des las gracias. Si al final tienes éxito, será gracias a tu talento; la publicidad solo ayuda un poco.

Carla le dedicó una sonrisa de ánimo. Alicia la miraba con el rostro encendido. De pronto, su cara se acercó y Carla sintió los labios de la joven sobre los suyos. Se quedó paralizada. Alicia mantuvo el beso unos segundos, sus labios se recrearon con ternura en el tacto de los suyos. Carla sintió algo parecido a una suave descarga eléctrica que se inició en la base del paladar y se extendió por todo su cuerpo. Los brazos de la joven la rodearon por la cintura, le acariciaron la espalda y el pelo. Carla quería apartarse, mas su cuerpo parecía cortocircuitado, como si algo se hubiese fundido en su interior.

Cuando Alicia se separó de ella la miró con las mejillas arrojadas.

—Lo siento —dijo la joven—. No te enfades conmigo. No sé qué me ha pasado, no he podido evitarlo. ¿Estás enfadada?

Carla se puso en pie, turbada.

—No... Ha sido... inesperado —dijo mientras se estiraba la falda. Los impulsos nerviosos bullían bajo su piel como miles de peccecitos.

—Por favor, no me odies —dijo Alicia.

Carla la miró a los ojos. Le apartó el pelo de la cara y le acarició una mejilla.

—No te odio —dijo—. Ahora... será mejor que me vaya. Nos veremos otro día, ¿de acuerdo? Estaremos en contacto.

Carla salió de la casa a toda velocidad. Gracias a Dios la madre de Alicia ya no estaba en el salón y ni siquiera tuvo que despedirse de ella.

Corrió hasta su coche como una niña perseguida por un fantasma. Se sentía de lo más raro.

Le quedaba un largo camino de vuelta hasta Madrid y tenía mucho sobre lo que pensar.

Max

Unidad de Salud Mental del Hospital Provincial de Almería. Área de Psiquiatría.

Sesión once (11) con el paciente Max N. N.

El paciente ha demostrado una extraordinaria habilidad para leer el lenguaje corporal. Interpreta los gestos y las expresiones faciales involuntarias hasta el punto de que es capaz de determinar con gran certeza si una persona miente o no. Esta habilidad me ha sugerido algunas posibilidades sobre el pasado del paciente que estoy indagando, ya que seguimos sin tener indicaciones de su identidad anterior. No obstante, se ha abierto una nueva vía de investigación que resulta prometedora. Se basa en el descubrimiento de que el paciente, además de español, entiende y habla perfectamente el idioma ruso. Mi idea consiste en aplicar técnicas de hipnosis al paciente para acceder a su subconsciente y tratar de recuperar datos sobre su vida pasada. Para evitar falsos recuerdos (algo que el paciente hubiese visto o escuchado recientemente y que su subconsciente situase en un momento de su pasado) las sesiones de hipnosis tendrán lugar en ruso. Será como interrogar a su subconsciente en ese idioma. Al hacer preguntas en ruso provocaremos que las respuestas también sean en ruso y de ese modo estaremos seguros de que se trata de recuerdos reales previos a la amnesia, recuerdos que se almacenaron en ese idioma. Por otro lado, utilizaremos como catalizadores algunos objetos que el paciente conserva y que supuestamente pertenecen a su vida anterior. Emplearé esos objetos para disparar la cadena de recuerdos de su subconsciente. Para las sesiones de hipnosis necesitaré un intérprete ruso. He iniciado los trámites con el hospital para requerir los servicios de uno. Espero que en un par de semanas podamos realizar las primeras sesiones.

—Son muy interesantes las conclusiones que ha alcanzado, doctor —dice el desconocido.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi consulta? —El doctor está alarmado ante la presencia de un extraño en su despacho.

—Tranquílese, soy policía.

El desconocido le enseña una placa identificativa. El doctor lee un nombre: Juan Pablo Guerrero.

—Soy teniente de la Policía Nacional, de la Brigada contra el Crimen Organizado.

—Usted no tiene derecho a colarse en mi despacho. ¡Esos informes son privados entre mi paciente y yo!

El doctor está furioso. Rodea la mesa del despacho y arrebató los papeles de las manos del policía.

—Mi querido doctor, supongo que no sabe que ese hombre, su paciente, es alguien muy peligroso.

—¡Es mi paciente y usted no tiene derecho a interferir!

—Por supuesto que tengo derecho. —El agente sonrío con malicia.

El doctor lo observa sin poder contener la rabia. Duda sobre qué hacer. Debería llamar a la policía, piensa. La idea es ridícula, puesto que aquel hombre que ha irrumpido en su despacho pertenece a las fuerzas de seguridad del Estado.

—Tranquilícese, por favor —dice el agente—. Déjeme decirle que su paciente sigue en libertad solo por un motivo. Porque sabe algo que a nosotros nos interesa averiguar.

—Supongo que sabe que Max sufre amnesia. No recuerda absolutamente nada.

—Por supuesto, mi querido doctor. Y también sé que usted está intentando ayudarlo a recuperar sus recuerdos. Es muy interesante la idea de la hipnosis. Algo que solo funciona cuando existe una absoluta relación de confianza entre el paciente y el doctor, ¿no es cierto?

—No se puede hipnotizar a alguien a la fuerza, si no quiere —confirma el doctor.

—Así es. Por eso no hemos podido hacerlo nosotros antes. Tampoco han funcionado otros métodos, como la fuerza bruta... o la tortura.

El psiquiatra le mira con los ojos muy abiertos. Abre la boca como queriendo gritar, mas ningún sonido sale de su garganta.

—¡Entonces Max tenía razón! —exclama por fin, comprendiendo—. Las heridas que tenía cuando despertó del coma, ¡se las infringieron ustedes!

—Correcto. Verá, al principio no nos creíamos el cuento de la amnesia. Sospechábamos que podía ser un truco para no revelarnos lo que sabe. Sin embargo, su paciente fue muy convincente. Nos convenció de que realmente no recordaba nada, y eso que casi enloqueció del dolor. Yo creo que a mis compañeros se les fue un poco la mano...

—Dios mío, ustedes no pueden hacer eso...

El agente sonrío. Su mirada se torna fría y dura. El vello se eriza en la nuca del doctor.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —pregunta el psiquiatra.

—Creo que usted ya lo ha adivinado. Quiero que utilice la hipnosis para averiguar algo que sabe su paciente, algo que nosotros también queremos saber. Mis chicos vendrán ahora para instalar cámaras ocultas en su consulta. Estaremos vigilándole, doctor, y le daré instrucciones sobre lo que debe hacer.

El doctor le mira con incredulidad. No puede creer lo que está pasando.

—Recuerde que su paciente puede darse cuenta si usted le miente —dice el agente—. Deberá ser muy cuidadoso, doctor, para no traicionar la confianza que ha puesto en usted. Recuerde que es un hombre muy peligroso. Su reacción podría ser imprevisible si se siente traicionado. Le recomiendo que practique un poco el lenguaje corporal. No debe dar muestras de nerviosismo. Mantenga una actitud

relajada para mantener la confianza del paciente. Asegúrese de tomar un Valium antes de verle, eso bloqueará bastante las señales corporales que puedan desvelar que anda usted detrás de algo. Un Valium o cualquier tranquilizante. Usted es el experto y sabrá lo que más le conviene. Haga lo posible para que el paciente no sospeche nada. Si nota que algo va mal, que ese cabrón se ha dado cuenta de algo, no le mire a los ojos, invente cualquier excusa sin mirarle a los ojos. ¿Lo ha entendido?

El psiquiatra tiene la boca abierta, asiente despacio.

El agente sonrío, se pone en pie y se dirige hacia la salida.

—Tiene usted una mujer muy guapa —dice mirando el retrato sobre la mesa en el que aparece el doctor y su mujer—. Sería una pena para ella si esto saliese mal —dice antes de abandonar el despacho.

Alicia

Alicia estaba orgullosísima de su página web.

www.Alicia-music.com

Había añadido algunas imágenes a la cabecera, unos cuantos dibujos abstractos que encontró en internet, e incluso se había atrevido con una fotografía de sí misma, después de haberla retocado con Photoshop hasta convertir su rostro en un relámpago fantasmagórico. Le encantaba cómo quedaba.

Había subido una selección de diez de sus mejores canciones y también las letras. Además había inaugurado el blog con un texto que se le había ocurrido aquella misma tarde:

Encerrados en esta prisión que hemos acordado llamar «libertad», nos acostumbramos cada día a cambiar las palabras porque la realidad no cambia. De esa manera, como no tenemos amigos, llamamos amigo al que apenas conoce nuestro nombre; como no sabemos lo que es vivir, a un horario le llamamos vida. Aunque es cierto que hasta los más engañados dejan caer a veces una lágrima que no comprenden, una lágrima por la libertad verdadera, la amistad verdadera, la vida verdadera.

Le encantaba. Decidió que escribiría todos los días sus pensamientos en el blog. Todavía no había recibido ningún comentario.

Le dio al botón de refresco de la pantalla del navegador. El contador de visitas indicaba 17. No era mucho, pero era algo. Pensó que diecisiete personas estaban escuchando sus canciones en aquel momento. Era emocionante.

La idea de que alguien estuviese escuchando sus canciones hacía que el corazón se le acelerase en el pecho.

Le dio al botón de refresco de la pantalla del navegador. El contador de visitas subió a 49. ¡Genial!

Pensó en Carla. Jo. Se había dejado llevar por un impulso como una idiota. Mira que darle un beso. Carla tampoco la había rechazado demasiado. El mero recuerdo del contacto de su boca hacía que algo ardiese en su interior. Cuando besó a Erica había sido como un juego de muñecas, como jugar consigo misma. Con Carla... Jo, se le erizó el vello de la nuca.

Le dio al botón de refresco de la pantalla del navegador. El contador de visitas subió a 127. Madre mía, aquello estaba funcionando.

Tenía que enseñarle su página web a Max. ¿Por qué no había ido a verla todavía? Ni siquiera la había llamado y tampoco respondía a sus llamadas.

¿Y si resultaba que había recuperado la memoria? A lo mejor se había ido corriendo a recuperar su antigua vida. No podía irse de Almería sin despedirse de ella. O a lo mejor sí. Si volvía a recordar sus pensamientos, estarían ocupados con cosas más importantes que Alicia, la triste cajera del supermercado que conoció en Almería. Max estaría loco de contento, yendo a encontrarse con su esposa y sus hijos. La idea de no volver a ver a Max la puso muy triste.

Max quería recuperar la memoria con todas sus fuerzas, pero si eso ocurría, el hombre que ella había conocido desaparecería para siempre.

¿Qué injusta era la vida! ¿Por qué cuando alguien ganaba algo otro tenía que perder?

Max había sido su único amigo en los últimos meses. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar que a lo mejor no volvía a verlo.

Le dio al botón de refresco de la pantalla del navegador. ¡El contador de visitas subió a 342! ¡Jo, las visitas no paraban de subir! Era muy emocionante pensar que todas aquellas personas estaban escuchando sus canciones en aquel mismo momento. ¡342! ¡Lo que había hecho Carla estaba funcionando! Tenía ganas de abrazar a alguien, pero Max no respondía a sus llamadas y David seguía en el hospital. Pensar en su hermano la puso un poco triste.

Bajó a la cocina para beber un vaso de agua. Su madre estaba hablando por teléfono en el salón. Cuando Alicia salió de la cocina se dio cuenta de que su madre tenía el rostro desencajado.

—¿Pasa algo, mamá?

—Han llamado del hospital. David ya está recuperado. Le van a dar el alta.

Alicia estalló de alegría.

—¿Vamos a por él?

Su madre rompió a llorar. Se dejó caer en el sofá del comedor con la cara entre las manos.

—Mamá, ¿qué te pasa? ¿Es que no estás contenta?

—¿Por qué te empeñas en destruirme la vida, Alicia? —sollozó.

—¿Por qué dices eso? Si yo solo quería ayudar, mamá, tienes que creerme. Cuando David esté aquí voy a hacer todo lo que me digas, de verdad. Estudiaré si eso te hace feliz.

Alicia se arrodilló en el suelo, junto a su madre. Le cogió las manos.

—No puedo sola —dijo su madre. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Tenía el rímel corrido en un borrón negro alrededor de los ojos—. Dios sabe que he hecho lo que he podido, ya no puedo más. Vamos a cambiar de vida, Alicia. No puedo seguir así.

—¿Pero de qué hablas?

—Mario me ha pedido que vaya a vivir con él. Y voy a aceptar.

—¿Qué? ¿Estás loca? —Alicia se apartó de ella bruscamente.

Su madre la miró con ojos acuosos.

—Mario tiene dinero. Él se va a hacer cargo de un centro de internamiento especial para David. Allí estará bien atendido, podrán cuidarlo. No le faltará de nada. Y tú irás a un internado. Será lo mejor. Tendrás una educación más estricta, que es lo que te hace falta.

Alicia no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Alejarla de David? ¿Recluírla en un internado?

—¡Eres una hija de puta! —estalló—. ¡No puedes hacerme eso!

—¡No me hables así! Soy tu madre y mientras seas menor de edad puedo hacer lo que crea más conveniente. Mira, Alicia, es lo mejor para todos. He sido una mala madre, te he educado mal. En ese lugar te corregirán, te llevarán por el buen camino.

«En ese lugar». Las palabras resonaron en la mente de Alicia. Aquello no se le acababa de ocurrir. Se notaba que su madre y el maldito Mario lo habían hablado bastante. Su madre ya lo había planeado todo, ya sabía dónde pensaba encerrarla como a una criminal. Y mientras ella se pudría encerrada, su madre disfrutaría de la vida con el desgraciado de Mario, el amigo del secuestrador de Erica.

No iba a permitirlo.

—Supongo que ya sabes de dónde saca su dinero tu querido Mario, ¿verdad? —dijo Alicia.

Su madre se limitó a mirarla.

Alicia se inclinó hacia delante, marcando con fuerza las palabras que disparaba directas.

—Ese tío trafica con mujeres —dijo—. Prostitución. Burdeles. Puticlubs. Es un maldito criminal.

—¿De dónde has sacado esa idea? Estoy ya tan cansada de tus mentiras, Alicia... Por el amor de Dios, ¿qué he hecho para merecerme una hija así?

—¿Qué, no me crees? Pregúntale entonces por su amiguito el ruso, el que secuestró a Erica. Parecían muy unidos cuando los vi juntos.

—No me creo nada de lo que dices, Alicia. Eres una mentirosa.

—Muy bien. Ya te lo creerás cuando lo veas en la cárcel. Voy a denunciarlo a la policía. Seguro que ellos me escucharán.

Alicia lanzó una mirada desafiante a su madre. No iba a entrar en un internado. No iba a dejar a David en una de esas instituciones donde Dios sabe cómo lo tratarían. Denunciaría a Mario. La policía lo encerraría. Fin de la historia. Jo, no odiaba ni nada a aquel tío...

Su madre no decía nada. Se quedó sentada en el sillón con la mirada perdida en la alfombra.

—Oye, ¿por qué no vamos a buscar ya a David? —preguntó Alicia.

—Eres tonta. ¿Es que no ves lo que te estoy diciendo? Los médicos que atendieron a David han puesto una denuncia contra mí por malos tratos. Dicen que este hogar no es adecuado para criarlo. Dicen que he puesto en peligro su vida. Y tienen razón.

—Pero ¿qué quiere decir eso?

—Que los servicios sociales se van a hacer cargo de tu hermano hasta que un juez revise nuestra situación. Que pueden retirarme la custodia. Si el juez lo decide, puede que nunca más vuelva a ver a mi hijo.

Carla

Carla se estaba sintiendo muy rara. El recuerdo del beso de Alicia estuvo dando vueltas en su cabeza durante todo el viaje de regreso de Almería, como una boya que se resiste a hundirse y siempre sale a flote: el sabor electrizante de su boca y el tacto dulce de sus manos en su cuerpo.

En los últimos años Carla no había tenido ninguna relación demasiado estable. Su último novio había sido Roberto, un excompañero de trabajo. Habían estado juntos casi seis meses, y, aunque disfrutaba del sexo con él, lo raro era que a veces tenía la sensación de que el sexo aún podía ser mejor, aunque no tenía ni idea de qué era lo que faltaba.

Cuando Alicia la tocó fue como una revelación. Se dio cuenta de que aún no había vivido su mejor experiencia sexual, su armonía sexual más erótica, más profunda con otra persona. La idea de que el modo de alcanzar esa plenitud fuese con otra mujer en lugar de con un hombre era perturbadora.

Y, sin embargo, pensar en Alicia hacía que algo burbujease en su interior, una extraña dicha irradiaba desde algún lugar profundo de su corazón.

Creía conocerse a sí misma y de pronto estaba tan confundida como una adolescente. Daban ganas de ponerse a reír.

Conducía ya en las proximidades de Madrid cuando el sonido del teléfono la sacó de sus cavilaciones. En la pantalla refulgía el nombre del abogado de la editorial, Gonzalo Pombo. Carla puso el manos libres del coche para hablar. Había estado temiendo aquella llamada y ya no podía seguir evitándola. Apretó el botón de respuesta.

—¿Es verdad lo que denuncia Castellanos? —preguntó el abogado a bocajarro, sin saludar siquiera.

—Tiene una explicación —respondió Carla con tranquilidad. Para su sorpresa, estaba de lo más calmada.

—Entonces es verdad que fuiste tú. Por el amor de Dios, Carla, ¿qué le hiciste? Ha puesto una denuncia por agresión. Dice que entraste en su despacho con un matón para darle una paliza. He visto el informe médico. Tiene rota la nariz y un hueso de la mano.

—El hijo de puta sabe que tenía mis motivos. Se lo expliqué.

—¿Tus motivos? ¿Qué motivos hay para darle semejante paliza a alguien? ¿Es que te has vuelto loca?

—Si me dejas explicarlo...

—Nos van a joder bien. La agresión refuerza la demanda por difamación, que a su vez justifica la agresión. Nos van a hundir.

—Lo siento. No podía hacer otra cosa. Si me dejas explicarte, podremos...

—Carla, no tienes que explicarme nada. En realidad te llamo para decirte que ya no te represento. Son instrucciones de la editorial. Tendrás que buscar otro abogado. Vamos a desligar nuestra estrategia de defensa de la tuya. Te deseo lo mejor.

Colgó. Carla siguió conduciendo. Lo más raro es que estaba muy tranquila. Había hecho lo que tenía que hacer y al diablo con todos. Si tenía que ir a la cárcel, pues iría. Tampoco era tan malo. Sentía una agradable sensación de liberación. Una vez que cruzas cierta línea, todo lo demás carece de importancia.

Cuando llegó a su casa solo tenía una idea en mente: darse un baño caliente. Había estado soñando con el momento durante todo el camino. Después pensaba dormir durante quince horas seguidas.

Pero la noche no iba a ser tan plácida como había imaginado. Carla supo que algo iba mal cuando, al abrir la puerta de su piso, sintió en el rostro una corriente de aire frío, como un fantasma que huye de la casa cruzando a través de ella. Por la mañana, al salir, había dejado todas las ventanas cerradas. El edificio tenía calefacción central, así que el piso debería estar caliente. Sin embargo, el aire estaba muy frío. Cruzó el recibidor y vio cómo las cortinas del salón se agitaban con el viento. Las ventanas estaban abiertas de par en par.

El corazón le dio un vuelco. Había dejado las ventanas cerradas al irse por la mañana. Estaba segura. Alguien las había abierto. Lo primero que pensó fue en un robo. Pero todo parecía en orden, tal y como lo había dejado por la mañana.

Cerró las ventanas temblando de frío. Entonces escuchó un sonido de pasos a su espalda. Una punzada intensa en el estómago le bloqueó el cerebro y la dejó bañada en sudor frío. Se giró. Tras ella había un hombre.

—¿Qué hace aquí? —gritó—. ¿Cómo ha entrado?

La habitación dio vueltas a su alrededor como si girase en un tiovivo. No podía creer que aquel hombre se hubiese colado en su casa por las buenas.

—No te asustes, solo he venido para tener una charla amistosa —dijo el teniente de policía Juan Pablo Guerrero.

—¿Es que ha perdido la cabeza? ¡Se ha colado en mi casa! —gritó. Se tambaleó debido a una embriaguez extraña de emociones, tan pronto perpleja como asustada.

El hombre vestía con el mismo traje negro y corbata con el que lo vio la primera vez. Tenía las facciones angulosas y la mirada penetrante.

—Tenía que hablar contigo y no quería esperar en la calle —dijo como si eso fuese suficiente excusa, como si eso justificase haberse colado en su casa—. Hacía mucho calor aquí dentro, por la calefacción. Además, no quería dejar malos olores. —Señaló las colillas de cigarrillo en el cenicero—. Por favor, siéntate.

—Voy a llamar a la policía.

—Yo soy la policía, ¿recuerdas? —Torció el gesto en una mueca que pretendía

ser una sonrisa—. Escucha bien —dijo con tono imperativo—: deberías estar agradecida de que haya sido yo y no mi colega británico quien haya venido a verte. Él no hubiese sido tan amable.

—Esto es ridículo, ¿me está amenazando?

—No es una amenaza, es una advertencia. No nos has contado toda la verdad. Hay mucha gente que está nerviosa con lo que está pasando. Gente que no dudaría en meterte en una celda oscura y someterte a un duro interrogatorio. Yo pretendo mantener una charla amistosa y espero que esta vez colabores y no me ocultes nada.

—No sé de qué me está hablando. ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco? —dijo a punto de echarse a llorar, fría, temblorosa.

—Siéntate —la conminó el hombre señalando el sillón con el dedo.

Carla se dejó caer en el asiento, abatida. El policía se acomodó en una butaca frente a ella.

—Pero ¿qué es lo que quiere de mí? —preguntó Carla en un susurro ahogado. En su voz había una mezcla de rabia y temor.

—Podrías empezar por explicarme qué hacías en el despacho de Carlos Castellanos.

Carla dejó escapar el aire como un globo que se desinfla. El abogado de la editorial acababa de llamarla para comunicarle la denuncia y aquellos policías ya lo sabían. ¿Por qué estaban encima de ella?

—Fue algo desesperado —balbuceó—. Tenía que encontrar a Alicia como fuese y se me ocurrió que podíamos buscar el móvil que usó el secuestrador para espiarnos. La empresa de Castellanos tiene una aplicación para seguir teléfonos móviles. Eso es todo. Sé que golpear a ese hombre no estuvo bien, era una situación desesperada. Tiene que entenderlo.

El policía le dirigió una mirada penetrante.

—¿Por qué fuiste allí con Max, el empleado del supermercado?

—Yo... ya se lo expliqué todo —respondió con nerviosismo—. Ese hombre es amigo de Alicia, trabaja con ella en un centro comercial de Almería, su foto estaba en el periódico local..., héroe de Almería... Héctor Rojas estaba muerto..., yo no sabía a quién recurrir y fui a pedirle ayuda. —Carla tenía la impresión de que divagaba, estaba tan nerviosa que tenía dificultad para poner en orden sus ideas.

—¿Qué más sabes de él?

—Nada más. Creo que tiene algún problema mental. Amnesia. Eso es todo lo que sé.

Carla cerró los ojos. Parpadeó repetidamente. El policía seguía allí, instalado en su butaca. Y no solo no desaparecía, sino que encima encendió un cigarrillo y exhaló una larga bocanada de humo. Era increíble. Era irreal.

—Verás, su verdadero nombre es Nikolay Sokolov —dijo el hombre. Levantó la

mirada y se humedeció los labios—. Fuimos nosotros quienes le hicimos desaparecer. Cuando digo nosotros, me refiero al CNI, Centro Nacional de Inteligencia, naturalmente. Un nombre no dice mucho de alguien, ¿no es verdad? Tanto da que se llame Nikolay o Max, lo que define a un hombre son sus actos.

El teniente de policía se inclinó hacia delante mirándola fijamente. Hizo girar el cigarrillo entre los dedos. Tentáculos de humo escapaban del extremo encendido.

—Sus actos —repitió—. Si me preguntas quién es ese hombre, te contestaré que es un asesino.

—No puedo creerlo —murmuró Carla. La confusión se arremolinaba—. Ese hombre no parece... Parece una buena persona.

El agente soltó una carcajada bronca.

—He oído decir muchas cosas de él, pero nunca nadie lo había llamado «buena persona». Ese viejo zorro es un maestro del engaño. Se la colaría hasta al mismísimo diablo si se lo propusiera. No te engañes. —Su expresión se endureció—. Nikolay Sokolov es uno de los hombres más peligrosos que existen en el planeta. Un individuo letal. Es ucraniano, pero habla español a la perfección porque es hijo de emigrantes españoles a la Unión Soviética. Ingresó en el ejército y fue entrenado en la élite de los servicios secretos soviéticos, el FSB, aunque te resultarán más conocidos por su antiguo nombre, la KGB. Su hoja de servicios es muy larga. Es un asesino despiadado. Con solo dieciocho años Nikolay Sokolov asesinó al recién elegido alcalde de San Petersburgo y, de paso, a toda su familia. Fue la primera vez que en los servicios de inteligencia europeos tuvimos noticias de su existencia. Fue una bonita tarjeta de presentación. Nikolay Sokolov se coló en pleno acto electoral con una AK-47 y asesinó al alcalde, a su esposa y a sus dos hijas adolescentes. Después el FSB ruso lo hizo desaparecer. Sabemos que participó en misiones en el Congo, en Afganistán y en Irak. Era uno de los mejores hombres del espionaje ruso, siempre dispuesto para las misiones más peligrosas. En 2010 cambió de escenario y viajó al sur de España. Su misión fue infiltrarse en las redes de mafia rusa que tienen su base en Marbella y que dominan el crimen organizado en toda Europa. Fue una operación conjunta entre el FSB ruso, el M16 británico y nosotros. Conozco bien esa operación porque yo estaba al mando.

Juan Pablo Guerrero apretó los dientes. Los músculos de su mandíbula se marcaron bajo la piel como tensos amarres de una embarcación.

—Yo era el responsable de la operación conjunta entre agencias. Dan Sanders, el hombre que conoció en la sala de interrogatorios, era el enlace del lado británico. Los rusos iban y venían. El elemento clave de la operación consistía en infiltrar a un hombre en la organización de la mafia ucraniana en España. Una misión casi suicida. Los rusos ofrecieron a su hombre, Nikolay Sokolov. Fue entonces cuando yo le conocí personalmente. Un auténtico hijo de perra.

Guerrero estrujó la colilla del cigarrillo en el cenicero con rabia. Acto seguido encendió otro, como si apagar uno y encender el siguiente formase parte del mismo movimiento.

—La operación fue un completo desastre, no sé a qué jugaba Nikolay: de pronto parecía que era él quien pasaba información de la policía a la mafia, en lugar de al revés. Empezamos a sospechar que podría ser un agente doble. Un hombre de la mafia infiltrado en los servicios secretos, ¿comprendes eso? —Carla dijo que sí. Aunque en aquel momento podría aceptar cualquier cosa. Solo quería que aquel hombre se fuera de su casa y la dejase en paz. Quería meterse en la cama y apagar las luces del mundo. Un dolor punzante le atravesó el ojo derecho. Lo que faltaba. Le estaba dando migraña—. El hijo de puta de Nikolay Sokolov jugaba a dos bandas — prosiguió Guerrero—. Nunca supimos de qué lado estaba realmente. Seis meses después de que empezase la operación, desde el lado británico nos llegaron instrucciones de sacarlo de escena. No se fiaban de él. Entonces, en mitad de la operación, nos estalló en las narices una guerra entre clanes rivales de la mafia. A lo mejor hasta lo recuerdas. Hace tres años. Los periódicos hicieron un poco de ruido. Hubo unos cuantos asesinatos en Marbella. Y Nikolay Sokolov recibió un disparo en la cabeza. Alguien, no fuimos nosotros, intentó quitarlo del medio. El muy cabrón sobrevivió milagrosamente, si bien la herida le causó una amnesia profunda. Le dimos una identidad falsa, una nueva vida, y quisimos esconderlo de todos, del FSB ruso y de la mafia.

El agente hizo una pausa para chupar el cigarrillo con avidez. El olor a tabaco comenzaba a impregnarlo todo. Carla sacudió la cabeza de un lado a otro, como si tratase de despertar de un mal sueño.

—¿Por qué me cuenta todo eso? Yo no sé nada.

Guerrero esbozó una sonrisa lobuna. En la penumbra del salón, su rostro parecía una máscara amenazante.

—Ese hombre es muy importante para nosotros —dijo—. Un hombre desnudo, sin posesiones, solo puede tener valor por un motivo: porque sabe algo que los demás ignoran. Hay algo en su cabeza —se tocó la sien con la mano que sostenía el cigarrillo—, algo por lo que los Gobiernos de varios países pagarían una fortuna, si es que esa condenada bala no se lo llevó para siempre. —Carla se limitó a mirarle—. A lo mejor no sabes que la mafia rusa es la más poderosa del planeta —dijo el teniente Guerrero—. Ni siquiera los cárteles sudamericanos rivalizan en poder con ellos. Los rusos controlan todo el tráfico de drogas del continente europeo y el tráfico de armas de África y Oriente Próximo. La mayor parte de las redes de prostitución europeas también son cosa suya. Sus negocios ilegales mueven miles de millones al año.

Mientras hablaba, Guerrero se inclinó para apagar la colilla de su cigarrillo en el cenicero. Acto seguido encendió otro.

—La mafia rusa está organizada en clanes familiares. El jefe del clan que controla el sur de Europa se llama Maximilian Aksyonov. Te suena ese apellido, ¿verdad? —Clavó los ojos en Carla achicándolos, como escrutando en la distancia—. Maximilian Aksyonov es el patriarca de uno de los mayores clanes de la mafia rusa. Él y su familia se han esforzado en mantener una fachada pública de honestidad con diversos negocios legales, pero sabemos que desde hace décadas dirige buena parte de los clanes mafiosos que operan en Europa Occidental y en el sur de África. Su negocio principal son las drogas y el tráfico de armas. Maximilian está ahora casi retirado y su hijo Serguei dirige el clan en su lugar. Ellos fueron los que iniciaron la guerra entre familias que estalló hace tres años, en mitad de la operación en la que trabajaba infiltrado Nikolay Sokolov.

El agente del CNI se recostó en su asiento. Fumaba un cigarrillo tras otro.

—Pero Maximilian Aksyonov, a pesar de todo su dinero y poder, solo es un jefe local más —prosiguió—. Desde hace años tenemos la sospecha de que existe un jefe de jefes de la mafia rusa. Un jefe supremo que controla todos los clanes rusos que operan en el continente europeo, africano y asiático. Alguien que acumula tanto o más poder que el mismísimo presidente ruso. Hasta hace poco se trataba más de una sospecha que de una certeza porque no existían datos contrastados que confirmasen la existencia de ese jefe supremo de la mafia. Solo hemos podido deducir su existencia a través de testimonios de los detenidos. La dificultad para identificar a ese hombre se debe a que no existen imágenes ni fotografías suyas. Tampoco hay una descripción precisa de su aspecto. Nadie habla abiertamente de él. Solo hay rumores; muchos, absurdos. Algunos dicen que es un superhombre, que es grande como una montaña y fuerte como un toro. Otros que es invisible, escurridizo y sigiloso como un fantasma. Hay quien asegura que es inmune al dolor, que puede caminar entre llamas o sumergirse en aguas heladas durante horas. Lo cierto es que todos le temen más que al diablo.

Carla escuchaba. La sangre le batía en los oídos.

—Ni siquiera tiene un nombre —dijo Guerrero—, solo un apodo por el que todos le conocen: Magno.

Se inclinó hacia delante.

—La Interpol cree que la existencia de Magno como jefe de jefes de la mafia es solo un mito —explicó—, una fachada detrás de la cual se esconden los jefes de clanes rusos con más poder. Yo le puedo asegurar que ese hombre existe. —Cerró un puño con fuerza—. Es responsable de la muerte de cientos de personas. Ha torturado a mujeres y ha masacrado familias enteras. Magno es sanguinario y despiadado. Dirige la mafia rusa con mano de hierro. He visto con mis propios ojos cómo los asesinos más despiadados de la mafia temblaban como niños al saberse amenazados por Magno. Es el criminal más peligroso que existe, y el más escurridizo. Tenemos

indicios de que se esconde en algún lugar remoto de Rusia. Otros creen que vive oculto en algún pueblo de España o de Italia. Ese hombre, sea quien sea, nunca utiliza un teléfono o un ordenador. Transmite sus instrucciones mediante mensajes escritos a máquina en pequeños trozos de papel, mensajes que pasan de mano en mano siguiendo una larga cadena hasta su destino. Nadie le ha visto nunca directamente. Nadie sabe qué aspecto tiene. Nadie sabe quién es en realidad. Nadie, salvo una persona.

Como si habitase una pesadilla, Carla tenía la desagradable impresión de que podía anticipar lo que iba a decir aquel hombre. La migraña le quemaba las sienes y le nublabla la visión.

—Magno es el criminal más buscado del planeta —recalcó el policía—. Solo una persona podría describir el aspecto que tiene. Y esa persona es un empleado de supermercado llamado Max.

—Pero Max sufre amnesia. No recuerda nada —espetó Carla como si fuese un triunfo para ella.

Guerrero esbozó una sonrisa lobuna.

—Siempre y cuando no esté fingiendo. Los informes médicos aseguran que su amnesia es real, aunque los médicos también sostienen la posibilidad de que pueda recuperar la memoria en cualquier momento. Puede que algunos de sus recuerdos no se hayan destruido, que simplemente estén enterrados en alguna parte de su cerebro. Su mente podría ser capaz de sacar esos recuerdos a la luz. Si eso ocurriese, lo que ese hombre podría llegar a recordar es de vital importancia para nosotros.

—Si lo que sabe es tan importante, si es un criminal... ¿por qué lo dejan libre? —Carla no entendía adónde quería ir a parar contándole todo aquello.

—Porque también es muy inteligente. Si le encerramos en una celda y recupera la memoria, sería capaz de ocultárnoslo y seguir fingiendo amnesia para proteger a Magno. Sin embargo, ahora que está en libertad, si recupera la memoria sus movimientos le delatarán. Le dimos una vivienda miserable y un trabajo humillante. Lo controlamos. Cuando Nikolay Sokolov vuelva a ser él mismo se pondrá en marcha, intentará contactar con Magno para huir del país.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —La pregunta era casi una súplica.

—Tenemos sospechas de que ya ha empezado a moverse. Puede que esté tanteando a su alrededor, buscando información. Mi compañero inglés cree que tú le ayudaste a llegar hasta Carlos Castellanos para acceder a la base de datos de teléfonos móviles.

—Eso es absurdo. Fui yo quien le pidió ir allí. Ya le he explicado por qué.

—Me inclino a creerte —sonrió conciliador—. Pero no todos son tan benévolo como yo. Hay quien cree que ese hombre podría estar tramando algo. Recopilando información sobre ciertas personas a través de sus teléfonos. Hay quien cree que te

utilizó para conseguir esa información.

—Le repito que él no me manipuló.

—Y yo te repito que no todos te creen. Algunos de mis colegas piensan que Nikolay podría estar utilizándote como coartada. Si le interrogamos ahora, podría decir que no recuerda nada y que fue hasta el despacho de Castellanos porque tú lo llevaste allí. ¿Comprendes?

Carla asintió con esfuerzo.

—Tiene que creerme. Yo no tengo nada que ver —musitó.

El teniente Guerrero se puso en pie con gesto cansado.

—Te creo. Si no te creyese en estos momentos, estarías detenida y aislada en una celda. Pero si ese hombre vuelve a contactar contigo, tengo que ser el primero en saberlo. ¿Está claro?

Carla asintió. Hubiese aceptado cualquier cosa. Lo único que quería era que se fuese de su casa.

—Hay otro motivo por el que quería hablar contigo —dijo el policía mirándola desde arriba—. Tiene que ver con el individuo que secuestró a la chica, Alicia. Ese hombre, Francisco Luna..., la policía judicial ha encontrado pruebas que lo involucran en la desaparición de otras dos adolescentes. También han descubierto que no actuaba por su cuenta. Tenía un cómplice. Alguien que le daba instrucciones. Han encontrado mensajes en su ordenador que lo prueban. Al parecer alguien llamado Telmo Vargas era quien identificaba a las chicas que después secuestraba ese hombre. También había huellas en aquel sótano que aún no han podido identificar. La policía judicial está trabajando en saber quién es el cómplice. Me temo que todavía sigue suelto.

—No es posible —gimió Carla. La adrenalina se disparó. Unos puntos rojos flotaron ante sus ojos—. Me dijeron que los habían detenido a todos...

—No fue así. Uno de ellos sigue suelto. Pensé que tenías que saberlo. Creo que ese hombre te amenazó. Si vuelves a recibir amenazas, tendrías que denunciarlo a la policía.

El teniente de policía se dirigió hacia la puerta.

—Por cierto —dijo antes de marcharse—. Te recomiendo que cambies la cerradura. Se abre con demasiada facilidad.

Cruzó el umbral y cerró a sus espaldas. Carla corrió hacia la puerta y pasó el cerrojo. Tenía ganas de gritar. Ante sus ojos flotaba una niebla que no la dejaba ver más allá. Las piernas le temblaban. El sonido del viento en el exterior se asemejaba a una risa malévola. Encendió todas las luces de la casa. Corrió al baño y vomitó.

Recordaba demasiado bien las amenazas.

Con movimientos lentos y cenagosos, como si se moviese en el fondo del lecho marino, Carla buscó su teléfono móvil y comprobó el correo electrónico. Hacía días

que no lo miraba. Respiraba con dificultad y el miedo le encogía el corazón.

Tenía varios mensajes, todos recientes. Fue leyendo uno tras otro:

De: Dr. Telmo Vargas

Para: Carla Barceló

Enviado: miércoles, a las 22:34

Has estropeado mi pequeña venganza, pero el juego vuelve a empezar.

fin del mensaje

De: Dr. Telmo Vargas

Para: Carla Barceló

Enviado: jueves, a las 22:37

Fue una gran jugada por tu parte encontrar a la chica. Muy aguda. La verdad, no pensé que a nadie se le ocurriría que quien provocó el accidente tuviese algo que ver con la desaparición de Irena Aksyonov. Me has sorprendido. Tengo que reconocer que fue una gran demostración por tu parte. Eres taaaan lista, mi querida Carla. Lástima para ti que el idiota de Francisco Luna solo fuera un colaborador, un peón que utilicé para llevar a cabo mis pequeñas venganzas. ¿Cómo pudiste pensar que ese patán y yo éramos la misma persona? Ahora vamos a medirnos tú y yo, cara a cara, sin intermediarios. Te crees muy lista y vas a tener que demostrarlo. Al fin y al cabo, la inteligencia de cada persona es relativa, ¿no crees? Depende de con quién se nos mida. Hasta el hombre más tonto es un genio si se le compara con un chimpancé. Ahora vas a medirte conmigo».

fin del mensaje

De: Dr. Telmo Vargas

Para: Carla Barceló

Enviado: lunes, a las 22:54

He estado averiguando cosas sobre ti, mi querida Carla. Sé, por ejemplo, que estás embarazada. Y eso me ha dado una pequeña idea. Salvar a tu hijo será tu próximo reto.

fin del mensaje

¿Embarazada? Carla se dejó caer al suelo de rodillas con el teléfono entre las manos temblorosas. Se fijó que en el mensaje había un documento adjunto. Era el análisis de sangre que le habían hecho en el hospital unos días antes para detectar la bacteria que se había colado en el circuito de agua caliente. ¿Cómo había conseguido aquel hijo de puta una copia del análisis?

¡Embarazada! No necesitaba abrirlo para saber que era verdad. Llevaba días sintiéndolo, aunque no había querido verlo. Los vómitos, los mareos... La extraña sensación en su interior.

Los sueños repetitivos en los que su hijo Aarón le decía una y otra vez que estaba vivo, que era real. Su subconsciente le estaba hablando.

¡Claro que era real!

Sintió una dicha inenarrable. Era algo difícil de asumir, demasiado abrumador.

Su hijo Aarón iba a tener otra oportunidad. Y esta vez no se trataba de una alucinación, de un fantasma, ni de una especie de amigo imaginario creado por su mente.

Aarón había vuelto a su vientre.

El padre tenía que ser Roberto, era el único hombre con el que se había acostado en los últimos meses.

«Salvar a tu hijo será tu próximo reto».

Para su propia sorpresa, la amenaza no le causó temor. La felicidad que sentía era más fuerte que el miedo.

Su hijo era real y estaba en su interior. Esta vez todo saldría bien. Se sentía fuerte, segura de sí misma. Aquel hijo de puta iba a lamentar haber amenazado a su hijo.

Se puso una mano en el vientre y esbozó una sonrisa. Había un último mensaje. Carla lo leyó sin miedo, desafiante.

De: Dr. Telmo Vargas

Para: Carla Barceló

Enviado: lunes, a las 23:14

Vamos a subir la apuesta. Tú y yo, sin intermediarios. Voy a ir a por tu hijo. Tal vez lo haga desaparecer de tu vientre, o tal vez espere hasta que nazca. Intenta impedirlo. Eres taaaan lista, mi querida Carla. Demuéstralo. Vamos a ver si consigues evitar que haga desaparecer a tu hijo.

fin del mensaje

FIN DEL LIBRO 1



RAFAEL AVENDAÑO, nació en 1973, y es ingeniero y diseñador web. Ha publicado las novelas *La decisión* (Ficcionbooks, 2012), *Los Eternos* (Grupo Ajec, 2011), así como una antología de sus cuentos más premiados titulada *Horizonte de Sucesos y otros relatos* (Parada Creativa, 2012). Durante años colaboró con el portal de escritores EscuelaLiterariadelSur.org, y ha escrito el manual *El arte de novelar* (Senzala, 2011).

JUAN GALLARDO, nació en 1973, y es profesor de secundaria. Es colaborador de la conocida revista online Indyrock, donde ha escrito cientos de críticas musicales y cinematográficas. Antes de coescribir esta novela realizó parte del trabajo de investigación y documentación para los relatos y novelas publicadas por Rafael. Su experiencia docente le ha permitido mostrar la vulnerabilidad de los adolescentes en *Todo lo que nunca hiciste por mí*.

Rafael y Juan llevan colaborando en distintos proyectos artísticos desde hace más de veinte años, pero ha sido en la literatura donde han alcanzado su mejor punto de encuentro creativo.